

ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

EL
SILENCIO
DE TU
NOMBRE



Cuando Erika Walter, viuda de un agente secreto alemán, huye a Madrid con un importante legajo de documentos que implican a altos cargos nazis en el exilio, su amante Martín Navarro, ex miembro del PCE, se ve obligado a abandonar París y perseguirla. Aunque sabe que en España le espera la cárcel si es capturado por la policía franquista o la muerte por traición si sus camaradas del partido le descubren, Martín lo arriesgará todo, incluso sus convicciones ideológicas, por volver a reunirse con Erika. Con la policía, los nazis, los comunistas y la CIA pisándoles los talones, ambos amantes se verán envueltos en una trama de espionaje e intereses ocultos más compleja y peligrosa de lo que nunca hubieran imaginado.

Plagada de espías desencantados, idealistas convencidos y héroes a su pesar, El silencio de tu nombre aún a historia, aventura, intriga y romance. Una novela que refleja con maestría cómo en una Europa arrasada por la intolerancia y el fanatismo político y hay lugar para el amor, la amistad, el honor y la esperanza.



Andrés Pérez Domínguez

El silencio de tu nombre

ePub r1.0

Big_Bang 16.12.13

Título original: *El silencio de tu nombre*
Andrés Pérez Domínguez, 2012

Editor digital: Big_Bang
ePub base r1.0



Para Óscar Oliveira,
el tipo más grande de este negocio.

Y hubo una respuesta, porque alguien a quien había despertado
corrió malhumoradamente una cortina y la luz fue a caer
directamente hacia el otro lado del angosto callejón e iluminó
los rasgos de Harry Lime.

GRAHAM GREENE, *El tercer hombre*

Tú, al contrario, cuando haces limosna, que tu mano izquierda
no sepa lo que hace la derecha, para que tu limosna quede
oculta, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará.

MATEO, *capítulo 6, versículos 3 y 4*

JUSTO antes de saltar pensó que por llevar tanto tiempo huyendo era incapaz de recordar ningún momento de paz en su vida. Siempre corriendo. Siempre asustado. Como un delincuente. Como una rata. Ahora, igual que durante los últimos cuatro años: el andén de una estación, el cruce de una carretera abandonada, la ventana de la habitación de una pensión desde la que se asomaba intranquilo a la calle porque cualquiera de los hombres que se acercaba podría venir a buscarlo para pedirle cuentas. El puerto bullicioso de una ciudad extranjera. Una rara simetría se empeñaba invariablemente en devolverlo al principio aunque al final todos los países se le antojasen el mismo, porque para un fugitivo las calles de las ciudades se repetían igual que las caras de quienes lo miraban como si lo hubieran descubierto y estuviesen a punto de delatarlo. No era difícil adivinar sus pasos porque, después de tanto tiempo, apenas le quedaban alternativas: primero Austria, después de haber atravesado Polonia y Alemania; luego, Italia. El mismo miedo en Polonia que en Austria. El mismo miedo en Berlín y en Génova. Desorientado, agobiado siempre porque sus antiguos socios, que primero fueron sus amigos, le estaban pisando los talones. Asustado cada día, sin poder remediarlo, aunque nadie más pudiera darse cuenta. Temeroso de salir a tomar el aire y perderse en una calle que no conocía. Encerrado en una habitación alquilada. Mirando distraídamente, por puro aburrimiento, los cercos de humedad en el techo, las cortinas de una transparencia gastada incapaces de tapar la luz insolente de los bares del puerto. Insomne sin remedio. Desvelado igual por la ilusión endeble de una nueva existencia que pudiese borrar todos los años vividos, que por la

posibilidad implacable de cualquier imprevisto capaz de estropear sus planes otra vez. La inquietud y el miedo también estaban presentes mientras contaba las horas para que alguien viniera a traerle un pasaporte nuevo, un billete para subir a un barco con la proa rumbo al paraíso. Temiendo si al final no lo habían vuelto a traicionar o si, peor incluso, lo habían engañado desde el principio. Que lo hubieran empujado a una ratonera y, celebrando a carcajadas insultantes el engaño, quienes se la habían jugado se diesen codazos cómplices mientras esperaban que les confirmasen que un matón había llegado a la pensión del puerto donde esperaba el momento para marcharse muy lejos.

Pero ahora era como si hubiera llegado al fin del mundo. No le quedaba ningún otro lugar donde esconderse. Ya ni siquiera tenía ganas. Qué raro que la inminencia de ser capturado pudiera aliviar su angustia. Que lo cogieran y todo acabase de una vez. Quienes lo perseguían no iban a mostrar piedad. Era lo último que esperaba de ellos. Además, tenían motivos.

El fin del mundo, repitió, para sus adentros, antes de saltar. El agua helada enseguida le empaparía la ropa: la chaqueta y la camisa y los pantalones y los zapatos gastados de tanto huir. No iba a esperar a los hombres que venían a detenerlo, pero se entretuvo un instante en mirarlos antes de saltar. No los conocía. Jamás había visto sus caras. Pero seguro que ellos sabrían algunas cosas sobre él: el nombre falso que utilizaba ahora y puede que también el verdadero. De tanto mirar su foto se habrían aprendido sus rasgos de memoria. Su cara, tan conocida ya para ellos como si fuera la de un viejo amigo. La de un familiar incluso. Se acercaban tranquilamente, como si sólo quisieran saludarlo o no tuvieran prisa. Los sombreros calados para protegerse del viento húmedo y helado. Las manos guardadas en los bolsillos, muy cerca de las pistolas, como si su presencia amenazadora no fuera suficiente.

Hasta aquí hemos llegado, se dijo, asomándose al agua turbia y oscura entre los barcos del puerto. El fin del mundo. Bien pensado, la idea no dejaba de tener cierta gracia retorcida. Haber llegado tan lejos para nada. Con un poco de suerte el agua estará tan fría que dentro de un momento ya

no sentiré nada. Al saltar cerró los ojos y se preguntó cuánto tiempo aguantaría nadando antes de que lo abandonaran las fuerzas y se lo comieran los peces.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

El cofre del tesoro

Se había instalado en las pequeñas rutinas de cada día y, aunque temía que la tranquilidad impostada en que vivía terminara en cualquier momento y el pasado le estallaría en la cara, a veces conseguía olvidarse de todo, de quién era y de quién había sido, de que antes o después alguien iría a buscarla, a ella o a lo que Emil le había pedido que escondiese. Como si hubiera borrado sus recuerdos y pudiera negar el porvenir, se concentraba sólo en el presente, en las clases de piano que había retomado después de tantos años. Encerraba el pasado en un rincón de su memoria que se le antojaba como una de esas cajas fuertes con puertas acorazadas donde los bancos guardan lingotes de oro, imaginaba que se tragaba la llave y que ya nadie podría abrirla, y se esforzaba en no pensar en el mañana. El futuro no existía más allá de lo que tardase en morir el día, y el mundo, que antes era tan grande, se había reducido al kilómetro y medio que separaba su casa, donde había vuelto a vivir después de tantos años, de la academia de música. La misma escuela donde aprendió a tocar el piano de niña, y en la que, gracias a Mijail, que mantenía una buena relación con el director, había tenido la suerte de encontrar un trabajo de profesora sin tener que responder a preguntas incómodas.

Tener un trabajo y un sueldo decente ya era bastante bueno en aquellos tiempos, y aunque con lo que ganaba Erika tenía suficiente para mantenerse

por sí misma y darse algún capricho de vez en cuando, cinco años después de que terminase la guerra se había convertido en una persona muy precavida, como si ya fuese muy mayor, y guardaba su dinero con la misma prudencia de una hormiga que recogiese trocitos de pan de los que abastecerse en el futuro, cuando la artrosis quizá ya no le permitiera tocar el piano con el virtuosismo de ahora, o simplemente sin dolores, y el tiempo inevitable de vacas flacas la obligase a contar cada día sus ahorros. Pero también era cierto que a Erika le gustaba enseñar a tocar el piano, y sobre todo, necesitaba estar ocupada el mayor tiempo posible, no tener energías por la noche sino para tumbarse rendida en la cama y despertarse por la mañana cuando el sol todavía no se hubiera levantado.

Aquel día había sido como cualquier otro de primeros de enero. Erika había salido de su casa temprano, aún no había amanecido, para dirigirse a la academia, en el centro. Como hacía siempre que el viento soplaba desde los Alpes, al cruzar el puente sobre el Salzach se ajustó el gorro sobre las orejas y le dio otra vuelta a la bufanda, enroscándosela alrededor del cuello como una serpiente de lana. En el número 15 de la Getreidegasse, a pocos metros de la que fue la casa de Mozart, subió a la segunda planta y, antes de abrir la puerta y acercar las manos a la estufa del recibidor, sonrió al escuchar las notas en la sala donde el director enseñaba canto a los alumnos. Como cada mañana, no se quitó el abrigo ni los guantes ni se liberó de la bufanda hasta entrar en calor, y entonces abrió despacio la puerta del coqueto salón donde su jefe tocaba apasionadamente el clavecín de sesenta y una teclas del siglo XVIII, con los ojos cerrados, como si no supiera que Erika ya había llegado, o puede que tal vez por eso, porque le gustaba que ella lo viera concentrado en su música: el profesor entregado que ninguna mañana puede resistir el impulso de llegar el primero a la escuela y practicar para no parecer nunca torpe a los ojos de cualquier estudiante aventajado. Los primeros alumnos todavía tardarían media hora en llegar, pero nunca lo hacían antes que el director, y en ocasiones Erika pensaba que el jefe se quedaba a dormir en el sofá de terciopelo de la recepción, como si para él no existiera otra vida que la que habitaba en aquella casa bicentenaria que había conseguido mantenerse a duras penas

como academia de música tras acabar la guerra. Pero después de pensarlo muchas veces, la única explicación que le encontraba era que al director le gustaba sentarse ante el viejo clavecín muy temprano, tocar en silencio un rato antes de que llegasen los otros profesores y los alumnos, disfrutar de la soledad impagable de su refugio antes de que las voces de los compañeros o las tentativas de los aprendices de pianista rompiesen el silencio.

Cada uno tenía sus razones para llegar pronto. En invierno, Erika prefería acudir con el tiempo suficiente para calentarse las manos, porque en las mañanas tan frías como aquella, cuando salía de su casa, cerca de la mole imponente del Kapuzinerberg, antes de atravesar el Salzach ya no sentía las yemas de los dedos, y había días en los que, incluso después de calentar unos minutos las manos junto a la estufa, cuando se quitaba los guantes aún tenía las puntas de las extremidades amoratadas, insensibles, y ésa no era la mejor manera de sentarse al piano para enseñar a sus alumnos a interpretar una partitura. Y aquella mañana de un día normal como otro cualquiera, cuando entró en el salón para darle los buenos días al director, que, concentrado en el Concierto Número 21 de Mozart, apenas le dedicó una leve inclinación de cabeza, ya sentía el hormigueo reconfortante en la punta de los dedos que empezaban a recuperar su temperatura.

Por la tarde, después de la academia, Mijail llamó a su puerta, puntual, a las siete, como había hecho tres veces por semana, sin faltar un solo día, durante los últimos dieciocho meses. Un cuarto de siglo atrás los dos eran apenas unos niños que habían crecido juntos, y ahora Erika era una mujer viuda que había vuelto a la ciudad después de haber pasado muchos años en el extranjero. Él se empeñaba en mostrarse como el enamorado paciente capaz de esperar todo el tiempo que hiciera falta. A pesar de haberle confesado sus sentimientos dos veces y ser rechazado —la primera cuando todavía eran unos adolescentes, y la segunda cuatro años antes, cuando ella había vuelto a la ciudad para empezar una nueva vida—, su vecino ni siquiera se había esforzado en mostrar una indiferencia amistosa, distante. En las dos ocasiones, Mijail le había abierto su corazón sin tapujos, y no la había vuelto a molestar después de que Erika sonriese amablemente y le dijera que no estaba enamorada de él la primera vez, y que quizá ya nunca

más volvería a estarlo de nadie la segunda. Mijail tampoco se había enfadado o la había empezado a tratar con el resentimiento de un amante despedido cuando Erika declinó la oferta de dar un paso más en su relación de amistad y convertirse en una pareja de novios. Al contrario, cuando se encontraron a la mañana siguiente, de los dos ella fue la única que parecía sentir vergüenza, la que bajaba la mirada como si fuese culpable de un delito y él, en lugar de hacerla sentir mal por haberlo rechazado, la trataba como si no hubiera sucedido nada y la declaración de amor fuese un mal sueño que ella no alcanzase a recordar con claridad después de haberse levantado. Era lo mejor, desde luego: seguir con la rutina de cada día sin más, no dar importancia a lo que había pasado, saludarse como dos buenos vecinos, charlar con otros amigos que quizá sospechaban del enamoramiento no correspondido de Mijail, volver a su vivienda a mediodía para comer y otra vez emprender el camino de vuelta a la academia; luego, otra vez desandar el camino, encerrarse en casa para dar algunas clases particulares y preparar la cena.

Algunos días Erika lo veía salir desde la ventana de la cocina. Mijail vivía en la acera de enfrente y atravesaba la calle procurando inútilmente disimular la cojera que arrastraba desde niño. A veces se atusaba el pelo o se ajustaba las gafas redondas, coqueto, como si acudiese a una cita galante, antes de empujar la cancela y colarse en su jardín. Erika a veces sonreía en silencio y sacudía la cabeza ante la evidente tozudez de su amigo que, además, cuando era un crío jamás había mostrado un interés especial por la música. Tal vez como algunos niños austríacos que, al vivir en un país en el que la educación musical era tan importante, en lugar de haberse aficionado a tocar algún instrumento o incluso haber hecho de la música su forma de vida, se había vuelto impermeable, puede que por rebeldía, a las partituras y a las corcheas. Y lo raro era que después de haber sido una de esas personas refractarias a Mozart que a Erika siempre le parecían tan extrañas, ahora se hubiera empeñado, con la misma pasión de un adolescente, en adquirir destreza al piano. Una pena que no se hubiese aplicado en aprender a tocar cuando era pequeño, porque en el tiempo que llevaba enseñándole se había convertido en un pianista bastante digno. Le pagaba bien, incluso más de lo

que habría tenido que pagarle a otros profesores de música de la ciudad, y al fin y al cabo eran dos buenos amigos que se habían vuelto a encontrar después de muchos años y se procuraban compañía. Además, el dinero no le venía mal. A Erika le disgustaba la idea de pasar otro invierno sin reparar el tejado. Colocado en un lugar estratégico del salón tenía un cubo para recoger las goteras los días de lluvia, y en la mayoría de las ventanas se formaba un cerco de humedad que ni siquiera pintando las paredes cada verano impedía que volviesen a aparecer después de varios días de tormenta, como si las manchas se hubieran vuelto traviesas y les gustase exprimir su paciencia.

Después de la guerra había tenido la fortuna de volver a vivir en la casa que había sido de su familia. Era hija única, y estaba claro que aquel lugar junto a la mole majestuosa del Kapuzinerberg le correspondía después de que sus padres hubieran fallecido en el 37, pero el mundo había cambiado tanto durante estos años que no habría sido descabellado pensar que, al volver a Austria a finales del 45, los americanos le hubieran puesto todas las trabas posibles para mudarse a la casa en la que había crecido. Pero no fue tan difícil como había imaginado. Bastó con desclavar los tablones que atrancaban la puerta y barrer el polvo acumulado después de haber permanecido más de un lustro sellada.

—Está todo bien —le había explicado Mijail, orgulloso—. Yo he velado por la casa durante estos años. Me daba mucha pena salir cada día o asomarme a la ventana y verla cerrada, como si estuviera pudriéndose por dentro poco a poco. Pero algo me decía que antes o después regresarías y otra vez volvería a ver la puerta abierta.

No era sólo el dinero que Mijail le pagaba por las clases de piano, sino también, sobre todo al principio, sus palabras de ánimo, los ratos tan buenos que pasaba con ella cuando cruzaba la calle con cualquier excusa para charlar un rato. Lo discreto que se mostraba, sin hacer preguntas sobre el pasado o el modo en que se retiraba, seguro que a regañadientes —sobre todo después de que le hubiera dicho que nunca volvería a enamorarse—, pero hacía un esfuerzo muy grande para que ella no se diera cuenta, cuando Martín viajaba desde París para visitarla y pasaba semanas en su casa.

Entonces Mijail desaparecía, ni siquiera acudía a recibir sus clases de piano. Se convertía en un fantasma que sólo quisiera acompañarla cuando se encontraba sola, como si adivinase el momento exacto en que ella necesitaba estar con alguien que no hurgase en su vida, con un hombre que, aunque la amase dolorosamente porque ya le había dejado claro dos veces que jamás podría corresponderle, después de todo no era sino su mejor amigo.

Por eso aquél había sido un día como cualquier otro, rutinario y moderadamente feliz, que iba a terminar con un rato de lectura tras recoger la mesa y fregar los platos.

Después de que su vecino se hubiera marchado, Erika se había preparado una cena rápida que disfrutó en la misma cocina delante de una copa de vino. Luego, cuando estaba fregando los platos, se había quedado un momento absorta, como le pasaba algunas veces que miraba el jardín trasero por la ventana, atenta a la oscuridad, como si sus ojos pudieran distinguir las formas de los árboles o el movimiento de las hojas igual que si fuera de día; pensando cuándo llegaría el momento en que no podría resistirse a la tentación de abrir lo que escondía, sobre todo por acabar con el hastío o la incertidumbre en que vivía, las ganas de romper con el pasado para siempre, terminar con el miedo cotidiano y ya no tener que levantarse más cada mañana esperando que Emil o un desconocido volviese para buscar lo que era suyo o pensaba que le pertenecía.

Aunque la inquietud siempre estaba presente, cuando oyó unos pasos que se dirigían a la cocina no pensó que ese momento que temía tanto hubiera llegado por fin, sino que se trataba de Mijail, que a veces volvía después de las clases para sentarse a charlar un rato, o le traía un postre que aseguraba haber preparado especialmente para ella. Pero no era Mijail el hombre que estaba mirándola en su cocina, como si a pesar de haberse colado en su casa sin haber tenido la deferencia de llamar primero estuviera esperando a que le diese permiso para sentarse a su mesa y tomar un té y unas pastas con ella. No era tan alto como su vecino, pero sí mucho más corpulento, tanto que parecía haberse comprado la chaqueta en un almacén de saldo donde no quedase ropa de su talla. Erika no se llevó la mano a la

boca para reprimir un grito. Ni siquiera se le cayó un plato al suelo y estalló en pedazos. Lo que servía para las películas de miedo o para las novelas que le gustaba leer no tenía por qué funcionar en la vida diaria: el mundo real era mucho más aburrido que la ficción. Se limitó a mirarlo, incluso le sorprendió que no se hubiera quitado el sombrero al estar bajo techo, porque no le cabía duda de que el hombre que la observaba sin hablar todavía había recibido formación militar, seguramente durante muchos años, y destocarse al entrar en una casa era un gesto instintivo del que alguien que había vestido uniforme no se podía despojar fácilmente.

Dentro de un momento, de la mano del intruso brotaría un cuchillo o una pistola como por arte de magia, aunque era más que posible que no los necesitase para hacerle daño. Ponerse a dar gritos también estaba descartado. Los vecinos llamarían a la policía, y ésta haría preguntas a las que no sabría o no querría responder. Puede que incluso se mostrasen demasiado interesados en conocer el motivo de la presencia de aquel hombre en su casa. Asintió, resignada, mostrando las palmas de las manos, como si tuviera que calmar al desconocido que aún seguía con los pies clavados en el umbral de su cocina, quizá porque estaba seguro de que ella, aunque quisiera echar a correr, no tendría escapatoria. Sin bajar las manos volvió la cabeza hacia el trozo de jardín oscuro que enmarcaba la ventana, como si quisiera asegurarse de que en los dos minutos que pasaron desde la última vez que miró nadie se le hubiera adelantado, llevándose lo que ese tipo había venido a buscar. Pero cuando volvió la cara para pedirle que no le hiciera daño, que enseguida le daría lo que quería, el hombre que aún llevaba el sombrero puesto había recortado la distancia que la separaba de ella, como un fantasma que levitase, y la había empujado contra la encimera y le había tapado la boca con una manaza que a Erika se le antojó tan grande y tan áspera como la de un oso.

—No hace falta que te diga por qué estoy aquí. Seguro que lo sabes. ¿A que sí?

En lugar de asentir temblando de miedo, Erika cerró los ojos y apretó los labios para contener una arcada. Además de las manos enormes y duras como las de un animal, le apestaba el aliento como si llevase retrasando

diez años la visita al dentista. También se dio cuenta de que hablaba alemán con acento de Alemania, no de Austria. Con que le dijera alguna frase más estaría segura de que se había criado en Berlín. Pero antes de escucharlo hablar de nuevo, Erika abrió los ojos y pudo comprobar que, en la mano que le quedaba libre, como si la taumaturgia se hubiera producido por fin, había aparecido una navaja, con la hoja muy pequeña, pero seguro que también muy afilada, y la sostenía demasiado cerca de su ojo izquierdo como para quedarse tranquila. Cualquiera con unos conocimientos mínimos de medicina sabía que, con el movimiento rápido de un experto, un globo ocular podía separarse de la cuenca sin que el inminente tuerto notase dolor siquiera. Y estaba segura de que ese tipo podría haber perdido el número de su dentista o no sentir la más mínima preocupación por la higiene bucal, pero no había duda de que no era la primera vez que usaba un cuchillo, y además sabía que una hoja afilada tan cerca del ojo daba más miedo que el cañón de una pistola apuntando al pecho.

—¿Dónde está?

También había esperado Erika que ese momento nunca llegase. Algunos días pensaba que se habían olvidado de ella para siempre, que nadie la recordaría o la relacionaría con el pasado. O que Emil o algún sicario mandado por él habría ido a buscar la maleta en cualquier momento que ella no estuviese en la casa: pasaba muchas horas cada día en la escuela de música y, bien pensado, lo más normal era que un día al volver del trabajo y mirar por la ventana de la cocina viese un montoncito de tierra en el jardín, como si alguien, además de estar en su casa, también hubiera querido dejar constancia de que ya se había llevado lo que vino a buscar.

Erika asintió bajo la zarpa del intruso. Como pudo, movió la cabeza un poco hacia la ventana.

—¿Dónde? —repitió el tipo, acercando un poco más la punta de la navaja a su ojo—. Voy a quitarte la mano de la boca. —Era de Berlín, ya no había ninguna duda—. No hace falta que te diga lo que te pasará si gritas.

Erika asintió otra vez, mecánica, repetidamente, como si le hubieran activado un resorte en las cervicales.

—Lo que busca está en el jardín, enterrado junto al roble. Lléveselo y no me haga daño. Ni siquiera lo he abierto en los cuatro años que lleva ahí escondido.

El hombre la cogió por la garganta y la empujó contra el fregadero mientras entornaba los ojos escrutando sin mucho resultado la oscuridad del jardín.

—Más te vale que me estés diciendo la verdad —le dijo, separándose de ella un poco, incluso amagó una sonrisa—. Andando. Llévame hasta al sitio donde está escondido el tesoro.

Erika se incorporó despacio, sin dejar de mirarlo. Efectivamente, como si fuese un prestidigitador talentoso, de su mano había desaparecido la navaja para convertirse en una pistola. A Erika el cañón le pareció tan largo que pensó por un instante que se había mareado o le fallaba la vista. Lo primero no era del todo mentira: estaba un poco mareada. En lo segundo sí que se había equivocado: aún no necesitaba gafas. El cañón de la pistola era tan grande porque llevaba acoplado un silenciador. Si le quedaba alguna esperanza después de que le retirase la navaja del ojo se había esfumado: el intruso había venido preparado para liquidarla sin despertar a los vecinos. Por su cabeza pasó un recuerdo tan rápido como una estrella fugaz: unos hombres que querían hacerle daño, hacía mucho tiempo; una niña con un manojo de globos que la levantan hasta el cielo, donde nadie pueda lastimarla. Una pompa enorme de jabón. Ojalá que el capitán Navarro estuviera ahora allí para salvarla.

—No hagas tonterías. Límitate a llevarme hasta el tesoro...

Tal vez como un mago capaz de convertir navajas en pistolas no tendría precio, pero como humorista estaba claro que pasaría mucha hambre. Erika no se lo dijo, por supuesto que no, pero si quería hacerse el simpático repitiendo lo del tesoro a ella no le hacía maldita la gracia. Obediente, salió de la cocina despacio, no fuera el tipo a pensar que quería escaparse y apretase el gatillo antes de tiempo.

El jardín estaba tan oscuro que no supo si aquél era o no su día de suerte. Con menos nubes y una luna más generosa tendría menos posibilidades de equivocarse al buscar el lugar exacto donde estaba la

maleta que en primavera haría cuatro años que llevaba enterrada en su jardín. Ahora era como si un mecanismo interno de relojería hubiera activado una alarma que acelerase el tiempo, marcando la urgencia inminente de escapar de allí, sin mirar atrás, porque una bomba estaba a punto de explotar.

Empezó a tiritar, pero no era el mejor momento para pedirle a quien la encañonaba que la dejase entrar en la casa para coger un abrigo.

—El roble está junto a la tapia. —Erika apuntó a la oscuridad con la barbilla.

—Entonces vayamos hasta allí.

Ella volvió la cabeza, sin mover el cuerpo. El cañón de la pistola seguía mirándola, como un ojo siniestro.

—En la cocina tengo una pequeña pala que uso para quitar la nieve de la entrada. Permítame cogerla y enseguida podré darle lo que ha venido a buscar.

El tipo chasqueó la lengua y sacudió ligeramente el cañón de la pistola para subrayar su disconformidad.

—Me temo que esta noche vas a tener que mancharte las manos de barro, preciosa.

—Pero lleva casi cuatro años enterrada. La tierra incluso puede estar congelada bajo la nieve.

Cuando terminó la frase, se dio cuenta de que si no fuera porque no resultaba prudente llamar la atención, el desconocido habría soltado una carcajada clamorosa. Bien mirado, puesto que tal vez estaba a punto de morir, que pudiera estropearse la manicura escarbando en la nieve no tenía la menor importancia.

La única respuesta que obtuvo fue el cañón del arma hundiéndosele en las costillas, empujándola hacia el árbol. Erika no dijo nada. Procuró que sus ojos se acostumbrasen cuanto antes a la noche sin luna y que el temblor de hombros por culpa del pánico o del frío no fuera demasiado evidente. Estaba muerta de miedo, pero no le quería dar el gusto de que se lo notase.

Veinte metros después estaban junto al roble.

—Aquí es —anunció, palpando el tronco, como si estuviera orgullosa de tenerlo plantado en su jardín—. Si no se le ha adelantado nadie, aproximadamente a un metro debajo de este punto —señaló con el índice un lugar bajo sus pies— debe de encontrarse lo que está buscando.

—Por tu bien espero que esté ahí. Pero, dime: ¿no ha venido nadie antes para llevárselo?

En otras circunstancias, Erika podría haber aprovechado el resquicio que le proporcionaba la pregunta para ganar tiempo, pero le afectaba la terrible corazonada de que, hiciera lo que hiciese o dijera lo que dijese, al final su sangre acabaría tiñendo la nieve que había tapizado el jardín durante los últimos dos días. Sin embargo, tampoco iba a ponérselo tan fácil.

—Paso mucho tiempo fuera de casa, pero eso seguro que lo sabe. No es muy exagerado pensar que alguien ya podría haber estado aquí para llevarse lo mismo que usted tiene tantas ganas de encontrar. A propósito: ¿por qué no ha venido cuando yo no estaba? Así me habría evitado este mal rato, y ni siquiera habría tenido que verle la cara. —El tipo no dijo nada. Hablar con él era igual que hacerlo con la pistola—. Claro —Erika, no sin esfuerzo por culpa del frío, chasqueó los dedos, como quien acaba de resolver un acertijo—, no sabía si la maleta estaba aquí, y si estaba aquí, tampoco sabía el lugar exacto donde encontrarla, ¿verdad?

La única respuesta que obtuvo fue la zarpa de oso apretándole el cuello, obligándola a agacharse. Sintió la nieve al apoyar las rodillas y las palmas de las manos. Tenía tanto frío que en un segundo ya apenas podría sentir los dedos.

—Empieza a cavar —oyó decir, desde lo alto, como un gigante que le susurrase para que nadie más que ella pudiera escucharlo—. No tenemos toda la noche.

Aunque era lo último que quería hacer, tampoco podía gritar: en cuclillas, y con el silenciador a treinta centímetros de la nuca, se le antojaba imposible que no la matase antes de que pudiera abrir la boca siquiera. Con la tierra tan dura y tan fría, calculó que tardaría al menos veinte minutos en poder sacar la maleta de su escondite. Era el único recurso que le quedaba:

ganar tiempo, y probablemente tampoco le serviría de nada, pero cuando se está a punto de morir cada segundo extra es un regalo, un minúsculo reducto de vida al que poder agarrarse. Clavó los dedos que ya no sentía en la nieve, esperando que donde empezaba a cavar trabajosamente estuviese todavía la maldita maleta que Emil había enterrado tres años y medio antes.

—Sigue —le decía el otro cuando alguna vez se detenía para estirar la columna.

Estar agachada escarbando con las manos en la tierra helada no era lo mejor para que no le doliese la espalda. Erika ya había conseguido abrir un agujero de aproximadamente veinte centímetros de profundidad. Aún no había llegado a la mitad y le dolían tanto las manos como si las hubiera metido en una trituradora. Y aunque no sentía los dedos, se había dado cuenta de que debajo de las uñas rotas le manaba un hilillo de sangre. Cerró los ojos y volvió a hundir las manos en el barro, como si le fuera la vida en ello. De pronto se había dado cuenta de que ya no quería estirar el tiempo, y lo único que le importaba después de haber pasado un rato de rodillas en la nieve era terminar con todo de una vez, dejar de padecer ese frío tan intenso y el dolor en las manos, que aquel hombre se llevase lo que había venido a buscar y la matase o se apiadase de ella, pero que todo acabara, por favor. Luego el barro se fue volviendo más blando, desmenuzándose entre sus dedos, o era que tenía tantas ganas de terminar que se había olvidado por completo del sufrimiento, de la incomodidad y del frío.

No habían pasado más de cinco minutos después de que se detuviese la última vez cuando notó que las uñas tocaban algo más duro que la tierra. Al menos el tesoro seguía enterrado en su jardín. Estaba segura de que el hombre que esperaba a su lado también se había percatado del hallazgo. Con el rabillo del ojo vio cómo se agachaba un poco, seguro que para asegurarse de que había encontrado la maleta. También tuvo Erika durante un momento una visión fugaz y extraña. Al darse cuenta de que algo no encajaba, se le dibujó un signo de interrogación en la cara. Seguro que estás teniendo alucinaciones, se dijo, antes de afanarse en terminar de quitar la tierra que cubría la maleta. Aún seguía pensando que se trataba de visiones, que tal vez por llevar tanto tiempo agachada se le había subido la sangre a

la cabeza, pero en cuanto el tipo le ordenó que continuase con su tarea cayó rodando sobre la nieve después de emitir un gemido sordo. Luego vio la pala alzarse otra vez para caer sobre él antes de que pudiera ponerse de pie, y a Mijail sujetando el mango con las dos manos, como un verdugo que levanta el hacha para culminar la ejecución. Pero aunque su vecino había contado con la ventaja de la sorpresa, el tipo rodó sobre sí mismo —era mucho más ágil de lo que su voluminoso cuerpo daba a entender— y esquivó el filo metálico de la pala.

El primer golpe le había alcanzado en la espalda, pero no había servido nada más que para aturdirlo momentáneamente. Se levantó de un salto, puso un pie sobre la pala que se había quedado clavada en la nieve y agarró por el cuello a Mijail, que lo único que consiguió fue sujetar con las dos manos la zarpa que le atenazaba la garganta para aliviar la presión, en vano, porque el otro era demasiado fuerte, y además estaba acostumbrado a pelear. Con un movimiento rápido pasó una de las piernas por detrás de las de Mijail, lo derribó sobre la nieve y le hundió la punta del zapato en el estómago. Luego se volvió, sin prisas, con la seguridad de quien se sabe ganador de la partida, para agarrar la pala y estrellarla en la cabeza del vecino de Erika o para coger la pistola y liquidarlo limpiamente de un disparo entre los ojos. Pero cuando se volvió, el tipo se dio cuenta de que la única opción que le quedaba era la pala, y eso si no quería arriesgarse a que Erika apretase el gatillo de la pistola que se había agenciado mientras forcejeaba con Mijail. Se quedó mirando la herramienta un instante, calculando las posibilidades que tenía de empuñarla antes de que Erika le vaciase el cargador en el pecho. Con una sola de esas balas del calibre 45 bastaría para reventarlo antes de que pudiera agarrar el mango. Pero estaba por ver si la mujer acertaría el tiro, o si, al disparar, el retroceso la tiraría de espaldas o conseguiría que se le cayese la pistola. O a lo mejor ni siquiera sería capaz de disparar: después de haber estado un rato cavando, seguro que tenía los dedos engarrotados y puede que también resbalosos por culpa de la nieve y el barro. Más a pesar de la lógica contundente que se desprendía de cada uno de sus razonamientos, el hombre ni siquiera se decidió a jugárselo todo con la navaja que llevaba en el bolsillo: levantó las

manos, como si quisiera reconciliarse con Erika o se rindiera. Tenía el abrigo manchado de nieve y de barro, y además de la pistola también se le había caído el sombrero en el encontronazo con Mijail, dejando al descubierto un cráneo rapado y reluciente. El amigo de Erika se había levantado trabajosamente y se colocaba las gafas torcidas sobre la nariz después de coger la pala. Por muy profesional que fuese o por mucha experiencia que tuviera, ahora tenía una mujer enfadada apuntándole con una pistola, y a su vecino, todavía más enfadado, a su espalda, deseando probar lo resistente que era su cabeza pelada al acero.

Se separó un poco para poder verlos a los dos.

—Váyase —le dijo Erika, sin dejar de sujetar la pistola con las dos manos—. Márchese.

El hombre miró el agujero junto al roble con la misma codicia de quien acaba de descubrir un cofre repleto de monedas de oro y se resiste a dejar escapar la oportunidad de llevárselo. Pero Erika sacudió la cabeza, adelantándose a sus intenciones.

—Ni lo sueñe —le dijo—. La maleta se queda aquí.

El tipo sonrió, con desprecio.

—¿Crees que no volverán a mandar a nadie a buscarla?

Erika no dijo nada. Se limitó a levantar un poco el silenciador de la pistola, lo justo para apuntarle a la cabeza.

—No dejes que se vaya, Erika —terció Mijail—. Tenemos que llamar a la policía. ¿Quién te dice que si lo dejas marcharse no volverá otro día?

El intruso la miró, como si adivinase lo que estaba a punto de responder.

—Es mejor que se vaya —le dijo Erika a su vecino, sin pestañear.

—¿Estás loca? Preferiría que le pegaras un tiro o reventarle la cabeza con la pala antes de dejar que se marche. Matémoslo y te ahorrarás el sufrimiento de esperar el momento de que vuelva otra noche. Diremos que era un ladrón que había entrado en tu casa y lo mataste. Yo apoyaré tu versión. La policía te creerá.

Si se le aceleró el pulso con la proposición de Mijail, el desconocido había hecho un gran esfuerzo para que no se le notase. Erika seguía mirándolo, como si no estuviese muy cansada y la pistola no pesara tanto

que en cualquier momento tendría que rendirse y bajar los brazos. El tipo se separó otro paso de ellos, lentamente, mientras el cañón en las manos de Erika lo seguía, igual que un imán poderoso. Sin dejar de mantener las manos levantadas se agachó y, muy despacio, recogió el sombrero.

—No me va a disparar —le dijo a Mijail—. Ella tampoco quiere que la policía venga a su casa a hacer preguntas.

El vecino de Erika sujetaba el cabo de la pala con tanta fuerza que parecía que la sangre le hubiera desaparecido de las manos. Era como si esperase un pestañeo de ella para partir en dos el cráneo afeitado de aquel tipo que estaba presumiendo de poder marcharse sin que le sucediera nada.

—Si dejas que me lleve la maleta, nadie más volverá a molestarte.

Erika suspiró, como si lo único que sintiese ahora fuese hastío. Luego sacudió la cabeza.

—Eso no puede saberlo nadie. La maleta se queda aquí. Váyase de mi casa antes de que me arrepienta.

—Como quieras —le dijo—. Pero no dudes que volveremos a vernos.

Erika avanzó un paso, sin dejar de apuntarle, pero el otro ni siquiera pestañeó. Se colocó el sombrero despacio, como si le diera mucha pereza marcharse tan pronto.

—No me tienta —le advirtió Erika—. Lárguese ya.

El intruso caminó unos pasos de espaldas, para no perderlos de vista, y luego desapareció detrás de la casa. Erika aún seguía con los brazos levantados, apuntando a la oscuridad. No se relajó hasta que oyó arrancar el motor de un coche en la calle y el quejido de los neumáticos abriéndose paso en la nieve. Entonces se dio cuenta de que estaba temblando, y no supo si de frío o de miedo, y también se percató de que Mijail la miraba como si, a pesar de haber sido vecinos y amigos desde que eran unos niños, no la conociera. Pero no se entretuvo más de dos segundos en darle vueltas a lo que Mijail estaría pensando. Enseguida volvió la cabeza hacia la base del tronco del roble, al agujero que había escarbado. Lo que allí escondía puede que para el tipo que se acababa de marchar y para sus amigos fuera un tesoro, pero para ella no era más que un problema del que debía desprenderse cuanto antes, y ahora que la maleta había quedado al

descubierto, se sentía igual que si hubiera destapado aquella caja que contenía todos los males del mundo, y sólo se le ocurría una manera de volver a encerrarlos.

Capítulo 2

Un español en París

Desde hacía tres semanas, cada vez que alguien llamaba a la puerta de su apartamento en París, la espalda de Martín Navarro se tensaba como cuando en la guerra llegaba el momento de salir de la trinchera con la bayoneta calada, apretando los dientes para espantar el miedo y el frío después de haberse pasado horas con las piernas hundidas en el fango. A veces, antes de salir a campo abierto, temía que las piernas no le obedecieran, que al abandonar la trinchera se quedara petrificado, como un muñeco de nieve con el que los soldados de la Wehrmacht pudieran ejercitar su puntería.

No era igual ahora, desde luego, en un apartamento alquilado donde la calefacción funcionaba casi siempre, que en los arrabales de Leningrado en el duro invierno del 43, pero desde que había regresado de Barcelona sin haber cumplido el encargo, lo normal era que más pronto que tarde alguien acudiera a pedirle explicaciones. Y aquel timbrazo a última hora de la mañana presagiaba problemas igual que las nubes negras anuncian tormenta. Es cierto que también podría tratarse del cartero, o de algún vendedor de enciclopedias a domicilio, pero, a medida que pasaban los días, las posibilidades de que no viniera nadie eran muy remotas. El rostro de Fignon, al otro lado de la mirilla, como si lo espíase a través de un túnel profundo o un periscopio, despejó sus dudas. Antes de abrir, Navarro se guardó la pequeña Astra en el bolsillo. Con su pequeño calibre y su tamaño,

no mucho mayor que un mechero grande, era la pistola ideal para llevarla en el pantalón sin que apenas se le notase el bulto. Navarro no tenía dudas de que, de todos modos, Fignon se daría cuenta enseguida de que iba armado, pero la verdad era que casi prefería que lo supiese. En determinados momentos, lo mejor era dejar las cosas claras desde el principio. Cuantos menos equívocos, mejor. Ni siquiera interpretó la sonrisa de Fignon al abrirle la puerta como un síntoma de que todo marchaba bien o que no había pasado nada. La hipocresía tampoco resultaba una novedad a estas alturas.

—Me gustaría decirte qué sorpresa, pero, si te soy sincero, no me extraña que hayas venido.

—Pues no, no debería sorprenderte. Tampoco es la primera vez que te hago una visita. —Fignon señaló con la barbilla el interior del apartamento—. ¿No me invitas a pasar?

Navarro se hizo a un lado, bajando la cabeza, como si le avergonzara haber dejado aparcados sus buenos modales. Mientras cerraba la puerta, aprovechó para dedicar una mirada valorativa a su invitado. Con el abrigo que colgaba de su brazo doblado como una percha y el sombrero en la mano, no parecía dispuesto a sacar una pistola antes de pedirle cuentas. Pero tampoco podía sentirse del todo tranquilo, porque Fignon no era de los que se manchaban las manos de sangre. Para el trabajo sucio había otros tipos que se habrían andado con menos remilgos: quizá lo habrían abordado en la calle y obligado a meterse en un coche, o habrían abierto la puerta de su apartamento de una patada para despacharlo con un balazo entre los ojos sin darle las buenas tardes primero.

Fignon, sin embargo, estaba mirando el mazo de cuartillas que colmaba la mesa del pequeño salón, junto a una edición gastada de Chéjov, en ruso.

—Ya veo que sigues traduciendo —le dijo, volviéndose hacia él, después de colocar con mucho cuidado el abrigo en el respaldo de la silla y poner el sombrero encima.

Navarro se encogió de hombros, con resignación impostada. Tenía las manos en los bolsillos, y la derecha sujetaba la pistola. La intuición le decía

que Fignon había venido en son de paz, pero el sentido común lo empujaba a tener el índice cerca del gatillo.

—Tengo que pagar el alquiler —respondió—. Y aunque sabes que soy muy poco dado a la glotonería, me veo en la obligación de comprar comida de vez en cuando.

Fignon le dedicó una sonrisa a través de los ojos antes de posar de nuevo sus ojos sobre los folios.

—Siempre me ha llamado mucho la atención. Un español que traduce al francés a un escritor ruso. Tu dedicación resulta admirable. ¿No vas a ofrecerme café?

No le contestó inmediatamente. Unos meses antes habría recibido a Fignon en su casa con un abrazo y habría puesto una taza de café caliente en sus manos antes de que hubiera tenido que pedírsela; pero ahora era diferente, y por primera vez en mucho tiempo no se alegraba de verlo en París, y mucho menos en su casa.

—Por supuesto, ahora mismo te lo preparo —le dijo, por fin, y luego hizo una pausa para calcular el alcance de la carga de profundidad que le iba a lanzar—. ¿Cuántas tazas debo poner?

—Vengo solo, Martín, y también vengo en son de paz.

Navarro asintió, de espaldas, mientras buscaba dos tazas en el armario de la cocina.

—No veo razón para que hayas venido con otro talante. Pero tampoco creo que estés aquí para supervisar mis traducciones. ¿Será quizá que estabas en París por otros asuntos y de pronto te han entrado tantas ganas de verme que no has podido evitar venir a mi casa?

Puso el café a calentar, y se dio la vuelta. Ahora su invitado miraba por la ventana. Había enterrado las manos en los bolsillos, pero eso no tenía por qué decir que también escondiera una pistola.

—Estoy preocupado por ti —le oyó decir a Fignon, que no se había movido de la ventana. Luego se volvió hacia él, que se había quedado en el umbral de la cocina, como si prefiriera mantenerse a una distancia prudente—. Estamos preocupados por ti.

—Qué bien. Tanta gente preocupada por mí. ¿Se puede saber por qué? Voy cumpliendo años, pero, que yo sepa, me encuentro bastante bien de salud, lo cual no es mala noticia después de haber pasado cuatro inviernos en el frente.

Fignon casi sonrió de verdad. Como si, a pesar de todo, hubiera echado de menos el cáustico sentido del humor de Navarro y la razón que lo hubiera llevado hasta París para llamar a la puerta de su apartamento no hubiera sido otra que mantener una charla agradable con él. Pero su cara recobró enseguida el semblante serio, como la de un muñeco que adoptase de nuevo la expresión inanimada después de que un niño le tirase de los labios para hacerlo sonreír.

—Supongo que sabes que desde lo de Miranda hay muchos en el Partido que no confían en ti.

La espita de la cafetera fue la campana que lo libró de responder enseguida al comentario de Fignon, que, de todos modos, estaba seguro de que sacaría a la luz antes o después. Navarro volvió a darle la espalda para entrar en la cocina, y no le respondió hasta verter el líquido oscuro y humeante en las tazas.

—La gente del Partido acostumbra a ser desconfiada. Demasiado desconfiada.

Se volvió hacia su invitado. Fignon se había cruzado de brazos y apoyado en el alféizar. Navarro le acercó una de las tazas.

—Esta vez tienen motivos para dudar de ti —le dijo, sin probar el café todavía, como si estuviera esperando a que se enfriase o quisiera calentarse los dedos.

Navarro levantó las dos cejas, dibujando algo parecido a un signo de interrogación.

—No te hagas el tonto, Martín. Se te encargó una misión, un objetivo perfectamente claro que no cumpliste. ¿Qué te pasó? ¿Tuviste dudas cuando llegó el momento? ¿Acaso te convenció Miranda de que no era un traidor?

—Dime una cosa, Fignon. ¿Alguna vez te has manchado la chaqueta de sangre? ¿En algún momento has tenido que disparar a la cabeza de un

desgraciado que se tapa los ojos con las manos, tirado en el suelo, muerto de miedo?

Fignon no le contestó enseguida. Primero se limitó a mirarlo con dureza, recriminándole la pregunta, y antes de que hablase, Navarro ya había adivinado la respuesta.

—Miranda era un traidor. Nos había amenazado con darle a la policía una lista de los camaradas de Madrid que colaboran con el Partido en la clandestinidad. Pero lo peor fue que quiso chantajearnos. Nos pidió dinero a cambio para mantener la boca cerrada. Por supuesto, no aceptamos. En un caso como éste la única solución es cortar por lo sano. Lo sabes bien. Pero fallaste, Martín. Siento decírtelo y me cuesta creerlo, y ahora no sabemos si Miranda al final entregó esos nombres a los de la DGS y nuestros compañeros de Madrid están en peligro. Puede que incluso les hablara de ti o hubiera informado de las diferentes identidades que has usado cuando has estado en España. Incluso, quién sabe, puede haberles facilitado alguna foto tuya reciente. Créeme, haber dejado escapar a Miranda quizá no haya sido una idea demasiado inteligente.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que lo dejé marchar? ¿Quién te ha dicho que no me dio esquinazo, que era tan escurridizo que se me escapó y ya no pude cogerlo?

Fignon sacudió la cabeza, chasqueando la lengua, como si hubiera ido preparado para rebatir uno por uno todos los argumentos con los que Navarro pudiera defenderse.

—Hace mucho que te conozco. Eres demasiado bueno en tu trabajo. Demasiado meticuloso como para no terminar un encargo. —Señaló los folios, el libro de Chéjov y el diccionario sobre la mesa—. Igual de puntilloso para liquidar a un traidor que se ha pasado de listo o ayudar a salir de España a un camarada en apuros que para traducir con paciencia de hormiga el libro de un escritor ruso.

Navarro dejó su taza sobre la mesa. Volvió a meterse las manos en los bolsillos. Le tranquilizaba sentir la culata rugosa de la pistola.

—Supongo que si creéis que lo he dejado escapar, eso me convierte también en un traidor.

Fignon se tragó un sorbo de café, una tregua simbólica para retrasar un poco la respuesta.

—No adelantemos acontecimientos. Dejémoslo en que para los camaradas has tenido un comportamiento sospechoso.

Navarro sonrió. Tanto, que estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Tal vez deberías ser tú el que se dedicara a la literatura. No se te dan mal los eufemismos.

—Tu respuesta resulta halagadora, pero sabes que no he venido hasta aquí para que me adules.

—Seguro que no, pero, ya que lo mencionas, me gustaría saber para qué has venido exactamente. ¿Para advertirme? ¿Para convencerme? ¿Para pedirme explicaciones? ¿Para detenerme? —También estuvo a punto de preguntarle que si para matarlo, pero cerró la boca y se quedó esperando la respuesta de Fignon.

Su invitado sacudió la cabeza, como si le molestase que dudara de sus intenciones.

—Martín, yo sólo he venido para hablar contigo. Sabes que te aprecio, pero desde que se te escapó Miranda hay muchos que no confían en ti. Piensan que no quisiste terminar el trabajo. Dicen que estás acabado, que ya no nos sirves. Peor todavía, sí, como has dicho, que eres un traidor. Algunos están convencidos de liquidarte. Por supuesto que yo no estoy de acuerdo, ni con una cosa ni con la otra, pero por desgracia nada más que puedo hablar por mí. Y cree de verdad que no me gustaría que un día se presentaran en tu casa dos o tres tipos sin mucha paciencia para hacerte un juicio sumarísimo en la cocina.

—No sigas, Fignon, por favor. Como matón no resultas nada convincente.

—Sabes que no pretendo amenazarte, y que lo que te estoy diciendo es la pura verdad.

—¿Y qué quieres? ¿Qué me esconda como una rata?

Fignon sacudió la cabeza, incómodo.

—No, Martín. No es eso lo que te digo. También sabes que si no te tuviera aprecio no habría venido a advertirte.

—¿Advertirme de qué? ¿De que vais a mandar a un matarife para que acabe conmigo? Puedes ahorrarte los rodeos. Sé perfectamente de qué va esto. No sería el primero al que quitan de en medio cuando creen que estorba. Yo mismo he tenido que hacerlo varias veces.

—Te digo que vengo de buena fe. Como un amigo. No soy la persona con quien deberías enojarte.

Navarro se dejó caer pesadamente en la silla que estaba junto a la mesa en la que traducía. De repente se encontraba muy cansado.

—Yo no he hecho nada. Y si tú has venido a advertirme es porque también sospechas que es verdad.

Fignon encogió los hombros y cerró los ojos, indiferente.

—En estos momentos, lo que yo piense o deje de pensar es lo de menos, créeme —le dijo, cogiendo otra silla para sentarse frente a él—. Y que los camaradas desconfíen de ti tampoco es ninguna novedad. No es sólo por lo de ahora. Dejar escapar a Miranda en Barcelona ha sido la gota que ha colmado el vaso, pero la desconfianza en ti viene de mucho antes. No me mires como si te sorprendiera, porque sabes perfectamente de qué te estoy hablando.

Navarro asintió, lentamente, como si de pronto cayese en la cuenta de algo importante que se le había pasado por alto o a pesar de hacer un gran esfuerzo para olvidarlo fuera imposible.

—Dime, Martín. ¿Cuántos españoles han conseguido ser héroes de la Unión Soviética? ¿Cuatro? ¿Cinco? Tú eres uno de esos privilegiados. Pero tu crédito puede acabarse, si es que no se ha terminado ya.

Navarro suspiró, hastiado, y miró la taza que había dejado sobre la mesa, sin tocarla. Luego hizo lo mismo con Fignon, sentado frente a él, mirarlo sin tocarlo. Aunque le contase mil excusas, había viajado desde Nantes hasta París sólo para hablar con él. Un emisario patético que trataba de convencerlo en vano de sus buenas intenciones, un profesor paciente y comprensivo que quiere hacer ver a un alumno descarriado las ventajas de regresar al redil, la vaga promesa del perdón si no volvía a apartarse del camino correcto. Recordarle sus medallas no iba a servir para persuadirlo. Si la memoria no le fallaba, con él eran cinco los españoles a quienes se les

había concedido la más alta condecoración de la Unión Soviética. Casi todos, como él mismo, después de haber participado en la guerra con Alemania. Pero también Caritat Mercader ostentaba el mismo reconocimiento, y su único mérito era ser la madre de otro matarife obsesionado por los ideales hasta el punto de sacrificar su vida, el asesino de Trotsky. Incapaz a estas alturas de presumir de haberla conseguido, Navarro guardaba esa insignia junto a las otras en el fondo de un cajón olvidado del armario.

La desconfianza en ti viene de mucho antes, le acababa de decir Fignon. Seguro que no le faltaba razón. A él también le pasaba lo mismo. Él ya tampoco confiaba en la gente de Moscú. Había perdido a unos cuantos amigos, hombres valientes que se merecían el título de héroes de la Unión Soviética tanto como él, puede que incluso más, o que habían recibido reconocimientos menos lustrosos, como las órdenes de la Bandera Roja o de la Guerra Patria. Gente a la que habían enviado al Este, a terribles campos de trabajo a miles de kilómetros de Moscú sólo porque alguien del Partido había considerado que fueron impertinentes a la hora de hacer una pregunta. O tal vez porque el pueblo adora a los héroes, y eso acaba disgustando a los que mandan.

Quizá porque le apetecía estar más cerca de España, o a lo mejor porque, aunque le costase reconocerlo, quería alejarse de Moscú cuanto le fuera posible, Navarro se había instalado en París. Tres años después, los recuerdos y los motivos se mezclaban los unos con los otros, difuminándose. Y aunque al principio al menos una vez cada seis meses volvía a la capital de la URSS, con el tiempo se dio cuenta de la verdad, tan triste, o se acostumbró a esa distancia, que fue haciéndose cada vez más saludable. Justo un año antes, al volver a Moscú, había ido a visitar al coronel Yuri Sokolov, uno de los compañeros de armas con los que había luchado desde el sitio de Leningrado, a finales del 42, hasta la toma de las ruinas del Reichstag. Pero su viejo camarada había desaparecido, peor que eso, era como si nunca hubiera existido. Nadie abrió la puerta de su apartamento en Leningradsky Prospekt. Los vecinos bajaban la cabeza o miraban para otro lado cuando Navarro se interesó por su paradero, como si

su amigo, que había sido un héroe, ahora no fuese sino un apestado. Preguntó a otros compañeros de armas, a los españoles que se habían quedado en Moscú después de la guerra, pero unos no sabían nada, otros no querían saber, y algunos afirmaban que Siberia era el único destino posible para los traidores de la Patria. Navarro se preguntó si de haberse quedado en Moscú en lugar de instalarse en París él también habría sucumbido al adoctrinamiento, como un burro al que le tapan los ojos con dos parches de cuero y lo dirigen por la vereda sin que pueda ver lo que sucede a los lados del camino. Llevaba media vida peleando por los ideales en los que creía, había luchado en dos guerras que le parecieron justas, matado a hombres en batallas, a muchos sin llegar a verles la cara, y a otros después de la guerra porque el Partido los había señalado como traidores, a un palmo de distancia, de frente si era posible, mirándolos a los ojos y dictándoles la sentencia como un juez con una pistola en la mano al que no se le puede suplicar clemencia. Lo había hecho sin rechistar, sin hacer preguntas, convencido de las razones más grandes que él, y más grandes que cualquiera, por las que debía acabar con ellos. Hubo quien se lo merecía, Navarro no tenía dudas. Estaba claro que habían delatado a algún camarada o se habían pasado al otro bando y pretendían jugar con dos barajas, como tahúres aventajados, todo el tiempo que fuera posible, si es que nadie se daba cuenta y lo remediaba antes de que fuese demasiado tarde.

De vez en cuando Fignon llamaba a la puerta de su apartamento de París para entregarle un sobre con un nombre y una fotografía, un fajo de billetes, una dirección y unos pasajes de tren o de avión. Navarro nunca había hecho preguntas. Podía pasarse meses encerrado, volcando al francés las palabras de los escritores rusos, con la misma entrega de un monje medieval, y luego durante unos días convertirse en un matador implacable por cuenta de quienes tomaban las decisiones en Moscú y dirigían desde la sombra las vidas de gente como él, aprovechándose de la fe ciega en sus ideas, de la ingenuidad infantil con la que acataban sus órdenes, convencidos de estar dando cada día un paso más hacia un mundo mejor y más justo. El problema llegaba, y Navarro había tardado demasiado tiempo en darse cuenta, cuando alguien se cuestionaba no tanto los ideales comunistas como

la forma en que el Partido lo obligaba a atenerse a ellos y a sus procedimientos, sin rechistar. Y a él todo le había sucedido a la vez, o casi, porque las dudas ya estaban allí cuando Fignon se presentó en su casa un mes antes con un sobre que guardaba la foto del traidor Miranda y la dirección en Barcelona donde lo encontraría.

—Dime, Fignon, ¿tú luchaste en la guerra?

—Parece como si quisieras recriminarme sobre las cosas que no he hecho. Si no le he disparado a nadie, si no he estado en la guerra... Sabes que no.

—Supongo que el concepto de heroísmo no es el mismo si no has estado en una guerra. En el combate, los héroes surgen de donde menos te lo esperas, y a menudo quienes habías pensado que eran valientes terminan decepcionándote. Te das cuenta de que son unos cobardes. Con las medallas pasa lo mismo: no siempre las reciben quienes las merecen.

Fignon se mordió el labio y negó despacio, con la cabeza.

—Puede ser, pero no es tu caso, desde luego. Quienes te conocieron aseguran unánimemente que fuiste un héroe. Por eso ahora cuesta tanto creer que hayas podido convertirte en un traidor.

—¿Y tú? ¿Qué piensas tú?

Fignon abrió una pitillera de plata, fina, con acanaladuras, y encendió un cigarrillo después de ofrecer otro a Navarro.

—Te lo he dicho antes —no le respondió hasta después de la segunda calada—. Lo que yo piense es lo de menos.

—Ya...

Fignon volvió a aspirar profundamente el pitillo, como un francotirador que quisiera retrasar todo lo posible el placer morboso de disparar a la víctima que tiene atrapada en la mirilla de su rifle.

—No es sólo por lo de Miranda —en cuanto empezó la frase, Navarro ya supo lo que le iba a decir—, aunque algunos tendrían bastante con eso para no volver a confiar en ti. También está lo de esa mujer. Sabes que nunca hemos sido partidarios de que te vieras con ella.

A pesar de que aquello era lo que esperaba escuchar, a Navarro el cigarrillo se le quedó suspendido en los labios, a punto de caérsele, y fue como si de pronto el cuerpo empezara a hervirle por dentro. La sangre le batía en las sienes. Sintió la tensión en los dedos que apretaba contra sus rodillas para reprimir las ganas de agarrar por el cuello a su invitado y estrangularlo.

—No la metas en esto. Ella no tiene nada que ver.

Fignon expulsó el humo del pitillo y levantó las manos, conciliador.

—No te pongas así. Pero debes entender...

—No debo entender nada. Déjala fuera de este asunto. Y punto.

Fignon asintió, parpadeando. Después de todo, era la respuesta que esperaba. Ni más ni menos. Pero también había ido allí preparado para eso.

—Te aseguro, Martín, que si por mí fuera, ni siquiera te habría hablado de esto. Y también te diré que puedo llegar a entender que confíes en ella. En realidad, hasta ahora no pensábamos que hubiera hecho nada sospechoso. Llevaba una vida tranquila como profesora en la escuela de música, y nadie, además de ti o su vecino, acudía a su casa para visitarla. — Navarro resopló, con pesadez. Si Fignon quería acabar con su paciencia, le faltaba poco para conseguirlo. Muy poco. Fignon también hizo una pausa, como si quisiera disfrutar del efecto de sus palabras o retrasar el momento de la última estocada—. Pero algo ha tenido que suceder. Algo terrible o extraño para que tu amiga se haya marchado de Salzburgo de repente, y se haya despedido de la escuela de música y cerrado su casa. ¿No lo sabías?

Navarro lo miraba, sin decir nada, pero por la tensión en la mandíbula era como si fuese un volcán a punto de entrar en erupción. Fignon volvió a fumar, tranquilamente. Ya sabía que su anfitrión no abriría la boca hasta que él no le hubiera contado todo lo que supiera o lo que quisiera sobre su amante.

—No es fácil salir de Austria todavía, pero no tenemos dudas de que ella es una mujer de recursos. Incluso hemos pensado que tú la has podido ayudar a salir del país. Al fin y al cabo, tienes experiencia en cruzar fronteras sin demasiados problemas. —Se inclinó, apoyando los antebrazos en las rodillas, y lo miró a los ojos—. Pero, no sé, me da la sensación de

que tú tampoco sabías nada, que enterarte de que tu amante ha hecho las maletas te ha sorprendido tanto como a nosotros. No te preocupes. Sabemos dónde está. —Otra vez hizo una pausa. Le gustaba dosificar la tensión, como si fuera el protagonista de una película de suspense dispuesto a resolver la trama en la última secuencia, y Navarro resopló, de nuevo, lenta, pesadamente, como un elefante furioso—. Está en Madrid. ¿No te parece curioso? A nosotros sí. Y nos gustaría saber qué demonios está haciendo en España. ¿No crees que puede haber ido a visitar a alguno de los que fueron amigos de su marido? ¿Acaso no resulta descabellado pensar que tenga algo que ocultar, que te haya mentado durante todos estos años y ahora esté esperando que le proporcionen una identidad nueva para cruzar el océano y desaparecer para siempre?

Navarro dejó caer la ceniza en el hueco de su mano. Ni siquiera se molestó en estirar el brazo para depositarla en el cenicero.

—No sabía nada —confesó, por fin.

—Y yo estaba seguro. Pero tienes que entender que no todos piensan lo mismo. Algunos creen que te está esperando en Madrid, y que cuando te reúnas con ella los dos subiréis a un barco en Bilbao o en Cádiz rumbo a Sudamérica.

—Eso es una estupidez.

Fignon se puso recto en el respaldo de la silla. Le dio otra calada al pitillo, sin prisas por responderle.

—No tanto, si te pones en la piel de los demás. No olvides que ella pudo regresar a Salzburgo gracias a ti a finales del 45, y desde entonces has ido a visitarla con regularidad. Entre vosotros existe lo que podría llamarse una relación sentimental sólida. Teniendo en cuenta su pasado, no debería extrañarte que algunos hayan perdido la confianza en ti.

Navarro se guardó la rabia. Su cara era la misma que si hubiera desayunado un vaso de sus propios orines.

—Ella no ha hecho nada. Ten por seguro que no.

—Es posible que tengas razón. Pero también puedes estar equivocado.

—Ella ya vivió en España. Pero no me cabe duda de que también lo sabes si has estado hurgando en su pasado. Que haya viajado a Madrid no

tiene nada de extraordinario.

—¿Estás seguro? ¿En enero, dejando las clases en la escuela de música? Nos habría extrañado menos si lo hubiera hecho en verano, durante las vacaciones, pero tendrás que reconocer que haberse marchado a Madrid en esta época del año dejándolo todo no resulta nada tranquilizador. —Se levantó, estrujó la colilla en el cenicero—. Martín, siempre haces lo que quieres, sin pararte a escuchar a los demás, pero déjame que esta vez te aconseje que deberías aclarar tu relación con esa mujer a la gente del Partido. En París, en Moscú, en Madrid, donde quieras. Intenta convencerlos de que no pasa nada o de que lo que hay entre vosotros no ha tenido nada que ver con que Miranda se te escapara en Barcelona. Créeme, cuanto antes lo hagas, será lo mejor para todos.

—Pensar que mi relación con ella tiene algo que ver con el hecho de que Miranda aún siga vivo es demasiado retorcido.

Fignon lo miró con suficiencia de jugador experto que esconde todavía algún as en la manga.

—Verás, Martín. Pensé que te habías enterado...

—¿Enterado de qué? —quiso saber, aunque adivinaba la respuesta.

—Miranda está muerto. La policía encontró su cadáver en la habitación de una pensión del Raval, en Barcelona, hace dos semanas. Por lo visto, no había conseguido los papeles para marcharse de España y parece que no pudo soportar la tensión y se suicidó, el pobre. —A Navarro le pareció por un momento que Fignon estaba tan afectado que incluso se santiguaría—. No debería, pero al final he terminado por sentir pena por ese desgraciado. Aunque nos había traicionado, tampoco tenía adónde ir, no se sentía seguro, y prefirió matarse antes de pasarse el resto de su vida escondiéndose como un gusano.

Para Navarro era muy sencillo imaginar lo que había pasado en esa pensión del Raval donde Miranda se escondía, pero discutiéndolo con Fignon no iba a resolver nada. Y, además, el otro ya estaba en la puerta después de doblar el brazo otra vez en forma de percha para colgar el abrigo y sostenía el sombrero por el ala, como si quisiera hacerlo girar con una sola mano.

—Hazme caso, Martín. Te lo digo como un amigo. Aclara tu situación cuanto antes.

Más que una despedida, la frase que le dijo Fignon antes de irse le había sonado como una amenaza. Todavía siguió Navarro mirando la puerta unos segundos después de que se marchase, esperando que el mensajero que habían mandado los del Partido volviese a llamar para decirle alguna cosa que había olvidado; o que algún sicario que hubiera estado esperando mientras conversaban derribase la puerta de una patada para rematar la faena disparándole una bala certera entre los ojos. Pero eso no iba a pasar, al menos no todavía. Si alguien iba a venir a buscarlo no sucedería inmediatamente, sino en cualquier otro momento, cuando pensaran que no se lo esperaba y lo pillaran desprevenido.

Dejó la pistola en la mesa y encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior. No le resultaba difícil imaginar los últimos días de Miranda en Barcelona, cuando ya se sabía sentenciado a muerte. Los últimos días de su vida como una montaña rusa después de que él, en el último momento, hubiera resuelto no apretar el gatillo. Puede que barajando por primera vez en su vida la posibilidad de pegarse él mismo un tiro o utilizar la corbata para colgarse de la tubería de la cisterna. Preguntándose si habría cambiado finalmente de idea y decidiría volver a buscarlo para concluir su trabajo.

Morir dos veces debía de ser algo terrible, porque cuando Navarro lo encontró y todavía no sabía que al final no sería capaz de apretar el gatillo —ni siquiera él tuvo la certeza hasta que llegó el momento—, fue también igual que morir. Y de la misma forma que ahora él sabía que sólo era cuestión de tiempo que alguien fuera a buscarlo para terminar de ajustarle cuentas, también Miranda, que era buen conocedor de los entresijos del Partido, supo con claridad demoledora que aunque él se hubiese mostrado magnánimo y le retirase el cañón de la pistola de la nuca, no pasaría mucho tiempo antes de que enviasen a alguien sin esos molestos problemas de conciencia.

Lo había dejado vivir, sí. ¿Y por qué no? Después de todo, ¿qué pruebas tenía de que Miranda era un traidor? A Yuri Sokolov también lo habían señalado como un traidor y lo habían deportado a Siberia después de

protestar públicamente por cómo se estaba ninguneando a muchos hombres valientes que habían derramado su sangre en la guerra. Sin embargo, no tuvo plena conciencia de que al final no apretaría el gatillo hasta que llegó el momento, porque había decidido que Barcelona sería la última vez. Acabaría con Miranda y volvería a su apartamento de París y nunca más volvería a aceptar un encargo, ni siquiera le abriría la puerta a Fignon cuando fuese a su casa. A partir de ahora se dedicaría por entero a traducir textos de autores rusos, en París o tal vez en Salzburgo, pero nunca más volvería a apuntar a la cabeza de nadie por cuenta de gente en la que había dejado de confiar, tipos que siempre se las arreglaban para no mancharse las manos de sangre.

Ya había tenido que liquidar a otros seis traidores durante los últimos cinco años. Agentes que se habían pasado de listos o se habían vuelto ambiciosos en un momento dado. Aunque la explicación también podría ser mucho más simple, práctica tal vez: se habían convertido en traidores porque no les había quedado más remedio para salvar la vida, aunque luego la fuesen a perder por los mismos motivos.

A pesar de sus dudas, había volado de París a Barcelona convencido de que terminaría el trabajo.

A Miranda lo llevó hasta la playa, de noche. Lo había localizado cuando estaba a punto de coger un tren para Valencia. Desde la estación de Francia habían caminado los dos hasta el barrio de la Barceloneta, Miranda un par de pasos por delante y Navarro sin perderlo de vista. La pistola con el seguro quitado y el dedo cerca del gatillo en el bolsillo del abrigo. Era mediados de diciembre y en algunas casas ya podían verse los adornos navideños recién colocados.

Fue algo entrevisto en un parpadeo, y al principio ni siquiera le prestó atención, como quien mira pasar distraídamente el vagón de un tren desde el andén. En una de las ventanas se asomaba la cara de un niño. A Navarro no se le daba muy bien calcular la edad de los chavales, pero aquél debía de tener nueve o diez años, no muchos más. Era muy tarde y hacía frío, y el viento helado no invitaba a que nadie estuviese cerca de la orilla para dar un paseo o echar una caña al mar. Aún siguieron caminando un poco más,

Miranda y Navarro, para alejarse de las casas y de algún testigo inoportuno. La luz de la ventana donde había visto al crío seguía encendida, pero tampoco se alejó mucho. Estaba demasiado oscuro, y si alguien se asomaba, sólo vería un fogonazo que achacaría a un relámpago, en la distancia, una tormenta repentina que con suerte descargaría en el mar, sin llegar a tierra siquiera. Y si lo veían tampoco pasaría nada. Se marcharía enseguida, nadie recordaría su cara ni sería capaz de contarle a la policía más que los rasgos de un fantasma.

Al llegar a la orilla, Navarro le había ordenado que se pusiera de rodillas. Miranda obedeció la orden temblando. Los ojos cerrados, las manos levantadas frente al Mediterráneo oscuro y desapacible que preludiaba el invierno.

—Por decisión del Partido has sido acusado de traición, y voy a ejecutarte —le dijo.

—Yo no he hecho nada —suplicó Miranda. La voz le llegaba a Navarro muy lejana, mezclada con el ruido de las olas al romper en la orilla—. Soy inocente.

—Es lo mismo que dicen todos.

—Pero yo estoy diciendo la verdad. —Volvió un poco la cara, para asegurarse de que escuchaba lo que le decía—. ¿Podrás matar a un hombre inocente? Si eres capaz de apretar el gatillo es que no eres el mismo capitán Navarro del que me han hablado.

—¡Cállate!

—¿Qué puedes hacerme si no me callo? ¿Dispararme antes? —Miranda parecía haber echado mano de una reserva de energía y de valor que hubiera conservado para el último momento—. Te digo que soy inocente, y si he cometido algún error ha sido cumplir con mi obligación. Hay demasiadas manzanas podridas en el Partido. Tú deberías saberlo, pero si estás tan seguro de que debes dispararme resulta que a lo mejor no estás enterado.

Navarro dejó escapar un suspiro hondo. El cañón de la pistola estaba pegado a la nuca de Miranda, dejando al descubierto el cuero cabelludo, blanco y grasiento, pero era como si tuviese el dedo escayolado, incapaz de empujar el gatillo.

Entonces volvió a mirar la ventana. Y si no disparó no fue sólo por el niño, aunque tal vez lo peor era que ni siquiera le preocupaba que un chaval desconocido viese cómo mataba a un hombre indefenso o le gritase asesino mientras se perdía en la oscuridad de la playa. En las dos guerras en las que había participado había visto morir a demasiada gente inocente, a niños saltar de una trinchera con el rostro desencajado y la bayoneta calada. Incluso en Berlín tuvo que enfrentarse a tiros con un grupo de adolescentes a los que les habían lavado el cerebro y les habían puesto el uniforme verde oliva de las SS cuando ya estaba todo perdido y sólo era posible el desastre. Para Navarro no eran más que soldados, y había ordenado abrir fuego contra ellos, como si fuesen adultos, aunque luego aparecieran los remordimientos. Cuando uno se juega la vida no es momento de entretenerse en reflexiones morales ni de hacer distinciones. A él también le habían disparado y herido sin que le preguntasen antes qué edad tenía o qué pintaba en aquella guerra, tan lejos de su casa.

La luz seguía encendida pero, desde la última vez que miró, la puerta se había abierto y el crío había salido. Navarro no podía distinguir su carita en la oscuridad, pero no había duda de que el chiquillo los estaba observando, con curiosidad, como si le costase entender qué hacían. Apretó los labios, tanto que sintió cómo le crujían los huesos de la mandíbula. Podía haberle dado una voz al chaval para que volviera a meterse en su casa, o incluso apretar el gatillo y marcharse de allí antes de que el niño se diese cuenta de lo que estaba pasando. Pero sin saberlo el chiquillo le estaba proporcionando la excusa que necesitaba, la razón para no hacer lo que no deseaba. Con el cañón de su pistola seguía apuntando a la nuca de quien le habían dicho que era un traidor, como la imagen congelada de una película, pero su prisionero aún no sabía que había vuelto a nacer esa noche. El propio Navarro acababa de darse cuenta de que no lo iba a matar. Más por rabia consigo mismo que por hacerle daño, le dio una patada en las costillas a Miranda, que rodó sobre la arena, sin quejarse siquiera, y se alejó caminando por la orilla. Habían pasado muchos años desde que los chiquillos de Madrid lo admiraban como a un héroe. Esos tiempos ya no

volverían, por desgracia. Lo sabía. Pero tampoco quería seguir siendo un asesino.

Según Fignon, perdonarle la vida aquella noche no le había servido de nada a Miranda, y ahora a él lo consideraban también un traidor. Después de todo, no era ni más ni menos lo que estaba esperando que sucediese en cualquier momento. Navarro pasó una mano por delante del cristal de la ventana para limpiarla de vaho y poder ver la calle. Alguno de los hombres que caminaban con el cuerpo encorvado en dirección hacia el bulevar Raspail para protegerse del aguanieve era el que acababa de marcharse de su casa tras ponerlo al día de la situación, pero era imposible distinguirlo. Cualquiera de los puntos que anduviesen por la acera o a lo mejor disimularan entretenerse visitando el cercano cementerio de Montparnasse a pesar del mal tiempo podría ser también el que acudiese a ejecutar la orden que muy probablemente habrían dado ya de vigilarlo o acabar con él. Aparentemente, Fignon había puesto todas las cartas boca arriba. Tienes que ir a explicarte, le había dicho. Convencerlos de que no eres un traidor. Pero también se había preocupado de informarle de que Erika había vuelto a Madrid, de repente, dejando su casa y su trabajo. Había sido un golpe bajo, y Fignon había sabido escoger perfectamente el instante en que propinárselo. Lo conocía lo bastante bien para adivinar que no iba a quedarse cruzado de brazos, asomado a la ventana mientras recordaba en silencio el nombre de Erika, como si invocara su regreso.

Terminó de fumarse el pitillo tranquilamente, y luego se retiró de la ventana y aplastó la colilla en el cenicero, pero el asunto seguía revoloteando en su cabeza como una bandada de pájaros desquiciados. Se preguntó si antes de viajar a Barcelona ya sospechaba que a lo mejor no sería capaz de matar a Miranda aunque lo llevase a la playa de noche y lo encañonase, porque ahora, incluso antes de que Fignon se hubiera marchado, ya estaba convencido de la siguiente cosa que haría. Lo sabía incluso antes de pensarlo. No le iba a quedar más remedio.

Capítulo 3

Viejos amigos, nuevos enemigos

Erika era incapaz de dejar de golpear con la suela del zapato las lujosas baldosas de mármol mientras esperaba que la doncella de Mercedes Corrientes viniera a abrir la puerta. Sonrió al escuchar el «ya va», tan español, y por un momento fue como si además de en el espacio hubiese viajado también en el tiempo, siete años, o más, y ella todavía fuera la esposa de un funcionario de la embajada de Alemania en Madrid. Por supuesto que no era la voz de su amiga Mercedes la que había contestado con cierta desgana al oír el timbre, sino la de Josefa, la misma criada que trabajaba para ella durante los años que Erika había pasado en España.

Josefa ahora tenía el pelo completamente blanco, pero lo llevaba recogido de la misma manera en un moño elegante, bajo la cofia. También parecía haber menguado un poco, y el uniforme ahora le quedaba una o dos tallas más grande.

Al ver su cara la mujer amusgó los ojos. Para ella también había sido como saltar en el tiempo, porque Erika no había anunciado su visita y nadie esperaba verla en Madrid.

—¿Señora Liebermann? —acertó a preguntar la doncella, después de unos segundos quieta, el ceño fruncido, como si el esfuerzo de ubicar en su memoria el rostro de la mujer que había aparecido al otro lado de la puerta necesitase de toda su concentración—. ¿Es usted?

Erika también tardó un momento en acostumbrarse a ese nombre. Ya hacía unos cuantos años que nadie la llamaba por su apellido de casada. Pero las explicaciones las daría después, si es que eran necesarias.

—Soy yo —dijo, sonriendo—. Otra vez estoy aquí.

—¡Claro! ¡Señora Liebermann! ¡Qué sorpresa! —Aún parecía un poco aturdida al ver a Erika, y dudaba entre dejarla pasar o darle un beso, pero todo se resolvió con un abrazo afectuoso—. Pero qué alegría. ¡Cuántos años!

—Sí que ha pasado tiempo, sí —le dijo Erika, separándose un poco, sin soltarle los brazos—. Me alegro mucho de verla tan bien. Sigue usted tan estupenda como siempre.

La mujer se echó a reír.

—Qué va, señora. La procesión va por dentro.

—Ande, ande. Pero si parece usted más joven que la última vez que la vi. Parece que fue ayer, en esta misma casa. ¿Se acuerda?

—¿Cómo me voy a olvidar? Usted y su marido regresaban a Alemania.

Erika asintió, sin contarle que ahora era viuda. Josefa era una de esas personas dadas a expresar sus sentimientos de una forma excesivamente dramática, y ella, que llevaba tanto tiempo fuera de España, estaba desacostumbrada a las muestras demasiado vehementes de empatía, y no le apetecía pasarse unos minutos deseando el momento en que por fin dejara de compadecerla. Estaba a punto de preguntarle por la dueña de la casa cuando apareció Mercedes en el recibidor. Menuda, con el pelo tirante también recogido en un moño, como la criada; vestida de luto impecable para salir a la calle a escuchar misa aunque al final se quedase rezando el rosario en su casa, si no fuera porque unas pequeñas e inevitables arrugas le habían nacido alrededor de los ojos y el negro de su pelo ya no era tan intenso como antes, nadie diría que habían pasado siete años.

—¡Pero qué sorpresa! —dijo, anulando rápidamente la distancia que la separaba de Erika y abrazándose a ella después de haberse quedado parada un instante y persignarse, como si quisiera asegurarse de no estar viendo un espejismo—. ¡Virgen Santa! Me había parecido oír tu voz y he pensado que la cabeza me estaba jugando una mala pasada. ¡Pero eres tú, Erika! —

Ahora le hablaba con la mejilla pegada a la suya, como si fuera un bebé—. ¡Mi amiga Erika!

—¡Mi amiga Mercedes! —respondió, imitando su voz, intentando, aunque no fuera necesario, disimular su acento alemán. Ella también se alegraba mucho de verla.

La dueña de la casa levantó la cabeza para mirar por detrás de su hombro.

—¿Vienes sola?

Después de que Erika asintiera, la criada cerró la puerta, y Mercedes, cogida de su brazo, la condujo al salón.

—Josefa, anda, sírvenos un café, por favor. Pero qué alegría. Dios mío, esto sí que no lo esperaba. Y lleva también el equipaje de la señora a la habitación de invitados.

Erika levantó el maletín que traía.

—Sólo vengo con esto. Prefiero tenerlo conmigo.

Mercedes se encogió de hombros.

—¿Sólo eso? Yo sería incapaz de viajar con tan poco equipaje. Vale, como quieras. Luego lo llevamos.

El piso de Mercedes le pareció tan grande como siempre. Un pasillo interminable surcado por una espléndida alfombra persa. Si no recordaba mal, una de las habitaciones a la derecha albergaba una capilla, con unos pocos bancos y una hermosa imagen tallada en madera policromada de la Virgen María. Un poco más allá estaba la cocina, inmensa, a la que se había dirigido la empleada para preparar los cafés: el lugar donde habían pasado tantos buenos ratos y compartido tantas confidencias los cuatro años largos que Erika había pasado en Madrid, cuando se hicieron grandes amigas. Era como si el mundo se hubiera parado: las cornucopias de oro del salón, con cirios gruesos, como los de las procesiones de la Semana Santa de Sevilla, que tanto le gustaban a Mercedes; el cuadro de Zurbarán —otra Virgen—, impresionante y solemne, en una de las paredes. Tanto lujo ahora quizá resultaba menos llamativo, pero once años antes el piso de Mercedes y el barrio donde vivía contrastaban con el resto de Madrid, de España entera, como un brochazo blanco en una pared tiznada. Se rumoreaba que la

aviación de Franco había respetado el barrio de Salamanca en los bombardeos con los que había castigado la capital durante la guerra porque muchos de los que habían apoyado la sublevación con su dinero y estaban ayudándole a ganar la contienda tenían casas en esa zona y querían recuperarlas intactas cuando cayese la capital.

Los padres de Mercedes no habían vivido para ver la victoria del Caudillo. Una horda de fanáticos los había linchado en la calle a finales del verano del 36 porque don Nicolás Corrientes Zurita se había negado a levantar el puño y a entonar el himno de «La Internacional», y la madre había insultado a los comunistas exaltados hasta conseguir que la despachasen a tiros contra una pared, junto a su marido. Mercedes estaba pasando el verano en la finca familiar de Sevilla cuando el alzamiento, y sus padres le habían aconsejado permanecer allí hasta que se aclarasen un poco las cosas y supiesen si la guerra iba a durar mucho o si la rebelión de las tropas destacadas en África apenas se iba a quedar en un amago de golpe de Estado. El padre había preferido quedarse en Madrid, al frente del banco que llevaba su apellido y había pertenecido a su familia desde que lo fundó su abuelo cinco décadas antes, y su madre quiso permanecer a su lado. Cuando Erika la conoció, no mucho después del final de la guerra civil española, Mercedes Corrientes ya vestía siempre de negro severo, con el escapulario inseparable que se perdía bajo el cuello de la blusa, en el surco invisible del canalillo, rezaba el rosario cinco veces al día y había tomado la decisión inquebrantable de no casarse jamás y no formar una familia.

Pese a todo, Mercedes siempre le había parecido una mujer llena de vida, una de esas personas optimistas que no pierden el tiempo en mirar atrás y, antes de lamentarse por lo que no tienen, prefieren disfrutar de lo que les ha regalado la vida. Su amiga gozaba de un patrimonio formidable en un país deshecho donde la mayoría de la población malvivía con la cartilla de racionamiento, y aunque llevaba la vida austera de una monja en aquel piso inabarcable de un barrio de postín que semejaba tanto un palacio, poseía una enorme habilidad social —heredada de su padre, aseveraba orgullosa— de la que podían dar fe sus amigos con cenas que se alargaban

en tertulias interminables, excursiones al Escorial en las que ella misma ejercía de guía experimentada, peregrinaciones a Andalucía para rezar en la ermita del Rocío o viajes a Portugal para visitar el santuario de la Virgen de Fátima. Mercedes Corrientes también era una mujer generosa, y además de organizar reuniones de amigos en las que podían compartir mesa un obispo y un ministro, lo mismo iba a visitar un orfanato al que donaba una cantidad más que exagerada de dinero que movía los hilos para tener una entrevista con la mismísima mujer del Caudillo si hacía falta.

Y a principios de los años cuarenta, muchas de sus amistades pertenecían a la exquisita e influyente colonia alemana de Madrid, desde Reinhard Spitzzy, que se sospechaba que trabajaba para la Abwehr en la sombra, igual que Emil, hasta el incansable Hans Lazar, de quien decían que era el jefe de la propaganda nazi en España. Eso, y que además Erika la conocía lo suficiente y habían sido tan buenas amigas como para poder confiar en ella, la convertían en la primera persona a la que debía hacer una visita en Madrid.

Las dos esperaron hasta que Josefa trajese la bandeja con las tazas y la cafetera de porcelana.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, querida?

—En otoño hará seis años —respondió Erika, como si fuera incapaz de olvidar el tiempo que llevaba lejos de Madrid.

Mercedes la miró, como si le diera lástima de ella, y empezó a frotarle el brazo con la palma de la mano. Era una mujer a la que le gustaba aderezar la charla con gestos confianzudos de cercanía. Para Erika no resultaba extraño, aunque ya no estuviera habituada a esa familiaridad, que durante una conversación su amiga española le cogiese las manos, incluso que la abrazase si en un momento dado se emocionaba.

—No sabes cuánto te he echado de menos. Al principio me escribías — la vio señalar vagamente con la cabeza alguna habitación al otro lado del salón, tal vez el cajón de su escritorio donde guardaba la correspondencia —, pero luego ya no volví a saber de ti. Te mandé varias cartas, pero no recibí respuesta. —Erika abrió la boca para componer una disculpa, pero parecía que Mercedes Corrientes no pararía su discurso ni siquiera para

respirar. Le agradó darse cuenta de que su amiga no había cambiado, que seguía gustándole hablar hasta por los codos—. No, no te preocupes, querida. Ya sé que las cosas se pusieron muy difíciles en Alemania. Temí que te hubiera pasado algo. Intenté saber de ti después de la guerra, pero nadie fue capaz de darme información. —La cogió de las manos, como si necesitase consuelo—. Incluso pensé en lo peor. —Volvió la cabeza hacia la Purísima de Zurbarán enmarcada en la pared y se llevó dos dedos de la mano derecha a la frente, al pecho, a cada hombro y a los labios, formando la señal de la cruz—. Pedí mucho por ti, y al final la Virgen María te ha devuelto viva. Un día tienes que venir conmigo a Andalucía para poner las dos unas velas a la Virgen del Rocío y rezar un rosario.

Erika asintió, para no contradecirla. Hacía muchos años que no pisaba una iglesia ni rezaba.

—¿Y Emil? —Mercedes no podía evitar seguir con el interrogatorio, y unos pocos segundos de silencio era demasiado para ella—. ¿No ha venido contigo?

Erika movió la cabeza, y se dio cuenta al escuchar la pregunta de que, a pesar de todo, aunque llevase años esforzándose en desear lo contrario, no podía evitar que le diera pena recordar a su marido.

—Emil murió en el frente —le dijo. De todos modos había fallecido, así que no tenía sentido deshonrar su memoria más de lo que él mismo la hubiera mancillado. Y se suponía que ella tampoco tenía que saber que lo habían matado cuatro años después de que terminase la guerra—. No sé si sabes que cuando volvimos a Alemania lo destinaron al Este.

No había acabado Erika la frase cuando Mercedes ya le había ofrecido el consuelo de su abrazo. Entre tanta conversación y tantos gestos de cariño apenas habían tenido tiempo de probar el café.

—Querida, no sabes cuánto lo siento. Mira que lo imaginaba cuando he visto que has venido sola. Ha sido como una revelación. Me he dicho: a Emil tiene que haberle pasado algo porque no es normal que Erika se haya presentado sin él.

Erika se encogió de hombros, con resignación.

—Han sido unos años muy difíciles.

Mercedes asintió, y luego cogió una taza y le dio un sorbo. Erika aprovechó para hacer también lo mismo.

—Me hago cargo, claro que sí. —Mercedes se puso recta en la silla, como si le doliera la espalda—. ¿Qué tal están ahora las cosas en Alemania? ¿Mejor? Por lo que me han contado, parece que el país se recupera a un ritmo admirable. Dicen que en pocos años Berlín volverá a estar tan bonita como antes. Claro que, conociendo a los alemanes, no me extraña. Desde luego que sois únicos, y en determinación y capacidad de trabajo no hay quien os gane. Muchos españoles deberíamos aprender de vosotros.

Erika sonrió. No le cabía duda de la rendida admiración que Mercedes sentía por el pueblo alemán. Tanta que a veces parecía olvidarse de que ella era austríaca.

—Yo me marché de Alemania a finales de 1945. Regresé a Salzburgo. Tuve suerte, porque la vida en Berlín era muy complicada.

—¿Pudiste librarte del bloqueo de los comunistas?

—Por fortuna, sí. Cuando el bloqueo ya llevaba casi dos años en Austria. Me alegré mucho por no estar en Berlín entonces.

—Yo también —le dijo Mercedes, cogiéndole las manos otra vez—. Pero me alegro más todavía de verte en mi casa. Oye, Erika, siento muchísimo lo de Emil. De verdad. Ha debido de ser horrible para ti. Sé cuánto lo querías. A pesar de todo, siempre supe que seguiríais juntos...

Erika suspiró.

—Es la vida, Mercedes. No hay nada que podamos hacer.

Entonces hubo otro momento de silencio, como si a su amiga madrileña se le hubieran acabado las palabras de repente. Pero volvió a beber un poco de café, y enseguida se recuperó. Erika lo había previsto, y antes de que su anfitriona pudiera reanudar lo que casi siempre parecía un monólogo fue ella la que habló.

—¿Y en Madrid? ¿Qué tal sigue todo? ¿Aún siguen viviendo aquí nuestros amigos alemanes?

A Mercedes el recuerdo de otros tiempos más felices le iluminó los ojos. En otra época era como si su casa fuera el punto de reunión favorito

de la colonia alemana de Madrid.

—Algunos quedan, pero no demasiados. Hubo quien regresó a Alemania antes del final de la guerra, como vosotros, o que volvió simplemente porque quiso. Otros se quedaron en España. Con el tiempo el grupo se fue disgregando, y ya apenas tengo relación con ellos. Me da la sensación de que prefieren no hacerse notar. Qué pena. Fíjate. Con lo amigos que hemos sido. Pero bueno, querida, como has dicho, es la vida —concluyó, mientras volvía a llenar las tazas—. ¿Y tú? Aún no me has contado qué estás haciendo en Madrid.

Erika humilló los ojos un instante, como si necesitara calcular el alcance de lo que le iba a decir a Mercedes, adivinar hasta dónde le podía contar. Pero cuando volvió a mirarla se le colocó en la cara una sonrisa. Mercedes era su amiga. Una buena mujer que pasaba la mayor parte del día entre estampas de la Virgen, rezando el rosario o haciendo obras de caridad. Había sido la primera persona a la que había acudido en Madrid porque sabía que podía confiar en ella. Con la siguiente visita no iba a resultar tan sencillo, y mucho menos tan agradable, pero no podía mostrar sus cartas hasta después de hablar con Mercedes.

—He venido a Madrid porque tengo que arreglar algunos asuntos de Emil —le dijo—, y creo que alguno de nuestros viejos amigos podrá ayudarme. Pero antes de ver a nadie necesito que me hagas un favor, Mercedes. Un favor muy grande.

El rostro de su amiga adoptó una expresión grave, acorde con su ropa de luto.

—Sabes que puedes pedirme lo que quieras.

—No hubiera venido si no estuviese segura de ello.

Erika levantó la pequeña maleta para que Mercedes pudiera verla bien.

—Necesito que me guardes esto.

Mercedes miró el maletín sin tocarlo, y luego a Erika.

—¿Qué hay ahí dentro?

—No quieras saberlo... Será mejor que lo escondas en un sitio seguro. Lo mejor es que pienses que yo no he estado aquí, que nunca te he dado nada para que me lo guardes.

Mercedes aún miraba el maletín, sin atreverse a cogerlo, como si al hacerlo pudiera contraer una enfermedad contagiosa.

—Oye, ¿qué está pasando?

Erika movió la cabeza, lentamente. A pesar de todo, aún no estaba segura de si su amiga española al final la ayudaría o si tendría que marcharse de su casa con el maletín y pensar en otro sitio donde esconderlo. No quería decirle una mentira, pero estaba convencida de que tampoco era lo más sensato contarle toda la verdad. La única opción que le quedaba era esperar que Mercedes confiara en ella lo bastante como para no hacerle demasiadas preguntas y aceptase guardárselo en su casa unos días.

—Mercedes, estoy en Madrid porque quiero entregar lo que contiene este maletín a unas personas. Pero antes de hacerlo tendrán que responderme a unas preguntas, y, mientras tanto, cuanto más separadas estemos la maleta y yo, creo que será mucho mejor. No te lo pediría si no fuera importante, y no habría venido a tu casa así, sin avisar, después de tantos años, si no fuera porque eres la única persona en quien puedo confiar.

A Mercedes volvieron a brillarle los ojos.

—De acuerdo —le dijo, cogiendo el maletín que Erika le ofrecía, antes de que pensara que no estaba dispuesta a echarle una mano—. ¿Cómo no voy a ayudarte, querida? —Se lo colocó en el regazo y le dio otro abrazo, la mejilla pegada a la suya, sintiendo su calor, como si fuese una niña a la que iba a cantar una nana para tranquilizarla—. Pero si sabes que te quiero como a una hermana...

Erika se separó un poco y la miró a los ojos.

—No puede saber nadie que lo tienes. ¿De acuerdo? Y tampoco que he estado aquí.

Mercedes frunció el ceño.

—Pero ¿cómo? ¿Acaso se te ha pasado por la cabeza no quedarte en mi casa el tiempo que vayas a estar en Madrid? Eso sí que no lo voy a consentir.

Erika le cogió las dos manos. Sonrió. Negó con la cabeza.

—Ya he encontrado un sitio donde alojarme. Tengo allí mi equipaje.

—Y lo has hecho antes de venir a mi casa. —Mercedes se llevó las manos a la cintura y se puso en jarras de una manera teatral, como si quisiera recriminarle su falta de consideración o que despreciase su casa como alojamiento—. ¿Qué pasa? ¿Qué no quieres quedarte aquí, verdad? Si te sirve de algo, te diré que pasado mañana pensaba irme un par de semanas a Sevilla. Tengo que supervisar unos asuntos en el campo ¿Por qué no te vienes conmigo?

—Te lo agradezco mucho —respondió Erika, sonriendo—, pero ya te lo he dicho. —Señaló el maletín con la barbilla, en el regazo de Mercedes, como si ahora fuese ella la dueña—. Cuanto más separados estemos eso y yo, mucho mejor. Si te vas, llévatelo contigo. Ya encontraré la forma de avisarte o de ir a buscarlo.

—Hija, qué misterio. Parece el argumento de una de esas películas de intriga.

A Erika le salió una sonrisa desganada, sin entusiasmo.

—Ojalá lo fuera. Créeme. Ojalá lo fuera.

—Lo guardaré bajo siete llaves. Descuida. En esta casa hay muchos rincones discretos... Y en la finca de Sevilla, también.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

—¿Vas a estar mucho tiempo en Madrid?

—Aún no lo sé. Unos cuantos días. Dependerá de lo que tarde en solucionar esto.

—¿Y luego? ¿No piensas quedarte?

Erika se quedó callada un instante, como si le costase encontrar una respuesta o acaso pensar en el futuro fuese un lujo imposible.

—Luego, ya veremos —suspiró, y lo repitió, como si quisiera recalcarlo o no estuviera segura de que Mercedes se hubiera enterado—. Luego, ya veremos.

Miró las tazas vacías. Seguro que tampoco quedaba ya café en la cafetera. Tenía muchas cosas que hacer. Y no quería retrasar la siguiente visita.

Hizo ademán de levantarse.

—Será mejor que me marche ya.

Mercedes frunció el ceño, contrariada. No le gustaba quedarse sola. Le agradaba la compañía de Erika.

—¿Y adónde vas? —le preguntó, pero se calló y rectificó enseguida—. Bueno, no. Mejor no me lo digas. Yo te guardo la maleta y cuando te parezca bien vienes a recogerla —suspiró, resignada a dejar que su amiga se fuera.

—Será lo mejor. Y, perdona que te insista, Mercedes, pero nadie debe saber que he estado en tu casa. Llegué anoche, y has sido la primera persona que he venido a ver. —Miró el reloj sin preocuparse de disimular su impaciencia—. Todavía hay un par de amigos a los que puedo visitar antes de que se haga muy tarde. Espero que no se hayan marchado todos de Madrid...

—La casa de Becker y la de Mundt no te pillan lejos.

Erika encogió los hombros, fingiendo indiferencia.

—Alois Becker y Herbert Mundt —dijo, entornando los ojos y sonriendo, como si le agradase pensar en sus viejos amigos—. Vale, es posible que me pase a saludar a alguno de ellos. ¿Siguen viviendo donde siempre?

—Efectivamente. Se quedaron en el barrio.

—Pues a lo mejor me acerco a verlos. No queda lejos, es verdad, y me apetece dar un paseo. Espero que se acuerden de mí después de tantos años.

—Mujer, qué tontería. ¿Cómo iban a olvidarte? Ni Mundt ni Becker ni nadie. Con lo amigos que erais...

Erika se mordió el labio.

—No sé. Tal vez sin Emil no será lo mismo.

—Tch... Qué va. Estoy segura de que les encantará que vayas a saludarlos.

—Bueno, ya veré qué hago —concluyó, señalando con los ojos el maletín que Mercedes tenía ahora en la mano—. Primero me gustaría resolver eso cuanto antes.

Mercedes le pasó un brazo por encima del hombro, acompañándola hasta la salida.

—Ven a mi casa cuando quieras, Erika. Y si necesitas que te ayude con cualquier otra cosa, no tienes más que pedírmelo. —Ya estaban en la puerta, y ahora la sujetó por los hombros con fuerza. A pesar de su pequeña estatura, Mercedes parecía atesorar las energías de un gigante—. Y, sobre todo, ten mucho cuidado, querida. Sea lo que sea en lo que andes metida, ten mucho cuidado.

La sensación de las manos de Mercedes en sus hombros todavía la reconfortaba en la calle. Incluso podía percibir su calor. Con las solapas del abrigo levantadas y las manos tapándole la garganta para mitigar el frío, Erika empezó a caminar, y no tardó más de diez minutos en pasar por delante del coqueto edificio donde había estado la embajada de Alemania, en el número cuatro del Paseo de la Castellana. Al ver las palmeras con las hojas nevadas en el jardín y la fachada tan cuidada como si alguien se preocupase de pintarla cada verano, se le antojó todo idéntico a cuando vivía en Madrid, y nadie que no lo supiese podría decir que había tenido que ser entregada a los aliados al terminar la guerra.

Buena parte de la colonia de alemanes con la que se relacionaba entonces, incluidos Herbert Mundt y Alois Becker, vivía en un radio de aproximadamente un kilómetro en torno a la sede diplomática. Emil y ella también, no muy lejos del estadio de Chamartín. A su marido le gustaba caminar cada mañana desde su casa para ir a trabajar.

De momento, Becker no le interesaba, pero con el otro no sucedía lo mismo. Ya se había informado antes de viajar a Madrid de que Mundt seguía en la ciudad. Se hizo la tonta con Mercedes cuando mencionó su nombre, y esperaba que su amiga no se hubiera dado cuenta, pero Herbert Mundt era la única razón por la que había venido a España, y antes de visitarlo era imprescindible poner a buen recaudo el maletín que había escondido durante años en su jardín. Era su salvoconducto, la baza que la salvaría si las cosas se complicaban. Y Erika sabía que podrían complicarse. Podrían complicarse mucho.

El portero del edificio, uniformado como un mariscal prusiano, le preguntó amablemente a quién iba a visitar. Erika no recordaba si se trataba del mismo portero de años atrás, y, si era él, tampoco parecía acordarse de ella.

—Vengo a ver a Herr Mundt —le dijo, marcando su acento austríaco en las dos últimas palabras. No era imposible que el portero no estuviese avisado de que una mujer extranjera vendría tarde o temprano a visitar al hombre que vivía en la quinta planta. Con Herbert Mundt lo mejor era no dar nunca nada por supuesto.

El portero descolgó el auricular de un teléfono negro oculto detrás del pequeño mostrador y susurró unas palabras que Erika no alcanzó a descifrar. Luego esperó unos segundos, sin mirarla, como si ella no estuviese allí. Mientras, Erika se entretuvo mirando la entrada del edificio. Igual que en casa de Mercedes, tenía la sensación de que el tiempo no había pasado. Sin embargo, ahora no pudo evitar que el pulso se le alterase. Después de la guerra, Mundt había conseguido quedarse en España y no albergaba dudas de que seguía manteniendo el mismo tren de vida que antes, cuando la Wehrmacht era dueña de Europa y podía jactarse de ser alemán, gastar dinero a espaldas en los mejores restaurantes de Madrid y disfrutar de crédito ilimitado en las tiendas más exclusivas de la capital de España. Seguro que después de la primavera de 1945 se las había arreglado para que le reconociesen su condición de ciudadano austríaco y ponérselo difícil a quienes pretendieran extraditarlo a Alemania para juzgarlo. Herbert Mundt era la clase de persona que se las ingeniaba siempre para salir a flote, como un pedazo de corcho que ni siquiera una tormenta puede echar a pique, pero si salían a la luz pruebas contundentes de sus estrechos vínculos con los nazis, ni siquiera sus buenas relaciones con los funcionarios españoles lo librarían de sentarse delante de un tribunal y pasarse los próximos veinte años encerrado.

Concentrada en sus pensamientos y con la sangre en punto de ebullición mientras fingía estar admirando los lujosos tapices con escenas de caza que adornaban la pared de la portería, Erika tardó un instante en darse cuenta de

que el hombre que vestía como si fuera un mariscal prusiano le estaba hablando.

—Puede subir —le decía—. El señor Mundt la está esperando. El ascensor está en este lado —señaló con la mano la pared de la derecha—, al final del pasillo. Es la quinta planta. El ascensor la llevará directamente a la vivienda.

Erika asintió, procurando que no se le notase la tensión en la cara.

—Lo sé. Gracias. Conozco el camino.

Pulsó el botón de llamada y, antes de entrar en el ascensor, respiró hondo, como si fuese a dar el primer paso de un viaje muy largo que no podía adivinar cuándo acabaría, si acabaría siquiera, y mientras subía Erika se esforzó en relajarse, en acompasar el pulso con el ritmo de la respiración. Si quería que todo saliera bien, tenía que mostrarse muy templada con Mundt. Que él no pudiera darse cuenta del miedo que tenía.

No fue una criada, ni su esposa o alguno de sus hijos —ya era por la tarde y habrían terminado las clases en el colegio alemán en el que estaban matriculados—, sino el propio Herbert Mundt quien la esperaba en el recibidor, dispuesto a darle un abrazo, como si de verdad se alegrase de verla, pero la razón no era porque la hubiera echado de menos, sino la felicidad de una araña al sentir la vibración en la tela que había tejido pacientemente después de haber atrapado una mosca. Erika también se esforzó en mantener una sonrisa, como si le hubieran colocado una máscara. El saludo fue algo que parecía un abrazo sin llegar a serlo, y un gesto que imitaba a un beso sin que los labios de ninguno llegasen a tocar la mejilla del otro.

—¡Erika! —dijo Mundt, separándose un poco de ella, como si quisiera verla mejor—. ¡Erika Liebermann! ¡Pero qué alegría! ¿Cuántos años han pasado? —La abrazó de nuevo, y a ella le pareció que la habría asfixiado si no tuviera más interés en mantenerla viva que en matarla, al menos de momento—. Qué bueno verte en Madrid.

Le colocó un brazo encima del hombro y, con la mano libre, le señaló la entrada de su casa.

—Pasa, por favor. Cuando el portero me ha llamado, al principio no he caído porque has utilizado tu apellido de soltera, y luego he pensado que se trataba de una broma de mal gusto. De hecho, mientras subía el ascensor me estaba preparando para soltar una reprimenda a quien hubiera venido a mi casa con ganas de jugármela. Pero eres tú, de verdad. Erika. No me lo puedo creer.

Se acomodaron en una sala de estar de ventanales amplios, con vistas a la Castellana. Mundt la dejó allí y volvió al cabo de un momento.

—He pedido que nos preparen café —le explicó, sentándose frente a ella—. Margot y los niños no están, pero volverán pronto. Les encantará verte, querida. ¿Te quedarás a cenar?

—Creo que no. Estoy un poco cansada.

—¿Cuándo has llegado?

—Anoche. Apenas llevo veinticuatro horas en Madrid.

Mundt le cogió las manos. El mismo gesto afectuoso de Mercedes en su casa, pero ahora, en lugar de sentirse reconfortada, era como si una serpiente se estuviera enroscando en su cuerpo antes de asfixiarla.

—¿Y piensas quedarte mucho tiempo?

Erika retiró sus manos de las de Mundt. Se puso recta en la silla, como si quisiera darle un aire solemne a lo que iba a decir. Pero en ese momento entró la criada, bandeja en mano, perfectamente uniformada. Otra prueba más, como la librea de mariscal del portero, la cafetera de plata, los tapices o los muebles antiguos con remates dorados del salón, que indicaba que el tren de vida de su anfitrión no había sufrido ninguna merma después de la guerra. Si tenía dudas acerca de que Mundt no era uno de los que había sabido jugar bien sus cartas, ya se habían disipado.

Después de que la empleada se fuera, Mundt se quedó mirando a Erika, esperando la respuesta a su pregunta. Ella lo sabía, pero fingió que no comprendía. El ceño fruncido, despistada. Más tarde o más temprano tendría que romper el hielo, pero lo haría a su manera, no cuando y como Mundt quisiera.

—Parece que te van las cosas bien, Herbert.

Su anfitrión se encogió de hombros, como si no le diera importancia.

—Estos últimos años no han sido fáciles en España. Supongo que sabes que cerraron la embajada.

—Pero conseguiste salir adelante, por lo que veo.

Herbert Mundt tomó aire, y lo guardó en los pulmones un instante, una tregua antes de responder a la recriminación soterrada de Erika.

—Tuve suerte, supongo —dijo, por fin—. A pesar de todo, conseguí mantener algunos de mis negocios. Pero no ha resultado sencillo, te lo aseguro.

—No han sido tiempos fáciles para nadie. Tampoco lo han sido para mí. Mundt asintió.

—Me hago cargo, querida. ¿Qué ha sido de tu vida todos estos años?

Erika le dio un largo sorbo a la taza de café. Luego la dejó en la mesa, despacio, y lo miró a los ojos, fijamente, como si no hubiera entendido la pregunta o no quisiera responderle. Mundt le sostuvo la mirada. Parecían dos boxeadores que se estudian antes de empezar un asalto. Antes de viajar a Madrid se había preocupado de abrir la maleta que le había confiado Emil. Era una lista con nombres, nombres falsos y nombres verdaderos, como si fuera la página de un periódico en la que aparecía la solución del crucigrama. Cientos de papeles con números de cuenta, claves, transacciones. La prueba que necesitaban quienes andaban tras la pista de gente como Herbert Mundt, el motivo por el que estaba segura de que no la dejarían vivir en paz hasta que la recuperasen.

—Finges muy bien, Herbert. Por tu pregunta, cualquiera diría que de verdad te interesas por mí, que no sabes nada de mi vida, de lo que he estado haciendo estos años. —Mundt frunció el ceño, como si le sorprendiese aquella repentina salida de tono de Erika—. ¿Sabes?, aunque te has esforzado en que no se te note, al abrirme la puerta no has podido evitar que se te fueran los ojos a mis manos, igual que un niño miraría a quien ha ido a visitarlo el día de su cumpleaños. Esperabas que te hubiera traído un regalo. No, no me mires como si no me entendieras. Sabes perfectamente por qué estoy en Madrid, y en todo el tiempo que he pasado en tu casa no has dejado de preguntarte si he traído lo que buscas.

—Erika...

Ella le cortó con un gesto.

—La respuesta es no. No lo he traído conmigo. Los documentos están en un lugar seguro. No pensarás que iba a ser tan ingenua como para meterme en la boca del lobo sin haberme asegurado primero una salida.

—Supongo que sabes lo que contiene.

Erika asintió, sin pestañear.

—Durante casi cuatro años he tenido una maleta escondida en mi casa, sin abrirla. No era asunto mío, y no quería saber nada de vosotros. Pensé quemarla.

Mundt sonrió, escéptico.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—No la quemé porque Emil me había pedido que se la guardase. Puede que no se mereciera que me preocupase por él, pero tampoco quería perjudicarlo. Al fin y al cabo había sido mi marido.

Mundt asintió. Había muchas cosas que podría contarle sobre Emil, pero ahora no era el momento. Quizá luego.

—¿Y la policía? ¿Por qué no fuiste a la policía?

—¿A la policía austríaca? ¿Crees que hubiera servido de algo?

—También podías haber acudido a los americanos. Salzburgo está en zona yanqui.

Erika bajó los ojos y asintió.

—Era una posibilidad. Pero ya te lo he dicho. No quería perjudicar a Emil.

Mundt ya no podía contenerse más. Necesitaba algo contundente para arrinconar a Erika.

—Emil está muerto.

Pero ella parecía estar preparada para todo.

—Ya lo sé. De estar vivo habría ido a buscar la maleta. Cuando vino a esconderla estaba muy asustado. Me dijo que lo estaban siguiendo, que lo que me entregaba era la única garantía que tenía de seguir vivo.

—Después de la guerra los cazadores de nazis empezaron a surgir de todas partes, como una epidemia. Es normal que Emil estuviera preocupado por su vida.

—Pero Emil no estaba preocupado sólo por los cazadores de nazis. Según me contó, era de sus viejos amigos nacionalsocialistas de los que debía tener más cuidado. Si te digo la verdad, Emil os tenía más miedo a vosotros que a los judíos que buscaban hacer justicia por su cuenta.

Mundt aguantó el golpe, como un luchador experimentado.

—¿Y quieres hacerme creer que en casi cuatro años no has abierto la maleta que Emil te pidió que le guardases?

—Puedes creer lo que te plazca. Ése es tu problema. No me he preocupado de abrir la maleta hasta hace una semana, cuando mandaste a uno de tus hombres a buscarla. Estoy segura de que ya te han contado lo que pasó, así que me ahorraré los detalles. Sí te diré que, después de que vuestro hombre se marchase, decidí interesarme por lo que contenía, aunque imaginaba de qué se trataba. Estaba claro que nunca me dejaríais en paz hasta que os la devolviese. —Se quedó callada un momento mientras Mundt la miraba tratando de disimular que no le afectaba lo que estaba escuchando—. Para eso he venido a Madrid. Para entregaros vuestros secretos y asegurarme de que me vais a dejar en paz para siempre.

Mundt tenía la barbilla apoyada en la mano. Cuando habló, fue como si se hubiera quitado una máscara.

—¿Y cuándo nos vas a dar la maleta?

—Cuando me garantices que no me vais a molestar más.

Mundt asintió. Era como si ahora necesitara pensar muy bien lo que iba a decir y por eso la conversación se entreveraba con pausas.

—¿Quién más sabe de este asunto?

Erika movió la cabeza.

—Nadie.

—¿Ni siquiera ese vecino cojo que está enamorado de ti?

—No lo metas en esto —respondió Erika, aunque estaba segura de que Mundt sabía que Mijail también se había enfrentado al sicario.

Pero él no le dijo nada más sobre su vecino. Ahora quería hablar de otra persona.

—¿Y tu amante español? ¿Tampoco él sabía lo que escondías en tu casa? —Mundt se reía al preguntárselo, como si conociera la respuesta

anticipadamente o lo que de verdad le importase fuera la incomodidad de ella al escucharlo.

Erika se puso de pie. No tenía ganas de disimular lo enfadada que estaba.

—Él tampoco sabe nada. Y también te digo lo mismo. No lo metas en esto. Si quieres que te entregue la maleta, deja en paz a mis amigos. Ellos no tienen nada que ver con esto.

—Mujer, no te pongas así —replicó Mundt, sin moverse de la silla—. Mi deber es asegurarme de cuánta gente está al corriente. Siéntate, por favor. Aún tenemos que hablar de algunas cosas.

Erika no le obedeció inmediatamente. Estaba deseando marcharse, no tanto porque se sintiese ofendida si Mundt pensaba que les había contado a Navarro o a Mijail secretos que podrían poner en peligro sus vidas, sino porque no quería que al final los nervios la traicionasen y se diera cuenta del miedo que tenía.

—Siéntate, Erika. Por favor.

—También quiero que sepas que si no doy señales de vida, y cuando digo señales de vida no me refiero a una llamada de teléfono, sino a que yo me presente sana y salva, alguien entregará una copia de los documentos a los americanos. Tienes razón. Tratándose de lo que se trata, me fío más de los yanquis que de la policía austríaca. Con Emil muerto, si os empeñáis en hacerme la vida imposible, ya no me importará entregar los papeles a los americanos.

No volvió a sentarse hasta terminar la frase, pero Mundt, en lugar de asustarse o ponerse serio, parecía estar a punto de soltar una carcajada.

—No me imagino a tu vecino arrastrando su cojera con una gabardina y unas gafas oscuras hasta la oficina de inteligencia de los yanquis para entregarles nuestros secretos.

—Seguro que no piensas de verdad que soy tan tonta como para haberle dado una copia a Mijail.

—Puede que sí y puede que no. Pero lo cierto es que no te quedan muchos amigos. No has hecho demasiada vida social desde que volviste a Salzburgo. Es como si te incomodase tratar con la gente que te conoce

desde siempre o te diera vergüenza que te preguntasen por tu pasado. Créeme, Erika. Si tuviéramos que pensar quién puede tener una copia de los documentos, el número de personas no sería muy grande.

—No he hecho sólo una copia, Herbert. Si le ocurre algo a Mijail, a mí, o a cualquiera de mis amigos, te aseguro que seréis vosotros los que saldréis perdiendo.

—Perder es parte de la vida. Y tú eso lo sabes tan bien como yo. Todos hemos perdido algo en estos últimos años, cosas que jamás sospechábamos que perderíamos.

Erika barrió con la mirada intencionadamente la sala de estar. Los cuadros, los muebles caros, incluso el traje cortado a medida que vestía Mundt para estar en casa y recibir a las visitas.

—Algunos hemos perdido más que otros.

Mundt frunció el ceño un poco, como si hubiera descubierto una grieta inesperada por la que colarse.

—¿Quieres dinero, Erika? ¿Acaso intentas chantajearme y no te atreves a decírmelo abiertamente?

—Si quisiera dinero, los americanos también pagarían por una información como ésa. Dicen que los rusos también...

—Pero hacer tratos con ellos sería mucho más arriesgado para ti. Tendrías que responder a demasiadas preguntas y quizá al final te valdría más entregarles la información gratis.

—Te equivocas, Herbert. No quiero dinero. Ni el tuyo, ni el de los americanos, ni el de los rusos. No quiero el dinero de nadie.

Mundt chasqueó la lengua, contrariado.

—Una lástima. Con dinero de por medio todo parece más claro. Más sencillo. Tú pones un precio, nosotros te pagamos, y en paz. —Se quedó callado, como si en realidad no estuviese seguro de lo que acababa de decir o la reacción de Erika no fuera la que esperaba—. Pero ¿sabes una cosa? Después de todo, quizá tengas razón. Pedir dinero también puede resultar peligroso. Eso fue lo que le pasó a Emil. —Hizo otra pausa, calibrando cuánto sabría Erika de lo que le había sucedido a su marido—. ¿No estás enterada, verdad? No hace falta que finjas. Se te nota en la cara que no lo

sabes. A Emil lo destruyó la codicia. Estoy seguro de que nunca cambió de bando, que sus ideales eran los mismos al final que al principio. Nunca los tuvo. Pero tú lo conociste mejor que nadie y sabes que no estoy mintiendo. Nos pidió dinero y ésa fue su perdición. Nos amenazó con entregar los documentos a los americanos o a los rusos si no le dábamos lo que quería. Si nos hubiera pedido ayuda, una identidad nueva, un pasaje a Sudamérica y la seguridad de una vida plácida y anónima, se lo habríamos concedido sin rechistar, pero que nos pidiese dinero a cambio de guardar silencio no nos gustó. Hace ocho meses encontraron su cadáver, en Génova. Se ahogó en el puerto.

Erika tragó saliva. Sabía que Emil estaba muerto. A ella también la habían informado de la noticia, pero al escucharla de labios de Mundt era como si se hubiera enterado por primera vez. Y no quería que la viese derramar ni una sola lágrima.

—Es imposible escapar de vosotros —le dijo, sin embargo, tragándose la rabia.

—Querida, nos tienes en demasiada estima. Nuestra capacidad de actuación se ha visto reducida notablemente después de la guerra. Algo lógico, por otra parte. Además, Emil se había ganado demasiados enemigos por culpa de su ambición. No éramos los únicos interesados en quitarlo de en medio. Pero nos estamos desviando del asunto principal. Hace muchos años que Emil ya no significaba nada para ti, eso lo sabíamos todos. Yo te hablaba de dinero, pero tú me dices que no quieres el dinero de nadie. Y a mí la filantropía siempre me ha provocado desconfianza. Nunca me acabo de creer las buenas intenciones de la gente, y mucho menos las tuyas. Así que, dime, si no quieres que te paguemos, ¿por qué no me traes la maleta con los documentos y acabamos con esto de una vez?

—No soy tan ingenua como puedo parecértelo. Nada te impide matarme cuando te entregue lo que quieres.

—Entonces, además de sobreestimarnos, me juzgas mal. Por la misma razón, también podría hacer que te maten más adelante. Además, ¿qué puede importar que me des los documentos si me has dicho que tienes una

copia escondida? Sería muy estúpido por mi parte dejar una espada de Damocles sobre mi cabeza si puedo evitarlo.

—Es mi seguro de vida. La garantía de que no me haréis daño en el futuro. Ni a mí ni a ninguno de mis amigos. Tendrás que confiar en mí.

—Me temo que eso no será suficiente.

Ahora Erika sí se levantó para marcharse.

—Pues ése es el único trato posible. Estaré unos días en Madrid. Habla con quien tengas que hablar. Seguro que no eres el único interesado. Volveremos a vernos.

Mundt asintió, en silencio. Ni siquiera se levantó para acompañarla a la puerta. En el recibidor, después de pulsar el timbre del ascensor, Erika se preguntó si en el último momento no cambiaría de idea y vendría con la cara desencajada a buscarla, cogerla del brazo y obligarla a entrar a empujones en su casa para torturarla hasta que le dijese dónde estaban los papeles de Emil, los originales y los que ella se había preocupado de copiar. Era ahora, después de hablar con él y haberle enseñado sus cartas, cuando el miedo parecía haberse presentado, en la sequedad de la boca, en cómo le temblaba la mano que sujetaba el bolso demasiado grande para salir a pasear y demasiado pequeño para ser su equipaje. En el descenso de las cinco plantas, que se le hizo eterno, Erika se preguntó si Mundt no habría descolgado el auricular del teléfono de su despacho para llamar al portero después de resolver que había sido tan temeraria como para traer los documentos a su propia casa.

Al salir del ascensor, el remedo de militar prusiano la saludó con una sonrisa. Parecía más dispuesto a cuadrarse para recibir órdenes que a retenerla mientras Mundt bajaba a buscarla. Erika no se quedó para comprobarlo. Apretó el paso y, en la acera, al levantar la mano para llamar a un taxi, sintió que alguien la observaba desde una ventana, unos ojos que la miraban subir al coche y acomodarse en el asiento trasero. Antes de decirle al taxista su destino se tapó la boca con la palma de la mano, como si fuera una espía que temiese que alguien pudiera leer en sus labios la dirección de la pensión donde se alojaba.

Capítulo 4

La trampa

Antes de Madrid fueron otras ciudades. Como casi siempre que salía de París para viajar al extranjero, había utilizado uno de los muchos pasaportes falsos con los que quienes manejaban los hilos de su vida lo habían provisto. Si lo más importante no fuera llegar a Madrid antes de que Erika ya se hubiese marchado, no habría volado directamente hasta España, sino dando un rodeo, como era habitual, igual que si estuviera disfrutando de un viaje de placer: quizá desde París en un tren hasta Ginebra, tal vez también Italia, y luego Madrid. Para Martín Navarro hacer estos viajes era como disfrazarse sin tener siquiera que cambiarse de ropa, porque el nombre que había utilizado cuando fue a Barcelona para matar a Miranda no era el suyo, como tampoco lo era el que leyó el policía de bigote espeso, y un aire que Navarro no alcanzaba a distinguir si tenía más de hastío o de aburrimiento, cuando franqueó su entrada en el aeropuerto de Barajas una tarde de enero.

Ya había oscurecido cuando el avión inició la maniobra de descenso mientras los relámpagos de una tormenta iluminaban Madrid al fondo, igual que si estuviese sufriendo un bombardeo, como si en lugar de en 1950 estuvieran de nuevo a finales de los años 30: la ciudad sitiada por las tropas de Franco, lo que quedaba del ejército republicano camino de Francia, mientras él estaba atrapado —nunca consentía que nadie le dijese que estaba a salvo— en un país extranjero, a miles de kilómetros de distancia.

Más que vivir en una ciudad acosada por las bombas, a Navarro le inquietaba subir a un avión. Con los ojos cerrados y respirando despacio, procurando disimular el miedo a volar —nunca le había gustado exteriorizar sus sentimientos: a veces se preguntaba si aquélla podría ser la razón principal por la que se le daba tan bien su trabajo—, las manos aferradas a los reposabrazos del asiento estrecho e incómodo, las palmas sudorosas —todo no se puede controlar, era una de las pocas certezas que tenía en la vida—, los minutos que el avión tardó en tomar tierra se le antojaban eternos, y en mitad de la angustia inevitable se lamentó, igual que otras veces, de no haber hecho el mismo camino en tren, aunque hubiera tardado varios días. Pero ahora tenía prisa por llegar a Madrid, que además iba a ser la última etapa, no sólo de este viaje, sino de la que había sido su vida hasta entonces, puede que prácticamente la única existencia que había conocido desde que tenía uso de razón. La decisión, tan difícil, no la había tomado de un día para otro. Y no es que fuese a cambiar de bando. Tal vez eso hubiera sido más sencillo: ofrecer sus secretos, y a lo mejor también sus servicios, a quien estuviera dispuesto a pagarle bien; aprovechar un viaje, cualquier momento de descuido, cuando la vigilancia sobre él se relajase, para llamar a la puerta adecuada. Decir, hola buenas, soy el capitán Navarro, pero seguro que ustedes ya habrán oído hablar de mí. He venido para abrirme el alma y contarles todos los secretos que me queman las entrañas. Pero él nunca había sido de los que elegían el camino más sencillo. Por alguna razón siempre buscaba senderos retorcidos, carreteras secundarias que lo llevaban a un destino incierto.

En realidad, sólo había un motivo por el que ahora viajaba a España. El resto no era más que una cortina de humo. Fuegos artificiales. Al estar en Madrid arriesgaba la vida, pero eso era lo de menos. Desde que Fignon se fue de su apartamento de París no había podido dejar de darle vueltas, hasta obsesionarse. ¿Y si tenía razón? ¿Y si, a pesar de todo, Erika guardaba un secreto? Fignon lo conocía bien y estaba convencido de que iría a buscarla para averiguarlo, pero no podía adivinar si la angustia de no saber si los años que habían pasado juntos fueron en vano o el despecho de sentirse abandonado eran las únicas razones por las que se jugaba el pellejo. Martín

Navarro iba a buscar a Erika sobre todo porque después de pasarse media vida solo ya había tenido bastante. Fignon no estaba dentro de él. No podía ver sus sentimientos. Uno calla, sin darse cuenta, sin ser consciente de lo que está pasando quizá hasta mucho tiempo después, o acaso no se entera nunca o no lo entiende, pero hacía mucho tiempo que Navarro comprendió, y aceptó, que había llegado el momento en que no querría sino pronunciar el nombre de una mujer el resto de su vida. A veces se sorprendía en silencio, y esa ausencia de voces no era más que la presencia evidente, deliciosamente inevitable, de Erika. El nombre de ella presente en cada suspiro, en cada gesto insignificante. Como un sonámbulo. Como un demente. El nombre de ella en cada silencio. Sobre todo en cada silencio. Como si hubiera incubado una enfermedad misteriosa. Un abismo al que le daba miedo asomarse. Un agujero en la boca del estómago. Ni por haber luchado en dos guerras o haber sido un héroe podía escaparse de esa sensación tan rara de encontrarse pensando en Erika cada vez que enmudecía, cuando iba por la calle, al levantar la cabeza de los textos que traducía para descansar la vista. Incluso cuando hablaba con alguien y se descubría distraído. Siempre pensando en ella. Su nombre en cada silencio. Cómo iba a saberlo Fignon, si a lo mejor ni siquiera Erika lo sospechaba, aunque Navarro quisiera creer que a ella le pasaba lo mismo con él, que a lo mejor alguna vez en mitad de una clase de piano en esa academia de Salzburgo donde trabajaba se quedaba callada, inesperadamente, y como si todo hubiera dejado de existir a su alrededor —los alumnos, las teclas blanquinegras de marfil, el mismo edificio antiguo y majestuoso donde enseñaba—, no pudiera sino pensar en él, incapaz incluso de resistirse a murmurar su nombre, sin la certeza de haberlo dicho siquiera. Y cuando a uno le ha llegado el tiempo de pronunciar en silencio el nombre de alguien no puede arrojar por la borda lo que ha vivido, aceptar con resignación que todo haya sido una farsa.

Madrid era el único destino posible, pues, a pesar del peligro de ser detenido por la policía o ajusticiado por sus propios camaradas. El único lugar al que podía ir, y Navarro sospechaba que, una vez que hubiera comenzado ese viaje, nada volvería a ser como antes.

Erika Walter y Martín Navarro tenían un pasado del que probablemente habría muchas cosas que olvidar, pero eso no les impidió nunca mirar hacia delante, tratar de construir un futuro costase lo que costase, contra todo pronóstico y sin prestar atención a las críticas de quienes los conocían. Erika a su vecino Mijail, Navarro a Fignon y a los camaradas que veían con desconfianza que se hubiera enamorado de la mujer de quien había sido un agente de la Abwehr en Madrid desde 1939 hasta 1944. Hasta que murió en el puerto de Génova ocho meses antes, a Emil Liebermann lo habían dado por desaparecido en enero de 1945. Para entonces ya llevaba un año destinado como oficial de Inteligencia en el frente oriental, y Navarro se había preguntado alguna vez si no llegaron a encontrarse durante una batalla, si se habrían incluso mirado a los ojos cuando el Ejército Rojo obligaba a batirse en retirada a la Wehrmacht.

Erika siempre le había dicho que su marido estaba muerto, y tal afirmación no sólo significaba que se hubiera convertido en un cadáver, sino que para ella era como si nunca hubiera existido. Cuando Navarro se enteró de que se había ahogado en Italia prefirió no contarle nada a ella. Ya había pasado mucho tiempo desde que terminó la guerra y Erika había conseguido recuperar su vida de soltera en Salzburgo. Era como si con la muerte de Emil el pasado se hubiera terminado para siempre. A su marido lo habían provisto de una identidad falsa y esperaba el momento de subir a un barco que lo llevaría lejos de Europa. Puede que ella se hubiera enterado de todos modos, aunque ya no tuviera nada que ver con él ni con sus viejos amigos. Navarro la conocía lo bastante para saber que no, o creía conocerla, porque, aunque no se lo había confesado a Fignon ni se lo confesaría a nadie, desde que supo que lo había abandonado todo inesperadamente para viajar a Madrid las dudas se habían ido apoderando de él hasta quebrarle la confianza.

Después de que Fignon lo visitara en París, su primera intención fue viajar a Salzburgo, pero enseguida resolvió que sería una pérdida de tiempo si Erika ya no estaba allí, o que ella incluso podría haber abandonado España para cuando él llegase.

Iría a Madrid directamente, y sólo había una cosa que podría hacer para averiguar el lugar donde se alojaba Erika. No iba a resultar sencillo, y estaba seguro de que escuchar su voz para Mijail sería tan incómodo como para él escuchar la suya. Después de esperar unos minutos mientras la operadora le daba línea internacional, le contestó la voz antipática del vecino de Erika al otro lado del auricular.

—Hola, Mijail —le dijo, sin más preámbulos—. Soy Navarro. Sé que Erika está en Madrid, y necesito que me des su dirección.

No hubo respuesta, y por un momento le pareció que Mijail había colgado o estaba a punto de hacerlo.

—Mijail, ¿sigues ahí?

—Te he escuchado, sí.

—Necesito saber dónde se aloja Erika. Es muy importante.

—No sabía que Erika estuviese en Madrid.

Sus temores se confirmaron: iba a ser complicado.

—Sé que está en Madrid, Mijail. Y no me cabe duda de que tú también lo sabes. Yo estoy a punto de viajar a España, y es muy importante que hable con ella.

Silencio de nuevo. Navarro, rabioso, se separó el auricular de la oreja y lo apretó contra la mesa, tan fuerte que estuvo a punto de romperlo. El vecino de Erika era capaz de acabar su paciencia.

—Mijail, no me cabe duda de que no soy santo de tu devoción, pero sabes que las únicas personas en las que confía Erika en este mundo somos tú y yo.

—¿Entonces por qué no te ha dicho dónde se aloja en Madrid?

Navarro suspiró. No tenía nada que argumentar ante esa pregunta. Y tenía mucho sentido que Mijail creyese que Erika no confiaba en él. Podía

hacer dos cosas: coger un tren hasta Salzburgo y obligarlo a que le dijera dónde se alojaba Erika o marcarse un farol.

—Mira, Mijail. No podemos perder el tiempo al teléfono. Hay una cosa que está clara: yo no te caigo bien y tú no me caes bien a mí. Estupendo. Pero también es verdad que los dos queremos lo mejor para Erika. Y estoy seguro de que si se ha marchado a Madrid sin decirme nada ha sido para no comprometerme o para no ponerme en peligro. Créeme, lo único que quiero es velar por ella, y eso lo sabes, aunque no me lo quieras reconocer. Yo voy a volar a Madrid de todos modos, esta misma tarde, me digas dónde se aloja Erika o no. Voy a hacerlo porque creo que puede estar en peligro. Y déjame que te confiese una cosa. Yo también correré un gran peligro si voy a España. Pero no me importa. Es más, al contártelo puede que también me esté jugando la vida, pero si me das la dirección de Erika podré hablar con ella cuanto antes y ayudarla.

Otra vez se hizo el silencio. Navarro volvió a separarse el auricular de la oreja y lo sacudió un poco hasta oír algo parecido a un chisporroteo.

—¿Mijail? —preguntó al vacío, sin esperanza ya de obtener una respuesta—. ¿Sigues ahí?

Y Mijail al final le dio la dirección de una pensión del centro de Madrid. Erika le había dejado las señas, por si le ocurría algo, por si necesitaba ponerse en contacto con ella. Dentro de una semana tiene que llamarme para asegurarse de que todo está en orden, le dijo. Estoy muy preocupado, añadió. No quiero que le pase nada a Erika.

No había sido fácil pero, sin buscarlo, con una mentira había sacado una verdad. Inventándose que Erika estaba en peligro había conseguido que Mijail le contase que estaba muy preocupado por ella. Si tenía dudas sobre viajar a España se acababan de disipar por completo. Cualquier cosa que estuviera pasando tenía que ir a Madrid y averiguarlo, aunque fuese muy arriesgado.

Navarro sabía que nunca le había caído simpático, sobre todo porque estaba enamorado de ella, pero también sabía Mijail que, cualquiera que fuese la verdad, jamás le haría nada malo a Erika. Ni aunque al final descubriese que lo había estado engañando durante cinco años. Descubrir

esa verdad incómoda sería un golpe demasiado duro, pero una de las pocas certezas inmutables que tenía Navarro, tal vez la única, era que se dejaría matar antes de perjudicar a Erika. No te haré daño, se había repetido más de una vez, a medida que pasaban las horas y, por más vueltas que le daba, no era capaz de encontrar una razón lo bastante clara para que ella abandonase su vida y su trabajo en Salzburgo, sin decirle nada, y se hubiera marchado a Madrid.

Eligió una pensión en la calle de las Postas, al lado de la Puerta del Sol, no muy lejos de la plaza de la Cebada, donde se hospedaba Erika. Un alojamiento que no era la primera vez que utilizaba porque reunía los elementos que siempre buscaba: céntrico, pequeño, con un aire rancio que encajaba a la perfección con la atmósfera de un país que, once años después del final de la guerra, muchas veces se le antojaba que no había pasado el tiempo. La dueña era una mujer mayor, viuda y discreta, que no hacía preguntas inoportunas ni se fijaba mucho en el pasaporte o si la fotografía se correspondía del todo con la persona a la que iba a alquilar una habitación. A veces ni siquiera le pedía el documento, lo que, teniendo en cuenta que incluso a las parejas se les requería el libro de familia para poder alojarse en la mayoría de los hoteles y pensiones, no dejaba de resultar insólito. Pero algunos establecimientos, para alivio de los novios o para tranquilidad de quienes llegaban a la capital de España clandestinamente, miraban para otro lado mientras contaban los billetes que cobraban por anticipado.

Cuando subió a la habitación se tumbó en la cama, sin deshacer la maleta siquiera. No podía dejar de pensar en Erika, si debería dar unas cuantas zancadas hasta la plaza de la Cebada esa misma noche o hacerlo al día siguiente: levantarse muy temprano y tal vez apostarse en una esquina para seguir sus pasos, asegurarse de que no tenía motivos para desconfiar de ella por mucho que Fignon le hubiera insinuado lo contrario. Claro que había muchas cosas del pasado de Erika que no le gustaban, y la que menos, que hubiera sido la esposa de un agente de la Abwehr que había utilizado su

puesto en la embajada de Madrid como tapadera. Ella se lo había contado, aunque puede que le hubiera ocultado algo. Tampoco era tan importante. Navarro también había hecho en su vida cosas de las que se arrepentía, y no por eso tendría Erika que desconfiar de él. Pero ella había vuelto a España, sin decirle nada, abandonándolo todo, le había asegurado Fignon, y él lo había comprobado antes de viajar a Madrid.

No te haré daño, murmuró, de nuevo, para calmar a una parte oscura de sí mismo que no estaba seguro de dominar, otro Martín Navarro que habitaba en él y podría ir despertando poco a poco al repetirse el mismo ritual de una misión clandestina, las fases idénticas a las otras veces que había desembarcado en una ciudad lejos de su casa para acabar con la vida de alguien que hacía una breve escala en su viaje hacia una nueva vida: subir las escaleras de una pensión o de un hotel discreto, engañarlo para que abriese la puerta y encañonarlo tal vez mientras el otro le suplicaba clemencia o trataba de explicarle las razones que lo habían llevado a desertar. Pero no se trataba de un hombre esta vez, sino de una mujer, y no de una mujer cualquiera. Tampoco nadie le había encargado que fuese a buscarla para pedirle cuentas: lo había hecho él por voluntad propia. Y ahora eran sus propias convicciones, que siempre fueron tan profundas, las que flaqueaban, y desde hacía días arrastraba un enorme hastío, un cansancio que no era físico y no afectaba a sus brazos y a sus piernas, sino a su ánimo. Era extraña esa sensación. Al principio, cuando ya había decidido dejarlo todo pero aún no había dado el paso definitivo, temió que los remordimientos por haber liquidado a tantos hombres lo atormentarían, que llegaría a creer ingenuamente que los espíritus de quienes había matado aparecerían para perturbarle el ánimo en cuanto sus convicciones empezasen a resquebrajarse y se relajase. Pero rara vez suceden las cosas como uno las imagina: aunque esos remordimientos inevitables aparecerían más pronto que tarde, a duras penas conseguía mantener a raya un profundo hartazgo de sí mismo que lo dejaba exhausto, y lo único que lo animaba a seguir adelante eran las ganas de saber la verdad.

En la oscuridad de la habitación que sólo iluminaban las brasas del cigarrillo al que arrancaba una calada de cuando en cuando, Navarro

sacudió la cabeza con vehemencia, antes de aplastar la colilla en el cenicero metálico que estaba encima de la mesita de noche y levantarse de la cama para dar un paseo que le ayudase a espantar los fantasmas que lo seguían arrastrando sus cadenas. No soportaría mucho tiempo más la soledad agobiante del cuarto alquilado.

El siguiente cigarrillo lo encendió en la Plaza Mayor, haciendo hueco con las manos para proteger la lumbre de la cerilla más por costumbre que por necesidad. Era invierno en Madrid, y aunque hacía mucho frío y era más que posible que empezase a nevar de un momento a otro, casi podría decirse que era otoño comparado con el viento helado de París o Berlín en esa época del año. Aspiró una bocanada del pitillo y se quedó mirando un instante la estatua ecuestre de Felipe III en mitad de la plaza. A esa hora de la noche había gente que entraba y salía de los bares o se dirigía a su casa después de trabajar o paseaba distraídamente. Muchas veces se había preguntado que, si se hubiera quedado en España bajo una identidad oculta, igual que habían hecho algunos compañeros suyos —como Miguel Carmona, su valiente compañero de armas durante la guerra civil, que, según le habían contado, se había marchado a Sudamérica en el 43 después de que alguien descubriese su verdadera identidad en el pueblo de la costa de Huelva donde se ocultaba—, él también habría llegado a resignarse o acostumbrarse a una existencia tranquila, a una vida sin sobresaltos en la que las ideas políticas por las que tanto había luchado se hubieran quedado encerradas en un reducto íntimo, en una especie de confesión secreta de la que sólo participasen unas cuantas personas muy queridas: la familia, si la tuviera, algún amigo íntimo, quizá Gregorio León, su enlace en Madrid durante los últimos tres años; si habría formado parte de alguna reunión clandestina para no olvidar sus orígenes, como los judíos que hacía siglos seguían practicando su religión en secreto después de haberse convertido a regañadientes al cristianismo.

Cinco minutos después estaba en la Puerta del Sol. Lo que más le gustaba de Madrid era que había gente en el centro a casi cualquier hora. A pesar de los preceptos de sobriedad que el régimen de Franco se había preocupado de inculcar a los españoles, no era difícil encontrar un local

abierto para tomar la última copa, una sala de fiestas en la que buscar la compañía adecuada a cambio de unos billetes. Podía caminar durante horas, seguir por la Carrera de San Jerónimo hasta Neptuno y luego bajar hasta la hondonada de Atocha en paralelo al Jardín Botánico, o bien seguir por Alcalá hasta Cibeles. Pero Navarro no había ido a Madrid para hacer turismo, nunca lo había hecho. Cada vez que había viajado a España desde el 45 fue para cumplir una misión, rematar un trabajo que otros no habían sido capaces, no habían querido o a última hora tuvieron demasiados escrúpulos para terminar. Ahora, en lugar de caminar ociosamente, también podría dirigirse a la dirección que había conseguido sacarle a Mijail.

Pereza. Desidia. Hastío. Qué más le daba lo que le empujaba en dirección contraria a la pensión donde estaba seguro, con la certeza de quien se sabe infalible en su oficio, que se alojaba Erika. Como si, aunque supiera que no sería capaz de lastimarla aunque fuera cierto lo que temía o sospechaba, ella no fuese más que otra víctima a la que concedía unas horas de vida, de falsa ilusión, pero también de angustia o de miedo por no saber si en el último momento, por muy confiada que estuviese, las cosas no podrían sino torcerse.

Después de un largo paseo, empujó, finalmente, la puerta de La Maison. En realidad, fue un hombre vestido con un anacrónico sombrero de copa y una chaqueta que parecía la de un viejo militar al que lo hubieran empachado de condecoraciones quien lo hizo casi al mismo tiempo que Navarro ponía la mano en la puerta. Había muchos locales como aquél en el centro de Madrid, y varios tenían nombre francés, pero éste, al otro lado de la Gran Vía, una manzana por detrás del Palacio de la Prensa, era de sus favoritos, sobre todo porque era más grande que el bar donde Perico Chicote preparaba sus famosos cócteles y había muchas más posibilidades de pasar desapercibido.

Ni siquiera quería compañía. Sólo le apetecía sentarse en un rincón y tomar una copa, fumar un cigarrillo mientras miraba distraídamente el espectáculo antes de encerrarse hasta la mañana siguiente en su habitación. Que La Maison fuera uno de esos tiempos muertos y anodinos, como acostumbraban a serlo la mayoría cuando estaba de paso en una ciudad.

Sentado en un rincón apartado, se entretuvo observando a la gente a través de la cortina de humo de su cigarro: hombres solos o en grupo que buscaban compañía, mujeres enfundadas en caros abrigos de visón que se dejaban invitar en la barra, camareros discretos que asentían sin pestañear cuando un cliente les deslizaba una propina generosa, y una cantante rubia con un lejano parecido a Veronica Lake que animaba el local: los ojos cerrados mientras movía la cabeza al entonar una canción, concentrada en la música. Tampoco era difícil para Navarro distinguir entre los clientes a dos o tres policías de paisano. No era la primera vez que recalaba en La Maison después de caminar sin rumbo por la noche de Madrid, solo o acompañado por Gregorio León. Y tampoco era la primera vez que una mujer se sentaba junto a él y le daba conversación después de pedirle fuego o hacerle alguna pregunta intrascendente.

Acababa de pagar la copa que le había traído el camarero. Aún no la había probado cuando la joven ya estaba sentada a su lado y le había pedido fuego.

—¿De dónde eres? —le preguntó, como si fuera un guión aprendido después de haberlo repetido tantas veces.

Navarro también se sabía las palabras de memoria. Lo mejor, en estos casos, era optar por la opción más sencilla.

—De aquí, de Madrid —dijo.

A pesar de haber pasado tantos años desde que salió de España, y sobre todo después de haber practicado con constancia hasta pulir las desviaciones de quien lleva tanto tiempo acomodado en otra lengua, había conseguido volver a hablar castellano sin el mínimo rastro de acento. Su coartada era impecable, pues, si le decía a una mujer que se acababa de sentar junto a él que era de Madrid.

Ella exhaló una bocanada de humo, lentamente, y se quedó mirándolo, como si calibrase la veracidad de la respuesta.

Navarro arrancó un sorbo a la copa. La mujer esperaba que la invitase a tomar algo también, entablar conversación y luego, con un poco de suerte, salir los dos juntos del club después de haber pactado un precio por lo que sucediese más tarde. Pero lo que a él le convenía era pasar desapercibido,

ser tan anodino que nadie recordase su presencia en Madrid cuando se lo preguntasen. Que en la memoria de aquella mujer que ahora estaba esperando a ver si picaba el anzuelo fuese al menos tan insignificante como cualquiera de los hombres con los que hubiese entablado conversación esa noche: tipos que saldrían del local acompañados o se irían con alguna de sus compañeras a los reservados tras las cortinas, tal vez con más de una mujer si podían permitírselo o eran dados a ciertos excesos. Navarro no tenía intención de cruzar esas cortinas espesas color caoba, y mucho menos de abandonar La Maison con la mujer que se había sentado junto a él y se había cogido de su brazo, pero no podía negarse abiertamente: un gesto agrio sería demasiado fácil de recordar.

—Y has venido aquí para pasar un buen rato, ¿no? —La persistencia era una de las características comunes de las chicas de alterne. Ésta era hermosa. No más de veinticinco. Elegante, a pesar de su profesión, o tal vez por ello. El pelo castaño, tirante, ordenado en un moño alto; las uñas largas, los labios exageradamente rojos.

—He venido para sentarme tranquilamente, beber algo y disfrutar de la música.

Ella volvió a exhalar una espesa bocanada de humo, como si no tuviera prisa.

—Vaya —replicó, mostrando un mohín de contrariedad—. Entonces quieres estar solo.

Navarro encogió los hombros y mostró una media sonrisa, un gesto neutro que no lo comprometiese. No podía sino esperar a que la chica claudicase y fuese a la caza de otro cliente. Arrancó otro sorbo al vaso y una calada a su pitillo, esperando inútilmente que el rostro le desapareciese tras la cortina de humo.

—¿Ni siquiera vas a invitarme a tomar una copa?

Esbozó Navarro una breve sonrisa que tenía menos de impostura de lo que procedía. Tal vez en otra ocasión hubiera dedicado algunos minutos para hablar con la mujer que le ofrecía compañía. Pero ella se había acercado en el momento más inoportuno. Tenía demasiadas cosas en las que pensar.

—Me encantaría —respondió—, pero me marcharé enseguida. No querría que perdieras el tiempo conmigo.

En el rostro de la mujer se instaló el mismo gesto de contrariedad que Navarro había observado un instante antes. Ahora, aparte de un mohín de desagrado en los labios, también apuntaba una sonrisa que estaba a punto de iluminarle la cara. Era una persona alegre. No sólo porque fuera ésa la mejor forma de llevar a los clientes a su terreno, sino también por su carácter. A otras mujeres que frecuentaban lugares como ése, detrás de la mueca amable enseguida se les veía la angustia o la necesidad de hacerse con un trofeo. Sin embargo, ésta parecía querer de verdad pasar un rato charlando con él, sin la ansiedad de no saber si al final terminarían juntos en un cuarto alquilado a cambio de unos billetes.

—Me llamo Aurora. —Extendió su mano, educada, como si a pesar de hallarse en un lugar donde la ilusión de un encuentro íntimo fuera el motivo principal por el que los hombres acudían, ella no estuviese dispuesta a nada más que estrechar su mano con la de un desconocido. Una presentación formal, como si fueran a establecer las condiciones de un negocio.

Navarro bajó los ojos y acabó de beberse otro trago antes de estirar el brazo y darle la mano. La de Aurora era suave, y a pesar del gesto protocolario era como si la acariciara. Luego estaba lo del nombre. Antes de mover los labios le vinieron a la cabeza unos cuantos que serían creíbles para un español cualquiera que disfruta de una copa en un club de alterne madrileño: Antonio, José, Fernando, Manuel, Andrés, Pedro. Pero fue el nombre que un falsificador habilidoso había estampado en el documento de identidad que llevaba en la cartera el que acabó de pronunciar, como un acto reflejo al que su instinto recurría en situaciones comprometidas.

Se lo dijo, y añadió, muy educado, que estaba encantado de conocerla.

Ya había decidido invitarla y marcharse antes de que ella hubiera empezado siquiera a beber del vaso. Quedar como un caballero sin darle oportunidad de intimar con él o alguna esperanza de poder abandonar juntos el local. Y aunque le había sobrevenido un mareo repentino al retirar su mano de la suavidad de ella después de estrechársela, al principio no le dio importancia, y de una forma automática hizo un gesto para llamar al

camarero. El mismo de antes acudió solícito, seguro como estaba de que al final Navarro terminaría invitando a la chica.

Ella pidió un daiquiri, o eso le pareció a Navarro, porque se apoderó de él la sensación incómoda de escucharla mientras el sofá donde estaba sentada se alejaba cinco o seis metros de repente o las paredes del club se hubieran ensanchado y ya no pudiera comunicarse con ella sino a voces. Y el mismo instinto que lo había conducido a decirle el nombre que figuraba en el documento meticulosamente falsificado que llevaba en la cartera ahora le decía que tenía que levantarse, inventarse una excusa, dejar unos billetes sobre la mesa con una propina no demasiado escandalosa para que ni el camarero ni ella lo recordasen dentro de unos días si la policía preguntaba. Levántate, Navarro, se dijo, como un imperativo bíblico. Levántate y márchate de aquí. Y aunque las piernas al final terminaron obedeciéndole, el hormigueo que le subía desde los tobillos no resultaba tranquilizador. Vete, no esperes más. Pero al ponerse de pie fue como si de pronto lo hubiesen transportado a una atracción de feria: él en el centro de un tiovivo que, en lugar de caballos de juguete, coches o la ridícula carreta del Oeste, estuviera compuesto por la mujer que estaba sentada junto a él y ahora se levantaba para ayudarlo, los camareros del club, las otras chicas en busca de compañía y la cantante rubia cuya música ahora le resultaba tan molesta que tuvo que taparse los oídos.

—¿Qué te ocurre? ¿No te encuentras bien?

Navarro quiso apartarse de ella, extender el brazo para que no lo tocara. Pedirle que lo dejase en paz.

—¿Quieres que llame a un médico?

Pero lo único que él quería ahora era encontrar la salida. Estar en la calle y respirar aire fresco. Eso lo aliviaría. Mojarse tal vez la cabeza con el chorro de agua helada de una fuente. Espabilarse y volver a la pensión y al día siguiente enfrentarse al momento para el que había venido a Madrid. Ya no le importaba tanto no llamar la atención como salir de allí cuanto antes. Pero no era dueño de su voluntad. Sin quererlo, había pasado un brazo por encima del hombro de la muchacha, y aunque sabía que tenía que largarse

enseguida, también estaba seguro de que se caería al suelo si no se apoyaba en ella.

—Vamos, ven conmigo. Te llevaré a un lugar donde podrás descansar.

Navarro sacudió la cabeza, buscando una salida que parecía haberse borrado del local. Sus ojos trataban de encontrar inútilmente la puerta detrás de la niebla densa que se había levantado. Parecía que todos los clientes se hubieran puesto de acuerdo para fumar al mismo tiempo, y él apenas distinguía las formas confusas de los camareros que se echaban a un lado, como quien se aparta para no estorbar a quien tiene una emergencia.

—No. Déjame. Quiero salir a la calle —acertó a decir, o tal vez lo pensó pero no tuvo fuerzas siquiera para terminar la frase.

La mujer que no había probado el daiquiri lo llevaba hacia las cortinas que protegían los reservados de las miradas indiscretas. Algo había salido mal, sin que él hubiera podido hacer nada, y estaba seguro de que, quienquiera que fuese, Aurora o como se llamase, la chica en la que se apoyaba al caminar a su pesar, no lo llevaba hasta allí para besarlo y acariciarlo o tal vez desnudarlo o quitarle los billetes que llevaba en la cartera en un lugar donde nadie pudiera verlos.

—Tengo que irme —murmuró Navarro, apenas con un hilo de voz—. La calle. Aire fresco. Déjame en la calle. Ayúdame, por favor.

—Tranquilo, que ya casi estamos. —Le hablaba con tanta calma que debería reconfortarlo, pero en lugar de atender su petición lo conducía con paso firme hacia los reservados. Él intentó tirar de ella en dirección contraria, pero era inútil. Ya había dejado de ser dueño de sí mismo, de sus actos. Era igual que un muñeco de trapo, una marioneta que se desmadejaría en el suelo si quien sujetaba los hilos los soltaba. La bruma que se había apoderado del local era ya tan espesa que Navarro incluso temió haberse quedado ciego.

Apenas pudo ver a los dos hombres que esperaban su llegada en el cuarto al otro lado de las cortinas. Como de terciopelo, pensó, cuando la tela suave rozó el dorso de su mano al cruzar la frontera del reservado. Lo tumbaron en una cama. Seguro que Aurora todavía estaba allí, pero Navarro no podía comprobarlo porque ya había cerrado los ojos o es que la niebla se

había adensado tanto que no era capaz de ver nada ni aunque le sujetasen los párpados con unas pinzas para mantener una vigilia forzada. Pero creía distinguir su voz. Cuchicheaba, o al menos así se lo parecía, aunque también tenía la sensación de estar escuchándola desde dentro de un pozo o como si llevase una semana o un mes sin haber dormido. Se preguntó si alguna vez había visto las caras de los dos tipos que no se marchaban después de haberlo ayudado a tumbarse, si algo terrible estaba a punto de sucederle y quizá nadie podría ayudarlo a salir del atolladero donde se había metido.

Capítulo 5

La huida

Aunque quería tener los ojos bien abiertos, no pudo evitar rendirse otra vez al sueño.

Se había despertado en un lugar que no había visto nunca, y durante un rato padeció la sensación incómoda de no saber qué había pasado, peor aún, ni siquiera saber quién era. Tardó muchas horas en recordar que, después de que lo obligaran a tumbarse en La Maison, se había quedado dormido. Aunque quiso mantener la vigilia sentía que el mundo se le resbalaba de las manos como quien intenta agarrarse a una cuerda embadurnada en aceite. Pasó mucho tiempo hasta que consiguió mantener los ojos abiertos más de cinco minutos seguidos. Ahora estaba tumbado en una cama, pero no en el reservado de La Maison. Se había dado cuenta porque olía diferente, y también porque aunque la luz estaba apagada veía lo bastante para saber que no se trataba del mismo sitio. Tenía un brazo estirado, le dolía el hombro por la postura tan incómoda, y al moverlo descubrió que le habían esposado la muñeca a uno de los barrotes de la cama. Como pudo, se incorporó un poco, y al hacerlo le sobrevino un regusto amargo desde la boca del estómago, una arcada que cuando se convirtió en vómito evitó vaciarse encima en el último momento girando la cabeza y salpicando el suelo de restos de comida. Los médicos siempre recomendaban ayunar antes de una operación porque la anestesia podía provocar vómitos, y a él le

habrían dado un somnífero tan potente que era como si lo hubieran anestesiado.

La puerta se abrió y pudo ver la silueta recortada de un tipo que se quedó un par de segundos mirándolo, sin decir nada, hasta que la cerró y la habitación volvió a quedarse a oscuras. Martín Navarro no quería dormirse otra vez. Con la espalda apoyada en los barrotes de la cama, se concentró en recordar lo que le había pasado desde que esa mujer se sentó junto a él en el bar para que la invitase a tomar una copa. Aurora, le había dicho que se llamaba. Estaba claro que lo habían drogado y que el camarero había participado poniéndole algo en la bebida. Luego, antes de quedarse profundamente dormido en el reservado, había escuchado a dos hombres hablar en ruso. Maldito Fignon, se lamentó al recordarlo, dando un tirón de la mano que tenía sujeta a los barrotes, lastimándose la muñeca. Todo apuntaba a que sus propios camaradas le habían tendido una trampa, pero, por más que le doliera, no podía dejar de preguntarse si Erika había tenido algo que ver, si desde el principio había ido a Madrid a sabiendas de que él la seguiría para pedirle explicaciones, si es que al final había pasado de ser el hombre con el que se sentía protegida a la persona que le estorbaba para sus planes.

A su pesar volvió a quedarse dormido. Un sueño en el que no podía dejar de estar atento al rumor lejano del tráfico que llegaba de la calle, a los ruidos de la habitación de al lado. Abrió los ojos al oír que la puerta se cerraba, y en el duermevela pensó que lo habían dejado solo, encerrado en un edificio abandonado, en una mansión en la que sólo habitaban fantasmas, que aunque gritase nadie podría escucharlo, y su castigo iba a ser morir solo de hambre o de frío, bañado en sus propios vómitos. Pero se concentró, de nuevo. Era como un lobo que levantase las orejas, atento, y no tardó en oír ruido al otro lado de la pared. Parecía que con él se había quedado uno de los tipos que hablaban en ruso. El otro se habría marchado, para hacer cualquier cosa o porque había terminado su turno de guardia. Quienquiera que estuviese en la habitación contigua estaba callado, pero Navarro lo oía moverse de cuando en cuando, sin mucho entusiasmo, con la pereza de quien no tiene otra cosa que hacer más que matar el tiempo.

Incluso le pareció oír una ventosidad. No quiso decir nada, no quiso preguntar. Prefería que pensara que seguía profundamente dormido, que el narcótico que le habían suministrado en la bebida era tan eficaz que no iba a poder abrir los ojos ni decir nada durante varios días. Y a lo mejor era verdad, porque nunca en su vida le había afectado una sensación de cansancio tan intensa.

Había algo que no encajaba. No tenían por qué detenerlo. Bastaba con que dictaran sentencia y lo ejecutaran, sin perder más tiempo. Si no lo habían hecho ya era porque había algo más. Navarro no sabía cuánto tiempo había pasado desde que entró en el reservado de La Maison, pero podían ser al menos cuarenta y ocho horas. Al otro lado de la cortina adivinaba la luz de una farola. Seguro que había pasado una noche y un día entero durmiendo. Lo más probable era que lo hubieran vuelto a drogar. Si estaba tan mareado tenía que ser por eso. Quería permanecer despierto, pero no pudo evitar quedarse otra vez dormido.

Cuando volvió a abrir los ojos había un hombre agachado a su lado. Llevaba una pistola en la mano, y Navarro, sin ser capaz todavía de dominar los párpados, pensó que ya estaba todo perdido, que le contaría esa retahíla de palabras vacías que conocía tan bien para terminar diciéndole que era un traidor y que lo iban a ejecutar.

Sin embargo, el otro le hablaba en voz muy baja, en ruso, sacudiéndole los hombros para espabilarlo, llevándose el índice a los labios para pedirle silencio y señalando lo que debía de ser la puerta de entrada del piso, más allá de la habitación.

—Si quieres vivir, no hagas ruido.

Navarro se incorporó, y al hacerlo la habitación empezó a dar vueltas. Apoyó la cabeza en los barrotes de la cama, como si así fuera capaz de detener el movimiento.

Luego el otro se levantó y se acercó a la puerta de entrada, muy despacio, casi pegado a la pared, conteniendo la respiración, el cañón de la pistola levantado, preparado para disparar. Se quedó allí cerca de un

minuto, y luego volvió a la habitación de la misma manera, muy pegado a la pared y de puntillas.

Cuando llegó a la cama puso los labios tan cerca de su oído que Navarro pensó que le iba a dar un beso.

—Escúchame bien. Hay alguien en el pasillo. Está intentando abrir la puerta. Es posible que piense que estás solo. —Hizo una pausa y volvió la cabeza hacia la entrada del piso, como si eso lo ayudase a pensar—. A lo mejor tenemos que marcharnos de aquí. Pero tendrás que venir conmigo si no quieres que te pase nada. —Sacó una llave del bolsillo y le quitó las esposas. El brazo de Navarro cayó laxo en la cama, como el de un muñeco—. No hagas ruido. No intentes hacer nada. Te hemos inyectado tanta morfina que te quedarías dormido de pie. Sólo quédate aquí.

Volvió a salir de la habitación, otra vez de puntillas, y cerró la puerta despacio. Navarro se palpó el brazo hasta frotarse la muñeca dolorida de las esposas. Si lo había soltado era porque quizá tendrían que salir corriendo, y él ni siquiera podía permanecer sentado en el colchón sin marearse. Trató de incorporarse un poco más, pero la cama era igual que una barca en mitad de una tempestad. Oyó abrirse la puerta del piso. Las bisagras crujían despacio, como si quien empujase la hoja desde fuera lo hiciera con mucho cuidado para no molestar a nadie. Luego, el sonido sordo, familiar, de un disparo amortiguado por un silenciador, y aunque durante un instante parecía que todo había terminado y que alguno de los dos —el hombre que lo custodiaba o el que acababa de llegar— abriría la puerta de la habitación, al estampido ahogado del disparo le siguió un estrépito de muebles, como si se hubiera producido un terremoto, y el forcejeo de dos hombres que parecían pelearse procurando no hacer ruido para no llamar la atención.

Navarro se levantó. Con una mano se apoyó en la pared para domeñar el suelo que se movía bajo sus pies. Al otro lado de la pared estalló un cristal y se rompió algún mueble, como en una mudanza apresurada. Dentro de un momento, se dijo, uno de los dos hombres que están peleándose, el que salga victorioso, abrirá esta puerta. No hagas ruido si quieres vivir. Tendrás que venir conmigo si no quieres que te pase nada, le había advertido el ruso que lo custodiaba. Pero él no estaba dispuesto a quedarse más tiempo para

averiguarlo. A pesar de estar en mangas de camisa, el aire helado de la calle que lo saludó al abrir la ventana lo espabiló un poco, lo justo para darse cuenta de que el piso estaba en una segunda planta. Hacía mucho frío, pero no podía perder el tiempo en buscar la chaqueta. Por fortuna, se dijo, con la mente tan embotada que ni siquiera la temperatura tan baja era capaz de hacer funcionar correctamente, me habían acostado con los zapatos puestos.

Era de noche, había acertado, pero no estaba seguro de si se había levantado niebla o si por culpa de la droga que le habían dado el aire tenía una consistencia algodonosa, como de película de terror. No había nadie en la calle, tan sólo algunos coches aparcados y una triste farola en la esquina que arrojaba una luz amarillenta, sucia, que apenas animaba la noche. Navarro miró la acera, para calcular la altura desde la ventana. Con un poco de suerte no se rompería nada. Pasó una pierna por el alféizar y se sujetó con fuerza. Por culpa del mareo y de lo débil que se sentía podía saltar de mala manera y romperse la cabeza. Aún tenía que pasar la otra pierna, que no le obedecía con la diligencia que necesitaba, cuando oyó otro disparo y enseguida se abrió la puerta de la habitación. Navarro se quedó quieto un instante, con una mezcla de miedo y de curiosidad por saber quién habría ganado la partida. No sabía si era ruso también, pero ese hombre no era el mismo de antes. Debajo de la chaqueta se le veían los faldones de la camisa arrugada. La corbata torcida después de la pelea. Seguro que el sombrero se le había caído en el intercambio de golpes con el tipo que lo custodiaba. Tenía el cuello grueso, como el de un toro, y un cráneo rapado que brillaba a pesar de la escasa luz de la farola que entraba en la habitación. En una mano portaba una pistola con el cañón exageradamente largo. A Navarro le llevó un instante darse cuenta de que llevaba acoplado un silenciador. De esa pistola salieron los tiros que había oído, y luego se preguntó si habría matado al que lo había liberado de las esposas. La otra mano la movía lentamente, indicándole que se apartase de la ventana como una madre cariñosa a la que le preocupa que su hijo se haga daño. También, al verlo en el alféizar, podía sospechar que se iba a suicidar, pero él no se iba a quedar para averiguar lo que pensaba. Ya había pasado las dos piernas al otro lado, y antes de que el tipo de la pistola recortase la distancia que los separaba y

lo obligase a bajarse o incluso le disparase, sintió el vértigo en la boca del estómago al lanzarse al vacío.

Un segundo después estaba rodando en la acera. Seguía mareado y se había lastimado, pero consiguió levantarse. No creía haberse roto nada, pero se llevó las manos instintivamente a los tobillos para asegurarse. Si el otro no había saltado también, se le ocurrió que quizá tendría una oportunidad de escapar. Levantó los ojos y no había nadie en la ventana. Seguro que durante un momento el calvo había estado ahí asomado, mirando si se había quedado tirado en la acera con los tobillos rotos, y luego, al ver cómo se ponía de pie, había dudado un segundo si saltar él también o bajar apresuradamente las escaleras para encañonarlo.

Era el único margen que tenía. Corrió hacia la oscuridad dando tumbos, dejando a su paso un estrépito de cubos de basura con los que había tropezado, regando la acera de inmundicias.

La boca seca, el escozor incómodo en el pecho porque sus pulmones no estaban acostumbrados al esfuerzo, y por culpa del frío la carrera se le antojaba todavía más penosa. ¡Navarro!, oyó, a lo lejos, menos de un minuto después. ¡Navarro, espera! El hombre que lo custodiaba en el piso le hablaba en ruso, y el que lo perseguía lo hacía en alemán. Cada vez entendía menos lo que pasaba. Las calles seguían borrosas, pero al mirar atrás se dio cuenta de que aún le sacaba una distancia suficiente para tener la esperanza de llegar hasta un sitio donde hubiera más gente y sentirse seguro. Quien lo perseguía se había entretenido en ponerse el abrigo y el sombrero, y seguro que llevaba la pistola escondida en un bolsillo porque no quería llamar la atención. Navarro apretó el paso. Un poco más allá se veía una calle más ancha. Tal vez fuera una avenida. Pero apenas había gente. Le habían quitado el reloj y no podía saber qué hora era, pero seguro que muy tarde. Volvió a mirar atrás. El tipo que lo seguía no le perdía el paso. Caminaba deprisa, pero sin llegar a correr. Tampoco circulaban coches apenas, y Navarro seguía tan mareado que no era capaz de situarse, de saber en qué parte de Madrid estaba.

En la acera de enfrente había una boca de metro. Lo único que se le ocurría era colarse dentro y tratar de subir a un tren antes de que el otro tuviera tiempo de llegar. Bajó las escaleras a trompicones y comprobó con alivio que no había ningún guardia que lo viera entrar sin billete y lo echase a patadas o le pidiese los papeles. En el andén había ocho o diez personas, aunque no tardó en empezar a sentirse incómodo porque todos, sin excepción, se quedaron mirándolo, abiertamente o de soslayo, como si hubiera algo en él que no encajase. Se preguntó si no se habría herido al caer al suelo desde el segundo piso o tal vez se habría cortado al tropezar con los contenedores de basura cuando echó a correr y ahora tendría el pantalón manchado de sangre. Se miró, para comprobarlo, pero no había nada, y enseguida cayó en la cuenta de que un hombre en mangas de camisa una noche de enero en Madrid resultaba poco menos que extraño.

El que lo perseguía estaba bajando las escaleras, lentamente, mirándolo como si le leyese el pensamiento, sin prisas, como un depredador sin sentimientos que tiene acorralada a su presa y quiere disfrutar del momento antes de darle el zarpazo definitivo. Navarro retrocedió unos pasos, hasta el borde del andén, torpe, porque como dos máquinas que no estuviesen sincronizadas, su cuerpo y su cabeza atendían a los mismos estímulos de una forma diferente: mientras su cerebro, desorientado, no hacía más que recopilar cuanta información fuese posible sin saber muy bien qué hacer con ella, sus músculos sí parecían responder a un reflejo antiguo, como si algo formase parte de él sin que lo supiera, y aunque pensaba que debería empezar a correr, empujar al hombre que se le acercaba sin prisas y subir las escaleras para salir a la calle otra vez, al oír la sirena del tren que llegaba a la estación no pudo sino saltar a la vía, y durante la fracción de segundo que estuvo en el aire, como si el tiempo se detuviera, se preguntó si no habría perdido la razón, qué lo empujaba a suicidarse en lugar de salir corriendo o, simplemente, entregarse al hombre que lo estaba siguiendo.

Tuvo muy poco tiempo antes de rodar sobre la vía. Por unos centímetros se libró de que el tren lo atropellara. La gente gritaba, algunos se asomaron a los raíles, seguro que con menos preocupación que curiosidad morbosa, pero antes de que pudieran comprobar si el tren se lo había llevado por

delante o lo había triturado, él ya se había puesto de pie, y mientras empezaban a entrar y a salir viajeros aprovechó para subir al otro andén. Nadie se acercó para preguntarle si estaba bien, nadie iba a detenerlo por comportarse como un demente. El tren se marchó, y al otro lado, el tipo que lo seguía permanecía quieto, como si le hubieran clavado los pies en el suelo. Parecía dudar entre sacar la pistola o saltar él mismo también a ese lado. Pero no le iba a dar opción de hacer ninguna de las dos cosas. Antes de que se decidiera, un tren hizo su entrada por la vía que estaba junto al andén de Navarro. Se coló dentro y se quedó mirándolo. En su cara se podía ver la misma expresión del que ha perdido una mano que tenía ganada a las cartas. Seguro que se lamentaba por no haber sido más rápido, por no haber sacado la pistola para amenazarlo cuando debió hacerlo o quizá por no haberlo liquidado antes.

Y ahora era un viajero anónimo en el metro que circulaba por las entrañas de Madrid. Se esforzaba en mantener los ojos abiertos. Ni siquiera se había sentado para no quedarse dormido y que alguien tuviese que despertarlo al final del trayecto. Miraba los nombres de las sucesivas estaciones y, aunque eran lugares que conocía de sobra, estaba tan aturdido que era incapaz de reaccionar, como si hubiera gastado las últimas dosis de energía que tenía reservadas en escapar y ahora fuera una máquina a la que se le había agotado el combustible. Estaba solo en Madrid en una noche de invierno, sin una chaqueta que lo aliviase del frío. No tenía dinero ni documentación. No se le ocurría otro sitio al que ir. Tenía previsto hacerlo, de todos modos. Y ahora era un momento tan bueno o tan malo como cualquier otro. Por fortuna, el tren viajaba en la dirección correcta. Aún faltaban dos o tres paradas. De pie, agarrado a una barra, no podía evitar dar cabezadas: la barbilla se le clavaba en el pecho y se despertaba para enseguida volver a quedarse dormido, como un anciano sentado al sol reconfortante del invierno.

Hizo un último esfuerzo, arrastrando los pies, sin estar seguro de poder salir del vagón al ver en los azulejos de la pared la estación de Sol.

A duras penas, respirando como si fuese asmático, con la duda de no saber si las piernas le obedecerían hasta llegar al final, consiguió subir las escaleras. Tal vez el frío que lo hacía tiritar era lo único que lo mantenía despierto, el sudor que se había congelado durante el viaje en metro convertido en una capa de escarcha entre la piel y la ropa.

Apoyándose de cuando en cuando en las paredes para no perder el equilibrio, tardó más de veinte minutos en llegar a su destino. Podría haber salido del metro en otra parada, o haber buscado otra línea, pero estaba convencido de que, tan aturdido, tendría muchas posibilidades de equivocarse y perderse dando vueltas por las entrañas de Madrid o quedarse dormido y despertar en la otra punta de la ciudad. A pie podría ser más largo, pero conocía bien el camino y al menos el aire helado lo ayudaría a mantener los ojos abiertos. Dejó a un lado la Plaza Mayor y la pensión donde se alojó la noche que llegó a Madrid. Bajó por Carretas hasta cruzar la calle Atocha y atravesó la plaza Tirso de Molina para desembocar en la de la Cebada, pero, igual que un marino prudente se lo piensa antes de atracar porque aún puede haber una roca que lo haga encallar o naufragar, Navarro se detuvo en una esquina, frente a donde se hospedaba Erika. No podía saber si le habían tendido una trampa. Si el mismo tipo que lo había seguido gritándole en alemán no se habría puesto de acuerdo con ella para colocarle el cañón de la pistola en los riñones cuando se encontraran en la pensión cuya dirección había memorizado antes de salir de París.

A medida que el tiempo se agotaba, Erika no dejaba de pensar si no había sido una locura atreverse a ir a Madrid para hablar cara a cara con Herbert Mundt. Se le había hecho tan largo, que los últimos seis días, con sus noches, se le antojaron seis meses. Desde la tarde que fue a ver a Mundt y a Mercedes Corrientes, apenas se había alejado de la pensión más que unas pocas calles para ir a comer algo. Había telefoneado al viejo amigo de Emil dos días después, y Mundt intentó convencerla de que fuera a su casa otra vez para charlar, pero ella se negó. Quería garantías de que la dejarían en paz para siempre. Él le había vuelto a ofrecer dinero y, cuando Erika lo

rechazó por segunda vez, le explicó que había gente con la que tenía que hablar para resolver el asunto. No se trata sólo de mí, Erika, insistió. Ya lo sabes. Y no podía hacer nada más salvo esperar. Era verdad que había escondido una copia de los documentos antes de viajar a España. Sólo Mijail sabía dónde estaba, pero a medida que pasaban los días no podía sino preocuparse de que al final las cosas no salieran como esperaba. El tiempo pasaba y la confianza de Erika se resquebrajaba. Salía a la calle y se imaginaba que alguien enviado por Mundt la estaba esperando, oculto tras una esquina o agazapado en un portal oscuro, para llevársela a algún lugar escondido y torturarla hasta que les contase dónde estaba la lista de Emil. Mundt y el resto de los amigos de su marido eran tan poderosos que no tendrían ninguna dificultad en deshacerse de ella sin dejar rastro.

Cada vez era más grande la sensación de haber hecho el ridículo en ese viaje desesperado a Madrid. Mundt no terminaba de darle una respuesta, y no podía evitar pensar que estaba jugando con ella. El miedo también era más grande cada día, y Erika se preguntaba si no debía marcharse ya de España aunque no hubiera solucionado nada. Subir a un tren que la llevase hasta París para encontrarse con Navarro y contarle la verdad. Tenían que hablar, si es que ya no era demasiado tarde.

La quinta noche en Madrid había ido a cenar algo, sin alejarse mucho, como siempre, en un sitio donde hubiera gente. Se sentía más segura. Luego había vuelto paseando despacio hasta la pensión, preguntándose si al día siguiente por fin todo terminaría resolviéndose. Pero llegó a la puerta y no subió inmediatamente. No era lo más recomendable estar en la calle, pero tampoco le apetecía encerrarse hasta la mañana siguiente. Encendió un cigarrillo antes de entrar. Hacía tanto frío que no había nadie en la plaza, y ningún entrometido la confundiría con una buscona que espera compañía.

Al principio no se dio cuenta de su presencia, pero luego, quizá por ese instinto que nos avisa de cuándo estamos siendo observados, volvió la cabeza hacia él y entornó los ojos, como si al hacerlo pudiera ver con más nitidez quién era. Primero sus labios parecían apuntar una sonrisa, pero el

gesto apenas duró más que el tiempo que había tardado en empezarlo. Enseguida frunció el ceño con preocupación o extrañeza. Navarro estaba al otro lado de la plaza, semioculto tras un portal de la calle Toledo, apenas iluminado por la luz de una farola. Sobre todo le llamó la atención su aspecto desaliñado, en mangas de camisa, con el frío que hacía, sin corbata ni chaqueta ni sombrero; los pantalones arrugados, como si se acabase de despertar de una larga siesta o se hubiera revolcado en el fango antes de salir a la calle. Un mendigo, un loco que se acaba de escapar de un manicomio, se le antojó. Un alucinado.

Todavía se quedó unos segundos mirándolo antes de dar el primer paso, como si tuviera miedo de que Navarro fuera a salir corriendo. Luego se acercó a él muy despacio y, cuando llegó al portal donde trataba de ocultarse en vano, estiró el brazo y le tocó la cara, como si fuera ciega y necesitase recorrerle las facciones para estar segura de que se trataba de él, tan aturdido que parecía incapaz de moverse. Martín, le dijo, susurrando, igual que si rezase una oración. Martín, Dios mío, ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Qué está pasando? —le preguntó él. Antes de que pudiera darse cuenta la había agarrado de los brazos con tanta fuerza que pensó que terminaría lastimándola.

Erika sacudió la cabeza.

—No puedo responderte a eso. Estoy tan sorprendida como tú. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Qué estás haciendo en Madrid?

Él la soltó, y Erika no supo si porque se dio cuenta de que estaba empezando a hacerle daño o porque estaba tan cansado que ya no tenía fuerzas para seguir apretando.

—Fueron a París para contarme que habías venido a Madrid. Que habías dejado tu casa y tu trabajo. Sabías que vendría a buscarte si me enteraba.

Erika asintió, pero no le estaba prestando atención. Además, él le hablaba con la lengua gorda, como si tuviera un caramelo en la boca. Luego se enteraría de lo que había pasado, pero ahora tenían que irse.

—Tenemos que marcharnos de aquí. —Ahora fue ella la que cogió su brazo y tiró de él—. No podemos quedarnos en la calle, no es seguro.

Navarro la miró. Era como si no comprendiera nada. Parecía un niño desvalido. Erika pensó que si echaba a correr ni siquiera podría seguirla, que se quedaría ahí, solo, plantado en la plaza como un perro fiel al que ha abandonado su amo pero todavía no lo sabe y espera que venga a recogerlo.

—Ven conmigo —insistió.

—Me están siguiendo. —Apenas habían caminado unos segundos—. Creo que debes saberlo.

—¿Quién? —murmuró Erika, sin detener sus pasos; le pidió a él que hiciera lo mismo—. Sigue andando. No te pares. Habla en voz baja.

—No lo sé. —Navarro sacudió la cabeza—. Un hombre. Lo despisté en una estación de metro, en el último momento, cuando llegaba un tren. Puede que supiera adónde me dirigía y ahora mismo esté esperándonos.

Hasta ahora nadie sabía dónde se alojaba. Mientras cruzaba la plaza con Navarro le fallaron las fuerzas y le temblaron las piernas, pero respiró hondo. Procuró que no se diera cuenta de que había aflojado el paso e hizo un esfuerzo para convencerse de que si hubieran querido matarla habrían ido a buscarla a la pensión y la habrían obligado a lo que quisieran. Erika tampoco sabía lo que estaba pasando, pero no podía sino intentar llegar a un lugar seguro lo antes posible, y lo único que se le ocurría era entrar en la pensión. Pensó que podrían ir a casa de Mercedes Corrientes, pero no tenía derecho a comprometerla más de lo que había hecho ya, y su amiga podría haberse marchado ya a Sevilla, como le había dicho que haría.

—No te entretengas en mirar a nadie —dijo Erika—. No hables con ningún cliente. Baja la cabeza. Es posible que estén buscándote o que alguien recuerde tu cara o sea un confidente de la policía. Le diré a la mujer de la recepción que he venido acompañada. —Suspiró, disgustada por la impostura—. Supongo que estará acostumbrada...

Él parpadeó, asintió levemente, y luego miró a un lado y a otro: los ojos atentos parecían no saber muy bien lo que estaban buscando pero no podían evitar estar alerta siempre, ni aunque estuviese drogado. A pesar de su apariencia de pedigüeño o de su expresión como de perturbado fugado de

un manicomio, los instintos aprendidos después de tantos años no lo habían abandonado.

Erika se detuvo un momento en el mostrador, y no tuvo que fingir para sentirse avergonzada al contar que un hombre iba a pasar la noche con ella. La mujer asintió, como si no le extrañase, y ella se preguntó si no habría pensado que tal vez la extranjera que llevaba seis días alojada en su establecimiento no fuese tan diferente a las putas que venían acompañadas para alquilarles una habitación.

Después subió las escaleras con el pensamiento incómodo de que algo iba a salir mal. Que se iba a encontrar con algún cliente con el que se había cruzado algún día y la iba a entretener en alguna conversación intrascendente, o alguien reconocería a Navarro y enseguida oiría pasos acercándose para matarlos, o tal vez sirenas de la policía que cruzaban la ciudad para detenerlos. Pero menos de un minuto después cerraron la puerta de la habitación.

—¿Qué te ha ocurrido?

Navarro se había sentado en la cama. Si no fuera por las magulladuras y el pantalón arrugado, parecería un padre de familia con ganas de relajarse cuando llega a casa después del trabajo. Ojalá que todo lo que le había pasado, o lo que intuía que podría haberle pasado, fuera tan sencillo como eso.

—Ya te lo he dicho. Es todo demasiado confuso. He venido a Madrid para buscarte. —Levantó la cabeza un poco, como si mirar las manchas de humedad en el techo pudiera ayudarlo a pensar—. Me tendieron una trampa y me drogaron. Probablemente me estaban siguiendo desde que llegué a Madrid. Lo último que recuerdo es haber despertado en una habitación a oscuras. Un hombre me custodiaba, pero alguien abrió la puerta y le disparó. Conseguí escaparme, y he venido a buscarte. Eso es todo.

Erika miró un momento por la ventana antes de responderle. Había apagado la luz. De la calle apenas llegaba la iluminación siempre insuficiente del alumbrado público. Por un momento pensó que se apagarían las farolas y que mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra ya no oiría sino el tintineo de las llaves de los serenos que

acudían presurosos a abrir el portal de algún despistado que había olvidado las llaves. Mirando la calle dejó de escuchar un momento la voz de Navarro, de cuya boca seguían saliendo preguntas atropelladas. Ella tenía la culpa de que él hubiera viajado a Madrid y hubieran estado a punto de matarlo. Ahora cruzaba los dedos como una niña que pide un deseo para que no hubiera un apagón en la ciudad y tal vez alguien aprovecharse para subir las escaleras de puntillas, sin hacer ruido, para acabar con ellos. Se volvió para mirarlo. Navarro también era igual que un niño grande, sucio y despeinado, que esperaba sus explicaciones sentado en el filo de la cama, igual que si aguardase un castigo o tal vez un premio. Se sentó junto a él, abrigó una de sus manos entre las suyas. Estaba helado, temblaba, y los párpados se le cerraban, como si no pudiera evitar quedarse dormido.

—¿Qué está pasando, Erika?

—Eso tendremos que averiguarlo juntos.

Navarro abrió los ojos con mucho esfuerzo y movió la cabeza. No parecía convencido de su respuesta. Luego dedicó un rápido vistazo a las paredes. Parecía a punto de señalar cualquiera de los desconchones o las manchas de humedad que pedían a gritos una reparación.

—¿Estamos seguros aquí? —le preguntó, sin embargo.

Erika también miró atentamente las paredes de la habitación, como si fuese el operario de una empresa de reformas que tuviera que dejarla como nueva. La puerta parecía a punto de caerse del marco. Los tabiques eran tan finos que ni hablando en susurros podría estar segura de que nadie los escucharía. Tampoco sabía cuántos clientes había alojados en la pensión o si alguien ocupaba el cuarto contiguo. Luego volvió a mirar a sus ojos de niño desvalido y le dijo:

—Ojalá pudiera saberlo. Todo depende de si alguien sabe dónde me hospedo.

Navarro se levantó y, sin dejar de apoyarse en la cama, con dos dedos sujetó el visillo raído para poder observar mejor lo que sucedía en la calle. Erika lo conocía lo bastante como para saber que, incluso estando aturdido, no se le escaparía ningún detalle que a cualquier ojo menos adiestrado le pareciese natural o le pasaría desapercibido.

Estaba claro que no podían quedarse allí.

Quince minutos después Martín Navarro se sentía como un muñeco de trapo, un ser sin voluntad al que no le quedaba más remedio que seguir a Erika por las calles oscuras del centro de Madrid. Un momento antes ella había sacado unos cuantos billetes del bolso y le había entregado a la mujer que estaba tras el mostrador una propina más que generosa.

Se le adivinaban a la dueña, a pesar de las patas de gallo, los kilos de más, las arrugas que le bajaban por el escote y los ojos pintados de color turquesa, unas maneras de quien hace muchos años fue muy guapa. Seguro que en otro tiempo también habría arrastrado a cualquier hombre a un cuarto alquilado después de haberla invitado a una copa en una barra americana. Tal vez por eso no hizo preguntas cuando los vio salir. No porque la mujer extranjera con aire distinguido que llevaba unos días alojada en su establecimiento se marchase apresuradamente, y además de noche, o porque lo hiciese acompañada cuando todo el tiempo había estado sola. Sino porque el hombre que iba con ella parecía cualquier cosa menos un viajante de comercio que estuviese de paso en Madrid con aspecto de poderle sacar los cuartos en la barra de un club de alterne. Navarro ni siquiera se había preocupado de lavarse la cara, sacudirse el polvo, ponerse una chaqueta o estirar las arrugas del pantalón.

—Tenemos que irnos ya —se disculpó Erika después de contar los billetes para pagarle y añadir dos más al montón sobre el mostrador—. Nuestro tren sale dentro de un rato.

—Qué lástima —respondió la mujer, contando el dinero, procurando no mirarlos para no intimidarlos—. Nunca me gusta cuando se marchan de mi establecimiento los buenos clientes.

—Ya quisiéramos quedarnos, pero no va a ser posible. Eso sí. Estoy segura de que volveremos a alojarnos aquí cuando volvamos a Madrid.

—Eso espero.

Navarro no abrió la boca en ningún momento. Cuando las dos mujeres terminaron la conversación intrascendente, cogió la maleta de Erika y salió

a la calle. Su única despedida fue algo más cercano a un gruñido que a una palabra.

Al salir a la calle se quedaron parados, como quien ha llegado a un cruce de caminos y parece dar lo mismo el sendero que elijas. El rumbo era lo de menos. En ese momento, lo más importante para ellos era que nadie pudiera encontrarlos.

—Ojalá pudiéramos ir a la estación y subir a un tren. Pero yo no puedo marcharme de Madrid todavía, y tú ni siquiera tienes documentación. Si un policía nos pide los papeles en la calle, lo más seguro es que te lleven detenido.

Navarro soltó la maleta y la miró.

—Yo tampoco puedo volver a mi pensión. Seguro que están buscándome. Tal vez debería marcharme y no causarte problemas —fue lo primero que se le ocurrió decir para liberarla de la obligación de cargar con él.

Entonces Erika clavó los ojos en él, como si no entendiese nada, y a Navarro le pareció que incluso habría sonreído si no estuviese tan preocupada. Recorrió con la mirada la plaza, atenta a cualquier movimiento extraño. Cuando volvió a fijarse en él, a Navarro de nuevo le pareció que en otras circunstancias le habría regalado una sonrisa.

—No tienes adónde ir, Martín. Quienquiera que te esté buscando te atraparé enseguida. ¿Qué vas a hacer? ¿Dormir en el Retiro, como un mendigo? ¿Morirte de frío mientras esperas que un guardia venga a pedirte la documentación? —Sacudió la cabeza, chasqueó la lengua—. Te detendrán y antes o después averiguarán tu verdadera identidad o reconocerán tu rostro. Sabrán quién eres, te acusarán de traición o de conspiración y estarán encantados de que pases los próximos veinte años en la cárcel. Eso, si no deciden acabar contigo por la vía rápida y te dan garrote. Créeme, lo mejor que puedes hacer es quedarte conmigo. Ya nos arreglaremos.

Navarro ya había vuelto a coger la maleta cuando la dueña de la pensión se asomó a la puerta. Se quedaron los dos parados, un momento congelado, como en una fotografía, un instante en el que no sabían qué les iba a pasar.

—Disculpen. —Tal vez fue amable la voz de la mujer, pero a ellos se les antojó imperativa, igual que la de un soldado o un policía que les hubiera dado el alto.

Los dos se miraron, como si tuvieran que encontrar el uno en el otro las claves de un código secreto que les indicara si debían seguir andando, como si no la hubieran escuchado, y buscar la seguridad de un callejón oscuro. Pero ninguno de ellos se había movido. Eran como dos estatuas que dieran la partida por perdida.

—Disculpen —dijo la mujer, de nuevo, en voz baja, acercándose a ellos—. No es fácil para una pareja encontrar acomodo en una pensión de Madrid sin llevar el libro de familia.

Hubo un instante de silencio. Navarro no llevaba ningún documento encima, y lo más seguro era que Erika tampoco tuviese guardado en el equipaje un libro de familia falso.

—Yo estaría contenta de que siguieran alojados en mi establecimiento, aunque entiendo que tengan que marcharse... Pero, miren, si llegan tarde a la estación y pierden el tren, pueden ir a esta pensión. —Extendió la mano con un papel donde había escrito una dirección, como si les entregase un salvoconducto—. La dueña es amiga mía. Fuimos compañeras —añadió, sin ruborizarse, incluso parecía apuntar una sonrisa nostálgica al hacerlo—. Díganle que van de mi parte. Estoy segura de que los atenderá bien.

Erika se quedó mirando el papel sin atreverse a cogerlo, pero al final extendió la mano y lo agarró.

—Muchísimas gracias —dijo—. Será estupendo tenerlo por si no llegamos a tiempo de coger el tren.

La mujer volvió a amagar una sonrisa. Un gesto breve, lo justo para darles confianza sin llegar a entrometerse.

—Con los trenes nunca se sabe —dijo—. A veces, una llega a la estación tarde y ya se han ido. Otras, no son los trenes los que se retrasan. Lo mejor es tener siempre previsto un sitio en el que poder alojarse.

—Eso haremos. —Erika se había guardado el papel en el bolso—. Nos llevaremos la dirección por si acaso hay algún problema. Muchísimas gracias.

—El lugar es de total confianza. —Se volvió un poco al decirlo, señalando con la barbilla su establecimiento—. Como el mío. Limpio, tranquilo, discreto. —Se quedó callada, como si quisiera añadir un punto de suspense a lo que decía—. Sin preguntas incómodas que no sirven para nada.

La pensión que les había recomendado no quedaba muy lejos.

Navarro caminaba junto a Erika, como un sonámbulo o un alucinado que ha perdido la razón y sigue los pasos de su dueña con la persistencia de un perro fiel, andando con cautela, mirando de cuando en cuando las esquinas de las calles que habían de cruzar.

—Ya falta poco —le dijo, cuando pasaron frente a la puerta del teatro Calderón, en la calle Atocha—. Una manzana más y habremos llegado. ¿Tienes frío?

Él la miró un momento y sacudió la cabeza, como si pudiera negar la evidencia en los hombros encogidos y en la barbilla clavada en el pecho para protegerse la garganta del aire helado, y volvió a fijar los ojos en el suelo, sin dejar de caminar.

En la nueva pensión fue Erika la que habló. El lugar no se diferenciaba mucho del que venían o del sitio donde Navarro se había instalado cuando llegó a Madrid. Una callejuela que desembocaba en la plaza de Santa Ana, un edificio viejo que parecía haber sobrevivido con la misma dignidad a un bombardeo que al paso de los años, como si la cochambre o los peldaños gastados de las escaleras estrechas fueran signos orgullosos de su capacidad de resistencia. Nada que ver con la lujosa fachada blanca del hotel Reina Victoria o las coquetas líneas del teatro Español que acababan de dejar atrás.

La mujer que estaba al otro lado del mostrador, con los párpados pintados de color chillón, las uñas largas y los anillos en las manos en las que moteaba alguna mancha en la piel que no parecía encajar con el brillo de sus ojos, a Navarro se le antojó algo mayor que la que les había recomendado su negocio, pero no le costó imaginárselas treinta años antes a

las dos, compartiendo clientes en la barra de un cabaret. No había duda de que les había dicho la verdad: seguro que eran buenas amigas. Puede que ésta les hubiera alquilado una habitación sin haberles pedido los papeles igualmente, pero el nombre de su amiga fue como una palabra mágica, el bastón de Moisés que separa las aguas del mar Rojo o la palabra que abre la cueva de los ladrones. Abracadabra. Resonaba ese hermoso vocablo en su cabeza cuando Erika lo hizo volver a la realidad.

—Venga —le dijo ella, que ya lo debía de haber arreglado todo con la dueña de la nueva pensión, puesto que la mujer sonreía desde su lado del mostrador—, ya podemos subir a la habitación —terminó la frase y le enseñó una llave, como quien ha ganado un premio o ha encontrado un tesoro, y Navarro ya no podía sino volver a ser el perro fiel que sigue a su dueña, sin hacer preguntas, sin esperar otra cosa más que una caricia en el lomo.

Por el camino hasta su habitación se oían gemidos inconfundibles al otro lado de las paredes. Erika metió la llave en la cerradura de una puerta de la primera planta.

—Ésta es la nuestra —le informó, como si fueran una pareja de novios que tiene la oportunidad de pasar una noche clandestina.

—Supongo que somos un matrimonio extranjero que está pasando unos días en Madrid.

—Y que no disponemos de mucho dinero —añadió Erika, subrayando sus palabras con un vistazo rápido al cuarto. Una cama demasiado justa para dos personas cubierta por unas mantas viejas y una colcha que parecía de antes de la guerra. Las persianas bajadas con las lamas rotas. Las paredes con cercos de moho, las cucarachas que adivinaba asustadas debajo del armario apolillado—. O que no nos importan los lujos —concluyó, dejando su equipaje sobre la cama—. Ya buscaremos algo mejor si al final nos vamos a quedar más días en Madrid. —Bajó los ojos un momento, como si hubiera aceptado con desgana el resultado de un razonamiento íntimo—. Habrá que procurarte documentos, Martín, y eso llevará un tiempo. Mira, al menos tenemos una estufa.

Erika la encendió con un mechero y se la acercó a él. Estaba segura de que si no se había quedado dormido era por el frío que tenía. Navarro se sentó en la cama y, sin dejar de temblar, rodeó el calentador con los brazos, como si lo abrazara. Aún tardaría en volver a sentir el calor en los dedos, pero volvió a ser consciente de lo cansado que estaba, de que no podría permanecer mucho más tiempo despierto.

Erika abrió la maleta, sacó algo de ropa con cuidado. Sin desdoblarla, la colocó encima de la cama. También sacó una toalla y un pequeño neceser.

—Ahora descansa, Martín —le dijo, apoyando la mano en su hombro y dejándola allí un momento, como si quisiera consolarlo—. Voy al baño. Estaré al otro lado del pasillo si me necesitas. Métete en la cama y abrígate. Necesitas descansar y entrar en calor.

Durante un momento estúpido, antes de que Erika abriese la puerta, Navarro se preguntó si acaso lo estaba invitando a compartir un rato de intimidad en el baño con ella, como si aquella mano en su hombro o cualquiera de sus palabras fueran un código secreto. Estaba tan mareado que no era capaz de pensar. Aún no sabía si le había tendido una trampa ni cuáles eran los motivos que la habían empujado a abandonarlo todo y marcharse a Madrid, pero cuando Erika se fue, él sólo tuvo fuerzas para quitarse los zapatos, meterse en la cama, con la ropa puesta, y hacerse un ovillo bajo las mantas. Estaba tiritando. No podía evitar que le castañetearan los dientes. Parpadeó pesadamente, dejó escapar el aire despacio. Tragó saliva a duras penas porque tenía la boca seca. Escuchó el ruido del tráfico, en la calle, cada vez más lejos. Pensó que cuando Erika volviese, si es que volvía, a él también le gustaría levantarse y cruzar el pasillo en dirección al baño para asearse, sentir el placer del agua caliente en el cuerpo. Cuánto le gustaría tener al menos una camisa limpia. Le disgustaba la idea de enjabonarse con una manopla y volver a ponerse la misma ropa sudada.

Suspiró. Parpadeó de nuevo, más despacio. Ya era incapaz de mover un músculo, pero no podía dejar de pensar en una camisa nueva, en el tacto de la tela suave recién lavada y planchada, y antes de rendirse a un sueño tan intenso que ni siquiera el estallido de una bomba podría perturbar, vio a un

niño jugando con una pelota entre sábanas blancas que se secaban al sol. Sábanas que huelen a tomillo porque las han tendido al aire limpio del campo, agitadas por el viento, como banderas de un ejército de ángeles que le acariciasen la cara. Sábanas que le hacen cosquillas, pero a él le gusta olerlas, y el aroma a hierba fresca que desprenden es tan intenso que se queda quieto y lo aspira una y otra vez. Y es como si lo anestesiaran, porque un momento después ya no oye el rumor del tráfico de la ciudad, ni puede estar pendiente de los pasos que se acercan a la habitación. Ya no puede abrir los ojos. Ya no es sino un niño feliz enredado entre sábanas suaves mecidas por la brisa agradable del verano.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 6

El periodista novato

Gregorio León se quitó el sombrero al cruzar la puerta de Le Cygne Noir, el tercer local que visitaba esa noche. Más que cansado o aburrido, había empezado a desesperarse por no haber sido capaz de averiguar ni una sola pista sobre el paradero o los últimos movimientos de su viejo amigo, el capitán Navarro. Se acercó a la barra, desganado pero con la confianza que le confería ser cliente habitual del club, y saludó con un leve asentimiento de cabeza al camarero. Varios años ejerciendo el periodismo deportivo lo habían convertido en un personaje bastante conocido en algunos lugares de postín de la noche madrileña. Desde Chicote hasta el Pasapoga, raro era el sitio donde Gregorio León no hubiese tomado una copa con un futbolista. A determinadas horas de la noche, con la luz, la habilidad y la compañía adecuadas, resultaba mucho más sencillo que un jugador le contase ciertas cosas que nunca terminaban publicándose en su periódico, pero casi siempre resultaban útiles. Él sólo se preocupaba de la parcela deportiva. Lo demás, lo que un futbolista hiciera con su vida, no era de su incumbencia ni de quienes leían cada día su página en el diario, pero la información y la discreción eran los dos pilares sagrados en los que se apoyaban su trabajo de periodista y su desempeño clandestino.

Normalmente era Navarro el que aparecía, como un fantasma, de la misma forma que un día ya no lo veía más, sin dar explicaciones. No

siempre se encontraban cuando venía a Madrid, pero estaba claro que si había alguien que pudiese dar con su paradero, o al menos tener noticias de lo que pudiera haberle sucedido, era él.

El encargo le había llegado por el mismo conducto de siempre. Un periódico doblado que alguien había dejado abandonado en el momento oportuno en la barra del bar donde acostumbraba a tomar café cada mañana, cerca del campo del Real Madrid. Gregorio aprovechaba para acercarse por el estadio de Chamartín cada vez que tenía ocasión. No sólo por su pasión madridista, que se esforzaba en ocultar para aparentar neutralidad en sus crónicas, sino porque era una buena excusa para poder hablar con los jugadores u observarlos desde una esquina cuando no sabían que los estaban mirando.

Quien se había dirigido a él, por la mañana, en el bar donde desayunaba, después de abrir el periódico, no era Navarro ni se le parecía. Siempre que tenía que encontrarse con Rogelio Bejarano era como si volviese a tener diez años y lo llamasen al despacho del director del colegio por haber pegado a un compañero.

Gregorio León pagó el café, cogió el periódico y se sentó a la mesa de al lado, de espaldas. Nunca estaba de más tomar precauciones. Alguien podía haber descubierto sus inclinaciones izquierdistas y a lo mejor lo había denunciado a la policía. Tampoco podía estar seguro de que el tipo que ahora tenía detrás y sorbía ruidosamente de la taza no acudiese acompañado por un agente de la Dirección General de Seguridad que le hubiera prometido una reducción de condena a cambio de delatar a sus compañeros.

Lo mejor en estos casos era no hablar primero. Incluso no hablar nada o hablar lo menos posible. Pero sucedió lo más lógico. Fue el otro quien tomó la iniciativa.

—Hemos perdido a Navarro —dijo, sin más preámbulos. Tenía prisa o no quería andarse por las ramas.

Gregorio se puso tenso y frunció el ceño. Aún no sabía qué quería decir la frase. Si a lo mejor quería decir lo peor. A cualquiera podría haberle sucedido algo irreparable, pero no a Martín Navarro.

—Creemos que está en Madrid, pero no sabemos dónde o si le ha sucedido algo. —El hombre le hablaba en susurros, sin dejar de mirar el periódico abierto sobre la mesa por encima de las gafas suspendidas en la punta de la nariz, como si para empaparse bien de las noticias no pudiera sino mover los labios al mismo tiempo—. Como tú has sido su contacto en la ciudad durante los últimos tres años, estamos seguros de que eres la persona más indicada para encontrarlo.

A Gregorio siempre le inquietaba cuando alguien se refería a sí mismo y a otros como «nosotros». Era al mismo tiempo una forma de diluir la responsabilidad entre un grupo de personas anónimas y una amenaza implícita. Si no haces lo que te pedimos tendrás problemas. Si no nos echas una mano pasaremos de ser tus protectores a tus enemigos. Y que le anunciase la desaparición del capitán Navarro no ayudaba a establecer un ambiente relajado.

Estaba seguro de que tenía un signo de interrogación marcado en la frente. Que Martín Navarro hubiese venido a Madrid para cumplir con una misión no tenía nada de extraordinario. Era un agente eficaz y concienzudo. Lo raro sería que hubiera dejado un trabajo a medio terminar.

Reflejado en la ventana, Gregorio vio a Rogelio Bejarano apoyar las dos manos sobre la mesa, como si estuviera sentado delante de él y fuese a contarle un secreto de Estado mirándolo a los ojos. Lo oyó suspirar, resignado.

—Navarro se fue de París sin avisarnos. Ni siquiera nos dijo que venía a España.

Gregorio asintió. Esto no encajaba, desde luego que no. Pero seguro que había un motivo para actuar así.

—Le perdimos la pista poco después de que llegara —le informó Bejarano.

—Quizá le haya sucedido algo —se atrevió a apuntar Gregorio.

—Puede que le haya pasado algo. —Bejarano bajó los ojos, chasqueó la lengua y luego se quedó un instante pensativo—. Ojalá que sí.

El signo de interrogación en el rostro de Gregorio se hizo más grande. Tanto, que era imposible ocultarlo.

—También puede haber cambiado de bando —dijo Bejarano. A Gregorio le parecía que tragaba con dificultad—. O estar intentándolo. —Sacudió la cabeza, con energía, como si quisiera apartar pensamientos que le estorbaban—. Eso, no podemos consentirlo.

—Desde luego que no —se escuchó decir el periodista, sin estar muy seguro de sus palabras. Aspiró una bocanada de humo, la aguantó un momento en los pulmones y, luego de soltarla despacio y comprobar que nadie los estaba mirando, bajó un poco la cabeza, como si buscara debajo de la silla algo que hubiera perdido y, sin apenas mover los labios, igual que un ventrílocuo aficionado, preguntó—: ¿Qué más puedes contarme de Navarro?

—Parece ser que llegó a Madrid hace dos días. —Seguía mirando el periódico, simulando leer las noticias a media voz—. Lo normal en estos casos habría sido avisarnos, ya lo sabes, pero no lo hizo. Puede que entonces le ocurriera algo, nada más llegar. Aunque también es posible que no tuviera intención de decirnos que había venido. No podemos saberlo.

Gregorio asintió, en silencio, y, después de emitir un leve gruñido para que el otro continuase con las instrucciones que debía darle, reflejada en la ventana vio la cabeza de su interlocutor sacudirse levemente otra vez, como si lamentase la actitud de Navarro o le disgustase que se le permitiesen ciertas licencias imposibles para los demás.

—Desde que dejó escapar a Miranda muy pocos confían en él. Es como si ya no pudiera soportarlo más. Como si ya hubiera tenido bastante.

El periodista asintió de nuevo. La vista al frente. Parecía un soldado en posición de firmes mientras esperaba a que un superior le diera la orden de descansar. Pero no dijo nada. Oficialmente, el caso Miranda no existía. Extraoficialmente, se rumoreaba que era otro de los valiosos agentes de cuya lealtad se había comenzado a sospechar. Se le convocó a una reunión para dar explicaciones a sus jefes sobre sus últimos movimientos o actitudes poco ejemplares y ya nunca más se supo de él. Gregorio siempre había tenido claro que la piedad no era un argumento admisible para alguien que ha decidido cambiar de bando, y cuestionar las decisiones que se tomasen respecto a los traidores no le correspondía. Por eso mismo, antes incluso

que la amistad, la admiración o el respeto que sentía por su amigo, deseaba que Navarro no fuese el próximo Miranda.

—Me han encargado que te pida que nos ayudes a encontrar a Navarro. O al menos que averigües qué le ha sucedido. Lamento no poder darte más datos ni ser más explícito. Es todo lo que sé, y Navarro... —Chasqueó la lengua de nuevo. Resultaba evidente que no tenía intención de ocultarle que no tenía demasiada estima por él—. En fin. Digamos que sus intenciones nunca estuvieron claras.

Sus intenciones nunca estuvieron claras. Después de haberse marchado del bar, las palabras de Rogelio Bejarano resonaban como el eco lejano en un desfiladero. Gregorio León miró la mole de hormigón del estadio de Chamartín, al otro lado de la calle, pero no estaba pensando en el fútbol ni en la crónica que tenía que escribir para el periódico. Durante todo el día, ya lo sabía, no iba a poder hacer mucho más que darle vueltas en la cabeza al asunto del capitán Navarro, no tanto en si había algo de verdad en las insinuaciones que le había confiado Bejarano como en los lugares de Madrid donde podría averiguar algo sobre su paradero. Nueve horas después, al salir de la redacción, no podía dejar de pensar sobre dónde podría encontrar alguna pista. Martín Navarro casi nunca se alojaba en la misma pensión o en el mismo hotel dos veces seguidas, y rara vez venía a Madrid con el mismo pasaporte. Gregorio no era curioso. La indiscreción o las preguntas innecesarias no servían sino para poner en peligro al propio Navarro o a él mismo.

No podía dejar de sentirse extraño. Era la primera misión importante que le encomendaban, buscar a Navarro, averiguar qué le había sucedido y, lo que más le preocupaba, enterarse de si se había pasado al otro lado. Si esto último había sucedido, el único consuelo era pensar que le habían asignado a él el trabajo en lugar de a otro con menos paciencia o más ganas de hacer méritos para ascender. Gregorio quería pensar, aunque estuviera equivocado, que Rogelio Bejarano le había encargado el asunto a él porque así Navarro tendría más posibilidades de salir airoso en caso de que cupiesen dudas sobre su lealtad.

En Le Cygne Noir, después de saludar al camarero dejó el sombrero en el mostrador, se acomodó en un taburete giratorio y se colocó de espaldas a la barra para arrancar el primer sorbo al gin tonic. Conocía de vista, incluso de hablar con ellos, a varios de los hombres sentados a las mesas que escuchaban distraídamente al artista que, a golpes de voz rasgada mientras pulsaba adecuadamente las teclas del piano, animaba el local, pero hizo como si no los viese. Muchos de ellos estaban acompañados por mujeres que seguramente acababan de conocer o que a lo mejor sólo visitaban de vez en cuando, y la costumbre en estos sitios era no poner a nadie en un compromiso. No era infrecuente toparse con alguien cuya cara no tendría más remedio que ver al día siguiente. Como en un código no escrito, la consigna era no darse siquiera las buenas noches en una barra americana a no ser que fuese estrictamente necesario.

Le Cygne Noir era de sus locales favoritos. Aparte de las mujeres guapas, le agradaba escuchar la voz hermosa y ronca del negro al piano. No era la primera vez que Gregorio escuchaba sus canciones en inglés que no entendía, las manos sobre las teclas con la suavidad de quien se sabe un experto o la facilidad de alguien cuyo destino, desde el día que nació, fue dedicarse a la música; los ojos que adivinaba cerrados detrás de las gafas oscuras; la cabeza que sacudía rítmicamente al compás de la canción, en perfecta sincronía; la luz de las lámparas que reflejaba multiplicada, como si estuviese fabricada por miles de espejos diminutos, la chaqueta de lamé del solista. Verlo actuar era para Gregorio como estar en otro mundo, no en Madrid, sino en cualquier casino de La Habana, con la playa cerca, donde nunca hiciese frío, las salas de fiestas abiertas hasta el amanecer y mulatas que le endulzaran las noches.

—Hola...

Aunque la otra razón de su visita a Le Cygne Noir, además de averiguar el paradero de Navarro, fuese ella, no la había visto llegar. Marina se había sentado en el taburete que estaba libre al lado del suyo. Durante unos segundos la miró como si no la reconociese, justo el tiempo que tardó en

distanciarse, no sin cierto pesar, de las playas caribeñas donde nunca había estado y la música que imaginaba en los casinos de Cuba.

—¡Marina! —No podía ocultar que le alegraba encontrársela—. ¡Cuánto tiempo!

Ella amplió su saludo con un beso en la mejilla. Gregorio le pellizcó en la cara, con cariño. Hacía semanas que no la veía. Era verdad.

—Supongo que me invitarás a una copa.

—Eso está hecho. —Gregorio se volvió hacia la barra y chasqueó los dedos para llamar al camarero—. ¿Un Pipermint? —Ella asintió—. ¡Un Pipermint, por favor!

—Siempre tan atento. No te has olvidado de lo que me gusta.

Gregorio acercó los labios a su oreja, como si fuera a contarle un secreto o besársela. De lo primero, no estaba seguro. De lo segundo, no le faltaban ganas. No sería la primera vez, y esperaba que tampoco la última.

—No me he olvidado de nada de lo que te gusta...

Marina sonrió, sin intención de apartar su cara de la de él.

—Eso espero... —respondió.

Le trajeron la bebida y ella levantó el vaso para chocarlo con el de Gregorio.

—Por nuestro encuentro.

—Por nuestro encuentro —la remedó él, como si fuese su eco.

—¿Cuánto tiempo hace que no venías por aquí?

—Bastante, supongo. No recuerdo exactamente cuándo fue la última vez, pero hace mucho.

—Pensaba que ya no querías volver a verme. —Ella lo miró, coqueta—. Que a lo mejor te habías cansado de mí.

—Sabes que no es verdad. He estado muy ocupado, ya sabes. Los viajes, los partidos, las crónicas para el periódico.

—Pues a ver cuándo me llevas contigo a uno de esos viajes.

—¿Adónde te gustaría ir?

—A Barcelona, por supuesto —respondió, sin dudarlo—. Me muero por conocer Barcelona.

—Todavía quedan más de dos meses para que el Madrid juegue en Barcelona. Veré qué puedo hacer.

—Qué bien. Me encantaría ir contigo. Puedo viajar en la maleta si hace falta.

Gregorio sonrió.

—No, no hará falta que viajes en la maleta. Iremos en mi coche. Nos alojaremos en el mismo hotel que los futbolistas.

Para celebrarlo, Marina se contoneó sobre el taburete, como si rematase un baile con los volantes y los tacones sobre un tablao flamenco.

—Ya sabía yo que lo que tú querías era conocer a los jugadores.

—Qué va. Pero si a mí no me gusta el fútbol. Ni siquiera sé los nombres de los futbolistas. —Le dio otro beso en la mejilla, esta vez más cerca de su boca, y antes de retirar los labios le susurró al oído—: Lo que yo quiero es pasar un fin de semana contigo en Barcelona, los dos solos, como si fuéramos novios, o, mejor. —Se retiró un poco, para no perderse detalle de su cara—. Como si estuviéramos casados.

Gregorio soltó una carcajada atropellada y no pudo evitar toser porque se le había atragantado la bebida. Estaba soltero y sin compromiso, y no le hacía ascos a frecuentar mujeres que acudían a locales como ése. Además, con Marina se llevaba muy bien. Por un momento no pudo evitar imaginarse casado con ella. Sería una locura. Puede que divertido, pero una locura, sin duda. Él viajando con el Madrid un fin de semana sí y otro no; corriendo en Valencia, en Bilbao o en Sevilla a buscar una cabina para llamarla y comprobar que se había quedado en casa el sábado por la noche y no se había puesto el abrigo de visón para ir a tomar una copa a Chicote. Pero ¿qué importancia tiene, mi vida? ¿No estás tú de viaje? ¿Qué hay de malo en salir a tomar algo y divertirme un poco? ¿Acaso no te fías de mí, mi amor?

Eso, sin mencionar su vida clandestina. No podría contárselo. Sería demasiado arriesgado. Si el asunto político no cambiaba en España, compartir la vida con él podría llegar a ser muy peligroso. ¿Qué iba a hacer? ¿Decirle que saldría a cenar con un futbolista cuando tuviese que encontrarse con algún agente que hubieran enviado a Madrid a cumplir una

misión? ¿Sería acaso posible que Marina no se apuntase a salir con él si se presentaba la oportunidad de conocer a un jugador de fútbol? No ya casarse, sólo de pensar en vivir con Marina avizoraba demasiadas complicaciones. Pero tampoco terminaba de disgustarle la idea de pasar más tiempo con ella, aunque estuviese dispuesto a dejarse matar antes de reconocerlo.

—Bueno, primero intentaremos ir juntos a Barcelona cuando juegue el Madrid allí.

Marina arrugó el entrecejo, con gracia.

—¡No me digas que conoces alguna pensión en Barcelona donde podamos quedarnos sin que nos pidan el libro de familia!

—Siempre podremos decir que somos hermanos. —Gregorio León le siguió la guasa.

—¡No! ¡Hermanos no! —negó con el índice, dejando claro que no estaba dispuesta a negociar ese punto, y luego se hizo la señal de la cruz sobre el escote generoso—. El incesto es un pecado mortal...

Gregorio levantó la cabeza, sin poder evitar otra carcajada. Siempre se lo pasaba bien con Marina. Le gustaba ese sentido del humor que tenía, su capacidad para encontrarle el lado positivo a los problemas, la habilidad para saber ver la cara buena de las cosas. Pero él no había ido a Le Cygne Noir sólo para tomar una copa con ella. Y a pesar de lo dicharachera que era, de su sentido lúdico y apasionado de la vida, o quizá por eso, era una mujer en la que confiaba. No iba a arriesgarse a estropear la misión que le habían encomendado, y mucho menos ponerla en peligro. Ni siquiera la comprometería. Pero no podía seguir yendo de bar en bar sólo para mirar. En algún momento tendría que preguntar por el capitán Navarro. Y ella era la persona idónea para empezar a hacer indagaciones.

—Estoy buscando a un amigo, ¿sabes?

Marina se puso un poco más seria de lo que era su costumbre. Aunque su rostro seguía siendo amable, ahora la sonrisa se le antojó a Gregorio un poco forzada. La miró a los ojos, muy fijo, antes de continuar. La conocía lo bastante como para saber que ella no traspasaría un límite establecido sin haberlo negociado primero, que nunca le haría una pregunta incómoda ni pretendería saber más de la cuenta, al menos mientras no fuesen otra cosa

que amigos. Unos cuantos años frecuentando lugares como ése obligaban a desarrollar un instinto especial incluso a la más torpe de la clase.

—Y quieres que te ayude a encontrarlo...

—Eso era lo que estaba a punto de pedirte.

—Vaya. —A Gregorio le pareció que aparentaba contrariedad, pero no estaba seguro de si de verdad la sentía—. Y yo que me había hecho ilusiones de que habías venido hasta aquí para invitarme a ir a Barcelona contigo... Qué decepción —se llevó la mano a la frente, ahora fingiendo abiertamente pesadumbre—, madre mía.

—Lo de Barcelona, dalo por hecho —se apresuró a aclarar Gregorio—. Pero si me ayudas a encontrar a mi amigo, lo mismo me pienso lo de la boda.

—Anda, anda. No digas tonterías. Que tú eres como todos los hombres. En cuanto les hablas de compromiso salen corriendo. ¿Cómo se llama tu amigo?

El nombre. Eso ya era más complicado. Navarro usaba varios nombres cuando viajaba a Madrid, pero no era lo más sensato darle a Marina alguno y que luego averiguase cosas sobre él y terminase descubriendo que también usaba otros, muchos nombres diferentes, inventados para cruzar la frontera de incógnito.

—Por el nombre no lo vas a conocer. Es moreno, distinguido. Cuarenta y pocos.

Marina levantó las palmas de las manos, como si sostuviese una bandeja, y se volvió hacia las mesas.

—Moreno, distinguido. Cuarenta y pocos. Aquí hay muchos hombres así.

—Llevas toda la razón —asintió Gregorio—. No son datos muy concretos. Mi amigo habla varios idiomas, y no vive en Madrid. Está aquí de paso. Tenía que haberme encontrado con él hace tres días, pero no se presentó. Estoy preocupado. No sé si le habrá ocurrido algo.

Marina suspiró. Lo más sencillo sería acudir a la policía, pero no iba a sugerirle a Gregorio esa posibilidad, porque estaba claro que a él no le parecía lo más oportuno.

—¿Has preguntado en los hospitales? Lo mismo ha tenido un accidente.

—Tengo que hacerlo. Pero no creo que lo encuentre. Cualquier cosa que haya podido sucederle a mi amigo, no estará en un hospital.

—Veré qué puedo hacer entonces. Cuarenta y pocos, moreno, elegante, habla idiomas. Supongo que el ámbito de la búsqueda se reduce bastante. Pero hay una cosa que debes contarme. ¿Tu amigo el desaparecido es de los que les gusta visitar lugares como éste?

Gregorio respiró hondo y luego expulsó el aire despacio, casi a trompicones, antes de responder.

—Depende de lo que signifique la pregunta. Si lo que quieres saber es si mi amigo es de los que entran en un sitio así a tomar una copa mientras escuchan música o tal vez se quedan en un rincón rumiando sus pensamientos, te diré que sí, que posiblemente haya estado en algún local como éste, quizá aquí mismo, puesto que ha venido conmigo alguna vez. Pero no es nada dado a vicios y placeres. De eso puedes estar segura.

—Ni placeres ni vicios.

—¿Acaso hay alguna diferencia?

—Puede que no —respondió Marina, después de valorar un instante la cuestión—. Lo que está claro es que tu amigo parece cualquier cosa menos un hombre divertido.

—No te creas, cuando lo conoces tiene su gracia.

Gregorio León abrió la cartera y sacó dos billetes. Uno lo dejó en la barra, para pagar la consumición. El otro lo dobló con cuidado y luego lo hundió en el escote de Marina, despacio, rozando sin pudor la carne tibia y apetecible del canalillo que tan bien conocía, mirándola a los ojos y ella sin bajar los suyos, dejándose hacer.

—¿Ya te vas? ¿Tan pronto?

—Se me ha hecho tarde. Tengo que madrugar. ¿Estarás aquí mañana?

Marina se encogió de hombros, contrariada.

—A ver...

—Pues entonces vendré a saludarte.

—¿A saludarme?

Gregorio León le dedicó un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura del labio alegrado con una sabia dosis de carmín.

—No trasnoches mucho, guapa. Mañana será otro día.

Salió del local sin entretenerse en mirar a nadie. Ya no se le ocurrían más sitios a los que ir. Navarro podría haber estado en cualquier lugar, incluso podría haberse marchado de la ciudad. Lo mismo ya estaba de vuelta en París y Rogelio Bejarano aún no lo sabía. Pensaba eso Gregorio León para infundirse ánimos, pero en el fondo sabía que era imposible. Que él deseara que a Navarro no le hubiese pasado algo malo no significaba nada. Ese trabajo tenía unos riesgos y, por desgracia, no sería ni el primer agente ni el último en desaparecer mientras realizaba una misión, por muy sencilla que ésta fuese. A él mismo podrían detenerlo cualquier día. Quién le decía que en este mismo momento no había alguien que seguía sus pasos desde las sombras, atento a cualquier movimiento. Alguien que tal vez ahora mismo entraría en Le Cygne Noir para preguntarle a Marina por la conversación que había mantenido con él. No era menos peligroso pertenecer al Partido y colaborar con los rusos viviendo en Madrid que entrar en España con un pasaporte falso por cuenta del KGB.

Se detuvo delante de un escaparate, como si quisiera colocarse en su sitio la bufanda torcida y, mientras lo hacía, miró de reojo a un lado y a otro, por si de verdad alguien lo seguía. Tampoco era cuestión de ponerse paranoico, pero no estaba de más tomar algunas precauciones. Acostumbrado a investigar algún chismorreo sobre el fichaje de un futbolista o la falsa torpeza de algún árbitro para señalar un penalti tan claro que hasta un bebé lo hubiera pitado, Gregorio León se preguntó, antes de continuar su periplo por Madrid, si el trabajo de detective no le vendría grande. Si se estaba metiendo en un asunto demasiado complicado. Pero en cuanto le entraban dudas, enseguida lo dominaba el pensamiento de que se trataba de Navarro, el capitán Navarro, y que encontrarlo o ayudarlo muy bien merecía arriesgar el pellejo.

Con el sombrero calado hasta las cejas, las manos guardadas en los bolsillos del abrigo y la vista perdida en la acera mientras caminaba, bajó desde la Gran Vía por la calle Montera hasta la Puerta del Sol. Diez minutos después se había detenido, como el viajero que se muestra indeciso en un cruce de caminos: a su izquierda, Alcalá; al frente, Carretas; a la derecha, las calles Arenal y Mayor. Más de una vez había paseado con el hombre a quien buscaba por esa parte de la ciudad.

Desde que salió de la redacción esa tarde, además de en los clubes de alterne, había estado en dos pensiones donde sabía que otras veces se había alojado Navarro. Unas burbujas bailándole en las tripas le recordaban que aún no había cenado, y la pesadez que empezaba a sentir en los párpados no era sino la respuesta a los tres gin tonics que se había calzado.

Atravesó la plaza, con Carlos III encima del caballo de bronce como único testigo de su paseo nocturno, y embocó la calle Mayor para enseguida desviarse por la calle de las Postas. Veinte o treinta metros antes de llegar a la enorme plaza del centro de Madrid, se detuvo delante de su última oportunidad. Éste era el primer lugar donde se había encontrado con el capitán Navarro en Madrid dos años después de que hubiese acabado la guerra en Europa. Gregorio ya había asumido algunas pequeñas responsabilidades en el Partido, y Navarro, que se había plantado en la ciudad camuflado con uno de esos pasaportes falsos con los que entraba y salía sin mayores problemas en España, había venido para ayudar a salir del país a un camarada al que la policía había identificado.

Tres años después seguía trabajando desde la sombra para el Partido, y aunque para mantener el ánimo y la ilusión intacta le gustaba pensar que las cosas podrían cambiar en España, cada vez le costaba un esfuerzo mayor mantener a raya esa voz que, desde alguna esquina de su alma, le decía que quizá tantas preocupaciones y tanto riesgo al final no iban a servir para nada, si acaso, para acabar torturado en alguna mazmorra helada de la Dirección General de Seguridad. Pero la vida también era cuestión de seguir luchando por lo que uno creía, aunque supiera que al final no lo esperaba sino una derrota segura. Puede que no fuese dueño más que de un idealismo estúpido, ingenuo. A lo mejor hasta infantil. Pero a veces, cuando

las cosas venían mal, sólo le quedaban unas cuantas ideas que daban sentido a su vida, y daba las gracias por ello.

—Uno siempre debe pelear hasta el final por lo que cree —le oyó decir a Navarro, con un rastro de melancolía agazapado tras la mirada, una de las primeras veces que estuvieron juntos en Madrid—. Llega un momento en el que te das cuenta de que ya no vas a poder ganar, pero entonces, sin saber muy bien la razón, te ilumina una especie de lógica retorcida, y la única conclusión que puedes sacar, por mucho que te sorprenda, es que a lo mejor son las causas perdidas las únicas por las que merece la pena luchar.

Hacía tiempo que corrían rumores de que el capitán Navarro ya no era el de antes, que su fe se había ido resquebrajando y sus convicciones se habían desinflado. Le habían contado a Gregorio, antes de que Rogelio Bejarano se lo confirmara por la mañana, que su viejo amigo cada vez creía menos en las ideas por las que había gastado media vida luchando, derramando su sangre, arriesgando la piel o viendo morir a sus compañeros. Que conceptos sagrados como libertad o igualdad, inexplicablemente, de pronto habían dejado de tener sentido para él. Estaba convencido Gregorio León de que haber participado en dos guerras le confería a uno cierta perspectiva muy particular sobre la vida y que, aunque le costase reconocerlo, aunque le doliese incluso, puede que el capitán Navarro hubiera visto en la Unión Soviética algunas cosas que habría preferido ahorrarse. Pero no eran tiempos fáciles, desde luego, y a veces las circunstancias obligaban a tomar decisiones complicadas. Él nunca había estado en una guerra, pero había descubierto que para ser soldado no se necesitaba llevar uniforme ni empuñar un fusil.

Más por costumbre que por respeto, Gregorio León se quitó el sombrero al cruzar el umbral de la pensión. La táctica que iba a emplear era la misma que había utilizado en las otras dos pensiones a las que había ido esa noche a buscar alguna pista sobre el paradero de Navarro. Ojalá, se dijo, sea ésta la última vez que tenga que hacerlo.

—Buenas noches —se presentó, fingiéndose apesadumbrado y nervioso—. Vengo a buscar el equipaje de mi amigo.

La dueña era una mujer entrada en años que hacía punto, medio adormilada detrás del mostrador. Al escuchar a Gregorio, las agujas se le quedaron un momento en alto, como lanzas diminutas de soldados de juguete.

—¿Su amigo?

Antes de que la mujer le preguntase el nombre, Gregorio tenía que apresurarse con la farsa. Si al final Navarro no estaba alojado allí, ya encontraría una manera de salir airoso y marcharse sin levantar sospechas.

—Ha tenido un accidente. Lo atropelló un coche ayer en la Gran Vía. ¿No ha leído usted la noticia en el periódico? Lo han publicado el *ABC* y el *Arriba* en la sección de sucesos. El pobre, tantos años viniendo a Madrid de viaje y nunca le había pasado nada. Pero, ya se sabe, en la capital el tráfico no es el mismo que en las ciudades de provincias... Y eso que mi amigo es un viajante de comercio que viene a Madrid muchísimo, pero debió de distraerse y cruzó la avenida por el sitio que no debía, y zas... Ha tenido suerte, porque sólo tiene varios huesos rotos, pero tendrá que pasar unas cuantas semanas en el hospital.

La mujer lo escuchaba, impasible. Las agujas aún en alto, como si dudase entre seguir con la costura o tragarse el embuste que Gregorio le estaba contando. El periodista la miraba, esperando que le preguntase el nombre y él le soltase el primero que se le ocurriera y luego ella le dijese que en su establecimiento no se había alojado nadie llamado así.

—Está muy preocupado —continuó, el último intento, el único cartucho que le quedaba antes de disculparse y largarse para no despertar más sospechas. Si no le daba resultado tendría que buscar otra manera de dar con Navarro—. El pobre. En el hospital, con tanta escayola encima que parece una tortuga. Me ha encargado que venga por sus cosas y, sobre todo, pagar la cuenta, no se fuera usted a pensar que es uno de esos listos que se alojan en una pensión y luego se marchan sin pagar. —Se palpó los bolsillos de la chaqueta, como si buscase algo—. Me dijo que era aquí. ¿Dónde habré guardado la dirección? Espero no haberme equivocado.

La mujer dejó las agujas, la madeja de lana y la bufanda que estaba fabricando sobre el mostrador. Gregorio ya se había preparado para

disculparse, sacar cualquier papel que llevase guardado en el bolsillo para leer en voz alta, contrariado, el nombre de otra calle del centro de Madrid y luego marcharse antes de que fuese demasiado tarde.

—Ya me extrañaba no haber visto a su amigo en unos cuantos días. No, el accidente no fue ayer. Tuvo que ser —con el pulgar, la mujer se fue tocando una por una las yemas de los otros cuatro dedos de la mano—... el martes por lo menos. Es verdad que es un buen cliente. Y formal. No es la primera vez que le alquilo una habitación. Espero que no le haya sucedido nada irreparable...

—Por fortuna, no. Ya le digo. Unos cuantos huesos rotos, pero se recuperará. El pobre. Sí que es formal, sí. Todo escayolado y su mayor preocupación es pagar la cuenta de la pensión. En fin.

—Qué pena. Esperemos que se recupere.

—Seguro que pronto. Y él mismo vendrá a saludarla. Y ahora, si es tan amable, ¿le importaría acompañarme a la habitación para recoger sus cosas?

—Desde luego que no. —Al abrir el cajón se oyó el tintineo de unas llaves. Gregorio sonrió, complacido. No esperaba que hubiera resultado todo tan sencillo—. A ver... Aquí está. —La mujer miró la puerta de la calle antes de soltar la llave. Gregorio temió que cambiase de idea en el último momento y le hiciese alguna pregunta que no pudiera responder, o se empeñase en comprobar ella misma el número de habitación y el nombre del hospital en el que le había dicho que habían ingresado a su huésped. Tendría que marcharse atropelladamente después de buscar una excusa imposible por si la desconfianza la animaba a llamar a la policía. Pero, igual que otras veces el universo parecía conspirar en contra de uno para que las cosas salgan mal, al final esa noche era como si todas las estrellas se hubiesen puesto de acuerdo para que Gregorio León pudiese llevarse de la pensión el equipaje de Navarro.

—¿Le importa que no lo acompañe? Prefiero quedarme aquí, no vaya a venir algún cliente y crea que no hay nadie. —Sonrió, le entregó una llave—. Ya sabe. Hay que cuidar el negocio. Los clientes desaparecen tan rápido como llegan. Es la segunda planta. La habitación número tres.

—Claro, no se preocupe. No tardaré mucho. Recogeré sus cosas en un momento.

Gregorio ya tenía cogida la llave con dos dedos, pero la mujer aún no había soltado el aro metálico al que estaba sujeta. Se quedó mirándola un instante, como si no comprendiera. Otra vez le volvieron a pasar por delante los fantasmas de la incertidumbre: la policía esperándolo en la calle, su colaboración clandestina con el Partido que era conocida por todos pero él no lo sabía; la cárcel, que sería su hogar durante los próximos veinte años si lo detenían.

—Joven, tiene usted cara de buena persona, una voz preciosa y unos modales a los que me costaría resistirme si tuviese treinta años menos, pero ¿le importaría pagarme la cuenta de la habitación primero?

Así que se trataba de eso. Gregorio tuvo que hacer un gran esfuerzo para no soltar una carcajada. El dinero. De todos los fantasmas que se podían haber presentado, ése era el menos peligroso.

—Por supuesto que no —le dijo, procurando que no se le notase en la voz el alivio que sentía ante su petición—. Además, he venido para eso, sobre todo. Dígame cuánto es, por favor.

La mujer sumó unos garabatos ininteligibles en un papel y Gregorio dejó varios billetes sobre el mostrador. La cantidad que le había pedido la mujer además de una propina. Sin demorarse más, subió a la segunda planta y abrió la habitación que tenía en la puerta un viejo y desgastado número tres medio descolgado. No debía entretenerse demasiado, aunque estaba seguro de que el capitán Navarro no había venido a Madrid con mucho equipaje. Puede que la única maleta que hubiera traído fuese aquella que estaba colocada encima de la silla solitaria del cuarto. Antes de abrirla miró debajo de la cama, abrió el cajón de la mesita de noche y la puerta del armario diminuto. No había nada. Ni dinero, ni unos calcetines o unos calzoncillos. Ninguna chaqueta colgada en una percha. Era como si Navarro lo hubiese dejado todo preparado para recoger la maleta y marcharse de allí. Tiró también del cabecero de la cama y miró entre la pequeña franja que quedaba entre la madera y la pared, pero sólo vio la antena enhiesta de una cucaracha asustada. Pasó la mano por debajo de la mesita de noche y del

armario. Él mismo había escondido una vez una pistola debajo del ropero de la habitación de un hotel. A veces venía un agente para realizar una misión desde el extranjero y no podía presentarse en el aeropuerto con una pistola en la maleta. Para qué fuera a ser utilizada el arma no era su problema. Gregorio León acataba las órdenes sin hacer preguntas. Se tumbó en el suelo y palpó también con cuidado debajo de la cama. Si Navarro había traído una pistola a Madrid, o si alguien le había proporcionado alguna, tampoco estaba bajo el colchón.

Ahora debería registrar la maleta con cuidado, pero ya se había arriesgado demasiado. No era descabellado pensar que la mujer que le había dejado la llave hubiera entrado antes en la habitación para asegurarse de que su cliente no le había dejado un equipaje lleno de piedras o vacío, y le parecería extraño, desde luego, que tardase tanto en recoger sus cosas. Eso, sin mencionar que muy bien él podría no ser el único en acercarse a la pensión para buscar a Navarro. No era lo más recomendable salir a la calle sin haber registrado antes la maleta, pero quizá fuese más peligroso quedarse allí más tiempo del necesario.

—Creo que esto es todo —le dijo a la mujer al bajar, levantando el equipaje de Navarro como quien muestra un trofeo—. He estado mirando en la mesita de noche y en el armario, por si mi amigo se había dejado algo olvidado. Pero qué va. Es tan ordenado que lo tenía todo guardado en la maleta.

Después de dejar la llave en el mostrador, Gregorio se dirigió a la calle Mayor en busca de un taxi. Aquél era, desde luego, el momento más arriesgado de toda la noche. Si ahora lo paraba la policía y le pedía la documentación o le ordenaba que abriese la maleta, podría encontrarse en un serio aprieto. Pero no tenía por qué pasar nada. Al fin y al cabo, un hombre caminando por el centro de Madrid con una pequeña maleta no tenía por qué resultar sospechoso. Y siempre le quedaba el último recurso: después de varios años en la ciudad escribiendo columnas sobre fútbol, su nombre era muy conocido entre los aficionados. Por fortuna, no tanto su cara, y eso le permitía pasar desapercibido mientras no dijese que se llamaba Gregorio León. A pesar de la objetividad que se le suponía a un

periodista, Gregorio nunca había podido disimular completamente su debilidad por el Real Madrid. Aunque también el policía que le diese el alto podría ser del Atleti, como Ramón Bocanegra, y entonces a lo mejor no sería amable con él. O del Barcelona, que también los había en Madrid.

Por fortuna, ningún policía del Madrid ni del Atleti ni del Barcelona le preguntó adónde iba con esa maleta. Menos de tres minutos después de salir de la pensión ya había levantado la mano para llamar a un taxi que pasaba por la calle Mayor y, antes de subir, no pudo evitar dedicar una última mirada al arco de la plaza por el que había cruzado. A esa hora ya no quedaba nadie en la calle, pero tuvo la impresión, y no era la primera vez, de que alguien lo estaba mirando, que no le había quitado ojo de encima mientras seguía cada uno de sus pasos esa noche.

Capítulo 7

Ya hacía un rato que era de día, pero Martín Navarro aún seguía arrebujado en la cama. Debajo de la manta parecía un niño perezoso que se hiciera el remolón para no ir al colegio y Erika la madre condescendiente que está siempre dispuesta a perdonárselo todo. Ella se levantó con cuidado, para no despertarlo, y al ver la cama tan estrecha se preguntó cómo habían podido dormir ahí los dos toda la noche sin despertarse o incluso empujar sin querer al otro hasta tirarlo al suelo. Cuando Erika volvió del baño la noche anterior, él ya se había dormido. Estaba vestido, como un borracho que hubiera caído rendido en el colchón. Ella se tumbó a su lado, en el trocito de cama que quedaba libre, igual que una esposa resignada después de una noche de juerga de su marido, y Navarro se dio la vuelta, sin abrir los ojos.

Habían pasado tres meses desde la última vez que se habían visto, en Salzburgo. Hacía cinco años que lo conocía, y sus encuentros desde entonces se producían con la cadencia de las visitas de Navarro a Austria. Sus viajes no tenían una periodicidad fija, pero siempre acababan encontrándose, como dos amantes que se han prometido verse cada vez que tengan ocasión, por muy difíciles que las circunstancias se lo pongan.

El destino tiene una forma muy extraña de presentarse. El pasado y el futuro se conectan, como si una mano invisible jugase con ellos, meras figuras de barro a merced de quien tal vez se ríe, en la distancia, de una

broma pesada. Navarro no estaría ahora a su lado, en Madrid, rendido de sueño por culpa de la morfina, si Erika no hubiera sido tan atrevida o no hubiese estado tan desesperada como para salir a buscar agua aquella mañana helada de primeros de mayo en Berlín. Si fuéramos los protagonistas de una novela, se dijo, no podríamos saber que aquel día se escribiría el primer capítulo de una historia que acabaría llevándonos hasta una pensión que frecuentan las putas del centro de Madrid.

Erika llevaba tres días escondida en un edificio en ruinas. Tres días y tres noches, como una alimaña, preguntándose en los intervalos de silencio entre los disparos y los cañonazos si algún día el ruido cesaría del todo, si podría salir a buscar agua con alguna esperanza de encontrarla y no se toparía con un grupo de soldados del Ejército Rojo. Había escuchado historias terribles sobre ellos. Desde que atravesaron la frontera de Polonia habían sido un calvario para las mujeres alemanas: violaciones múltiples, asesinatos, mutilaciones. Ni porque las historias se hubieran repetido exageradamente al ser contadas una y otra vez perdían verosimilitud. Pero Erika llevaba ya tres días encerrada en un edificio sin luz ni agua corriente. A dos calles de distancia había una fuente, o al menos estaba allí la última vez que pasó. Y tres días sin beber es mucho tiempo. Demasiado. Los labios agrietados, la lengua hinchada, áspera. Hacía por lo menos dos horas que ya no se oían bombas. La primera tregua en tres días. ¿Habría terminado todo? ¿Se había rendido a los rusos lo que quedaba del Estado Mayor en Berlín? ¿Era verdad que Hitler había muerto, como se rumoreaba? A Erika le daba lo mismo. La sed era más importante que todo eso.

En la escalera se cruzó con el señor Panter y una de sus hijas.

—Es posible que todo haya terminado —le dijo, ansioso por tener razón.

Ella suspiró. Llevaba seis meses viviendo en el bloque, desde que llegó a Berlín, y desde entonces no hacía otra cosa más que desconfiar de todo el

mundo. Era lo más sensato. No hablar de sí misma. No decir nada. No hacer preguntas y no dar oportunidad de que se las hicieran.

—Puede ser —respondió—. Que pase lo que tenga que pasar. Pero ya no podemos aguantar más esta situación.

No pudo contener un acceso de tos después de decir la frase. Una tos seca que le arañaba la garganta, como si hubiera desayunado un puñado de alfileres.

Siguió bajando hasta la calle. Por fortuna, las escaleras del edificio todavía estaban intactas.

—Pero ¿adónde va? —oyó decir al vecino. La voz le sonaba ya tan lejos que estuvo segura de que no se habían movido—. No iré a salir, ¿verdad? ¿Qué hace? ¿Está usted loca? ¿No sabe que no es seguro para una mujer caminar por la calle hasta que no se aclare la situación?

Erika no le respondió. Seguro que él no tenía sed. Ni él ni su hija. Y tampoco su mujer y el otro niño que estaban escondidos en el piso. A veces, todavía hoy, cuando recordaba aquel momento, se preguntaba si no dijo nada porque en realidad ya era incapaz de articular alguna palabra. Tenía sed, y eso era lo único que le importaba. Llevaba dos botellas vacías, una en cada mano, y a su vecino no le hacía falta preguntarle para saber adónde iba. Tampoco iba a quedarse en la escalera esperando su misericordia.

No era Erika la única que había salido a la calle aquella mañana en Berlín. A pesar de los tiros, las bombas y el miedo, la gente no podía quedarse en su casa. Había familias abriéndose paso entre los cascotes, hombres con chaqueta y corbata que se dirigían con obstinación absurda a su trabajo en una oficina o en un comercio que quizá ya había dejado de existir.

Al cabo de un rato ya no oía bombas ni disparos, pero sí el rumor lejano de los carros blindados soviéticos.

Agua.

Eso era lo único que quería, lo único que le preocupaba. Llenar esas dos botellas que había sacado del piso, aunque fuera agua sucia. Había gente en la calle. No tenía por qué tener miedo. Lo mismo las historias que había escuchado sobre los soldados del Ejército Rojo y las mujeres alemanas no

eran sino remedos crueles de los cuentos que las madres referían a sus hijos para que no anduviesen por la calle cuando se había hecho de noche. Agua, por favor. Bastaba con llegar a la esquina, torcer a la derecha, y allí estaría la fuente. Que no la hayan destruido, que todavía haya una fuente en la plaza, rogó para sus adentros. Que al menos hubiera un poco de agua para llenar las botellas. Aunque sólo fuese una botella.

Al doblar la esquina fue como si le fallasen las piernas, como si las energías que le quedaban la hubieran abandonado al llegar a su destino. De rodillas habría llegado si hubiera hecho falta. La fuente estaba allí. Ya no brotaba el chorro de la boca del angelote de piedra, pero seguro que dentro quedaba algo de agua.

Tenía que darse prisa, antes de que apareciese alguien y se llevase el agua que pudiera quedar. Cuando llegó al borde de piedra cerró los ojos sin querer mirar dentro todavía, y se le ocurrió que se habría muerto allí mismo si la fuente hubiera estado vacía. En otras circunstancias cualquiera habría vomitado sólo de pensar que tendría que beber de ese líquido verdusco y espeso atrapado entre los cascotes, pero ella hizo hueco con las manos y bebió, una vez, dos veces, no supo cuántas. Y al tragar el agua sucia era como si su cuerpo de repente cobrase vida. Con las rodillas todavía en el suelo helado metió una de las botellas en la charca. Si se administraba bien, con las dos botellas tendría para varios días. Aún le quedaba algo de comida en la cocina, y, quién sabe, en tres o cuatro días las cosas podían cambiar mucho. Lo mismo los blindados del Ejército Rojo pasaban de largo y Berlín se convertía en una especie de tierra de nadie.

Y luego que pasara lo que tuviera que pasar.

La primera botella ya estaba llena, en el suelo. De la otra, bajo el agua turbia, brotaban burbujas que reventaban en la superficie, y ella las miraba como una cría a unas pompas de jabón con las que poder jugar, como en una atracción de feria. Ojalá que todo pudiera ser como antes, se dijo, como cuando era una niña y en la feria había un hombre que hacía pompas de jabón enormes, más grandes que ella, que se reía sin parar, cogida de la mano de su padre, ensimismada, mirando esas figuras gelatinosas que se agigantaban, y luego corría detrás de ellas hasta que explotaban.

Miraba la botella bajo el agua, las burbujas que se formaban en el gollete al llenarse, y no se había dado cuenta de que no estaba sola. Primero sintió algo frío en la nuca, pero no dio un respingo inmediatamente, sino que durante un par de segundos no dejó de mirar la botella y las burbujas, luego el agua sucia de la fuente, un reflejo que le devolvía la imagen distorsionada de un soldado que se había acercado sin que ella se hubiera percatado y ahora le apuntaba a la cabeza con el cañón de su fusil. Entonces se puso tensa, tan rígida que pensó que no sería capaz de levantarse aunque el soldado la empujaba a ponerse de pie con la punta del arma.

—No, por favor —suplicó, de rodillas todavía—. No me haga daño. Sólo he venido a buscar agua. Llevo tres días sin beber. Por favor...

La botella que estaba llenando se había quedado dentro de la fuente. La que había llenado rodó por el suelo después de que la golpease sin querer al levantarse. En ese momento hubiera preferido que le sucediese cualquier cosa antes que perderlas, pero el soldado seguía empujándola, el cañón apretándole la barbilla. Le hacía tanto daño que la obligó a ponerse de puntillas.

Con los ojos entornados, en esa postura tan incómoda, se fijó en su cara. Era asiático: los ojos rasgados, con la estrella roja en el casco, una línea de saliva seca en los labios y una costra de mugre en las mejillas y en la frente. Le estaba diciendo algo, pero Erika no entendía su idioma. El soldado apartó el fusil de su barbilla, se separó un poco de ella y en el rostro se le encajó una sonrisa torcida que le produjo escalofríos. Tuvo que esforzarse para no salir corriendo. No habría podido abandonar la plaza antes de que le hubiera dado alcance o atravesado la espalda de un tiro.

Erika levantó las palmas de las manos en tono conciliador.

—Por favor —volvió a suplicar, pero aparecieron otros dos soldados en la plaza. El mismo uniforme, las mismas facciones que el otro. La misma mugre. Cerró los ojos, se persignó. ¿Cómo era aquella oración que rezaba de pequeña en el colegio? Ojalá se hayan marchado cuando abra los ojos, pensó. Que el soldado fuera un fantasma, que los otros hombres que había visto acercarse no hayan sido sino un espejismo, el delirio de haber estado tres días encerrada en su casa mientras la ciudad era ocupada por los rusos.

Pero cuando abrió los ojos los soldados seguían allí. Bajó la cabeza. Se llevó las manos a la solapa del abrigo para protegerse el cuello, como si de pronto tuviera mucho frío. No podía hacer nada para evitar lo que estaba a punto de pasarle. Resistirse no le iba a servir de nada. No iba a salvar la vida por ello. Asintió, resignada, tragándose las lágrimas. Con un gesto le indicaron que caminase delante de ellos. Uno de los soldados señaló el portal de un edificio que no se sostendría mucho tiempo en pie.

Ojalá pudiera ser una cría, pensó. Tener cinco años y la ilusión intacta de poder meterme dentro de esas pompas de jabón y sentir cómo el suelo se va alejando cada vez más. Volar sin tener que preocuparme de lo que pasa en la tierra.

Aún conservaba el sabor áspero del agua sucia en la boca, tan repugnante, pero volvió a padecer la misma sed que antes de salir a la calle y encontrar la fuente. Debe de ser el miedo, se dijo. El miedo que me ha secado la boca a pesar de que me dirijo con apariencia tranquila hasta el portal que me han señalado, como un condenado que camina con dignidad hacia el patíbulo aunque por dentro tiemble de pánico, con el único consuelo del descanso de la muerte. Pero yo no quiero morir. A pesar de todo lo que ha pasado, quiero seguir viva. Cerraré los ojos, apretaré tanto los párpados que los soldados, las bombas, los tiros y las ruinas de Berlín habrán dejado de existir. Cerraré los ojos y me concentraré en una pompa de jabón que se pierde en el cielo, conmigo dentro, lejos de la tierra, a salvo de cualquier cosa mala que pueda sucederme.

Se concentró en pensar que la mujer desconcertada porque sus ojos no se habían acostumbrado todavía a la oscuridad del portal en ruinas no era ella. No sabía quién era la que se despojaba del abrigo después de que le clavasen en la espalda el cañón de una escopeta, y cuando el abrigo cayó al suelo se abrazó porque tenía frío. Seguía dándoles la espalda a los soldados, pudorosa, sintiendo la misma vergüenza que si ya se hubiera quitado toda la ropa. No conocía a esa mujer que se esforzaba en recordar, antes de desnudarse, cuánto tiempo hacía que no disfrutaba de un baño. Cómo puede apetecerle a un hombre acostarse con una mujer que está tan sucia. Quizá tenga suerte, a pesar de todo, se dijo, porque si estuviera limpia y no

habituada a los malos olores me darían arcadas de respirar la peste a guano y a sudor y a humedad que impregna la piel y los uniformes de los soldados.

Erika estaba volando en una burbuja, y no quería mirar abajo, pero se le iban los ojos, no podía evitarlo, y veía los dedos negros y las uñas negras de tierra que le arrancaban los botones de la blusa; la carcajada estridente, insultante, del hombre que la empujaba hacia la escalera mientras los otros esperaban su turno. Las historias que le habían contado eran ciertas. Nadie había exagerado. Mujeres alemanas que eran violadas una vez, dos veces, docenas de veces, hasta que reventaban o algunas aguantaban hasta el final pero luego se suicidaban. Ella tenía que resistir. Resistir cuanto hiciera falta. Una parte de Erika estaba a punto de ser forzada en un portal oscuro de un edificio en ruinas, pero la otra parte se escapaba en el cielo de Berlín, protegida por una enorme pompa de jabón que la llevaba muy lejos, y dentro de un momento la ciudad ya no sería más que una mancha oscura a cientos de metros bajo sus pies. Pronto atravesaría las nubes y los rayos de sol se convertirían en un arco iris al atravesar la membrana transparente que la protegía. Tenía que cerrar los ojos, cerrarlos muy fuerte para que el mundo dejase de existir, para que esos soldados con rasgos mongólicos se marchasen. No le iban a hacer daño, no, porque ella no estaba allí, sino a mil metros sobre sus cabezas.

Cada vez tenía más frío, seguro que era la altura, por culpa del aire helado que le acariciaba el rostro igual que a los aviadores que pilotaban aviones sin carlinga durante la Gran Guerra, y no porque la manga de la blusa fuera la única prenda que llevaba puesta de cintura para arriba. El sujetador se había caído hacía un momento. El tajo rápido de un cuchillo había servido para romper la costura entre las dos cazoletas. No le tocaba los pechos torpemente, con las manos ásperas, no le hacía daño el soldado. El dolor estaba allí abajo, en las ruinas de Berlín. Allí arriba el dolor no existía. Cuánta anestesia necesitaría, cuántas dosis de morfina para no sentir nada, para no darse cuenta de que el hombre había dejado el fusil a un lado mientras sus compañeros lo miraban impacientes, diciéndole cosas, tal vez jaleándolo en un idioma que ella no entendía, y que a lo mejor tampoco era

el ruso, sino la lengua extraña de algún lugar remoto. Le había subido la falda con urgencia y le había dado un tirón de la mano para que le tocara su miembro, duro y caliente bajo el pantalón. A duras penas consiguió aguantar las ganas de vomitar, más por miedo que por asco. Si vomitaba era posible que no tuviesen ninguna piedad de ella. Cuando le soltó la mano, Erika se tapó la cara. Lo que venía ahora iba a ser lo peor. El soldado se bajaría los pantalones, se metería dentro de ella, y luego el compañero, y después el otro, si es que no les daba por repetir o llegaban más soldados a participar de la fiesta.

Ya no era capaz de ver a la niña que se había escapado en la burbuja. Seguro que la cría tampoco podía verla a ella. Sentía el aliento maloliente del hombre en su cara, tan cerca estaba que ya no podría sino penetrarla, pero antes de que sucediera lo que más temía oyó una voz diferente y pensó que ya estaba todo perdido, que otros soldados habían acudido al olor de la sangre para sumarse a la orgía. Con suerte estaré muerta, se dijo, o al menos me habré desmayado antes de que todos me hayan violado. Pero el soldado se había puesto tenso de pronto. Había voces que discutían, y una parecía elevarse sobre todas las demás. El hombre que estaba encima de ella había vuelto la cara. Ya no sentía su aliento ni sus jadeos. Todavía tenía los ojos cerrados, pero sabía que ahora él no la estaba mirando aunque la siguiera agarrando con fuerza. Luego las voces se callaron y dejaron de apretarle las manos que la sujetaban, y con los ojos todavía cerrados oyó las botas de los soldados alejándose, y luego las bisagras de la puerta del edificio crujir.

Había un hombre de pie, junto a ella. También vestía uniforme del Ejército Rojo, pero los rasgos de su rostro no eran los mismos que los de los otros. Éste era occidental, moreno, y la miraba a los ojos con los suyos, negros, el ceño fruncido, como si estuviese enfadado o preocupado; el gesto serio bajo el bigote espeso, las púas de la barba asomándole por la mejilla y el mentón, y un reguero de sangre seca le bajaba por el cuello hasta perderse dentro de la guerrera. Parecía que los otros se habían marchado. Al principio, no supo si asustarse o tranquilizarse. Éste debía de ser un superior. Seguro que lo era. Se fijó en las estrellas que llevaba cosidas en el uniforme. Capitán, aventuró. Estaba claro que había recriminado a los

soldados su actitud, aunque también podría haberlos echado del portal para disfrutar de ella sin que hubiera testigos incómodos mirándolo. O, peor, también podría dejarlos entrar luego para que continuasen con lo que habían empezado cuando él hubiese terminado. Los motivos que dirigen los actos de las personas son demasiado complejos, y ella había aprendido hacía mucho tiempo a no dar nada por supuesto. Se cubrió los pechos con los brazos. Por suerte aún llevaba las bragas puestas. Pero el hombre que estaba con ella no dejaba de mirarla a los ojos, como si al hacerlo pudiera contener de una manera más firme el deseo de contemplar su desnudez. También tenía una pistola en la mano. Erika no supo si para amenazarla o si la había utilizado para terminar de convencer a los soldados de que la dejaran en paz.

—Vístase —dijo, y volvió la cabeza y se apartó un poco—. ¿Cómo se le ha ocurrido salir a la calle? Podrían haberla violado o matado. Las dos cosas tal vez.

Hablaba un alemán aceptable, con un fuerte acento que no acertó a adivinar. No era ruso, desde luego. Pero tampoco era el momento de preguntárselo.

—Me moría de sed —respondió, después de haberse recompuesto la blusa como pudo. Tenía algunos botones arrancados, pero debajo del abrigo nadie se daría cuenta—. Llevo tres días encerrada en mi casa, sin luz, sin agua. No hubiera aguantado mucho más sin beber.

El capitán no volvió a mirarla hasta estar seguro de que se había vestido. Clavó otra vez sus ojos en los suyos y luego asintió levemente. Puede que fuese su manera de decirle que tenía razón.

Ella se levantó las solapas del abrigo. Dentro del portal hacía mucho frío.

—¿Cuánto más durará esto?

El oficial parpadeó despacio unos segundos antes de responder. Quizá él también se había hecho muchas veces la misma pregunta.

—Pienso que no mucho más. Dos días, tres tal vez. Será mejor que se quede en su casa. ¿Cree que podrá hacerlo? No abra la puerta a nadie. Procure no salir a la calle. Me he encargado de este distrito y he dado

instrucciones a mis hombres de que fusilen a cualquier soldado que encuentren haciendo daño a una mujer. Pero no puedo garantizarle que mis órdenes se vayan a cumplir a rajatabla. —Sonrió, con desgana. Era evidente el cansancio que arrastraba, y no parecía sólo un cansancio físico, sino un sentimiento más profundo, un especie de hastío acumulado durante años—. O que yo vaya a estar vivo mañana y luego otro oficial menos escrupuloso con el reglamento me sustituya.

—Lo intentaré, pero tampoco puedo asegurárselo.

—¿El qué?

—Que pueda aguantar en mi casa dos días más sin luz y sin agua.

La miró y ella tuvo la sensación, por un instante, de que tal vez había apuntado una mueca parecida a una sonrisa bajo el bigote. Antes de cruzar la puerta no pudo evitar quedarse mirando la calle. Un momento antes había creído que jamás volvería a ver la luz del día. Atravesó el umbral y buscó en el cielo, convencida de que, a lo lejos, una niña de cinco años la saludaba desde dentro de una pompa de jabón.

—¿Vive muy lejos?

—No. —Sacudió la cabeza—. Sólo a dos calles. —Señaló la fuente de la plaza con la barbilla—. Había venido a buscar agua. Esa botella que está ahí tirada es mía. Dentro de la fuente debe de haber otra. Estaba llenándola cuando...

Erika se agachó para recoger la botella que se había vaciado después de rodar por el suelo. La otra estaba en el fondo de la fuente. De pronto le dio vergüenza que él viera el agua tan sucia que se iba a llevar para beber, que había bebido ya con ansia de la palma de su mano antes de que llegasen los soldados.

Él se agachó y metió la mano dentro de la fuente para recoger la botella. La pistola aún la tenía en la otra mano. Ahora había por lo menos una docena de soldados en la plaza. Todos parecían estar esperando una orden suya para moverse. Acercó la nariz al gollete y la arrugó antes de alejar la botella de su cara.

—Tal vez no debería beber esta agua —le advirtió.

—¿Ha estado usted alguna vez tres días sin beber?

Él asintió. Dejó escapar un poco de aire por la nariz.

—Muchas veces. —Se calló un momento. Parecía disgustado por tener que recordar—. Demasiadas veces. Por eso se lo digo.

Se guardó la pistola en la cartuchera, como si hasta ahora no se hubiese dado cuenta de que aún la empuñaba. Luego abrió su mochila, sacó una cantimplora y se la entregó.

—Quédesela.

Ella la cogió sin dudarlo. No era el momento de dejar que los buenos modales mandasen. Se bebió el contenido en dos tragos. Le daba igual que le hiciese daño. Cuando se tiene tanta sed esas cosas no importan. Pero después encogió los hombros, a modo de disculpa.

—Venga conmigo. —El oficial movió la mano para acompañar la frase. No era una sugerencia, sino más bien una orden. Ella lo siguió, como si también llevase uniforme y él fuese su superior—. Traiga la botella.

Él todavía llevaba la otra en la mano.

Al lado de la plaza ya había varios vehículos militares con la estrella roja en la puerta. Estaba más que claro que Berlín tenía los días contados, si no las horas. Se dirigió a dos soldados en un ruso que, aunque Erika no entendía, le pareció más correcto que el aceptable alemán que había utilizado para hablar con ella. Los hombres, sin pestañear, le entregaron sus cantimploras.

—Deme la botella —le dijo, al tiempo que le entregaba las dos cantimploras. Menos de un minuto después uno de los soldados volvió con las dos botellas llenas de agua.

—Espero que pueda aguantar un poco más con esto. Uno de mis hombres la acompañará hasta su casa.

Ella fue a agarrarle la manga de la guerrera, pero se contuvo en el último momento.

—No sé cómo darle las gracias.

El capitán se encogió de hombros, como si se sintiese azorado por sus palabras o tal vez porque no le daba ninguna importancia a lo que había hecho. Le había salvado la vida, le había proporcionado varios litros de

agua limpia y uno de sus hombres la iba a acompañar. Comparado con eso, darle las gracias casi resultaba ridículo.

—Tenga cuidado estos días —le dijo, antes de darse la vuelta—. Escuche la radio. Cuando deje de emitirse propaganda de los nazis sabrá que todo habrá terminado.

Pero ella no iba a decirle que tampoco tenía radio. Aunque procuraría estar atenta. Desde que había llegado a Berlín lo único que hacía era estar pendiente de las noticias. Mal dormir pensando cuándo acabaría todo.

—Usted también debería dejar que le mirasen esa herida. A simple vista, yo diría que necesita varios puntos.

El militar se tocó el cuello. La sangre no acababa de secarse en un fino caudal que se le perdía bajo la ropa.

—No creo que me vaya a desangrar por esto.

—Un trozo de metralla no es ninguna tontería. La herida podría infectarse y usted tener un problema mucho mayor.

—¿Tiene usted conocimientos de medicina?

Ahora fue ella la que dejó escapar un suspiro cansado.

—Algo sé.

—¿Cómo se llama?

—Erika. Erika Walter.

Él estaba a punto de volverse, como si ya hubiera dado la conversación por terminada.

—¿Y usted? ¿Cómo se llama?

—Navarro —le dijo, apretando los labios bajo el bigote e inclinando un poco la cabeza, como si la saludase por primera vez—. Capitán Martín Navarro.

Cinco años después, el bigote del capitán Navarro se había entreverado de hebras grises. Tampoco vestía uniforme, y el único recuerdo de aquellos días era esa línea blanca que le bajaba por el cuello. Erika no pudo evitar recorrerla con la punta del dedo, suavemente.

—Capitán. —Se acercó a su oído y susurró—: Capitán Navarro. Ya es hora de despertar.

La caricia de su dedo en la raya rugosa de su cuello y el susurro no fueron suficientes. Hubo que zarandearlo, como a un crío dormilón.

—Despierta, Martín. Tenemos muchas cosas que hacer en Madrid.

Él movió los párpados y la miró extrañado, como si aún estuviese dormido a pesar de haber abierto los ojos. Parecía un recién nacido que enfrentase el mundo por primera vez.

—Soy Erika. Espero que no te hayas olvidado de mí... Anoche viniste a buscarme. Nos mudamos a esta pensión porque un hombre te buscaba para matarte.

La nuez le subía y le bajaba ostensiblemente al tragar saliva. Se incorporó en la cama. Los ojos cerrados, como si le costase mucho esfuerzo moverse.

—Me duele mucho la cabeza.

Erika le puso la mano en la frente.

—Es normal. Has pasado unos días de mucha tensión. Te han drogado. Pero no tienes fiebre.

Retiró la mano. Se quedó mirando un momento la cicatriz del cuello, el número exacto de puntos que hicieron falta para cerrarla. Sonrió, como si a pesar de haberlo pasado tan mal cinco años atrás ahora lo echase de menos.

Cuando lo vio de pie, despeinado y todavía sucio a la luz del día, le pareció aún más un mendigo que la noche anterior.

Erika abrió la maleta.

—Necesitas una ducha —le dijo, tendiéndole la toalla—. Hay un baño al otro lado del pasillo. Tómate tu tiempo. No hay prisa. La mayoría de los clientes de la pensión se ha ido. Mientras, iré a comprarte algo de ropa. No puedes salir a la calle así. —Extendió los brazos para abarcarle los hombros, le recorrió con la mano el cinturón que le bailaba en el pantalón—. Estás más delgado. Al final del pasillo —insistió, empujando la toalla contra su estómago—. No creo que vaya a tardar mucho.

Cuando volvió a ver al capitán Navarro en Berlín, a Erika aún le quedaban dos cantimploras y una botella de agua. Había seguido su consejo: no había vuelto a salir de casa. Aún se oían disparos y explosiones, pero cada vez de una forma más esporádica. Pequeños focos de resistencia que acabarían por extinguirse. No podía ser de otra manera. Berlín había caído.

Hacía ya un buen rato que había oscurecido cuando llamaron a la puerta. No eran golpes que tocasen la madera con urgencia. Quienquiera que fuese llamaba con cuidado para no despertar a los vecinos que aún quedaban en el edificio o porque temiese soliviantarla. A pesar de ese pensamiento tranquilizador, se acercó a la puerta despacio, procurando que no se oyesen sus pasos, y se quedó unos segundos al otro lado, la respiración contenida, alerta a cualquier movimiento en el pasillo.

—¿Fräulein? —oyó decir—. ¿Fräulein Walter?

El timbre de la voz, a pesar de susurrar, y el acento, inconfundible, además de que recordase su nombre, disiparon sus dudas. Abrió la puerta y allí estaba. El oficial, que vestía un uniforme del Ejército Rojo pero no era ruso, ni siquiera soviético, la miraba muy serio, igual que el día anterior, un gesto de mármol bajo el bigote; los ojos negros, los pómulos afilados, como de lobo hambriento.

—¿Aún le queda algo de agua? —le preguntó, desde el otro lado de la puerta, antes de entrar.

—Una botella casi entera todavía. Y dos cantimploras llenas. ¿Ha venido a buscarlas?

Frunció el ceño, confuso. Tal vez no entendía del todo el significado de sus palabras porque su alemán no era lo bastante bueno o estaba calibrando si había alguna clase de sentido del humor retorcido en su respuesta. Bien mirado, resultaba un poco ridículo que un oficial del Ejército Rojo fuera a casa de la mujer de un país derrotado para recoger dos cantimploras.

—Pase. —Erika se echó a un lado—. No se quede en la puerta.

—No he venido a recoger las cantimploras —le dijo, antes de entrar—. Puede quedárselas. Mañana habrá una cisterna para los vecinos de este distrito.

Luego entró en la casa. Erika lo vio levantar la mano y señalarse el cuello con el índice.

—He venido por la herida —le dijo, muy serio—. No he dejado de sangrar. Creo que usted tenía razón. Necesita algunos puntos.

Erika cerró la puerta, despacio.

—¿No hay médicos en el Ejército Rojo? —le preguntó, y en cuanto lo hizo se dio cuenta de que lo más probable sería que la tomase por una maleducada o una desagradecida. Puede que las dos cosas.

Estaba buscando una salida airosa a su metedura de pata, pero la respuesta de él se le adelantó.

—Hace dos meses que perdimos al médico de nuestra compañía, en Polonia. El que lo sustituyó se parece más a un carnicero que a un cirujano. Y eso cuando está sereno. Ahora mismo debe de llevar todo el día borracho. —Se quedó callado, como si esperase que Erika dijese algo, pero en realidad estaba pensando en la forma de anunciarle algo importante, contarle lo que no estaba seguro de si ella ya sabría—. Alemania se ha rendido hoy. Pero seguro que usted estaba enterada de la noticia.

Alemania se había rendido. No lo sabía, pero la noticia no la sorprendía, desde luego. Incluso igual que la mayoría de la gente, deseaba que sucediese cuanto antes, pero al escucharlo de boca de un oficial del Ejército Rojo no pudo evitar un estremecimiento, un vacío en el estómago que no mitigaba el alivio de que todo hubiera terminado por fin. Lo más difícil tal vez empezaba ahora.

—Parece que Hitler se ha suicidado —terminó de informarla.

Erika cambió de tema.

—Así que no tienen en su compañía un médico de confianza...

Él negó con la cabeza.

—Pero usted sí tiene conocimientos de medicina. Al menos eso fue lo que me dijo ayer.

Erika encendió una vela en el salón.

—Supongo que es seguro encenderla...

—Espero que sí. Estoy en casa de una mujer alemana. Hemos registrado todos los edificios de esta calle. No parece haber peligro de francotiradores, pero nunca se sabe.

En sus palabras parecía solaparse antes un reto que una advertencia. Como si quisiera comprobar si Erika sería capaz de soportar el riesgo de tener una luz encendida con un oficial del ejército invasor en su casa. La luz que aportaba la llama al salón dejaba ver la mancha oscura en su cuello. No tenía muy buen aspecto.

—He trabajado como voluntaria en un hospital durante los últimos meses de la guerra. Habrá que limpiarla bien. Tal y como está, el riesgo de infección es bastante alto.

Él sacó de un bolsillo de la guerrera un pequeño paquete.

—Traigo vendas, y alcohol. ¿Tiene algo con lo que coser?

—Es posible que tenga hilo y aguja. Pero le va a doler un poco.

—Lo tenía previsto. No se preocupe. No gritaré.

Erika sonrió. A pesar de que había venido para que le cosiera una herida en el cuello, se mostraba más simpático que la primera vez que lo vio.

—¿Es verdad lo que me ha dicho? —le preguntó.

Frunció el ceño, como si no comprendiese su pregunta.

—¿Que no voy a gritar?

—No. Me refiero a la cisterna. Que podremos abastecernos de agua sin tener que ir a buscarla a los charcos del barrio.

—Por supuesto —le respondió, muy serio—. Mañana por la mañana estará solucionado.

Mientras él le contestaba, Erika había ido a la cocina a buscar un cazo. Se lo dio, además de las cantimploras.

—Llénelo de agua y caliéntelo con la llama de la vela. Voy a buscar una aguja y algo de hilo. ¿Alguna preferencia en cuanto al color?

A Erika le pareció verlo amagar, bajo el bigote, algo parecido a una sonrisa.

—Cualquier color estará bien.

Al cabo de un momento regresó con un paño limpio, una aguja, unas pinzas, tijeras y una bobina de hilo. El capitán Navarro sostenía el cazo por el mango.

—Aún no está caliente —la avisó.

—Habrá que esperar un poco. Sólo tenemos la luz de la vela para calentar el agua.

No había ninguna intención de reproche en lo que le había dicho, pero él se apresuró a aclarárselo, a darle esperanza.

—Poco a poco las cosas irán volviendo a la normalidad. La guerra ha terminado.

Tampoco ella disimuló la indiferencia que le producía la noticia. No estaba segura de que las cosas fuesen a mejorar sustancialmente a partir de ahora. Podría decirle que la ciudad estaba destrozada, todo el país. No eran buenos tiempos los que les esperaban, aunque la guerra hubiese acabado. Pero él también tendría bastantes cosas que contarle, seguro. Quizá había visto también muchas ciudades bombardeadas y perdido a muchos compañeros antes de llegar a Berlín. De repente se sintió incómoda. Todavía no había hervido el agua.

—¿De dónde es usted? —le preguntó, más que nada porque no se le ocurría otra cosa de que hablar, después de meter en el cazo las pinzas, la aguja y las tijeras—. No parece ruso. Y su nombre es español.

Él no contestó inmediatamente. Se quedó un instante mirando el recipiente a la luz de la vela, como si le costase un poco más de esfuerzo contestar a esa pregunta.

—No, no soy ruso. Soy español. De Madrid. Salí de España a finales del 38 y ya no he podido volver.

—¿Y cómo llega un español a convertirse en oficial del Ejército Rojo? —le preguntó, en castellano, y se dio cuenta de cuánto le alegraba hablar en ese idioma otra vez, después de tanto tiempo.

—Habla español...

—Viví casi cinco años en Madrid. Pero, cuénteme —se apresuró a decir Erika. Ahora no le apetecía hablar del pasado. Por eso se apresuró a repetir la pregunta—, ¿cómo llega un español a ser oficial del Ejército Rojo?

—Ya era oficial en España. El final de la guerra civil me pilló en Moscú. —Movió un poco el cazo, puso la palma de la mano encima, para ver si quemaba—. Creo que el agua está hirviendo.

Lo dejó sobre la mesa y se desabrochó la guerrera. El río de sangre seca le bajaba hasta el pecho. Después de empapar bien un paño con el agua que quedaba en la cantimplora, Erika se dispuso a limpiar la herida, con cuidado. El capitán Navarro no se quejó. La mandíbula apretada todo el tiempo, los ojos fijos en algún punto de la oscuridad al otro lado de la ventana.

—Vamos a necesitar bastante hilo —le dijo, antes de coger las pinzas para quitarle un trocito de tela que tenía incrustado en la herida—. Esto le va a doler un poco. A ver, con cuidado. Ya lo tengo. —Navarro no se inmutó. Los músculos de la mandíbula seguían apretados—. Me ha dicho que ha traído alcohol.

El capitán señaló el paquete que había dejado sobre la mesa.

—Supongo que el vodka servirá.

—Si no hay nada mejor, sí. Nos servirá.

Sólo cerró los ojos y se puso tenso cuando ella volcó la botella sobre la herida. Ya había enhebrado el hilo, y no pudo evitar repetírselo antes de empezar.

—Creo que esto dolerá.

—No se preocupe. Lo resistiré. Intentaré no gritar.

Dio un leve respingo al sentir la primera puntada atravesarle la piel. Luego resopló, pero no dijo nada. Era verdad. No había gritado. No iba a gritar. Erika ni siquiera le oyó un gemido.

—Soldado en España y soldado en Moscú y en Berlín —le dijo, para distraerlo, mientras le cosía la herida—. ¿Qué hará ahora que se ha terminado la guerra?

—No estoy muy seguro. —Su voz sonaba forzada, conteniendo el dolor. Ya iba por la tercera puntada, pero él también quería quitarle hierro a lo que le estaba haciendo—. Salvar a mujeres imprudentes en los portales abandonados, supongo.

Erika se echó a reír, en silencio, convencida de que él no le podía ver el semblante. Otra puntada más. Ya faltaba poco.

—En realidad, no lo sé. Aún quedan muchas cosas por hacer. No es imposible que, cuando todo termine, la próxima batalla se libere en España.

Erika dio la última puntada y cortó el hilo que sobraba con los dientes. Luego le colocó una gasa limpia.

—Supongo que será imposible que pueda descansar.

El capitán Navarro negó con la cabeza, muy despacio.

—Creo que va a ser complicado.

—Procure al menos no moverse demasiado, para que no se le salgan los puntos.

—Haré lo que pueda. —Se dirigió hacia la puerta, pero antes de llegar al final del pasillo se volvió hacia ella—. Espero que no haya gastado toda el agua que tenía con mi herida.

—No se preocupe. Aún me queda algo.

—La cisterna estará en funcionamiento mañana por la mañana a primera hora. Quién sabe. A lo mejor nos encontramos allí abajo.

—Así podré ver cómo está esa herida. Cuídese, capitán.

Asintió levemente para despedirse, como si después de pensarlo un poco hubiese resuelto que sus palabras eran verdaderas o, tal vez, como si no quisiera perder más tiempo en el piso porque tenía cosas más importantes que hacer. Cuando cerró la puerta, Erika recogió los trastos que habían quedado en la mesa y apagó la vela.

En la calle todo estaba oscuro, y sólo se oía el motor de los vehículos militares soviéticos a lo lejos. Era mayo de 1945, y hacía frío. La guerra había terminado, por fin. Esperaba, como todos, que sucediera de un momento a otro. Resultaba evidente que Berlín no podría resistir mucho tiempo más. Ahora tocaba tratar de olvidar y empezar una nueva vida, como si nada de lo que hubiera sucedido antes importase. Levantar una nueva existencia sobre las ruinas, un edificio nuevo construido en un solar antiguo cuya memoria ya no se pudiera conservar.

Capítulo 8

El inspector del Atleti

Gregorio León no pudo evitar una sonrisa al darse cuenta de que el inspector Bocanegra no podía dejar de mirar las piernas de las mujeres que pasaban al otro lado del cristal del bar. Entre sorbo y sorbo de cerveza, los ojos del policía se desplazaban irremediabilmente hacia la calle. Concentrado como estaba en el desfile de muchachas que a esa hora salían de trabajar de Galerías Preciados, no había visto entrar al periodista.

—Ramón —lo saludó Gregorio, tendiéndole la mano al tiempo que colocaba el abrigo en la silla que estaba enfrente del policía—. Disculpa el retraso. Esta maldita profesión la mía. Ya sabes. Uno nunca puede estar seguro de cuándo es la hora de salir. Como la tuya, vamos. —Miró el desfile de dependientas, igual que si estuviese al otro lado de un escaparate—. Pero ya veo que has estado entretenido.

El inspector se encogió de hombros. Un gesto que a Gregorio le pareció más de guasa que de disculpa, porque su amigo había sido incapaz de sonreír mientras lo hacía.

—Qué se le va a hacer.

—Di que sí. Hay cosas que no cambian con los años. —El periodista se sentó frente a él. Desde su sitio también tenía una porción de vista interesante de lo que sucedía en la calle—. Ni porque uno se case y sea padre de familia numerosa...

—Oye, chaval —le dijo el inspector, señalándolo con el dedo, como si lo acusara o amenazara—. Que yo le entrego el sobre puntualmente a mi mujer, y en mi casa nunca ha faltado nada. —Volvió a mirar al otro lado del cristal, y durante un segundo otra vez fue como si Gregorio no hubiera llegado—. Pero sí. Mientras más viejo, más me gustan las mujeres —murmuró—. No lo puedo evitar.

El camarero ya le había traído una cerveza a Gregorio.

—¿Qué te apetece comer?

—Lo que te apetezca a ti.

El periodista pidió una ración de jamón. El inspector Bocanegra encendió un pitillo, le dio una larga calada y, antes de que la cortina de humo que se había levantado entre los dos se disipase, le preguntó:

—Jamón, qué lujo... ¿Acaso habéis ganado ya la Liga?

Gregorio sacudió la cabeza, convencido.

—Aún no, pero la ganaremos seguro.

—Pues no cantéis victoria. Todavía estamos en enero. Y no te olvides de que el año pasado estuvisteis a punto de bajar a segunda.

—Desde luego que lo mío tiene delito. No sé qué es peor, si tener un amigo policía o que sea del Atleti. A lo mejor nos fueron mal las cosas porque nos prestasteis el estadio...

El inspector Bocanegra volvió a señalarlo con el dedo. Había vuelto a soltar otra bocanada de humo, y Gregorio no acertó a distinguirle la sonrisa. Como decía un compañero del periódico: de política, de mujeres y de fútbol, mejor no hablar con los amigos.

El policía parecía haberle adivinado el pensamiento.

—No me toques los huevos, Gregorio, no vaya a ser que perdamos las amistades. A ver si me voy a cabrear y voy a terminar empapelándote por faltar a la autoridad. —Lo miró muy serio y arrancó otra calada al pitillo. Aunque lo conocía bien, a Gregorio a veces le costaba entender ese sentido del humor tan bronco que se gastaba. Pero al soltar el humo el inspector ya no fue capaz de aguantar más la risa, interrumpida por un acceso de tos—. Tendría gracia —añadió el policía, inclinándose un poco sobre la mesa y

bajando el tono de la voz—, que te detuviera por faltar a la autoridad en lugar de por rojo...

El camarero trajo el plato de jamón. Gregorio miraba las lonchas relucientes y sonrió con alivio. No era lo mismo ser amigo de un policía que de un albañil o un carpintero. En un momento dado, Ramón Bocanegra podía detenerlo si se terciaba o si le apetecía, simplemente. Pero eso no pasaría. A pesar de no poder evitar quedarse un momento pensativo cuando le recordaba que él era un rojo que maquinaba en contra del Régimen y él un policía, al final siempre había una sonrisa o, incluso como ahora, una carcajada diáfana. El inspector Bocanegra y él eran amigos, y aunque se trataba de un agente del orden, no era como la mayoría de los policías que conocía. Ya llevaba placa en los tiempos de Primo de Rivera, y había visto demasiadas cosas y cumplido suficientes años para saber que los gobiernos vienen y van, que el color de los que mandan puede cambiar de la noche a la mañana y nada es para siempre. Lo del Atleti era otra cuestión: un sentimiento, unos colores. Eso sí que no cambiaría jamás, igual que la pasión de Gregorio por el Real Madrid. El periodista ya se había preguntado alguna vez si no sería ésa, qué paradoja, la razón por la que se llevaban tan bien a pesar de pertenecer a dos equipos rivales. A lo mejor porque se entendían, y, sobre todo, porque en el fondo se apreciaban.

—Lo que a ti te gustaría es detenerme por ser del Madrid —le dijo, antes de meterse en la boca una de las lonchas finas en las que se reflejaba la luz de las lámparas del bar.

El inspector movió el bigote mientras masticaba el jamón despacio, saboreándolo, sin dejar de taladrar a Gregorio con los ojos, como si tratase de leerle el pensamiento. Y a lo mejor, llegó a pensar el periodista, es que podía hacerlo.

—Supongo que no me has llamado para que debatamos sobre quién ganará la Liga. Pero te diré una cosa. Si ganáis este año será porque los árbitros no se atreven a pitar en contra de vosotros, para variar.

El periodista se encogió de hombros, como si no le quedase más remedio que darle la razón, y Bocanegra plantó las dos manos sobre la mesa, como si se hubiera percatado, de pronto, de algo importante.

—¿No me habrás llamado porque has encontrado la forma de pagarme el viaje para ir al Mundial este verano?

—Eso aún no te lo puedo asegurar. —Gregorio se echó a reír—. Pero estoy en ello.

—Joder, macho. Sería capaz de dejarte atracar un banco si me llevaras a Brasil.

Lo de dejarlo atracar un banco no era verdad, igual que Ramón Bocanegra tampoco iría al Mundial de Brasil aunque Gregorio le consiguiese entradas y un pasaje gratis. Un mes fuera de Madrid era demasiado tiempo. Muchos días separado de su mujer, de sus hijos, y de su nieta que aún no andaba. Debajo de esa coraza de tipo duro se escondía un sentimental, aunque no estuviese dispuesto a reconocerlo y se empeñase en mostrar esa máscara de contrariedad por la incertidumbre de no saber si al final el periodista le conseguiría un pasaje para Brasil.

—Ya me gustaría asegurártelo, pero a estas alturas todavía ni siquiera yo mismo sé si el periódico me mandará a mí a cubrir el Mundial.

—Me extrañaría que te quedases en tierra —replicó el inspector, escéptico. Después dio un largo trago a la cerveza, hizo una mueca al camarero para que le trajese otra, aspiró una larga calada al pitillo y cuando soltó el humo, lentamente, después de habérselo guardado unos segundos en los pulmones, Gregorio supo que los preliminares habían terminado. No hacía falta que su amigo el policía se lo preguntase otra vez. Bastaba verle el semblante para saber que había llegado el momento de ir al grano, contarle la razón por la que lo había llamado.

—Hay una cosa que quiero preguntarte. —Gregorio hizo lo mismo que el otro antes, inclinarse un poco sobre la mesa, para que nadie más lo escuchase.

—Tú dirás. —El policía, en lugar de acercarse, se echó hacia atrás un poco, para acomodarse, como si estuviese sentado en una butaca confortable y no en una silla temblona.

—Ha desaparecido un amigo.

—Un amigo... ¿Y qué amigo es ése?

—Se trata de un español que vive en el extranjero.

—Ya... —Ahora el inspector Bocanegra cruzó los brazos y los apoyó en el velador. Los dos permanecieron callados mientras el camarero le dejaba otra cerveza que le había pedido y se llevaba el vaso vacío—. ¿Y cuándo ha desaparecido?

—Hace dos días que no sé nada de él.

—¿Y no ha vuelto a... a dondequiera que viva?

Gregorio chasqueó la lengua.

—Seguro que no. Estuve en la pensión donde se alojaba y había dejado su equipaje, todas sus cosas. No había pagado la cuenta. Lo conozco bien. No pensaba irse todavía. Debe de haberle ocurrido algo grave.

—¿Has preguntado en los hospitales?

—En todos los de Madrid.

—Y quieres saber si lo tenemos nosotros.

Gregorio León asintió, mirándolo a los ojos.

—¿De dónde viene tu amigo? No, mejor no me lo digas. No hace falta. Puedo hacerme una idea. Un español que vive en el extranjero y está en Madrid con papeles falsos. No sé si tienes idea del terreno tan peligroso que pisas.

—Ya lo sé. Pero tengo la suerte de poder confiar en ti.

Ahora fue el policía el que sacudió la cabeza.

—Yo no soy eterno. Y tampoco puedo hacer milagros.

—Bueno, no te preocupes. Ya te digo. Es un amigo al que puede haberle ocurrido algo. Estoy preocupado. Eso es todo.

—Ya. Lo mejor será que ni siquiera te pregunte el nombre. Total, para que me des uno falso casi mejor que no me des ninguno.

Con el inspector Ramón Bocanegra daba gusto hablar. Era de los pocos policías que quedaban dentro de la Dirección General de Seguridad que, de una forma callada, desde luego, estaba en contra de Franco. Y aunque era un profesional y se levantaba cada día con el ánimo de cumplir con el trabajo para el que le pagaban, parecía sentir un placer perverso echando una mano desde su posición privilegiada a quienes como Gregorio luchaban contra el Régimen en la clandestinidad.

—Si te digo la verdad, Ramón —respondió muy serio, tanto, que parecía que le estaba diciendo la verdad—, ni siquiera me acuerdo de su nombre.

—Procuraré enterarme de algo mañana —dijo el policía, a modo de despedida, cuando se levantaba, pero antes inclinó la cabeza hasta ponerla a la altura de la de Gregorio y bajó la voz—. Un rojo exiliado al que han cogido en Madrid no es algo que se pueda mantener en secreto fácilmente. —Luego se incorporó, por fin, se puso la chaqueta, y le pasó la palma de la mano por encima de las mangas para quitarle las arrugas—. Me tengo que ir ya. Lo siento. Mi mujer cada vez aguanta menos que llegue tarde —concluyó, refunfuñando.

Gregorio le estrechó la mano.

—Te estás haciendo viejo —le dijo—. Estás perdiendo facultades.

El policía le sostuvo la mirada.

—Que te den —fueron sus únicas palabras de despedida.

Ya no le quedaban a Gregorio León más sitios en los que preguntar por el paradero del capitán Navarro. Una vez resuelto lo de la pensión, y mientras esperaba al día siguiente para ver si el inspector Bocanegra había averiguado algo sobre un detenido en Madrid durante los últimos dos días que pudiera ser su amigo —y esperaba que la respuesta fuese negativa, porque si Navarro había caído en manos de la policía española no había nada que pudiera hacerse por él, salvo esperar un milagro, y Gregorio creía tan poco en los milagros como Navarro o el propio Bocanegra—, el único sitio donde se le ocurría ir para seguir avanzando en sus investigaciones era Le Cygne Noir. Ya habían pasado casi veinticuatro horas desde que le había pedido a Marina que pusiera la antena para ver si se enteraba de algo. Cuando giró a la izquierda en la esquina de la Gran Vía con la calle Hortaleza se dijo que iba a ver a su amiga sólo para enterarse de si había averiguado alguna cosa sobre el paradero de su camarada, porque él no era de los que acostumbran a visitar a la misma mujer dos veces seguidas, aunque no se hubiese acostado con ella en la última ocasión.

Un par de minutos después, al entrar en el local, no pudo evitar enojarse consigo mismo al darse cuenta de que se le había alterado el pulso al no ver a Marina acodada en la barra, sola o con una amiga, y que la razón de su enfado no era que ella no estuviese allí, sino imaginar que cualquiera de esos tipos con la billetera repleta que frecuentaban el club la hubiera convencido para llevársela a un lugar más discreto. Gregorio no era tan ingenuo como para pensar que él era el único que frecuentaba a Marina, pero le agradaba creer que cuando él cruzaba la puerta de Le Cygne Noir para ella no existía ningún otro hombre, ni en ese local ni en todo Madrid. Ni siquiera en el mundo entero. Y esos pensamientos no hacían sino ponerlo nervioso.

Resopló, contrariado, al echar un segundo vistazo a la barra. Se acomodaría en un taburete y esperaría un rato, por si aparecía. Tendría que hacer un esfuerzo grande para que ella no le notase lo celoso que estaba. Si Marina se daba cuenta, estaba perdido. Ya no podría fingir por más tiempo ese desinterés aparente que tan buenos resultados le daba con las mujeres, o al menos era lo que le parecía a él. Vio un taburete libre en la esquina y se encaminó hacia allí, antes de que alguien se lo arrebatase.

—Hola, guapo. —La voz lo hizo detenerse, igual que si un policía le hubiera dado el alto—. ¿Estás buscando compañía?

Antes de darse la vuelta, Gregorio recompuso el gesto. No necesitaba un espejo que le mostrase la satisfacción que sentía al escuchar la voz de Marina. Después de volverse la miró, para asegurarse de que estaba sola o de que no había ningún hombre con ella. No podía imaginar Marina las ganas que tenía de darle un puñetazo a cualquier fulano que se le acercase. Y las ganas que le entraban enseguida de darse cabezazos contra la pared por padecer esos celos que lo habían superado, que habían llegado de repente, sin darse cuenta, como llegarían las primeras canas o las primeras patas de gallo que aún no tenía. Por fortuna, aún era capaz de disimularlo. O, al menos, eso creía.

—Te estaba buscando a ti. Si eso significa compañía, entonces será que te estaba buscando a ti.

—Pues ya me has encontrado. —Miró hacia atrás y señaló con la barbilla una puerta, al fondo del local—. Estaba en el baño.

Su aclaración respecto al lugar donde se encontraba podía significar que a ella también le preocupaba lo que él pudiera pensar, o peor, que, después de todo, sus sentimientos hacia ella no fuesen tan opacos como le gustaría.

—Yo no soy tu padre, Marina. No tienes que darme explicaciones. No es necesario.

—Ni mi padre, ni mi novio, ni mi marido... —respondió, con una sonrisa que hubiera desarmado a Gregorio si no estuviese permanentemente alerta cuando hablaba con ella—. Ya lo sé, hijo. Si lo único que me pareces muchas veces es un guardia civil. Tan serio... Anda, invítame a algo, que tengo sed.

No se quedó a esperar la respuesta de Gregorio. Marina se dirigió a la barra despacio, la cadencia justa en las caderas, segura de que los ojos de él la seguían, como atraídos por un imán potente.

El periodista suspiró, resignado, como quien sabe que ha perdido la partida.

—Un guardia civil —murmuró—. Lo que me faltaba por escuchar...

Marina se pidió un Martini, y Gregorio lo mismo. Brindaron mirándose a los ojos. Ella aún seguía haciéndolo cuando se comió la aceituna.

—Hoy te noto especialmente guasona.

—Es que me he puesto muy contenta cuando te he visto. —Parpadeó, divertida—. Dos noches seguidas buscándome. Eso sí que es una novedad. Mira que cuando te he visto entrar he llegado a pensar que a lo mejor va a ser verdad que estás enamorado de mí y todo...

Gregorio resopló, incómodo. La señaló con el dedo, como si la reprendiese.

—Marina, no empieces...

Ella se fingió sorprendida. Levantó las cejas. Un gesto exagerado, como si fuese la actriz de una función de teatro.

—Entonces ¿no estás enamorado de mí? —Chasqueó la lengua, para evidenciar su disgusto—. Vaya, hombre. Qué lástima.

Gregorio sacudió la cabeza, sonriendo. A Marina se le podía negar cualquier otra cosa, pero no el sentido del humor.

—Venga, mujer —le dijo, sin perder la sonrisa—. ¿Has podido enterarte de algo de lo que te pregunté ayer?

Ella hizo un mohín de contrariedad, aunque ahora su gesto no era tan histriónico como antes.

Para Gregorio estaba claro que no le agradaba mucho la pregunta, aunque en el fondo pensara que la razón por la que él había acudido esa noche a Le Cygne Noir no fuera otra que hablar del asunto sobre el que le pidió ayuda.

—Vaya —la oyó decir—. Así que para eso has venido a verme otra vez esta noche. Para preguntarme por tu amigo —suspiró Marina con resignación, y luego bebió un trago, sin dejar de mirar a Gregorio—. Tu amigo... —recalcó, como si todavía cupiese otra posibilidad por la que él hubiera ido a buscarla aquella noche.

—Mi amigo, sí.

—Debes de tenerle mucho aprecio.

—Bastante, la verdad.

—Quiero decir, para venir dos veces seguidas a verme.

—Venga, mujer. No seas así. ¿Tienes algo que contarme?

Marina miró a un lado y a otro antes de responder. De pronto pareció sentirse incómoda.

—Es posible. —Dejó la frase en suspenso un momento, como si lo siguiente que iba a decir fuese muy importante—. ¿Qué te parece si nos vamos a otro sitio? Sí. A un lugar más discreto: —Antes de que Gregorio pudiera decir nada, ella le aclaró—: Tranquilo, que no voy a pedirte el matrimonio esta noche si me llevas a tu casa. Es sólo que no me apetece estar más tiempo aquí.

Gregorio asintió a regañadientes y puso un billete sobre la mesa. Luego le echó un brazo por encima del hombro, como haría cualquiera de los hombres que frecuentaban Le Cygne Noir después de haber convencido a una de las señoritas para ir a un sitio donde no les estorbasen las miradas incómodas del resto de los clientes, y se dirigió con ella a la puerta.

Todavía no habían llamado a un taxi cuando Marina, en la acera, le preguntó:

—¿En qué andas metido, Gregorio? Todo este asunto me huele muy mal.

Ahora ya no sonreía. Ni había el menor rastro de la mujer picarona y vivaracha en su voz. Él la miró, muy serio también. Odiaba mentirle después de haberle pedido ayuda para encontrar alguna pista sobre el paradero del capitán Navarro, pero tampoco podía decirle la verdad. Además, sería mucho más peligroso para ella saber lo que estaba pasando.

En lugar de responder a su pregunta la besó en los labios, y aunque quiso convencerse de que la razón de aquel gesto era darse una tregua mientras fabricaba una respuesta coherente, le irritaba reconocer que le apetecía mucho hacerlo. Y si le apetecía darle un beso largo a Marina antes incluso que ir con ella a su casa y desnudarla por el pasillo mientras se la llevaba a la cama, era porque algo estaba creciendo dentro de él sin que pudiera hacer nada por evitarlo, unos sentimientos cada vez más difíciles de controlar cuando estaba con ella.

Marina había cerrado los ojos y no parecía tener ninguna intención de separar sus labios de los suyos. Antes, las primeras veces, no era tan romántico. Ella bromeaba con que se estaba enamorando, se divertía metiéndose con él, sugiriendo lo buena esposa que podría llegar a ser si encontrase un hombre que la cuidara. Gregorio estaba convencido, o prefería imaginar que, al menos en parte, le decía esas cosas porque sabía que lo irritaba. Pero desde hacía tiempo era diferente. Por eso había dejado de ir durante una temporada a Le Cygne Noir, y era ese beso, los labios de Marina y los suyos que no querían separarse, la prueba de que no estaba equivocado cuando había espaciado voluntariamente sus visitas al local.

—Ahí viene un taxi —consiguió decir al ver un coche, tragando saliva, sin dejar de preguntarse qué extraña era la vida, que siempre termina sorprendiéndote cuando menos te lo esperas.

Ya era de madrugada cuando Gregorio se levantó con cuidado para no despertarla y fue a encenderse un pitillo asomado a la ventana. No había podido conciliar más que un sucedáneo de sueño y tenía la cabeza embotada. Lo peor no era el enfado que sentía consigo mismo por haberse quedado medio dormido abrazado a ella. Al abrir los ojos se sintió culpable por habérsela llevado a su casa, por claudicar ante cada uno de sus caprichos, y por reconocer, no le quedaba más remedio y era demasiado evidente, que pedirle que le ayudase a encontrar alguna pista sobre el capitán Navarro era también una excusa para ir a verla. Se había despertado junto a Marina como los amantes que se sienten extraños después de haber tenido su ración de sexo y luego no saben cómo alejarse de la persona a la que han embaucado. Pero que le preocupase no estar siendo con ella todo lo caballeroso que debería, también era un síntoma inequívoco de enamoramiento. Por fortuna, a medida que se espabilaba empezaba a sentirse mejor y, antes de volver a concentrarse en la búsqueda de Navarro y montar en su cabeza las piezas que Marina le había contado, dio una larga calada al cigarrillo y se dedicó a recordar, sin prisas, el rato que habían pasado juntos, fogonazos inevitables que le venían a la cabeza, como si le estuviesen pasando docenas de diapositivas por delante de los ojos, extasiado. Primero la vio en el taxi, acurrucada junto a él, las manos agarradas a su brazo y la cabeza apoyada en su hombro.

—A tu casa. Qué bien. —La mujer guasona que llevaba dentro no tardó en volver a aparecer—. Como si ya estuviéramos casados.

Escuchar aquel adverbio en labios de Marina no era como para tranquilizarse. No era lo mismo decir «como si estuviéramos casados» que «como si ya estuviéramos casados». Ese «ya» significaba que Marina daba por sentado que su boda era un hecho casi consumado, un mero trámite que resolverían antes o después para regularizar una situación incómoda y no tener que sentarse más a la barra de Le Cygne Noir para cazar un cliente. Pensar eso era lo que más irritaba a Gregorio, sobre todo cuando se daba cuenta de que también él a veces se planteaba en serio sentar la cabeza con

Marina, quizá no casarse, pero sí encontrársela en la cocina cuando llegase a casa después del trabajo.

Pasó la diapositiva y luego se vio a sí mismo y a ella en otra imagen, en el pasillo, abrazados, comiéndose a besos con la urgencia de dos amantes que llevan varios días sin verse y han contado las horas y han empujado el tiempo para que llegue el momento de encontrarse, y ahora, cuando nadie los ve y ya no tienen por qué ocultar más su deseo, se arrancan la ropa como si no pudiesen soportar estar más tiempo vestidos. Aún no le había contado Marina nada de sus averiguaciones sobre Navarro, pero él tampoco se lo iba a preguntar ahora. Con la falda de ella subida por encima de las caderas y la chaqueta de él medio descolgada —todavía tenía un brazo dentro de una manga—, no era lo más oportuno. La lengua de Marina, que buscaba la suya con urgencia, en un baile desquiciado; las manos de él, que apretaban los pechos de la mujer bajo la blusa; las copas del sujetador de encaje, ligeramente áspero bajo las yemas de sus dedos que trataban de abrirse paso hasta la carne firme y abundante que contenían.

—Espera un momento, bruto —protestó Marina, sin apartar apenas los labios de los suyos—. Que me vas a romper la ropa.

Sin que él dejase de besarla, ella consiguió quitarse los botones de la blusa que aún llevaba abrochados. Luego se cruzó las manos por detrás y, con un movimiento rápido, se soltó el sujetador. Entonces Gregorio León, el periodista deportivo que presumía de no acostarse dos veces seguidas con la misma mujer, ni aunque fuese pagando, se separó un poco para disfrutar de su cuerpo desnudo. Con las medias, las bragas y los tacones todavía puestos y la falda hecha un revoltijo a la altura de la cintura, irremediablemente despeinada ya, el cuerpo de Marina le quitaba la respiración, y tuvo que tragar saliva y hacer un esfuerzo para no abalanzarse sobre ella y arrancarle la ropa que aún llevaba puesta.

Ahora, mientras Marina dormía, Gregorio sonreía en la terraza al recordar las imágenes, como relámpagos caprichosos, que había vivido esa noche. Se vio en el cuarto, los dos desnudos ya, en la cama, ella acariciándolo a él, sin recato, dominando la situación, y él un poco enfadado porque conociera tantas maneras de hacer disfrutar a un hombre,

como si su cuerpo no fuese sino un mapa estudiado mil veces en el que supiera los lugares precisos que debía acariciar para llevarlo al éxtasis.

—Marina, maldita sea —le dijo, sujetándole la barbilla, con firmeza cariñosa, y no había pronunciado más que las tres primeras palabras cuando ya se había arrepentido de la frase entera, y, sobre todo, de sentir lo que decía—. Yo no quiero verte más con otro hombre, ¿te enteras? No quiero verte con ninguno. —Luego la besó, despacio, sin soltarle la barbilla todavía, de rodillas los dos sobre el colchón, sin ropa ya—. Ninguno —acertó a repetir mientras Marina sonreía, lo sujetaba por la nuca y lo empujaba con suavidad para que se tendiese junto a ella.

En la terraza, después de que el asalto hubiese terminado, se preguntaba si a Marina se le habría olvidado aquella confesión o si tal vez le concedería cierto margen de duda. Si a lo mejor se lo achacaría a un arrebato incontrolable de pasión. Si todo lo que le había sucedido después —la hora larga que estuvieron haciendo el amor, la conversación que mantuvieron o el rato que permanecieron arrebujados bajo la manta, en silencio y abrazados hasta quedarse dormidos, ella diciéndole que estaba asustada y él fingiendo que no había nada que temer— la habría hecho olvidar ese reproche repentino, esa queja que no era sino una declaración en toda regla. No quiero verte más con ningún otro hombre. Ya está. Ya se lo había dicho. Lo único que esperaba ahora Gregorio era que al despertar ella pensase que lo había soñado.

Sin embargo, después de que el asalto terminase, la mayor preocupación de Marina era que los vecinos los hubieran oído. Que la hubieran oído a ella, sobre todo.

—Qué vergüenza, Gregorio —le dijo, hundiendo la cabeza en su pecho, como si de repente, a pesar de que no era la primera vez que se acostaba con él, sintiese el mismo pudor que si acabasen de conocerse y hubieran terminado encamados por casualidad—. Espero que no se hayan enterado los vecinos.

Gregorio se echó a reír. Marina le dio una palmada en el hombro, para protestar.

—Es que me vuelves loca, ya lo sabes.

—Marina —él se puso muy serio—, eso se lo dirás a todos...

—Pero qué tonto eres. En eso sí que os parecéis los hombres. Sois todos unos vanidosos.

Luego se incorporó en la cama. Apoyó la espalda en el cabecero y se cubrió los pechos con el embozo de la manta. Gregorio apartó la mirada para no violentarla. Marina era de esas mujeres en las que el pudor se instalaba enseguida después de hacer el amor. Y, en el fondo, aquélla era una de las razones por las que cada vez podía pasar menos tiempo sin pensar en ella y las visitas a Le Cygne Noir eran menos espaciadas. Se decía, a sabiendas de engañarse a sí mismo, que la atracción que sentía por ella no era más que un vicio, como el del tabaco, del que podría prescindir en cuanto se lo propusiera.

—¿Me das un cigarro? —le pidió Marina, como si quisiera recordarle otro de sus vicios.

—Claro. —Gregorio estiró la mano y tanteó en el suelo, hasta dar con la chaqueta arrugada, las mangas vueltas del revés por el forcejeo de pasión que habían librado antes de llegar a la cama. Al encender el mechero, la sombra de Marina, agigantada por la lumbre, se proyectó sobre la pared. La silueta temblando, como un fantasma. Él también encendió un cigarrillo y se sentó junto a ella, apoyando la espalda en el cabecero. Tres caladas después, Marina apoyó la palma de su mano en el muslo de él. A Gregorio le gustó ese gesto íntimo, esa clase de afecto que se mostraba en detalles insignificantes: la suavidad de los labios de ella en su mejilla áspera, el calor de su mano cuando apretaba la suya al pasear por una calle donde no había mucha gente o ahora, después de hacer el amor.

—Tu amigo —terminó diciendo Marina, al cabo de un momento—. No hemos hablado de él.

Gregorio suspiró, puso la mano sobre la suya y la apretó contra su pierna.

—¿Has averiguado algo sobre él?

—Un tipo serio, moreno, distinguido, cuarenta y pocos. No es de Madrid y está aquí de paso. Mis amigas me han contado algo sobre un tipo así que estuvo hace tres noches en La Maison. ¿Lo conoces?

—El qué.

—La Maison.

—¿La Maison? Claro.

—Cómo no. Vaya pregunta la mía. ¿Hay algún club en Madrid que no conozcas?

—Marina, sabes que por mi trabajo he de alternar mucho...

—Déjalo, Gregorio. No lo quieras arreglar. En eso también os parecéis todos los hombres.

—En qué.

—En que sois unos embusteros.

—Bueno, vale. ¿Qué pasó en La Maison?

—A Aurora, una conocida de Granada, alguien le pagó para que le hiciera compañía. Ya sabes...

—Sí, ya sé —respondió Gregorio. Ahora era él quien estaba contrariado.

—Pero no era sólo por eso —continuó Marina, pasando por alto el gesto desaprobatorio de él—. Le pagaron mucho más para que le echase algo en la bebida. Supongo que un narcótico o algo así. Parece ser que tu amigo es, como dijiste, un hombre serio y educado que no tenía ganas de darle palique a nadie. La chica hizo todo lo que pudo para intentar llevárselo al reservado —Marina bajó la voz, a pesar de la oscuridad desvió un poco la mirada para no encontrarse con los ojos de Gregorio—, pero no hubo manera. Seguro que tu amigo es de esos tipos a los que les gusta disfrutar de una copa en un bar a solas, mientras piensan en sus cosas o echan de menos a su mujer y a sus hijos, sin que nadie los importune. Pero Aurora insistió, y el camarero les trajo una bebida a cada uno, un whisky para él y un daiquiri para ella. Ella ya estaba compinchada con el camarero, o quizá los tipos que la habían contratado para que pegase la hebra con tu amigo ya lo tenían previsto y también le habían pagado al camarero para que le pusiera algo en la bebida. El caso es que, lo que fuera que le echase, terminó haciéndole efecto enseguida, y tu amigo acabó entrando en el reservado sin apenas oponer resistencia. Me contaron que quiso marcharse, que se puso de pie, tambaleándose, pero en el reservado había unos

hombres que nadie había visto antes y ninguna de las chicas pudo enterarse de nada más.

Gregorio asentía, escuchando atentamente las palabras de Marina. El ceño fruncido, cada vez más preocupado por lo que estaba escuchando.

—¿Y qué pasó entonces? —le preguntó.

Ella sacudió la cabeza, despacio, como si meditase largamente la respuesta.

—Ya te digo. A partir de ahí nadie sabe nada. Puede que no hayan querido decírmelo o hayan preferido no preguntar. A tu amigo se lo llevaron al reservado. Fin de la historia. Pero también puede tratarse de otra persona y no de quien tú estás buscando.

—Sería demasiado bonito.

—Pero menos peligroso. —Ella apagó el cigarrillo y se recostó en su pecho. Le pasó una mano por encima y se abrazó a él, como si no quisiera que se le escapase—. Tengo miedo. No quiero que te pase algo malo. No me gusta nada de lo que te he contado.

Gregorio le besó la raya del pelo, y dejó sus labios ahí unos segundos.

—Tranquila. No te preocupes. Tengo que averiguar qué ha pasado con mi amigo, eso es todo. ¿Te han contado algo de los hombres que pagaron a Aurora para que lo drogasen?

Marina volvió a separarse de él y se apoyó otra vez en el cabecero. Ahora la veía un poco mejor que antes. La luna estaría cubierta por una nube que debía de haberse esfumado. Marina se había tapado los pechos otra vez con el embozo de la cama. Gregorio sonrió.

—No sé sus nombres. Ni siquiera lo pregunté. Lo siento, pero es que me pareció mejor no mostrarme demasiado interesada y que luego alguien quisiera preguntarme el motivo de tanta curiosidad.

—No te preocupes. Hiciste bien.

—Sólo puedo decirte que eran extranjeros.

—¿Extranjeros?

—Sí, pero no sé de dónde.

Aquello sí era interesante. Al menos despejaba sus dudas en cuanto a que la policía española hubiera detenido a Navarro. Eso podría facilitar las

cosas, pero tal vez también convertiría la búsqueda de su viejo amigo en un asunto mucho más peligroso.

—Me gustaría hablar con esa Aurora. ¿Crees que será posible? Dile que seré una tumba. Que nos citaremos donde le parezca mejor, pero es muy importante que hable con ella.

Marina se abrazó las rodillas y volvió la cara hacia él. Al tirar de la manta, Gregorio vio la blancura de su espalda, nacarada por la luz de la luna. Luego miró su cara, que se movía con los ojos cerrados, lentamente, como si de pronto se hubiera apoderado de ella el cansancio o el sueño.

—Creo que eso no va a poder ser.

—Te aseguro que no se enterará nadie. Sabes que puedes confiar en mí. Marina repitió la negación con la cabeza.

—Aurora ya no trabaja allí. La noche que se encontró con tu amigo fue la última que estuvo en La Maison. Algunos dicen que se ha ido a trabajar a Barcelona. Otros, sin embargo, cuentan que se ha vuelto a su pueblo. —Marina se llevó el embozo de la manta hasta los hombros, como si de repente hubiera empezado a hacer frío—. Pero también hay quien dice en voz baja que le ha pasado algo, que los mismos que le dieron dinero para que drogase a tu amigo la quitaron de en medio porque sabía demasiado. Tengo miedo, Gregorio. Mucho miedo.

Se abrazó otra vez a él, que estaba asintiendo a pesar de que ella ya se había callado, como si le costase un poco asimilar todo lo que le había contado.

—¿Me prometes que no nos va a pasar nada?

Gregorio se enroscó unos de sus tirabuzones en un dedo y volvió a besarle el pelo.

—Eso no lo dudes. No va a pasarnos nada. Y ya no hace falta que hagas más preguntas a nadie. Si acaso, lo mejor es que te tomes unos días libres. —Se quedó callado un momento, respiró hondo, antes de decirle lo siguiente—: Puedes quedarte aquí si quieres. —Ella se apretó un poco más contra él, agradecida—. Te aseguro que no corres ningún peligro —mintió, porque él no tenía ni idea de lo que estaba pasando, salvo que se trataba de un asunto muy grave, algo que se le escapaba y no estaba seguro de cómo

manejar—. Pero bueno, si te sientes más tranquila, puedes considerar ésta tu casa.

Ya no volvieron a hablar. Un rato después sintió la respiración tranquila de Marina, dormida sobre su pecho. Él tenía los ojos abiertos, su mano todavía le acariciaba la melena, pero, poco a poco, su respiración se fue acompasando con la de ella, tomando aire, guardándose dentro un instante, y luego soltándolo despacio, hasta que al fin también consiguió abandonarse a un sueño ligero, accidentado, en el que la imagen de su amigo Martín Navarro no dejaba de aparecerse.

Cuando abrió los ojos apartó a Marina con cuidado, para no despertarla, salió de la habitación y encendió un pitillo, junto a la ventana. Miró el reloj. Eran las cuatro de la madrugada. Aún faltaban cinco horas para ir al periódico, pero estaba claro que no podría volver a pegar ojo en toda la noche. Tan preocupado estaba que se preguntaba si podría volver a conciliar un sueño decente alguna vez. El capitán Navarro estaba en Madrid, según le había informado Rogelio Bejarano, y había desaparecido. Pero, evidentemente, no había sido de forma voluntaria. Unos extranjeros habían pagado a una conocida de Marina para drogarlo, cualquiera sabía con qué fin, y ella también había desaparecido. Si Bejarano estaba al tanto de todo esto y no se lo había contado, el asunto se complicaba todavía más puesto que no le resultaba fácil imaginar el papel que él mismo estaba jugando en la historia. Lo único que sabía era que, se lo hubieran encargado los del Partido o no, iba a seguir investigando hasta averiguar qué le había pasado a Martín Navarro.

A partir de ahora tendría que acostumbrarse a mirar atrás más a menudo, por si alguien lo seguía, y proteger a Marina, sobre todo eso. No se perdonaría en toda su vida que a ella le sucediera algo por haberlo ayudado. Aplastó la colilla, empeñado en convencerse de que no se trataba de amor, sino de algo más importante que tenía que ver con la responsabilidad, la honestidad o la caballerosidad, o con alguno de esos conceptos confusos que le habían inculcado de niño. Puede que estuviese un poco chapado a la antigua, pero poner en peligro a una mujer no entraba en sus planes. Cerró la ventana y, andando con cuidado, se acercó al dormitorio y se tumbó junto

a Marina. Antes de que pudiera darse cuenta ya la había abrazado. Ella ronroneó, como una gata cariñosa, y le besó el antebrazo, sin llegar a despertarse.

Capítulo 9

El impresor jubilado

La boca pastosa, la cabeza que le daba vueltas cuando se incorporó en el colchón, como si alguien le hubiera colocado dentro del cráneo un tiovivo diminuto, con sus caballos, la música y las luces de colores. La espalda rígida: parecía que, en lugar de espina dorsal, tuviese incrustado el palo duro de una escoba. Navarro no sabía cuántas horas llevaba dormido. Debían de ser muchas porque, con los ojos entrecerrados, ya podía ver que era de día. Se había despertado con tanta sed que se preguntó si no habría pasado varios días dormido en lugar de unas cuantas horas. Como un borracho que regresa a casa después de haber apurado hasta el último minuto de una larga y fructífera noche de juerga, se encaminó dando tumbos hasta el cuarto de baño. El agua fría en la nuca lo reconfortó, espabilándolo. Se afanó en mojarse todo el pelo, como si quisiera tenerlo bien aplastado para poder peinarse y estar presentable antes de salir a la calle. Luego hizo hueco con las manos y bebió del mismo grifo, hasta que remitió esa sensación repugnante de sequedad en el paladar, el mal aliento por haber dormido tanto, por haber estado drogado. Se secó con una toalla, despacio, y se pasó un peine por el pelo. Con las ojeras y la palidez de la piel no podía hacer nada, pero al menos, cuando caminaba de vuelta a la habitación ya no iba dando tumbos y no parecía un borracho, sino un tipo recién levantado que ha conseguido disimular la resaca.

La corriente de aire que entró al abrir la ventana también lo alivió. Sentado en la cama, repeinado, como si fuera a salir de fiesta, no pudo hacer otra cosa salvo esperar la vuelta de Erika. No te preocupes. Volveré pronto. Quédate tranquilo. Recordaba haberla escuchado decir eso, en sueños, muy temprano. Pero ninguno de los tres consejos le servía. Habían pasado varias horas y ella no había regresado. ¿Cómo no iba a preocuparse? ¿Cómo iba a estar tranquilo sin saber si le había pasado algo, si volvería siquiera? Apoyó la espalda en la pared, estiró las piernas sobre el colchón y se dispuso a esperar. Esta vez no se iba a dormir.

Igual que un ratón que cree que lo están mirando, contenía la respiración al oír pasos acercándose por el pasillo, y sólo volvía a tomar aire, un poco más tranquilo, cuando alguien abría una puerta antes de pasar por delante de la suya, o cuando no se detenían y seguían hasta otra habitación.

¿Y si Erika no pensaba volver? Le desagradaba dudar de ella, pero no podía evitar contemplar esa posibilidad. Su maleta debía de seguir debajo de la cama, aunque también, se le ocurrió, podría haber regresado un momento a la pensión para recogerla o habérsela llevado cuando se fue sin que él se hubiera enterado porque estaba profundamente dormido. Casi sin darse cuenta se había agachado para levantar la colcha y asegurarse de que el equipaje seguía ahí. Volvió a tumbarse, y durante unos segundos consiguió mantener la mente en blanco, pero acabó pensando en una maleta llena de piedras, el equipaje vacío abandonado en una habitación alquilada para que quien estuviera buscándolo o el dueño del alojamiento creyese que aún no se había marchado, y eso le proporcionaría una tregua inestimable para escapar. Antes de tirar del asa se preguntó si no pesaría demasiado por estar cargada de piedras; o si acaso no pesaría nada porque en lugar de piedras Erika se habría preocupado de llenarla de papeles o incluso la había dejado vacía.

No pesaba ni poco ni mucho. Lo mismo podía estar cargada de periódicos viejos o de arena. Cerró los ojos antes de abrirla, como si esa tregua pudiese cambiar lo que fuera a encontrar, pero sólo era ropa lo que había: vestidos, jerséis, un neceser al fondo, algunos libros. La cerró con un

movimiento rápido y mucha vergüenza por haber sido tan desconfiado. Pero ya no era capaz de sentarse en la cama o en la silla solitaria de la habitación. Voy a salir a comprarte algo de ropa. Ésas fueron sus últimas palabras, pero Navarro no era capaz de recordar si las soñó o si Erika de verdad se las había dicho.

Se sentía como una marioneta. Alguien que mueve los hilos entre bastidores le hace levantar las manos y los brazos histriónicamente, un guiñapo del que los espectadores se ríen. Ni siquiera podía salir a la calle, caminar por una acera bulliciosa igual que una persona libre, mirando oblicuamente las caras de la gente con la que se cruzaba, buscando con los ojos respuestas que ellos no podían darle. Siempre desconfiando. Estaba harto, y quería empezar una nueva vida. Harto de ser un héroe cuando ya no creía en los héroes. Harto de que lo llamasen valiente, en su cara o por la espalda, y le hicieran una reverencia al verlo. Estaba cansado de desconfiar siempre de cada persona que pasaba por la calle o lo miraba al cruzarse con él como si su rostro le resultase familiar; que cualquier viejo amigo de Madrid no pudiese reprimir un gesto de euforia al verlo, después de tantos años, y se pusiera a gritar su nombre por la Gran Vía, ¡capitán!, ¡capitán Navarro!, y tuviera que esconderse o salir corriendo o fingir que no lo había visto nunca. Esperaba que con el paso del tiempo su cara ya no fuera la misma de antes, que las canas o las arrugas que le habían salido, además de las cicatrices nuevas después de demasiados años de guerra, fuesen un disfraz lo bastante eficaz para pasar desapercibido. Qué pena, se lamentaba, haber peleado tanto para no ser otra cosa que un proscrito en la ciudad donde había nacido. Para que terminaran desmoronándose uno por uno todos los ideales en los que había creído. No sabía qué era peor: si ser un proscrito en Madrid o la certidumbre desarmante de tanto sacrificio en vano.

Pero no se había dado cuenta de eso hasta el final. No empezó a tener dudas hasta después de la guerra. Luego todo salió mal, pero Navarro ya no estaba ahí cuando cayó Madrid, y nunca había dejado de torturarse por ello. Tampoco estaba en Francia con los compañeros que habían tenido que cruzar los Pirineos después de la caída de Barcelona, y lo único que pudo

hacer fue quedarse en Rusia y maldecir su mala suerte. O su buena estrella, porque también era muy posible que gracias a estar fuera hubiera salvado el pellejo. Si lo hubieran hecho prisionero en España seguramente habría terminado sus días frente a un pelotón de fusilamiento. Era demasiado popular, demasiado valiente. Demasiado conocido como para que le hubieran perdonado la vida. El capitán Navarro era una pieza muy valiosa para no quitarlo de en medio. La gente lo seguiría, cualquier soldado que hubiese luchado bajo su mando habría estado dispuesto a dar su vida por él sin pestañear, acompañarlo al fin del mundo, como esos moros fanáticos de la Edad Media, decían sus enemigos con desprecio para restar mérito a su carisma.

Erika ya se dio cuenta de eso en cuanto lo vio la primera vez, en aquel portal abandonado de Berlín. No era extraño que los rusos le hubieran dado el mando de una compañía. Además de los dos años largos que había pasado de guerra en España, también había hecho todos los méritos imaginables en el frente contra los alemanes. No era lo más habitual un extranjero en el Ejército Rojo. Pero así había llegado Navarro a Berlín.

Y ahora no confiaba en ella.

* * *

Al cabo de un rato se levantó para ir al baño de nuevo y echarse agua en la cara. No se iba ese mareo familiar, incómodo, de quien acaba de despertarse después de una siesta demasiado larga. Le dolía mucho la cabeza y temió quedarse otra vez dormido.

Luego volvió a la habitación, malhumorado. Delante de la puerta se quedó con la llave en la mano, como si pudiera suspender el tiempo y retrasar el momento de encontrarla vacía. Quizá ahora debería dar media vuelta y marcharse si es que quienes lo buscaban habían cogido a Erika o había sido ella la que le había tendido una trampa.

Respiró hondo, se guardó el aire antes de empujar la puerta, y todavía no se habían acostumbrado sus ojos a la oscuridad cuando vio las brasas de un cigarrillo que se movía sin prisas, desde los labios hasta el regazo de quien aguardaba su llegada sentada en la silla, y la única voz que quería escuchar recriminándole, en un tono firme pero también cordial, que no se hubiese quedado esperándola allí.

—¿Dónde estabas? —protestó ella—. Me tenías muy preocupada. — Navarro ya había cerrado la puerta y escuchaba a Erika hablar en susurros. Su rostro apenas iluminado por la brasa del pitillo cuando le arrancó otra calada.

—Había ido al baño. Me estaba entrando mucho sueño otra vez. — Chasqueó la lengua—. Espero que se me pasen pronto los efectos de la droga. También dijiste que no tardarías en volver. Había pasado mucho tiempo. Me preocupé.

Erika se quedó callada, y él no supo si le prestaba atención o asimilaba su respuesta.

—Te preocupaste —le dijo, por fin.

—Así es.

Volvió a fumar y luego señaló la cama con la barbilla. Navarro siguió con la mirada el lugar que le indicaba.

—Además de ropa también he comprado algo de comida. Pensé que tendrías hambre.

Al ver las bolsas, Martín Navarro no pudo evitar que un torrente de saliva le inundase la boca. Tenía hambre. Era verdad. Mucha hambre. Pero también sentía una curiosidad enorme. Habían pasado demasiadas cosas, se estaban jugando la vida, y aún había muchas preguntas sin responder.

—Puedes empezar a comer ya, si quieres. —Cogió el paquete y desenvolvió con cuidado el papel de estraza—. Yo también estoy hambrienta. —Cuando terminó de abrirlo dejó al descubierto una ristra de embutidos y una pieza grande de pan. Olía tan bien que Navarro no pudo evitar cerrar los ojos.

Erika ya había partido el pan en dos pedazos y le había puesto uno en la mano cuando volvió a abrirlos.

—También he traído vino.

Era verdad. En una de las bolsas había una botella y un sacacorchos. Navarro le quitó el precinto y hundió la punta metálica en el tapón. Las ganas de comer y de beber aumentaban a cada instante.

—Erika, ¿qué está pasando? —le preguntó.

En lugar de contestarle inmediatamente, ella cogió la botella y le dio un trago, largo, a gollete. Cuando se la devolvió, lo miró, en silencio. Él aún no había probado bocado ni había bebido. Por mucha hambre y por mucha sed que tuviese no quería comer ni beber hasta que Erika le respondiese.

—Te lo contaré, si quieres —le dijo, y luego se quedó callada otra vez, como si disfrutase manteniendo el suspense—. Pero a lo mejor hay cosas que no te gustará saber...

Ahora fue él quien permaneció en silencio, mirándola, mientras arrancaba otro trago largo a la botella de vino antes de seguir hablando.

—Quiero saberlo todo —le dijo, convencido—. Todo.

Ella había vuelto la cabeza hacia la ventana, como si quisiera asegurarse de que nadie los observaba o acaso le diera vergüenza contarle un secreto que debería haberle revelado mucho antes. Luego lo miró, mientras él devoraba una ristra de chorizos.

—Emil era un canalla.

Al escuchar esas cuatro palabras, para Navarro fue como viajar en el tiempo, como si estuvieran en Berlín de nuevo, después de la guerra, y Erika le hablase de su marido muerto por primera vez.

No mucho después de curarle la herida del cuello, Martín Navarro y Erika Walter se hicieron amantes. No inmediatamente, sino cuando ya había ido a verla tres o cuatro veces. Llegaba siempre con una excusa, como un adolescente tímido que no sabe cómo decirle a una muchacha que siente algo por ella, y eso fue lo que más le gustó a Erika: que no quisiera aprovecharse de una mujer sola en la capital en ruinas de un país derrotado.

Una de las veces que fue a verla, para que le echase un vistazo a la herida o llevarle algo de comida, puede que las dos cosas, en la puerta,

antes de marcharse, la besó. A pesar de lo tímido que le había parecido, no fue una sorpresa para Erika. Estaba oscuro en el pasillo, apenas podía ver la sombra de su cara porque Navarro había bajado los ojos después de besarla, como si se arrepintiese o quisiera evitar la vergüenza de haberlo hecho. Esperaba que ella le diese una bofetada, le confesaría días después, cuando ya se habían besado muchas veces, y Erika no pudo evitar echarse a reír cuando se lo contó. Que le diera una bofetada... Luego le dijo que tenía prisa. Sus hombres lo estaban esperando. Alemania ya se había rendido, pero los aliados occidentales aún no habían llegado a Berlín, y estar en la ciudad resultaba extraño, como habitar un lugar perdido, una tierra de nadie.

—¿Volverás mañana? —le preguntó Erika, y se dio cuenta enseguida, y esperaba que él también, de que más que una pregunta era un ofrecimiento.

Navarro se quedó callado. Apenas movía un poco el bigote, sopesando quizá las posibilidades de volver a verla mañana. Después de tantos años de guerra, cada día se había vuelto una sorpresa, y pensar en el futuro era un lujo que ya no se podía permitir. Bastaba pisar una mina, un francotirador irreductible, los cascotes de un edificio que no aguantase más de pie, incluso que estallase una tormenta y un rayo le atravesara el pecho para que la palabra mañana no fuese sino una broma macabra, una utopía que sólo los más ingenuos o los más optimistas —si es que a esas alturas todavía quedaba alguna persona optimista— se podían permitir.

—Lo intentaré —respondió Navarro al cabo, y dio media vuelta y se puso la gorra y Erika ya no volvió a verlo hasta el día siguiente. Antes de cerrar la puerta tuvo la certeza de ser observada en silencio por algún vecino que aguantaba la respiración mientras colaba la curiosidad por la mirilla. Cuatro días después de conocer al oficial español se había convertido en la comidilla del edificio. No era extraño: una mujer alemana a la que visita un oficial del Ejército Rojo. Pero nadie dijo nada. Que uno de los militares que habían ocupado Berlín entrara y saliese del bloque era un precio insignificante comparado con tener una cisterna de agua potable en la puerta y la tranquilidad de que soldados borrachos no entrasen a

desvalijar las viviendas y a violar a sus hijas. Y Erika a esas alturas no se iba a preocupar por las murmuraciones.

La noche siguiente, después de que tocase la puerta con los nudillos, fue ella la que lo recibió con un beso, y le pareció que en la cara de Navarro se había quedado el mismo gesto de ayer: a pesar de su uniforme y de su pistola, un poco azorado por lo que ella acababa de hacer, como si ahora le diera más pudor entrar que las otras veces. Durante unos instantes Erika temió que se fuera, que se sintiera tan incómodo después de haberlo besado que no se le ocurriese sino volver a encasquetarse la gorra, darse la vuelta y bajar de nuevo las escaleras. En esos segundos de incertidumbre incluso llegó a pensar en la reacción que sus vecinos del bloque tendrían si a la mañana siguiente, cuando se levantaran y fueran a recoger agua, no encontrasen el camión cisterna ni un par de soldados de gesto circunspecto custodiando el edificio. Se le ocurrió que la tomarían con ella, que la castigarían, que le afeitarían la cabeza y la harían pasear en procesión por la calle mientras la gente le tiraba piedras por haber dejado entrar hasta tres veces —cuatro, con esa última que lo había recibido con un beso— en su casa a un oficial del Ejército Rojo. Su mente le fabricaba esas jugarretas, la imaginación volaba sola. Y le habían llegado historias de mujeres que habían tenido relaciones, mujeres que incluso habían tenido hijos con soldados alemanes que ocuparon sus países y que luego, al ser expulsada la Wehrmacht, habían sido sometidas a una terrible humillación pública, obligadas a marcharse para siempre de su casa, a veces con una criatura en brazos, desterradas de por vida. Pero, sobre todo, le preocupaba haber hecho algo mal, comportarse de una forma demasiado compulsiva, equivocarse después de que él se hubiera portado tan bien con ella.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó. El español seguía en la puerta, sin decidirse a entrar pero tampoco a marcharse—. ¿He hecho algo mal? ¿Acaso no te gusto?

Navarro negó con la cabeza, muy serio. Ni una mueca en su cara que dejase entrever alguna clase de emoción. Luego entró, por fin, cerró la puerta y le dijo que estaba bien, que no pasaba nada.

—No, no te preocupes —añadió, para tranquilizarla—. No has hecho nada malo. Al contrario.

A Erika le hubiera gustado descubrir al menos una mueca amable detrás de aquella expresión de piedra, pero cuando encendió una vela descubrió que la sonrisa de Navarro era un gesto que sólo existía en sus pensamientos. Creía que todavía estaba enfadado por haberlo besado, por haberse tomado esa confianza a pesar de que él había hecho lo mismo la noche anterior con ella. Todavía no lo conocía lo bastante para saber que su manera de estar en el mundo a menudo era el gesto serio, concentrado como si tuviera que resolver un problema que nunca antes hubiera sido capaz de solucionar nadie.

—No te preocupes. No has hecho nada malo —dijo, de nuevo—. ¿Sabes? Es que no quiero que pienses que estás obligada a besarme, que creas que debes ser cariñosa conmigo porque te ayudé el otro día o porque traigo comida cada vez que vengo a verte.

Erika estuvo a punto de soltar una carcajada, por la sorpresa, pero hizo un gran esfuerzo para contenerse porque no quería ser malinterpretada. Y también tuvo que esforzarse para no darle un abrazo y comérselo a besos. Mantuvo la compostura, frunció el ceño, como si no hubiera comprendido muy bien lo que le había dicho. Había algo demasiado extraño en aquella situación. Era como si el soldado estuviese a punto de pedirle disculpas, como si hubiera sido muy difícil para él superar la vergüenza y volver a su casa después de haberla besado ayer. El mundo al revés: el oficial de un ejército victorioso preocupado por haberse comportado de una forma poco caballerosa con la mujer de un país derrotado. Parecía estar a punto de pedirle perdón por haberla besado el día antes, cuando lo cierto era que podría tomar lo que quisiera de su casa o hacerle cualquier cosa que le diera la gana sin tener que pedir permiso ni temer que alguien lo castigase por ello.

—Dime, Martín Navarro. Explícamelo. ¿Cómo es que un soldado del Ejército Rojo no toma lo que quiere, simplemente, sin preguntar o pedir permiso?

Entonces él la miró contrariado, pero no parecía enfadado con ella, sino consigo mismo. Lamentarse por haber hecho algo mal, como si el hecho de que se hubiera confundido o pensara que era igual que los demás para él fuese un fracaso.

—Si quisiera tomar lo que deseo sin preguntar o pedir permiso, si te obligase a estar conmigo, más me hubiera valido dejarte en manos de esos soldados que te sorprendieron cuando fuiste a buscar agua.

Ahora fue ella la que no supo qué decir. Pensaba que a lo mejor le salía algo que lo molestara y entonces se iría y ya no volvería a verlo.

—Ya he visto demasiada barbarie —añadió Navarro—, mucha más sangre de la que nadie debería ver en diez vidas.

Después de decir esa última frase bajó los ojos y se quedó un segundo quieto, pensativo, como si se resignara a que todo lo bueno que había hecho con ella no hubiera servido para nada. Como si haberse portado bien no lo convirtiera sino en un sospechoso, un soldado del que había que desconfiar porque ha tenido los escrúpulos de no violar a una mujer que le había abierto la puerta de su casa. Luego hizo ademán de ponerse la gorra y dar media vuelta y volver por donde había venido.

—No te vayas. —Después de haberla dicho, Erika pensó que a lo mejor sólo había pensado la frase, o tal vez murmurado, y no había resultado lo bastante contundente para que él la creyese—. No te vayas —repitió, cogiéndole la mano—. No te vayas, por favor.

Y Navarro no se fue. Se quedó con ella esa noche. Y luego fueron muchas noches más.

—¿Estás casada? —le preguntó al día siguiente.

Ya habían hecho el amor, y la pregunta era como una barrera que él no estaba seguro de levantar antes de seguir adelante. Tenía la vista clavada en algún punto del techo, como si quisiera evitarle la mirada. Erika temía que una respuesta afirmativa lo sacase de la cama, y no le gustó que le hiciera esa pregunta después de haberse acostado con ella. ¿Acaso le importaba cuando iba a que le curase la herida del cuello? Y si le hubiera dicho que no

estaba casada tenía la sensación de que se lo habría creído. Pero lo mejor era decirle la verdad.

—Lo estuve —le respondió, después de encender un cigarrillo. Él seguía sin mirarla, como si no quisiera enfrentar sus ojos para descubrir que quizá le mentía—. Mi marido murió en el frente. Era un oficial, igual que tú —y al decirlo fue ella la que ahora preferiría haberse callado, la que clavó su mirada en el techo, intentando evitar su mirada. No quería que sintiera que estaba ocupando un lugar de la cama que no le correspondía.

Navarro encendió un pitillo, y se incorporó apoyándose en la almohada.

—Lo siento —le dijo, sin mirarla todavía.

Erika aún seguía tumbada, arrancándole de cuando en cuando una calada al pitillo. Era como si nunca hasta entonces hubiera pensado de verdad que jamás volvería a ver a su marido, que la muerte no tenía vuelta atrás, que su vida no hubiera sido más que un sueño destruido por la guerra. Eran tiempos difíciles esos que les habían tocado en suerte. Mucha gente había perdido a alguien. Era mejor no pensar en ello y mirar hacia delante, vivir el tiempo que le quedase con dignidad.

—Mi marido era un canalla. Tampoco quiero decir con eso que no estuviese enamorada de él o que no hubiéramos sido felices, pero era un canalla con todas las de la ley. Supongo que es normal que los matrimonios se vayan distanciando. Un día te das cuenta de que hace mucho tiempo que se abrió una brecha que ya no se puede salvar. Me enteré de que había muerto pero ya llevábamos casi un año sin saber nada el uno del otro. Era como si nuestro matrimonio hubiera acabado mucho antes, desde nuestra etapa en España. ¿Sabes? Cuando estábamos en tu país a menudo echaba de menos Salzburgo o Berlín, y ahora, fíjate, no puedes imaginarte cuánto me acuerdo del tiempo que pasamos en Madrid, de lo fácil que ahora me parece la vida entonces a pesar de que España estaba intentando recuperarse de una guerra. Yo al principio vivía en un cuento de hadas, como los demás, como Emil y todos nuestros amigos, de espaldas a la realidad, ajena al hambre y a las cartillas de racionamiento, incluso ajena a lo que estaba pasando en Alemania. No sé si fue por sus nuevas amistades en Madrid o es que siempre había sido así, pero después de los dos primeros años en España

Emil no volvió a ser el mismo. Le gustaba la buena vida, no privarse de nada, y estoy segura de que una de las cosas que más sufrió cuando lo trasladaron de Madrid, antes que la humillación por un destino peor, que al final no era más que una degradación encubierta, era alejarse de los locales de postín de Madrid: de Chicote, de las cenas en L'Hardy con sus amigos españoles, de la vida de pachá a la que se había acostumbrado. Se justificó diciéndome que sus jefes ya no confiaban en él, que la guerra se había estancado y ahora sería más útil lejos de Madrid. Pero no se trataba de un regalo ni de un ascenso. Nada de eso. Los dos sabíamos que lo habían quitado de en medio porque ya no confiaban en él. Yo intentaba callar y mirar para otro lado, pero el papel de esposa sumisa no iba conmigo. Que el trabajo de Emil fuera una tapadera no era lo peor, sino no saber qué hacía en realidad, la incertidumbre de que regresara a casa sano y salvo cada vez que salía de viaje y no me decía adónde iba. No fue una decisión temperamental. Nos fuimos distanciando, poco a poco, hasta que ya fue imposible que no nos separásemos. Yo quería volver a Alemania, pero tuve que quedarme en Madrid para guardar las apariencias. Luego fueron las circunstancias las que nos obligaron a marcharnos. A Emil lo destinaron al frente oriental.

—¿Qué fue lo que pasó en España?

—En realidad, no lo sé muy bien. Durante la guerra había una actividad comercial muy intensa entre Alemania y España. Emil se encargaba de supervisar las exportaciones, coordinar el transporte por Europa, cosas así. Viajaba mucho, desde España hasta Alemania, atravesando la Francia ocupada. Oficialmente, Emil era un funcionario con cobertura diplomática y podía moverse con bastante facilidad por donde quisiera. Pero yo era su mujer, a mí no podía ocultarme que su trabajo en la embajada de Alemania en Madrid no era más que una tapadera para su actividad como agente de la Abwehr. Siempre fue muy discreto con ese asunto y yo me esforcé en respetarlo. Eran tiempos complicados para todos. Pero no, no vayas a pensar que Emil era nazi. Ni siquiera tenía el carné del Partido. Cuando llevábamos más de cuatro años en Madrid y parecía claro que ganar la guerra con los aliados no iba a ser tan fácil como todos pensaban cuando

cayó Francia, mucha gente empezó a ponerse nerviosa, a desconfiar los unos de los otros.

—Por eso volvisteis a Berlín.

—Al principio, no. La familia de Emil tenía cierta influencia y pudo retrasar su nuevo destino unos meses. Estuvimos en Madrid hasta primeros del otoño de 1944. Para entonces seguíamos estando casados aunque ya no éramos un matrimonio. A pesar de ello todavía me quedé en Berlín en lugar de volver a Salzburgo, para guardar las apariencias. Luego ya no fue posible marcharme. Temía, además, que Emil fuera a buscarme o mandase a alguien para castigarme por haberlo abandonado. Yo no sabía muchas cosas, pero sospechaba bastantes. Y mi marido y yo nos habíamos distanciado tanto que no sabía qué podría pasar. Luego, a medida que pasaban los meses, ya era más difícil abandonar Berlín. No volví a saber nada de él. Cuando Emil ya estaba en Polonia, unos hombres de la Gestapo vinieron a registrar el piso. Tres meses antes habían intentado matar a Hitler con una bomba, en la *Wolfsschanze*, y estaban deteniendo a mucha gente. Yo era la esposa de un agente de la *Abwehr*, y seguro que sospechaban que Emil tenía información comprometida, que a lo mejor incluso había conspirado contra el Führer.

—¿Y tú crees que él formó parte de aquello? La guerra habría terminado mucho antes de haber tenido éxito el atentado.

Erika se encogió de hombros, como si no supiera la respuesta o no le importase.

—Tras el atentado frustrado sobrevino una época de locura: detenciones cada día, ejecuciones, terror. Después de registrar el piso y revolverlo todo durante un rato, los hombres de la Gestapo no se llevaron nada. Durante todo el tiempo yo estuve ahí, sentada en esa silla, asomada a la ventana mientras esperaba que se fueran, sin saber si al final me pedirían que los acompañase.

Navarro miró la silla vacía, imaginando a Erika sentada mientras unos hombres muy serios vestidos con uniformes siniestros registraban su casa.

—No sé si Emil formó parte de la conspiración para matar a Hitler o no. Pero qué más da. Cuatro meses después de que los de la Gestapo vinieran a

registrar nuestra casa recibí la noticia de su muerte. Había caído en el frente, y no me costó imaginar que, como muchos sospechosos de haber formado parte del complot para acabar con la vida del Führer, había sido ejecutado después de un juicio, o puede que ni siquiera hubiera sido necesario un juicio. A mí no me arrestaron, pero sí es verdad que me tuvieron bajo vigilancia el resto de la guerra y estuve obligada a presentarme cada semana en la comisaría de Alexanderplatz. Si no lo hacía podrían detenerme. Temía que si me marchaba a Salzburgo no tardarían en encontrarme. Lo único que podía hacer era quedarme en Berlín y esperar a que la guerra acabase y quienes sospechaban de Emil me dejaran en paz para siempre. Puede que al final mi marido hubiera sido un héroe que se había comportado de una forma decente, pero también había arruinado mi vida. Quién sabe. A lo mejor había pasado de ser un arribista ambicioso y sin escrúpulos a un hombre de honor con problemas de conciencia, pero para mí ya era demasiado tarde. Yo siempre me mantuve al margen de sus asuntos, y estoy segura de que había puesto en peligro mi vida sin avisarme siquiera. Estos últimos meses han sido demasiado duros. Para mí Emil no podía ser sino un canalla.

—Vino a verme hace cuatro años —le contó ahora, y Navarro dejó de masticar de repente, pero en lugar de mirarla siguió unos segundos con los ojos fijos en algún punto del suelo. Por un momento parecía que no la escuchaba, que estaba más atento a la comida que a la sorpresa que Erika le acababa de revelar. Aunque nunca habían hablado de ello, los dos sabían que Emil Liebermann no había muerto en Polonia, al final de la guerra, sino muy cerca del puerto de Génova, ocho meses antes. Erika no le había contado que mucho antes había ido a verla. Y lo cierto era que no le sorprendía. Ya no le sorprendía nada.

Asintió, lentamente, y siguió masticando el chorizo sabroso; luego volvió a beber, como si no le diese importancia.

—Se presentó una noche en mi casa —prosiguió Erika—, como un fantasma. Me pidió que lo ayudase. ¿Qué podía hacer? Había sido mi

marido durante siete años; en realidad, todavía éramos marido y mujer. Me contó que lo dieron por muerto en el frente, pero lo habían hecho prisionero los rusos y consiguió escapar. Emil Liebermann ya no existía. Emil Liebermann había desaparecido para siempre. Ahora vivía con un nombre falso, escondido, porque no sólo los aliados, sino también sus viejos amigos nazis lo estaban buscando. Me suplicó que lo ayudase. No había nadie más que pudiera hacerlo. Tienes que guardarme esto, me dijo, y me entregó una pequeña maleta envuelta en una manta. No pude negarme, pero le pedí que él mismo la escondiese en algún lugar del jardín. Cavó con una pala, y luego rellenó el agujero con tierra y la aplastó, como si no hubiera pasado nada.

—¿Qué había en la maleta?

Erika sacudió la cabeza.

—No quise saberlo. Emil me dijo que lo que había dentro de la maleta era su seguro de vida. Que algún día iría a buscarla, puede que incluso cuando yo no estuviese en casa, y a lo mejor dejaría un montoncito de tierra como recordatorio para que supiese que había venido. No puedes imaginarte cuántas veces he mirado el jardín durante estos años, esperando ver tierra escarbada junto al roble del jardín. Cuántas ganas he tenido de que Emil hubiera venido a buscar la maleta y desapareciese para siempre de mi vida. Algunas veces dejaba de pensar en ella, incluso conseguía engañarme con que no estaba escondida en mi casa.

—Nunca me dijiste nada.

Erika se encogió de hombros, disculpándose.

—No quería comprometerte. Lo siento. Y también temía que pensaras que había cosas de Emil que no te había contado. Pasó el tiempo, y la maleta seguía enterrada en mi jardín. Luego supimos que había muerto en Génova. Hablarte de aquello ya no tenía sentido. Para qué preocuparte. Alguna vez incluso se me ocurrió tirarla, apartar para siempre el pasado de mi vida, pero no me atreví. A lo mejor en el fondo pensaba que si lo que la maleta contenía podía haber servido para salvar la vida de Emil, quién sabe, algún día podría servir para salvar la mía. Y con Emil muerto, nadie tenía por qué venir a molestarme, pero estaba equivocada. La semana pasada se

presentó un hombre en mi casa y estuvo a punto de matarme. Quería llevarse la maleta. Me salvé de milagro.

—¿Quién era ese hombre?

Navarro ya había terminado de comer, y quizá por culpa del vino y de los efectos de la morfina que aún no habían desaparecido, sentía que el sueño inevitable volvía a apoderarse de él. Había estirado las piernas sobre el colchón y apoyado la espalda en la pared. Parpadeaba pesadamente, procurando mantenerse despierto.

—No lo había visto en mi vida. Tenía acento de Berlín. No era muy alto —Erika levantó una mano, como si quisiera calcular su estatura—, pero bastante corpulento, completamente calvo, siniestro. Estoy segura de que me habría matado si no hubiera aparecido Mijail en el último momento. Venía buscando la maleta de Emil, pero al final no pudo llevársela.

—Debe de tratarse del mismo hombre que mató al ruso que me custodiaba. El mismo que me seguía la noche que nos encontramos. También era calvo y corpulento. Y me habló en alemán.

Erika suspiró, resignada. Luego negó con la cabeza, para sí misma, como si Navarro no estuviese.

—No entiendo por qué andan también detrás de ti.

—¿Qué hay en esa maleta? Me cuesta creer que después de cuatro años no hayas sentido curiosidad.

Erika volvió a sacudir la cabeza.

—Ninguna. Me he esforzado mucho para olvidarme del pasado, y no he tenido ningún interés en saber lo que había dentro de la maleta de Emil. No la he abierto hasta la semana pasada, después de que ese tipo viniera a buscarla a mi casa. Fue al ver lo que contenía cuando tomé la decisión de venir a Madrid.

Navarro estaba mirándola. No hizo falta volver a preguntarle por el contenido de la maleta.

—Había varias carpetas con nombres, direcciones, cuentas bancarias, fotografías comprometedoras, pruebas que inculpaban a docenas de nuestros viejos amigos. Todo era, efectivamente, un seguro de vida para Emil, pero también un motivo incuestionable para matarlo. Cualquiera

hubiera pagado mucho dinero por esa información. Lo primero que se me ocurrió fue acudir a la comisaría, pero no confiaba en que la policía austríaca no alertase a las personas cuya tranquilidad comprometían esos documentos. También pensé en ir a contárselo a los americanos, pero eso no significaba que los hombres de la lista no fueran a buscarme para vengarse cuando se enterasen. Y tampoco podía quedarme más tiempo con la maleta. Antes o después vendrían a buscarme otra vez. No pararían hasta conseguir lo que querían.

—¿Y crees que venir a Madrid era la solución?

—A veces, para resolver un problema, hay que ir al mismo centro del problema. He venido a Madrid para entregar los documentos a quienes tantas ganas tienen de tenerlos y acabar con todo de una vez.

—¿Se los has dado ya?

—Aún no. Hace seis días fui a casa de uno de nuestros viejos amigos. Le dije que tenía los papeles y se los entregaría a cambio de que me dejaran en paz para siempre. Pero es una estrategia un poco ingenua, ¿verdad?

Navarro encogió los hombros, como si le disgustase reconocer que ir a Madrid para entregar los documentos no había sido la idea más brillante.

—No se me ocurrió otra cosa mejor para librarme del pasado. Maldigo a Emil por haberme causado tantos problemas hasta el final, hasta después de muerto. Y, aunque no quería, he terminado involucrándote en esta historia.

—Ya no tiene remedio. Tenemos que buscar una forma de resolverlo. ¿Cuándo has quedado en entregar los documentos?

—Herbert Mundt, el hombre al que fui a ver, me dijo que tendría que hablar con varias personas antes de darme una respuesta. Y yo también quería que me garantizaran que nunca más me iban a molestar, pero parece claro que andaba equivocada. Y ahora estamos los dos atrapados en Madrid, y me temo que no va a resultar sencillo salir de esta ratonera.

Navarro suspiró, resignado. Le costaba mantener los ojos abiertos. Erika le cogió las manos.

—No sabes cuánto lamento haberte metido en esto. Tendría que habértelo contado, advertirte de que no viajaras a Madrid.

Él prefirió no decirle que habría ido de todos modos. Que le contaron que no confiase en ella porque se había marchado de Salzburgo en cuanto se descubrieron algunos asuntos de su pasado que prefería esconder. Y ahora, aunque le costase, y por mucho que quisiera lo contrario, tenía que obligarse a dudar de las verdaderas intenciones de Erika, y además hacerlo secretamente, porque sospechaba que desvelándole sus dudas sólo conseguiría que ella se pusiera a la defensiva, incluso abiertamente en su contra.

Lo mejor sería que ella lo confesase, pero no iba a resultar sencillo.

—Me han tendido una trampa, Erika. Ellos querían que viniera a Madrid, y la mejor manera de convencerme fue diciéndome que tú estabas aquí y me habías traicionado.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

Navarro asintió, para sí mismo, contrariado.

—Los del Partido. Dos tipos rusos me drogaron y me secuestraron la misma noche que llegué a Madrid, pero la intervención del alemán que estuvo en tu casa buscando la maleta de Emil los pilló desprevenidos. Después de todo, que mis camaradas quisieran acabar conmigo no es ninguna novedad. Lo extraño es que me hayan hecho venir hasta Madrid para ello, y más extraño aún que un sicario de los nazis se haya metido por medio. Hay algo que no me encaja en toda esta historia.

—Sea lo que sea, estamos los dos aquí, y no podemos confiar en nadie. —Erika volvió a cubrir las manos de él con las suyas—. Sólo nos tenemos el uno al otro, Martín. Escúchame. Lo más probable es que al final no obtenga ningún compromiso por parte de Mundt, pero a lo mejor podríamos marcharnos los dos a otro país, empezar una nueva vida en un sitio donde podamos olvidarnos del pasado.

Navarro suspiró, tratando de esquivar la pesadez de los párpados. Se preguntó cuándo desaparecerían los efectos de la droga.

—Entonces ¿les damos a los nazis lo que están buscando?

Ahora fue Erika la que se pensó la respuesta.

—Espero que si les doy lo que quieren puedan entenderlo como un acto de buena voluntad por mi parte.

—No creo que eso sirva de mucho.

—Supongo que no, pero será peor si no lo hago. No pararán hasta dar conmigo. Quizá podamos marcharnos y luego, cuando estemos muy lejos, hacerles llegar los documentos de Emil. Los papeles originales están ahora mismo en un lugar seguro, tal vez fuera de Madrid. Puedo decirle a la persona que los tiene que los guarde hasta que la avise. Mientras tanto, deberíamos irnos de aquí cuanto antes.

Navarro sonrió, como si escuchase los argumentos de una niña ingenua.

—Ni siquiera tengo papeles —respondió, sin embargo. Otra vez empezaban a emborronarse los muebles de la habitación. Se cambió de postura en la cama, para ahuyentar el sueño.

—Pero seguro que sabes dónde conseguirlos. Escúchame, no tenemos mucho tiempo que perder. Piensa en alguien que pueda ayudarnos a conseguirte documentos nuevos. Alguien en quien puedas confiar, que no deba favores a los del Partido ni sea amigo de la colonia alemana de Madrid.

Navarro bostezó. Debía de ser mediodía, pero era como si fuese de madrugada y se hubiese pasado varios días sin dormir, como si llevase demasiadas horas seguidas de fiesta interminable y su cuerpo dijese que ya no podía más. Ni siquiera el beso de ella consiguió ahuyentar el cansancio que lo dominaba. Tan cansado estaba que no podía levantarse. Casi no podía hablar. Sonrió cuando los labios de Erika rozaron su mejilla, pero el gesto se le convirtió en otro bostezo largo que anticipaba un sueño inevitable.

Erika había sonreído también. No podía verla con claridad, pero Navarro estaba seguro de que lo había hecho. Puede que al final los dos pudieran salvarse, marcharse de Madrid sin que nadie los molestara. Pero luego, cuando el peligro hubiera desaparecido, ella tendría que contarle muchas cosas.

—Debemos tener mucho cuidado —le dijo, levantando un poco la cabeza para verla mejor—. Puede ser mucho más peligroso de lo que ya es.

—No te preocupes, que no nos pasará nada. —Se inclinó sobre la cama y volvió a besarlo, esta vez en los labios, y le pasó la palma de la mano por

la mejilla, como si le gustase el tacto de su barba áspera, sin afeitarse; el mismo ademán que una madre orgullosa le dedicaría a su hijo—. Tranquilo. Anda, descansa. Voy a salir a buscar un periódico y a comprar más comida. Si llego a saber que tenías tanta hambre hubiera traído más...

—De acuerdo. —Fue lo único que Navarro pudo responder, y no sin gran esfuerzo—. No me moveré de aquí.

Cuando dijo la última frase se preguntó si a Erika le había parecido que estaba de broma, si a pesar del momento tan complicado que estaban viviendo aún le quedaba espacio para el humor. Ella ya se había puesto de pie y, aunque un velo de niebla le caía sobre los ojos, pudo distinguir que se pasaba las manos por el vestido para planchar las arrugas.

—No te importa que no te acompañe, ¿verdad? —Estaba en lo cierto. Después de todo, el sueño había dejado una puerta abierta al humor—. Prefiero quedarme aquí, descansando.

Volvió a besarlo, y a él le gustó sentir esa familiaridad, pero ya no estaba seguro de si lo estaba soñando o viviendo, si formaba parte de la realidad o no era más que una ilusión. Sintió que la puerta se cerraba con suavidad. No te preocupes, volveré pronto, quédate tranquilo. Volvió a escuchar las palabras en el mismo orden que se las había dicho la primera vez que salió a la calle. Todavía resonaban en su cabeza, como un eco lejano, cuando se quedó dormido.

Martín Navarro se quedó en Berlín hasta el otoño. En julio llegaron los aliados occidentales, y aunque la ciudad aún estaba en ruinas y quedaba todo por hacer, poco a poco la vida comenzó a normalizarse. Los berlineses empezaron a recuperar sus hábitos, a trabajar cada uno en lo que podía. Erika también había visto demasiada sangre. Quería volver a Austria. Navarro la ayudó a conseguir un pase para atravesar la zona norteamericana y, vía Munich, llegar a Salzburgo.

Erika no volvió a verlo hasta la primavera siguiente. Ella ya se había entregado en cuerpo y alma a arreglar la casa de su familia, la única herencia que le había quedado, y se propuso la meta de volver a conseguir

que fuese habitable. Tal vez fuese una quimera, pero gracias al estímulo de levantar aquel sueño volvía a sentir que la vida merecía la pena, que, si se esforzaba en sacar adelante la locura que se había propuesto, quedarían atrás para siempre los años terribles que había vivido.

Luego, la vida siguió para los dos. En Salzburgo, Erika terminó de arreglar la casa de sus padres y encontró un buen trabajo en una escuela de música de la Geidestrasse. Martín Navarro se instaló en París y empezó a traducir al francés a autores rusos por cuenta de una editorial financiada por el Partido. Como muchos exiliados, esperaba que las cosas cambiaran pronto en España, y su manera de contribuir era acatando sin rechistar cualquier misión que le encomendaran. Pronto se destapó como un agente valioso que podía entrar en España clandestinamente para ayudar a escapar a un camarada en apuros o ajustar cuentas a un traidor que hubiera cambiado de bando.

Y aquella primera vez que Navarro viajó a Salzburgo Erika se había puesto manos a la obra. Aún no había salido el sol y ella ya estaba subida a una escalera, pintando las paredes, con un pañuelo en la cabeza para protegerse el pelo. Y fue eso lo primero que se le ocurrió decirle, que se había vestido de esa manera porque estaba trabajando y no quería mancharse de pintura. Le daba vergüenza que la viera así. Sin moverse de la escalera, temía caerse porque le temblaban las piernas. Hacía dos meses que no sabía nada de él. Puede que para Navarro fuera normal no escribir cartas a menudo o no dar señales de vida, pero no sabía cómo la angustiaba pensar que le había pasado algo, la incertidumbre de no volver a verlo nunca más.

—He estado muy ocupado —le dijo Navarro, para disculparse, como si supiera exactamente lo que estaba pensando aunque todavía no se lo hubiera dicho—. Sé que tendría que haberte escrito o al menos decirte que pronto vendría a Austria, pero ya no faltaba mucho para que viniese y quería darte una sorpresa.

Estaban los dos quietos, como si fueran a hacerles una foto. Qué distinto del día que lo conoció. Se le hacía raro verlo, varado en su jardín, con un sombrero en lugar de con la gorra de plato, un traje oscuro en vez del uniforme caqui del Ejército Rojo; y esos zapatos, negros y relucientes,

como si el barro de la calle no pudiera arrebatárles el lustre, en lugar de esas pesadas botas militares, enormes, recias para el combate o para las caminatas interminables. Ella, sin arreglar, con una camisa vieja y una falda remendada. Al verlo se llevó las manos a la cara. No pudo evitar el reflejo de taparse para que no la viera tan sucia, seguro que con restos de pintura seca en las mejillas.

—Espero haberte dado una sorpresa —le dijo él, preocupado—. Una sorpresa agradable, quiero decir.

Erika empezó a bajar de la escalera despacio, procurando que Navarro no se diese cuenta de lo nerviosa que se había puesto.

—Tenías que haberme escrito —contestó—. Estaba muy preocupada por ti. Había pensado incluso que no volvería a verte nunca. —Aún estaba en la escalera, le faltaba sólo un peldaño para llegar al suelo, pero antes de hacerlo se quedó parada, como si lo hubiera pensado mejor y hubiese decidido seguir pintando—. Además, ¿cómo estás tan seguro de que aún sigo queriéndote? ¿Quién te dice que no me he enamorado de otro después de que hayan pasado dos meses sin saber nada de ti?

A Navarro se le ensombreció el semblante cuando la escuchó, y ella a duras penas pudo contener la risa. El enfado se había esfumado. Y lo único que deseaba era que él se decidiera a entrar de una vez y la abrazara. Y de pronto era como si el tiempo no hubiera pasado, como si otra vez se hubiera presentado en su casa para que le curase la herida del cuello.

—¿No será verdad lo que me has dicho? —le preguntó.

—¿El qué? ¿Qué si hay otro hombre? ¿Qué si me he olvidado de ti o me he vuelto a enamorar? Pero qué tonto eres, Martín. —Erika ya se había abrazado a él—. Pero qué tonto. No te vas a librar tan fácilmente de mí. Ni aunque te destinaran a Siberia lo conseguirías. —Lo besó, apretó su mejilla contra la de él—. Hasta allí iré a buscarte si hace falta.

Entonces lo vio sonreír. Su fuerte nunca había sido el sentido del humor. Para reírse había que estar relajado, y él siempre estaba alerta, como un lobo en peligro. El ceño fruncido, atento a lo que lo rodeaba, buscando un enemigo al acecho. Sin embargo, aquella mañana que se presentó en Salzburgo sí parecía en paz consigo mismo. Sin soltar a Erika, Navarro

echó un vistazo a la pared a medio pintar, a los papeles viejos que cubrían el suelo de madera.

—Te sienta muy bien la ropa de calle —le dijo ella—. Esos pantalones oscuros, tan elegantes, la corbata, el abrigo y el sombrero. Pareces un hombre de negocios. Pero el uniforme también te quedaba muy bien. ¿No te lo vas a volver a poner? ¿Es que acaso ya no eres un oficial de Ejército Rojo?

—Lo sigo siendo, claro que sí, pero de momento no va a ser necesario que lo vuelva a llevar.

Navarro cerró los ojos. Erika se percató de que también suspiró ligeramente, como si no le gustase ir de paisano después de haber llevado el uniforme durante tantos años y prefiriese las botas pesadas a los zapatos ligeros y la guerrera arrugada al traje elegante que vestía ahora.

—Debería haberte llamado o escrito. Ya lo sé. Perdóname. Seguro que has estado muy preocupada.

Ella se encogió de hombros, como si no le importase, pero era un gesto inútil. No podía engañarlo.

—¿Acaso habías pensado que era posible que no me importase?

—Lo siento, Erika. De verdad que lo siento. He estado muy lejos, haciendo algo muy importante. —Lo dijo y bajó los ojos, como si no quisiera explicarse mejor o se avergonzara de lo que había pasado o de lo que había hecho. Sacudió la cabeza, con pesadumbre. Suspiró.

Ella se abstuvo de preguntarle cuál iba a ser su trabajo desde que había dejado de llevar uniforme. Pero la única cuestión, la única pieza que no encajaba era que, aunque no se lo dijera, tenía el presentimiento de que había algo en su nuevo desempeño que lo desagradaba profundamente.

Nunca se acostumbró del todo a su rutina. Pasaba semanas con ella en Salzburgo y luego desaparecía, para volver a su apartamento de París, o a veces le contaba que tenía que viajar a Moscú. Pero lo mejor, ya lo había aprendido, no sólo después de haber estado con él, sino en su propia vida, era no hacer preguntas incómodas a las que sabía de sobra que él no podía o no quería o, simplemente, no le apetecía responder. A no meterse en lo que no le importaba, como si fuera la esposa sumisa de quien ocupa un cargo

importante. Cuando Navarro iba a verla, a ella le gustaba adoptar el papel fingido de esposa abnegada que se desvive por su marido. Le lavaba y le planchaba la ropa, le hacía la comida, se quedaba dormida con la cabeza apoyada en su pecho después de hacer el amor. Y, a pesar de saber que en cualquier momento volvería a marcharse, había veces que era capaz de olvidarlo y se imaginaba para siempre a su lado, incluso casados, que podrían tener hijos y criarlos, que llegarían a formar una familia.

Como si el tiempo se superpusiera, Navarro volvió a oír los tacones, y la puerta que se abría, y se preguntó si no habría llegado a quedarse dormido. Pero al abrir los ojos despacio se dio cuenta de que había oscurecido, y, todavía aturdido, distinguió el contorno de Erika, sentada en la silla, fumando un cigarrillo tranquilamente mientras esperaba a que él se despertase.

—Debo de haber dormido mucho —dijo—. Se ha hecho de noche.

Ella tiró de la cortina un poco para poder ver la calle.

—Aún es temprano —respondió—. Lo que pasa es que oscurece muy pronto. Estamos en enero...

Navarro se incorporó en la cama, con mucho trabajo. Sentía todos los músculos engarrotados.

—¿Y has estado ahí sentada todo el tiempo?

—No tenía nada mejor que hacer.

—Ni siquiera me he enterado de que has vuelto.

—No me extraña. Dormías como un bebé.

—Los efectos de la morfina, que no terminan de desaparecer.

—Puede que te hayan dado algo más, no sólo morfina. Mañana o pasado se te habrá pasado la modorra, supongo.

—¿Qué hora es?

—Poco más de las siete.

Navarro asintió, pensativo, mientras hacía unos cálculos mentales.

—Si salimos ahora, es posible que aún podamos arreglar lo de los papeles.

La cara de Erika se iluminó con una sonrisa.

—Entonces ¿te fugarás conmigo?

Navarro se encogió de hombros.

—Primero tengo que conseguir documentos nuevos. Lo demás, ya se verá. Pero necesito papeles. Pueden detenerme y, además, no me apetece cruzar la frontera por el monte, como si fuera un lobo solitario.

—¿Y has pensado en alguien de confianza a quien pedir ayuda?

Navarro suspiró.

—Lo mejor es no confiar en nadie. Pero es posible que un viejo amigo pueda conseguirme lo que necesito sin hacer preguntas. Y eso, como están las cosas, creo que ya es bastante. Tal vez no sea demasiado tarde para que vayamos a hacerle una visita. —Señaló las bolsas que ella había traído antes—. Me compraste ropa, ¿verdad?

—Espero que sean de tu talla —respondió Erika, al tiempo que se levantaba y le señalaba la cintura con los ojos mientras sacaba unos pantalones de una bolsa—. Has perdido peso, pero creo que te estarán bien.

También le enseñó una camisa blanca, una corbata, una chaqueta gris y un abrigo.

—Tienes mejor aspecto. Te ha sentado bien dormir. En esa caja hay unos zapatos. Y dentro de la bolsa encontrarás ropa interior que también te he comprado. No podemos correr el riesgo de ir a buscarla a tu pensión. También hay una navaja. Deberías afeitarte. No creo que tu barba de tres días encaje con la ropa nueva. Y es mejor estar afeitado para la foto. Yo que tú me quitaría el bigote también. Te espero abajo. No tengas prisa.

Escuchó sus tacones perderse por el pasillo antes de poder decirle nada. Aún los escuchaba cuando bajó las escaleras. Fue al cuarto de baño para ducharse rápidamente, y luego, de vuelta en la habitación, se quitó la toalla y se secó con cuidado. Por suerte, aparte de algunas magulladuras, no tenía nada roto. Pero el cansancio no lo había abandonado. A pesar de la ducha, los párpados le seguían pesando igual que si llevase años despierto. Temía que si se sentaba en la cama para vestirse se quedaría dormido otra vez y Erika tendría que subir a buscarlo. Te dije que no tuvieras prisa, pero eso no

significaba que podías echarte otra siesta mientras te esperaba abajo. Se la imaginó diciéndole eso y sonrió.

El pantalón le quedaba un poco grande, pero serviría. Puede que llevase razón Erika: había perdido peso. La camisa y la chaqueta le estaban mejor, y cuando se miró en el espejo resolvió que su aspecto era aceptable. Pero era verdad que esa barba de varios días quizá no fuera la más adecuada para lucir con el traje. Se quitó la chaqueta y la dejó con cuidado sobre la cama. Buscó en la bolsa la navaja de afeitar, salió de la habitación y volvió a enfilar el camino del cuarto de baño. Cuando salió ya no tenía rastro de púas grises en las mejillas ni en la barbilla, y el lugar del bigote espeso ahora lo ocupaba una porción de piel pálida.

—Estás guapo —le dijo Erika al verlo—. Un poco raro sin el bigote, pero también me gustas así.

No volvieron a hablar hasta que salieron a la calle. Hacía mucho frío y ella se levantó un poco las solapas del abrigo.

—Se me ha olvidado comprarte un sombrero —le dijo, cogiéndose de su brazo—. Siempre me has gustado mucho con sombrero. Iremos a buscar uno, y luego a buscar a tu amigo para que nos consiga los papeles. Ojalá que con un poco de suerte dentro de dos o tres días podamos irnos de Madrid.

—En cualquier momento pueden venir a buscarme.

—Si nos quedamos todo el día en la habitación también pueden venir a buscarnos y entonces nos cazarán como ratas. Es mejor que salgamos. Te has afeitado el bigote, te has cambiado de ropa. Somos dos turistas que pasean por Madrid. No somos los únicos.

Mientras caminaba por la calle del Príncipe, Navarro no podía evitar mirar mientras caminaba a cada una de las personas con las que se cruzaban, buscando en su expresión un detalle que le revelase que no se trataba de alguien que estaba buscándolos.

Unos minutos después llegaron a la plaza de Canalejas. Había gente paseando o tomando un café en las terrazas.

—No somos los únicos —repitió, e hizo un gesto con las manos como si sacase una cámara del bolso—. A ver, no te muevas. Anda, sonríe, no te

pongas tan serio. Ahora. Ya está. ¿Los ves? Dos turistas que aprovechan la tarde para hacer fotos...

Lo dijo y empezó a andar, sin esperar su respuesta. El abrigo largo, el sombrero marrón con un lazo rojo oscuro, como un reclamo, segura de que Navarro la seguiría.

Compraron un sombrero para él y subieron a un taxi. Durante el trayecto, después de darle las coordenadas al conductor, Navarro se preguntó cuándo fue la última vez que estuvo en casa de Benito Santacruz. Habían pasado tres años, por lo menos. Y tres años era mucho tiempo en la vida de alguien tan mayor. El viejo Santacruz vivía en un sobreático de la calle Cardenal Cisneros heredado de la que fue su mujer: una viuda que le sacaba quince años pero todavía de buen ver que se encaprichó de él nada más verlo. Había sido soldado en la guerra de Cuba y en Marruecos. Cuando dejó el ejército se juró a sí mismo que nunca más volvería a madrugar ni a recibir órdenes de nadie, y durante los treinta años siguientes se dedicó a dirigir la imprenta que su esposa había heredado de su difunto marido. Muy de izquierdas desde jovencito, aunque su posición social había mejorado notablemente desde que se casó, de vez en cuando echaba una mano falsificando documentos para los viejos amigos que se encontraban en apuros. Navarro había acudido a él al principio, cuando el viejo Santacruz se había quedado viudo y cerrado la imprenta. Retirado como estaba y con una buena renta de la que poder disfrutar, también era probable que ya no tuviese mucha relación con nadie del Partido. Era muy habilidoso, y Navarro esperaba que ahora pudiera echarle una mano.

Ir a su casa era una idea tan descabellada como cualquier otra, pero, quién sabía, podría salirle bien la jugada. Desde la acera dedicó un vistazo a la última planta. Cuando el viejo Santacruz cerró la imprenta —contaban que la colectivizó por voluntad propia durante la guerra y que cuando cayó Madrid decidió que era el momento de jubilarse—, habilitó un pequeño taller en su casa, con una cámara de fotos y un cuarto para revelar. Lo suficiente para sacar de apuros a algún camarada.

El edificio tenía un lujo antiguo, como gastado. Aprovecharon que la puerta de la calle estaba abierta para colarse dentro. Navarro apuntó una sonrisa, sin que Erika pudiese verlo. Era como si el tiempo no hubiera pasado y cerrase otra vez la celosía metálica del ascensor con un camarada necesitado de papeles.

En la época en que Navarro acudía a casa de Benito Santacruz para solicitar sus servicios, la consigna era llamar al timbre de una forma determinada. A pesar de haber quedado a una hora, si el timbre no sonaba de la manera convenida, significaba que había un problema, que a Navarro o al camarada al que tenía que sacar de Madrid lo habían descubierto o la policía estaba esperando abajo. Que no sonase el timbre de la forma correcta podía significar que el viejo Santacruz tuviera que escapar por la azotea, colarse en el balcón de un vecino o prepararse para lo peor. Por supuesto, si la policía estaba al acecho no había nada que Benito Santacruz pudiera hacer, pero el impresor era un viejo maniático, y Navarro sabía que jamás abriría la puerta a nadie que viniese a recoger unos documentos si no pulsaba el timbre de la forma acordada. Navarro no había olvidado la contraseña. Tal vez hacía mucho tiempo que nadie iba a su casa para pedirle que le fabricase unos papeles falsos con los que poder escapar del país, pero estaba convencido de que su amigo tampoco había olvidado el santo y seña: tres timbrazos largos, pausa, dos timbrazos cortos, otra pausa, y luego otros tres timbrazos largos. Pulsó el timbre con la misma expectación de un ladrón después de girar la rueda con la combinación de una caja fuerte. Seguro que si el viejo Santacruz estaba despierto habría dado un respingo, como quien escucha la voz de un fantasma.

A su lado, Erika no decía nada. Se había limitado a mirarlo con el ceño fruncido, sin entender qué significaba esa forma tan extraña de llamar. El tiempo pasaba muy despacio para ellos, como si lo estirasen, como para cualquiera que espera: los dos con la misma incertidumbre de unos fugitivos que buscan refugio en un castillo y no saben si al final los guardias subirán el puente levadizo. Pero cuando marcharse con las manos vacías ya les parecía lo único posible, la puerta de la fortaleza se abrió, despacio, con un crujido lastimero de bisagras, y al desplazarse poco a poco

la hoja dejó al descubierto el cuerpo pequeño y el rostro apergaminado como el de un duende de un cuento, de Benito Santacruz.

Si se alegraba de ver a Martín Navarro, si lo conocía incluso, era capaz de fingir bastante bien lo contrario. Se limitó a mirarlos como si no los hubiera visto nunca, con la misma contrariedad de quien recibe a un vendedor ambulante. Durante unos segundos Navarro tampoco sonrió ni dijo nada, la única manera posible de comportarse para dos hombres acostumbrados a encontrarse clandestinamente, a verse siempre a oscuras o con la urgencia del peligro. Pero no podían quedarse toda la tarde en la puerta de su casa, mirándose sin decir nada. Navarro fue el primero en hablar.

—Buenas noches, Santa.

El viejo asintió, al cabo de un segundo, haciéndose a un lado, dejándolos pasar. Era demasiado temprano para que ya estuviese en la cama, y Navarro recordaba que el falsificador no acostumbraba a madrugar. Pero ya estaba envuelto en su pijama y su batín. Eso tampoco resultaba una novedad: no era la primera vez que Santacruz lo recibía de tal guisa, en pijama y con la expresión grave. Jubilado y viudo como estaba, Navarro sabía que bajo esa mueca impenetrable de enfado permanente se escondía la pasión indómita de un anciano que no había dejado nunca de añorar el peligro, el estado de alerta, tan excitante, de quien se juega la vida.

—Necesito tu ayuda —le explicó, aunque estaba seguro de que no hacía falta después de que Benito Santacruz cerrase la puerta.

El viejo se limitó a mirarlo, en silencio, igual que un sastre calibraría a su cliente antes de tomarle las medidas para hacerle un traje, detrás de unas gafas con cristales tan gruesos que parecía que ni siquiera con ellas podría espantar la miopía. Siguió observándolo unos segundos, como si no estuviese seguro de lo que debía responder o acaso esperase que Navarro le contara el motivo por el que había ido a su casa. De corta estatura, con las manos en los bolsillos y la espalda ligeramente encorvada mientras no les perdía detalle, a Navarro se le antojó un cuervo al que le incomoda que unos extraños visiten su nido.

—Espero que todavía tengas esa cámara de fotos y el cuarto para revelar.

—Hace mucho que no te veo, capitán —le contestó Benito Santacruz, como si no hubiera escuchado lo que le acababa de decir.

Navarro no pudo evitar que la tensión le subiese hasta el cuello. El viejo Santacruz estaba retirado y, hasta donde él sabía, ya hacía mucho que la gente del Partido no había acudido a pedirle ayuda en un caso de apuro, pero tampoco era imposible que lo hubieran advertido sobre él, que le hubiesen dicho que tuviera cuidado con Martín Navarro porque se había convertido en un traidor. Pero una vez que estaba en su casa ya no podía sino ir con la verdad por delante.

—He venido a verte porque necesito papeles.

El viejo asintió, bajando los ojos, y luego miró a Erika.

—Ya veo que ahora también las mujeres trabajan para vosotros.

—No, Santa. No se trata de ella. Esta vez necesito papeles para mí.

Benito Santacruz hundió aún más las manos en los bolsillos del descolorido batín de cuadros y levantó la cabeza, buscando los ojos de Navarro, esperando que le aclarase las dudas.

—Ya ves, ahora soy yo el que necesita ayuda. Y no se me ha ocurrido nadie mejor a quien pedírsela que a ti.

—Ya...

—También entendería que te negaras. Si es así, lo mejor será que me lo digas cuanto antes. Me marcharé por donde he venido y será como si nunca hubiera estado aquí.

El viejo le sostuvo la mirada durante unos segundos. Si se negaba, no le quedarían muchas opciones fiables o discretas para conseguir papeles. Tendría que irse de Madrid y pensar en otra solución, pero ahora, ese anciano diminuto que lo miraba como si lo interrogara en el recibidor de su casa era su única alternativa. Bajó los ojos el impresor, y luego se quedó mirando a Erika un instante antes de volver a clavarlos en los de Navarro. Después, sin decir nada, se dio la vuelta y echó la cadena de la puerta, como el carcelero que se asegura de cerrar bien el calabozo. Cuando volvió a mirarlo, Navarro estaba dispuesto a contarle lo que pasaba, pero, antes de

que dijese nada, Benito Santacruz volvió a enterrar las manos en los bolsillos desfondados del batín y le dijo que de acuerdo, que lo ayudaría. Perro viejo como era, estaba claro que una vez que hubiera decidido hacerlo, cuantas menos preguntas, mejor para todos.

—Todavía tengo la cámara, sí —añadió—. Y el cuartillo para revelar las fotos. —Carraspeó, como si aún le costase aceptar que había claudicado y se había ofrecido a ayudarlo—. Pasad por aquí. —Señaló una habitación, al fondo de un pasillo estrecho y oscuro. Más que el nido de un cuervo, el piso ahora se le antojó a Navarro la guarida donde un brujo escondía a los incautos que se atrevían a subir, el lugar donde los engordaba hasta que llegase el momento de comérselos.

Se encaminó hacia la habitación, los pasos del hombre arrastrándose por el pasillo delante de él, y los tacones de Erika después, que, a pesar de las dudas que tenía sobre ella, lo tranquilizaban, como si no fuera más que un niño desvalido y sin memoria que ha de confiar en una mujer para seguir adelante, para salvar la vida.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que hiciste esto, Santa?

Su viejo amigo se encogió de hombros, sin volverse. A Navarro le habría gustado ver su cara.

—La última vez fue cuando tú viniste a pedirme ayuda. —Quizá había apuntado una mueca nostálgica, pero aún seguía de espaldas—. A lo mejor es que durante estos tres años los del Partido no han necesitado papeles para nadie. —Hizo una pausa, se volvió hacia ellos, que se habían quedado en el umbral, como si la habitación en la que había entrado fuese un territorio que les estuviera vedado—. O, quién sabe. Lo mismo es que ya no confían en mí. Siéntate. —Le señaló una silla—. No te voy a negar que será divertido hacer esto otra vez.

Navarro obedeció, sin rechistar, mientras él cogía una libreta y un lápiz y se los daba a Erika.

—Escríbame el nombre y los apellidos que quiere que ponga en los documentos. Con letra clara, por favor.

Sin esperar su respuesta sacó una cámara diminuta de un cajón, la colocó en un trípode y disparó varias veces, sin cambiar el ángulo. Navarro miraba al frente, como un preso que acabase de ser detenido por la policía.

—Creo que con esto será suficiente. Ya hemos terminado.

—¿Cuándo estará listo? —quiso saber Erika, desde el otro extremo de la habitación. Había estado ahí todo el tiempo callada, mientras Navarro se dejaba retratar.

—Pasado mañana —respondió el hombre, rebobinando el carrete.

—¿No podría estar mañana? —Erika se llevó la mano al bolso, dispuesta a entregarle dinero para que los documentos estuviesen listos antes.

El hombre negó con la cabeza.

—Pasado mañana es muy poco tiempo. Unos documentos falsos no se pueden comprar en el mercado de abastos. Requiere unos trámites, hablar con gente, y es muy arriesgado.

—Lo sé —respondió Erika, resignada.

—Pasado mañana estará bien —intervino Navarro—. Creo que podremos esperar.

La última frase la había dicho mirando a Erika. Lo mejor era dar por concluida la visita. Cuanto menos tiempo estuvieran allí, mejor para todos.

—De acuerdo —terció Santacruz, sin embargo—. Haré unas gestiones esta noche y procuraré tener los papeles mañana.

—¿Estás seguro?

Benito Santacruz miró a Navarro, enfurruñado, como si le molestara que dudase de su capacidad.

—Dime, capitán. ¿Acaso no me conoces lo bastante para saber que te estoy diciendo la verdad?

Navarro sonrió, sacudiendo un poco la cabeza. El viejo Santacruz no había cambiado. Y tal vez eso era lo mejor que podía pasarles, que a la mañana siguiente pudiera disponer de papeles nuevos para marcharse de España.

Salieron del piso sin ceremonias, sin despedirse casi.

—Vendremos mañana a mediodía. ¿Te parece bien?

Benito Santacruz asintió, y antes de cerrar la puerta, casi susurrando, les recordó la forma en la que debían llamar a la puerta.

—Ya sabéis. Pulsad el timbre tres veces, luego haced una pausa, volved a pulsarlo dos veces seguidas, y después, una nueva pausa y otros tres timbrazos. Sólo entonces sabré que venís a recoger el encargo y que no hay ningún problema. Como siempre...

—No vendríamos si no fuera para recoger los documentos —dijo Erika, en voz baja, antes de salir del piso.

—Cualquier cosa es posible, señorita. El capitán lo sabe muy bien. Si alguien los sigue o los descubre, y a pesar de ello no les queda más remedio que subir, pulse el timbre de cualquier otra forma y yo, aunque sepa que son ustedes, sabré cómo debo actuar.

Erika se dio cuenta de que lo mejor era no decir nada más.

—¿Cuál es el nombre? —le preguntó Navarro a Erika cuando ya estaban en la calle.

Ella se quedó mirándolo, como si no comprendiese su pregunta.

—El nombre que has escrito en el papel.

La vio sonreír y levantarse las solapas del abrigo para protegerse del frío. Luego le pasó una mano por la barba recién afeitada. Todavía estaba sonriendo cuando la retiró.

—Me he inventado uno. Un nombre español corriente que no levante ninguna sospecha si nos dan el alto.

—Supongo que no será Martín Navarro...

La sonrisa no le desapareció del rostro cuando sacudió la cabeza. Los rizos le bailaban bajo el sombrero, barriéndole los hombros.

—Por supuesto que no. Ése es tu nombre verdadero. Al menos fue el que me dijiste cuando te conocí. Espero que no me mintieras entonces...

—¿Y ahora? ¿Qué vamos a hacer?

—Tenemos toda la noche. —Se abrazó a él, lo besó en la mejilla, y luego dejó su cara pegada a la suya unos segundos. A Navarro le gustó sentirla: suave, cálida, el olor de su perfume—. Martín, no sabes cuánto te he echado de menos. Dentro de poco todo habrá terminado.

Y de nuevo eran dos vagabundos que paseaban por Madrid. Ahora Erika se había cogido de su mano, y por un momento ya no estaba mirando a todos los que se cruzaban con ellos como si fueran una amenaza, como si cualquiera pudiese sacar una pistola y obligarlos a subir a un coche. Pero enseguida volvía a estar alerta. No podían confiarse.

—Deberíamos volver a la pensión —le sugirió—. No quiero estar dando vueltas por Madrid. En la calle somos un blanco fácil. Cualquiera puede reconocernos y detenernos.

Erika se detuvo y lo miró. No podía dejar de sonreír.

—Martín —le dijo—. Parece como si de repente se te hubieran pasado los efectos de la droga y fueras otra vez el de siempre. Y eso me gusta. No sabes cuánto me alegra que vuelvas a ser tú, Martín Navarro. El mismo capitán Navarro que no tiene miedo de nada.

—El mismo capitán Navarro que no tiene miedo de nada... Eso me suena un poco exagerado. Ahora mismo se me puede antojar que soy cualquier cosa menos un héroe.

—Pues te puedo asegurar que lo fuiste. Y que lo sigues siendo. Pero un héroe a veces también debe esconderse. Llevas razón. Ya nos hemos arriesgado demasiado saliendo a la calle, aunque era necesario. Ahora debemos volver a la pensión y armarnos de paciencia. Ya hemos tentado demasiado a la suerte.

Un momento después estaban en la Glorieta de Bilbao y Erika había levantado la mano para llamar a un taxi. No volvieron a cruzar palabra durante el trayecto. Era como si de pronto se hubieran vuelto conscientes otra vez de la cercanía del peligro, de lo mucho que se estaban jugando en el tiempo clandestino que pasaban en Madrid.

A través de la ventanilla del taxi, Erika miraba distraídamente los edificios por los que pasaban. Navarro hacía lo mismo desde el otro lado. Fachadas enormes de piedra que le traían demasiados recuerdos, gente que caminaba por las aceras, coches que circulaban en paralelo a ellos. A nadie parecía importar que viajasen en un taxi una mujer austríaca y un apátrida español. Eran dos personas anónimas entre cientos de miles de personas en una gran ciudad, y eso era lo mejor que podía pasarles.

Tampoco cruzaron ninguna palabra cuando caminaron desde el taxi hasta la pensión. Recorrieron el trayecto como dos desconocidos, o como una pareja a la que una disputa conyugal ha sorprendido mientras hacían cola en el teatro Español para ver una función y hubieran regresado a casa antes de lo previsto, con el ceño fruncido y ninguna gana de que llegue el momento de empezar a gritarse todo lo que llevan guardado y les quema en la boca.

Cuando subieron las escaleras y entraron en su habitación, Erika se tumbó en la cama y dejó escapar un largo suspiro, con los ojos cerrados, como si hubiese estado reservando las últimas energías que le quedaban hasta ese último momento. Era como si al cerrar la puerta del cuarto ya no pudiera aguantar más y se hubiera desinflado.

—Por fin hemos llegado —dijo ella, sin abrir los ojos, y él pensó que quizá estuviese hablando para sí misma—. No sé por qué, pero, de pronto, cuando estábamos en el taxi, he empezado a sentir un pánico que no podía dominar. Pensaba que todas las personas que caminaban por la calle sabían quiénes somos, lo que estamos haciendo. Que a lo mejor en cualquier semáforo en el que estuviésemos parados saldrían de un coche unos hombres que nos obligarían a que los acompañásemos. Ay, Martín, no te puedes imaginar cuánto miedo he pasado.

Navarro se quitó los zapatos y también se tumbó en el colchón.

—Pero no nos ha pasado nada. Ahora tenemos que esperar. Sólo eso.

Erika abrió los ojos, volvió la cabeza despacio, la melena derramada sobre la almohada.

—Sólo eso —repitió, pero él ya había vuelto a quedarse dormido.

Capítulo 10

Las sombras de Madrid

¿En qué andas metido?

Aun a su pesar, Gregorio León no había dejado de escuchar la frase durante las últimas veinticuatro horas. Ahora fue de nuevo consciente de lo que le costaría desprenderse de tan molesta cantinela. No sólo de la frase, cuatro palabras que podían ser esquivadas con una sonrisa distraída, igual que si jugase a las adivinanzas y todavía quisiera conceder una tregua antes de resolver el acertijo a quien tuviese la confianza suficiente para preguntarle la solución; o tal vez encogerse de hombros y responder a la pregunta con otra pregunta, como si la cuestión no tuviese nada que ver con él. Lo peor era la certeza paralizante de que a ninguna de las dos personas que le habían planteado la cuestión le faltaba razón para estar preocupada: Marina, y ahora el inspector Bocanegra, que lo había telefoneado al periódico a primera hora de la tarde para decirle que a las diez estaría esperándolo: el policía nunca preguntaba si le venía bien quedar, sino que le indicaba firmemente, como si le diese una orden a un subordinado, el lugar y la hora donde tendría lugar la cita.

—Es importante —añadió, como si fuese posible que Gregorio se plantease no acudir al encuentro o, a la hora de la verdad, pudiera excusar el requerimiento de quien, por muy tolerante que se mostrase con él, no dejaba

de ser un inspector de la Dirección General de Seguridad—. No me vayas a fallar.

—Ramón, por favor —respondió Gregorio, siguiéndole el juego, antes de colgar—. ¿Cómo puedes decir eso? ¿Acaso te he fallado alguna vez?

—No me jodas, León, que más de una vez me he quedado sin entradas para el fútbol por tu culpa.

—Eso te pasa por ser del Atleti.

—Chaval, como me toques los cojones más de la cuenta se me van a terminar las excusas para no empapelarte.

Gregorio sonrió, desde su lado de la línea, detrás de la montaña de papeles y de periódicos atrasados bajo los que estaba enterrada su mesa en la redacción. Entre tanto enigma y tanto cabo suelto, encontrar el mismo talante amistoso y bronco a la vez en el inspector Bocanegra resultaba tan gratificante como la luz de un faro en mitad de la tormenta para un barco que ha perdido el rumbo.

Dos minutos después de las diez de la noche, Gregorio León se quitó el sombrero al cruzar la puerta del bar. El inspector ya estaba en la barra, el cuerpo girado hacia la puerta, pendiente de la calle. Era imposible encontrárselo distraído, sin tener controlada la entrada del lugar donde estuviera refrescándose la garganta. No dejaba de llamar la atención a Gregorio esa actitud siempre alerta del policía. Para él, y para cualquier ciudadano de a pie de Madrid, un inspector de la DGS era tan intocable y tan poderoso y tan respetado como una deidad que hubiera bajado del cielo para mezclarse entre los hombres. Pero quizá, resolvió el periodista al constatar las sienes nevadas de su amigo, Bocanegra nunca dejaba de guardarse las espaldas porque había vivido muchos años en otra época en la que la situación no estaba tan clara como ahora, un tiempo en el que lo más conveniente era ser precavido. Y, aunque las cosas hubiesen cambiado, el policía no había perdido sus reflejos antiguos, esos pequeños detalles que jamás podría saber si le habían salvado alguna vez la vida: mirar cuántas puertas tenía un bar antes de entrar, nunca dar la espalda a la entrada, sentarse mirando a la calle. No era la primera vez que se veían allí, en Lavapiés, a un tiro de piedra de la estación de Atocha y el parque del

Retiro. Pero al no tratarse del lugar más habitual para sus citas, porque acostumbraban a quedar, como la última vez, en Callao, podría ser que el inspector prefiriese mantener el encuentro alejado de cualquier mirada indiscreta.

La frase se la dijo después de estrecharle la mano, cuando ya se habían sentado a una mesa del rincón. Al contrario que el día anterior, ahora no desfilaban muchachas recién salidas de Galerías Preciados, sino las luces solitarias de algún coche que circulaba de cuando en cuando por la calle.

—¿En qué andas metido, Gregorio? —repitió la frase Bocanegra, atravesándolo con los ojos, como si estuviese muy enfadado porque el periodista no le hubiese contado toda la verdad.

Gregorio León encendió un pitillo después de ofrecerle otro al policía.

—En nada raro, que yo sepa —respondió, pero la intensidad de la mirada del inspector no había cedido, como la aguja de un cuentarrevoluciones que se acerca a los números rojos, así que se apresuró a matizar—: Quiero decir, al menos en nada más raro que haya estado metido otras veces.

No sintió que se relajase Bocanegra hasta ver salir dos columnas de humo de su nariz, como un dragón cansado que ya viene de vuelta de todo. Luego lo señaló con el dedo, como si cupiese alguna duda de que le estaba hablando a él.

—Yo que tú me andarías con cuidado —le advirtió.

Gregorio se atrevió a fintar, sin estar seguro de si el otro le vería el regate antes de moverse.

—¿Has podido averiguar alguna cosa sobre mi amigo?

El inspector sacudió la cabeza después de que sus ojos permaneciesen mirándolo un par de segundos más, como si estuviese pensando en otra cosa y no le costase o no estuviera seguro de seguir el hilo de la conversación que le marcaba el periodista.

—En realidad, no mucho —respondió, mirando de reojo hacia la puerta, más por costumbre que por precaución—. Al menos estoy seguro de que no está detenido en la DGS.

—Supongo que ésa es una buena noticia.

El policía torció el labio en una mueca de disgusto.

—Pues no sé qué decirte, chaval. Lo único que significa es que a tu amigo no lo tenemos nosotros. Pero eso no quita que lo tengan otros, o que se lo hayan cargado.

A Ramón Bocanegra no le gustaba andarse con medias tintas. Era de los que preferían siempre la línea recta a dar un rodeo estéril, y esa manera de ser y de hablar, tan taxativa, desprovista de pelos en la lengua, a Gregorio le gustaba. Dadas las circunstancias, que el capitán Navarro fuese un muerto anónimo en un depósito de cadáveres o que su cuerpo estuviera siendo un festín para las ratas de las alcantarillas o los peces del Manzanares era una posibilidad demasiado real como para rechazarla sin más.

—Más le valdría a tu amigo que fuese así —añadió.

A Gregorio León se le dibujó una arruga en el entrecejo.

El policía se inclinó, la barriga derramada sobre el mármol de la mesa. En lugar de impacientarse por ello, que el camarero aún no hubiera traído la ración de calamares parecía ser un motivo de celebración.

—Comprenderás que haya tenido que averiguar algunas cosas sobre él.

Gregorio asintió ante lo más parecido a una disculpa que podía esperar del inspector.

—No puedo ir preguntando por aquí y por allá sin saber alguna cosa de la persona a la que estoy buscando.

—Tranquilo, Ramón. Lo entiendo perfectamente. Es lógico que hayas querido informarte. Y a lo mejor yo tendría que haberte contado algo más. Pero ya sabes. Con estas cosas, cuanto menos se hable, mejor. No me pareció necesario comprometerte con alguna información adicional que no fuera necesaria.

—Un buen elemento tu amigo —le cortó. Luego se quedó callado mientras el camarero colocaba un plato entre los dos, un círculo que dividía la mesa en dos mitades. En los calamares aún chisporroteaba el aceite, como una traca en miniatura. Pidió otras dos cervezas y, mientras se las traían, siguió con la conversación—. No lo hemos detenido nosotros y, como te decía, por su bien espero que eso no suceda. Difícilmente podría hacer algo por él si lo cogen. —Volvió a cerrar la boca cuando el camarero

trajo las bebidas y se llevó los vasos vacíos—. Tiene un historial demasiado llamativo y su nombre es tan popular que su captura acabaría vendiéndose como un éxito. El capitán Navarro. —Al decir su nombre entornó los ojos un poco, como si buscase en los recovecos de su memoria un rostro al que adjudicárselo—. Recuerdo haber oído hablar de él, hace muchos años, durante la guerra. Parece que fue un héroe.

—Lo fue.

—Pues si está en Madrid debería saber que más de uno estaría encantado de encerrarlo de por vida. Tal vez algo peor...

—Él es consciente de ello. No te preocupes. Esto tiene sus riesgos y el capitán Navarro sabe asumir los suyos, te lo aseguro.

El inspector agitó una mano en el aire, igual que si pretendiese espantar a una mosca. En la otra tenía un aro dorado pinchado en el extremo del tenedor. Sopló el calamar y no siguió hablando hasta después de habérselo zampado.

—No me cuentes más, chaval. No es necesario. Algo muy grave debe de haber sucedido si andas buscando a tu amigo porque no da señales de vida en Madrid. Si te he llamado es porque creo que hay algo que debes saber.

Gregorio León se cruzó de brazos y se inclinó sobre la mesa. Desde el plato de calamares que aún no había tocado subía un calorillo agradable y un olor tan rico que le recordó que apenas había comido a mediodía. El inspector se tragó medio vaso de cerveza de una vez, mirándolo a los ojos. Sin duda tenía sed, pero también era un poco dado a salpicar las conversaciones con ciertas dosis de suspense, sobre todo si, como ahora, su interlocutor estaba mirándolo interesado, incluso ansioso por escuchar lo que tenía que contarle.

—Ayer apareció un tipo tiroteado en un piso de Cuatro Caminos. No, no te preocupes. No se trata del capitán Navarro.

Gregorio estuvo a punto de probar la comida, pero decidió esperar un poco todavía.

—Y supones que la muerte de ese tipo tiene algo que ver con la desaparición de mi amigo.

Bocanegra se tragó otro calamar de un bocado y volvió a refrescarse con cerveza antes de contestar.

—Tú sabrás. Parece que se trata de un ciudadano soviético que estaba en Madrid con papeles falsos. ¿Te parece que habría venido a ver una corrida de Dominguín en Las Ventas? ¿A un partido en Chamartín para ver a tu Madrid?

Antes de que el otro rematase su razonamiento impecable con un «venga hombre, no me fastidies», Gregorio León humilló la mirada y asintió levemente antes de pinchar el primero de los calamares con el tenedor y metérselo en la boca después de soplar para enfriarlo. Al menos la secuencia de gestos le concedía cierto margen para pensar.

—¿Soviético? —fue lo único que acertó a preguntarle.

—De la misma Unión Soviética...

—¿Qué pasó?

—Parece ser que alguien entró en el piso y le disparó. El que lo ha hecho es un profesional, sin duda. Dos tiros. —El inspector extendió el índice y levantó el pulgar, como si su mano se hubiese convertido en una pistola, y apuntó a Gregorio—. Pum, pum. A un palmo de la cara. Con silenciador, por supuesto. Ningún vecino oyó nada.

El periodista bebió despacio de la cerveza mientras lo escuchaba.

—Un ruski que estaba de incógnito en Madrid, muerto. Y un asesino que sabía dónde estaba y fue a buscarlo.

—¿Y por qué piensas que eso puede tener algo que ver con mi amigo?

—Un vecino vio saltar a alguien por la ventana y echar a correr como alma que lleva el Diablo.

—¿Navarro?

Bocanegra se encogió de hombros al tiempo que se recostaba en la silla y estiraba las piernas debajo de la mesa, como si quisiera desperezarse disimuladamente, y encendió un cigarrillo.

—¿Quién sabe? A lo mejor era otro ruso. —Se colocó el pitillo en la boca y no siguió hablando hasta después de soltar el humo—. Aunque, bien mirado, podría decirse que tu amigo también es ruso, ¿o no?

Gregorio se encogió de hombros, y el inspector no estuvo seguro de si se mostraba contrario a su hipótesis o tal vez le recriminaba amablemente la ironía en un asunto tan importante para él.

—Bueno, sí —respondió—. Es una manera de verlo, supongo. ¿Se sabe si le dieron alcance?

El inspector movió la cabeza con la misma energía que un perro que acabase de salir del agua.

—Apenas sabemos nada. Parece ser que quien huía, supongamos que se trata de tu amigo, consiguió burlar al que lo perseguía. Éste no se tiró por la ventana, sino que bajó por la escalera. Y, hasta donde yo sé, en los últimos días no se ha encontrado a otro fiambre con papeles falsos en Madrid.

—¿Se sabe algo del que disparó?

—Nada. Puede que también fuera ruso. Cualquiera sabe. Lo único que puedo decirte es que tengas mucho cuidado.

—Ya sabes cuánto te agradezco la información.

—Te lo digo en serio, Gregorio. Ándate con ojo. Me da la sensación de que esto es mucho más grande que tú y que yo.

El inspector volvió a inclinarse sobre los calamares que quedaban en el plato, y el tono de su voz se redujo al mismo volumen que si estuviera en un confesionario.

—¿No te parece raro que siendo periodista no te hayas enterado de nada?

—Lo mío es el fútbol, ya lo sabes.

—No me jodas, chaval. Un ruso tiroteado en el centro de Madrid es tan llamativo como Estrellita Castro vestida de faralaes en la plaza Roja de Moscú. —Miró de reojo hacia la barra, para asegurarse de que el camarero no los estaba escuchando—. No ha habido ni una nota en la sección de sucesos.

—Sí que es raro eso. ¿Estás seguro?

—Tanto como de que tú te acuerdas de toda la familia del Caudillo cuando tienes que cantar el «Cara al Sol», no sé si me entiendes... Mira, Gregorio, de comisario para abajo no hay nadie que haya conseguido saber de qué va esta historia. Si me he enterado de ciertos detalles ha sido

son sacando a algún compañero, con mucha discreción, porque la mayoría no sabe nada, y el que sabe algo se guarda muy bien de irse de la lengua. La cuestión es que, si nadie ha sido capaz de preguntar o preocuparse por un ruso que ha sido asesinado en Madrid, es porque alguien que manda, alguien que manda mucho, está interesado en mantener en secreto lo sucedido. Y si ni siquiera la policía es capaz de meter las narices en lo que ha pasado, puedes imaginarte el poder del que está manejando esto desde la sombra.

Gregorio dejó escapar el aire, por la nariz, con pesadez, como si le costase disimular la preocupación por la información de la que el inspector lo estaba haciendo partícipe.

—Tengo que encontrar a Navarro —dijo, y Ramón Bocanegra no supo si le hablaba a él o si era un pensamiento que al decirlo en voz alta le sirviese al periodista para darse coraje.

—Pues tú mismo, pero quiero que sepas que si las cosas se ponen feas, y cuando digo feas quiero decir feas de verdad, no sé si podré ayudarte.

El periodista levantó las dos palmas de las manos, un gesto que remarcaba lo que estaba a punto de decir.

—Ya has hecho bastante, Ramón. Sabes que te lo agradezco de verdad. No hace falta que preguntes más, no vaya a ser que te metas en un lío por mi culpa. Es lo último que querría. No te preocupes, que no me pasará nada. A partir de ahora indagaré por mi cuenta, con discreción. Yo también tengo mis fuentes. —Gregorio no pudo evitar sentirse orgulloso al decir esto—. Ya me conoces.

—No me cabe duda. Pero no sé hasta qué punto te merece la pena arriesgarte. Cuando eres joven te crees que puedes con todo, que la vida va a ser eterna y si luchas por tus ideales al final el mundo será un lugar más justo, y por eso eres capaz de seguir adelante.

El inspector se quedó callado, sin dejar de mirar a Gregorio. Ahora no lo radiografiaba o escrutaba sus rasgos como si buscara un resquicio o una debilidad que le indicara que no le decía toda la verdad. Lo miraba como un padre a un hijo que se alegra de haberlo visto crecer y al mismo tiempo no puede evitar sentirse viejo porque ya es evidente que su vástago se ha hecho

un hombre y es capaz de tomar sus propias decisiones. De tratarse de otra persona, a Gregorio le hubiera parecido que le costaba hablar después de tragar saliva disimuladamente, como si fuera posible que se le quebrase la voz.

Hasta ese momento, Gregorio no se había imaginado nunca a Ramón Bocanegra tres décadas antes, con la misma edad que él tenía ahora, cuando sentarse junto a una cristalera para ver a las muchachitas que salían de trabajar de unos grandes almacenes, con la jubilación a la vuelta de la esquina, no sería sino el producto de una mente fantasiosa. Con los años había formado una familia, y a regañadientes hubo de adaptarse al Régimen después de la guerra, sin confiarse demasiado en nadie, no fuera a ser que cualquiera con una memoria demasiado buena y la mala leche suficiente recordase alguna conversación del pasado en la que después de unos cuantos vasos de vino hubiera proclamado despreocupadamente su esperanza en un gobierno duradero de la República, a salvo de pronunciamientos militares y de políticos corruptos.

—Tengo que encontrar a mi amigo —repitió—. Existe un riesgo, es evidente, pero he de asumirlo.

El inspector asintió, bajando los ojos, como si pensara en otra cosa. Aún quedaban unos calamares en el plato, pero ya no le apetecía comérselos.

—Yo también haría lo mismo —murmuró, enfrentando de nuevo los ojos del periodista—. Te deseo mucha suerte. Ojalá que lo encuentres. — Ahora volvió a inclinar el cuerpo voluminoso sobre la mesa—. Y que lo encuentres tú antes que quienes lo estén buscando.

Un ruso muerto en un piso de Cuatro Caminos y un hombre al que persigue un asesino por las calles de Madrid veinticuatro horas después de que a Navarro lo hubieran drogado. No era preciso tener la capacidad deductiva de Sherlock Holmes para darse cuenta de la relación tan estrecha que podía haber entre la desaparición de su amigo y lo sucedido. La única relación posible tal vez. Y que quienes mandaban en la policía hubieran silenciado el asunto —de comisario para abajo, le acababa de contar

Bocanegra— no significaba más que aquello, efectivamente, como le había dicho el inspector, era mucho más grande que cualquiera de ellos dos. Pero ¿qué podía hacer él sino seguir adelante? Aunque estaba claro que Bejarano no le había dicho toda la verdad. Pero eso lo solucionaría la próxima vez que lo viera.

Ya era tarde, pero no podía evitar sentirse angustiado cuando se iba a casa antes de las doce. Bajó hasta la esquina de la estación de Atocha y se quedó parado un momento. El impulso al que le costaba resistirse más era pasear hasta Cibeles y luego continuar por la Gran Vía para ir a Le Cygne Noir a ver a Marina. Chasqueó la lengua Gregorio, molesto por lo que lo dominaba, la atracción viciosa que lo volvía vulnerable porque podía más que su voluntad. Marina y él habían dormido juntos, y luego, a lo largo del día, primero estuvo preocupado. Le irritaba pensar que ella hubiera dado por sentado que esa noche también se verían y la llevaría a dormir a su casa. Pensaba ir a buscarla para explicarle que lo de la noche anterior no significaba nada, que había pasado una sola vez, y fue porque le pareció que ella tenía miedo después de haber estado haciendo preguntas sobre su amigo desaparecido. Cuando se desveló, de madrugada, luego de haber hecho el amor con ella, se había planteado cosas que a la luz del día ya no tenía tan claras y le costaba admitir, y al levantarse por la mañana se había apoderado de él esa sensación que no le resultaba desconocida, una excitación trufada de sentimientos de culpa y arrepentimiento por haber sucumbido a la tentación incontrolable de una noche de sexo, por haber dado a Marina falsas esperanzas. Pero a lo largo del día sus sentimientos por ella se habían ido transformando, o es que lo que de verdad sucedía, aunque le costase admitirlo, era lo que al final sabía que saldría a la superficie, como una flor que no puede permanecer enterrada. A media tarde ya se preguntaba si no se estaba engañando a sí mismo cuando intentaba apartar de sus pensamientos a Marina, si no sería mejor madurar un poco más la idea de ir a verla con la intención de advertirle que no se hiciera ilusiones respecto a una vida en común. De noche, poco antes de salir del periódico para encontrarse con el inspector Bocanegra, ya había admitido a regañadientes que, por mucha rabia que le diese, se había

encaprichado de Marina, tanto, y esto también lo incomodaba sobremanera, que después de estar con ella no era capaz de pensar en ninguna mujer, ni siquiera tenía ganas de estar con otra. Y eso nunca le había pasado. Como un alcohólico que desea abandonar el vicio y desagua en el fregadero sus últimas reservas para no rendirse a una tentación inoportuna, se había prometido que al menos esa noche no cruzaría la puerta de Le Cygne Noir, y al día siguiente, si aún seguía empecinado en volver a verla —no podía estar siempre luchando contra lo que sentía, aunque le disgustase—, claudicaría y como un toro recién salido del chiquero enfilaría el camino que lo conducía al club.

Pero era una promesa que no cumpliría. Lo sabía. De tratarse de un ex alcohólico novato habría bajado las escaleras para aprovisionarse nuevamente de botellas, o se habría sentado a la barra de un bar para tragarse una copa detrás de otra hasta que el mundo se hubiera vuelto borroso. Pero el epicentro de su vicio —se resistiría todo lo que pudiese a llamarlo enamoramiento— estaba en un local de la calle Fuencarral, dos manzanas más allá de Chicote.

Sin dejar de pensar en la conversación inquietante que había mantenido con Bocanegra, con la resignación de quien no puede luchar contra lo que es más grande que él —que ellos dos, recordó las palabras del policía ahora, cuando resultaba evidente que se había rendido a la tentación—, Gregorio dio el primer paso en dirección a la Gran Vía, farfullando una maldición entre dientes. Pero no llevaba ni un minuto andando cuando tuvo el presentimiento de que alguien lo seguía, como si llevase una antena instalada en la nuca, igual que dos noches antes, cuando salió de la pensión donde había recogido las pertenencias del capitán Navarro. A esa hora apenas caminaba nadie por los alrededores del Jardín Botánico, pero la sensación de que alguien lo observaba era tan molesta como un zumbido en el oído. Siguió caminando sin aminorar el ritmo de sus pasos ni volverse. Lo mejor era no desvelar a quien lo siguiera que se había percatado de su presencia. Si es que alguien lo seguía y no se estaba volviendo loco.

No era el asunto, desde luego, para tomárselo a la ligera. Si habían encontrado a un ciudadano soviético muerto en Madrid tampoco era muy

descabellado pensar que el siguiente fiambre pudiera ser un periodista deportivo. No era que desde que le encargaron buscar a Navarro estuviese tranquilo. Ya era mayorcito para saber dónde se metía, pero hasta ese momento Gregorio León no había sentido la cercanía del peligro, la posibilidad real, incluso tangible, de que alguien pudiera acabar con su vida. Ni siquiera dos noches antes, la primera vez que intuyó que lo seguían, había llegado a pensar que nadie se tomaría la molestia de hacerle daño, pero la noticia del ruso finiquitado con dos disparos en la cabeza no era el mejor remedio para calmar su inquietud.

Era como si, aprovechando un parpadeo de Gregorio, el paseo del Prado se hubiera quedado vacío y él fuera el héroe solitario de una película y nadie, salvo los espectadores que estaban en la sala, supiese que alguien lo seguía, que incluso hubieran visto su cara y tuvieran la certeza de que al protagonista estaba a punto de pasarle algo malo.

Aminoró la marcha, para obligar a hacer lo mismo a quien anduviera tras sus pasos o, quizá, a que no acertase a cambiar el ritmo de su caminata y se viera obligado a adelantarlo disimuladamente. Pero nadie lo rebasó, y tampoco oyó pasos detrás de él.

En la esquina siguiente se detuvo. Sin prisas, buscó en el bolsillo de la chaqueta el paquete de tabaco, y después de ponerse un pitillo en la boca aprovechó para mirar de reojo mientras ahuecaba las manos para proteger la lumbre.

Quizá se estuviera volviendo loco por culpa de la tensión acumulada durante los últimos días: la búsqueda de Navarro, que no daba sus frutos; los encuentros con el inspector Bocanegra; haber abierto a Marina la compuerta de algo que no podía controlar y no sabía por qué camino lo llevaría. Pero ahora no era el mejor momento ni el lugar para pensar en Marina ni en nadie que no fuese la persona que andaba tras sus pasos. Tiene que ser ahora o nunca, se dijo. No iba armado, y no había forma de saber si quien lo estaba siguiendo llevaba una navaja o una pistola escondida bajo la chaqueta, pero tampoco quería seguir andando y mirar atrás cada dos por tres, como un conejo asustado. Tiró la cerilla a la acera después de sacudirla en el aire para apagarla y dio media vuelta. Antes, cuando estaba

encendiendo el cigarrillo, con el rabillo del ojo le había parecido ver una sombra que se protegía detrás de un árbol. Si hubiera querido matarme, se dijo, para envaletonarse, ya lo habría hecho. Si quisiera acabar conmigo no se escondería cuando me doy la vuelta.

Tomó aire, como si fuera a zambullirse en el mar, antes de dar el primer paso, con decisión.

Un poco antes de llegar a la altura del árbol donde había creído ver esconderse a alguien, se preguntó si no había sido un gesto demasiado valiente, si no estaría arriesgando su vida sin necesidad cuando podría haber tenido mejores opciones de enfrentarse con quien ahora estuviese esperando el momento oportuno —un momento que sucedería enseguida— para tirarse encima de él con un cuchillo —puede que no tuviera tiempo siquiera de ver su cara— o encañonarlo. Pero dar media vuelta se le antojaba más arriesgado que asomarse al otro lado del tronco. Con un poco de suerte sólo encontraría un fantasma, el producto de su imaginación fecundada por la tensión de los últimos días. Se detuvo y miró a la izquierda. Luego volvió la cabeza. Fuera quien fuese no debía mostrar sus nervios. Pero no parecía haber nada entre el tronco del árbol y el muro del Jardín Botánico. Suspiró, con alivio, por no tener que enfrentarse con nadie, y entonces oyó, a su espalda, un sonido que le pareció como de agua derramándose. Antes de darse la vuelta pensó que tal vez éste no fuese el árbol donde le había parecido ver esconderse a alguien, sino que se trataba del árbol siguiente, y aún tardó unos segundos en comprender que el hilillo de vapor que subía desde el suelo era por culpa del líquido caliente que salía del miembro de un tipo que orinaba tranquilamente detrás del tronco.

—Pero ¿qué hace? —fue lo único que se le ocurrió decir.

—¿A usted qué le parece? —El tipo hablaba con un acento extraño, y al escucharlo fue como si una alarma empezase a sonar dentro de su cabeza. Se acercó hasta él en dos zancadas mientras el otro se sacudía el pene y lo encerraba en la bragueta.

—Lleva un rato siguiéndome.

El desconocido se subió la cremallera y se apartó un poco. No parecía asustado. Lo miró como si estuviese loco.

—¿Qué dice? Yo no estoy siguiendo a nadie.

Gregorio León no dejaba de clavar sus ojos en él. Estaba atento sobre todo a sus manos. Ahora las tenía a la vista, pero en cualquier momento podría sacar una navaja o una pistola.

—Lo he descubierto. No tiene sentido que quiera engañarme. ¿Quién es usted? ¿Quién lo manda? ¿Qué pasa, que los del Partido ya no confían en mí y tienen que enviar a un espía para asegurarse de mi lealtad?

—Se está usted equivocando. —El tipo había retrocedido un par de pasos, y le mostraba las palmas de las manos, conciliador. Al menos no parecía que fuera a sacar una pistola o amenazarlo—. No sé de qué me habla.

Gregorio ya había clausurado la distancia que los separaba. Sin darse cuenta había puesto su cara demasiado cerca de la suya para que pudiera considerarse de buena educación, pero las normas de urbanidad no eran lo más importante ahora. También, sin ser consciente de ello, en un gesto tan valiente o tan arriesgado que se sintió un poco extraño cuando se dio cuenta de lo que había hecho, a pesar de que el otro le sacaba por lo menos dos cuartas, lo había agarrado por las solapas del abrigo y lo había empujado contra el muro del Jardín Botánico.

—No me venga con tonterías. ¿Acaso piensa que soy imbécil? Lleva toda la noche siguiéndome, y me apostaría cualquier cosa a que no es la primera vez que anda detrás de mis pasos. —Gregorio le retorció un poco más la solapa del abrigo, como si exprimiese un trapo mojado—. ¿Quién es usted? Y no me diga que estaba echando una meada aquí por casualidad.

—Puedo explicárselo. —El hombre hablaba despacio, marcando con cuidado cada sílaba, como si quisiera asegurarse de que Gregorio entendía sus palabras o acaso tenía unos nervios bien templados. Estaba claro que no se trataba de un cobarde, pero el periodista aún siguió sujetando la solapa de su abrigo unos segundos. Luego lo soltó y lo señaló con el dedo, advirtiéndole, antes de darle un último empujón.

—Deje las manos donde pueda verlas.

A Gregorio se le antojó que había actuado como uno de esos personajes de las novelas del Oeste que leía para matar el tiempo. Pero era verdad:

quería tener sus manos a la vista y que hubiera al menos dos o tres pasos entre ellos. A esa distancia le dedicó una mirada valorativa. Era un tipo alto, con los ojos claros, bien vestido. Por lo demás, podía ser como él mismo, como cualquiera: tan capaz o tan incapaz de haber liquidado al ruso del que le había hablado Ramón Bocanegra.

—Puedo explicárselo —insistió el otro.

—Por favor... —respondió Gregorio, como si le diese asco.

—Sé que puede parecer raro, pero le estoy diciendo la verdad. La razón de que vaya detrás de usted es porque los dos estamos buscando a la misma persona.

—Yo no estoy buscando a nadie.

—Sí. Usted está buscando a Martín Navarro.

Antes de que pudiera ser consciente de ello, Gregorio había vuelto a recortar la breve distancia que los separaba, pero se esforzó en no empujarlo otra vez. No estaba seguro de que esta vez el tipo fuera a consentirlo y podría ser él quien acabase con la nariz estampada en el muro.

—¿Qué sabe usted de mí? —le preguntó—. ¿Para quién trabaja?

—No sé mucho de usted, salvo que, quizá por azar, tenemos intereses comunes.

—¿Y cómo sé que me dice la verdad?

—No puede. Tendrá que fiarse de mí.

—Perdone que no confíe en usted.

El otro se encogió de hombros. Hasta ahora no había sacado una navaja ni una pistola, y no parecía tener intención de hacerlo. Tal vez le resultaría más útil si conseguía que le contestase a algunas preguntas. Después de lo que le había dicho, no tenía mucho más que perder.

—Supongamos que estoy buscando a ese tal Martín Navarro. ¿Acaso podría usted ayudarme a encontrarlo?

—Creo que sí.

—¿Y por qué está usted buscándolo?

—En realidad, yo no estoy buscando a Martín Navarro, sino a la mujer que lo acompaña.

Gregorio frunció el ceño y echó la cabeza hacia atrás, extrañado, como si diese un respingo.

—¿Y quién es, si puede saberse, la mujer que lo acompaña?

Ahora el otro sonrió, satisfecho, como si hubiera ganado la partida. De repente era como si fuese el dueño de la situación y no él. Tan tranquilo parecía que a Gregorio se le antojó que enseguida se llevaría las manos a los bolsillos, como si desde el primer momento se hubiera dado cuenta de la inutilidad de su advertencia.

—La mujer que está con Martín Navarro se llama Erika Walter. Pero ése no es su verdadero nombre.

Capítulo 11

Dos estatuas de nieve

Martín Navarro se despertó menos aturdido que las otras veces, sin ese sabor repugnante en la boca pastosa y el dolor a la altura de la nuca que no terminaba de desaparecer. Antes de abrir los ojos se preguntó si no estaría en esa fase del sueño en la que costaba diferenciar entre realidad e imaginación, y se dijo que lo que a él le gustaría de verdad era estar dormido. En un sueño, pensaba, seguro que sería posible resolver todos los enigmas que le preocupaban, pero eran demasiado evidentes los ruidos del amanecer como para engañarse. Puede que sus músculos y su cerebro aún no se hubieran acoplado, pero el rumor del tráfico en la calle, el trajín de la habitación contigua o la respiración pausada de Erika, al otro lado del colchón estrecho, cercenaban cualquier interpretación que no fuera la de haberse despertado la que podría ser la última mañana que pasarían en Madrid.

Contra su voluntad, su cuerpo y su cabeza se sincronizaron. Abrió los ojos, muy despacio, como si, a pesar de tantas evidencias innegables, aún cupiese alguna posibilidad de estar sumergido en un sueño que le revelase tantas cosas que necesitaba saber, y la luz endeble que se filtraba por la cortina le indicó que estaba amaneciendo. Resignado a la vigilia, volvió la cabeza para ver la melena oscura y desordenada de Erika, el contorno suave de los hombros que asomaban bajo las tirantas del camisón, y sintió cómo

una sonrisa se le instalaba en la cara, satisfecho, a pesar de todo, por haber recobrado algo sucedido tantas veces en el pasado: despertar a su lado, la costumbre del olor de su piel y de su pelo, recibir el nuevo día abrazado a ella. Estiró una mano y sin tocarla recorrió la curva del cuello, le acarició el pelo. No quería despertarla y que se asustara. Todavía era muy temprano. No había prisa. Lentamente, se separó de ella, conteniendo incluso la respiración, y se quedó tumbado en la cama, boca arriba. Era imposible volver a quedarse dormido, pero tampoco resultaba sencillo permanecer quieto en el colchón como si estuviese enfermo y anhelase la llegada del médico que debía darle el alta.

Se levantó con cuidado, procurando que la cama vieja no comenzase una sinfonía molesta. Ella se movió un poco, sin abrir los ojos, y estiró un brazo hacia la parte del colchón que se había quedado vacía, tal vez buscando el calor del cuerpo de Navarro en las sábanas, pero no se había llegado a despertar. La luz que dejaba pasar la cortina gastada era suficiente para distinguir el paquete de tabaco y el encendedor, el cenicero en el suelo porque la mesita de noche era tan estrecha que no dejaba sitio más que para una triste lámpara, los cigarrillos y el mechero. Fumó tranquilamente, sujetando de cuando en cuando con dos dedos la cortina para ver la calle, mirando sin saber qué, preguntándose si alguna de las personas que caminaban a esa hora de la mañana lo que hacía era disimular que se dirigía al trabajo cuando en realidad su intención era hacer guardia en la puerta de la pensión, esperando el momento oportuno para acercarse y acabar con sus vidas.

Cuando Erika se despertó, Navarro ya había recorrido el pasillo para darse una ducha y afeitarse en el cuarto de baño, y esperaba tranquilamente, sentado en la única silla de la habitación.

—Buenos días —dijo ella, llevándose el dorso de la mano hasta la frente, la cabeza apenas separada de la almohada, como si aunque hubiese hablado aún no estuviera despierta del todo—. ¿Es muy tarde? ¿Llevas mucho tiempo levantado?

—No te preocupes. Me he despertado muy temprano. He estado fumando un rato y pensando. Luego me he dado una ducha y me he

afeitado. —Se pasó una mano por la mejilla y por el mentón, tan suaves como la piel de un recién nacido—. Hoy puede ser el gran día, ¿no?

Erika se sentó en la cama y miró hacia la ventana. Se apartó la melena desordenada de la cara y sus ojos viajaron hacia Navarro. Con el pelo todavía mojado y metido en ese traje gris que ella le había comprado, parecía un hombre de negocios seguro de sí mismo antes que un desertor al que sus camaradas buscaban para matarlo.

—Estás muy guapo —le dijo, y él se alegró de no haber descorrido la cortina todavía porque estaba seguro de haberse puesto colorado—. Sí. Hoy puede ser el día que nos marchemos de Madrid. Ojalá que sea así. —Se desperezó, sin preocuparse de que él estuviese delante, y a Navarro le agradó esa confianza que mostraba en su presencia.

Luego se levantó, tiró de la cortina, puso las manos encima de la estufa para calentarse, de espaldas, asomada a la ventana. Navarro no podía dejar de mirarla: la forma de su cuerpo bajo el camisón tan fino, las piernas blancas, los pies descalzos sobre la alfombra, los pechos que se agitaban cuando se frotaba las manos para entrar en calor. Súbitamente le entraron ganas de poseerla, de meterse otra vez en la cama con ella hasta que fuese la hora de ir a recoger su pasaporte. Se preguntó si a Erika no le sorprendería aquel repentino arrebató sexual, que se levantase y la besara en los hombros y en el cuello y acabasen los dos en la cama que aún conservaba el calor de su cuerpo, aunque no hubiera escogido el momento más oportuno porque la pasión no entiende de esas cosas, y quizá porque aún le duraban los efectos de la droga no había sido por la noche al tumbarse junto a ella y rozarse bajo las sábanas cuando había sentido el deseo de hacerle el amor, sino ahora.

Erika se dio la vuelta y se apartó de la ventana para acercarse a Navarro, y durante el breve trayecto que recorrió, él se preguntó, avergonzado, si tal vez ella no le había leído el pensamiento y le recriminaría no sólo el pensar que estaría dispuesta a compartir con él un rato como el que su imaginación acababa de anticipar, sino ser capaz de desear eso en un momento tan delicado, cuando muy bien podrían estar jugándose la vida. Sin embargo, Erika apoyó las palmas de las manos en sus rodillas y le dio un beso en los

labios, un largo y cálido beso, como si le insuflase aire, y luego separó el rostro un poco, los ojos todavía cerrados, y él le acarició el pelo, y luego le pasó la palma de la mano por la mejilla. Y ahora fue Navarro quien la besó, un beso más largo que el anterior, sus labios que mordían los labios de ella, la lengua de ella que buscaba la suya. Erika volvió a separarse, apartó las manos de sus rodillas y se puso de pie.

—Cariño, tenemos que irnos. Lo siento, pero no podemos llegar tarde a nuestra cita. Cuando hayamos resuelto lo de tus papeles tendremos todo el tiempo del mundo para nosotros.

Antes de dejar la pensión, Erika se dio una ducha y luego hicieron las maletas otra vez. La ropa que habían usado desde que llegaron doblada y guardada de nuevo en el equipaje, todo preparado, por si los documentos estaban listos. Mejor dejar las maletas en la pensión que andar por Madrid con ellas auestas, como si fueran por la calle con un cartel colgado del cuello que anunciase su condición de fugitivos. Bastaba regresar a recogerlas antes de ir a la estación.

—Lo mejor será que yo vaya sola —sugirió Erika—. Creo que así llamaré menos la atención que si nos ven juntos.

Pero Navarro sacudió la cabeza, rotundo.

—Iré contigo. No pienso quedarme más tiempo aquí encerrado. Además, puede ser peligroso que vayas sola. —Señaló la ventana con la barbilla—. No sabemos quién puede estar esperando ahí fuera.

Erika se quedó mirándolo, como si sopesase la propuesta o hubiese alguna posibilidad de convencer a Navarro de quedarse en la pensión mientras ella iba a buscar sus papeles.

—Lo más sensato es que no vengas conmigo. A mí no me están buscando. Al menos que sepamos.

Pero Navarro agarró el pomo de la puerta. Su gesto no dejaba lugar a dudas.

—No hay nada que discutir sobre esto. Iremos los dos.

Luego abrió la puerta, y al ver el trozo de pasillo y de moqueta gastada por las pisadas de los clientes, sintió un breve escalofrío, como si también hubiese levantado una escotilla que debería permanecer cerrada siempre y lo único posible ahora fuera que un torrente de agua irrumpiese hasta hundir la embarcación y los dos se ahogarían sin posibilidad de ser salvados.

El trayecto hasta el piso de Benito Santacruz no les llevó más de diez minutos. Hacía tanto frío que ni siquiera dentro del coche se quitaron los abrigos.

—Me encantaría que ahora fuese verano —le había susurrado Erika al oído a Navarro, mientras esperaban un taxi en la acera. Se lo dijo porque le gustaba verlo sonreír: los hoyuelos se le marcaban en las mejillas, como si fuera un galán de cine, en lugar de esa marca que le cruzaba las cejas cuando estaba preocupado, como ahora, más atento a las caras de la gente que a encontrar un taxi libre.

No se dirigieron la palabra. Navarro se pasó todo el tiempo recorriendo con los ojos las calles por las que pasaban, buscando el rostro de alguien que estuviera siguiéndolos o quisiera acabar con su vida, obstinado en reconocer un gesto, una mirada.

Los dos agradecían que no les hubiera recogido un taxista parlanchín, un conductor madrileño que se hubiera pasado todo el trayecto haciéndoles preguntas inocentes o queriendo que participaran de sus cuitas por más que fuera patente su falta de interés.

Cuando llegaron a su destino, antes de subir y pulsar la llamada acordada como una contraseña, los dos se quedaron quietos un momento, como si la incertidumbre o el miedo antes de dar este paso les hubiera clavado los pies a las baldosas.

Navarro levantó la barbilla y escrutó las nubes grises bajo el ala del sombrero: apenas pasaban unos minutos de las doce de la mañana, pero ya era como si la tarde arañase sus últimos instantes al día. El tiempo se estaba estropeando y ahora el cielo era una manta de plomo que a buen seguro terminaría espolvoreando Madrid de copos de nieve.

—En cualquier momento empezará a nevar —comentó distraídamente. Ni siquiera Erika estuvo segura de que le estaba hablando a ella, como si la nevada inminente fuese la mayor de sus preocupaciones—. Bueno, ya estamos aquí —añadió, por fin, sin mirarla—. Será mejor que subamos.

Erika tampoco se entretuvo en mirarlo. Al bajar del taxi la había asaltado una ansiedad repentina, una incertidumbre incómoda que se empeñaba en llevar la contraria a toda la seguridad que se había esforzado en aparentar delante de Navarro. Lo último que quería, lo último que le hacía falta, era que él se diera cuenta del miedo que tenía. No podía fallarle ahora que estaba tan cerca del final. Levantó la cabeza, suspiró discretamente para que Navarro no se diera cuenta de sus temores y se agarró de su brazo y tiró de él hacia el portal.

—Es cierto, sí —le dijo—. Parece que va a nevar. Subamos antes de que nos pille en la calle. No me apetece mojarme.

Cuando llegaron al portal, una mujer mayor salía del edificio y sostuvo la puerta para franquearles el paso. Ninguno dijo nada pero, como si estuvieran sincronizados, los dos se quedaron quietos, sin cruzar el umbral que la anciana les ofrecía.

Fue él quien habló. Erika se manejaba en un español más que aceptable, pero cualquier rastro de acento sería más fácil de recordar que las palabras de alguien que se había criado en Madrid.

—Muchas gracias, señora, pero pase usted primero, por favor.

La mujer asintió, bajando el escalón con cuidado. La tentación de poner el zapato entre la puerta y el marco era muy grande.

Cuatro plantas después siguieron el ritual acordado: tres timbrazos largos, pausa, dos timbrazos cortos, pausa, otros tres timbrazos largos. Se quedaron los dos aguardando en silencio los pasos acercándose después de haber escuchado la contraseña. La puerta tendría que abrirse entonces, como por arte de magia, como si alguien hubiera pronunciado las palabras pertinentes. Abracadabra, pensó Navarro otra vez, igual que dos noches antes en la pensión. Allí Babá delante de la gruta de los ladrones. Pero menos de un minuto después, entre sus ojos se había vuelto a marcar ese gesto de preocupación, como si estuviese enfadado o concentrado.

—Vámonos —le dijo a Erika, mas era como si hablase para sí mismo—. No hay nadie.

—Quizá tu amigo no se haya enterado de que hemos llamado. —No había terminado la frase y ya apretaba el índice del timbre de nuevo, un poco más despacio ahora. Tres timbrazos largos, dos timbrazos cortos, tres timbrazos largos, con las pausas correspondientes. Estaba segura de no haberse equivocado antes, pero, por si acaso, lo mejor era hacerlo otra vez más despacio.

Después de la segunda tanda de timbrazos era como si la mano de un dios caprichoso estirase los segundos, ralentizando el tiempo, alimentando su impaciencia.

—Habrá salido —dijo Erika, suspirando resignada—. Tienes razón. Quizá deberíamos marcharnos y volver más tarde.

Aunque Navarro asintió, con los ojos viajando desde el interruptor hasta la puerta cerrada, no parecía escucharla. Era como si ahora no quisiera marcharse.

—Habíamos quedado hoy por la mañana. Es una cita demasiado importante para que se le haya pasado o se haya marchado.

—Entonces vámonos —insistió Erika—. No creo que éste sea el mejor sitio para quedarnos esperando. Vayámonos y ya volveremos luego.

Cogió a Navarro del brazo y tiró de él discreta, suavemente. Él la siguió, sin dejar todavía de mirar la puerta durante los primeros pasos, como una oportunidad perdida.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —le preguntó a Erika—. ¿Volver a la pensión? ¿Pasarnos otro día encerrados esperando a que alguien venga a buscarnos? ¿Contener la respiración cada vez que oigamos voces en el pasillo?

Pero bajaron las cuatro plantas en el ascensor y, cuando quisieron darse cuenta, ya estaban en la calle, Erika con los ojos clavados en el suelo, la mano sujeta al brazo de Navarro, procurando alejarse cuanto antes del edificio del que acababan de salir sin llevarse lo que habían ido a buscar. No se le ocurría nada mejor que lo que Navarro no parecía estar dispuesto a aceptar: regresar a la plaza de Santa Ana, volver más tarde o al día siguiente

a buscar los papeles. Seguro que había una explicación para lo que había pasado. Quizá habían llegado un poco antes de lo previsto y a Benito Santacruz le faltaba alguna cosa para terminar el trabajo y había salido. O, por alguna razón, no le había parecido oportuno abrir la puerta aunque hubieran llamado al timbre de la manera acordada.

Los tres primeros taxis que pasaron estaban ocupados. Navarro no dejaba de mirar atrás. Erika tampoco. Él podría tener razón. A lo mejor no era buena idea marcharse tan pronto. Quizá por volver a subir y llamar al timbre otra vez no tuvieran nada que perder. Vio un taxi libre que se acercaba, pero cuando quiso darse cuenta ya había vuelto a agarrar el brazo de Navarro y lo conducía de nuevo hacia el portal. Él no protestó. Ni la más mínima queja. Estaba claro que, a pesar de todo, tampoco quería marcharse todavía de allí hasta haber averiguado algo más. Aún les quedaba por recorrer la mitad del camino cuando la puerta del edificio se abrió y los dos se quedaron quietos. Erika sintió cómo los músculos del brazo de Navarro se ponían tensos bajo su mano, como si del lugar donde habían de darle el salvoconducto hacia la libertad no pudiera sino salir el tipo que lo perseguía pistola en mano dos noches antes. Relájate, Erika, se dijo, procurando que él no se diese cuenta de lo nerviosa que estaba. Nadie nos conoce, nadie tiene por qué saber que estamos aquí. La puerta ya se había abierto, pero a esa distancia el zaguán estaba tan oscuro que no podía distinguir quién estaba dentro. No se dijeron nada, pero ninguno de los dos se movió hasta que no salió a la calle una mujer joven que empuñaba trabajosamente el carrito de un niño para salvar el escalón que la separaba de la acera.

Navarro asintió, como si Erika le hubiera preguntado algo, sin quitar ojo de la puerta. Caminaba tan rápido ahora, que ella pensó que estaba a punto de echar a correr. Sabía que si lo hacía, si quería recortar la distancia que les faltaba para llegar hasta el portal de una carrera, ella no podría detenerlo. Conocía de sobra aquella expresión obstinada, casi de locura. No había nadie que pudiera detenerlo en ese momento, pero tendría que convencerlo para que no cometiese una estupidez.

La puerta del bloque había vuelto a quedarse vacía y se movía perezosamente para cerrarse cuando llegaron. Navarro se soltó del brazo de

Erika y subió el escalón, justo a tiempo para sujetarla antes de que se cerrase del todo.

—Déjame subir a mí.

—Ni hablar. Subiremos los dos —respondió, haciéndose a un lado, para dejarla pasar.

—Espera. —Erika ya había entrado en el edificio, y en el vestíbulo le hablaba en susurros—. Será mejor que uno de los dos se quede aquí abajo, por si sucede algo y tiene que avisar al otro. Puedes subir tú, si te empeñas, pero creo que será mejor si me esperas aquí. Si entra alguien que venga a buscarnos contarás con la ventaja de la sorpresa y tendrás más posibilidades de impedirselo o escapar. Yo tengo todos mis papeles en regla. Si me sucediera algo puedo ponerme a gritar y los vecinos llamarán a la policía.

—No pienso abandonarte.

Erika le sujetó la barbilla, con cariño.

—Y no me vas a abandonar, mi vida. No va a pasar nada. Si tu amigo finalmente está en el piso, conseguiré que me abra la puerta, recogeré tus documentos, le pagaré y podremos irnos enseguida.

Navarro volvió la cabeza hacia la calle, considerando las opciones antes de contestar, y luego cogió la mano de Erika que aún no se había retirado de su barbilla. Bien mirado, era verdad que tendría más opciones de detener a quien pudiera venir a buscarlos si se quedaba allí. Se colocaría al lado de la puerta, fumando un pitillo, como si estuviese esperando a alguien, y tendría unos segundos de ventaja sobre cualquiera que llegase con la intención de hacerles daño.

—De acuerdo, esperaré aquí —le dijo, y luego hizo sonar la esfera del reloj con la uña del índice—. Pero si no has vuelto dentro de cinco minutos iré a buscarte.

Erika asintió, satisfecha, retirando la mano de su barbilla.

—Seguro que me sobra tiempo.

Pero los dos sentían más preocupación de la que estaban dispuestos a aparentar, y cuatro plantas más arriba no se habían disipado los temores de Erika. Como una losa que le aplastase el pecho, sentía que lo de los documentos de Navarro no se iba a resolver como necesitaban, pero

prefería agarrarse a esa dosis recóndita de esperanza que le decía que todo saldría bien, que cuando llamase al timbre de la puerta del piso con la contraseña convenida, el viejo Santacruz le abriría y se disculparía por no haberse enterado la primera vez. Ya estoy muy mayor, le diría, y el oído a veces me falla.

Respiró hondo al cerrar la rejilla del ascensor, antes de subir a pie el último tramo de escaleras.

El viejo, desde luego, no había elegido mal el lugar. La última planta de un edificio en la que sólo estaba su casa y no tendría que sufrir la indiscreción o las miradas curiosas de otro vecino que se asomase al ojo de la cerradura para ver quién llamaba a su puerta.

Tres timbrazos largos, pausa, dos timbrazos cortos, nueva pausa, luego otros tres timbrazos largos para terminar. Erika estaba a punto de repetir el ritual por tercera vez en menos de diez minutos, pero antes de hacerlo le sobrevino el pensamiento de que alguien podría estar observándola desde el otro lado de la puerta, por la mirilla, ojalá que el propio Benito Santacruz. A pesar de la tensión que sentía, o quizá por eso, no pudo evitar que un amago de sonrisa le tirase de las comisuras de los labios al recordar un gesto infantil, una broma que había repetido muchas veces en Salzburgo cuando era una niña: poner el dedo en la mirilla cuando llamaba a una puerta para que quien estuviera al otro lado no pudiese verla. Desde luego que no iba a hacer eso, pero sí se inclinó sobre la hoja para acercar la oreja y poder escuchar cualquier sonido revelador al otro lado, y al tocar la madera las bisagras se quejaron un poco, y la puerta cedió lo justo para darse cuenta de que estaba abierta. La empujó un poco más, en el fondo deseando que la cadena le impidiese abrirla del todo, pero según estaban rodando los acontecimientos, aquél no era su día de suerte. Bastó una ligera presión para que la puerta se abriese completamente, como un regalo que no estuviera segura de aceptar. Y ése era el momento más difícil, enfrentarse al dilema: irse de allí o aceptar la invitación que la fortuna le ofrecía. No sabía cuál de los dos impulsos era más fuerte, si el de correr escaleras abajo o colarse en el piso del viejo Santacruz. No podía bajar y mentirle a Navarro, y si le

contaba que la puerta estaba abierta, él insistiría en subir y sería imposible convencerlo de que se marchasen.

Ya había entrado antes de resolver la disyuntiva. El armario del salón tenía todos los cajones abiertos. Podría parecer que el dueño del piso había preparado el equipaje o se había mudado a toda carrera si no fuera porque el suelo estaba alfombrado de papeles, fotografías y cajas tiradas de mala manera. Era como si se hubiese producido un terremoto: la lámpara en el suelo, el sofá boca abajo, los colchones desventrados, la gomaespuma asomando por los costurones, como las tripas derramadas de un cadáver.

Se le ocurrió entonces a Erika que Benito Santacruz no estaba en el piso, y que quienquiera que hubiese profanado su salón todavía podría encontrarse allí, observándola por la rendija de una puerta. De repente se dio cuenta de que estaba tan asustada que no sabía si sería capaz de marcharse. Le temblaban las piernas, presentía que no la obedecerían si tenía que salir corriendo.

—¿Hay alguien ahí?

Le pareció tan extraño escucharse que lo primero que pensó fue que no era ella quien había preguntado, sino una voz que le había brotado desde muy dentro o pertenecía a otra persona. Lo más sensato era salir corriendo, desde luego, pero en lugar de eso no se le había ocurrido nada mejor que preguntar si había alguien en la casa.

Silencio. Ni una palabra. Erika sintió que le zumbaban los oídos de esforzarse tanto en escuchar. En la cocina no había nadie, pero el estropicio de cajones abiertos y cristales rotos no hacía sino confirmarle lo peor, como si acaso fuese necesario después de ver cómo estaba el salón. Y entonces, por algún motivo extraño cuyo entendimiento se le escapaba, y tampoco era el momento de reflexionar sobre ello, el miedo desapareció, o es que la curiosidad era mucho más fuerte que el miedo, y supo que no saldría del piso hasta entrar en todas las habitaciones y averiguar lo que había pasado.

El cuarto de baño se encontraba en el mismo estado que el dormitorio, el salón y la cocina, como si fueran tiempos de guerra y hubiera estallado una bomba cuya onda expansiva hubiera alcanzado el edificio. Además de la terraza, sólo quedaba por revisar el pequeño estudio donde Benito

Santacruz había inmortalizado el rostro de Navarro para el pasaporte. Una vez que hubiera averiguado lo que había pasado, había resuelto bajar a buscar a Martín por si, gracias a algún recoveco extraño del azar, podrían encontrar sus documentos nuevos en aquella escombrera de papeles. Pero eso, sabía Erika, sería esperar demasiado, y que en el fondo de su corazón albergase cierta esperanza no significaba que fuese tan ingenua como para creer que todo se resolvería de una forma tan sencilla. De una manera consciente o no, había dejado el estudio para el final.

Después del trámite de abrir la puerta de la terraza y no encontrar nada salvo el cielo desapacible de Madrid, atravesó el pasillo, pisando los cristales rotos que protegían un retrato enmarcado que también había caído al suelo, y entró en el estudio. Estaba segura de que sería el lugar donde el viejo guardaba los documentos, pero tampoco tenía dudas de que quien hubiese registrado el piso también había pensado lo mismo.

Fue como entrar en una cueva, pero, sin esperar a que sus ojos se habituasen a la oscuridad, Erika buscó a tientas el interruptor. No tardó en oír un clic bajo sus dedos. La luz era tan potente que durante unos segundos no pudo evitar parpadear, aturdida. El mismo desorden, las puertas de los muebles abiertas y tantos documentos revueltos que resultaba difícil creer que en el piso hubiera sitio para tantos papeles y carpetas. La mesa del revés, la silla donde Navarro se había sentado obedientemente para que el viejo Santacruz lo retratase estaba en un rincón, hecha un gurrño, y al levantar la vista hubo tres cosas que Erika no pudo reprimir: la primera, buscar de nuevo con los ojos cerrados, dando manotazos a la pared, como hacía un momento, el interruptor, porque antes de abrir los ojos de nuevo tenía que apagar la luz; la segunda, un grito de espanto; y la tercera, una arcada desagradable que le brotaba desde la boca del estómago. Ninguna de las tres cosas sucedieron. Aún no había bajado el interruptor de la luz y sintió que alguien la sujetaba y le tapaba la boca, ahogando sus gritos pero no sus deseos de sacarse el desayuno del cuerpo. Abrió los ojos, pero antes de revolverse contra quienquiera que la hubiese sorprendido escuchó una voz que le hablaba al oído, muy despacio, para tranquilizarla; el mismo

tono de voz que recordaba de Navarro en Berlín, el día que la salvó de los soldados que quisieron violarla cuando fue a buscar agua.

—Tranquila, Erika. Soy yo. No pasa nada. Vuélvete y no mires. Sal de la habitación.

Pero ella ya no podía dejar de hacerlo, aunque fuese con el rabillo del ojo. Aunque ahora no mirase daba lo mismo. Ya lo había visto todo. Al fondo de la habitación estaba el viejo Santacruz, tirado sobre una silla rota, como un guiñapo, vestido con el mismo batín que llevaba la noche anterior, como si lo hubieran sorprendido a unas horas en las que no acostumbraba a recibir visitas, tal vez sólo un poco después de que ellos se hubieran marchado. Una de las patas del trípode en el que colocaba la cámara para hacer las fotos le atravesaba el ojo derecho, y un reguero de sangre oscura y seca le bajaba por el cuello, tiñéndole el vello blanco que le asomaba a la altura del pecho. El otro ojo, desorbitado de espanto, parecía seguir a Erika por dondequiera que se moviese, como si bastase con su presencia captada por la pupila de un cadáver para devolver la vida a su dueño.

—Tenemos que irnos —dijo Navarro, pero ella seguía aferrada a su chaqueta, tiritando como si la hubieran dejado desnuda en la calle, sin poder apartar la vista del muerto—. Es peligroso que nos quedemos aquí. Y por mucho que nos empeñemos no vamos a encontrar mis papeles. Te apuesto lo que quieras a que el culpable de este estropicio ha estado buscando lo mismo que nosotros. Se nos ha adelantado.

A Erika le pareció detectar una especie de lamento en la última frase de Navarro. Era como si hubiese preferido llegar antes para encontrarse cara a cara con quien hubiera estado allí. Pensó replicar que se trataba de un falsificador que seguro trapicheaba con mucha más gente, aunque tampoco era muy exagerado pensar que su muerte quizá no hubiera tenido nada que ver con ellos, sino que todo había sido una fatal coincidencia. Pero eso era lo que pensaba su parte optimista. La otra parte, la pesimista, o quizá la más realista, no podía sino aceptar sin rechistar lo que le decía Navarro: tenían que marcharse de allí cuanto antes y luego, cuando estuviesen en un lugar seguro, si es que había un lugar seguro para ellos en Madrid, pensar sosegadamente cuál sería el siguiente paso.

Navarro apagó la luz del estudio y, en la oscuridad que sobrevino, a Erika todavía le pareció que el único ojo de Benito Santacruz no dejaba de seguir sus movimientos sin que ella pudiese hacer nada salvo agachar la cabeza y buscar un lugar donde esconderse. Ella misma cerró la puerta de la habitación despacio, y al hacerlo fue también como si cerrase el ojo del difunto.

Antes de bajar las escaleras para subir al ascensor en la planta siguiente, se asomaron para asegurarse de que no había nadie en el descansillo, no sólo quien los estuviese buscando, sino cualquier vecino curioso o inoportuno que fuera capaz de acordarse de sus caras cuando llegase la policía y empezase a hacer preguntas. No había nadie, pero eso no quería decir que alguien que los hubiera visto no pudiera recordarlos: un hombre y una mujer que habían estado ayer en el edificio y, qué casualidad, el mismo día que volvieron a visitar la casa de Benito Santacruz, el viejo había aparecido muerto con una de las patas del trípode incrustada en el ojo derecho.

Bajaron en el ascensor en silencio, los dos mirando al frente, viendo pasar lentamente los cuatro pisos por delante de la rejilla, esperando o temiendo, aunque ninguno se lo dijese al otro, que en cualquier tramo de las escaleras hubiera alguien acechando. Ninguno de los dos parecía querer dar muestras al otro de la preocupación que sentía. El semblante serio, el miedo patente en sus facciones congestionadas. El cerco sobre ellos se estaba estrechando. Cada minuto de más que pasasen en Madrid todo se volvería más complicado.

Como si la tensión a la que estaban sometidos los hubiera dejado mudos, también abandonaron el edificio callados. Navarro se colocó el sombrero. No se había desprendido de la costumbre militar de cubrirse la cabeza en la calle y destocarse bajo techo, aunque vistiera de paisano desde hacía cinco años. Un momento después llegaron a la Glorieta de Bilbao. A lo lejos, Erika vio la luz verde de un taxi. Navarro no se había dado cuenta. Parecía ensimismado, como si le importasen más sus pensamientos que marcharse lejos de allí. Erika levantó el brazo para llamar al taxi y al extender la mano la notó temblorosa, fuera de su control. Pensó que el

miedo que había sentido al ver el cadáver de Benito Santacruz aún seguía presente en su cuerpo y en sus gestos, pero luego, con el brazo extendido, cuyas sacudidas no podía dominar, vio que Navarro la observaba, aturdido, como si no comprendiera, las cejas blancas de escarcha, igual que los hombros o el ala del sombrero. Enseguida se dio cuenta de que a ella le pasaba lo mismo, y hasta que no levantó la vista no fue consciente de que del cielo se derramaban miles de gotas heladas de algodón, y que muy pronto una alfombra blanca cubriría la calle, y a ellos dos si se quedaban en la acera, petrificados como dos estatuas de nieve.

Capítulo 12

Así es como están las cosas

Cuando la secretaria colgó el teléfono, los brazos cruzados sobre la mesa, una manera más o menos elegante de señalarle la puerta de salida pero echarlo al fin y al cabo, después de decirle escuetamente que su jefe, don Rogelio Bejarano, estaba reunido, Gregorio León le aguantó la mirada, desafiándola, y aunque se giró hacia la puerta enfadado pero resignado, después de dar cuatro pasos se detuvo, movió la cabeza y se dio la vuelta, resuelto, y sin esperar a que se levantase o tuviese tiempo de hacer un amago de detenerlo, enfiló el camino de la puerta del despacho de Bejarano, convencido de que lo abriría antes de que ella pudiera impedirselo o se pusiera a dar gritos que alarmasen a quienesquiera que ocupasen las oficinas que adivinaba tras las puertas que jalonaban ambos lados del corredor. No tenía intención de convertir aquella escena en la de una película, ni tampoco de mostrar sus peores modales, pero últimamente estaba tan enfadado que las normas de educación habían quedado aparcadas hasta mejor ocasión.

No había sido la mejor noche para recordar. Durante los últimos días conciliar el sueño no había resultado fácil, pero en las últimas veinticuatro horas no había conseguido siquiera descansar un poco. De madrugada ya,

había llegado a Le Cygne Noir, cuando estaba a punto de cerrar y los últimos clientes ocupaban los taxis que esperaban pacientes en la puerta. Había quedado en recoger a Marina. Ella le había prometido, con un sonoro ósculo a los dos índices de su mano derecha superpuestos en forma de cruz, que, puesto que él le había ofrecido su casa, nunca más saldría de Le Cygne Noir colgada del brazo de ningún hombre. Otra cosa era dejarse invitar a una copa, alternar, hacer que los clientes pasasen un rato agradable. Pero ya está.

—Eso, hasta que pongas un anillo en mi dedo y me retires —añadió, pizpireta, después de que él la mirase con el ceño y el labio fruncidos, enfadado porque le hubiese tomado la medida tan pronto y fuese capaz de atacar, con tanto arte, donde más le dolía.

Iba a recogerla al salir del trabajo porque, a partes iguales, quería protegerla y no acababa de creer que al final fuese fiel a su promesa. Gregorio podría ser el hombre de su vida, como ella le decía, pero era desconfiado por naturaleza, y mucho más si se trataba de mujeres.

Estuvo a punto de no llegar al local antes de la hora del cierre. El encuentro imprevisto con quien había estado siguiendo sus pasos lo entretuvo. Desapareció muy poco después de aclararle que a quien estaba siguiendo en realidad era a la mujer que acompañaba al capitán Navarro.

—¿Por qué la busca? —le preguntó.

El desconocido volvió la cabeza hacia las ramas oscuras, al otro lado de la verja del Jardín Botánico. Recortada por la luz de la luna destacaba su barbilla rectangular, como de mármol.

—En realidad, usted también debería preguntarse qué está haciendo el capitán Navarro con esa mujer —dijo, al cabo, volviendo la vista hacia Gregorio. Parecía costarle regresar a la realidad después de haberse perdido un momento en pensamientos que no estaba dispuesto a compartir con él. Luego lo taladró con sus ojos azules, bajo los que habitaban unas ojeras marcadas, de esas que con los años se convertirían en bolsas antiestéticas en lugar de desaparecer después de una larga y plácida noche de sueño.

No tenía sentido seguir escondiendo las cartas. Negando su interés en encontrar a Navarro no tenía nada que ganar. Era demasiado obvio.

Fingiéndolo contrario, a la postre sólo conseguiría hacer el ridículo.

—¿Quién es la mujer que está con él?

El otro dejó escapar el aire por la nariz. Un gesto que lo mismo podía ser una media sonrisa que la evidencia de un profundo hastío.

—Eso es algo que aún he de averiguar.

—Ha dicho que puede ayudarme a encontrar al capitán Navarro. ¿Acaso sabe dónde está?

El desconocido movió la cabeza.

—Pueden estar escondidos en cualquier parte de Madrid —dijo, levantando las palmas de las manos, como si pudiese sostener en ellas la ciudad entera—. Seguro que a usted se le pueden ocurrir enseguida muchos sitios.

Gregorio no movió ni un músculo de la cara. No iba a darle la más mínima pista sobre sus pesquisas por las pensiones y algunos locales de la noche madrileña, pero no tardó en percatarse, y redobló sus esfuerzos para que sus gestos siguieran siendo de hielo, de que, si como pensaba, el tipo con el que estaba hablando llevaba al menos un par de días siguiendo sus pasos, no habría perdido detalle de cada uno de los lugares que había visitado.

Siguió mirándolo, impasible. No le gustaba que, de alguna manera, aquel fulano tan raro que se había encontrado en mitad de la noche y hablaba un español con un acento que no llegaba a ubicar, quisiera jugar con él al ratón y al gato, poniéndole un cebo para que mordiese el anzuelo.

De nuevo estuvo tentado de decirle que pusiera las manos donde pudiese verlas, pero esta vez Gregorio León prefirió callarse.

Un coche de policía pasó por la avenida en dirección a Neptuno, y los dos se quedaron mirándolo unos segundos, sin moverse, hasta que se alejó lo bastante como para estar seguros de que no los buscaba a ninguno de ellos. Después de todo, puede que a ninguno les faltasen motivos para no querer tener cerca a la policía. Gregorio siguió el coche con la mirada hasta que lo vio acelerar al ponerse el semáforo en verde, y volvió a girar la cabeza para continuar la conversación.

—Ojalá supiera dónde están. —Pero la última parte de la frase la dijo para sí, convencido de que ya nadie lo escuchaba. Quienquiera que fuese la persona con la que estaba hablando, había desaparecido, como un fantasma. Tan rápido se había esfumado que a Gregorio León se le ocurrió incluso que podría no haber estado allí jamás, que había estado hablando solo, sumido en un trance. Miró detrás del árbol donde antes se había ocultado el otro cuando lo descubrió, y luego bajó unos cuantos pasos por la acera, pero ni rastro. Incluso se acercó hasta el árbol siguiente y lo rodeó, pero tampoco había nadie. Suspiró, con cansancio resignado, y el delgado hilo de vapor que salió por su nariz se mezcló con la niebla incipiente. Antes de continuar su camino se levantó las solapas del abrigo y se entretuvo en mirar un momento la hilera de árboles plantados en el paseo del Prado, sin la más mínima duda de que había dos ojos clavados en él, esperando su siguiente movimiento.

Después del encuentro no llegó a Le Cygne Noir con la mejor disposición para mostrarse agradable con Marina. Durante la última parte del trayecto, un poco después de pasar junto a la Cibeles, había apretado el paso para ser puntual. Aún le quedaba un trecho hasta Fuencarral y no era lo mejor llegar tarde después de haberse comprometido con ella en que se quedaría en su casa hasta que lo de Navarro se resolviese.

Antes de entrar en el local se preocupó de mirar, con interés de entomólogo, a cada uno de los hombres que esperaban un taxi en la puerta con un trofeo agarrado del brazo, dispuesto a romperle la nariz al que estuviese con Marina. Esta noche no lo aguantaría. A pesar del frío y de la niebla, por culpa de la caminata apresurada, y sobre todo por el breve encuentro con el tipo que lo estaba siguiendo, sentía una película de sudor en la espalda, bajo la camisa. Por suerte —por suerte para ellos, se dijo Gregorio— ninguno de aquellos hombres que esperaban un taxi con la ilusión de seguir la fiesta en privado había escogido a Marina, o mejor, prefería pensar, Marina tampoco los había escogido a ninguno de ellos. El portero le franqueó el paso aunque estaban a punto de cerrar, y en cuanto

cruzó el pasillo, la vio en un extremo de la barra, fumando un cigarrillo y mirando los cubitos de hielo que aún no se habían derretido en el fondo de su vaso vacío, como quien espera resolver un enigma en el poso de la bebida.

—Llego tarde —se disculpó.

Marina asintió, girando el vaso en su mano, sin dejar de escudriñar los cubitos de hielo. Cuando enfrentó sus ojos Gregorio no encontró enfado, sino decepción.

—Lo siento —añadió, sin estar seguro de si serviría de algo—. He tenido un imprevisto y se me ha hecho tarde.

—Me prometiste que vendrías a recogerme —le dijo, otra vez ensimismada en el vaso y en los pedazos de hielo—. Me pediste que te esperase, que era peligroso que me marchase sola, y no me he movido de aquí, como una tonta, poniendo excusas estúpidas a cada uno de los hombres que se han ofrecido a acompañarme. —Al escuchar esto, Gregorio sintió un clavo atravesándole el estómago, y luego Marina lo miró, como si quisiera comprobar el alcance de la andanada que le acababa de disparar justo en la línea de flotación.

—Lo siento —repitió—. Anda, coge el abrigo y el bolso. Vámonos a casa. Se ha hecho tarde.

Sólo las palabras «vámonos a casa» parecieron alegrar el semblante de Marina. Gregorio se dio cuenta de que tal vez era eso lo que estaba esperando escuchar. Vámonos a casa. Una frase mágica.

—¿Todo bien, Gregorio? —De la cara de Marina había desaparecido, afortunadamente, cualquier rastro de enojo. Él movió la cabeza, indicándole que las cosas no se estaban desarrollando todo lo bien que le gustaría.

La acompañó al guardarropa, y esperó a que recogiese el abrigo y el bolso.

—Tápate bien —le dijo al oído, mientras la ayudaba a vestirse—. Fuera hace mucho frío.

Ella rindió una mejilla en el dorso de la mano de Gregorio que le ajustaba el cuello del abrigo. Ya no le haría más preguntas y, por mucho que le pesara o le costase reconocerlo, era ésa una de las cosas que más le

gustaban de Marina. Él, en su lugar, no dejaría de hacer y de hacerse preguntas hasta averiguar qué pasaba, y mucho menos pondría su vida en manos de nadie, como ella estaba haciendo sin saberlo. Y eso implicaba una faceta en su vida desconocida hasta ahora para Gregorio: la responsabilidad de tener una persona a su cargo, alguien cuya seguridad dependía de sus posibles aciertos o de sus fracasos. No era lo mismo que cuidar de un agente del Partido que estuviese de paso por Madrid: eso también implicaba sus riesgos, pero sin que nadie tuviera que enseñárselo se había ido acostumbrando a distanciarse emocionalmente de una forma natural, como un profesional. Con Marina era diferente. Se había metido en esto porque él se lo había pedido, y ahora una de sus mayores prioridades, si no la principal, era protegerla.

En cuanto arrancó el coche y le dijo al taxista la dirección de su casa, le pasó a Marina una mano por encima del hombro y la atrajo hacia sí. Cuando era pequeño y tenía miedo, Gregorio se arrebujaba en el pecho de su madre y le bastaba con seguir los latidos de su corazón para que el mundo se volviese un lugar seguro otra vez, para sentir, con una certeza de la que jamás había vuelto a disfrutar cuando se hizo un hombre, que nadie, por muy malas intenciones que tuviese, podría hacerle daño.

No abrió la boca durante los quince minutos escasos que a esa hora de la noche duró el trayecto, pero apretó la cabeza de ella contra su pecho, le besó la frente con fuerza, rabioso, y se dio cuenta de que lo único que deseaba, lo que más le importaba ahora mismo, era que al abrazarlo Marina sintiese la misma confianza que cuando él era un crío y buscaba el pecho de su madre.

—¡Oiga! Pero ¿qué hace? ¡Le acabo de decir que el señor Bejarano está ocupado!

Cinco horas después de haber llegado con Marina a su casa, que la secretaria de Rogelio Bejarano le levantase la voz no era tan importante. Es más, no le preocupaba en absoluto.

Antes de que pudiera detenerlo, Gregorio León ya había empujado una puerta en la que un rótulo dorado con letras negras grabadas le indicaba que allí dentro debía de estar el hombre al que había ido a buscar.

—Buenos días —dijo, después de abrir sin llamar. Los malos modales y la buena educación no tenían por qué estar reñidos.

Resultaba bastante raro verlo detrás de la mesa de su despacho en lugar de medio escondido detrás del velador de un bar, pero aún más extraña era esa expresión de incredulidad, como quien ha visto entrar a un fantasma pero todavía confía en que sea una broma o el sueño o el cansancio le haya jugado una mala pasada y tras un breve parpadeo la visión se habrá esfumado. Mas esta vez no iba a suceder así. Era el mismo periodista con quien se citaba a escondidas el que acababa de romper el pacto no escrito de no encontrarse jamás en ningún sitio que no hubiesen acordado previamente, siempre ajeno a cualquier mirada inoportuna.

—Lo siento, señor Bejarano. —La voz nerviosa de la secretaria a su espalda se le adelantó antes de que pudiese abrir la boca.

Rogelio Bejarano sacudió una mano, magnánimo, restándole importancia. Lo más inteligente era quitarle hierro a la presencia de Gregorio en su despacho.

—No se preocupe —dijo, conciliador, después de mirar al periodista—. Es un viejo amigo que ha olvidado sus modales.

La secretaria aún dudó un instante antes de salir del despacho, mirando a su jefe a los ojos antes de retirarse, como si Bejarano pudiera indicarle mediante un código secreto que en realidad estaba ocurriendo algo muy grave pero no podía decírselo, y lo que tenía que hacer era actuar como si no pasara nada y en cuanto cerrase la puerta y los dejara solos ir hasta su mesa para llamar a la policía.

—Tranquila —insistió, para que no hubiera dudas. El gesto falso de quien no es capaz de disimular que un chiste no le ha hecho gracia por mucho que se empeñe en mostrar una sonrisa—. Cierre la puerta cuando salga, por favor.

Aunque su rostro no reflejó el más mínimo mohín de desagrado, la secretaria no estaba conforme cuando se marchó, caminando de espaldas,

asintiendo a regañadientes, hasta dejarlos solos. Entonces la amabilidad forzada de Rogelio Bejarano desapareció, dejando paso a un rictus agresivo, sin ninguna transición, como si hubiera llevado puesta una máscara de teatro en la que sonreía y con un movimiento rápido de manos, tan rápido que ni siquiera Gregorio había podido verlo, se hubiera colocado una nueva careta que expresaba la rabia que le quemaba la sangre.

Sí vio Gregorio cómo se ponía de pie, y el movimiento, comparado con la velocidad con que le había cambiado el gesto, le pareció ralentizado, como si se estuviese despertando de un cómodo letargo. Pero el tono de su voz, desde luego, parecía estar más en consonancia con la expresión iracunda que con la aparente lentitud con que se había levantado.

—¿Qué cojones estás haciendo aquí? —Se lo preguntó masticando cada sílaba, con la boca torcida.

—Tenía que...

—¿No sabes que tu visita contraviene todas las normas?

—... tenía que verte.

—Pues haberte puesto en contacto conmigo del modo habitual. ¿Acaso he ido yo alguna vez a buscarte al periódico? —Rodeó la mesa y se acercó a Gregorio. Nunca antes, ni siquiera cuando se habían encontrado clandestinamente, le había parecido Bejarano tan grande como ahora. Las manos enormes, como las de un leñador, la espalda ancha, la panza grande y dura derramada por encima de la correa. Cualquiera que hubiese visto la escena desde fuera habría apostado cinco a uno a que el periodista rodaría hasta la puerta con el labio roto. Pero Gregorio León no estaba dispuesto a dejarse avasallar así, por las buenas.

—Ya sé que esto va contra las normas —le dijo; la cabeza levantada, mirándolo a los ojos, sin ceder un palmo de terreno—. Pero están pasando muchas cosas y tenía que verte cuanto antes.

Bejarano extendió un brazo y le señaló la puerta, sin dejar de mirarlo.

—Te he dicho que en mi despacho no. Vete antes de que sea demasiado tarde.

Gregorio sacudió la cabeza y chasqueó la lengua, esperando que Bejarano lo cogiese por las solapas del abrigo y lo sacase de su oficina a

empujones.

—No me voy a marchar hasta que me expliques qué coño está pasando.

El otro bajó la voz, sin dejar de torcer la boca, aguantando el dique de rabia que amenazaba vomitar.

—Lo que está pasando es que me vas a poner en peligro a mí y te vas a poner en peligro a ti por haber venido a verme. Vete ya y así a lo mejor mi secretaria se olvida de tu cara. —Dejó caer los brazos, como un gigante cansado. Las manazas sonaron con fuerza en sus caderas—. ¿No te das cuenta de que si alguna vez me detienen la policía empezará a hacer preguntas a todos?

Gregorio no supo si era porque finalmente Bejarano no quería llamar la atención de la secretaria mucho más de lo que lo hubiera hecho él mismo, pero ya estaba seguro de que no volvería a insistir en que abandonase el despacho. Y no es que Rogelio Bejarano hubiese ido de farol, desde luego que no. El hombre que aparentaba llevar una plácida vida como alto cargo de un ministerio sin que nadie pudiera sospechar que trabajaba en la oscuridad para el Partido había ido a por todas, y además llevaba buenas cartas, pero Gregorio León tampoco le iba a dejar ver las suyas hasta vaciarle los bolsillos y obligarlo a poner todo lo que tenía encima de la mesa. Después de un suspiro tan largo y sonoro como si hubiese salido de la trompa de un elefante, se separó de él, sin darle la espalda, y se apoyó en la mesa: las manos en el borde, los músculos de los hombros tensos. Imponía todavía más en esa postura a pesar de que ahora tenía la boca cerrada, o quizá por eso: los ojos cansados que atravesaban a Gregorio bajo la sombra de aquellas cejas tupidas.

—Dime, ¿qué es lo que te preocupa? —le preguntó, cuando el periodista ya casi se había resignado a pasarse allí la mañana entera sin que abriese la boca.

—No me has contado toda la verdad.

—Te encargué que buscaras a Navarro. Te expliqué que estaba en Madrid y que era importante encontrarlo. ¿Qué querías? ¿Un informe por escrito? —Rodeó la mesa despacio. Las prisas parecían haber desaparecido por completo, aunque Gregorio sabía que eso no significaba necesariamente

que no regresaran en cualquier momento y volviera a pedirle que se marchase. O que tirase por la calle de en medio y él mismo lo sacase a empujones de su oficina. Luego, con idéntica parsimonia, se dejó caer en la butaca, apoyó los codos en la mesa y encajó la barbilla entre los enormes puños cerrados.

Gregorio avanzó un par de pasos hacia la mesa, sin intención de sentarse en ninguna de las dos sillas que la custodiaban.

—Pero hubo muchas cosas que no me dijiste.

—Hay muchas cosas que yo no sé. A mí tampoco me lo cuentan todo —respondió, imperturbable.

El periodista apoyó las manos en la mesa y acercó la cara hasta la de Bejarano. Su intención no era intimidarlo, sino que no se perdiese detalle de lo que iba a decir, porque iba a hablar en voz baja.

—Hace dos días encontraron a un ruso muerto en un piso de Cuatro Caminos. Si vas a decirme que no tiene nada que ver con la desaparición de Navarro, creo que lo mejor será que salga por esa puerta y no volvamos a vernos nunca más.

Sin mover la barbilla del hueco de sus puños, Rogelio Bejarano le ofreció una silla con la mirada. Gregorio aún siguió inclinado sobre la mesa un momento antes de tomar asiento.

—Tampoco me sirve que me digas que no lo sabías —añadió, cuando se acomodaba en la silla.

—Gregorio, yo no sé mucho más que tú.

—Eso tampoco me vale.

Bejarano se echó hacia atrás. Al retirar la barbilla, abrió y cerró las manos varias veces, estirando los dedos para desentumecerlos.

—Cuando me cité contigo la última vez aún no sabía nada de la muerte de un ruso.

—Ya... Y luego, cuando te has enterado, no se te ha ocurrido que a lo mejor sería importante contármelo.

Bejarano torció el labio, como si quisiera esquivar el comentario de Gregorio o tratase de evitar que le saliese de la boca más información de la necesaria. Luego abrió uno de los cajones de su escritorio, lentamente, y el

periodista pensó que enseguida tendría el cañón de una pistola apuntándole entre los ojos. Cosas más raras se habían visto, desde luego. Pero en lugar de un arma, Bejarano puso en la mesa, con delicadeza, una cajita de madera. Cuando la abrió, el periodista no pudo evitar aspirar profundamente. Hubo de contenerse para no cerrar los ojos también. No era el momento más adecuado para distraerse.

—Coge uno. —Bejarano le ofrecía la caja abierta. Una tentación demasiado grande para quien le gusta fumar, igual que un potaje repleto de sabrosos garbanzos para alguien que ha de lidiar cada día con la cartilla de racionamiento—. Me los traen directamente de La Habana.

Gregorio fue incapaz de evitar pensar otra vez, como cuando escuchaba al pianista de *Le Cygne Noir*, en casinos con rótulos de neón que permanecían abiertos hasta el amanecer, en descapotables norteamericanos grandes como tranvías y en mulatas que le susurraban palabras de amor a la luz de la luna. Sin embargo, cogió uno de los vegueros que Bejarano le ofrecía aparentando no darle importancia, como si lo hiciese por compromiso, absteniéndose de pasárselo por debajo de la nariz para disfrutar de ese olor único antes de encenderlo. Bejarano sí acometió el ritual completo: sacar un puro de la caja, rozarse debajo de la nariz, lentamente, con las hojas rugosas prensadas, picar el cigarro y luego hacer lo propio con el de Gregorio y brindarle primero, educadamente, el encendedor antes de prender el suyo.

—Gracias —le dijo, guardándose el habano en el bolsillo—. Me lo fumaré luego.

Todos los gestos de Bejarano le parecieron al periodista tan ajenos a los ideales por los que luchaban como aquel mechero de oro que clausuró la llama azulada con un chasquido después de haber encendido el puro. Y no era la primera vez que ese pensamiento lo dejaba un instante varado en una cuneta. Gente que se jugaba la vida para derrocar a Franco, como él mismo, y tipos a los que no podía imaginar en un régimen tan austero como el soviético. Había escuchado críticas, rumores sobre dirigentes del Partido que vivían en París o en Moscú sin riesgos, pergeñando soflamas incendiarias y consignas convincentes por las que muchos idealistas como

él, como el propio Navarro, habían arriesgado muchas veces la vida y seguramente no les iba a quedar más remedio que seguir arriesgándola. Pero no podía hacer otra cosa más que seguir peleando por lo que consideraba justo, y estaba seguro de que muchos pensaban como él. Ya llegaría el momento de ajustar cuentas, de pedir responsabilidades cuando las cosas cambiasen en España, a quien las tuviese o no hubiera hecho bien su trabajo. Qué lástima. Hasta entre los comunistas había clases: los de los despachos y los de las trincheras, los de la toga y los de la espada. Se tragó la pena y procuró que la mala baba no le impidiese fingir el asco que sentía. Aunque quisiera, no podría disfrutar del habano que Bejarano acababa de regalarle, tomarse la visita a su despacho como el momento de descanso de un soldado antes de volver a hundir las botas en el fango.

—El capitán Navarro. Vaya elemento.

Escuchó decir la frase a Bejarano a lo lejos, como si despertase de un sueño. Incluso por un instante había dejado de verlo, y ahora, cuando su voluminosa figura tomaba cuerpo de nuevo delante de sus ojos, era como si fuese otra persona, alguien con un talante más amable que quien lo había recibido apenas unos minutos antes. Había inclinado un poco el respaldo de la butaca y, al pronunciar el nombre de Navarro, Bejarano se había quedado mirando el techo un momento, como si le trajese buenos recuerdos. Luego miró a Gregorio y otra vez se había puesto serio.

—La gente cambia, León.

Gregorio bajó los ojos un instante, esperando encontrar en el reflejo de su rostro en la mesa reluciente de caoba el significado de lo que acababa de escuchar a Bejarano. Pero prefería que fuese el otro quien se lo explicara.

—¿Qué quieres decir?

Bejarano hizo una O con los labios y empezó a exhalar humo en pequeñas boqueadas. No le respondió hasta dibujar media docena de nubecitas grises con forma de círculos.

—Que nada es para siempre. Que nada dura eternamente. Ni siquiera la lealtad.

—¿Me estás hablando de Navarro?

—¿De quién si no? ¿No es para lo que has venido? ¿O es que ahora que estoy dispuesto a contártela vas a tener miedo de saber la verdad?

Gregorio carraspeó, incómodo.

—Déjate de rodeos y de suspense. No estamos en una película.

Rogelio Bejarano sonrió, satisfecho, como un prestidigitador al que le gusta jugar con el público manteniendo la tensión hasta el último momento.

—Ojalá ésta fuera una película a la que pudiéramos darle un final feliz, pero me temo que no va a ser posible.

Gregorio resopló. Cada vez le costaba más mantener a raya la impaciencia.

—Acláramelo un poco más.

Bejarano se cruzó de brazos sobre la mesa. El puro atrapado entre los dientes mientras movía los labios para hablar.

—El capitán Navarro y tú sois buenos amigos, ¿verdad?

La pregunta no era más que un trámite. Rogelio Bejarano sabía de sobra la amistad que unía a Gregorio y a Martín Navarro.

—Nos tenemos aprecio, sí. Podría decirse que somos buenos amigos. Pero tú ya estabas al tanto de eso. Es más, no me cabe duda de que me encargaste buscarlo porque sabes la estima que le tengo. —Hizo una pausa, para cambiar de tercio—. Explícame qué has querido decir con eso de que la gente cambia.

—No esperarás que me crea que no sabes de lo que te estoy hablando. —Bejarano seguía en la misma postura: los brazos cruzados sobre la mesa, el cabezón inclinado hacia delante, como un galápagos prehistórico, el cepo de los dientes sujetando el habano, hablando con virtuosismo de ventrílocuo.

—Seguro que no eres tan ingenuo como me han contado.

Gregorio dejó pasar por alto la provocación. Ya tendría ocasión de devolvérsela. Algún día. La vida es larga.

—Iré al grano. —El otro continuó su monólogo sin detenerse a saborear el efecto que sus palabras hirientes habían causado en Gregorio—. El capitán Navarro, ese héroe —las dos últimas palabras las pronunció despacio, casi masticando el puro, con desprecio—, ese valiente —aquí

también se entretuvo— al que tanta gente venera. Sí, no eres el único inocente en el Partido. Pues resulta que es un traidor. Fíjate. Tantos años haciéndonos creer que mataría por sus ideales y al final nos ha vendido.

—Eso es imposible. El capitán Navarro, no.

Rogelio Bejarano encogió los hombros.

—Es lo que pensaron todos. El capitán Navarro, no. El capitán Navarro no puede ser. —Movi6 la cabeza, y luego junt6 las manos sobre la mesa y se las frot6, como si de pronto se sintiese muy satisfecho—. Pues el capitán Navarro, sí, fíjate. Qué gracia. Martín Navarro es como los demás, un traidor que se cambia de chaqueta cuando tiene la oportunidad. Un ser humano susceptible de ser corrompido. Como todos. O como casi todos... ¿Qué te pasa ahora? ¿Por qué te quedas tan callado? ¿Es que no sabes qué decirme?

—¿Qué ha hecho Navarro?

—Hace tiempo que veníamos sospechando de él. Ya me lo habían advertido desde Moscú. Primero apoyó sin ambages a un camarada que estaba siendo investigado por el Partido, Yuri Sokolov, un compañero de armas durante la guerra en Europa. —Gregorio asintió, pero guardó silencio. Ya le habían hablado de aquella historia. Que Navarro se pusiera del lado de un camarada contra la opinión de todos si creía que había motivos suficientes no tenía nada de extraordinario. Mas Bejarano se adelantaba a sus pensamientos—. Nada fuera de lo común, pensarás. Pero durante el último año dicen que ya no era el mismo. En Berlín lo habían visto reunirse con agentes de la CIA. Se le puso una vigilancia discreta. Como sabes, Navarro viajaba mucho. No sólo a Alemania. Por lo visto se había amancebado con una mujer austríaca.

Aunque empezaba a colocar más piezas en el rompecabezas, Gregorio tampoco dijo nada ahora. Hacía mucho tiempo que no veía al capitán Navarro, y la que tenían no era la clase de amistad en la que uno le contaba al otro cada detalle o cada suceso de su vida que hubiese acontecido desde la última vez que se habían encontrado. Navarro nunca le había hablado de una mujer. No tenía por qué.

—Establecer contacto con agentes de la CIA no lo convierte en un traidor. Los americanos pueden sernos útiles para que las cosas cambien en España. Los intereses de Moscú no siempre tienen que coincidir con los nuestros. Eso también lo sabemos.

Bejarano sacudió la cabeza, enérgico, como un profesor capaz de rebatir sin pestañear cada uno de los argumentos del alumno que se cree muy listo.

—¿Qué los americanos van a ayudarnos a derrocar a Franco? Ya es hora de que espabilen, Gregorio. Sé realista. En mayo hará cinco años que terminó la guerra con Alemania. Si no han hecho nada ya, puedes estar seguro de que no van a mover un dedo por echar al enano de El Pardo.

Gregorio se revolvió en el asiento, insobornable.

—Pues entonces tendrán que arrimar el hombro los rusos. Me da lo mismo. Pero, hoy por hoy, que los americanos sean enemigos de los rusos no quiere decir que también sean nuestros enemigos.

—Navarro había trabajado —hizo una pausa, y rectificó enseguida—, trabaja para el KGB.

—Pero es español. No hay que olvidar eso.

—Ni que tampoco puede ir por libre. —Se sacó el habano de entre los dientes, por fin, para estirar el brazo y vaciar la ceniza que ya estaba haciendo un equilibrio imposible—. La cuestión es muy sencilla, querido. En el Partido están convencidos de que Navarro es un desertor y un traidor. Además, tratándose de un agente español, queramos o no, el asunto nos salpica de mierda a nosotros. Como ni yo, ni la mayoría de los que vemos las cosas claras, confiamos en que los americanos vengan a redimirnos, entendemos que el único apoyo que podría conseguir el Partido tendrá que venir del Este, conque, si ellos entienden que Navarro los ha traicionado, nosotros también. Si a eso le añadimos que tu amigo está en Madrid, la pelota ha caído, nos guste o no, en nuestro tejado. Tenemos que encontrarlo.

—¿Y qué puedes decirme del ruso?

—Yo tampoco supe nada hasta ayer mismo. A mí tampoco me lo cuentan todo, ya te lo he dicho. No soy más que otro eslabón de la cadena, la pieza diminuta de un engranaje gigantesco. Parece ser que en el Partido habían establecido una vigilancia discreta desde hace tiempo sobre Navarro.

—¿Y por qué no lo detuvieron antes, en París o en Moscú?

—Vete tú a saber. A lo mejor querían estar seguros, comprobar qué secretos estaba dispuesto a vender, o había vendido ya, para consumir su traición. O quizá detener a alguien más.

—Pero si Navarro hubiera querido pasarse a los americanos podría haberlo hecho en cualquier otro sitio. No tiene sentido correr el riesgo de venir a Madrid sólo para eso. —Gregorio no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer—. Tiene que haber algo más. ¿Qué sabes del fiambre? ¿Era de los nuestros?

Bejarano chasqueó la lengua, asintiendo levemente.

—Por desgracia, sí.

—Al parecer, le dieron dos tiros. Seguramente con un silenciador. Ningún vecino oyó nada.

—Ya veo que estás informado.

—Soy periodista. Ya lo sabes.

Bejarano entornó un poco los ojos, como si de repente le escociese el humo del puro que había vuelto a atrapar entre los dientes.

—Pero no ha salido nada en la prensa, al menos que yo sepa...

—No todo lo que pasa sale en los papeles. Yo también tengo mis fuentes.

Bejarano valoró un instante la respuesta de Gregorio.

—Desde luego. Y también deberías tener cuidado de con quién hablas. En estos tiempos no se puede confiar en nadie. El fiambre ruso era de los nuestros, sí, como te decía. El nombre es lo de menos. Vladimir no sé qué. Un agente valioso, parece ser.

—¿Se sabe algo sobre quién haya podido matarlo?

Apenas había terminado Gregorio de formular la pregunta la mandíbula de Rogelio Bejarano se aflojó, como si los músculos ya se hubieran cansado de apretar. Durante un instante el puro le bailó entre los dientes, y se le hubiera caído en la mesa si no llega a sujetarlo en el último segundo.

—Pero, alma de cántaro, ¿cómo puedes ser tan ingenuo? —Se llevó la palma de la mano a la frente, el mismo gesto de secarse un sudor inexistente o aliviar el dolor de cabeza—. No me cabe duda de que debes de apreciar

mucho a tu amigo. A estas alturas, me parece increíble que no te hayas dado cuenta de que sólo cabe la posibilidad de que Navarro haya acabado con la vida del ruso.

Gregorio se quedó callado. Así que era eso. Martín Navarro estaba sentenciado, condenado quizá sin posibilidad de explicarse. Se había esforzado en retrasar todo lo posible comentar esa posibilidad, pero antes o después tendría que salir a la superficie. Él prefería creer que su amigo no era un traidor, y mucho menos que hubiese acabado con la vida de un camarada, pero también entendía las razones que llevaban a Bejarano —y a estas alturas, también a muchos dentro del Partido— a sospechar cada vez con más fundamento de Navarro.

Luego asintió. Los ojos humillados en la mesa reluciente que ahora era la pantalla de un cine en la que aparecían recuerdos distorsionados, imágenes torcidas, como vistas a través de la llama de una vela: el capitán Navarro desfilando en el 36 con las tropas del ejército republicano por la calle de Alcalá, los años de incertidumbre después de la guerra, sus colaboraciones esporádicas, casi tímidas, al principio, con el Partido; las veces que un policía le había pedido los papeles y temió que había llegado el momento que lo fueran a detener; el miedo presente en la boca reseca, en los dedos que tiemblan al buscar los documentos en el bolsillo. Pensó en Marina, esperándolo cada noche al terminar el trabajo para ir los dos juntos a su casa; en las ganas inconfesables que tenía de verla, de abrazarla, protegerla, despertar junto a ella cada mañana. Y otra vez en el capitán Navarro. Su amigo no había matado a ese agente ruso, y si lo había hecho habría sido por una razón muy importante, estaba seguro, por una razón que nadie podía saber pero él tendría que averiguar.

Aun a riesgo de que volviese a llamarlo ingenuo en su puñetera cara, porque una vez que se permite el primer insulto los que vienen después suelen ser gratuitos, Gregorio se lo iba a preguntar: ¿cómo puedes estar tan seguro de que ha sido Navarro? A mí me cuesta creerlo. De otro a lo mejor tendría dudas, pero con Navarro es diferente. El capitán Navarro es un hombre honesto, una persona a la que confiaría mi vida sin dudarle. Un héroe, tú lo has dicho.

Levantó los ojos para mirar a Bejarano y decirle en voz alta lo que pensaba. Navarro, no, pensó, por última vez, antes de hablar, para reunir la convicción necesaria mientras sus ojos se acostumbraban de nuevo a la realidad. Parpadeando, molesto, como si alguien hubiera encendido la luz después de haber estado un rato a oscuras. Y cuando el mundo se volvió nítido otra vez —la mesa entera, el cabezón de animal antediluviano de Bejarano—, Gregorio adivinó la forma exacta del objeto que la manaza del otro deslizaba con cuidado hacia su extremo de la mesa, como quien empuja los naipes sobre el tapete al terminar la partida. Ensimismado como había estado, ni siquiera lo había visto abrir el cajón del escritorio y sacarlo envuelto en un pañuelo. Cuando lo dejó tan cerca de Gregorio que ya no hubo dudas de que sería para él, sujetó uno de los picos del pañuelo con dos dedos para descubrir lo que escondía, con la parsimonia de quien destapa una tarta o desenvuelve un regalo. Ya estaba claro antes de que lo hiciera, pero aún esperaba Gregorio León equivocarse. Bejarano había dicho la verdad: era demasiado ingenuo para este trabajo. Incluso se retiró un poco de la mesa, con aprensión indisimulada, al ver el cañón del revólver. Sabía que una vez que lo cogiera ya no habría vuelta atrás. Sería igual que haber vendido el alma al Diablo.

—Guárdate esto, anda. —La voz de Rogelio Bejarano se le antojó lejana, como si le hablase desde otro mundo—. Me gustaría pensar que no lo vas a necesitar, pero no puedo. Aunque no te guste escucharlo, he de decirte que es más que posible que tengas que usarlo cuando te encuentres con Navarro. Lo siento, pero así es como están las cosas.

Capítulo 13

Camino del Sur

Vámonos de Madrid, Martín. No recojamos las maletas siquiera. Lo mejor será que nos marchemos cuanto antes. Aún no habían subido al taxi cuando Erika se lo dijo. El sombrero nevado, la piel pálida y el temblor en la voz de niña asustada que ya no podía o no quería esconder el miedo. Sin contestarle, Navarro abrió la puerta del coche. Aún tardó un poco en hablar. No se dio cuenta de los segundos que llevaban en el asiento trasero hasta que el taxista se los quedó mirando, interrogante.

—Ustedes dirán.

Navarro se puso muy serio, como si la pregunta, tan obvia, le molestase. Luego miró a Erika, que negaba con la cabeza, como si estuviese segura de que cualquier dirección que no los alejase de Madrid fuera la equivocada. Otra vez era como si toda la ciudad estuviese pendiente de ellos, la gente a punto de golpear con los puños los cristales del coche hasta hacerlos añicos o incluso zarandearlo hasta volcarlo. No estaba segura Erika de la dirección que hubiera apuntado Navarro, si a lo mejor habría dicho la misma que ella, pero antes de que él dijese nada ella le pidió al taxista que los llevase a la estación del Mediodía. Cuando arrancó el coche Navarro asintió, sin mover la cabeza apenas, como si aunque pensara otra cosa la mejor opción, la única quizá, fuese marcharse de allí, alejarse de Madrid todo lo que pudiesen hasta pensar cuál sería el siguiente paso.

Como si hubiera sido una forma de proceder acordada previamente, durante el trayecto tampoco hablaron. El limpiaparabrisas del coche apartaba trabajosamente los espesos copos de nieve que se habían vuelto más insistentes desde que salieron de la casa de Benito Santacruz. Al llegar a la estación, Erika le pagó al taxista, y luego se cogió del brazo de Navarro.

—Tenemos que irnos cuanto antes, Martín. Lo que le ha pasado al impresor puede sucedernos también a nosotros.

Navarro miró a un lado y a otro de la calle, sin intención de ocultar lo preocupado que estaba antes de responder.

—Parece que tus amigos están muy interesados en que yo no pueda irme de Madrid.

Erika asintió, como si a pesar de todo no pudiese evitar sentir vergüenza porque hubo una época en la que los tipos que ahora andaban tras ellos fueron sus amigos. Le cogió las manos. Parecían una pareja de novios a los que les cuesta darse un beso en público antes de despedirse.

—Escúchame —le dijo Erika, como si le adivinase las dudas que tenía sobre ella—. Ahora mismo sólo nos tenemos el uno al otro. Compremos un billete y subamos a un tren que nos lleve a Andalucía. Mi amiga Mercedes nos ayudará.

Navarro frunció el ceño.

—Mercedes Corrientes —se apresuró a explicarle—. Es la persona que tiene los documentos de Emil. El otro día, cuando fui a verla, nada más llegar a Madrid, me dijo que las dos próximas semanas las iba a pasar en su finca de Sevilla.

—¿Estás segura de que puedes confiar en ella?

Erika asintió, sin dudarlo.

—Ya he confiado en ella al pedirle que me guardase los papeles de Emil. Es una buena amiga. Y un ser humano maravilloso. No se me ocurre nadie mejor a quien recurrir. Es más, creo que es la única persona que puede ayudarnos ahora mismo. Quizá podamos escondernos en su casa hasta que encontremos la forma de conseguirte un pasaporte.

—Que sea tu amiga no significa que vaya a estar dispuesta a ayudarme.

Erika le acarició la mejilla. Casi sonrió.

—Nos ayudará. No te preocupes. Cualquier cosa que Mercedes pueda hacer por mí, también la hará por ti. Pierde cuidado. Nosotros no podemos hacer nada más. Quedarnos en Madrid no es seguro. Aquí somos un blanco demasiado fácil.

Navarro asintió, resignado. A pesar de no estar muy convencido, cruzó con Erika la fachada de piedra de la estación para dirigirse a la ventanilla.

—Deja que yo vaya a comprar los billetes. Será mejor que te quedes aquí, vigilando.

Navarro se volvió hacia la puerta. No iba armado y tampoco podía hacer mucho si alguien había ido hasta allí con la intención de detenerlos. Sin dejar de mirar la calle vio a Erika avanzar resuelta hacia la ventanilla. Puede que llevase razón y que la mejor opción en ese momento fuese subir a un tren rumbo a Andalucía. Lo peor era no poder llevar las riendas de la situación. Bastante incómodo le resultaba ya emprender un viaje para pedir ayuda a una persona a la que ni siquiera conocía. Pero no tenía dinero, ni papeles, y no podía hacer otra cosa salvo plegarse a la voluntad de Erika.

Fuera, la nevada arreciaba, y Navarro se imaginó que Erika y él eran dos fugitivos en un bosque cuyas huellas habían sido borradas por un manto blanco, y por eso quienes los perseguían no podían encontrar su rastro. Pero enseguida le vino el recuerdo de Benito Santacruz. Se dio cuenta de que apenas había pensado en él desde que salieron de su casa a escondidas, y no pudo evitar una punzada de culpabilidad. Al viejo Santacruz lo habían liquidado por ayudarlo, y ahora se sentía tan impotente que dudaba siquiera poder vengar su muerte algún día. Estaba claro que quien hubiera acabado con su vida iba detrás de los papeles. No podía ser una casualidad. Aunque le había dicho a Erika que fueron sus amigos nazis, lo cierto era que no estaba tan seguro. Él también se había marchado de París y había viajado a Madrid sin avisar, sin dar explicaciones ni contestar a las preguntas o resolver las dudas que le había planteado Fignon cuando estuvo en su apartamento. Una chica de alterne lo había drogado y, con todo lo que había sucedido desde entonces, sus camaradas tenían tantas posibilidades de

haber acabado con la vida de Benito Santacruz como los nazis que disfrutaban de un apacible exilio en Madrid.

Del cielo seguía cayendo una cortina espesa de nieve, y en la calle apenas se podían ver los coches que llegaban a la estación o las caras de la gente. Desde donde estaba, Navarro tampoco podía ver a Erika, que ojalá ya hubiera podido comprar los billetes para el próximo tren que partiera hacia Sevilla, daba igual a qué hora. Y aunque ella le había dicho que se quedase vigilando en la puerta, Navarro prefería comprobar lo que también estaba sucediendo dentro de la estación. Si había alguien esperándolos en la taquilla o en algún rincón que a él no se le hubiera ocurrido vigilar o no pudiese controlar. Fue a buscarla, pero no se había separado cinco o seis pasos de la puerta cuando una de las personas que circulaban por la entrada lo agarró por el codo. Navarro movió el brazo instintivamente, amagando zafarse, pero por la expresión de su cara, el desconocido no parecía tener intención de soltarlo. Y ése no era el problema: aunque no le convenía llamar la atención, para Navarro hubiera resultado muy sencillo librarse de él, darle un puñetazo y salir corriendo. Si lo hacía, lo siguiente sería escapar de allí y perderse en la nevada de Madrid. Y no iba a marcharse sin Erika. Ella aún no había regresado con los billetes, y aunque los dos pudiesen huir de la estación, difícilmente podrían volver para subir a un tren en el que salir de la ciudad. Pero, además, si es que con estas razones no bastaba, la otra mano del desconocido, la que no le sujetaba el brazo, se perdía en el bolsillo de su abrigo. Bajo la tela se adivinaba una pistola, y por el tamaño parecía que el cañón llevaba acoplado un silenciador. Estaba claro que le habría quitado el seguro y el dedo acariciaba el gatillo, tal vez deseando un movimiento extraño de Navarro para dispararle y dejarlo muerto en la estación, desangrándose quizá, sin que nadie se hubiera enterado de que le habían dado un tiro.

Si había visto antes la cara del tipo que le sujetaba el brazo, no era capaz de recordarlo. Tendría más o menos su misma edad, y no parecía español. Todavía no le había dirigido la palabra, y antes de que sucediese cualquier cosa, que Navarro al final no tuviera más remedio que escapar o que el otro le disparase, se preguntó si era ruso o alemán. Dadas las

circunstancias, cabía cualquiera de las dos posibilidades. Pero el recién llegado ni le hablaba ni le empujaba, como si no conociera el significado de la palabra prisa y el tiempo transcurriese a su favor. La razón estaba clara, y Navarro se daría cuenta enseguida: había pensado avisar a Erika de alguna manera cuando llegase con los billetes, advertirla de que no se acercase con una leve negación de cabeza, que al menos ella se pudiera marchar de la estación. Pero eso tampoco iba a ser posible: Erika ya volvía y tampoco estaba sola. Justo detrás de ella, lo bastante cerca para también poder encañonarla discretamente, caminaba un hombre muy corpulento: el tamaño de su espalda parecía el doble que la de Erika. Llevaba sombrero, pero Navarro no tuvo ninguna duda de que, si se lo quitaba, quedaría al descubierto un cráneo rapado. No era la primera vez que se cruzaba con aquel tipo, ni ella tampoco, y algo le decía que ahora no iban a tener escapatoria. La cara de Erika estaba roja. Parecía más enfadada que asustada.

—Becker —le dijo al hombre que estaba con Navarro—. No esperaba que te rebajasas tanto. Había pensado incluso que no tendrías nada que ver con esto. Que, aunque a tu manera, no eras una mala persona. Pero ya veo que no.

—Todavía falta más de una hora para que salga tu tren —respondió el otro, sin soltar el brazo de Navarro. El tipo era alemán, sin duda. No sólo por su apellido, sino por el acento, inconfundible—. Mientras tanto, vamos a sentarnos todos un rato. Me alegro de verte, Erika. ¿Cuántos años han pasado? ¿Seis? ¿Siete?

—A mí también me alegraría verte si no tuviera la pistola de vuestro sicario apuntándome y tú no estuvieras haciendo lo mismo con mi amigo. Siempre me pareciste un hombre educado, pero está claro que me equivoqué.

Alois Becker sacudió la cabeza. Incluso apuntó un gesto parecido a una sonrisa retorcida, como si, de alguna manera, lo que estaba sucediendo lo divirtiese.

—Si piensas que podrás provocarme, no vas por buen camino. Sabías que esto pasaría tarde o temprano. —Volvió la cabeza, señalando la salida

—. Vayamos afuera. No podemos quedarnos aquí.

Lo dijo y tiró del brazo de Navarro, que obedeció, resoplando. En la calle los recibió una bofetada de aire helado. Caminaron los cuatro como si fueran un grupo de amigos, Erika y Navarro en el centro, Becker y el sicario a los lados. En la puerta de la estación estaba aparcado un coche, grande y oscuro, con un conductor al volante. El asiento trasero era tan amplio que los cuatro pudieron acomodarse sin estrechuras: Navarro y Erika en el medio, Becker junto a ella, el sicario pegado a Navarro y el chófer al volante, sin abrir la boca. Ya está, pensó Navarro. Se acabó. Ahora nos llevarán a cualquier sitio a interrogarnos, o tal vez nos despacharán con un tiro en un descampado. Pero el conductor no arrancó el coche, y Becker tampoco le dio ninguna indicación de moverse o hacer algo. Durante unos segundos fue como si se hubieran metido en el automóvil con la única intención de resguardarse del frío.

—¿Qué quieren de nosotros? —terminó preguntando Navarro. La incertidumbre le molestaba demasiado como para quedarse callado.

—Eso depende de vosotros —contestó Becker, después de suspirar, desganado, como si la respuesta fuese obvia, y luego miró a Erika—. De ella, sobre todo. Te has pasado de lista.

Erika no contestó. Tenía la mirada clavada en algún punto del parabrisas tapizado de copos de nieve. Apenas se veía nada de lo que pasaba fuera del coche, y eso significaba que tampoco desde fuera se podía saber lo que sucedía dentro. Podrían liquidarlos allí mismo, dejar sus cadáveres en el coche y quizá nadie se daría cuenta hasta que dejase de nevar.

—¿Dónde está Mundt? —le preguntó—. ¿Desde cuándo eres su criado? Becker se echó a reír. La situación parecía divertirle de verdad.

—Ya te he dicho que vas por mal camino si piensas provocarme. Mundt debe de estar a punto de llegar. Qué casualidad que todos hayamos venido a la estación para coger el expreso de Andalucía. ¿No te parece?

—Una fatal casualidad, sí.

—Pero mujer, no te pongas tan seria. Míralo por el lado bueno. Si no te hubiera encontrado en la ventanilla habrías tenido que pagar tú los billetes. Y ahora vamos a ir todos en un vagón de primera clase, mucho más

cómodos. Será un viaje de muchas horas. Ya sabes lo que dicen de los trenes en España, que se sabe cuándo salen, pero nunca se puede estar seguro de cuándo llegan...

—Mundt me prometió que me dejaría en paz. —Hizo una pausa, agarró la mano de Navarro y se corrigió. Ya no tenía sentido fingir o disimular. No había duda de que Becker estaba al corriente de todo—. Que nos dejaría en paz si le entregaba los papeles de Emil. Y estoy segura de que él confía en mi palabra. No entiendo a qué viene esta pantomima.

—No estará tan claro que Mundt confíe en ti. Si así fuera, no nos habría pedido que viniésemos a buscarte a la estación.

Navarro permaneció en silencio, como el que de pronto se encuentra en una fiesta a la que no está seguro de haber sido invitado. Había muchos detalles que se le escapaban en lo que estuviese pasando, cosas que Erika tendría que explicarle, si es que salían de ésa. Otra vez se quedaron todos en silencio, y unos minutos después se abrió la puerta del copiloto. Herbert Mundt se sacudió la nieve de las hombreras del abrigo y del ala del sombrero.

—Buenas tardes —dijo, sin mirarlos—. Disculpad el retraso. —Luego echó un vistazo a su reloj—. Pero no, he llegado a tiempo. Aún faltan casi veinte minutos para que salga el tren. —Después se volvió y miró de arriba abajo a Navarro, como si no quisiera perderse detalle de su cara o de su ropa, y luego clavó los ojos en ella—. Me alegro de verte, Erika.

Ella negó con la cabeza, con decisión.

—Yo no puedo decir lo mismo.

—¿Por qué, mujer? —respondió Mundt, sin querer despojarse del tono teatral—. Tómalo como una reunión de viejos amigos.

—Teníamos un trato, ¿no lo recuerdas? Yo os daría los papeles de Emil y vosotros no volveríais a molestarme.

Mundt asintió, como si de verdad lamentase faltar a su palabra.

—Las circunstancias han cambiado, Erika. —La miró, muy fijo, a los ojos, como si pudiera ver dentro de ella—. Y no estoy seguro de que tú no lo sepas. Pero será mejor que salgamos del coche y subamos al tren. Tendremos muchas horas para hablar durante el viaje.

La sugerencia de Herbert Mundt fue como una orden para todos. No había terminado de decir que ya era hora de subir al tren y el chófer, el sicario del cráneo rapado y Alois Becker abrieron las puertas y obligaron a Erika y a Navarro a salir. Fuera del automóvil había otro hombre, y Navarro pensó que seguramente había llegado hasta allí con Mundt. Llevaba una maleta, y el chófer abrió el capó del coche y sacó otra maleta más y se la entregó a Alois Becker. Iban a viajar todos, parecía. Desde Madrid hasta Andalucía, según había dicho el alemán a Erika, en el mismo tren al que ellos tenían previsto subir. Mundt tenía razón. Iban a ser muchas horas de viaje. Navarro esperaba al menos enterarse de lo que estaba pasando.

En el camino hasta el andén no hubo ningún policía que les pidiera los papeles. A Navarro le pareció incluso que los guardias que custodiaban la estación saludaban o miraban a Mundt y a Becker con familiaridad o respeto. Tampoco le extrañaba: la colonia de alemanes en Madrid seguía siendo muy influyente y gozaba de ciertos privilegios a pesar de la presión internacional y el aislamiento al que estaba sometido el gobierno de Franco. No sería raro que alguno de los jefes de estos guardias que patrullaban en la estación del Mediodía hubiera sido invitado a alguna fiesta en casa de Mundt o de Becker, una de esas reuniones fastuosas que le había contado Erika que se celebraban a menudo en los difíciles primeros años de la posguerra, o las más recientes, seguro que mucho más discretas porque no era lo más inteligente llamar la atención cuando el gobierno norteamericano insistía en reclamar, aunque sin demasiado éxito, a más de un centenar de ciudadanos alemanes que debían rendir cuentas por su relación con el Partido Nacionalsocialista durante la guerra. A pesar de que los tiempos habían cambiado y la vida ya no sería tan cómoda para ellos, esos tipos aún gozaban en España de una impunidad envidiable. Era muy difícil que un policía se atreviese a darles el alto, y en el improbable caso de que les pidieran acompañarlos a comisaría, a hombres como Herbert Mundt o Alois Becker les bastaba una llamada para que un superior dejase en ridículo al agente que se hubiera atrevido a detenerlos. En ese momento escapar estaba descartado, y montar un escándalo en la estación también. Lo que menos le convenía a Navarro, y resultaba evidente que Mundt y Becker lo sabían, era

llamar la atención para que luego la policía le pidiera unos papeles que no tenía. Cualquier cosa que hiciese, llevaba las de perder.

La comitiva se dirigió al andén desde el que partía el expreso de Andalucía, como si fuese una reunión de amigos dispuestos a salir de Madrid para una excursión: Mundt y Becker encabezaban el grupo; justo detrás, Navarro y Erika; y los dos sicarios —el calvo y el que había ido a la estación con Mundt— en la retaguardia. El andén estaba abarrotado: caballeros y señoras distinguidas que, como ellos, se dirigían a los vagones de primera; obreros a los que costaba despojarse de sus gorras y sus ropas gastadas y remendadas mil veces; campesinos que salían de la ciudad con gallinas en jaulas de madera; personas sencillas que se sentían extrañas en Madrid y que ni siquiera reparaban en un hombre y una mujer que iban a ser obligados a subir a un vagón de primera clase. Además de las habituales parejas besándose apasionadamente ante la indiferencia de los policías, que aunque sospechasen o supieran con certeza que ninguno subiría al tren, miraban para otro lado, acostumbrados cada día a asistir a la misma pantomima. Navarro sabía que, muchas veces, cuando partían los trenes, los novios salían de las estaciones de Madrid sin haberse marchado de viaje ninguno de los dos. La estricta moral cristiana era tan poderosa e influía tanto en el comportamiento de la gente que a veces la única forma de poder besarse en la calle sin ser detenidos por escándalo público era fingiendo una despedida en el andén de una estación.

Los mozos estaban subiendo el cargamento exagerado de maletas de una mujer entrada en años que viajaba sola, y una docena de viajeros, además de ellos, hacía cola, con resignación, para subir al tren. Navarro no podía dejar de mirar a la gente, casi siempre sin que se dieran cuenta, buscando alguna cara conocida, unos rasgos familiares o algún detalle útil que recordar. Igual que siempre se fijaba en las puertas que había en un bar o en los caminos posibles por los que podría huir si se daba el caso antes de entrar, ahora observaba a los desconocidos, su ropa, su manera de andar. No podía dejar de hacerlo, aunque estuviera metiéndose en la boca del lobo, aguardando su turno para subir al tren en esa cola que se le antojaba

interminable mientras el cañón de una pistola escondida en un bolsillo apuntaba a su espalda.

Los mozos ya habían terminado de subir al vagón la última de las maletas de la mujer y la fila de viajeros empezó a avanzar. Primero entraron Becker y Mundt, luego Erika, y antes de poner el pie en el estribo, Navarro se detuvo un instante para mirar a un lado y a otro. Un momento antes le había parecido ver algo raro, como quien está sentado en su casa, en el mismo sillón de cada día, y de pronto se da cuenta de que un mueble se ha movido de su sitio. Por instinto, volvió la cabeza de nuevo, antes de subir, y aunque es cierto que al verlo se alegró, no pudo evitar preocuparse. Todo lo que estaba sucediendo era demasiado peligroso, y había demasiadas piezas que no encajaban. Negó con la cabeza, despacio pero con firmeza, para desanimarlo, y no subió al tren, preguntándose si quienes iban con él se habrían dado cuenta de su gesto, hasta sentir el cañón de la pistola del esbirro clavada en su espalda.

Se sentaron los cuatro: Erika, Navarro, Becker y Mundt en un compartimento, y los dos matones se quedaron en la puerta. Había sitio para ellos también, pero eran dos perros adiestrados que sabían cómo comportarse. Navarro se preguntó si ocuparían el compartimento contiguo, si al final se sentarían con ellos o si permanecerían todo el viaje haciendo guardia. Mundt y Erika se habían sentado cerca de la puerta, y Becker y Navarro se habían puesto frente a frente, junto a la ventana. Navarro echó un último vistazo al andén, pero ahora no vio nada que llamase su atención. Cuando el tren arrancó con un estrépito de bielas y un estallido de humo después de que el sonido marcial de un silbato anunciase su partida, se preguntó si tal vez, justo antes de subir, no habría visto un espejismo.

—Una lástima que no hayáis venido más temprano a la estación —dijo Mundt, cuando el tren acababa de arrancar, como si fuese el anfitrión de una reunión y quisiera romper el hielo—. El tren que ha salido para Andalucía a las doce tarda menos tiempo en llegar. Sin embargo, éste parará en cada estación. Serán varias horas más de viaje. Con suerte llegaremos de madrugada, pero da igual —se encogió de hombros, como si de verdad no

le importase—, así tendremos más tiempo para hablar. Porque seguro que tenemos muchas cosas que contarnos, Erika. ¿No te parece?

—Sobre todo —intervino Navarro—, me gustaría que nos contara qué ha pasado con Benito Santacruz.

Mundt frunció el ceño. Parecía no entender de qué le hablaba.

—Lo hemos encontrado muerto esta mañana en su casa. ¿Me va a decir que no sabe nada de eso?

El alemán se encogió de hombros, como si de verdad quisiera disculparse o lo lamentara.

—Tendrá usted que perdonar a mi subordinado —dijo, señalando la espalda inabarcable del sicario calvo en el pasillo—. Es muy eficiente, pero a veces peca de exceso de celo. Supongo que se habrá pasado de la raya. Lamento si ha ocurrido algo irreparable, pero puedo asegurarle que no fue eso lo que yo le ordené.

Navarro tuvo que contenerse para no escupirle a la cara y no agarrarlo por el cuello y apretar hasta estrangularlo.

—Santacruz no había hecho nada —dijo, sin embargo, tragándose la rabia—. Nada salvo tratar de ayudarme.

Herbert Mundt negó con la cabeza.

—Falsificar documentos también tiene sus riesgos. Seguro que tu amigo lo sabía. ¿Te importa si nos tuteamos? Vamos a tener que pasarnos mucho tiempo aquí encerrados...

Navarro no le contestó. Volvió a mirar por la ventana. La estación ya había quedado atrás, y el tren avanzaba hacia el sur.

—¿Por qué vamos todos a Andalucía? —preguntó Erika, que aunque intuía la respuesta no estaba segura de querer saberla—. ¿Acaso temes quedarte en Madrid?

Mundt la miró y se cruzó de brazos. O no tenía ganas de contestarle o quería que fuese Becker el que lo hiciera. Y fue el hombre que estaba sentado frente a Navarro quien habló.

—Vamos a ir todos a casa de Mercedes Corrientes. Estoy seguro de que le alegrará mucho nuestra visita.

Aunque era lo que esperaba o temía escuchar, Erika tuvo que esforzarse mucho para disimular el revés que acababa de encajar. Ya no había nada que esconder, y la cuestión era saber si Mercedes la había traicionado o si Mundt y Becker sabían desde el principio que ella había ido a su casa en Madrid para entregarle los documentos de Emil.

Como otras veces, Mundt parecía haber leído sus pensamientos.

—No te preocupes. No tienes por qué dudar de tu amiga. Nosotros fuimos a verla. No resultó fácil que nos dijera la verdad.

—¿Qué le habéis hecho a Mercedes?

Mundt negó con la cabeza, e hizo un gesto con las manos para calmarla.

—Tranquila, no le hemos hecho daño. Me ofende que pienses que hayamos podido ser capaces de algo así... Nos ha costado mucho que nos enseñara los papeles de Emil, pero al final la convencimos.

—¿Qué le habéis hecho? —insistió Erika.

Mundt sonrió, pero ahora fue Becker el que contestó.

—Te estamos diciendo la verdad, Erika. No le hemos hecho nada a Mercedes. Ni siquiera la hemos visto todavía. Encargamos a alguien en Sevilla que fuese a hablar con ella. Debo decirte, por si te sirve de algo, que le costó mucho admitir que te había visto, y mucho más que le habías entregado la maleta de Emil. Y que la única condición que puso para enseñárnosla fue que no te hiciéramos daño.

Erika bajó la cabeza.

—Eso no me consuela.

—¿Acaso crees que Mercedes Corrientes iba a pasar por alto que tienes un amante comunista? Piénsalo bien. Seguro que tú también temías que se enterase. Por eso no se lo dijiste, ¿verdad? No querías que sus sentimientos la traicionaran, y que también ella terminase traicionándote a ti. Me han contado que está muy triste por todo lo que ha pasado, pero ten en cuenta que sus padres murieron por culpa de unos rojos exaltados. —Se detuvo en esta frase y señaló con la barbilla a Navarro, que escuchaba la conversación en silencio—. Hay cosas que no se olvidan, Erika. Que no se pueden olvidar.

—Entonces, si ya tienes lo que querías, ¿por qué no nos dejas en paz? Era el trato que te propuse. Destruiré las copias que hice. Con los documentos en vuestro poder ya nadie podrá echaros en cara el pasado. Para los aliados habréis sido siempre unos honrados ciudadanos alemanes que vivían tranquilamente en España durante la guerra. Nada de empresas tapadera, nada de enriquecerse a costa de inocentes asesinados. Se acabó el temor a ser extraditados y a ser juzgados. Dímelo, Herbert, porque no lo entiendo. ¿Qué hacemos todos viajando en este tren?

Mundt se echó a reír, trabajosamente, como si al mismo tiempo que la risa le hubiera sobrevenido un acceso de tos. Y Becker también reía. Los dos miraban a Erika como se mira a una niña inocente.

—A ellos les dan igual los documentos —intervino Navarro—. Me da la sensación de que lo que buscan es otra cosa.

—Tu amigo es inteligente —concedió Becker, sin poder o sin querer contener la risa todavía—. Marxista, pero inteligente. Aunque no estoy seguro de si sabe que tú eres aún más inteligente que él. Me parece que no le has contado lo que contenía la maleta de Emil.

Navarro miraba alternativamente a Erika y a Becker. Mundt ahora estaba callado, como si prefiriese mantenerse al margen de la conversación.

—Lo que había en la maleta de tu marido, Erika —insistió Becker, inclinándose hacia ella, como si estuviese preparado para escuchar un secreto—. No la lista de los nombres, ni las facturas o los papeles del transporte de objetos valiosos. Eso es agua pasada, papel mojado que no sirve para nada.

Alois Becker se puso recto en el asiento y se quedó mirándola unos segundos. Madrid ya había quedado muy atrás, y el tren avanzaba lentamente hacia el sur, hacia el final de lo que tuviera que suceder. Luego volvió la cara hacia Navarro, como si estuviese seguro de que Erika no diría nada más. Lo miró y sonrió, condescendiente, como si le diera pena de él. Apoyó la nuca en el respaldo del asiento, cruzó los brazos y estiró las piernas, como si se dispusiera a dormir la siesta tranquilamente.

—El tesoro —dijo, antes de cerrar los ojos y rendirse al mundo de los sueños con placidez infantil—. En la maleta de Emil tenía que estar el mapa

de un tesoro, y parece que ha desaparecido. Por eso viajamos todos en este tren, para resolver el enigma.

Becker parecía haberse quedado dormido, Mundt se había levantado y estaba en el pasillo conversando con los dos esbirros, y para Navarro de pronto era como si nunca hubiera conocido a Erika. Cualquiera cosa que estuviese pasando, todo se estaba complicando cada vez más. Aunque ya habían desaparecido por completo los efectos de la morfina y no estaba cansado ni tenía sueño, cerró los ojos. Por más vueltas que le daba, no alcanzaba a entender la relación que podría haber entre quienes lo consideraban un traidor al Partido y aquellos nacionalsocialistas trasnochados. Porque ahí, estaba convencido Navarro, se encontraba la clave. Fignon había ido a verlo con la excusa de pedirle cuentas sobre el asunto Miranda, pero también, y sobre todo, cada vez tenía menos dudas, para inocularle la sospecha sobre Erika e inducirlo a viajar a España. Fignon sabía que él no dudaría en coger un vuelo a Madrid para encontrar a Erika y saber la verdad. Hasta ahora, era demasiado poco lo que había averiguado, y los enigmas se sucedían uno tras otro. Sólo esperaba vivir lo bastante para poder resolverlos: nazis que añoraban tiempos mejores, una mujer de la que estaba enamorado y a la que cada vez estaba menos seguro de conocer; y ahora un tesoro escondido, como en una novela de piratas. Sólo esperaba que él no fuese el último en enterarse de lo que pasaba, o que cuando llegase el momento de saber la verdad no fuera demasiado tarde.

Las siguientes horas las pasó Navarro abriendo los ojos de cuando en cuando, asomándose al paisaje monótono de La Mancha. Becker había estado mucho tiempo leyendo el diario *Arriba*, y Mundt había salido varias veces del compartimento. Cada rato los sicarios se asomaban dentro, pero en el duermevela Navarro apenas alcanzaba a verlos. Seguramente estarían controlando cada cierto tiempo el resto del vagón, el tren entero quizá. Ya habían pasado varias horas desde que el revisor pasó para picar los billetes, y Erika había apoyado la cabeza en su hombro y se había quedado dormida.

Cuando quiso darse cuenta era de noche y estaba tiritando. Aunque había cambiado de postura y ya no descansaba la cabeza sobre su hombro, Erika aún seguía dormida, o, tal vez, igual que antes había hecho él, prefería tener los ojos cerrados y fingir.

Navarro se frotó los brazos para entrar en calor. Frente a él, Alois Becker miraba distraídamente por la ventana, como si el frío no le afectase. Luego se dio cuenta de que se había tapado las piernas con una manta, y al volver a mirar a Becker, éste le ofreció otra para cubrirse.

—Será mejor que la cojas. Se ha hecho de noche, estamos llegando a Despeñaperros, y la temperatura está bajando bastante.

Becker sacó un paquete de Marlboro de la chaqueta y le ofreció un pitillo. Navarro se lo pensó un instante, pero terminó aceptándolo. No era descabellado pensar que ese hombre, o el que llevaba todo el viaje sentado junto a él y ahora no estaba en el compartimento, acabase ordenando a uno de los esbirros que lo mataran, pero no resultaban tan extrañas estas muestras de amabilidad o de confianza entre la víctima y los verdugos. Parpadeó, pensativo, después de la primera calada. Él mismo lo había hecho alguna vez: ofrecer un cigarrillo a un hombre al que más tarde iba a matar. Una muestra retorcida de camaradería entre dos personas a las que el destino había colocado en bandos diferentes.

Mundt abrió el compartimento y se sentó al lado de Becker. Según había deducido de lo que le contó Erika, el hombre que acababa de entrar era el que estaba al mando, el que tomaba las decisiones importantes. Pero la experiencia le decía que nunca se podía estar seguro. Y cualquiera podría tener la voluntad de acabar con ellos si se terciaba o si era lo que tenían previsto hacer de todos modos.

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó, por decir algo.

—Unas cuantas horas todavía —contestó Mundt—. Supongo que llegaremos a Sevilla de madrugada. Aunque tal vez haya amanecido para entonces. Con los viajes en tren lo mejor es no hacer pronósticos.

Navarro miró a Erika, que seguía dormida, como si el movimiento del tren o la incertidumbre de lo que pudiera pasarles no le afectase. Estiró una

mano para arrojarla con la manta, y ella se movió un poco, acomodándose, sin abrir los ojos.

—¿Qué queréis de mí? —les dijo, mirándolos a los dos—. ¿Cuál es mi papel en esta historia?

Herbert Mundt encogió los hombros y también encendió un cigarrillo. La cerilla le iluminó la cara, como si fuera un fantasma, y la sombra de su cabeza, alargada por la llama, se reflejó en la puerta del compartimento. Luego todo se volvió más oscuro, pero Mundt encendió otro fósforo.

—Estamos en un túnel, y los cortes de luz también son habituales en los trenes. Yo que tú no haría ninguna tontería. No conseguirías salir de este vagón, y aunque lograses escapar, fuera hace demasiado frío. Si tuvieras la suerte de saltar del tren y no romperte el cuello, dudo mucho que llegaras vivo al amanecer. —Aguantó con la cerilla encendida hasta que la llama le llegó a las yemas de los dedos. Luego sacudió la mano para apagarla, pero el tren ya había atravesado la montaña. Tampoco tuvo que encender otra, porque la luz exigua de las lámparas también volvió—. Pero es una advertencia inútil, supongo. No vas a escaparte. Eso es algo que ni siquiera se te pasa por la cabeza, porque quieres llegar hasta el final de esto con ella. Te admiro, ¿sabes?, aunque no te comprenda. Es lo que me pasa con los héroes, que enseguida se ganan mi respeto aunque me parezcan unos inconscientes.

Navarro dejó pasar por alto, sin contestar, lo que parecía un cumplido retorcido de Mundt.

—Sé muchas cosas sobre ti —continuó el otro—. Lo más lógico es que hayas terminado dejando la seguridad de tu apartamento de París para jugarte la vida por Erika. Pero mírala. Duerme tranquilamente, igual que un bebé, como si nada de lo que pasa le afectase, y tú no dejas de preguntarte qué haces aquí.

—La respuesta es que nosotros no te hemos invitado —intervino Becker—. Te has presentado en Madrid, no te has separado de Erika y hemos tenido que improvisar. Y ahora no te podemos dejar marchar. No podremos hasta que tu amiga nos dé lo que buscamos. Pero eso seguro que también lo sabes.

—No os basta con los documentos de Emil.

—No intentes hacerte el ingenuo con nosotros —le advirtió Mundt—. Tú mismo lo dijiste antes. Los documentos son lo de menos. Papel mojado que no sirve para nada. Puede que no estés al tanto de lo demás, pero no quieras convencernos de que piensas que no es importante. Eso sería un insulto.

—El tesoro... —recordó Becker, pero hablaba para sí mismo, expulsando dos columnas de humo por la nariz, feliz, como el pirata que está a punto de encontrar el lugar exacto donde está enterrado el botín. Aplastó el cigarrillo en el cenicero, se acomodó en el asiento y se colocó el sombrero inclinado, el ala sobre los ojos, como si quisiera protegerse del sol.

En ese momento, uno de los sicarios, el que había llegado a la estación con Herbert Mundt, abrió la puerta del compartimento, y los ojos de su jefe permanecieron un instante clavados en el suelo, como si tuviera que pensar detenidamente lo siguiente que tenía que hacer o quizá porque estaba seguro de que antes o después el esbirro acudiría para decirle algo. Se levantó, salió y cerró la puerta. Navarro no pudo evitar mirarlos mientras hablaban, aunque no pudiese escuchar nada. Alois Becker también parecía haberse rendido al sueño bajo la protección del sombrero, pero Mundt escuchaba con mucha atención en el pasillo lo que su hombre de confianza le estaba contando. Le hablaba el sicario al oído, como si a pesar del traqueteo del tren y de lo lejos que estaba Navarro pudiera enterarse de lo que le decía. Mundt asentía, en silencio. Parecía muy tranquilo. A pesar del poco tiempo que había pasado con él, Navarro ya sabía que el viejo amigo de Emil Liebermann no era de la clase de personas que se ponían nerviosas fácilmente. Cuando la conversación terminó, volvió a entrar en el compartimento y cerró la puerta, mirando a Navarro que, si sentía alguna clase de curiosidad, también sabía que preguntar no serviría de mucho. Sin embargo, Becker levantó un poco el ala del sombrero y volvió la cara hacia el otro con un signo de interrogación en la mirada. Herbert Mundt no dijo nada durante unos segundos. Aún seguía mirando a Navarro cuando se sentó, pero luego volvió los ojos hacia su compatriota.

—¿Todo bien? —le preguntó Becker.

—Todo bien —respondió Mundt, y Navarro fue incapaz de adivinarle en el gesto si estaba satisfecho o preocupado—. Teníamos compañía, pero ya está solucionado.

Capítulo 14

Polizón a bordo

Gregorio León no recordaba haberse sentido tan incómodo en toda su vida. Con una pistola en el bolsillo que ni siquiera sabía si sería capaz de utilizar si llegaba el momento, había pasado el resto de la mañana, desde que salió del despacho de Bejarano, sin poder quitarse de la cabeza el asunto. Apenas pudo quedarse quieto en su mesa de la redacción del periódico una hora. Cualquier cosa que estuviera pasando, era demasiado grande para él y para su escasa experiencia. Lo que hasta ahora había sido un juego más o menos arriesgado se había convertido en una cuestión de vida o muerte, como una partida en la que habían subido las apuestas y él no tuviera dinero con el que responder. Y lo peor no era que no le hubieran repartido buenas cartas en esa mano, sino que ni siquiera estaba seguro de saber jugar.

Estaba deseando volver a encontrarse al extranjero con el que había hablado la noche anterior junto al Jardín Botánico. Desde el despacho de Bejarano hasta el periódico, Gregorio no podía recordar cuántas veces había vuelto la cabeza, por si lo estaba siguiendo. Había dejado a medias una conversación importante, y aunque no le había mencionado a Bejarano nada de aquel encuentro, estaba seguro de que ese hombre que llevaba varias noches tras sus pasos y le había confesado que también buscaba a Navarro y a la mujer que se encontraba con él podría aclararle muchas cosas. Si no

encontraba a su viejo amigo y escuchaba su versión de la situación, no había mucho que pudiera hacer. Y aunque Gregorio prefería pensar que Navarro no era un traidor, la razón por la que llevaba la pistola que le había dado Bejarano no era por si estaba equivocado. Tenía miedo, pero no sólo por él, sino por Marina. Cada vez estaba más convencido de que a su amiga Aurora le había pasado algo malo después de haber drogado a Navarro y, también, cada vez estaba más arrepentido de haberle pedido ayuda a Marina para encontrar a su camarada. Quién sabía si en ese mismo momento había alguien buscándola para hacerle daño, para torturarla y obligarla a contarle secretos que ella no podría revelar porque no los sabía. Buscarla en su propia casa o encontrarla por casualidad si es que iban a por él. Eso sí que no se lo perdonaría nunca: que a nadie, y mucho menos a Marina, pudieran hacerle daño por su culpa.

A esa hora de la mañana ya tendría que estar en el estadio de Chamartín, aprovechar la salida del entrenamiento para hablar con los futbolistas. Pero no podía pensar en otra cosa más que en poner a Marina a salvo. Tenía que irse de Madrid unos días, a su pueblo. Claro que, una cosa era pensarlo y otra muy distinta llevarlo a cabo. Convencer a Marina de que se marchase no iba a ser tarea sencilla. Ella insistiría en quedarse con él, se excusaría con que no podía dejar el trabajo sin avisar. Como mucho, podría convencerla si él también se iba con ella. Pero él no se marcharía de Madrid hasta averiguar lo que estaba pasando con Navarro.

Salió del periódico sin estar muy seguro de si al final haría lo que se le había ocurrido, pero no podía soportar la sensación de estar cruzado de brazos. En la calle, se levantó las solapas del abrigo y se encasquetó el sombrero: estaba nevando mucho, y no parecía que fuese a parar durante un buen rato. No tardó en aparecer un taxi. Se acomodó en el asiento de atrás sacudiéndose la nieve de los faldones del abrigo y, antes de decirle al conductor adónde iba, vio sus ojos reflejados en el retrovisor. Por un momento no estuvo seguro de reconocerse, y se preguntó si alguna vez le encontraría sentido a todo lo que estaba pasando.

Quince minutos después cruzó de mal humor la puerta de la estación del Mediodía, sin reparar en un coche aparcado muy cerca de la entrada con

cinco personas dentro. Sorteando viajeros se encaminó hacia la ventanilla donde vendían los billetes. Era la mejor decisión, estaba seguro. O al menos creía estarlo. Comprarle a Marina un billete para Córdoba, y luego ya se inventaría algo para que se marchase unos días sin él. Tendría que prometerle que iría a buscarla pronto, y aunque no quería que ella se preocupase más de lo que ya estaba, Gregorio sabía que era imposible que no tuviera que contarle muchas cosas que hasta entonces había conseguido ocultarle: que era militante del Partido Comunista; que su amigo, el que había drogado Aurora, podía ser un traidor y tal vez tuviera que matarlo; que se estaba jugando la vida sin saber por qué y no quería que a ella le pasara nada; que había ido hasta la estación a comprarle un billete para esa misma noche. Por favor, Marina, no discutas conmigo. No es el momento. Tienes que irte. No me hagas preguntas a las que a lo mejor no puedo responderte.

Esperó cinco minutos en la cola, y luego compró el billete. Miró el reloj y se lamentó porque se le hubiera hecho tan tarde. Cuanto más tiempo tuviese por delante para convencer a Marina, mucho mejor. Con el gesto todavía contrariado se encaminó hacia la salida, pero antes de salir del edificio le afectó una sensación extraña, incómoda, como si hubiera visto un fantasma. No podía ser. Entre la marea de viajeros que se dirigía a los andenes le había parecido ver a Navarro. Gregorio volvió la cara. Los pies clavados en el suelo. Ahora estaba de espaldas, pero el hombre que se parecía a Martín Navarro se encaminaba al andén rodeado de una pequeña comitiva de cinco o seis personas. Podía ser Navarro o alguien que se le parecía, o también que los nervios le estuviesen jugando una mala pasada en forma de alucinación. A lo mejor se estaba volviendo loco, pero tenía que comprobarlo, asegurarse de que el hombre cuya cara ahora no podía ver era su amigo. Se dio la vuelta y enfiló él también el camino del andén. En el grupo había una mujer. Quizá fuese esa misteriosa Erika Walter la que acompañaba a Navarro además de otros cuatro hombres. No había visto nunca antes a ninguno de ellos. Hacían cola para subir al tren —Gregorio había visto en la ventanilla que el expreso de Andalucía estaba a punto de partir—, pero todavía no podían subir porque los mozos estaban ayudando a

una mujer mayor que llevaba el mismo cargamento de maletas que una reina. Se acercó a la cola del siguiente vagón, como si fuera un viajero más, para comprobar si ese tipo era de verdad Martín Navarro. No podía ver su cara del todo porque se la tapaba el ala del sombrero y porque miraba al suelo con pesadumbre o resignación. Y tampoco podía gritar su nombre, ¡Martín! ¡Martín Navarro! ¿Eres tú?, y que al final sí fuese él y quienes lo acompañaban lo descubrieran o alguno de los policías de paisano que seguro vigilaban el andén se enterase de que su amigo estaba a punto de subir a un tren. Era Gregorio el que estaba observando atentamente los movimientos de Navarro, como si fuera un espía, pero le angustiaba sentirse observado por un montón de gente que sabía su nombre y lo que estaba haciendo, convencidos de que la policía lo detendría en cuanto abriese la boca, como si lo llevase escrito en la frente. Si Marina estuviese con él podría besarla para disimular, como seguramente hacían muchas de las parejas que ahora mismo fingían despedirse en la estación.

Gregorio se salió de la cola sin dejar de mirar a quien parecía el hombre que le habían encargado buscar pero no estaba seguro de que lo fuera, y en ese momento, cuando estaba a punto de entrar en el vagón, el probable Martín Navarro volvió la cara hacia él, seguramente guiado por ese instinto que lo hace a uno darse cuenta de que está siendo observado, y sus miradas se encontraron. Era Navarro, ya no había ninguna duda, pero su amigo ni siquiera amagó un saludo. Lo único que hizo fue negar con la cabeza, levemente, como si no quisiera que nadie más que Gregorio se percatase de su gesto. No me conoces, no sabes quién soy, parecía decirle. Márchate de aquí antes de que sea demasiado tarde. Luego ya no volvió a mirarlo. Unos segundos después, Navarro y las personas que lo acompañaban habían entrado en el vagón, y Gregorio en el andén, sin saber qué hacer, se sentía el hombre más estúpido del mundo. Lo que muchos llevaban intentando durante varios días, encontrar a Navarro, él lo había conseguido por casualidad, sin proponérselo, y la ilusión apenas había durado unos minutos, un instante tal vez, agua que se derrama de las manos antes de poder llevársela a la boca.

Ese tren iba a Andalucía, pero ¿adónde? Seguro que había muchas paradas entre la estación del Mediodía y su destino. Levantó la cabeza, para intentar ver inútilmente a través de las ventanillas del vagón. Viajeros al tren, oyó decir. Tan cerca había estado y se le escapaba, con todas las incógnitas que le quedaban por resolver. Bocanegra, Bejarano, el ruso muerto en Cuatro Caminos, el tipo que lo había estado siguiendo las últimas noches. Era como si todos se le aparecieran a la vez en el andén y cada uno le aconsejara que hiciera algo diferente: quédate ahí, sube al tren, no te metas en líos, márchate enseguida de la estación. Viajeros al tren, oyó de nuevo, y a la orden del ferroviario le siguió el estrépito de la locomotora, en la otra punta, y el crujido de las bielas que tiraban de las ruedas, y los vagones empezaron a moverse, lenta, perezosamente. Estaba tan nervioso como los futbolistas a los que había entrevistado tantas veces le habían contado que estaban antes de que el árbitro pitase el comienzo de un partido importante. Viajeros al tren. Tengo que ir a buscar a Marina, pensó. Tengo que ir a buscarla y convencerla de que se vaya unos días de Madrid.

El tren ya se estaba moviendo, pero el vagón al que había subido Navarro aún no había pasado por delante de él. Hay momentos que lo definen a uno, se dijo, para darse coraje. Podía quedarse en la estación, como una novia triste, y esperar a verlas venir, o coger el toro por los cuernos y subir a ese tren para averiguar lo que estaba pasando. No le habían dicho toda la verdad. Estaba seguro de que Rogelio Bejarano le había ocultado muchas cosas, y él estaba harto del papel de meritorio sumiso y complaciente que había jugado hasta entonces. En el tren que ahora estaba abandonando la estación se hallaba la respuesta. Gregorio León se sujetó los faldones del abrigo, para no tropezarse, y dio una carrera antes de que fuera demasiado tarde para saltar al estribo o se lo pensase mejor y el sentido común lo invitase a quedarse en Madrid y tratar de olvidarse de todo.

Todavía no había salido el tren de la estación y ya se estaba preguntando si subir en el último momento fue lo más inteligente. Se alejó todo lo que

pudo del vagón en el que había entrado Navarro y quienes lo acompañaban, y ocupó un asiento libre, en tercera. Entonces se dio cuenta del calor que tenía y se quitó el abrigo. No había mucha gente: personas humildes casi todas que seguramente dejaban Madrid unos días para volver a sus pueblos. Gregorio se quitó el sombrero. Él también era de origen humilde, pero con el traje, la corbata, el abrigo y el sombrero se sentía incómodo entre albañiles y agricultores. Enseguida lo mirarían extrañados. Se preguntarían qué hacía un tipo vestido con ropas tan elegantes sentado con ellos. Se preguntó, incómodo, si se parecería a tipos como Rogelio Bejarano, que de puertas afuera decían apoyar al Partido y a la clase obrera, y de puertas adentro, en la comodidad de su despacho en el ministerio, disfrutaban sin remordimientos de cuantos habanos aromatizados se les antojasen. Él no era de esa clase de personas, y no quería serlo nunca. Le incomodaba mucho sentirse un extraño entre trabajadores a los que siempre había considerado sus iguales, y le entristecía pensar que ellos al verlo sentado allí, con su traje elegante de periodista, lo rechazarían con el mismo asco que él había sentido esa mañana en el despacho de Bejarano o la misma repugnancia que le provocaban cualquiera de los hombres que acudían cada noche a Le Cygne Noir en busca de compañía.

Acordarse de Marina fue como si un clavo le atravesara el pecho. Ni siquiera había tenido tiempo de llamarla, y cuando llegara la noche y él no fuese a recogerla a la salida del trabajo, ella se preocuparía o pensaría que había cambiado de idea, que ya no querría tenerla más tiempo en su casa. Gregorio apoyó la cabeza en las tablas del respaldo del asiento y cerró los ojos, lamentándose. Ahora no podía hacer nada para remediarlo. Nada salvo esperar a que pasaran las horas y cuando el tren llegase a su destino, o antes, si es que Navarro y sus acompañantes no tenían previsto bajar en cualquiera de las paradas, buscar un teléfono para intentar hablar con ella.

A medida que la locomotora tiraba de los vagones y se alejaba de Madrid le afectaba una profunda e inconsolable soledad. Tenía que estar atento a los movimientos de Navarro y a los de la gente que estaba con él. Pero ahora no había nadie que pudiera ayudarlo, y cualquier cosa que hiciera, quedarse sentado hasta que el tren se detuviese en una parada y salir

o jugarse el pellejo acercándose al vagón donde estaba su amigo, era una decisión que sólo le correspondía a él. Ni siquiera sentir en el bolsillo del abrigo el peso de la pistola lo tranquilizaba, sino más bien al contrario. Era como un lastre, una bola de hierro que lo arrastraría hasta el fondo del mar si se descuidaba. A Gregorio León le hubiera gustado tirar el arma por la ventana, al campo, para no preocuparse más por ella y no temer que un policía le pidiera los papeles y lo registrase. Pero también era verdad que, aunque se dijo que no se deshacía del revólver para que no lo viese nadie y no tener problemas, la verdadera razón, la que en el fondo sabía y le costaba reconocer, era que no estaba seguro de si al final necesitaría usarlo para salvar la vida, o, peor todavía, para apuntar al pecho del capitán Navarro y obligarle a que le contase la verdad.

En la primera parada se levantó para asomarse al andén y mirar de reojo el vagón de Navarro. Salieron dos personas y entraron otras dos, pero ni rastro de su amigo. Gregorio permaneció en el estribo hasta el último momento, por si acaso. Repitió los mismos gestos durante las dos horas siguientes, en las otras tres paradas del tren: levantarse, asomarse al andén, comprobar que no se iban. Pero a menos que se hubieran vuelto invisibles o escapado volando por la ventana, Navarro y los demás aún seguían en el tren.

Cuando llegó el revisor y le pidió el billete tuvo que improvisar.

—Su billete es para el tren nocturno, en coche cama —le explicó el empleado de RENFE, sin disimular el tono de reprimenda.

—Vaya —respondió Gregorio; mentir, si llegaba el caso, no se le daba mal—. Pero qué despistado soy. Una de dos: o los del periódico me han comprado el billete equivocado o he sido yo el que ha subido al tren que no era. Qué faena. Lo siento. Pues dígame qué hacemos ahora.

El revisor resopló.

—Da igual. Hay plazas libres. Lo único es que el viaje le ha salido más caro.

Gregorio se encogió de hombros.

—Son gastos del periódico. No se preocupe.

Había vuelto a dejar caer lo de su trabajo. Muchas veces, decir que era periodista, y además decir que cubría la información del Real Madrid, era la llave para que le dieran mesa en un buen restaurante, para que no le cobrasen incluso, o, simplemente, para que fueran más amables con él. Gregorio recurría a mencionar su profesión por costumbre, cuando avizoraba un problema menor.

Este revisor, sin embargo, se había mostrado refractario a su condición de reportero, pero, en cualquier caso, todo se había solucionado. Y al menos no lo iban a obligar a bajarse del tren ni ponerle una multa. Había tenido la suerte de comprarle un billete a Marina primero, porque cuando tomó la decisión de subir en el último momento ni siquiera se acordaba de que había comprado un pasaje para Andalucía. Estar sentado en ese vagón era el resultado de una decisión irracional, desde luego. Ya se vería si acertada o no. La cuestión ahora era saber adónde se dirigía Navarro y, sobre todo, por qué. Antes de hacer nada le gustaría hablar con él, que le arrojase un poco de luz sobre lo que le estaba ocurriendo, si es que podía, pero hacerlo sin testigos molestos se le antojaba una tarea poco menos que imposible.

Como quien va a cometer un crimen pero ni siquiera él mismo quiere creérselo y va dando pequeños pasos que uno por uno parecen inofensivos pese a que la suma de todos es atroz, Gregorio fue recortando en pequeñas fases la distancia que lo separaba de Navarro. Sólo estaba a cuatro vagones de distancia del suyo, pero en cada coche se entretuvo un poco, incluso en uno encendió un pitillo y estuvo mirando distraídamente por la ventana el paisaje manchego. La tarde caía. Pronto se hará de noche, pensó, cuando puso el pie en el vagón de Navarro. Encendió otro cigarrillo y se sentó en el primer compartimento donde vio un hueco libre. Con su traje de buen paño, a nadie le extrañaría que fuese un pasajero de primera clase que se había despistado al volver a su vagón después de dar una vuelta y se había equivocado de sitio.

Desde donde estaba podía ver el pasillo. En la puerta de un compartimento, al otro extremo del vagón, había dos hombres. Gregorio no recordaba si alguno de ellos formaba parte del grupo que acompañaba a Navarro cuando subió al tren. Y si su amigo no estaba en ese compartimento, seguro que estaba en otro del mismo vagón. Pero tendría que ser ése, porque de vez en cuando alguno de esos dos tipos entraba y se sentaba en el compartimento contiguo, pero uno de ellos siempre se quedaba fuera, como si estuviese de guardia. Antes o después tendría que acercarse lo bastante para tratar de ver a Navarro, o, tal vez, si esperaba lo suficiente, Navarro saldría a estirar las piernas o al baño.

Gregorio terminó levantándose, inquieto. Ya había anochecido cuando se adentró un poco más en el pasillo, pero no lo suficiente como para poder ver el interior del habitáculo donde debía de estar su amigo. Se imaginó sacando la pistola, como en las películas, y diciendo hola, buenas noches, me llamo Gregorio León. Levanten ustedes las manos. Pero eso no iba a suceder. Él no iba a hacer algo así. Ya no podía acercarse más sin despertar sospechas. No tardó en darse la vuelta. En la siguiente parada, desde otro vagón repitió el ritual de asomarse, por si Navarro bajaba, pero tampoco. Ya estaban en las estribaciones de Sierra Morena, conque el destino de su camarada y de quienes lo acompañaban parecía ser Andalucía. Al llegar a las montañas, la velocidad del tren se redujo tanto que en algunos tramos parecía que en cualquier momento se detendría, como un gigante exhausto.

Ya hacía un rato que era de noche cuando se encaminó de nuevo al vagón de Navarro. Había un tipo en la puerta. Antes se había fijado en los dos con mucha atención. Uno de ellos era calvo, no muy alto, pero su chaqueta parecía dos tallas más pequeñas que la que le correspondía. El otro, el que ahora debía de estar descansando en el compartimento contiguo, era más delgado, y un poco más alto también. A Gregorio le habría gustado acercarse un poco más para poder ver a Navarro, o al menos que Navarro lo viese a él, pero ya había tentado demasiado a la suerte antes, y acercarse otra vez sería llamar demasiado la atención. Se fumó un pitillo asomado a la

ventana, a los peñascos oscuros de Sierra Morena, como cualquier pasajero cansado de llevar mucho tiempo sentado. Habían pasado casi cuatro horas desde que el tren salió de Madrid. Un rato antes le había preguntado a un revisor cuánto faltaba para la próxima parada, y le había respondido que más de una hora todavía.

Gregorio arrojó el pitillo por la ventana y volvió a dirigirse a su vagón. Tal vez ya había llamado demasiado la atención y, al menos durante la hora siguiente, Navarro no podría bajar del tren. Por más que se estrujaba la cabeza no se le ocurría ninguna forma de hablar con él sin llamar la atención, sin arriesgarse a estropearlo todo quizá. Aún no había llegado a su sitio cuando alguien puso una mano sobre su hombro. Se volvió Gregorio, con el ceño fruncido, aunque antes de ver la cara de quien reclamaba su atención estuvo seguro de que sería alguno de los acompañantes del capitán Navarro. Ojalá que sea el mismo Navarro, se dijo, antes de terminar de darse la vuelta, aunque estaba convencido de que no tendría tanta suerte. Aquella mano se había colocado sobre su hombro con demasiada firmeza como para considerarlo un gesto amistoso. Y el tipo que ahora lo miraba a los ojos con cara de pocos amigos era, efectivamente, uno de los dos guardianes del compartimento donde viajaba su amigo.

—Acompáñeme —le dijo, pasando la mano desde el hombro hasta su brazo para agarrarlo—. Tenemos que hablar.

Gregorio León miró la mano del tipo que sujetaba su brazo, y luego su cara. Tenía el semblante serio, sin darle ninguna posibilidad a la negociación. Imperativo, como un policía. Le percibió un leve acento extranjero cuyo origen no alcanzó a ubicar.

Acompáñeme, tenemos que hablar, le había dicho. No necesitaba repetirlo. Seguro que no estaba habituado a que alguien se negase a obedecer sus órdenes. Pero Gregorio tampoco tenía por costumbre hacer lo que le mandasen sin más.

—Suélteme —le respondió, pero lo único que hizo el otro fue apretar todavía más la tenaza.

Gregorio tiró del brazo, intentando liberarse, pero fue imposible. Tenía mucha más fuerza de la que aparentaba.

Negó despacio, con la cabeza, y sonrió igual que un perro de presa que no está dispuesto a soltar el bocado. La otra mano la tenía en el bolsillo del abrigo, y a Gregorio no le hacía falta ser un agente experimentado para saber que sujetaba una pistola, el dedo en el gatillo, el cañón apuntándole al vientre. Él también tenía una mano libre, y aunque seguro que tampoco le hubiera servido de nada sacarlo puesto que no lo habría sabido utilizar o ni siquiera se habría atrevido a hacerlo, el revólver que le había dado por la mañana Bejarano lo llevaba guardado en el bolsillo contrario del abrigo. Y, también, disparase al final o no, forcejear siquiera con ese tipo que no parecía dispuesto a soltar su brazo, lo que menos le convenía era montar un escándalo en el tren y acabar en el cuartel de la Guardia Civil del próximo pueblo donde parasen.

—Suélteme —volvió a decirle, sin embargo, pero el otro lo empujó, obligándolo a avanzar.

No se detuvieron hasta llegar al último vagón del tren.

—Póngase contra la ventana —le ordenó.

Gregorio resopló.

—Oiga, le he dicho que me deje en paz. No me gustaría montar un escándalo, pero ya está bien de atropellos. ¿Qué es usted? ¿Policía? Mis papeles están en regla. Se los enseñaré si quiere, pero no vuelva a empujarme, ¿de acuerdo?

No pudo decir nada más porque el desconocido ya había sacado la pistola y le apuntaba al estómago. Con la mano libre lo obligó a darse la vuelta y lo puso contra la ventanilla. Antes de que Gregorio pudiera darse cuenta o hacer algo por evitarlo, la mano del otro ya había encontrado el revólver en su abrigo.

—¿Quién es usted? —le preguntó, retorciéndole el brazo.

—¿Y usted?

—No se haga el listo conmigo. No ha dejado de husmear en mi vagón en toda la tarde.

—Me apetecía estirar la piernas. Son muchas horas de viaje...

Le torció un poco más el brazo. Gregorio estuvo a punto de gritar. Quienquiera que fuese, sabía cómo hacerle daño sin mucho esfuerzo.

—Vale, vale. De acuerdo —dijo, con la mejilla pegada contra el cristal helado de la ventanilla—. La cara de alguien que viaja en ese vagón me resultaba familiar. Pero luego me he dado cuenta de que me he confundido de persona. Eso es todo.

—Lleva un arma.

—Usted también.

No había terminado la frase y el tipo le había vuelto a retorcer el brazo. Gregorio casi se puso de rodillas por culpa del dolor.

—Ya le he dicho que no se haga el listo conmigo.

Alguien pasó cerca de ellos, pero aunque los dos se quedaron callados, como si no pasara nada, miró para otro lado. Tampoco esperaba Gregorio que nadie lo ayudase: lo mejor, cuando hay dos personas discutiendo, es no meterse. Seguro que el hombre que lo sujetaba había ocultado la pistola. Aunque, bien mirado, tenía tanta fuerza o estaba tan acostumbrado a hacer daño con sus manos que ni siquiera sería necesario apuntarle con un arma para que le obedeciese o contestase a sus preguntas.

—¿Quién es usted?

—Soy periodista —respondió Gregorio, sin poder separar la frente del cristal, los ojos cerrados, aguantando el dolor, y enseguida se dio cuenta de que decirle su profesión no iba a servir precisamente para tranquilizar a ese tipo. Estaba claro que no le gustaba que metieran la nariz en sus asuntos.

Entonces sintió una ráfaga helada de aire, como si la temperatura hubiera bajado diez o quince grados de repente, y ahora el ruido del tren al desplazarse sobre la vía se volvió tan intenso como si alguien hubiera conectado un altavoz potente. Hasta que no abrió los ojos Gregorio no se dio cuenta de que el fulano que no le soltaba el brazo había bajado la palanca de la puerta de emergencia, y la noche, el frío de las montañas y el ruido del tren entero se colaron a la vez en el vagón. Le apretó el brazo un poco más y, casi de rodillas, Gregorio no pudo hacer nada para evitar que lo sacase a la pequeña plataforma. El tipo salió también, después de mirar de reojo para asegurarse de que ningún pasajero los estaba viendo, y entonces, al mismo tiempo que soltaba el brazo de Gregorio, con la otra mano le dio un puñetazo en la sien. Durante unos segundos el mundo se volvió borroso,

y el periodista estuvo a punto de perder el equilibrio y caerse a la vía, pero el tipo lo había sujetado por la solapa del abrigo, como si fuese un pelele, para que no se estrellase contra los raíles. Al menos no todavía.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, acercándole la cara.

Gregorio lo miró. Todavía veía en tinieblas, y estaba demasiado oscuro. De no ser por la débil luz de la luna que se reflejaba en la nieve, ni siquiera atinaría a distinguir sus rasgos. Hacía tanto frío que apenas podía articular palabra. El extranjero que lo sujetaba de mala manera mientras trataba de mantenerse a duras penas en un equilibrio precario le había lastimado el brazo, quitado la pistola, y le acababa de partir la cara. Los buenos modales ya estaban de más.

—Vete a la mierda —le dijo, masticando cada sílaba—. Vete a la mierda, cabrón.

Luego cerró los ojos, dispuesto a recibir otro puñetazo, que ahora sí estaba seguro de que le rompería la nariz o el pómulo. Los dientes quizá. Pero al otro parecía no haberle afectado el insulto, al menos no de un modo visceral. Incluso le había parecido a Gregorio que se estaba riendo. Luego oyó el chasquido de su pistola amartillarse, demasiado cerca de su cabeza como para tener alguna oportunidad de salvarse. Pues vale. Hasta aquí hemos llegado. Cuando uno ha hecho todo lo que ha podido no se le puede exigir más. Se hubiera equivocado o no, eso era lo que había, las cartas que le quedaban al final de la partida. Iba a ser una lástima llegar hasta aquí, haber visto al menos la mitad de la película para no enterarse del desenlace. Lo más sorprendente era que, una vez que había llegado a este punto, lo que menos le importaba era Navarro, ni el Partido, ni todas esas palabras que le habían inculcado desde niño y que ahora, cuando estaba a punto de morir, habían perdido el sentido: comunismo, camaradas, lucha de clases, revolución obrera. De rodillas y helado de frío en un tren que atravesaba Despeñaperros, lo único que lamentaba Gregorio León era no haber pasado más tiempo con Marina, no haberla retirado de la calle cuando ella se lo había pedido de todas las formas posibles mientras él se había comportado como el macho estúpido que era. Maldito hijo de puta, se lamentó, mirando la cara del tipo que le apuntaba entre los ojos con una pistola. Por tu culpa

me voy a perder lo único bueno que tengo en la vida. Pero no le iba a dar el gusto de que lo escuchase suplicar.

—Venga, termina de una vez —le dijo—. Aquí fuera hace mucho frío. No te vayas a constipar.

Gregorio estaba seguro de que después de la frase, antes incluso de terminarla, del cañón de la pistola brotaría un relámpago y acabaría desangrándose en la nieve, muerto seguramente antes de caer del tren. Pero a lo mejor morir se era mucho más placentero de lo que nadie pensaba, y en lugar de un relámpago o un estruendo que le destrozase los tímpanos, las estrellas y la luna que se ocultaban detrás de las nubes desaparecieron de repente. Y es que morir se debía de ser eso, pensó: que todo se volviera oscuro, que el mundo se esfumase. Así que ni el cielo ni el infierno existían, qué gracia, por fin lo había descubierto. Sólo la oscuridad, como un abismo, como quien cae a un pozo sin fondo. Pero qué extraño era seguir respirando después de estar muerto, y más raro aún oír el lento deslizarse del tren sobre las vías, como si aún no estuviese muerto del todo y tuviera un pie en cada mundo. Tal vez estaba malherido, en un lugar intermedio que no era el de los vivos pero tampoco el de los muertos porque la bala no había terminado de hacer su trabajo y aún no sentía dolor.

Se palpó la cara, pero no encontró ningún rastro de sangre, y cuando vio el reflejo de la luz de la luna otra vez, Gregorio se dio cuenta de lo que estaba pasando. No habían pasado más de dos o tres segundos desde que le había dicho al sicario que acabase con todo de una vez, pero era como si el tiempo se hubiera estirado. Y el hombre que le apuntaba con una pistola se había desconcertado tanto como él al hacerse la oscuridad, y dentro de un momento también se daría cuenta de que acababan de salir de un túnel, y entonces ya no dudaría en apretar el gatillo.

De perdidos al río, se dijo Gregorio antes de saltar, y cuando estaba en el aire, otra vez fue como si el tiempo se hubiera detenido y cada uno de los movimientos se produjesen en un orden preciso, ralentizado: el escupitajo de fuego en el cañón de la pistola, el ruido que podría dejarlo sordo pero que sonaba tan lejos ahora, y la luna y las estrellas al otro lado de las nubes. Luego un impacto, la espalda primero, y enseguida las piernas y los brazos

y la cabeza que no alcanzaba a protegerse con las manos. Rodaba cuesta abajo, tragando nieve, y a medida que lo hacía oía ramas romperse, o tal vez eran sus huesos los que se quebraban contra las rocas que se iba encontrando por el camino. No supo cuánto tiempo estuvo cayendo por la ladera de una montaña, pero unos segundos o una hora después, no sería capaz de decirlo, se dio cuenta de que ya no se movía, y se preguntó si, por fin, ya había terminado todo.

Y ahora tenía que levantarse, buscar un sitio donde resguardarse de la nieve, pero de pronto se apoderó de él un cansancio profundo, unas ganas de dormir tan grandes como si llevase días sin pegar ojo. Ya no sentía nada, ni el frío, que antes era tan intenso, ni el dolor inevitable después de la caída, sino una pesadez agradable en los párpados, como si estuviera abrazado a Marina después de hacer el amor, como si allí abajo, lejos de cualquier peligro, ya nadie pudiera hacerle daño.

Se despertó tiritando, y al abrir los ojos tampoco supo cuánto tiempo había estado inconsciente, si unos segundos o unos minutos, si se había quedado dormido siquiera o sólo aturdido. Se sentó en la nieve, y se pasó las palmas de las manos, con mucho cuidado, por las piernas, por las costillas, por los brazos. Le dolía todo el cuerpo, y sangraba de algunos cortes en la cara, pero no parecía haberse roto nada. El abrigo estaba destrozado, y aunque no encontraba el sombrero se alegraba de no haber perdido los zapatos en la caída. Pero tampoco estaba seguro de que no haberse quedado sin zapatos fuese una garantía de sobrevivir, porque tenía los pies helados. Ni siquiera los sentía.

Con mucho trabajo y procurando no hacer caso al dolor de la espalda, consiguió levantarse. Miró hacia arriba. Había sido una buena caída. Tenía suerte de estar vivo. La cuestión ahora era no morir congelado en un barranco de Sierra Morena. Se frotó las manos para entrar en calor y empezó a subir trabajosamente la ladera por la que había rodado. Tuvo que pararse varias veces durante el ascenso para descansar, y cuando llegó a la altura de la vía los pulmones le quemaban en el pecho. A lo mejor era

verdad eso que decían de fumar, que no era bueno para la salud, pero Gregorio León se moría de ganas de encender un pitillo después de haber llegado a la cima. Por más que buscó en sus bolsillos no encontró el tabaco. Miró el abismo oscuro desde el que había subido y se preguntó cómo había podido sobrevivir. Había tenido suerte. Mucha. Primero el túnel, y luego no haberse roto el cuello al saltar del tren. Pero ahora era de madrugada, estaba en mitad de ningún sitio, y lo que no había conseguido un tipo con una pistola ni los peñascos de la ladera podría conseguirlo el frío. No podía quedarse ahí. A su espalda estaba el túnel que le había salvado la vida, y delante de él la vía, que antes o después lo llevaría hasta un lugar habitado en el que podría pedir ayuda o al menos encontrar un teléfono.

Como pudo, se arrebujó en su abrigo maltrecho y empezó a andar en la misma dirección que el tren del que había saltado.

Tres horas después vio una farola, a lo lejos, junto a un edificio pequeño de piedra, y recordó que el revisor le había mencionado el nombre de la próxima parada. Debía de ser ésa. Apretó el paso porque tenía ganas de llegar, y también para entrar en calor, pero cuando estaba cerca del edificio pensó que no era imposible que Navarro y quienes lo acompañaban se hubieran bajado allí, y que el tipo que había estado a punto de matarlo en el tren podría estar ahora observándolo desde algún lugar seguro, esperando a que estuviera lo bastante cerca para encañonarlo y acabar con su trabajo de una vez. Gregorio se salió de la vía cuando aún faltaba un buen trecho para llegar a la estación y se ocultó entre los árboles para escrutar detenidamente el panorama. Pero todo estaba en silencio, y a oscuras salvo por la luz exigua de la farola. Un poco más allá había unas cuantas casas, al lado de la carretera, y una pequeña venta que a esa hora —Gregorio miró su reloj: eran las dos y media de la madrugada— estaba todavía cerrada. Aquello no era siquiera una aldea: varias casas desperdigadas sin orden, un lugar de paso perdido en algún punto del norte de Andalucía. Si Navarro y los demás se habían bajado allí ya estarían muy lejos. Lo más seguro era que también

el tipo que lo había sacado a la fuerza del vagón pensara que estaba muerto. Y eso era, desde luego, una ventaja.

Animado porque no había nadie esperando su llegada, Gregorio se acercó a la venta y se asomó a la ventana. Sólo había tres mesas vacías, con sus sillas, una foto enmarcada de Luis Miguel Dominguín levantando el dedo en las Ventas, diciéndole al público que era el número uno, y media docena de embutidos colgando de la barra. Se le hizo la boca agua. ¿Cuánto hacía que no comía? ¿Cuánto tardaría en volver a probar bocado? Sacudió los pies, para tratar de entrar en calor, y rodeó el muro. Nada. Aquello era lo más parecido a un pueblo fantasma que había visto nunca. A la hora que era, seguro que no pararía ningún tren en el apeadero. Quedaba la carretera, que algún coche circulase de madrugada y se apiadase de él, si es que no se había muerto de frío antes.

Se resguardó del relente debajo del pequeño voladizo de la entrada, y otra vez volvió a lamentar su mala suerte o su torpeza por haberse dejado coger como un niño inocente. Esos dos tipos que custodiaban el compartimento de Navarro eran unos profesionales, sin duda. Extranjeros, puede que rusos. Al menos el que había estado a punto de matarlo era extranjero. Apenas habían pasado veinticuatro horas, pero parecía una semana entera: el encuentro con ese desconocido, la visita al despacho de Rogelio Bejarano por la mañana, la decisión de ir a la estación para comprar un billete a Marina y la locura de subir al mismo tren que Navarro en el último momento. ¿Y si todo no había sido más que eso, una locura? ¿Y si el hombre al que había visto en el andén no era Navarro? ¿Y si se había equivocado y hecho el ridículo y estado a punto de morir por nada? Para ya, Gregorio, se dijo. Para ya, que estás desvariando. Claro que era Navarro. ¿Quién si no?

Se sentó en un escalón y volvió a mirar el reloj. Las tres. Y cada vez tenía más frío. Oyó un lobo solitario a lo lejos, el eco multiplicado del aullido en las montañas. Pegó el pecho a las rodillas y se frotó los brazos con las manos, con energía, como si quisiera sacarle brillo al abrigo hecho trizas. Aquella tenía que ser la carretera de Andalucía, pero no había nadie que se atreviese a conducir por allí de madrugada. Como mínimo, tendría

que esperar dos o tres horas, hasta que pasase el primer coche o abriese la venta, si es que abría, o cualquiera de los vecinos de la aldea saliese de su casa para ir a trabajar. Pero eso tampoco sería una garantía de que le prestarían ayuda. Igual lo tomaban por un mendigo o un vago y llamaban a la Guardia Civil. Aunque, sentado y tiritando de frío en Despeñaperros, la alternativa de pasar unas horas en el cuartelillo no le parecía tan mala.

Ya no sentía los dedos de las manos ni los de los pies cuando oyó el motor de un coche que subía por la carretera. Luego vio la luz de los faros que anunciaban su llegada en la curva. Lo mejor sería levantarse y plantarse en mitad del asfalto, para obligarlo a detenerse. Si no lo hacía, lo mismo para cuando pasase el siguiente automóvil ya se habría congelado. Pero después de levantarse con mucho trabajo, Gregorio León comprobó desesperado que las piernas no le obedecían. Se le enredaron los pies y cayó sobre la nieve. El coche ya había rebasado la curva, y ahora aceleraría para enfilarse en la recta. Consiguió levantarse, a duras penas. Le costaba mantenerse erguido con las piernas engarrotadas de frío, pero alcanzó a levantar la mano y gritar algo justo cuando el coche pasaba por delante de él. Todo fue en vano. El conductor no lo vio, o lo vio y no quiso detenerse, y Gregorio dio una patada a la nieve, enrabietado. Si se hubiera levantado antes le habría dado tiempo de colocarse en la carretera de tal forma que al conductor no le quedase más remedio que parar o atropellarlo, pero había llegado tarde. Ahora estaba otra vez solo, en mitad de ningún sitio, mientras veía las luces rojas del automóvil perderse al final de la recta. Antes de que desapareciese en la curva siguiente y ya no pudiera verlo más, a Gregorio le pareció que el coche frenaba, pero no sólo un poco para poder entrar en la curva, sino detenerse del todo, como si hubiera llegado a su destino o en el último momento el conductor lo hubiese visto por el espejo retrovisor. Todavía siguió parado unos segundos, y cuanto más tiempo pasaba, más intranquilo se sentía Gregorio. Después de todo, quizá asomarse a la carretera no había sido la mejor decisión.

Le afectó un temor repentino cuando el vehículo empezó a dar la vuelta. Habían pasado demasiadas cosas extrañas los últimos días para no pensar que alguien pudiera estar buscándolo con la intención de terminar el trabajo

que el tipo del tren había dejado inconcluso. Quería salir corriendo, pero Gregorio sabía que las piernas no le obedecerían y acabaría resbalando otra vez en la nieve. Sólo podía quedarse ahí, quieto, esperando lo que tuviera que pasar, digno como quienes han nacido con el don de los valientes o al menos tienen el temple suficiente para aparentarlo. Quienquiera que condujese el coche tampoco parecía estar muy seguro. Se acercaba lentamente, como si quisiera asegurarse de que era él. Cuando estaba a diez o quince metros se detuvo. Gregorio no podía ver nada: los faros lo deslumbraban igual que a una liebre a la que hubieran sorprendido en mitad de la carretera. Hizo una visera con la mano, pero no le sirvió de mucho. Luego oyó abrirse la puerta del coche, muy despacio, pero la luz de los faros no dejaba de herirle los ojos, como si la única intención de quien conducía fuese dejarlo ciego.

TERCERA PARTE

Capítulo 15

Un americano en Madrid

Aún no había amanecido, pero Robert Bishop ya estaba mirando distraídamente los tejados oscuros de la ciudad desde la ventana de la habitación de su hotel. En cuanto hubiera luz podría ver, a través de las ramas peladas de los árboles del paseo del Prado, el punto exacto donde unas horas antes había tenido el encuentro con Gregorio León, el periodista con el carné ilegal del Partido Comunista que estaba buscando a Martín Navarro. No estaba muy seguro de lo que encontraría después de haberse pasado los últimos tres días siguiendo sus pasos, y, si tenía que ser honesto consigo mismo, lo cierto era que hasta ahora no había obtenido ningún beneficio. Ya se sabía de memoria el recorrido habitual del periodista: del estadio de Chamartín, adonde acudía para ver los entrenamientos del Real Madrid, al periódico; de vez en cuando alguna conversación con un futbolista; y hasta ahora un par de encuentros con un policía que, según sus informes, no era de los más afectos al régimen de Franco. También, una mujer que trabajaba en un club cerca de Fuencarral lo había acompañado a dormir a su casa las dos últimas noches.

Respecto a Martín Navarro, sus hombres habían recibido instrucciones de vigilarlo desde que llegó a Madrid, sin duda para encontrarse con Erika Walter, pero le perdieron la pista la primera noche, después de que entrase en La Maison, y sólo volvieron a saber de él cuando apareció en la pensión

donde ella se alojaba, que tenían vigilada desde que la mujer austríaca había llegado a Madrid, cinco días antes. Lo que le hubiera sucedido a Navarro mientras tanto seguía siendo un misterio.

De todas las piezas del rompecabezas era Erika Walter la que más le preocupaba, la que se le antojaba más imprevisible. Sabía muchas cosas de ella, pero también, al mismo tiempo, era como si no supiese nada, y era eso lo que más le incomodaba. Podía haber hablado con ella, incluso haber ordenado que la detuvieran y quizá la policía española, ni siquiera el Ministerio de Gobernación, podría haber hecho nada para evitarlo, un pataleo inútil, si acaso. Pero aún era demasiado pronto para intervenir. Antes quería averiguar cuáles eran las verdaderas razones que la habían llevado a Madrid, primero a ella y luego a Martín Navarro; con cuántos tipos a los que estaba Bishop deseando echar el guante se entrevistaría. Y aunque no quería que el periodista español que buscaba a su amigo estropease la operación, tenía la corazonada de que, si lo tenía vigilado, Gregorio León podría resultarle útil en el futuro.

Después de darse una ducha, Robert Bishop cruzó Recoletos para desayunar un café con porras. Media vida en el extranjero y había descubierto que disfrutaba de los diferentes placeres que cada sitio pudiera ofrecerle. Once años después del final de la guerra civil, España seguía siendo un país deprimido en el que la mayoría de la población tenía que hacer juegos malabares con las cartillas de racionamiento para poder comer tres veces al día, pero también era cierto que, para alguien con el dinero suficiente, Madrid resultaba una ciudad espléndida en la que vivir. Le gustaba más que Berlín, donde muchos barrios aún seguían pareciéndose a una escombrera y las relaciones con los rusos cada día eran más complicadas. Bishop estaba seguro de que más pronto que tarde empezaría una guerra entre su país y la Unión Soviética. Pero, sobre todo, no dejaba de afectarle el pensamiento desagradable de que la guerra contra Alemania, en la que había participado, en realidad no había terminado.

Durante los últimos cinco años no había hecho otra cosa que buscar científicos alemanes a los que reclutar o encargarse de detener o neutralizar a nazis nostálgicos de tiempos mejores: tipos que creían firmemente que

algún día podrían volver a organizarse y plantar cara a los invasores de Alemania, o gente a la que bastaba sobrevivir con la esperanza asequible de que algún día el mundo se olvidara de ellos. En España había unos cuantos, y era el país donde más problemas se habían encontrado los aliados para poder extraditarlos y ponerlos delante de un tribunal. El gobierno de Franco entorpecía de todas las formas posibles la entrega de muchos miembros destacados del Partido Nacionalista o gente importante en los negocios que los nazis habían tenido con los españoles durante la guerra, otorgándoles la nacionalidad por los servicios prestados, o bien retrasando descaradamente las órdenes internacionales de entregar a quienes deberían estar cumpliendo condena en alguna cárcel de Alemania o de Austria. Ahorcados tal vez.

En Madrid tenía cuatro agentes a su cargo con el único objetivo de seguir los pasos de unos cuantos ciudadanos alemanes sospechosos de haber colaborado con los nazis y encontrar alguna prueba que neutralizase cualquier intento de impedir su extradición a Alemania. Si era capaz de encontrar alguna evidencia lo bastante contundente, para el gobierno de Franco sería muy difícil negarse a entregar a los aliados a unos cuantos amantes de las esvásticas. Sobre todo ahora que el Generalísimo no dejaba de coquetear con los americanos.

Había más opciones para conseguir su propósito, pero Bishop era de los que preferían hacer las cosas por derecho, no saltarse nunca las normas. Si no era para ponerlos delante de un tribunal alemán y encerrarlos por muchos años, había otros métodos para hacer pagar sus culpas a los nazis que parecían mofarse de quienes reclamaban justicia. Desde que terminó la guerra no faltaba un montón de gente dispuesta a localizar a cuantos criminales quisieran escaquearse, sin preocuparse de tribunales de ideología ambigua ni de tediosas órdenes internacionales. Sorprenderlos allí donde estuvieran, amarrarlos a una silla y hacer la pantomima de un juicio rápido antes de meterles una bala entre las cejas. Algunos compañeros comentaban a su espalda que era demasiado cuadrado, pero para Robert Bishop los cazadores de nazis no eran una opción. No porque sintiera pena de quienes añoraban las esvásticas y los desfiles por la avenida Unter den Linden de

Berlín, sino porque creía firmemente que las cosas se tenían que hacer bien, detenerlos con pruebas irrefutables para que ningún juez, por mucha estima que les tuviese, contara con argumentos para no condenarlos. Que los matasen sin más no era una buena opción para él. Y, de alguna manera, tomarse la justicia por su mano podría tener la consecuencia terrible de colocar en el mismo rasero a los criminales de guerra y a los cazadores de nazis.

Al salir a la calle, después de desayunar tranquilamente mientras echaba un vistazo a los periódicos —no se le daban mal los idiomas, y durante los últimos tiempos había practicado bastante el español—, Robert Bishop se embutió en el abrigo. A pesar de la mañana desapacible, no evitó pensar cuánto le gustaba ese país tan extraño, de contrastes acusados. Un lugar que siempre, por algún motivo u otro, había tenido que visitar durante los últimos diez años. Una de las primeras veces, cuando acompañó en su viaje a Anna Cavour desde París, en el invierno de 1940, para que ella fuera a visitar en Sevilla a la familia de su prometido preso en el campo de exterminio de Mauthausen y tener una coartada creíble para salir de París y poder mandarla a Inglaterra desde allí para que recibiese instrucción como agente. Luego había estado otras veces, sobre todo a partir del verano del 44, después de la invasión de Normandía, y durante aquella época trabó amistad con un noble sevillano venido a menos, que hasta el final de la guerra estuvo exiliado y sometido a una estrecha vigilancia en Londres después de que participase, sin saberlo, en una operación para engañar al servicio secreto alemán en las costas de Huelva.

No le hizo ascos al ofrecimiento de un limpiabotas y se colocó en el pequeño taburete de madera para que le lustrase los zapatos. No se vivía mal en España si uno tenía dinero, pensó, de nuevo. Un poco más allá, adentrándose en la Gran Vía, estaba Chicote. A Bishop le gustaba asomarse de vez en cuando por el que era uno de los bares más conocidos de todo Madrid; disfrutar de una buena ración de jamón sabroso y probar uno de los cócteles que preparaba el dueño, Perico, a los que tan aficionados parecían algunos compatriotas suyos. Quizá cuando se resolviese el asunto que tenía

entre manos se pasaría por allí, para relajarse un poco antes de marcharse de Madrid a resolver otro asunto del que quizá aún no sabía nada.

Definitivamente, había empezado a nevar, pero a pesar de ello prefirió caminar un rato hasta la calle Alcalá Galiano, donde la CIA tenía su cuartel general, antes que coger un taxi.

Esa mañana, uno de sus hombres hacía guardia cerca de la pensión donde se alojaban Erika Walter y su amante español. Otro llevaba toda la noche aparcado delante del edificio donde vivía Herbert Mundt. A Gregorio León no era necesario seguirlo todo el tiempo, porque Bishop sospechaba que antes o después acabaría encontrando a Navarro, y entonces sus hombres se enterarían. El círculo no tendría más remedio que estrecharse y el agente norteamericano estaba seguro de que sucedería más pronto que tarde. De todas las personas que debía tener controladas esos días, el periodista era el que menos le preocupaba. Estaba claro que no sabía nada de lo que de verdad estaba pasando, y todavía era lo bastante joven e idealista como para no rendirse hasta encontrar a su amigo Martín Navarro. Tal vez ingenuo fuese la palabra adecuada, pero a Robert Bishop no le gustaba utilizarla porque en el fondo admiraba a la gente que, a pesar de todo, seguía creyendo en sus ideales, o en conceptos abstractos como honor y lealtad, que para él ya no significaban nada.

De todos modos, no descartaba buscar otra vez a Gregorio León esa noche por Madrid, por pura curiosidad, para abundar en la conversación que habían dejado sin terminar. No era difícil adivinar los pasos del periodista, sobre todo cuando se ponía el sol. Desde el periódico, a entrevistarse con ese policía, o a dondequiera que fuese, y luego, al final, hiciera lo que hiciese, terminaría la noche camino de Le Cygne Noir para recoger a la chica que se había llevado a su casa las dos últimas noches. Seguro.

Salió a comer y volvió a dar otro largo paseo. Había oscurecido ya cuando regresó a su despacho y un empleado de la oficina le dijo que llevaban toda la tarde intentando localizarlo. Antes de que Bishop dijera nada sonó el teléfono de su despacho. Descolgó el auricular al tercer

timbrado, y luego escuchó atentamente lo que le decía uno de sus colaboradores desde una cabina. Bishop asintió, y colgó despacio después de decir que salía para allá. Se asomó a la ventana, y antes de coger el abrigo se detuvo un momento, satisfecho de que nadie más que él pudiera ver la imagen que le devolvía el cristal empañado. Aunque más de una vez se lo había planteado, Robert Bishop aún no había reunido las agallas necesarias para dejar la OSS —le habían cambiado el nombre y ahora se llamaba CIA, pero a él le gustaba llamar a la organización por su nombre antiguo— y empezar una nueva vida. Cuando más cerca había estado de abandonarlo todo fue en el otoño de 1945, en Berlín, después de que el ingeniero y violinista aficionado Franz Müller se pasara al bando de los rusos por cuenta de los aliados y él moviera todos los hilos que estaban a su alcance para que Anna Cavour y Rubén Castro pudieran volver juntos a París. Pero lo cierto era que nunca había conseguido apartarse del todo. En realidad, ni siquiera un poco. Por muy desengañado que estuviese, siempre acababa reconociendo, aunque le costase, que disfrutaba con lo que hacía y que, aunque fuese un modo retorcido, su desempeño contribuía a salvar vidas y ayudar a la gente, aunque ellos no lo supieran ni tuviesen por qué saberlo. Y a pesar de que de vez en cuando se planteaba cambiar de trabajo, cuando sentía ese cosquilleo en el estómago al presagiar que lo bueno estaba a punto de comenzar disfrutaba tanto que no podía sino concluir que jamás podría dejarlo.

Veinte minutos después estaba bajo la protección de la bóveda acristalada de la estación del Mediodía, atento a la información que le proporcionaba el agente Murray, uno de sus hombres. Por la mañana habían seguido al español y a la mujer austríaca. Fueron en taxi hasta el mismo sitio que la tarde anterior, cerca de la Glorieta de Bilbao. Al poco rato salieron y se dirigieron directamente a la estación. Lo que había sucedido después no estaba claro: todos los actores de la misma obra parecían haber salido al escenario, como si esperasen el aplauso del público. Murray lo

había estado llamando durante toda la tarde, pero no había podido dar con Bishop hasta ahora.

—Eran seis personas en total: Herbert Mundt, Alois Becker, Erika Walter, Martín Navarro y otros dos hombres más, probablemente los chóferes de los alemanes, o quizá sus guardaespaldas. Hace poco más de una hora que ha salido el expreso de Andalucía. Whitaker también ha subido al tren. Nos llamará cuando lleguen a su destino. Yo me he quedado aquí para avisarlo, jefe.

Robert Bishop asentía, sin decir nada, mirando alternativamente el suelo sucio de la estación y la vía vacía por la que se había marchado el tren. Cualquier cosa que estuviese pasando, se complicaba por momentos. Y él tendría que encontrarse dondequiera que estuviese el destino de las seis personas que habían subido a ese tren.

—Habrá que ponerse en marcha —dijo, resoplando—. Camino de Andalucía.

—Hay algo más, jefe.

Bishop lo miró como si quisiera atravesarlo.

—¿Qué?

—Se trata de ese periodista amigo de Martín Navarro.

Aquello sí que resultaba una novedad.

—Lo vimos entrar en la estación cuando los que seguíamos aún no habían subido al tren.

—¿Qué estaba haciendo aquí?

El subordinado de Robert Bishop se encogió de hombros.

—Puede que hubiera seguido al español y a la mujer.

—¿Y dónde está ahora?

—Lo estuve observando en el andén. Los otros ya habían subido al tren. Whitaker también. Creía que iba a esperar hasta que el expreso se marchase y entonces saldría de la estación, pero en el último momento, justo cuando el tren arrancaba, empezó a correr y saltó al estribo de un vagón.

—¿Crees que iba con ellos y que al final se reunieron todos en el tren?

El agente Murray sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

—Me parece que no. Creo que fue una decisión imprevista, un impulso en el último momento. De todos modos, Whitaker podrá decirnos si al final el periodista español está con ellos o no.

Bishop casi sonrió.

—No, seguro que no tiene nada que ver. Gregorio León tiene tantas ganas de saber qué está pasando como nosotros. No hay que preocuparse salvo porque pueda estropear la operación.

Luego volvió la cara hacia la taquilla donde vendían los billetes.

—¿A qué hora sale el próximo tren para Andalucía?

Murray movió la cabeza.

—El próximo será el tren nocturno. Pero, como le digo, Whitaker nos mantendrá informados de cualquier novedad.

—¿Dónde tienes el coche? —le preguntó Bishop, como si no se hubiera enterado de nada de lo que le había dicho o no le importase.

El agente Murray frunció el ceño antes de responder, pero sólo un instante. La intención de su superior estaba bastante clara, y convencerlo de lo contrario tampoco formaba parte de sus atribuciones.

—Lo tengo aparcado en la puerta.

—Dame las llaves —le ordenó, colocando la palma de la mano como una bandeja.

—¿Quiere que vaya con usted, jefe? —le preguntó, mientras buscaba afanosamente en el bolsillo del abrigo.

Bishop negó con la cabeza y lo señaló con el dedo antes de darse la vuelta para buscar la salida de la estación.

—Vete a la oficina y siéntate junto al teléfono. Si te llama Whitaker dile que voy de camino. Pero no te muevas hasta que yo hable contigo. Pararé de vez en cuando y buscaré un cabina para telefonearte.

Murray le dijo algo, pero Bishop ya no lo escuchaba. Antes de que el agente empezase la frase ya le había dado la espalda y enfilado la salida, sin vuelta atrás, demasiado rápido para que nadie pudiera llamar su atención o decirle nada. Apretó el paso al salir a la calle, y cualquiera que lo hubiera visto habría pensado que la razón que lo empujaba a correr era la nevada que ahora castigaba Madrid sin misericordia, pero Robert S. Bishop, el

agente destacado en Madrid de la OSS que ahora se llamaba CIA, ni siquiera había reparado en los copos enormes que le blanqueaban el sombrero y los hombros. Lo único que quería era llegar hasta el coche de Murray y emprender viaje hacia el sur cuanto antes. Era perro viejo, y sabía cuándo estaba a punto de comenzar el momento más importante de la partida. Las piezas ya habían tomado sus posiciones sobre el tablero, y él no se imaginaba que el juego acabase y no estar presente.

Si conducía lo bastante rápido y sólo paraba lo imprescindible, puede que llegase al destino final del tren antes que el tren mismo. La cuestión era saber cuál sería el lugar exacto al que se dirigían Herbert Mundt, Alois Becker, Erika Walter y su amante español. Bishop tenía una corazonada, o una sospecha, si es que no eran la misma cosa. Dudaba mucho que el grupo bajase del tren antes de llegar a Sevilla, pero la experiencia le decía que cualquier cosa, por imposible o rara o extravagante que pareciese, no debía descartarse hasta comprobarla con meticulosidad microscópica.

Por eso había decidido parar cada cien kilómetros aproximadamente para llamar a Murray, aunque tenía el convencimiento —que a veces también era la misma sensación de una corazonada o una sospecha— de que Whitaker no habría podido ponerse en contacto con él porque todavía no había bajado del tren.

En realidad, no estaba pasando nada que no hubiera previsto durante las miles de vueltas que le había dado en su cabeza a la situación. Que antes o después alguna de las personas a las que tenía bajo vigilancia se marchase de Madrid inesperadamente era algo que había contemplado. La única sorpresa había sido Gregorio León. Cuanto más pensaba en él más se irritaba: le resultaba imposible creer que fuera tan ingenuo o tan valiente como para meterse en la boca del lobo. Pero, por más que se estrujaba los sesos, no encontraba otra razón. Todas las indagaciones que había hecho sobre él indicaban que, aparte de su afiliación clandestina al Partido Comunista, estaba limpio, y nada le había sugerido los días que había estado siguiéndolo que su interés no era otro que encontrar a Martín

Navarro. Quería pensar que Gregorio León no estaba al tanto de lo que pasaba, y que apenas sabía nada de la gente que lo rodeaba. Si viajaba en el mismo tren que los demás era porque también, igual que él, quería enterarse de la verdad. Y, sí, se podía ser lo bastante ingenuo y lo bastante valiente como para meter la nariz en el lugar menos oportuno y más peligroso. No podía saber el periodista que tal vez estaba arriesgando su vida para nada.

Paró el coche en la puerta de una venta, y antes de entrar buscó una cabina telefónica para llamarlo. Sin noticias de Whitaker todavía. Sus sospechas se confirmaban: nadie del grupo había bajado en las primeras paradas. Luego entró en la venta y pidió un café solo. Aquella iba a ser una larga noche de vigilia. Ir en coche le confería cierta ventaja, pero debía conducir con algo más de cuidado si no quería acabar estrellándose en alguna curva. Un par de veces había estado a punto de perder el control por culpa de las placas de hielo que se habían formado en la carretera. Y aunque había parado de nevar hacía un rato, no faltaba mucho para Despeñaperros, donde estaba seguro de que volvería a encontrar nieve, hielo y docenas de curvas peligrosas que acechaban como trampas.

Apuró el último sorbo del vaso de café y dio las buenas noches a una pareja de guardias civiles que fumaban tranquilamente al otro lado de la barra. Luego salió de la venta, se metió en el coche y enfiló la carretera de Andalucía otra vez. Las nubes no dejaban ver la luna, ni ninguna estrella, pero Bishop adivinaba las montañas de Sierra Morena en el horizonte. En algunos tramos la vía discurría paralela a la carretera, tan cerca que pensó que si por alguna casualidad llegaba a alcanzar el tren, a través de las ventanas podría ver las caras de Mundt y de Becker, mirarlos a los ojos y conseguir que sintiesen miedo, hacerles saber que los seguía, que no pararía hasta ponerlos delante de un tribunal. Pero una hora y media más tarde aún no había llegado hasta el final de la recta interminable de La Mancha: de noche y con el cielo encapotado quizá no había calculado bien la distancia, y puede que fuese más retrasado de lo conveniente para llegar a su destino antes que el tren, aunque todavía no hubiera decidido qué hacer cuando llegase salvo limitarse a observar cuál sería el siguiente movimiento del grupo. Agarró con fuerza el volante y apretó el acelerador, esperando que

una placa de hielo inoportuna no estuviera esperándolo en la siguiente curva.

Ya conducía por las montañas cuando se lamentó por no haber parado en otra venta para echarse más café en el estómago. Tantas horas al volante le estaban empezando a pasar factura en forma de punzadas en la espalda y en los brazos. Los párpados le pesaban peligrosamente, pero ya no quería detenerse ni un segundo a descansar. Temía que si aparcaba el coche un momento en una cuneta acabaría quedándose dormido y tal vez despertaría cuando ya fuese de día con el cuerpo dolorido y tiritando de frío.

Se tomaba muy en serio su trabajo a pesar de haber perdido hacía mucho tiempo la ingenuidad, ese empuje de ilusión inquebrantable del principio. Muchos años atrás se había dado cuenta de que una de las características principales de su oficio, si no la más importante, era la hipocresía, no sólo entre los agentes de infantería como él, sino hipocresía a todos los niveles, desde el funcionario más insignificante hasta el gobierno de su país. Hipocresía en Berlín, cinco años atrás, en aquella carrera alocada para localizar antes que los rusos a todos los científicos o ingenieros notables que hubiesen trabajado para el Reich. No había dejado de encontrar falsedad Bishop desde entonces, pero siempre había cumplido con su misión, estuviese de acuerdo o no, sin rechistar, sin hacer preguntas, aunque tuviera que tragarse sus problemas de conciencia, tan incómodos para quienes manejaban los hilos de su vida desde un despacho cómodo en Estados Unidos. Le revolvía las tripas recordar que más de un ingeniero con pasado nazi había sido recibido en su país como si fuera un héroe. Pero mejor no pensar en eso ahora, y que los escrúpulos inoportunos lo obligaran a detenerse para tratar de averiguar, como otras veces, si tenía sentido lo que estaba haciendo. No era el momento. Mejor no pensar que, si no se daba prisa, muy pronto el gobierno de su país empezaría a tender la mano, cada vez de una manera más abierta, al gobierno de Franco, y entonces quizá su trabajo de los últimos años no habría servido de nada.

Al llegar a una curva muy cerrada que continuaba en una cuesta empinada se frotó los ojos, para espabilarse. Otra vez la vía del tren discurría paralela a la carretera en algunos tramos, luego se desviaba como si siguieran caminos diferentes y ya nunca más fueran a encontrarse, y a Bishop entre la nieve le pareció ver un túnel. Sin embargo, la carretera subía, y a cuanta más altura estaba más espesa era la nieve, el peligro de la carretera, la posibilidad real de acabar en el fondo de un barranco, enterrado bajo una montaña blanca y que nadie encontrase su cadáver hasta la primavera. Luego la carretera descendía y no le quedó más remedio que reducir la velocidad si quería llegar a su destino de una pieza. Dos derrapes en la última hora habían sido suficientes.

Un rato después adivinó los raíles de nuevo cerca de la carretera, indicándole que debía seguir adelante y llegar a su destino. Otra vez estaba en un terreno llano, en una recta, y luego la carretera seguía en una pendiente suave para perderse en una curva cerrada. La nieve le había dado una tregua y, aunque el cielo seguía tan cerrado que era imposible ver ninguna estrella, era la primera vez que podía conducir sin el movimiento mecánico del limpiaparabrisas, tan molesto. Al salir de la curva Robert Bishop vio la luz de una farola, junto a un edificio de piedra, y también unas cuantas casas desperdigadas al otro lado. Aquélla debía de ser una de esas aldeas perdidas en la sierra a las que ni el ferrocarril ni la carretera habían conseguido sacar de la miseria. Aunque éste era un lugar afortunado, desde luego, porque además contaba con un apeadero, y el edificio de piedra que había justo al lado parecía ser una pequeña venta. Necesitaba meterse otro café en el cuerpo, pero estaba cerrada. Normal. ¿Quién iba a entrar a tomar nada a esas horas? Aceleró de nuevo, aprovechando la recta, pero al pasar a la altura de la venta le pareció reconocer a alguien. Se le antojaba un fantasma que salía de la oscuridad haciendo aspavientos para que se detuviese. Aunque parecía un mendigo o un loco, aquella cara le resultaba familiar. No, no podía ser quien pensaba. Robert Bishop no levantó el pie del acelerador hasta el final de la recta, lo justo para entrar en la curva siguiente, pero se conocía lo bastante para tener la certeza de que no iría muy lejos hasta comprobar si de verdad había visto lo que creía o

había sido una alucinación. La experiencia le decía que las cosas más importantes muchas veces suceden por casualidad, que el azar podía ser un motor muy poderoso de la vida, tal vez el más importante. ¿Y si de verdad se trataba de la persona que creía haber visto? Justo al llegar a la curva detuvo el automóvil. El cristal de la parte trasera estaba tan empañado que no podía ver nada. Pero aquél no era el lugar más indicado para bajarse. También podía tratarse de una trampa. Lo mejor era tomar precauciones. Giró el volante y dio la vuelta, muy despacio, y, acelerando lo justo, enfiló el coche en dirección contraria. Unos segundos después los faros recortaron la silueta de un hombre, una mancha extraña en mitad de la carretera, una aparición que desentonaba en aquella aldeúcha perdida de la sierra. Pero no salió del coche todavía. Sentado al volante, sin dejar de mirar al frente, no podía dejar de estrujarse la cabeza sin ser capaz de encontrar la razón por la que ese tipo estaba ahí plantado en mitad de la carretera, con el abrigo roto —tenía una manga colgando, como un espantapájaros— y media cara hinchada, como si le hubieran dado una paliza, llevándose una mano a la frente para protegerse de la luz de los faros y tratar de ver quién conducía el coche. De todas las cosas que podía esperar que pasaran, tenía que reconocer que ésa ni siquiera se le había pasado por la cabeza. ¿Qué demonios hacía ése ahí? ¿Qué le habría ocurrido? ¿Habría sido tan inconsciente como sospechaba para no poder evitar meterse en la boca del lobo? Estaba claro que no había nadie más, y era evidente que necesitaba ayuda.

Bishop suspiró, contrariado, y abrió la puerta del coche. No le iba a quedar más remedio que seguir el resto del viaje en compañía. Gregorio León aún seguía mirándolo, sin poder ver su cara, deslumbrado e inmóvil por los faros de su coche en la carretera, igual que una liebre asustada.

Capítulo 16

El botín de una novela de piratas

Faltaba muy poco para el amanecer, pero todavía era de noche cuando el expreso de Andalucía llegó a Sevilla. Había dejado de nevar en algún punto cerca de Córdoba, pero a esa hora del día el frío era tan intenso como en Madrid. En el andén, Navarro pensó que podría dar un empujón a uno de los esbirros y escapar. Incluso podría quitarle la pistola si se movía lo bastante rápido, salir de la estación y perderse por las calles de Sevilla. Pero Erika caminaba a su lado, resuelta, con la cabeza alta, sin decir nada. Apenas había abierto la boca desde que salieron de Madrid, y a él le habría gustado hablar con ella. Tenía muchas cosas que explicarle. Aunque no era sólo la curiosidad lo que le impedía empujar a uno de los sicarios y jugárselo todo a una carta, sino el héroe que, a su pesar, habitaba en él: por muchas dudas que tuviese Navarro sabía que sería incapaz de abandonarla.

Había dos coches esperándolos en la puerta de la estación, y el grupo se repartió entre ambos. Como si le adivinara el pensamiento o supiese lo que Navarro estaría dispuesto a hacer si se presentaba la ocasión, Mundt dispuso que sus prisioneros viajasen separados y que los acompañantes de él fueran los guardaespaldas. Sentado en el asiento trasero, entre los dos matones, mientras un desconocido conducía, lo que más preocupaba a Navarro era que Erika fuese en el mismo coche que Mundt y Becker, que pudieran hablar a solas, sin que él se enterase. La miró, antes de separarse.

Ella bajó los ojos, y él no supo si estaba avergonzada o se disculpaba o le daba miedo. Esperaba que al menos los dos coches se dirigiesen al mismo sitio, aunque no supiera adónde.

Enseguida salieron de la ciudad, y por el espejo retrovisor Navarro vio el coche en el que viajaba Erika, sentada también en el asiento trasero, entre Herbert Mundt y Alois Becker. No podía saber si estaban hablando, ni siquiera podía distinguir sus caras. Los primeros rayos de sol del día apuntaban tímidamente entre los edificios de la ciudad que estaban dejando atrás. Parecía que se encaminaban al oeste.

Los sicarios no abrieron la boca durante el trayecto. Navarro tampoco. Apretujado entre los dos, se limitaba a volver la cabeza de cuando en cuando para mirar el coche de Erika, preguntándose si se desviaría en algún momento, atento a los nombres de los pueblos que atravesaba la carretera, para recordar el lugar exacto donde lo perdía de vista. Pero siempre que miraba el automóvil estaba ahí, y no parecía que se dirigieran a sitios diferentes. Fuera lo que fuese, Navarro esperaba que se resolviese pronto: lo que quisieran conseguir esos nazis, y sí, por qué no, también sus camaradas que ya no lo eran, los que le habían tendido una trampa en Madrid. Hacía mucho que esa tropa de individuos corrompidos de poder no le importaban. Si acaso, a estas alturas, el único que le preocupaba era el bueno de Gregorio León. Al menos esperaba que el gesto rápido que le dedicó en la estación, cuando estaban a punto de subir al tren, mirándolo con esa extrañeza de quien de repente se ha encontrado con algo que no espera o no quiere ver, hubiera sido suficiente para que no intentase nada. Porque Navarro quería creer que Gregorio León había llegado hasta la estación para ayudarlo. Quería creer que, cualquier clase de trampa que sus viejos camaradas le hubieran tendido, Gregorio no tenía nada que ver. Estaban pasando tantas cosas que necesitaba confiar en alguien, y puede que su viejo amigo fuese el único que jamás lo traicionaría. Pero también, y era esto lo que más le preocupaba del asunto, el periodista era tan inexperto como impulsivo, y no era imposible que en cualquier arrebatado ingobernable cambiase de planes y tirase por la calle de en medio. Ojalá que no le pasara

nada. Que no se metiera en ningún lío. Era muy joven, tenía toda la vida por delante, y lo apreciaba de verdad.

Menos de una hora después, el conductor giró el volante y enfiló un camino de grava. Con el rabillo del ojo, Navarro vio que el coche donde iba Erika hacía exactamente lo mismo. Ya era completamente de día. Calculó que estarían a unos treinta o cuarenta kilómetros de Sevilla, en algún punto de la carretera de Huelva. A unos cien metros camino adentro, el conductor volvió a girar el volante y enfiló un sendero que prologaban dos pilastras gemelas de piedra y una cancela abierta. Custodiaba la entrada un hombre tocado con una gorra, ropas de campesino, un mastín al que sujetaba por el collar para que no saliese corriendo y ladrando detrás del coche, y una escopeta de cartuchos al hombro. Pero no hizo el menor amago de darles el alto. Seguramente los estaban esperando. Al fondo de un paseo jalonado de altas palmeras se veía una edificación de paredes encaladas, arcos de medio punto y tejas viejas.

En la puerta, una mujer menuda vestida de negro los miraba con preocupación mientras acariciaba las cuentas de un rosario.

—Dejadlo en paz —dijo Erika, en el asiento trasero del coche, sentada entre Herbert Mundt y Alois Becker, en cuanto arrancaron, nada más salir de la estación—. Él no tiene nada que ver con esto. Si ha venido a España ha sido porque estaba preocupado por mí. Eso es todo.

Mundt sonrió. Parecía tan amable como si estuviese dispuesto a atender las peticiones de Erika.

—Sabes que no podemos, querida. Primero tenemos que resolver varios asuntos. Y, quién sabe. Lo mismo la presencia de tu amigo resultará conveniente.

Esa respuesta se podía interpretar de muchas formas, y a ella no le gustaba ninguna.

—Creo que lo mejor será que tengamos una conversación —apuntó Becker—. Tranquilamente, como viejos amigos, y aclararlo todo. Pero

ahora disfrutemos del paisaje. ¿Cuánto hace que no vienes a Andalucía, Erika?

Resultaba evidente que ni Becker ni Mundt querían dar demasiados detalles. Claro que había estado en Sevilla antes, y también había recorrido el mismo trayecto que ahora, con Emil. Un viaje en tren, en primera clase, desde Madrid, para hacer una visita a Mercedes Corrientes. Incluso una vez, durante la feria de Sevilla, Erika se había vestido de gitana, para pisar el albero del Real. Mercedes siempre mandaba un chófer a recogerlos a la estación y aquel día les envió un coche de caballos, para ir directamente a la feria, a la caseta de unos amigos de la heredera del banco Corrientes, porque otro de los placeres a los que había renunciado su amiga Mercedes desde que mataron a sus padres en el 36 fue a pasearse por la feria de Sevilla, donde había sido una de las habituales desde niña.

Conocía bien aquel trayecto, la carretera que unía Sevilla con Huelva. Incluso sabía de memoria los nombres de los pueblos de casas blancas por los que tenían que pasar para llegar a la finca de su amiga Mercedes: Castilleja de la Cuesta, Gines, Espartinas, Umbrete. Ya era de día cuando atravesaron Sanlúcar la Mayor, y desde la curva que precedía al valle del Guadiamar casi se podía adivinar, a diez o doce kilómetros en el horizonte, la finca de Mercedes.

Lo que menos quería era que le hicieran daño a Navarro. Durante casi todo el viaje estuvo con la vista clavada al frente, atenta al coche que iba delante, preguntándose si, en un momento dado, alguno de los dos automóviles se desviaría o se detendría en una cuneta y ya nunca volverían a saber nada el uno del otro. Puede que Navarro ya no les sirviese para nada, incluso que no les hubiera servido nunca. Peor todavía, que no fuera más que un estorbo del que lo mejor sería librarse cuanto antes. Pero el vehículo que encabezaba la comitiva giró a la izquierda y se metió en un camino, y poco después giró a la derecha y atravesó la entrada del cortijo de Mercedes Corrientes. Y al final del paseo interminable de palmeras, detrás de la fuente, la silueta inconfundible de su amiga vestida de negro eterno destacaba como una mancha en la blancura impoluta de las paredes.

Los miraba a todos Mercedes con el mismo semblante de quien asiste a un velatorio: a Navarro y a los dos sicarios cuando se bajaron del coche; a ella y a Mundt y a Becker cuando hicieron lo mismo unos segundos después. A Erika le dedicó una mirada más larga, valorativa, sin relajar la seriedad de su gesto, como una madre decepcionada al darse cuenta de que los años dedicados para educar a su hija en la virtud habían sido en vano.

—Mercedes —murmuró Erika, pero su amiga asintió en silencio, para sí misma. Parecía estar sumergida en pensamientos muy profundos y no quería que la molestaran.

Se quedaron todos callados un instante, como si esperasen que alguien tuviera que indicar cuál debía ser el siguiente paso a dar. Al cabo de un momento Erika oyó «ya estamos todos», pero no supo quién lo había dicho. Seguramente había sido Mercedes, que ahora ofrecía con la palma de la mano la puerta de la casa, invitándolos a pasar.

Antes de hacer lo mismo que los demás, Erika se descubrió volviendo la cabeza hacia la entrada de la finca, y cuando Mundt le puso la mano en la espalda para invitarla a pasar a la vivienda, le pareció ver que el guarda que custodiaba el cortijo había cerrado la cancela. No esperaban más visitas. Llevaba razón Mercedes. Ya estaban todos.

Dentro de la casa era como si no hubiera amanecido todavía. Las lámparas estaban apagadas, y era imposible distinguir con nitidez los muebles y los cuadros del salón. Pero poco a poco los ojos de Erika fueron adaptándose a la penumbra, aunque ella jugaba con ventaja: había estado allí muchas veces. Adivinó antes de ver, encima de la chimenea, la enorme cabeza de toro disecada que parecía a punto de embestir. Debajo de la testa, una placa indicaba que lo había matado Joselito el Gallo en la Maestranza, en 1923. En la pared de enfrente, un retrato al óleo de Nicolás Corrientes, el gesto grave, el bigote oscuro, enorme y frondoso, en la cumbre de su vida. Aún seguía adivinando o recordando, cuando se sentó en una butaca, los objetos que adornaban el salón de la anfitriona: jarrones antiguos, carísimos, copas elegantes de cristal de Bohemia tras una vitrina, una

fotografía de su madre, que también se llamaba Mercedes, y un cuadro inmenso con una imagen de la Virgen del Rocío. Mercedes Corrientes se había colocado a su lado, y al lado de su amiga Mundt, y Becker entre Mundt y ella. Las butacas y los sillones estaban dispuestos formando un círculo, seguramente preparados para la reunión que iba a tener lugar. Uno de los dos esbirros se había quedado de pie, en la puerta del salón, lo bastante lejos como para no parecer entrometido, pero lo bastante cerca para intervenir si intentaba hacer algo. Su compañero, el que estuvo en su casa de Salzburgo, se había llevado a Navarro a otra habitación.

Una de las criadas de Mercedes había colocado varios troncos en la chimenea, en forma de uve, y, agachada, soplabla la llama diminuta con la que había encendido unas ramitas secas para encender fuego. Poco después, el salón se iluminó de un suave tono anaranjado, como si fuera la hora del crepúsculo y hubiera llegado el momento de tomar café y unas pastas para hacer tiempo mientras cenaban en lugar de por la mañana, tan temprano, sin haber desayunado siquiera.

Su amiga Mercedes podría estar enojada con ella, pero no por ello iba a dejar de mostrarse atenta. La misma criada que había encendido la chimenea entró unos minutos después con una bandeja de café recién hecho y varias piezas de pan cortadas en rodajas que calentó en el fuego y un rectángulo generoso de mantequilla. Erika fue la única que no probó el café ni comió nada.

—Me pareció que lo mejor era que estuviéramos todos juntos —dijo Mundt, después del primer sorbo de café. Luego dio un bocado a la tostada y masticó despacio, saboreando la mantequilla derretida—. Es lo mejor para aclarar las cosas, para que no haya malentendidos.

—Para mí no hay ningún malentendido —replicó Erika—. Nos habéis secuestrado y traído hasta aquí en contra de nuestra voluntad. Me parece que todo está bastante claro.

—Ibais a venir de todos modos. —Como si de pronto le hubiera entrado sueño y quisiera disfrutar de una pequeña siesta, Becker acababa de encender un puro y se había recostado en la butaca—. Ni siquiera os hemos

obligado. Ya estabais en la estación. La única diferencia ha sido que habéis tenido compañía durante el viaje.

Erika no le contestó. Prefería pasar por alto su cinismo. Miró a Mercedes, que aún no había abierto la boca.

—Nos ha costado mucho convencer a Mercedes para mantener esta reunión en su casa —terció Mundt, antes de que Erika pudiera decirle nada a su amiga—. Pero, puesto que fuiste a pedirle ayuda, lo más justo es que sepa toda la verdad. ¿No te parece?

—Ya tenéis los papeles de Emil. ¿Qué más queréis?

Mundt terminó de masticar la tostada, sin dejar de mirar a Erika.

—Los papeles es lo de menos. Cualquier documento se puede falsificar, copiar. Incluso inventar.

—Seguro que eso no es tan sencillo. Si no, no os habríais tomado la molestia de enviarme a ese matón a mi casa. —Hizo una pausa y señaló con la barbilla la pared, adivinando la habitación donde el esbirro al que conoció en Salzburgo se había llevado a Navarro. Después volvió la cara hacia Mercedes, que tenía la vista clavada en el suelo, absorta, como si esperase resolver un enigma escondido entre las baldosas de cerámica—. Quisieron matarme, Mercedes. No sé qué te habrán contado, pero quisieron matarme. ¿No te das cuenta de que son unos asesinos?

Alois Becker sacudió la cabeza, moviendo la mano para espantar el humo del veguero.

—Nos faltas al respeto continuamente, Erika. Nos insultas, nos llamas asesinos... Y nosotros sólo queremos lo que es nuestro. Con lo amigos que éramos... No hace tanto tiempo de eso. No se te puede haber olvidado.

—No seríamos tan amigos si Emil se escondía de vosotros. Lo queríais matar. —Erika tragó saliva, para contener la rabia que le provocaba el cinismo de Becker. Hizo una pausa. No iba a dejar que la vieran llorar—. Lo matasteis.

—Querida. —Mundt echó el cuerpo hacia delante, dirigiéndose a ella, frotándose las manos para limpiar las migas de pan—. No nos alegramos de lo que le pasó a Emil, pero no tengo más remedio que decirte que él se buscó su propio destino. —Volvió a poner la espalda recta y encendió

también un habano parsimoniosamente—. Se volvió ambicioso. Demasiado ambicioso.

—Codicioso sería la palabra correcta —apuntó Becker.

—Es verdad —asintió Mundt, parpadeando, y luego cogió un maletín que había dejado apoyado en la butaca, se lo colocó sobre las piernas y lo abrió. Erika recordó haber visto que lo llevaba en el compartimento, durante el viaje, pero hasta ahora no había reparado en que no se había separado de él. Luego Mundt se quedó un momento mirando el interior, pensativo, hasta que, lentamente, sacó un objeto rectangular, metálico, que brillaba a la luz de las llamas de la chimenea igual que un tesoro.

—¿Sabes qué es esto? —le dijo a Erika.

Ella no le contestó. La pregunta era retórica y la respuesta demasiado obvia. Se trataba de un lingote de oro. Llevaba grabadas una esvástica y el águila del Reich. Demasiadas coincidencias para un mismo objeto.

Mundt le dio la vuelta, despacio, casi acariciándolo, sin dejar de mirarlo. Todavía tenía los ojos fijos en él cuando siguió hablando.

—Tiene mucho valor, pero seguro que eso lo sabes. Y, si un solo lingote resulta un bien estimable, convendrás conmigo que dos mucho más; o tres, o cuatro...

—Fui al colegio, Herbert. Sé sumar.

Ahora Mundt clavó los ojos en ella. En sus pupilas aún parecía refulgir el brillo del metal.

—No te quieras pasar de lista conmigo. Esto no es ninguna broma. Pero llevas razón. Seguro que puedes hacerte una idea de cuánto valen quinientos lingotes como éste. Sí, quinientos. Un tesoro, el botín soñado de una novela de piratas. ¿Quién no se volvería loco al tener al alcance de su mano una fortuna así? ¿Quién sería capaz de resistirse a traicionar a sus amigos, a matar incluso para conseguirlo? —Cogió el lingote con las dos manos y extendió los brazos, para mostrárselo—. Piénsalo bien, Erika. Quinientas barras como ésta, una detrás de la otra. Yo no puedo culpar a Emil de que las quisiera para él solo. Incluso si me esfuerzo puedo entender que no pudiera resistirse al impulso de traicionarnos, a nosotros, que éramos sus compañeros, sus amigos. —Con mucho cuidado, como si temiera que

podiera romperse, devolvió la barra al maletín, pero su cara aún parecía iluminada por el brillo del oro cuando continuó el monólogo—. Pero no podía permitirlo, Erika. Sabes que no, y Emil también sabía que no íbamos a dejarle que se llevara nuestro dinero. Quinientos lingotes de oro es demasiado dinero para una sola persona. No podíamos dejarlo estar. Aunque tardamos mucho en dar con Emil, al final lo conseguimos. Pero tu marido debió de adelantarse, cuando todavía no te vigilábamos. Fueron cuatro años de espera, pero la paciencia y la perseverancia siempre acaban dando sus frutos y terminamos encontrándolo en Génova, con un pasaporte falso. Se hacía pasar por español y estaba a punto de coger un barco rumbo a Brasil. Ni siquiera pudimos hablar con él. Salió huyendo en cuanto intuyó a sus viejos amigos. —Mundt apartó la mirada un instante, molesto, y chasqueó la lengua, como si lamentara sinceramente lo sucedido—. Terminó ahogándose en el puerto. Una lástima. Las cosas podrían haber rodado muy bien para todos si la codicia no le hubiera nublado el entendimiento. Pero Emil nos había estado chantajeando desde que terminó la guerra. Durante los años que pasasteis en Madrid se había preocupado de tomar nota de cuanto acontecía. Había hecho una copia de cada informe, de cada entrega, de cada factura, de cada albarán. Cualquier transacción, por mínima que fuese, la apuntaba con minuciosidad de contable. Muchos de nosotros tuvimos que cumplir con nuestras obligaciones con el Reich durante la guerra, y Emil estaba al corriente de todo. Es lógico. Él también formaba parte del grupo, era una pieza del engranaje, una pieza importante, además. —Ahora miró a Erika a los ojos otra vez—. Pero se había quedado con un dinero que no era suyo, un dinero que era de todos, y cuando le pedimos explicaciones y le reclamamos nuestra parte nos amenazó con entregar los documentos que había ido atesorando durante años a los aliados. A muchos de nosotros no habían podido extraditarnos por falta de pruebas, pero si Emil entregaba sus papeles al servicio secreto, más de un compañero sería obligado a regresar a Alemania para ser juzgado por un tribunal. Una pantomima con la que los aliados quieren demostrar al mundo lo buenos que son, lo malos que fuimos nosotros. Algún día tal vez la gente sabrá la verdad y nos agradecerá lo que hicimos, pero mientras tanto

debemos ser cautos y esperar. Luego nos enteramos de que tú podrías guardar los papeles de Emil, y fuimos a buscarlos, pero el entrometido de tu vecino nos estropeó el plan. Unos días después te presentaste en mi casa y, fíjate, hemos acabado todos aquí, abusando de la hospitalidad de nuestra amiga Mercedes.

Alois Becker y Mercedes Corrientes no decían nada. Los dos escuchaban el relato de Mundt, igual que Erika. Becker desde luego que no, pero Erika estaba segura de que Mercedes no sabía nada de lo que estaba contando.

—Los papeles de Emil llevaban más de tres años enterrados en el jardín de mi casa. Si teníais tanto interés en encontrarlos, lo raro es que no los buscáseis antes.

—Al principio, Emil estaba muerto. Muerto para ti, muerto también para nosotros. Cuando terminó la guerra todo fue bastante caótico. Había demasiados documentos que destruir o poner a buen recaudo, y también muchos compañeros no tuvieron más remedio que cambiar de nombre. No supimos de la nueva identidad de Emil hasta más de un año después del final de la guerra, y para entonces ya había estado en tu casa. Ahora no me cabe duda. Al principio nos dijo que el oro estaba escondido en un lugar seguro, y que sería mejor no moverlo de allí hasta que la situación mejorase. Nos pareció bien, pero no nos gustó que de ninguna manera quisiera decirnos dónde estaba el tesoro. Aunque desde entonces te empezamos a mantener bajo vigilancia, cometimos el error de no pensar que tú ya podrías tener los documentos. No teníamos indicios de que Emil hubiera ido a visitarte desde que supimos que estaba vivo, y probablemente no volvió a tu casa. Era demasiado listo para hacerlo. Además, ya sabíamos que te habías encamado con tu amante español —Mundt señaló con la cabeza el pasillo, en dirección a donde debía de estar Navarro—, y pensamos que para ti Emil estaba tan muerto como lo había estado para nosotros. Todos sabíamos que desde que os fuisteis de España, antes incluso, las cosas no andaban bien entre vosotros, que vuestro matrimonio estaba muy cerca de romperse o se había terminado ya aunque todavía siguerais viviendo bajo el mismo techo. —Ahora Mundt volvió a inclinarse

hacia delante, como si no quisiera que Erika se perdiese detalle de sus palabras—. Pero ya ves. Ahora tu marido está muerto, y a lo mejor al final va a resultar que eres aún más ambiciosa —miró a Becker, amagó una sonrisa y se corrigió—, codiciosa que él.

Erika negó con la cabeza, con energía, segura de sí misma.

—Te equivocas. Nunca estuve al tanto de las actividades de Emil. Y tienes razón. Pensaba que estaba muerto cuando se presentó una noche para que le guardase esos papeles que os interesan tanto. Ni siquiera estoy segura de por qué lo dejé que los escondiera en mi jardín, y luego ya no supe qué hacer con ellos. Pero para mí volvió a estar muerto en cuanto se marchó de mi casa, y seguía estando muerto y enterrado cuando me enteré de que lo habíais asesinado en el puerto de Génova. Porque no creo que se ahogara. Estoy segura de que lo matasteis. Lo que hay dentro de la maleta es lo único que Emil me pidió que le guardase. Si esperabais encontrar el mapa de un tesoro en una isla desierta y una bandera con dos tibias y una calavera, entonces no puedo ayudaros. No sé nada de ese oro del que me hablas. Ni me interesa.

—Entonces tenemos un problema —intervino Becker, que había permanecido en silencio hasta entonces—. Hay un tesoro escondido, y el que lo enterró está muerto. Pero como resulta que se trata de tu marido, y que además estuvo en tu casa para entregarte los documentos, sintiéndolo mucho, no podemos confiar en tu palabra. Tendrás que convencernos de que de verdad no sabes nada y, créeme, querida Erika, no te va a gustar nuestro talante cuando no confiamos en alguien.

Erika se sentía acorralada y tenía que esforzarse para que no se le notase lo asustada que estaba. Hasta ese momento había sido Mundt el que llevaba la voz cantante, el que estaba al mando de todo, y Becker, el interrogador molesto y desconfiado que intervenía sólo en ocasiones, cuando lo consideraba necesario. Durante los años que pasó en Madrid nunca había llegado a intimar demasiado con Alois Becker, y siempre lo había considerado un tipo oscuro, una sombra borrosa al lado de Mundt. Sin embargo, aunque tal vez fuese un juego en el que cada uno interpretase un papel que se hubieran adjudicado de antemano, ahora, de los dos era Becker

el que más peligroso se le antojaba. El que parecía estar dispuesto a llegar hasta el final.

—Podéis creerme o no —contestó, a pesar de todo—. Estáis en vuestro derecho. Pero lo que hayáis encontrado en el maletín de Emil es todo lo que había.

—Erika —fue la primera vez que oyó la voz de su amiga Mercedes—, díles la verdad, por favor. Me han prometido que no te harán daño, pero si les cuentas todo lo que sabes será más fácil y acabaremos antes.

Durante un momento angustioso, Erika pensó que Mercedes Corrientes también tenía algo que ver con lo que estaba pasando. Que aunque ella no se hubiera dado cuenta hasta entonces, estaba al corriente de todo desde el principio, y sin dudarlo se había puesto de parte de Mundt y de Becker. Pero no podía estar segura. A esas alturas no podía estar segura de nada. Y, por lo que parecía, tampoco tenía ya mucho que perder.

—¿Cuándo me traicionaste, Mercedes? ¿Desde cuándo estás de acuerdo con ellos?

Mercedes Corrientes le sostuvo la mirada.

—Yo jamás te he traicionado, querida. Me pediste que te guardara los papeles de Emil y así lo hice, sin hablar con nadie. —Se calló un instante para dedicar una mirada a Becker y a Mundt—. Pero ellos no tardaron en atar cabos, y enviaron a alguien hasta aquí para hablar conmigo.

Erika recordó las palabras de Mundt en el tren, cuando salían de Madrid: ¿acaso crees que Mercedes Corrientes iba a pasar por alto que tienes un amante comunista? Ten en cuenta que sus padres murieron por culpa de unos rojos exaltados. Hay cosas que no se olvidan. Que no se pueden olvidar... Pero aquello no podía ser. No era posible que por haberse enterado de su relación con Navarro la hubiera traicionado. A lo mejor ni la había traicionado siquiera. Ojalá que no.

—Sabía que te costaría entender lo de Martín —le dijo—. He pasado unos años muy difíciles. Han sido tiempos muy duros.

Mercedes bajó los ojos y volvió a sacudir la cabeza.

—No es eso, Erika. Aunque te confieso que no me hizo gracia enterarme. —Hizo la señal de la cruz y se besó los dedos—. Sabes muy

bien cuánto he sufrido por culpa de la gente que piensa como tu amigo. — Ahora la miró, y sus pupilas eran igual que carbón helado—. Pero Emil estaba muerto, y no puedo culparte de que lo hayas enterrado, aunque no me guste. Me pediste ayuda y te la presté, y luego ellos vinieron a explicarme sus razones y también los entendí. ¿Sabes? Paso mucho tiempo sola, rezando y pensando, y la única conclusión que he sacado es que debo hacer el bien a todo el mundo, ayudar a todo el que lo necesite. A ti, y también a ellos. No permitiré que les pase nada a mis amigos, a ninguno de mis amigos, si puedo evitarlo, y para Herbert y Alois era muy importante tener en su poder los papeles de Emil. ¿Qué importaba dárselos si se comprometían a no hacerte daño?

—Mercedes, tus amigos, como los llamas, son unos asesinos. Sé que lo sabes, y no entiendo cómo puedes pasarlo por alto.

Mercedes Corrientes suspiró, levantó un poco la cabeza y entornó los ojos.

—Los amigos de tu amante también eran unos asesinos. Quemaron iglesias, con curas dentro, mataron a gente inocente en plena calle. —Volvió a dibujarse la señal de la cruz sobre el pecho, y ahora la miraba otra vez; los labios apretados, como si estuviera furiosa o quisiera aguantar el llanto—. Yo también sé que tú lo sabes, y tampoco entiendo cómo puedes pasarlo por alto.

Erika movió la cabeza.

—Esto es una locura, Mercedes. Yo confiaba en ti.

Mercedes Corrientes se inclinó en la butaca para cogerle las manos, pero Erika las retiró antes de que pudiera rozarla siquiera.

—Querida, diles lo que quieren saber y te dejarán en paz para siempre. Confía en mí. Cuéntales la verdad y ya no volverán a molestarte. —Luego miró a Mundt y a Becker, que callaban prudentemente mientras Mercedes hablaba como si le debiesen un respeto a la anfitriona que los había acogido en su casa, o como si tal vez, por extraño que pudiera parecerle a Erika, a la hora de la verdad Mercedes Corrientes tuviese el poder, el dinero y las influencias suficientes para estropear cualquier plan que tramasen—. Podrás

quedarte a vivir en España si quieres, y nadie se atreverá siquiera a amenazarte.

—Quinientos lingotes de oro —terció Mundt—. Eso es mucho dinero. Sólo tienes que decirnos dónde lo escondió Emil. Sabemos que eres lo bastante sensata e inteligente como para no denunciarnos. Una vez que tengamos en nuestro poder los documentos y el tesoro de Emil te dejaremos en paz para siempre. Mercedes te ha dicho la verdad. Es un buen trato para ti, Erika. No deberías pensártelo mucho. Nos das lo que queremos y nunca más volverás a saber de nosotros. Tenemos previsto marcharnos de España, muy pronto, pero entenderás que después de haber recuperado nuestro dinero todo resultará mucho menos grave.

A Erika le hubiera gustado gritar, salir corriendo de la habitación, perderse en el campo sin volver la vista atrás. Pero sabía bien que era imposible, que nunca la dejarían marcharse hasta que les dijese lo que querían saber. Hasta que no obtuvieran una respuesta satisfactoria no dejarían que Navarro y ella se fueran. Entonces se preguntó cuánto tiempo llevaban hablando. Los troncos que la criada había colocado en la chimenea ardían como si hubiera pasado ya bastante rato, y la luz del sol ahora se filtraba por las cortinas como si el amanecer hubiera estallado mucho tiempo atrás.

—¿Y Martín? —preguntó, por decir algo, para ganar tiempo—. ¿Dónde está Martín? Antes de que sigamos hablando tendréis que dejar que se vaya. Él no tiene nada que ver con esto. Quiero que lo dejéis en paz.

Mundt se quedó mirándola, y a Erika le pareció que estaba a punto de echarse a reír, pero si era así aguantó la carcajada o la cambió por una lenta calada al cigarro, sin dejar de enfrentar sus ojos. Aún seguía mirándola cuando expulsó el humo, sacudiendo la mano para disipar el muro de niebla. Luego se levantó, y Becker también hizo lo mismo, pero con más desgana o menos energía.

—Anda, ven, acompáñanos —le dijo a Erika—. Será mejor que veas una cosa.

De repente Mundt parecía el anfitrión de la casa y no Mercedes. De los cuatro, fue su amiga la única que no se movió de la butaca. Mundt y Becker

ya estaban en la puerta del salón que había abierto el sicario. Erika también estaba de pie, pero aún no se decidía a seguirlos. Miró a Mercedes, que no parecía tener intención de levantarse. La piel de las manos se le había puesto blanca de tanto apretar el rosario. Los ojos cerrados y los labios que murmuraban una oración que nadie más que ella sabría descifrar. Erika supo que no se iba a levantar. Si acaso, sólo lo haría para arrodillarse en el reclinatorio frente al cuadro inmenso de la Virgen del Rocío, para seguir rezando en silencio: por ella, por Emil, incluso por Mundt y por Becker o por Navarro. Mercedes Corrientes estaba convencida de que cualquier persona, por muy mal que se hubiera portado, merecía que alguien rezase por ella, aunque fuera sólo una vez. Pero tal vez ahora, pensó Erika, por quien Mercedes estaba rezando era por ella misma, por sus propios pecados. Por haberla engañado y permitido que Mundt y Becker los cogieran. Por ser de algún modo la responsable de todo lo que había pasado. Peor aún, culpable de lo que aún no había sucedido pero sucedería enseguida.

Siguió a Becker y a Mundt, convencida de que ya nadie la ayudaría. Los dos nazis caminaban delante y, detrás de Erika, el esbirro cerraba la pequeña comitiva. Al final del pasillo, Herbert Mundt abrió una puerta, lenta, parsimoniosamente, como si disfrutara enseñando una sorpresa a sus invitados.

—Querida —le dijo, señalándola con la punta del habano—. Sabes que somos unos caballeros, pero hay riesgos que no estamos dispuestos a asumir. No podemos dejar que tu amigo se vaya. Navarro es nuestro seguro de vida, la garantía de que nos vas a decir la verdad.

El mismo tipo que había intentado matarlo en el piso de Madrid adonde se lo habían llevado los rusos que lo drogaron y luego lo persiguió hasta el metro, probablemente el mismo asesino del viejo Santacruz, llevó a Navarro hasta un cuarto al final de un pasillo. El resto del grupo, el otro sicario, además de Erika, su amiga Mercedes Corrientes y los dos alemanes, pasaron a un salón amplio, como si tuvieran que mantener una reunión privada de la que él no pudiera participar. En la habitación sólo había cuatro

sillas y una mesa, además de un espejo, un barreño y una ventana tan alta por la que podía entrar luz pero no asomarse nadie, ni desde fuera ni desde dentro. Parecía un cuarto abandonado que a lo mejor alguna vez había servido como almacén o trastero y que ahora, al ver las cuatro sillas y el espejo —demasiado lujoso para un cuarto desnudo, y las sillas y la mesa indicaban un pésimo gusto en la decoración que contrastaba con los tapices, los cuadros, los muebles y las cornucopias que había entrevisto en la casa —, no pudo evitar sentir un vacío incómodo a la altura de la boca del estómago.

De espaldas al esbirro, era como si la temperatura hubiera bajado de repente y el frío inevitable del amanecer se hubiera apoderado de él para no soltarlo. Lamentó no haberse escapado cuando pudo hacerlo, al llegar a Sevilla, o al menos intentarlo. Si sucedía lo que temía, al cabo de un rato ya ni siquiera podría ayudar a Erika, ni a ella ni a nadie, y tal vez no fuera más que un guiñapo en manos de su verdugo. Ojalá, pensó Navarro, de cara a la pared, como en un castigo infantil, ahora pudiera volverme y empujar al hombre que está detrás de mí, agarrar su cabeza y golpearla una y otra vez contra la pared hasta matarlo y poder escapar aunque fuera subiéndome a una silla para llegar hasta la ventana estrecha. Pero nada de eso sería posible porque aquella habitación no la habían escogido por casualidad: la ventana tenía una reja con barrotes gruesos, como la celda de una cárcel, y no necesitaba darse la vuelta para saber que el hombre que estaba detrás de él lo apuntaba con una pistola. No lo mataría, porque Navarro también estaba seguro de que le habían ordenado que lo mantuviera con vida, pero también sabía que el sicario no dudaría en dispararle en una pierna y luego hacerle un torniquete si era necesario, un apaño para que aguantase mientras resultara útil. Porque se trataba de eso, de ser útil, quedarse quieto y esperar, tener la paciencia y el temple suficiente para aguantar hasta que llegase el momento. Y cuando el sicario de Mundt colocó un maletín sobre la mesa, a Navarro le sobrevino una ráfaga de cosas que quería olvidar, caras de hombres a los que había hecho daño con el convencimiento asimilado después de tantos dogmas falsos inculcados sobre la revolución proletaria, las ideas imposibles de igualdad, inútiles conceptos vacíos para

que unos cuantos iluminados manejaran las vidas de miles, de millones de personas obedientes como él o con un velo en los ojos que les impidiese ver la verdad. Navarro había visto muchos maletines así y también conocía muchas habitaciones como aquélla. Al cabo, todas eran iguales: cuatro paredes, sin ventanas o con una ventana muy alta o cegada, para que nadie pudiera asomarse. La puerta siempre cerrada, algunas sillas, y tal vez una mesa, incluso una bañera con agua sucia o helada, daba lo mismo. El barreño del rincón era suficiente. Lo importante era que al prisionero le pudieran meter la cabeza dentro para obligarlo a hablar. Y sobre todo las paredes. Los muros siempre eran muy gruesos, para que no se oyesen los gritos. Pero él no tenía nada que confesar. No sabía nada que pudiera interesar a los viejos amigos de Erika. De los dos, no era él quien debía contar sus secretos. Navarro tan sólo era un medio. Lo sabía. Y lo que sucediera a partir de ahora estaba en manos de Erika.

—Levanta las manos, date la vuelta despacio, y no hagas tonterías.

Ensimismado en sus pensamientos y en los recuerdos incómodos, durante unos segundos Navarro incluso se había olvidado de que no estaba solo en la habitación. Se dio la vuelta: no le quedaba más remedio. Pero la lentitud de sus movimientos se debía más a la rabia que a la obediencia. El tipo, como había imaginado, lo encañonaba con una pistola. Ya no llevaba puesto el sombrero, y la calva le brillaba a la luz de la mañana que entraba por la ventana. Sonreía, como si llevase mucho tiempo esperando ese momento y al amenazarlo resolviera una cuenta que tenía pendiente desde que Navarro se le había escapado en aquel piso de Cuatro Caminos adonde había ido a buscarlo cuatro noches antes.

—Quítate la ropa —le ordenó.

Desnudarse tampoco era una sorpresa. Si aún le quedaba alguna duda acerca de lo que ese tipo guardaba en el maletín, acabó disipándose. Pero no iba a ponérselo tan fácil. Navarro estaba seguro de que terminaría desnudo y maniatado en una de las sillas con unos electrodos pegados a los genitales, pero no iba a entrar en el matadero con la cabeza gacha y pidiendo clemencia.

—Prefiero que me la quites tú —le respondió, y amagó un beso con los labios. Después tensó los músculos, esperando el golpe que llegaría enseguida, y ni siquiera cerró los ojos cuando vio acercarse la culata de la pistola a su cabeza. Logró detener el golpe con el brazo, pero enseguida sintió el puño del otro clavándosele en las costillas. Navarro no pudo evitar retorcerse, y antes de que pudiera devolvérsela sintió la culata de la pistola, tan dura como una piedra, golpear su cabeza, una, dos, tres, cuatro veces, hasta que de nuevo se hizo de noche.

No tardó mucho en volver a amanecer, pero el esbirro se había dado prisa en prepararlo para el gran momento. Aturdido todavía por los culatazos, Navarro se dio cuenta de que ya estaba desnudo después de ver la ropa hecha una bola deforme en un rincón. Sin duda no era la primera vez que el tipo que trabajaba para Mundt tenía que ocuparse de un detenido. Si había algo que podía humillar más a una persona que le quitaran la ropa a la fuerza era, además, tener que contemplar su propia desnudez frente a un espejo. Todo estaba calculado, pues, con profesionalidad milimétrica. Navarro quiso apartar los ojos para no enfrentarse con la verdad, pero el sicario, que adivinó su intención, lo agarró por el pelo y lo obligó a mirar al frente. De la parte izquierda de la cara, que se hinchaba por momentos, le manaba un hilo de sangre que le bajaba por la mejilla y continuaba por el cuello, recorriendo la cicatriz de la herida que le había curado Erika en Berlín cinco años atrás. Tenía las manos atadas al respaldo de la silla, y las piernas también estaban amarradas a las patas, lo bastante abiertas para dejar al descubierto sus genitales. Instintivamente, Navarro buscó con el rabillo del ojo el maletín. Estaba encima de la mesa, todavía cerrado. Aunque había asistido como testigo a más de un interrogatorio, a él nunca lo habían torturado, y antes de que el hombre de Mundt abriese el maletín y sacase una jeringuilla o unos cables para colocárselos en los testículos y aplicarle una descarga, lo que más le preocupaba no era el daño que pudieran hacerle. En lugar de eso, Navarro se preguntaba si sería capaz de

aguantarlo, si se desmayaría o pasaría a mejor vida antes de darle el gusto de que lo oyese gritar.

El otro acercó la boca hasta su oreja, como si quisiera contarle un secreto.

—Supongo que no hace falta que te explique lo que está a punto de pasarte —le dijo, en alemán.

Le olía el aliento, y a Navarro le costó mucho esfuerzo contener una arcada.

—Eres duro —añadió, separándose de él—, pero no serás capaz de aguantarlo. Nadie puede.

Navarro giró la cara y le escupió, pero el otro fue más rápido o le adivinó la intención y se apartó antes de que pudiera alcanzarlo. Luego se echó a reír, una carcajada limpia, sonora, que apenas duró un segundo, y enseguida el puño de su mano izquierda volvió a golpear la cabeza del prisionero, tan fuerte que se levantaron dos patas de la silla y estuvo a punto de hacerlo caer, y tal vez lo habría hecho si no lo hubiera sujetado.

Volvió a reírse el esbirro, la misma carcajada insolente, pero esta vez a Navarro se le antojó muy larga, como si disfrutase más.

—Tienes suerte de que tenga que mantenerte en buenas condiciones —le oyó decir—. Al menos por ahora...

Navarro no dijo nada. Se limitó a mirar su propia desnudez en el espejo. La mandíbula, que no tardaría en ponerse morada, la sangre que ya le bajaba por el pecho. Lo más curioso, lo que más le llamaba la atención en ese momento, era la ausencia de miedo, y se preguntó si alguno de los hombres a los que había liquidado por cuenta del Partido había sentido la misma indiferencia que él cuando se supo sentenciado, un alivio extraño quizá al saber que ya no habría de huir más. La muerte puede ser la mayor de las satisfacciones cuando uno ya se ha cansado de escapar, de correr, de tener miedo, sin detenerse un momento, sin poder darse un respiro.

¿Y Erika? ¿Qué estaría haciendo? ¿Dónde estaría ahora? ¿Cuánto tiempo habría pasado desde que llegaron? Sospechaba que todo empezaría a aclararse, o terminaría. Porque, cualquier cosa que pasara ella tendría que estar presente. Para qué si no lo habría desnudado y maniatado el tipo que

ahora fumaba un pitillo tranquilamente, sentado en una silla colocada del revés, con los brazos cruzados sobre el respaldo, seguro que deseoso, aunque aparentase paciencia, de abrir el maletín y empezar su trabajo.

Navarro cerró los ojos y procuró pensar que se encontraba en otro lugar, muy lejos de allí, que no hacía frío y no tenía que esforzarse en apretar los dientes y los músculos, permanecer en tensión para que el perro de presa que lo custodiaba no se diera cuenta de que tiritaba porque estaba helado.

Pronto acabará todo, se dijo. Y entonces ya no sentiré frío ni dolor.

Pronto.

Muy pronto.

Capítulo 17

Estamos solos en esto

El dinero no entiende de colores. Gusta igual a los comunistas revolucionarios que a los nazis. Un billete no sabe de ideologías. Es, simplemente, dinero.

Ya hacía rato que dejaron las montañas atrás. Debían de encontrarse en algún punto entre Jaén y Córdoba cuando Gregorio León escuchó aquella sentencia demoledora de labios de Robert Bishop.

No había sido así durante todo el camino que llevaban juntos. Hasta por lo menos una hora después de recogerlo en aquel apeadero perdido de Despeñaperros, el americano no le presentó algunas pistas de lo que estaba pasando, y cuando empezó a explicarle la situación de una forma tan contundente, sin adornársela ni edulcorársela, al principio a Gregorio le entraron ganas de taparse los oídos, como un crío que no quiere escuchar unas cuantas verdades importantes o terribles que lo ayudarán a convertirse en adulto.

Cuando lo recogió, en la carretera, sin apagar los faros del coche que le apuntaban a los ojos, Gregorio apenas pudo distinguirle la silueta a contraluz.

—Pero ¿de dónde ha salido? —le preguntó, y al principio el periodista no lo reconoció, ni siquiera porque tenía el mismo acento, inconfundible

aunque no fuera capaz de identificar su procedencia, del hombre con el que había mantenido una breve conversación la noche anterior en Madrid.

Antes de responder, Gregorio se miró los jirones del abrigo y los pantalones y los zapatos salpicados de nieve y de barro.

—Me he caído de un tren... —respondió. Le pareció que el otro estaba a punto de echarse a reír, aunque la situación no tuviese la menor gracia.

—Es usted de los que no se rinden —le dijo, acercándose, y mientras su cuerpo se interponía entre los faros y sus ojos, Gregorio pensó que esa voz le resultaba familiar.

—Yo a usted lo conozco. Es el tipo que me ha seguido por Madrid durante los últimos días. Hablamos anoche.

El desconocido se acercó más a él, y al moverse otra vez los faros del coche atacaron directamente a Gregorio, como un actor en el escenario al que el tramoyista iluminase para resaltar su presencia.

—¿Qué le ha pasado?

Gregorio se volvió, cerrando los ojos, pero era como si fuese mediodía o le hubieran colocado una lámpara muy potente bajo los párpados.

—Ya se lo he dicho. Me he caído de un tren en marcha.

El desconocido suspiró, disgustado.

—¿Y no podía usted esperar a que el tren llegase hasta la próxima parada?

Gregorio prefirió pasar por alto la ironía. Era muy tarde, hacía mucho frío y estaba demasiado dolorido.

—¿Quién es usted? —le preguntó—. ¿Qué está haciendo aquí? Últimamente me lo encuentro por todas partes, y no me diga que es por casualidad.

—¿Se encuentra bien? ¿Tiene algún hueso roto?

—No ha respondido a mi pregunta.

El desconocido se quedó mirándolo, sin decir nada. Ahora que los faros alumbraban su perfil y el impacto de la luz en sus ojos se había atenuado, Gregorio podía distinguir sus facciones. Bien vestido, como si se hubiera preparado para acudir a una cita galante, y embutido en un abrigo oscuro, impecable, lo miraba con la suficiencia de quien se siente superior, y no

sólo porque fuese mucho más alto. Tan serio se había puesto de repente que parecía estar calibrando la situación. Gregorio León llevaba más de una hora congelándose en una aldea alejada de la civilización, y durante todo ese tiempo el coche de aquel tipo era el primero que había pasado por la carretera. Habían estado a punto de matarlo y había saltado de un tren en marcha, estaba furioso y desconcertado y, antes o después, alguien, ese hombre o quien fuese, tendría que responderle a unas cuantas preguntas. Pero también sabía que en ese momento no estaba en condiciones de exigir nada.

—¿Puede llevarme? —le preguntó, por fin, escondiendo la rabia.

El otro aún permaneció callado unos segundos, como si no estuviera seguro de qué responderle o ni siquiera tuviera intención de contestar.

—No parece que circulen demasiados coches por esta carretera —dijo extendiendo los brazos como si quisiera abarcar las montañas, después de suspirar con resignación—. Y si pasara alguno, dudo que se decida a pararse para prestarle ayuda con ese aspecto de pedigüeño que tiene. No me extrañaría nada que cuando amanezca ya estuviera congelado. —Volvió a suspirar, y en el gesto a Gregorio le pareció encontrar más resignación todavía que la primera vez. Luego se volvió, y empezó a caminar en dirección al coche—. Qué le vamos a hacer. Venga conmigo. Está claro que no voy a poder librarme de usted.

Durante buena parte del trayecto se comportaron como una pareja de enamorados que estuvieran peleados. Gregorio no dejaba de hacerse preguntas, y por cada respuesta que creía encontrar aparecía otra nueva duda. Seguro que perdido en sus propios problemas, el hombre que conducía apenas le había dedicado un monosílabo desde que lo recogió. Al cabo de un rato la carretera se convirtió en una serie interminable de curvas, cuesta abajo, pero al dejar las montañas atrás la nieve fue desapareciendo de la cuneta y del océano de olivos que se extendía hasta el infinito. Faltaba muy poco para el amanecer cuando el desconocido aparcó el coche en la puerta de una venta.

—Tengo que hacer una llamada —le dijo—. Puede acompañarme y tomar algo si quiere.

Gregorio asintió y abrió la puerta del automóvil. Antes de entrar en el bar se levantó las solapas del abrigo para resguardarse del frío, pero chasqueó la lengua, contrariado, cuando se le quedó en la mano un trozo de tela, como si hubiera hecho un truco de magia. Ojalá fuera eso, se dijo, pero la verdad era que el abrigo se caía a pedazos, como la piel de un leproso.

Todavía en la calle, tiritando de frío, se palpó la chaqueta, con las dos manos, varias veces.

—Creo que he perdido la cartera —se lamentó—. Y el dinero.

—No se preocupe. —El otro se volvió desde la puerta—. Yo lo invito.

Antes de entrar en la venta, Gregorio León buscó un baño, junto al edificio principal. Bajó el interruptor y la única bombilla que colgaba del techo empezó a chisporrotear, dejando al descubierto el urinario y un lavabo que parecía no haber conocido nunca el jabón o la lejía. Pero al menos había un grifo, agua corriente y un espejo pequeño. Con eso tenía bastante. Se echó un poco de agua helada en la cara, palpándose el pómulo y el ojo derecho, donde le había golpeado el tipo del tren. Volvió a hacer hueco con las manos para limpiarse la sangre seca de algunos cortes. Luego se mojó el pelo y, usando los dedos como peine, se arregló como pudo. La camisa y la chaqueta las tenía arrugadas, pero no estaban rotas ni agujereadas. El pantalón estaba muy sucio, y también arrugado, pero no había ninguna raja que le dejase al descubierto las piernas. La peor parte se la había llevado el abrigo, pero al menos le había servido para mantener el cuerpo caliente hasta que el hombre cuyo nombre aún no sabía lo recogió en la carretera. Se quitó la prenda, con cuidado, se la colocó bajo el brazo y antes de salir volvió a comprobar su estado en el espejo que estaba tan poco limpio como el resto del baño. Aparte de las mataduras de la cara estaba más o menos presentable, lo que, después de haber saltado de un tren en marcha y haberse despeñado por un barranco, no era la peor de las noticias. Se preguntó si antes de que todo terminase y, en realidad, ni siquiera sabía lo que tenía que terminar, no le sucedería algo peor de lo que ya le había pasado. Pero tenía claro que después de haber llegado hasta allí ya no se

detendría. Era como un equipo de fútbol que estuviera jugando fuera de casa, en un campo hostil: tenía el marcador en contra y la remontada se antojaba imposible, pero se iba a dejar la piel sobre el césped hasta que el árbitro pitase el final del partido.

No había mucha gente en la venta, pero Gregorio se colocó rápidamente en una esquina de la barra para que nadie se fijase en su abrigo roto, en sus pantalones arrugados o en su ojo morado. Pidió una copa de anís y la rebajó con un poco de agua mientras su compañero de viaje echaba unas monedas en un teléfono empotrado en la pared. Lo vio cambiar unas palabras, pero no pudo enterarse de nada ni leerle los labios porque no estaba hablando en español. Tampoco fue capaz de adivinar nada de la conversación por sus gestos. El extranjero no se movía ni su cara dejaba entrever el menor rasgo de emoción mientras hablaba. Pocos minutos después asintió, colgó el auricular, y se quedó un instante pensativo, como si no estuviera seguro de cuál debía ser el paso siguiente. Sin embargo, cuando se colocó junto a él, a Gregorio le pareció que estaba contento. El semblante seguía igual de serio, pero daba la sensación de encontrarse satisfecho. Tal vez lo que le habían dicho desde el otro lado de la línea fuese exactamente lo que quería o esperaba escuchar. Luego miró la mezcla turbia de agua y de anís que aún quedaba en el vaso del periodista y aspiró con deleite el olor inconfundible, pero se decidió por un café que despachó enseguida. Cuando terminó puso unas monedas sobre la barra y tamborileó con los dedos en la madera.

—Vámonos —dijo—. Todavía queda un largo trecho por delante.

—¿Y adónde vamos? —le preguntó Gregorio, a pesar de saber que su posición era tan precaria que si hacía demasiadas preguntas y el otro se mosqueaba podría acabar otra vez en mitad de ningún sitio, sin documentación ni dinero.

Pero el hombre que acababa de pagar la cuenta se volvió y lo miró antes de encaminarse hacia la salida. Otra vez le pareció que una sonrisa estaba a punto de brotarle de la boca, ahogándose antes de salir.

—Vámonos —le repitió, poniendo una mano amigablemente en su hombro—. Pronto encontraremos a su amigo. Se lo contaré por el camino.

—Todavía no me ha dicho cómo se llama —le recordó cuando reanudaron el camino—. Mi nombre es Gregorio León, pero estoy seguro de que usted sabe muchas cosas sobre mí.

El otro asintió, sin dejar de mirar la carretera. Clareaba ya y ahora había un poco de tráfico, pero no demasiado: algún autobús que salía de Jaén, dos o tres camiones que se dirigían al campo, y de vez en cuando algún coche.

—Sé su nombre, sí. Y también que es un periodista que cubre la información deportiva, pero lo más importante es que sé que usted milita en el Partido Comunista. Clandestinamente, como no podría ser de otra manera...

Gregorio no le contestó. Prefería pasar por alto esa cuestión.

—Pero no se preocupe —añadió, después de advertir la prevención que evidenciaba el gesto de Gregorio—. Está claro que tenemos intereses comunes, y que en el último momento subiera al mismo tren en el que se marchaba Martín Navarro de Madrid demuestra que es usted un hombre decidido, muy valiente —hizo una pausa, desvió un instante los ojos de la carretera para mirarlo—... o un inconsciente tal vez. ¿No sabe que la gente que acompaña a su amigo lo mataría sin dudarlo si supiera que sigue sus pasos?

—¿Acaso cree que he saltado del tren por mi propia voluntad?

—Supongo que no.

—Aún no me ha dicho cómo se llama.

El americano asintió, dándole la razón. Por extraño que le resultara, los dos tenían el mismo objetivo, y Gregorio León, lo quisiera o no, se había convertido, o estaba a punto de convertirse y todavía no lo sabía, en su aliado. No podía saber lo que pasaría en las próximas horas, pero estaba seguro de que ese periodista al que se había encontrado por casualidad en la carretera estaba dispuesto a llegar hasta el final. Ni siquiera sacándolo del coche y tirándolo por un barranco conseguiría que desistiera de encontrar a su amigo Martín Navarro y averiguar la verdad. Aún atesoraba demasiada ingenuidad e idealismo como para tener la sensatez necesaria de retirarse a tiempo, de no jugar la partida hasta la última mano, cuando ya lo hubiera perdido todo y no le quedase nada que apostar. Para el americano no había

ni la más mínima duda. Lo sabía, porque él también era así cuando empezó, hace muchos años.

—Mi nombre es Robert Bishop —le dijo—. Soy norteamericano.

Gregorio negó con la cabeza, pero al mismo tiempo no pudo evitar sonreír. Se acordó de la conversación que había tenido sobre los americanos. Aunque le dijo a Bejarano que los americanos a lo mejor podrían ayudarlos a echar a Franco de El Pardo, al hablar con éste, ya no lo tenía tan claro. Y que estuvieran ahora juntos seguro que no tenía nada que ver con los intereses del Partido.

—Norteamericano. Vaya, no sé yo si eso nos convierte en enemigos...

Bishop se encogió de hombros.

—No se preocupe. En este trabajo las amistades surgen con frecuencia desde lugares opuestos. Al final siempre se trata de una cuestión práctica, y usted y yo tenemos intereses comunes, conque, por extraño que parezca, ahora estamos en el mismo bando.

—Mi único interés, como sabe, es encontrar a Martín Navarro. Si usted también está intentándolo, entonces sí tenemos intereses comunes. Pero hay muchas cosas que todavía no tengo claras. Me da la sensación de que demasiada gente está involucrada en este asunto, y eso se me escapa.

—¿Por qué está usted buscando a Martín Navarro?

Gregorio León se encogió de hombros.

—Ya sabe la respuesta. Navarro y yo somos viejos amigos.

Bishop resopló, pero no parecía enfadado. Al contrario, parecía disfrutar con ese juego de secretos y adivinanzas. Su respuesta había sido demasiado simple. Navarro y él eran viejos amigos, pero era imposible que el americano no estuviera al tanto de todo lo demás. Si Gregorio quería enterarse de lo que estaba pasando y llegar al fondo del asunto, que Bishop confiara en él, no podía andarse con medias verdades, sobre todo si el otro manejaba mucha más información.

—Los camaradas del Partido piensan que Navarro es un traidor y me han encargado que lo encuentre.

Bishop asintió.

—Esa respuesta me parece más razonable. ¿Y qué se supone que ha hecho Navarro?

Gregorio negó con la cabeza, sin estar convencido de querer contestar todavía a esa pregunta. Aunque quería intercambiar información con el americano, sentía que un tapón le comprimía la boca. Estaba acostumbrado a ser discreto, a guardar silencio.

Pero Robert Bishop tenía mucha experiencia en manejar situaciones como aquélla.

—Escúcheme —le dijo, como si fuera capaz de leerle el pensamiento—. Los dos vamos en el mismo barco y queremos encontrar a su amigo. Yo sé dónde está y, si quiere, podrá acompañarme hasta el final. Pero no podré dejarle que venga conmigo si no confía en mí.

—Usted también tendrá que contarme muchas cosas.

—Le prometo que le contaré todo lo que sé. Pero dígame, ¿qué piensan sus camaradas que ha hecho Martín Navarro? Según mis informaciones, es un héroe de la Unión Soviética, condecorado también por el gobierno de la República.

—Dicen que sus convicciones políticas ya no eran tan firmes como antes, que se había distanciado del Partido, y hace un mes dejó escapar a un traidor en Barcelona.

Bishop asintió, sin dejar de mirar la carretera. No faltaba mucho para llegar a Córdoba y el paisaje ahora era cada vez más llano.

—Miranda —murmuró.

—Así es. Había amenazado con entregar a un agente de la Dirección General de Seguridad una lista con los nombres y las direcciones de muchos camaradas que trabajaban para el Partido en la sombra. Todavía no sabemos si se la entregó ni cuántos agentes están ahora en peligro por su culpa. Puede que yo mismo esté sentenciado y aún no lo sepa. Navarro estuvo con él en Barcelona, y es posible que le contase la verdad. Ése es el motivo por el que es tan importante que encuentre a Navarro.

—¿Y cuál es tu opinión? Será mejor que nos tuteemos. ¿No te parece?

Gregorio asintió, también con los ojos fijos en la carretera, como si fuese él quien iba al volante.

—Me parece bien —dijo, y luego suspiró—. La verdad es que no sé qué pensar. Hasta hace muy poco hubiera puesto la mano en el fuego por el capitán Navarro, pero a cada momento que pasa estoy menos seguro. En el caso de que nos hubiera traicionado, y a pesar de todos los indicios quiero seguir creyendo que no lo hizo, no entiendo por qué ha vuelto a Madrid. Eso es meterse en la boca del lobo. Pero también es verdad que yo no sabía de la existencia de esa mujer austríaca. Puede que hayan venido juntos a España por alguna razón que se me escapa.

—No vinieron juntos a Madrid.

—¿Ah, no?

—No. Ella llegó cinco días antes que Martín Navarro.

—Pero eso tampoco tiene por qué significar nada. La cuestión, supongo, es saber qué estaban haciendo los dos en Madrid. Navarro había venido sin avisarnos, y eso no dice mucho en su favor. Con esa forma de actuar lo único que ha conseguido es que los del Partido desconfíen aún más de él.

—Permíteme que te haga otra vez la pregunta. ¿Cuál es tu opinión? ¿Qué crees que está pasando?

—Lo peor que puede pasar es que los del Partido tengan razón y Navarro sea un traidor. Pero que me hayan encargado a mí buscarlo tal vez signifique una ventaja. Creo que Martín me contará lo que está pasando cuando lo encuentre, y me aclarará el malentendido. Porque, insisto, de verdad quiero creer que no nos ha traicionado.

—Yo no creo que Navarro os haya traicionado.

Gregorio suspiró, descreído.

—Pues vaya alivio... ¿Y cómo lo sabes?

—Sé muchas cosas. Y, de todo lo que está pasando, Martín Navarro es lo que menos me preocupa. Ya te lo dije ayer. Lo que de verdad me importa es encontrar a la mujer que está con él. Ella es la clave de este asunto.

—Entonces quizá haya llegado el momento de que me cuentes cosas de ella. Anoche me dijiste su nombre, pero añadiste que no era su nombre verdadero.

—Así es. Pero tampoco quise decir que estuviera viajando con un nombre falso. Ahora utiliza su apellido de soltera, Walter. No sé si ya lo

utilizaba cuando tu amigo la conoció o si aún seguía llamándose con su nombre de casada, Erika Liebermann.

Gregorio León se volvió y lo miró, con el ceño fruncido.

—Supongo que no estaremos hablando de una cuestión moral. Porque no creo que estés siguiendo a esa mujer por cuenta de su marido celoso...

Bishop sacudió la mano, como si quisiera despejar la nube de humo que se pegaba al parabrisas después de haberse fumado entre los dos varios cigarrillos.

—No, no es eso. Erika Liebermann, o Erika Walter, como quiera que se llame ahora, es viuda. Y yo no trabajo por cuenta de ningún marido cornudo. Yo soy un empleado del gobierno de los Estados Unidos de América.

—¿Y a qué se debe el interés del gobierno de los Estados Unidos de América en encontrar a Erika Walter? —Al decir el nombre del país de Bishop, Gregorio había intentado adoptar un tono pomposo y engolado, sin mucho éxito.

—Nosotros estábamos interesados en dar con su marido, pero se ahogó en el puerto de Génova hace ocho meses, cuando estaba a punto de subir a un barco para marcharse muy lejos.

—¿Quién era su marido? ¿Por qué queríais encontrarlo?

—Emil Liebermann era un oficial de la Wehrmacht que trabajó como funcionario en la embajada de Alemania en Madrid desde finales de 1939 hasta el otoño de 1944.

—¿Era nazi?

Bishop soltó una mano del volante y levantó una palma, interrogante, indicándole que aquella circunstancia era irrelevante.

—No estaba afiliado al Partido Nazi, pero ése tampoco es un dato significativo. Cuando terminó la guerra, muchos de los que habían pertenecido al Partido alegaron que su filiación era simbólica, o que habían tenido que hacerlo para no perder su puesto de trabajo o ser señalados como sospechosos. También hubo otros que jamás tuvieron carné nacionalsocialista, pero su adhesión a los dogmas nazis era tan fuerte como si llevaran tatuado el símbolo de las SS bajo el brazo.

—¿Y a qué grupo pertenecía el tal Emil Liebermann?

—Emil Liebermann era de los que sabían nadar y guardar la ropa. Trabajaba en la embajada, pero como algunos alemanes que vivían en Madrid durante la guerra europea, lo que hacía en realidad no era más que una tapadera. —Gregorio lo miró, invitándolo a que continuara—. En realidad era un agente de la Abwehr, el servicio secreto alemán.

El periodista parpadeó y asintió mecánicamente, incómodo.

—Sé perfectamente qué era la Abwehr.

—Pues entonces seguro que sabrás también a qué me refiero —replicó Bishop, pasando por alto el tono desagradable del comentario de Gregorio—. Además, tu trabajo como periodista tampoco te impide trabajar para tus camaradas en la clandestinidad...

—Si te refieres al gobierno legítimo de mi país en el exilio, pues sí, hago todo lo que puedo por ellos. Pero eso da igual. Y ése no es el tema que ahora nos ocupa —añadió Gregorio—. Emil Liebermann, me decías. Vivía en Madrid y trabajaba para la Abwehr. Si era un agente del servicio secreto, me parece que eligió el peor momento para volver a Alemania. ¿No te parece? ¿O es que también era un patriota? En el otoño de 1944 cualquiera con un mínimo de información o sentido común sabría que la situación en Alemania no podría sino empeorar.

Bishop asintió, sin dejar de mirar la carretera.

—Bastantes nazis se quedaron en Madrid esperando que la guerra terminase, con la incertidumbre de que en cualquier momento los aliados podrían reclamarlos para juzgarlos. Todavía hoy, casi cinco años después, muchos han conseguido escabullirse.

—¿Y Emil Liebermann era uno de ellos?

—Aunque no tenía el carné del Partido Nazi sabía bastantes cosas como para que lo pusieran delante de un tribunal.

—Pero era un agente de la Abwehr, así que supongo que tendría presente que si se quedaba en España al final podría ser extraditado. Aunque en Alemania también podrían haberlo detenido después de la guerra...

—Seguro que lo tenía presente. Pero Emil Liebermann no se marchó a Alemania. En el otoño de 1944 había caído en desgracia y lo mandaron al frente. No vestía uniforme desde el 36. Lo degradaron como castigo.

—¿Qué hizo?

—Después del atentado fallido contra Hitler en la *Wolfsschanze* en julio del 44 comenzó una purga imparable, un período de terror que acabó con la vida de miles de alemanes que, sospechosos o no de haber formado parte del complot para atentar contra el Führer, no habían apoyado más que tibia o tímidamente al régimen nazi. Dentro de la Abwehr había muchos agentes cuya adhesión a las consignas nazis nunca fue demasiado contundente, y Emil Liebermann era uno de tantos. El propio jefe del servicio secreto alemán, el almirante Canaris, terminó ahorcado, y si Emil Liebermann se salvó de la soga o de un pelotón de fusilamiento fue porque su familia tenía algunas influencias dentro del Partido, y porque, sobre todo, al menos eso es lo que yo creo, en el fondo no era más que un agente de tercera, alguien sin demasiada importancia, y mandarlo al frente del Este era un castigo mucho más ejemplar que ejecutarlo, si es que tenía la suerte de llegar vivo al final de la guerra o de que los rusos no lo hicieran prisionero.

—Si Emil Liebermann era un agente de tercera, ¿a qué viene ese empeño en encontrar a su mujer?

—Que fuera un agente de tercera lo único que quiere decir es que no era tan importante como para que encontrarlo nos quitase el sueño, no que fuera estúpido. De hecho, Emil Liebermann no tenía nada de idiota. Más bien al contrario. Quizá era demasiado espabilado. Además, durante mucho tiempo pensamos que estaba muerto.

—¿Demasiado espabilado? ¿Qué quieres decir con eso?

—La información que tengo es que, según sus viejos amigos alemanes que vivían en Madrid entonces, se pasó de listo.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

Bishop tamborileó con los dedos sobre el volante forrado de madera y la parte interior plagada de muescas para acomodar los dedos.

—A ver cómo te lo explico... Es un poco complicado...

—Creo que podré entenderte si me lo cuentas.

—Por supuesto. Una de las funciones de Emil Liebermann en España era supervisar el transporte de mercancías que cruzaba la frontera, tanto hacia Alemania, a través de la Francia ocupada, como hacia España. Durante los primeros años de la guerra, España y Portugal fueron los principales proveedores de wolframio para el Reich. Perdóneme si te hago una pregunta. No es que piense que seas un ignorante, pero ¿sabes qué es el wolframio?

—Un mineral, supongo.

—Así es, pero no un mineral cualquiera. Se utilizaba para revestir el acero de los cañones y de los tanques. Como ves, un material fundamental para un país con la producción armamentística de Alemania durante la guerra. A pesar de la neutralidad española, en el norte había miles de personas buscando wolframio para suministrar a empresas hispanoalemanas cuyos titulares no eran sino españoles que ejercían de testaferros al servicio de los intereses de la Alemania nazi. A pesar de la prohibición y de las protestas de los aliados, todo el mundo extraía wolframio para los alemanes. Mineros, campesinos, mujeres, niños, ancianos desocupados. Incluso la Guardia Civil, que tenía orden de no permitirlo, miraba para otro lado a cambio de un porcentaje.

—En este país siempre ha habido mucha hambre... —replicó Gregorio, como si necesitara justificar lo que el americano le estaba contando, pero el otro no pareció reparar en su intención o prefirió pasarlo por alto.

—A Johannes Bernhardt, el responsable de todo el conglomerado de empresas que extraían wolframio para Alemania, no podemos extraditarlo. El propio Franco lo declaró intocable. Pero hay unos cuantos empresarios nazis a los que podríamos llevar ante un tribunal si somos capaces de reunir las pruebas suficientes. Con alguna evidencia contundente de su pasado nacionalsocialista, el gobierno de Franco no tendrá más remedio que autorizar su extradición, sobre todo ahora que un *lobby* diplomático español se está encargando de tender los lazos necesarios en Estados Unidos.

Gregorio asintió, sin decir nada.

—Ya sé que no te va a gustar escuchar esto —añadió Bishop—, pero dentro de no mucho tiempo, España será reconocida en los foros

internacionales, y ése será el fin de la esperanza para los que, igual que tú, aún creen posible la vuelta de la República si la comunidad internacional sigue aislando a Franco.

Gregorio suspiró.

—Ya te he dicho que al ser tú norteamericano no estaba seguro de si no éramos enemigos...

—No digas tonterías. Debes intentar ser pragmático. Comparta o no tus ideas, las respeto, aunque no quieras creerlo. A pesar de que el idealismo te empuje a pensar otra cosa, habrá Franco para rato. Te lo aseguro. Pero eso ahora no importa, Gregorio. El pasado ya no nos sirve, y el futuro aún está por escribirse. Sin embargo, ahora mismo tenemos la oportunidad de poner entre rejas a unos cuantos nazis, o llevarlos a la horca quizá. Eso es lo único que quiero, y tú puedes salvar a tu amigo. —Levantó un poco el pie del acelerador y se quedó mirándolo un instante—. Martín Navarro no es un traidor. Créeme. Puedo asegurarte que no lo es.

Gregorio también lo miró, pero Bishop había vuelto la cara hacia la carretera. Un cartel indicaba que estaban muy cerca de Córdoba.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro?

El americano asintió, varias veces, como si le llegase el convencimiento de un pensamiento que aún no había compartido con Gregorio.

—Porque son tus propios camaradas los que quieren matarlo —dijo, por fin, sin dejar de mirar la carretera—. No puedo estar seguro de que Navarro sepa por qué lo persiguen, pero es lo que está ocurriendo.

—A lo mejor bastaría con que él nos explicase por qué dejó escapar a Miranda.

—Eso es lo de menos. Lo matarán igualmente.

—Yo no estaría tan seguro de eso.

—¿No? ¿Qué te crees, que lo van a dejar explicarse y luego le van a dar una palmadita en la espalda? —Ahora fue Bishop el que suspiró y chasqueó la lengua—. Lo matarán en cuanto tengan oportunidad. Y Miranda, por si no lo sabes o no te has dado cuenta todavía, tampoco era un traidor. Puede que Navarro lo dejase escapar porque también lo sabía, y no es imposible

que Miranda le contase a tu amigo muchas cosas que han terminado sentenciándolo a muerte. ¿Tú llegaste a conocer a Miranda?

—No. Ni siquiera supe que existía hasta que me contaron que Navarro lo había dejado escapar.

—Yo sí.

—¿Tú sí qué?

—Que yo sí conocía a Miranda.

—No sé si creerte.

—Pues deberías creerme. Es más. Ahora mismo quizá yo sea la única persona en la que puedes confiar.

Gregorio León soltó una carcajada forzada.

—Querido amigo. Hay muchas cosas de las que jamás podrás convencerme.

—Miranda trabajaba también para nosotros —le dijo Bishop, antes incluso de que terminase la frase—. Y si hubiera acudido primero a nosotros, ahora mismo seguiría con vida. Pero era muy desconfiado, igual que tú. Y también era un idealista. Pensaba que si hablaba con alguien con el poder suficiente y le contaba lo que sabía sería premiado con una dulce jubilación en Moscú. No creo que hubiera alcanzado su sueño de ninguna manera porque los ivanes no acostumbran a ser generosos con quienes se portan bien con ellos, pero lo liquidaron antes de que pudiera abrir la boca.

—¿Y qué es lo que sabía Miranda que era tan importante para que lo mataran?

Bishop volvió a levantar el pie del acelerador para poder mirar a Gregorio a la cara sin peligro de estrellarse o salirse de la carretera.

—Miranda había descubierto que el dinero no tiene color, que no entiende de ideologías —le explicó, bajando la voz. Casi susurraba—. Que la riqueza gusta tanto a sus camaradas que predicán la revolución proletaria como a los nazis que se esconden como serpientes. Miranda se dio cuenta de que el mundo es una mierda, que ni el honor ni las ideas al final sirven para nada.

—Ahora eres tú el que está hablando como un idealista. Me da la sensación de que te molesta o te duele que el mundo no sea como la gente

como a Miranda y a mí nos gustaría.

—Puede ser. Yo antes también era un ingenuo que creía que podía cambiar las cosas.

—Si crees que vas a insultarme con ese comentario vas por el camino equivocado.

—No, de verdad. Te aseguro que mi intención no es ésa. Pero dejémonos de disputas tontas que no van a llevarnos a ninguna parte. ¿Quieres saber la verdad o prefieres taparte los oídos y mirar para otro lado?

Gregorio no le respondió. Bien mirado, no sabía qué contestar. Claro que quería saber la verdad, pero estaba seguro de que no le gustaría lo que iba a escuchar. Llegaron a Córdoba y Robert Bishop aparcó el coche junto a la primera cabina que encontró.

El americano también se había quedado callado, como si quisiera dejarlo pensar tranquilamente, que rumiase sus pensamientos, resolviese sus demonios y final fuera él quien le pidiera que le contase la verdad, por muy incómoda que le resultase. O quizá había seguido hablándole hasta que llegaron a Córdoba pero Gregorio se había aislado tanto que no se había enterado.

—Tengo que volver a llamar —se excusó al bajarse del coche—. Será sólo un momento.

El periodista se quedó dentro, y vio al americano de espaldas marcar un número en el teléfono público. Luego le pareció que estaba hablando, aunque no podía ver su cara. Lo veía asentir de cuando en cuando, una mano sujetando el auricular y la otra dentro del bolsillo del abrigo, sin dejar entrever ninguna clase de emoción.

Fuera lo que fuese, el extranjero con el que viajaba había dado en la diana. Gregorio estaba seguro de que lo que iba a escuchar le iba a desagradar bastante. No sabía lo que era y prefería no pensarlo, pero tal vez fuese verdad lo que le había dicho.

El americano volvió al automóvil, abrió la puerta, se frotó las manos y se las llevó a la boca y sopló, para calentarlas.

—Parece que todo ha salido según lo previsto —dijo—. Martín Navarro y los demás están en Sevilla. —Arrancó el coche y, cuando apenas había acelerado, añadió—: Puede que dentro de poco se resuelva todo, o al menos que nos encontremos con ellos.

—¿Cómo lo sabes?

—Tenía un agente en el tren.

—Pues podría haberme ayudado...

—Estoy seguro de que no lo hizo para no poner en peligro la operación. Si no lo han descubierto es porque ha hecho bien su trabajo.

—No me cabe duda, pero también es verdad que yo podría estar muerto ahora.

—Este oficio tiene sus riesgos. Nadie te obligó a subir al tren. Escúchame. Antes de dos horas estaremos en Sevilla. Cuando lleguemos necesito saber si quieres seguir adelante con esto, y también, antes de que tomes una decisión, me parece justo que sepas la verdad.

—Supongo que no me queda más remedio que perder la inocencia.

Bishop asintió.

—Es una manera un poco poética de definirlo, pero no es desacertada.

El americano volvió a guardar silencio hasta que atravesaron la ciudad, como si necesitase la carretera o el espacio abierto para llegar al fondo del asunto.

—Hace un rato te estaba hablando de dinero, de mucho dinero.

—Efectivamente. El dinero nos gusta a todos, me contabas...

—Sí, y cuando uno siente la cercanía del peligro, tener una cantidad de dinero estimable para poder escapar y empezar una nueva vida se convierte en una necesidad.

—Supongo que sí.

—Pero será mejor que empiece por el principio. El origen de todo, como te decía, está en que Emil Liebermann se encargaba de supervisar el tráfico de mercancías entre España y Alemania por la frontera francesa durante la guerra.

—El wolframio, sí. Puedo hacerme una idea. Contrabando, trapicheos, dinero que se pierde por el camino, cosas así. Como ha sucedido toda la

vida, por desgracia.

—El wolframio era importante, y mucha gente se enriqueció con su contrabando, pero ése no fue el caso de Emil Liebermann. El marido de la que ahora es la amante de tu amigo dedicó gran parte de su esfuerzo a apropiarse de un material que siempre es y será más rápido, más sencillo y más rentable de aceptar la mayoría de las veces que el dinero en metálico.

Gregorio León lo miró, curioso, sin llegar a preguntarle.

—Estoy hablando de oro —se apresuró a aclararle Bishop—. Los lingotes de oro son mucho más valiosos que el wolframio, mucho más valiosos que cualquier otra cosa. Después de la guerra civil, en España apenas quedaban reservas de oro. Aunque eso supongo que lo sabes.

—Sí, pero la propaganda franquista hizo correr el bulo de que ese oro estaba en Moscú porque el gobierno de la República lo había malgastado. Lo que de verdad ocurrió, aunque muy poca gente en España ha querido creerlo, es que ese oro sirvió para pagar armas y ayudas durante la guerra.

—Aunque Stalin fue más listo que los políticos españoles y aplicó unas condiciones más que ventajosas para la Unión Soviética... Pero dejémoslo ahí. El tema tampoco es ése. La cuestión es que durante los primeros años de la guerra en Europa, en las cámaras acorazadas del Banco de España en la calle de Alcalá no había más que telarañas. Tanta escasez de oro había que la gente acudía a entregar joyas por puro patriotismo. Al gobierno de Franco no le quedó más remedio que llamar a las puertas de los bancos suizos para comprar el metal precioso. Y los banqueros suizos, por supuesto, estuvieron dispuestos a satisfacer las necesidades de España. Al fin y al cabo, se trataba de negocios, de comprar y de vender, como se ha hecho siempre. Pero había un problema. Y es que buena parte del oro que los suizos vendieron al Banco de España procedía del expolio al que los nazis estaban sometiendo a los países ocupados: Polonia, Hungría, Holanda, Francia... La procedencia de muchos lingotes que llegaron a España durante los primeros años de la guerra en Europa sería fácil de identificar todavía porque llevaban grabadas el águila imperial alemana y la esvástica nazi, además de un número de serie que se puede rastrear sin mayores dificultades.

—Bueno, dinero nazi en España. No creo que ésa sea una gran noticia, ni que sorprenda a mucha gente. Las simpatías del gobierno de Franco por la Alemania nazi eran públicas. Todo el mundo lo sabía. Seguro que los aliados también.

—Por supuesto, pero, hasta el momento, ninguna de las constantes reclamaciones de los aliados al gobierno español para que devuelva el oro suizo de procedencia nazi o deje a una comisión internacional inspeccionar los sótanos del Banco de España ha sido atendida por Franco. Aunque estoy seguro de que no falta mucho para que se pueda investigar, sobre todo ahora que los lazos entre Estados Unidos y España comienzan a estrecharse inevitablemente... Y en las cámaras del Banco de España habrá más o menos oro, y se devolverá a sus legítimos propietarios o se quedará en Madrid, pero ésa no es mi competencia, ni la razón por la que sigo la pista de la viuda de Emil Liebermann.

Bishop hizo una pausa, como si quisiera mantener el suspense. Sabía que ya había captado la atención de Gregorio, y que su acompañante quería seguir escuchándolo hasta el final.

—Volvamos a su marido. Emil Liebermann era uno de los que se encargaba de supervisar las mercancías que entraban y salían de España, desde o hacia Alemania, ya te lo he dicho. Por un lado estaba el indispensable wolframio; por otro, el oro y las obras de arte de coleccionistas judíos muy ricos cuyos bienes habían sido embargados. Liebermann era un funcionario meticuloso que anotaba todas las transacciones, pero también era un tipo codicioso. Suele pasarle a quien está todo el tiempo viendo pasar riquezas por delante de sus ojos. Piénsalo un momento. Lingotes de oro, cuadros fabulosos. Hasta el más honrado habría sentido la tentación alguna vez de quedarse con algo.

—A todos, no —contestó Gregorio, para quitarse de encima cualquier clase de sospecha sobre su honestidad.

—No me cabe duda de que ahora mismo estás convencido de ello, pero tal vez no pensarías lo mismo de haberte encontrado en la posición de Emil Liebermann.

—Puedo asegurarte que no.

—No importa. El caso es que Emil Liebermann sucumbió a la tentación. No sólo él, sino también algunos de los que eran sus amigos cuando vivía en Madrid. No sé si lo presionaron para que empezase a *distraer* lingotes que venían a España en camiones a través de la Francia ocupada o si estuvieron de acuerdo desde el principio, pero dos de los hombres que iban en el tren con Erika Liebermann y Martín Navarro eran los socios de Emil. Durante aquellos años acumularon una fortuna.

—Entonces, con Emil Liebermann muerto, ¿debo entender que lo que van a hacer es repartirse el botín?

—Lo dudo, entre otras cosas porque ahora mismo ni siquiera podemos estar seguros de que haya un tesoro. Pero la presencia de la viuda de Emil en Madrid también puede significar que el oro que robaron esté escondido en alguna parte. No podemos estar seguros de lo que sabe, ni siquiera de si ella estuvo al tanto de los trapicheos de su marido y sus socios durante la guerra. Emil Liebermann tuvo que aceptar un destino en Polonia en el otoño del 44 para salvar la vida, y puede que eso estropease sus planes, que no pudieran repartirse el botín o se llevase a la tumba el secreto de dónde estaba escondido el tesoro.

—¿Y qué te hace pensar que no se repartieron el oro antes de que a Emil lo destinasen a Polonia?

—Ésa también era una posibilidad a tener en cuenta. Pero hace poco más de un año supimos que Emil no había muerto en el frente del Este. Un agente nuestro que había estado destinado en España durante la guerra lo reconoció en un café de Génova, pero se nos escapó antes de que pudiéramos interrogarlo. Emil Liebermann podría habernos contado muchas cosas sobre los nazis que siguen viviendo plácidamente en España. Una lástima, pero sobre todo para él, porque nosotros no éramos los únicos que estábamos interesados en tener esa conversación. También querían hablar con él sus viejos amigos, Herbert Mundt y Alois Becker, dos prósperos empresarios alemanes durante la guerra que aún siguen viviendo en Madrid. ¿Qué por qué estaban también interesados en hablar con él? La razón no puede saberla nadie más que ellos, pero todo apunta a que Liebermann se había quedado, puede que no con todo, pero sí con una

buena parte del oro que habían ido atesorando poco a poco, hasta que cesó el tráfico de mercancías entre Alemania y España, sobre todo después de la invasión de Normandía. Probablemente, como te digo, habrá alguna razón más, pero no creo que Becker y Mundt se hayan tomado tantas molestias y encargado a alguien que encontrase a Emil Liebermann de no haber mucho dinero de por medio.

—¿Y por qué lo mataron si no les dijo lo que querían?

—Parece ser que Emil les dio esquinazo a los sicarios de sus viejos amigos en el puerto de Génova, pero acabó tirándose al agua para escaparse y se le paró el corazón. —Bishop encogió los hombros, pero en su gesto no habitaba el mínimo rastro de compasión—. Tendría mucho miedo, el agua estaría muy fría. Qué sé yo. La cuestión es que, si Emil Liebermann sabía algún secreto, se lo tragaron los peces del Mediterráneo. Puede que también tuviese alguna prueba que incriminase realmente a Becker y a Mundt y a unos cuantos nazis más. Quizá el oro robado. No lo sé. Pero si consigo encontrar una evidencia lo bastante contundente no es imposible que pueda llevar a alguno de estos tipos delante de un tribunal.

—¿Y qué tienes pensado hacer cuando lleguemos a Sevilla?

—Vigilar, tratar de averiguar algo, esperar a que cometan algún error —le respondió, y aunque parecía que iba a seguir hablando se calló un momento antes de continuar—. ¿Te gusta la caza?

Gregorio movió la cabeza.

—La verdad es que no.

—¿Nunca has visto a nadie cazar conejos con hurones? —le dijo, y enseguida pasó a explicárselo, sin darle opción a responder—. Es muy sencillo. Basta soltar el hurón en la entrada de la madriguera. Los conejos se ponen nerviosos y buscan una salida, y el cazador sólo tiene que esperar a que salgan para cogerlos. Lo que yo espero es que antes o después los socios de Emil Liebermann se pongan nerviosos y cometan un error. Y estaré esperándolos en la entrada de la madriguera para atraparlos. Creo que sé adónde han ido, y estoy seguro de que ellos están muy preocupados por averiguar cuánto sabe la mujer de Emil, o Navarro, del oro que robaron

durante la guerra. Como ves, estamos los dos en el mismo barco. Por razones diferentes, cada uno queremos averiguar qué está pasando.

Gregorio León soltó una ráfaga de aire por la nariz, moviendo la cabeza.

—No tan rápido —dijo—. Hay algo que no me acaba de encajar. No creas que me agrada admitir los méritos del régimen de Franco, pero me cuesta creer que a Emil Liebermann y a sus socios les resultara tan fácil robar una parte del oro que pasaba por la frontera sin que nadie se diera cuenta.

—Por supuesto que no era sencillo —contestó Bishop, poniendo la espalda recta en el asiento, como si estuviera esperando esa pregunta—. No se trataba sólo de Emil y de Becker y Mundt y un puñado de ciudadanos alemanes. Había más implicados. Con tanto dinero para repartir no resulta complicado tener a mucha gente contenta. Guardias civiles, militares, funcionarios de aduana... A veces se apagaban las luces en el puesto fronterizo y pasaban los camiones a oscuras. Nadie preguntaba nada, todo el mundo miraba para otro lado o tenía alguna participación en el negocio, aunque fuese muy pequeña.

—Lo siento, pero sigue pareciéndome demasiado fácil. Aunque hubiera mucha más gente implicada.

—Ésa es, precisamente, la clave, querido amigo. Pero no en cuánta gente estaba implicada, sino en qué gente estaba implicada. Volvamos, otra vez, al principio. Todo se reduce a lo mismo, Gregorio, a lo que ya te he dicho y no me cansaré de decirte. El dinero no entiende de ideologías ni de colores, a que el oro reluce igual en la esvástica que en la hoz y el martillo, Y, fíjate lo pequeño que es el mundo, que había un funcionario español que estuvo implicado entonces y que ahora, tantos años después, todavía lo sigue estando. —Robert Bishop hizo una pausa, como si esperase que Gregorio le preguntase el nombre o él mismo lo adivinase, pero el periodista no abrió la boca—. Tú lo conoces. ¿No sabes de quién te estoy hablando? ¿Acaso no sois amigos?

—Acostumbro a elegir bien la gente con la que me relaciono, y los fascistas avariciosos no forman parte de mi círculo de amistades, te lo aseguro.

—No sé si es tu amigo o no. Es cierto que la palabra amistad se toma demasiado a la ligera muchas veces, pero mis informaciones apuntan a que en los últimos días te has reunido al menos una vez con Rogelio Bejarano.

Gregorio León se revolvió en el asiento, incómodo. De repente era como si el coche fuera demasiado pequeño para los dos. No debía de faltar mucho para Sevilla, pero quería llegar cuanto antes, sobre todo para terminar con la conversación.

—Bejarano es de los nuestros. Si estás tan bien informado, seguro que sabes eso.

—Sí, y también sé que Rogelio Bejarano es funcionario desde hace casi veinte años. Desde el principio del gobierno de la República trabaja en el mismo ministerio, tengo entendido, y ocupa el mismo despacho desde hace por lo menos diez años, más o menos la misma época en la que empezó el trasiego de oro entre Suiza y España. ¿Cuántos envíos habrá podido autorizar desde su despacho? ¿Cuántas órdenes de transporte habrá firmado y cuántos albaranes habrá podido falsear? ¿No lo has pensado nunca?

Otra vez se calló el americano, pero ahora Gregorio León replicó enseguida. No estaba dispuesto a dejarse convencer, así, por las buenas. Y menos por un agente estadounidense.

—Una acusación como ésta es demasiado grave para hacerla a la ligera. Te ruego que tengas cuidado con lo que dices.

—Tengo pruebas, Gregorio —contestó Bishop, condescendiente—. Rogelio Bejarano ha pasado indemne por todos los gobiernos que ha habido en España desde 1931. Ha sabido moverse con la inteligencia suficiente y ha tenido la astucia de arrimarse a quien corresponde en cada momento con tal de conservar su puesto y su poder. Sinceramente, te confieso que su capacidad de adaptación resulta admirable.

—Bejarano es uno de los nuestros —insistió Gregorio, que no estaba dispuesto a claudicar—. Siempre nos ha ayudado desde su posición privilegiada, y ha asumido muchos riesgos para que sea verdad lo que me estás contando.

—Es posible que Rogelio Bejarano fuera uno de los vuestros, pero hace mucho de eso. Y aunque quizá aún le quede un resquicio del joven

revolucionario que a lo mejor fue una vez, ya tiene las manos demasiado manchadas para dar marcha atrás. El dinero, ya te lo he dicho. Diez años atrás se dejó sobornar por Emil Liebermann y sus socios. Tú no puedes saberlo, porque entonces no serías más que un adolescente, pero es lo que pasó. Siempre sucede así. Primero un poco de dinero para que mires para otro lado, luego un poco más, y así hasta que la codicia se apodera de ti. Cuando quieres darte cuenta el dinero se ha convertido en un vicio, en una obsesión, y ya no puedes vivir sin acumular riqueza, aunque no te haga falta, aunque sepas que no la podrás gastar ni en diez vidas o hayas sido un admirador convencido de la causa bolchevique y te hayas desgañitando cantando «La Internacional».

—¿Y cómo puedes estar tan seguro de lo que dices? Porque también cabe la posibilidad de que estés equivocado, y con esa acusación no sólo estás manchando el nombre de Rogelio Bejarano, sino también el de mucha gente honrada que de verdad cree en lo que hace, gente que está convencida de que es posible cambiar las cosas.

—Claro que hay mucha gente honrada. Gente idealista, como tú. Pero, créeme, Rogelio Bejarano no forma parte de ese grupo. Ya no.

Gregorio movió la cabeza, empeñado en contradecir los argumentos de Robert Bishop.

—Eso no puedes saberlo.

—Sí que puedo. Ya te lo he dicho. Tengo pruebas.

—Entonces enséñamelas. Quiero verlas.

—Si vienes conmigo hasta el final lo comprobarás tú mismo.

Gregorio chasqueó la lengua.

—No. Tendrás que convencerme ahora de que no me estás mintiendo.

Bishop suspiró, cansado, y apretó el acelerador en una recta al salir de Carmona.

—Está bien. Te contaré todo lo que quieras. Como te he dicho, Miranda colaboraba con nosotros. Pero no pienses mal ni lo juzgues antes de tiempo. Miranda no era un traidor.

—No puedo estar seguro de que no fuera un traidor si me dices que trabajaba para vosotros.

—No era así exactamente. No es que fuera nuestro empleado, pero de vez en cuando nos proporcionaba información que podía resultarnos útil sin perjudicar a sus camaradas. Le pagábamos un sobresueldo, y te aseguro que no le venía mal para llegar a fin de mes.

—El maldito dinero siempre está detrás de todo...

—Así es la vida, Gregorio. Te guste o no, el dinero es lo que siempre manda al final. Tener en nómina a un agente, aunque también trabaje para los rusos, muchas veces es la mejor forma de mantenerte informado sobre lo que sucede en un país. Y que Miranda quisiera llegar con dignidad a fin de mes no lo convierte en un traidor. Deberías verlo como un pluriempleo cualquiera. Pero, ya te digo, te puedo asegurar que Miranda jamás traicionó ni a sus camaradas ni a sus principios. La cuestión es que conocía a Rogelio Bejarano desde hacía mucho tiempo. Fueron compañeros en el ministerio. Miranda era un funcionario de menor rango que Bejarano, pero los dos colaboraban a escondidas con el gobierno republicano en el exilio. A Miranda lo trasladaron hace ocho o nueve años. No sabemos si él solicitó el cambio o si Rogelio Bejarano movió algunos hilos para no tenerlo cerca. De lo que sí estoy seguro es de que entonces Miranda ya había empezado a sospechar de tu amigo Bejarano, y durante mucho tiempo se estuvo preocupando de reunir pruebas. Pero Bejarano es un hombre inteligente que nunca se ha dejado llevar por la ostentación. No vive con grandes lujos, y sus costumbres son similares a las de cualquier funcionario de su misma categoría. Aunque lo más seguro es que se esté preparando una jubilación dorada en Sudamérica, como muchos de sus amigos nazis. Miranda lo sabía, pero Rogelio Bejarano es muy poderoso para acusarlo sin más. Señalarlo como un agente doble era demasiado arriesgado para un don nadie como él. Tus camaradas, como tú mismo, confían en Bejarano, y no se iban a creer lo primero que el iluminado de turno viniera a decirles. Miranda estaba tan asustado por lo que había descubierto que acabó contándonoslo a nosotros, supongo que para curarse en salud, por si acaso vosotros le fallabais cuando revelase el secreto de Bejarano y no le quedase más remedio que pedirnos ayuda. Un comunista convencido que había sido socio de los nazis era un asunto demasiado grande de manejar. Miranda

tenía las manos atadas. Sabía que, si las cosas se ponían feas, Bejarano podía ponerse abiertamente del lado de los nazis que viven en España, negar cualquier vinculación con sus camaradas y con una sola llamada conseguir que lo detuvieran y lo metiesen en la cárcel. Cuando se vio acorralado pensó que la única alternativa que le quedaba antes de recurrir a nosotros, porque a los idealistas os cuesta ver la realidad tal y como es y pensáis que si hacéis lo que os dicta vuestra conciencia al final la suerte os terminará sonriendo, o que lo que creéis que es el bien triunfará, era entrevistarse con alguien que estuviese por encima de Bejarano y contarle lo que sabía. Dejó su trabajo y su casa en Madrid. No tuvo que pensárselo mucho. Miranda era un tipo gris, sin familia, sin amigos. Se fue a Barcelona, supongo que con la idea de llegar a Francia o subir a un barco rumbo a Italia, pero lo más probable era que Bejarano ya hubiera adivinado sus intenciones y empezado a mover sus tentáculos en las dos direcciones posibles. Por una parte, habría advertido a algún alto cargo de la DGS de que un confidente comunista intentaría abandonar España en los próximos días. Y, por otro lado, habría avisado a los del Partido de que Miranda lo había estado amenazando con entregar a la policía una lista de los camaradas que colaboraban con el gobierno de la República en el exilio. Fíjate, creo que esto incluso pudo ser verdad. Miranda era muy vehemente, y no es imposible que discutiese con Bejarano y que, cuando éste lo amenazara con entregarlo a la policía española, respondiese con otra amenaza mayor, la de entregar a quienes lo interrogasen en la Dirección General de Seguridad una lista con los nombres de los agentes que trabajaban para el Partido en España. Si fue así, paradójicamente, sin saberlo Miranda le estaba dando a Bejarano la excusa perfecta para cerrar el círculo en torno a él. No tenía escapatoria, y puede que aún no lo supiese. Miranda no era un hombre con los recursos y la capacidad necesarios para salir de España clandestinamente, y aún no sabía que ninguno de sus amigos del Partido iba a mover un dedo para ayudarlo. El resto creo que lo sabes. Navarro viajó desde París hasta Barcelona para encargarse de él. Bejarano estaba seguro de que, en cuanto contara que Miranda podría poner en peligro a muchos camaradas en España, los del Partido tomarían una decisión drástica, la

única posible, y él sólo tendría que quedarse en su despacho de Madrid y esperar a que las cosas siguieran su curso habitual. Con Miranda fuera de la circulación, todo volvería a ser como antes, como si no hubiera pasado nada.

—Pero Navarro dejó escapar a Miranda... —murmuró Gregorio, para sí mismo, como si estuviese asimilando, a su pesar, la historia que le acababa de contar Bishop.

—Y eso estropeó los planes de Rogelio Bejarano. Aunque pocos días después consiguió que lo liquidaran en Barcelona, como estaba previsto inicialmente. Pero aún quedaba la duda de si Miranda le habría contado a Navarro lo que sabía.

—La opinión de Navarro sí habría sido tomada en cuenta por los del Partido. Es un hombre muy respetado, o al menos lo era antes de empezar a distanciarse.

—Y un mes después de haber dejado escapar con vida a Miranda, cuando sus camaradas ya no confían en él como antes, se presenta en Madrid, en la boca del lobo, como tú has dicho, sin avisar. Y ahora se ha marchado a Sevilla con su amante austríaca y dos nazis que fueron socios de Bejarano. ¿No te parece que todo se está complicando cada vez más? No me digas que no sientes curiosidad por saber la verdad.

A Gregorio León ya no le quedaba más remedio que confiar en el americano.

—Hace tres días mataron a un ruso en un piso de Cuatro Caminos. No ha salido nada en la prensa. Nadie se ha enterado. Es como si no hubiera sucedido.

—Pero tú lo sabes...

—Yo también tengo mis fuentes.

—¿Crees que tiene algo que ver con este asunto?

—Bejarano me dijo ayer que fue Navarro quien lo mató.

—¿Y tú qué piensas?

Gregorio se frotó los ojos. El cielo se había despejado completamente, y al salir de una curva los rayos atravesaron el parabrisas, molestándolo. Llevaba dos días sin dormir, y hasta ahora, quizá por el calorcillo del sol del

invierno que traspasaba los cristales del coche, no se había percatado de lo cansado que estaba. Le escocían los ojos y le pesaban los párpados. La próxima vez que Bishop parase para llamar por teléfono aprovecharía para meterse un café en el estómago. ¿Tú qué piensas? Ahora mismo estaba tan cansado que apenas podía pensar, y lo único que quería era que todo acabase de una vez, que al final pasase lo que tuviera que pasar, pero que todo terminase ya.

—Si te soy sincero, ya no sé qué creer. Pero supongo que lo mejor será, como dices, llegar hasta el final del asunto para saber la verdad. Ahora mismo estoy tan cansado que en lo único que puedo pensar es en una taza de café caliente.

—Ya no falta mucho para que todo termine —le dijo Bishop, mirando de reojo el bostezo inevitable de su acompañante—. Queda poco para Sevilla. En cuanto lleguemos podrás aprovechar para tomar un café. El ruso muerto no ha sido más que una pieza que Bejarano ha sacrificado con tal de ganar la partida. No sufras por la lealtad de Martín Navarro. Estoy convencido de que es inocente. Aunque eso no significa que no le vaya a pasar nada. Es muy posible que esté en peligro, y ojalá lleguemos a tiempo para salvarlo.

—¿Qué tienes pensado hacer cuando lleguemos a Sevilla? —le preguntó Gregorio otra vez.

—En la estación debe recogernos un viejo amigo. Él nos llevará hasta donde están Navarro y los otros.

—¿Y dónde es eso?

—En la finca de una acaudalada mujer española, amiga de los socios nazis de Rogelio Bejarano y de la mujer de Emil Liebermann. No sé exactamente el sitio, pero mi contacto nos llevará hasta allí.

Gregorio León prefirió no hacer más preguntas. Era obvio que el americano también tenía gente en Sevilla a la que sólo bastaba una llamada suya para acudir a donde fuese necesario.

—Supongo que preguntarte por la policía o la Guardia Civil está fuera de lugar...

—Supones bien. Estamos solos en esto, Gregorio. Solos tú y yo. ¿Crees que la policía española se pondría de nuestra parte en un asunto así?

—Desde luego que no. Era por preguntar, simplemente. De todos modos, tampoco parece que sepas con seguridad qué nos vamos a encontrar.

—Iremos a donde estén Navarro y los demás, y una vez allí, decidiremos qué hacer.

Ya no volvieron a hablar, y Gregorio León no pudo evitar que los ojos se le cerrasen y quedarse dormido, profundamente, como si estuviera tumbado en la cama de su dormitorio, arrebujado y caliente bajo las mantas, donde no pudiera inquietarlo ningún peligro. Una voz interior lo empujaba a taparse los oídos y cerrar los ojos, a desear no estar allí, sino en Madrid, reconfortado por el calor del cuerpo de Marina. Marina. Marina otra vez. Cada vez que pensaba en ella se sentía tan culpable como si hubiera cometido un delito. La había puesto en peligro y se había marchado de su lado sin avisarla. La última vez que pararon había pensado en llamarla, utilizar la cabina para hacerlo después de que el americano hubiera terminado de hablar, pero sólo conseguiría preocuparla más. Gregorio no tenía teléfono en casa, y tendría que marcar el número de un vecino, y cuanto menos gente supiera que algo estaba pasando sería mucho mejor para todos. Pero había algo que le dolería aún más, y tal vez, de todos, ése era el principal motivo por el que no la llamaba. ¿Y si ella no estaba en su casa? ¿Y si se había cansado de esperarlo la noche anterior al terminar su trabajo en Le Cygne Noir y había resuelto que él se había cansado de ella? ¿Cuántas veces le había dicho que jamás llegarían a nada serio, que no quería con ella más que una amistad en la que pudieran acostarse juntos de vez en cuando? ¿Y si de repente Marina había decidido que ya había tenido bastante? Esas dudas le hervían en las tripas, y acabarían con él si no era capaz de dominarlas, al menos hasta que resolviese lo de Navarro.

Cuando Robert Bishop le sacudió el brazo para despertarlo habían llegado a Sevilla. Aturdido todavía, como si no acabara de espabilarse a pesar de los zarandeos del americano, se preguntó cuánto tiempo había

dormido. No debía de haber sido demasiado porque estaban ya muy cerca de Sevilla la última vez que recordaba, pero era como si acabase de abrir los ojos después de una siesta demasiado larga y ahora se levantase de mal humor.

—Ya estamos aquí —le dijo Bishop, y cuando decidió que ya no volvería a quedarse dormido, bajó del coche y se dirigió a la estación.

En la puerta lo esperaba un hombre de aspecto elegante que miraba atentamente los coches aparcados de los que salían o entraban viajeros. Cuando vio llegar al americano, le salió al paso. Gregorio vio cómo se daban un abrazo, con la confianza de dos viejos amigos que no se ven desde hace tiempo y se profesan un gran aprecio. Luego Robert Bishop señaló con un gesto el automóvil en el que aún se encontraba Gregorio. Sin duda estaban hablando de él. Tiró de la manija de la puerta y salió del coche trabajosamente. Le dolía todo el cuerpo, y no era precisamente por haberse quedado dormido durante la última parte del viaje. El reloj de la fachada de la estación marcaba las diez. Unas pocas horas antes se había tirado de un tren en marcha y había rodado por un barranco. No tenía nada roto, pero la aventura le estaba empezando a pasar factura. Para que el americano y el tipo que lo esperaba no le pudieran ver el gesto de dolor inevitable al moverse, como si fuera un anciano o estuviese lisiado, aguantó la compostura, sin dar un paso, mientras ellos se acercaban. El hombre con el que Bishop se había encontrado caminaba erguido, la espalda recta, los ojos fijos en él bajo el ala del sombrero; el bigote blanco, el traje impecable, seguro que hecho a medida, porque le sentaba tan bien que era imposible que no se lo hubiera confeccionado un sastre. Tan delgado estaba que a Gregorio le recordó vagamente la imagen del rey Alfonso XIII si hubiera vivido algunos años más. Saltaba a la vista que el bastón con empuñadura de plata no era más que uno de los elementos perfectamente estudiados que le daban aquel porte aristocrático, pues no lo apoyaba en el suelo al caminar, sino que lo sujetaba como un antiguo noble que portase una vara de mando.

—Gregorio —le dijo Bishop, cuando llegaron a su altura—. Está claro que necesitas un café, pero ¿crees que podrás dejarlo para más tarde? Será

mejor que salgamos cuanto antes.

El periodista asintió, procurando no moverse para evitar cualquier gesto incómodo de dolor.

—No hay problema. Con el rato que he dormido en el coche estoy bastante recuperado.

—Estupendo entonces, porque no hay tiempo que perder.

Robert Bishop se dirigió a la puerta del lado del conductor, pero antes de abrirla se detuvo, y, como si hubiera reparado en algo importante, volvió a rodear el vehículo, acercándose de nuevo a Gregorio.

—Disculpadme, con las prisas he olvidado mis modales. —Puso una mano en el brazo del hombre con el que acababa de encontrarse y dijo—: Gregorio, te presento a Artemio Corona Sáez de Artázcoz, un viejo amigo.

Capítulo 18

El cuarto de la tortura

Dejadlo en paz —repitió Erika, sin cruzar todavía la puerta de la habitación que había abierto Herbert Mundt—. Ya os he dicho que él no tiene nada que ver con esto. Si vino a Madrid fue porque estaba preocupado por mí. Eso es todo.

—Querida —le dijo Mundt, apesadumbrado, como si lamentase la situación—. Qué extraña es una relación entre dos enamorados que se esconden tantas cosas. Tu amante español no sabe nada del tesoro de Emil, y a lo mejor tú tampoco eres consciente de cuántos secretos está él al corriente.

Terminó la frase e hizo un gesto al sicario. Apenas un parpadeo que el otro transformó en una bofetada en la cara de Navarro. La silla se tambaleó, pero no llegó a caerse. Navarro cerró los ojos al recibir el golpe, pero no dijo nada. Se tragó la rabia y el dolor, y cuando volvió a abrir los ojos vio a Erika frente a él, mirándolo como si esperase una revelación.

—Hace un mes se entrevistó en Barcelona con un comunista que estaba al corriente de los negocios de tu marido durante la guerra. ¿No te ha dicho nada? ¿No sabes a qué se dedica tu amante español cuando no está de visita en Salzburgo? ¿Qué te crees, que está encerrado durante semanas en su apartamento de París traduciendo a escritores rusos? —Luego de mirarla a ella, Mundt se volvió hacia Navarro, que miraba el suelo, como si la

conversación no fuera con él—. ¿No le has contado que eres un matarife que se encarga de liquidar a sus compañeros por cuenta del Partido? Seguro que no. Seguro que prefieres que ella piense que vosotros sois mejores que nosotros. —Mundt apuntó una sonrisa, pero congeló el gesto enseguida—. Puede que no seamos tan distintos cuando queremos conseguir lo que nos hemos propuesto o defender las ideas en las que creemos.

Mundt acercó la cara a la de Navarro, y como éste seguía con la mirada perdida en algún punto de las baldosas, el sicario lo agarró del pelo, obligándolo a levantar la cabeza.

—Miranda no habrá podido contarte nada que nos preocupe —le dijo—. Era un desgraciado, y a los únicos que ha podido hacer daño ha sido a tus amigos comunistas, pero ése no es nuestro problema. No estás aquí para que hables, sino para que ella nos cuente lo que queremos saber. —Herbert Mundt se puso recto y, todavía de espaldas a Erika, añadió—: Dinos dónde guardaba el oro Emil, querida. Dínoslo ya y acabemos con esto de una vez.

—No sé nada de ningún oro —contestó Erika, levantando la voz—. Créeme. Te estoy diciendo la verdad. Lo que había en la maleta que le dejé a Mercedes fue lo único que me entregó Emil.

Mundt miró al sicario y asintió de nuevo, levemente, y el perro de presa, que aún sujetaba la cabeza de Navarro por el pelo, le estrelló el puño en el pómulo. Navarro ahora no pudo evitar un gemido agudo. Los músculos se le tensaron tanto que estaba seguro de que pronto empezaría a sangrar por los tobillos y por las muñecas. Trató de revolverse en la silla, pero el sicario volvió a descargar el puño en su cara.

No había duda de que cualquier cosa que fueran a hacerle sería para convencer a Erika de que les contase algo que ellos querían saber, y aunque Martín Navarro estaba convencido, o prefería estarlo, de que sería capaz de soportar la tortura hasta el límite de sus fuerzas, que Erika estuviera presente mientras le hacían daño no le ayudaría a mantener la cabeza fría, a tomar distancia, pensar que no estaba allí, que lo que estaba pasando no iba con él o le sucedía a otra persona.

Erika lo miraba, y no dejaba de gritar mientras Mundt y Becker la sujetaban, pero Navarro cerró los ojos, y le hubiese gustado taparse los

oídos también.

Un nuevo puñetazo del esbirro le hizo perder el conocimiento, y cuando quiso darse cuenta lo habían colocado de rodillas, frente al barreño enorme, tan grande como para saciar la sed de todos los caballos de la finca de Mercedes Corrientes.

El agua estaba helada. Uno de los dos hombres, no podía saber cuál de ellos, le sujetaba los brazos y le empujaba la espalda con la rodilla. El otro le había agarrado el pelo y le había hundido la cabeza en el barreño. Aquello no iba a ser corto, ni agradable, y a Navarro apenas le había dado tiempo de respirar hondo. Pero ¿y qué más daba cuánto aire hubiera reservado al respirar si lo obligarían a tener la cabeza dentro del agua hasta que quisieran, hasta que se ahogase si les daba la gana? Eso era lo peor. Someterse a la voluntad de unos sádicos. Que lo trataran como a un animal. Sin poder hacer nada más que plegarse a su voluntad malévola y esperar a que se cansaran de hacerle daño. Navarro, aunque alguna vez había tenido que asistir a alguno, avergonzado, siempre se había negado a participar en un interrogatorio que pudiera desembocar en una sesión de tortura. Ni siquiera se había ensañado jamás con un prisionero o con el traidor de turno al que tuviera que liquidar por cuenta del Partido. Cualquiera merecía morir dignamente, con la cabeza alta y sin ser humillado. Pero se le acababa el aire mientras pensaba en todos los hombres que había matado pero no quiso torturar aunque le hubieran dado permiso o incluso le hubieran ordenado hacerlo. El agua helada se le empezaba a colar en la boca y en la nariz, le llegaba hasta la garganta o le bajaba buscando los pulmones. Un momento después empezó a toser y a vomitar. No podía evitar las sacudidas del diafragma, aunque se ahogase. La tos era imparable, y aún tardó unos segundos en darse cuenta de que uno de los esbirros le había dado un tirón de la cabeza y la había sacado del barreño para que pudiera respirar.

¡Dejadlo ya!, había gritado Erika desde alguna parte de la habitación, pero no podía verla, y por culpa de la tos no le había dado tiempo a llenar de aire los pulmones y le habían vuelto a meter la cabeza en el agua. Incluso así podía oír los gritos. Le parecía que llamaba a su amiga Mercedes, pero no podía estar seguro. Aquellos tipos sabían muy bien lo

que se hacían: justo antes de que se desmayase volvieron a sacarle la cabeza del barreño.

Querida, podemos parar esto cuando quieras, oyó decir a uno de los alemanes, pero no supo si se trataba de Mundt o de Becker. Basta con que nos digas dónde está escondido el oro. Pero antes de enterarse de la respuesta de Erika ya tenía otra vez la cabeza dentro de la tina, y ahora tan sólo era consciente del agua turbia, las burbujas que le salían de la nariz y de la boca, el poco aire que se le escapaba. Seguro que los torturadores también estaban pendientes, y ahora era cuando más disfrutaban. Dentro de un instante me van a sacar la cabeza del agua, se dijo Navarro, y al menos entonces tendré la oportunidad de respirar, aunque sea un segundo, antes de que vuelvan a hundirme la cabeza en el barreño. Pero la mano del esbirro seguía agarrada a su cuello, firme, sin intención de aflojar la presión. Y ya no le quedaba más aire dentro, ya no había burbujas, y enseguida volvería a tragar agua, por la boca, por la nariz, y a lo mejor ahora ni siquiera tenían intención de sacarlo y lo iban a dejar ahogarse. Se revolvió, sin éxito, porque lo tenían muy bien agarrado y apenas podía hacer fuerza. Así que éste es el final, pensó. Haber llegado hasta aquí para morir ahogado, con la cabeza hundida en una cuba para lavar caballos, arrodillado y sin poder mirar a los ojos de mis verdugos.

Lo que más le disgustaba era morir sin saber qué estaba pasando, sin haber podido ser capaz de ayudar a Erika, aunque ya no estuviese seguro de que ella necesitase su ayuda. Con la cabeza metida en el barreño y el agua helada entrándole en los pulmones y en el estómago, ya no había nada que pudiera hacer salvo esperar un milagro, aunque no creyese en ellos.

De pronto dejó de oír los gritos de Erika, incluso ya no sentía la presión de las manos de los sicarios en el cuello y en los brazos, y el agua se había vuelto oscura, y también la habitación. Ya no tenía fuerzas Navarro, ya no podía resistir, y a lo mejor era verdad, como había escuchado tantas veces, que la muerte era dulce y se mostraba al perder las ganas de pelear, en la relajación de los músculos, en desmadejarse, dejarse llevar, no oponer resistencia hasta que el mundo que lo rodeaba dejara de existir y todo fuese oscuridad.

Por más que Erika golpease y empujase a Becker y a Mundt, ellos tenían más fuerza. Y ya había gritado demasiadas veces el nombre de Mercedes sin resultado como para esperar que viniera a detener esa locura. Los sicarios habían sacado la cabeza de Navarro del barreño, y ella temió que lo hubiesen matado. Se quedó mirándolo, sin poder contener las lágrimas. Que no esté muerto, por favor, se decía, para sí, inmovilizada entre Mundt y Becker. Que no esté muerto. Luego, entre los dos matones lo volvieron a sentar en la silla, desnudo, le amarraron los pies y las manos. Al menos seguía vivo. Inconsciente, pero vivo. Cuando terminaron de atarlo, el tipo que había estado en su casa de Salzburgo abrió un maletín que estaba en la mesa. Hasta entonces Erika no había reparado en él. Lo vio sacar un cable y, antes de que Navarro volviera en sí, se lo colocó en los testículos. Luego se separó de él y se volvió hacia Becker y Mundt, como si esperase su aprobación para seguir con la tarea, y sus dos viejos amigos soltaron a Erika. Con Navarro maniatado en la silla, cuatro hombres no tenían por qué preocuparse por ella.

—¡Sois unos hijos de puta! ¿Qué vais a hacer ahora? ¿Electrocutarlo?
Herbert Mundt sacudió la cabeza.

—No seremos nosotros quienes lo hagamos, querida. Si no nos dices dónde está el oro de Emil, será como si tú misma aplicaras la descarga.

Lo dijo y asintió despacio. Luego fue hasta la mesa y se volvió de nuevo hacia ella.

—Tú verás —le dijo—. Podemos hacer esto fácil o difícil. Depende de ti. Te doy mi palabra de que, si nos dices lo que queremos, os dejaremos marchar y no os volveremos a molestar.

Erika tragó saliva, procurando no desviar la mirada para ver lo que el esbirro le estaba haciendo a Navarro detrás de Mundt.

—Tu palabra...

—Somos hombres de negocios —dijo Becker—. Una vez que tengamos lo que queremos, ¿por qué habríamos de molestarte más? Deberías hacerle

caso a Mundt. Cuanto más fácil nos hagas esto, será mucho mejor para vosotros.

—Ya os he dicho que no sé nada del oro —respondió Erika, sin mirarlo, los ojos fijos en los de Mundt, que seguía quieto delante de ella—. No sé qué más puedo hacer para que me creáis.

Mundt se movió, para que Erika pudiera ver a Navarro. La barbilla le descansaba en el pecho, como si estuviera desmayado, y ahora de la entrepierna le brotaba un cable que terminaba en el maletín abierto sobre la mesa, y de éste salía otro cable más grueso que el esbirro enchufaba en la pared.

—Esto no va a resultar agradable —le advirtió Mundt.

Erika avanzó un paso en dirección hacia Navarro, pero Becker la sujetó por un brazo.

—Será mejor que ahora no te acerques a él —le dijo, empujándola, con suavidad aparente, en dirección contraria—. Le hemos prometido a Mercedes que no te haríamos daño, y eso también significa que no recibas una descarga eléctrica...

—¡Malditos seáis los dos! Llamad a Mercedes. Decidle que venga para que vea lo que estáis haciendo.

Ahora Alois Becker la sujetaba con las dos manos.

—¡Mercedes! —gritó Erika—. ¡Mercedes!

Sabía que era imposible que la dueña de la casa no la oyese, pero también era más que posible que no quisiera darse por enterada.

—Basta con que nos cuentes lo que sabes, querida —intervino Mundt, conciliador—. Todo sería tan sencillo si colaboraras...

Erika empujó a Becker, que intentaba sujetarla, pero apenas pudo zafarse un poco de sus brazos. Y aunque consiguiera soltarse, había otros tres hombres en la habitación que no dudarían en hacerle lo mismo que a Navarro si no les quedaba más remedio, aunque le hubieran prometido a Mercedes Corrientes que no le harían daño.

—Esperad, por favor —dijo, resignándose—. Esperad un momento. Si seguís haciéndole daño a Martín, el único oro que tendréis será el de vuestros sueños. Dejadme que hable con Mercedes.

—Lo siento. Eso no va a ser posible. Ya hemos hablado bastante cuando hemos llegado. Aparte de no lastimarte —matizó ahora, aunque para Erika no fue una sorpresa—, quedamos con ella en que se mantendría al margen de cualquier acción que necesitaríamos para conseguir nuestro propósito.

—No me lo creo. Es imposible que Mercedes no quiera saber lo que está pasando en su casa. Que estéis torturando a un hombre y mientras tanto ella mire para otro lado. —Erika se volvió hacia la puerta y gritó otra vez el nombre de su amiga—. ¡Mercedes! ¡Mercedes! ¡Ven aquí para ver lo que está pasando en tu casa! ¡Mercedes!

—Déjalo ya, Erika —le dijo Mundt, con mucha calma, igual que si le hablara a una loca—. Es inútil que te desgañites. Mercedes no te va a escuchar. No quiere saber nada de lo que pase en esta habitación. Ésa fue otra de las condiciones del acuerdo.

Erika se volvió, sin mirarlo siquiera, y le dio una bofetada. Mundt giró un poco la cara, pero encajó el golpe, resoplando, para controlar la ira.

—¡Soltadlo! ¡Malditos seáis! ¡No queréis enteraros de la verdad! Jamás he oído hablar de vuestro oro. Nunca me ha interesado vuestro dinero, ni vuestros ideales estúpidos. Lo único que habéis conseguido ha sido arruinarme la vida. —Lo dijo y se volvió otra vez hacia la puerta—. ¡Mercedes! ¡Mercedes!

—Erika —insistió Mundt, procurando, a pesar de la tensión, mantener el tono conciliador—. No nos obligues a amarrarte a una silla y amordazarte.

—Hazlo si te atreves. Inténtalo y te sacaré los ojos. ¿Y qué le vas a decir a Mercedes? ¿Qué me has tenido que atar porque no era capaz de permanecer callada mientras torturabais a Martín? —Giró un poco la cabeza hacia la puerta, sin dejar de mirarlo, y gritó, de nuevo—. ¡Mercedes!

Herbert Mundt negó con la cabeza, como si cumplir su amenaza le produjese una enorme pesadumbre. Uno de los sicarios se acercó enseguida, como un perro bien adiestrado que sabe exactamente lo que tiene que hacer cuando su amo se lo ordena. No queremos hacerte daño, Erika, oyó decir a Mundt. Ya no podía verlo porque el cuerpo del esbirro lo ocultaba. Fue a golpearle el pecho con los puños, pero las manos del tipo le habían sujetado

las muñecas con la misma facilidad que si fuera una niña, y la empujaba al otro extremo de la habitación. ¡Mercedes!, gritó una vez más mientras resistía inútilmente. ¡Mercedes!, pero ya sin esperanza, convencida de que la sentarían en una silla y la obligarían a ver cómo torturaban a Navarro, y que luego, quizá, también la desnudarían y la torturarían a ella, la abofetearían o le clavarían alfileres bajo las uñas o le colocarían esos cables que salían del maletín para quemarle la piel. Que aunque no le habían hecho daño o Mercedes hubiera puesto como condición para entregarle los papeles de Emil que a ella no la lastimaran, al final los dos, Navarro y ella, iban a correr la misma suerte, y ahora no habría nadie que pudiera salvarla, como en Berlín cuando fue a buscar agua después de haberse pasado tres días encerrada en su casa muerta de miedo. Y también sabía que, por mucho que se esforzase, no podría cerrar los ojos e imaginar que se elevaba en el cielo dentro de una pompa enorme de jabón, donde nadie pudiera tocarla. Cuando el sicario la llevó hasta la silla se dio cuenta de que estaba llorando, no supo si de rabia o de pena, porque aunque no quería se había resignado a su suerte, como el soldado que levanta las manos después de haber disparado el último cartucho.

Fue entonces cuando el esbirro, sin dejar de sujetar los brazos de Erika y mantenerla sentada en la silla, volvió la cabeza hacia Mundt, que estaba de espaldas. Navarro seguía inconsciente al otro extremo de la habitación, y el tipo que le había golpeado miraba la puerta, igual que Becker, y cuando el sicario que la sujetaba la soltó, Erika pudo ver que una de las criadas de Mercedes Corrientes había entrado en la habitación.

—La señora quiere hablar con Frau Liebermann —le oyó decir.

Mundt resoplaba, contrariado, pero no había dicho nada. Erika se puso de pie. La criada se esforzaba en mantener la vista clavada en el suelo, menos como un gesto adquirido después de toda una vida de servidumbre que por el convencimiento, o tal vez por orden de la dueña de la casa, de que bajo ningún concepto se le permitía mirar lo que estaba sucediendo dentro de la habitación. No pudo evitar preguntarse Erika si Mercedes le habría advertido a su sirvienta que si no permanecía todo el tiempo con los ojos clavados fijos en el suelo acabaría convirtiéndose en una estatua de sal.

Aún no había salido de la habitación cuando oyó la voz de Becker a su espalda.

—Procura no tardar, Erika. Ya lo sabes. Lo mejor para todos es que acabemos con esto cuanto antes.

Ella no tenía intención de volverse, pero Becker insistió.

—Erika —añadió—. No te olvides de que te estamos esperando.

Alois Becker no era de los que acostumbraban a hablar en vano. Antes de seguir los pasos de la criada, Erika se dio la vuelta, temiendo lo peor, cualquier gesto que subrayase la intención de sus palabras. Fue todo tan rápido que no supo qué ocurrió primero, ni siquiera el orden en que se fueron sucediendo las imágenes. La bombilla solitaria que colgaba del techo se iluminó de pronto, tanto que le pareció que iba a estallar. Luego se apagó durante un segundo y por un instante todo fueron sombras, como si el fin del mundo les hubiera pillado por sorpresa. Pero enseguida regresó la luz, y aún tardó Erika un momento en darse cuenta de lo que había pasado y su mente en ordenar los hechos para que pudiera comprenderlos: el gesto rápido con el que Alois Becker había indicado al sicario que ejerciera la presión necesaria, calculada, de la palanca que asomaba del maletín, y el alarido ahogado a duras penas de Navarro. Luego sobrevino un olor a quemado, pero Erika no se llevó la mano a la boca en un gesto de espanto. Ni siquiera gritó.

—Eres un hijo de puta, Alois —le soltó, reprimiéndose las ganas de escupirle a la cara—. Hace mucho tiempo que tenía ganas de decírtelo.

Pero Becker sonreía, a pesar del insulto. O quizá por ello. Resultaba evidente que disfrutaba con lo que acababa de pasar.

—Procura no tardar, querida. Vuelve antes de que sea demasiado tarde...

Erika siguió a la criada, y después de haber estado gritando el nombre de su amiga para que acudiera en su ayuda se preguntó si hablar con ella no sería más difícil, si sería tan dura que, comparados con Mercedes, los hombres que se habían quedado en la habitación no eran más que unos críos inocentes. Se sentía igual que un reo que ha de responder ante el tribunal del Santo Oficio. El pasillo se le antojó eterno y, antes de salir al patio,

sintió un escalofrío inoportuno y no pudo evitar frotarse con fuerza los brazos. Aunque caminaba detrás de la criada en silencio, estaba segura de que podría haber encontrado a Mercedes sin su ayuda. Seguro que donde los gritos del cuarto de la tortura, si es que llegaban, lo harían amortiguados por la distancia o por la calma imperturbable de un lugar como ése. Erika sólo podía imaginarse dentro de una pompa de jabón para aislarse de los peligros del mundo. Sin embargo, a Mercedes Corrientes le bastaba con acariciar las cuentas de un rosario y estar delante de una imagen de la Virgen.

Sólo había que cruzar el patio, rodear la fuente y seguir un sendero de piedras para llegar hasta la iglesia. Habían pasado muchos años desde la última vez que Erika había estado en la finca de Mercedes Corrientes, pero al recorrer ahora la distancia que separaba la capilla de la vivienda principal era como si no hubieran sido más que unos pocos días. Levantó la cara un poco, para recibir el sol agradable del invierno, como si los rayos pudieran hacer desaparecer, aunque fuese por un momento, el peligro o la inminencia de la muerte.

Cuando estuvieron delante del arco de la puerta, la doncella se hizo a un lado y la dejó pasar.

Entrar en una iglesia siempre era igual que sentir paz y una tranquilidad que no era posible fuera, como si bajo la bóveda o a través de los cristales emplomados sólo pudieran filtrarse buenas vibraciones. Pero Erika Walter no era una mujer acostumbrada a ir a misa. Había sido bautizada, y para ella la religión era, igual que para mucha gente, como un vestido que le hubieran colocado poco después de nacer y que siempre llevaba puesto porque no llamaba la atención ni le molestaba.

La última vez que había cruzado aquella puerta, lo recordó ahora, tan nítido como la imagen de un sueño que regresa durante la vigilia, cuando ni siquiera se recuerda que se ha soñado, fue poco antes de regresar a Berlín con Emil. Su matrimonio estaba roto desde hacía mucho tiempo, pero seguían juntos por estúpida inercia social o para mantener las apariencias. Su marido y ella se habían convertido en dos desconocidos. Ya apenas se veían. Él estaba siempre de viaje y Erika cada vez sabía menos de lo que

hacía. Y no quería saberlo. Qué pena. Después de haberse querido tanto. Al final del verano del 44 fue a pasar unos días a la finca sevillana de su amiga Mercedes, para despedirse de ella, pero sobre todo para pensar con el sosiego necesario en el futuro. Tenían que volver a Alemania. Emil estaba muy asustado desde el atentado fallido del conde Von Stauffenberg contra el Führer, y aunque ahora era un funcionario de la embajada alemana en Madrid, también ostentaba el rango de comandante. Hacía ocho años que no vestía de uniforme, pero con el pretexto de que la guerra se estaba volviendo adversa para Alemania, había recibido la orden de viajar a Polonia para incorporarse a una unidad de la Wehrmacht. Dejarían su piso y su vida cómoda de extranjeros en Madrid para volver a su casa de Berlín.

Tres días en Sevilla, en el campo, contándole sus penas a su amiga Mercedes Corrientes, convencida de que su vida ya no iba a ser la misma, y ahora, al pisar la capilla, los sentimientos de culpabilidad le dificultaban la respiración igual que entonces. No le gustaba recordarlo, pero a mediados de septiembre del 44, se colocó de rodillas en el banco, frente al altar, y aunque no creyese en los milagros ni tuviese la costumbre de rezar a la Virgen María, ni a Dios ni a ninguno de los santos, entre lágrimas le pidió a la Virgen que todo acabase pronto para ser libre otra vez, que a Emil lo mataran en el frente, enviudar cuanto antes para así poder disponer de su vida de nuevo, libremente, como cuando era soltera.

Por mucho que lo intentara sabía que hoy no podría encontrar la más mínima dosis de paz dentro de los muros de la capilla. A Navarro lo estaban torturando en una habitación de la casa, y con suerte hablar con Mercedes sólo supondría una tregua en su sufrimiento. Pronto volverían a golpearlo, a aplicarle descargas eléctricas si alguien no les daba lo que querían.

Al llegar a la altura de Mercedes se quedó mirándola, pero su amiga española murmuraba una oración con las manos cruzadas, los ojos cerrados, de rodillas frente a la estatua policromada, impasible, de la Virgen María.

Pasó casi un minuto hasta que Mercedes volvió la cara y se dirigió a ella.

—Acompáñame. Oremos las dos.

Erika se sentó en el banco, a su lado. No era el momento de ponerse a rezar.

—Mercedes. Me gustaría que entendieses que no tenemos tiempo. Ahí al lado le están haciendo mucho daño a Martín.

Mercedes Corrientes volvió la cara y la miró, con dureza. Los labios apretados y el ceño fruncido. Parecía haber envejecido diez años en un instante.

—De rodillas, Erika —le ordenó—. Estás delante de la Virgen. —Se hizo la señal de la cruz al decirlo—. No deberías olvidarte de eso.

Erika suspiró y, resignada, también hizo la señal de la cruz y se arrodilló junto a ella. Por mucho que no quisiera, estaba en casa de Mercedes y había de atenerse a sus normas si quería que la escuchara. Y negándose a cumplir sus deseos no ayudaría a Navarro.

—Recemos las dos, querida —le dijo Mercedes, complacida, cogiéndole la mano—. Recemos por nuestros pecados.

Dios te salve María, empezó a decir su amiga. Llena eres de gracia. El Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre Jesús. Erika murmuraba la oración al unísono, recordando de pronto las palabras exactas que hacía tanto tiempo que no pronunciaba a medida que iban formándose en los labios de su amiga. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Hasta que no repitieron la oración tres veces, Mercedes no hizo una pausa y, aprovechando que se había quedado en silencio, Erika aprovechó para hablar.

—Mercedes —le dijo, susurrando, para que no se enfadase—. No te ofendas, pero es muy importante que hablemos. Becker y Mundt acabarán matando a Martín si no lo impides. Le han quitado la ropa, le han golpeado y le han aplicado descargas eléctricas.

Mercedes asintió, pero en su cara no se movió ningún músculo.

—Lo sé, querida. Incluso desde aquí dentro no he podido evitar oírlo gritar.

—Tú puedes pararlo. Estamos en tu casa. Ellos respetarán tu decisión —le dijo Erika, mirándola a la cara, pero la otra seguía con la vista al frente, los ojos clavados en el avatar de la Virgen, como si le pidiese consejo.

—Los pecados, querida mía. Ése es el problema. Tiene que haber una forma de sacarlos afuera y quedarnos limpios. Por eso rezo cada día. —La miró, y ahora su rostro parecía despojado de odio y de remordimientos. Era todo dulzura—. Rezo por ti, rezo por nuestros amigos alemanes. Rezo por Emil. Incluso rezo por Martín, aunque te cueste creerlo.

—Aparte de rezar, bastaría una orden tuya para que Mundt y Becker parasen lo que están haciendo.

Mercedes movió la cabeza.

—Eso no es tan sencillo. Les prometí ayudarlos.

—¡Pero están torturando a Martín! ¿También les prometiste eso? ¿Qué los dejarías torturar a un hombre hasta matarlo?

Mercedes apretó su mano.

—Querida, lo único que les pasa es que tienen miedo. Están asustados porque no saben qué les va a deparar el futuro.

—Mercedes, Mundt y Becker son los malos. Parece mentira que no quieras darte cuenta.

Su amiga dejó escapar aire por la nariz, un gesto parecido al de una sonrisa cansada.

—¿Y quién podría saber dónde están los malos y dónde los buenos? ¿Son los malos ellos o lo es tu amigo? ¿Quién puede estar seguro de eso?

—Lo único que quieren Mundt y Becker es saber dónde está el oro de Emil. Y yo no puedo decírselo porque no lo sé.

—El oro —repitió Mercedes, bajando la voz todavía más, mirando a la Virgen—. Ése es el problema, según parece. El oro. Me dijeron que lo único que querían era los documentos con los que Emil había intentado chantajearlos. En esos papeles hay muchos argumentos para extraditarlos a Alemania, donde probablemente pasarán muchos años en la cárcel, o incluso serán ejecutados. Yo no puedo permitir eso. Les prometí que se los

entregaría, que hablaría contigo, y a cambio ellos me dieron su palabra de que no volverían a molestarte, que no te harían ningún daño.

—Si te asomas a la habitación de donde vengo podrás comprobar por ti misma que no han cumplido su promesa.

Mercedes volvió a mirarla, y sus ojos habían recuperado esa expresión dura que Erika no estaba acostumbrada a ver o no recordaba.

—Tu amante no formaba parte del trato. Y tú nunca me hablaste de él.

—¿Acaso lo habrías aceptado? ¿No me habrías juzgado de antemano o me habrías retirado el saludo por haberme enamorado de un comunista?

—Ni siquiera me lo contaste cuando viniste a mi casa a pedirme que te guardase los documentos. No fuiste del todo sincera conmigo. Pudiste haberme dicho que él también estaba en Madrid. Me pediste ayuda y yo te la presté, sin dudarlo, sin saber de qué se trataba. Sin preguntártelo siquiera. Pero tú no fuiste capaz de confiar en mí.

—Martín no estaba en Madrid cuando fui a tu casa. Yo no le había dicho nada sobre mi viaje a España. Él se presentó por sorpresa. No sabes cuánto se ha arriesgado por venir a buscarme. Han intentado matarlo. Pero pensaba contártelo. Íbamos a coger un tren para venir a verte, a pedirte ayuda, pero ellos nos encontraron en la estación y nos obligaron a acompañarlos. El resto ya lo sabes. Y a mí tampoco me ha gustado que les hayas entregado los documentos. Tú también me has traicionado, Mercedes.

—Lo único que yo he querido es hacer el bien, Erika. Ayudaros a todos. Erika tragó saliva, procurando aguantar las lágrimas.

—Van a matar a Martín... Puede que si tardo mucho en volver a la habitación y no les digo lo que quieren saber acaben con su vida. Luego, a lo mejor se disculparán contigo. Te dirán que se les ha ido la mano, que no era su intención, pero ya no tendrá remedio.

—Bastaría con que les dijeras lo que quieren saber.

—No sé nada del oro de Emil, Mercedes. Te lo juro. Tú sabes que Emil y yo ya no éramos un matrimonio aunque viviéramos juntos y guardásemos las apariencias. No estaba al tanto de su vida fuera de nuestra casa ni de sus trapicheos. Tampoco me sorprende lo del tesoro, pero no supe nada de eso hasta que ellos me han dicho que lo están buscando. Y deberías saber que

ese oro que tanto interés tienen en encontrar muy probablemente procede del expolio de los países ocupados por los nazis. No sé si lo has pensado...

—Se cuentan muchas cosas, y no creo que todas sean verdad. Los alemanes nos ayudaron a ganar la cruzada contra el comunismo, y, también, todo el oro del Banco de España se lo quedaron los rusos. ¿Acaso ese oro no es también robado y está manchado de sangre? ¿Quién puede tener la certeza de estar en posesión de la verdad?

Erika no contestó. Sabía que esa discusión no le llevaría a ninguna parte. Pero fue Mercedes la que cambió de tercio. Quizá opinaba lo mismo que Erika.

—¿Y no había ninguna información sobre dónde podría estar escondido el oro entre los papeles que Emil te pidió que le guardaras?

—Ninguna, Mercedes. Te lo juro. Yo no abrí ese maletín hasta el día que el mismo sicario de tus amigos que ahora está torturando a Martín vino a mi casa para matarme.

—¿Cuánto tiempo hacía que tenías los papeles de Emil en tu casa?

—Más de tres años.

Mercedes Corrientes asintió, pensativa.

—Lo raro es que no los hayan buscado hasta ahora.

—Lo mejor habría sido que no hubieran ido nunca a buscarlos. No estaríamos aquí ahora discutiendo. A lo mejor no habría pasado nada.

—Eso ya no tiene remedio. Ahora estamos aquí, en mi casa, y tenemos que buscar una solución.

—Pero yo no la tengo. Ya han conseguido los papeles de Emil, pero ya ves que lo que de verdad les interesa a Mundt y a Becker es el oro. Y yo no puedo decirles dónde está.

Mercedes suspiró. Volvió a mirar la imagen de la Virgen y bajó la cabeza, murmurando una oración. Al cabo, se dirigió de nuevo a su amiga.

—Erika, mírame a los ojos y contéstame, por favor. Quiero que seas sincera. ¿De verdad que no sabes nada del oro de Emil?

Ahora fue Erika la que le cogió las manos y acercó su cara a la de ella, para que pudiera verla bien.

—Mercedes, te lo juro por lo más sagrado. Jamás he sabido ni he querido saber nada del oro de Emil. Si viajé a Madrid fue para entregar personalmente los documentos y asegurarme de que estos malnacidos me dejarían en paz para siempre. Es la verdad, y es lo único que tengo. No puedo hacer más para que creas que estoy siendo totalmente sincera contigo. Y ahora, contéstame. ¿Les dirás que paren de hacerle daño a Martín?

Mercedes Corrientes no había dejado de escrutar sus ojos, como si esperase encontrar una mancha, una brizna de sospecha que la llevase a descubrir que Erika no le decía toda la verdad. ¿Podía detener lo que estaba pasando en su casa? Por supuesto que sí, pero tenía que estar segura de que era sincera.

—Júramelo por la Virgen, Erika —le pidió, señalándole con la barbilla la imagen sobre el altar—. Júrame por la Virgen que no sabes nada.

Erika se dibujó la señal de la cruz sobre el pecho, enfrentando la imagen de la Purísima.

—Te juro por la Virgen que no sé nada del oro, Mercedes. Que nunca lo he sabido ni me interesa. Lo único que quiero es poder marcharme con Martín y que nos dejen vivir en paz. Me da igual que Becker y Mundt y cuantos nazis estén escondidos en España puedan seguir en este país hasta que se mueran de viejos. Y tampoco me importa que encuentren un cofre repleto de lingotes de oro con tal de no volver a saber nada de ellos el resto de mi vida.

Mercedes cerró los ojos después de escuchar el juramento de Erika, como si necesitara asimilarlo despacio o asegurarse de que no le estaba mintiendo. Luego la miró, impasible, como el juez que hace una pausa antes de dictar sentencia. Contra todo pronóstico, era Mercedes Corrientes la que tenía la potestad de decidir sobre sus vidas, no sólo sobre la de Navarro y la suya, sino también de marcar el destino de la gente como Alois Becker y Herbert Mundt. No tenía ningún mérito esa certeza porque era conocido por todos que Mercedes Corrientes era la única heredera de un banco entero, y Erika lo supo desde el principio, pero hasta ese momento no fue del todo consciente de la verdadera naturaleza del poder de su amiga. Era intocable.

Seguro que le bastaba con un gesto, un simple pestañeo tal vez o una llamada para decidir a su antojo el futuro de todos ellos: que mataran a Navarro o lo dejaran libre; que Becker y Mundt pudieran disfrutar de una jubilación tranquila, a salvo de los cazadores de nazis, en España o en Sudamérica, o los subieran a un avión rumbo a Alemania cargados de grilletes. Y sus viejos amigos alemanes también lo sabían, seguro que se habían dado cuenta mucho antes que Erika. Por eso habían ido hasta allí y acatarían la decisión de Mercedes sin rechistar, o si protestaban lo harían con el mayor de los respetos, como el subordinado diligente que teme contradecir a su jefe.

Mercedes Corrientes seguía mirándola, sin darle una respuesta, y Erika estaba empezando a impacientarse, pero se esforzó en morderse la lengua unos segundos, por si acaso no era una buena idea insistir o interrumpir mientras tomaba una decisión. Pero, después de un momento, Erika se dio cuenta de que no la miraba. Estaba pendiente de otra cosa. Se dio la vuelta, para ver de qué se trataba, y en la puerta de la capilla, como si no se atreviese a entrar o no quisiera profanar suelo sagrado, Herbert Mundt las miraba a las dos, la cabeza un poco inclinada, las manos guardadas en los bolsillos, esperando también la decisión de Mercedes Corrientes.

—Mercedes —dijo, muy educado, cuando le pareció que la heredera de la fortuna del banco Corrientes le daba permiso para hablar—. Disculpa que os interrumpa, pero se nos va el tiempo.

Mercedes asintió antes de volverse despacio hacia el altar, hizo la señal de la cruz, se levantó y se encaminó a la puerta.

Erika la siguió.

—No hay prisa, querido —le dijo—. No hay prisa. Tenemos que hablar con calma sobre esto.

—Pero... Pensé que ya lo habíamos hablado.

—Sí, lo habíamos hablado. Pero aún debemos discutir ciertos detalles antes de seguir adelante.

Mundt asintió, resignado.

—Como quieras. Aunque para mí está todo bastante claro.

—Para mí también lo estaba, pero ahora un hombre está siendo torturado en mi casa y me gustaría que me explicaras algunas cosas — humilló la mirada y se quedó un momento callada, como si tuviera que pensar muy bien la frase siguiente o le costase decirla— y quizá yo también deba explicaros algunas cosas a vosotros. —Hizo un gesto con la mano para que se acercara la criada que ahora esperaba a una distancia prudente, le susurró unas palabras al oído y luego se dio la vuelta para dirigirse a Erika —. Será mejor que la acompañes a la casa. Tengo que hablar con nuestro amigo, y me gustaría hacerlo en privado.

Erika obedeció, pero no podía marcharse sin hacerle una última pregunta.

—¿Qué va a pasar con Martín, Mercedes?

La otra miró a Mundt antes de responderle.

—Eso nadie puede saberlo. Reza por él, querida mía. Reza por todos nosotros. El destino de tu amigo no está en mis manos, sino en las de Dios.

Erika siguió a la criada a la casa a regañadientes, pero no dijo nada. Al menos había ganado un poco de tiempo, y puede que mientras Mercedes y Mundt estuviesen hablando, a Navarro no le hicieran daño. Siguió a la doncella hasta la vivienda, y antes de que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad ya buscaba el final del pasillo, la puerta de la habitación donde estaba Navarro. Quería adelantar a la mujer que la precedía en silencio, correr hasta allí para ver cómo se encontraba, pero antes de llegar a la mitad del pasillo que ahora se le antojó más largo que nunca, la criada se detuvo y le indicó que entrase en el salón.

—Prefiero volver a la habitación —le dijo Erika, señalando la puerta al otro extremo del corredor.

La mujer sacudió la cabeza inmediatamente, como si estuviera esperando o no le sorprendiese su petición.

—Eso no va a ser posible, señora —le dijo, bajando los ojos, sin perder el respeto que le imponía su condición de amiga de la mujer que le pagaba, pero con firmeza—. Debe usted esperar aquí hasta que venga la señora.

Erika resopló. Si se lo proponía, podría empujar a la criada y llegar hasta el cuarto del final del pasillo en dos zancadas, pero no era imposible

que alguno de los dos hombres que acompañaban a Becker y a Mundt la obligaran a salir. Lo mejor era obedecer. Obedecer y esperar. Su posición era tan precaria que no podía hacer otra cosa. No le quedaba más remedio que admitirlo.

Erika pensaba que si el tiempo transcurría tan despacio aquel día no acabaría nunca. Sentada en el salón, miraba las brasas de la chimenea consumirse. La criada no se había movido de la puerta. Era como si no hubiese nadie más en la casa, y lo único que oía de cuando en cuando eran los bufidos y los relinchos de los caballos encerrados en la cerca. Sólo esperaba que Navarro estuviese bien, aunque no sabía cómo interpretar el silencio en la habitación del final del pasillo. Los imaginó Erika a todos callados, expectantes por saber cuál sería el siguiente paso, temeroso quizá Becker de la decisión que pudiera tomar Mercedes. Los sicarios adiestrados, obedientes, esperando una orden, y Navarro puede que agobiado por la incertidumbre de lo que iba a pasar con él. Pero no: Martín era fuerte, un valiente, y Erika sabía que resistiría hasta el final de sus fuerzas, pero también era lógico que a estas alturas, y después de todas las cosas que le habían pasado desde que llegó a Madrid, la confianza que tenía en ella se hubiera resquebrajado. ¿Qué está pasando, Erika?, le había preguntado cuando fue a buscarla a la pensión. Desde entonces habían surgido muchas más preguntas, y aún no había sido capaz de responder satisfactoriamente a la primera. Ojalá que cuando todo terminase, y ojalá que terminase pronto, los dos pudieran hablar y ella le explicase tranquilamente todo lo que quisiera saber, que la entendiera, que no resolviera marcharse de su lado para siempre.

Le hubiera gustado saber cuánto tiempo había pasado, pero no era capaz de aventurarlo cuando Mercedes entró en el salón seguida de Herbert Mundt.

—Acompáñanos, Erika —le dijo su amiga, pero ella ya se había puesto de pie.

Mercedes Corrientes no se quedó a esperar su respuesta o ver la expresión de su cara. Sin darle ocasión de decir nada se dio la vuelta, salió del salón y se dirigió a la habitación donde debían de estar los demás. Mundt esperó a que Erika lo precediera, y ella no supo si lo hizo por la caballerosidad de la que no era capaz de desprenderse a pesar de que en las últimas horas no había dejado de amenazarla, o porque pensaba que podría hacerle daño en un intento desesperado de escapar de allí o salvar a Navarro.

Nadie se había marchado de la habitación. Navarro seguía maniatado a la silla, en silencio, desnudo, y esa mancha de sangre oscura tapándole media cara, desde la ceja hasta el pecho.

Herbert Mundt carraspeó, como si le costase hablar o quisiera asegurarse de tener la voz lo suficientemente clara.

—Desátalo —le ordenó al esbirro que lo había golpeado y aún llevaba arremangadas las mangas de la camisa, dispuesto a continuar la faena—. Y dale su ropa para que se vista.

Los ojos de Erika buscaron los de Mercedes, pero su amiga española tenía la vista clavada en el hombre al que Mundt le acababa de dar la orden. El otro había tardado un segundo en reaccionar, como si no hubiera acabado de entender las palabras de su jefe, pero Mercedes Corrientes no estaba acostumbrada a que se cuestionaran en su casa, no ya sus órdenes, ni siquiera sus deseos, y un segundo de titubeo era demasiado tiempo. Comenzaba a impacientarse, pero antes de que Herbert Mundt hubiera de repetirlo o decirle ella misma al esbirro lo que tenía que hacer, el tipo sacó una navaja del bolsillo, la empalmó con un chasquido metálico y de un tajo cortó las ligaduras de Navarro.

—¿Qué significa esto? —Alois Becker no estaba dispuesto a callarse sin que se lo explicasen. Él no era un matón a sueldo, sino un amigo de la anfitriona desde hacía muchos años—. Mercedes, esto no es lo que habíamos hablado. No podemos dejarlo libre, al menos hasta que hayamos resuelto este asunto.

Mercedes Corrientes no le respondió. Estaba observando atentamente cómo el sicario terminaba de liberar las ataduras de Navarro, que ahora se

frotaba las muñecas enrojecidas y la parte de los tobillos donde la piel se había desgarrado por culpa de las cuerdas y los intentos inútiles de soltarse.

—Nadie se va a marchar —le dijo Mundt, para tranquilizarlo—. Pero todavía vamos a tener que estar un buen rato aquí, y será mejor que todos nos pongamos cómodos.

Becker no se quedó conforme con la explicación de su socio, pero tampoco insistió. Estaba convencido de que Mundt le contaría antes o después lo que estaba pasando.

El otro esbirro cogió el bulto de la ropa arrugada y se la tiró a Navarro, para que se vistiese. Martín recogió los pantalones y la camisa, despacio porque le dolía todo el cuerpo o porque no tenía prisa, y luego se levantó y se dio la vuelta, sin mirar a nadie, ni siquiera a Erika. Y hasta que no empezó a vestirse, Mercedes no se volvió hacia ella.

—Erika —le dijo—. Os vais a quedar todos aquí hasta que yo vuelva. Mundt me ha dado su palabra de que ni a ti ni a Martín os va a suceder nada. —Se volvió hacia el alemán, como si quisiera recordarle su promesa—. Tenéis la casa a vuestra disposición mientras yo esté fuera. Mis empleados os atenderán en todo lo que necesitéis.

—¿Cuánto tardarás en volver? —le preguntó Becker cuando Mercedes ya se disponía a salir de la habitación.

—Espero que no mucho. Seguramente regresaré por la tarde. Sólo habréis de tener un poco de paciencia, y quizá podamos resolver esto de una manera satisfactoria para todos.

—¿Y no sería mejor que te acompañásemos uno de nosotros? —le preguntó Becker, después de mirar a Mundt, como si hubiera estado esperando hasta el último momento el ofrecimiento de su socio para ir con ella.

Mercedes Corrientes sacudió la cabeza, tajante.

—De ninguna manera. Sólo será posible que pueda ayudaros a todos si tenéis paciencia y confiáis en mí.

Capítulo 19

Nuestro hombre en Sevilla

Acomodado en el asiento del copiloto, Artemio Corona sacó una pitillera de oro del bolsillo interior de la chaqueta y encajó un cigarrillo entre sus labios. Luego buscó un mechero también dorado y lo encendió despacio, igual que si estuviera sentado en la terraza de un bar después de haber disfrutado tranquilamente de un buen desayuno. En la parte de atrás, a Gregorio León le chirriaron las tripas cuando pensó en un café y una tostada.

Poco más de media hora después de haber salido de la estación en Sevilla, Robert Bishop había detenido el coche junto a la cuneta, en el lugar donde Artemio Corona le había indicado que lo hiciera.

—Justo ahí —le dijo—. Por ese camino se llega a la finca de la familia Corrientes. Si siguiéramos un poco, más adelante podríamos ver el tejado de la casa desde la carretera. Tu hombre no debe de estar muy lejos. Esperemos un poco y seguro que nos verá y saldrá a nuestro encuentro.

El americano aún no había apagado el motor. Giró un poco el volante y aparcó detrás de una chumbera frondosa.

—No está de más ocultarnos —explicó—. Así será más difícil que alguien que salga de la finca nos vea.

—Bueno, parece que definitivamente se trata de un asunto serio —comentó Artemio Corona, socarrón.

—Todavía estás a tiempo de quedarte al margen —respondió Bishop—. En cuanto aparezca Whitaker y nos informe de la situación puedes irte con él a Sevilla. —Se volvió hacia Gregorio—. Supongo que tú no querrás marcharte, ¿verdad?

—Después de haber llegado hasta aquí no me voy a echar atrás.

—¿Y qué ibas a hacer sin coche? —le preguntó Artemio Corona a Bishop, tardíamente—. ¿Y si lo necesitas? No, no me parece buena idea. Yo también me quedo.

Gregorio León aceptó un cigarrillo del sevillano y se relajó en el asiento trasero, mientras esperaba a que el agente que también había viajado en el tren apareciera. El tipo que los estaba esperando en la estación cuando llegaron a Sevilla le resultaba tan peculiar como extraño. Saltaba a la vista que entre Bishop y él existía la vieja camaradería de haber compartido problemas y confidencias en momentos difíciles. Aunque prefirió quedarse al margen prudentemente de la conversación que habían mantenido durante el trayecto, había colegido que Artemio Corona pasó una larga temporada en Inglaterra durante la guerra, y que probablemente allí había conocido a Robert Bishop. No estaba seguro de si ahora el sevillano también era un espía que colaboraba con el servicio secreto norteamericano. Hasta estos últimos días, Gregorio nunca se había parado a pensar en la apariencia que tendría un agente secreto o cómo debería comportarse, y desde que se había puesto a darle vueltas, la única conclusión que había sacado era que un espía podría ser cualquiera, desde un extranjero que le pisara los talones en la noche de Madrid hasta un sevillano vestido con traje impecable y pinta de aristócrata, bastón con empuñadura de plata y pañuelo perfumado asomándole por el bolsillo de la chaqueta.

Según parecía, Artemio Corona había recogido al agente Whitaker en la estación y en su coche habían seguido juntos a Navarro y a los demás hasta el lugar donde se hallaban ahora. Después, seguramente mediante una llamada, se habían informado de que Bishop iba camino de Sevilla, y fue a buscarlos a la estación mientras el subordinado del americano se quedaba vigilando. Luego había dejado su coche en la estación y todos habían ido en el de Bishop. Parecía todo tan chapucero y tan bien coordinado al mismo

tiempo que Gregorio no sabía si admirar su capacidad o reírse en su propia cara ante aquella estrategia improvisada que supuestamente debería terminar con unos cuantos nazis entre rejas.

Con los ojos medio cerrados había escuchado que Artemio le contaba a Bishop durante el camino algunas cosas de Mercedes Corrientes. A Gregorio le sonaba el nombre, pero no había caído en la cuenta de que se trataba de la heredera de la fortuna de la banca Corrientes, una de las mujeres más ricas de España. Por lo visto, Navarro y los demás habían ido a su finca de Sevilla. Yo la conocí cuando todavía no andaba, le contó Artemio Corona al americano. Una pena lo de sus padres. Estaba muy unida a ellos. Es una mujer muy religiosa. Supongo que aceptó aquella tragedia como la voluntad de Dios. Incluso señaló un monasterio, a la derecha, poco antes de llegar a la finca, que se había mantenido durante muchos años gracias a las generosas aportaciones de la familia Corrientes. Por aquí es una mujer muy querida. Yo también le tengo aprecio.

Gregorio tenía tanto sueño que temía quedarse dormido con el cigarrillo en los labios, la colilla suspendida en la boca, a punto de caerse y quemarle la camisa. Abrió los ojos cuando escuchó una voz que no le resultaba familiar. Alguien acababa de llegar y hablaba con Bishop en un idioma extranjero. Inglés, seguramente. Por más que se fijó, a Gregorio no le sonaba su cara, pero seguro que se trataba del agente que había subido al tren en Madrid al mismo tiempo que él.

—Están todos dentro. —Bishop se volvió para traducirle la conversación. Seguro que Artemio Corona entendía el inglés y no lo necesitaba—. No han salido desde que llegaron.

—Estupendo —respondió Gregorio—. ¿Y qué se supone que vamos a hacer? ¿Quedarnos aquí hasta la hora de merendar?

—Tendremos que improvisar algo —dijo Bishop, volviéndose otra vez hacia el agente recién llegado, pero en realidad estaba hablando para sí mismo.

Gregorio León metió la cabeza entre los dos asientos delanteros.

—Somos cuatro, y ahí hay otros cuatro hombres además de Navarro y la mujer austríaca. Yo no llevo pistola, pero seguro que al menos tú y tu

agente sí lleváis. Bien mirado, creo que con Navarro los superamos en número.

—¿Me estás sugiriendo que entremos con las pistolas desenfundadas, como en una película del Oeste? —Bishop hablaba como si repitiera los argumentos de un demente. A su lado, Artemio Corona sonreía bajo el bigote, en silencio. Pero Gregorio no se achicó.

—¿Se te ocurre una idea mejor? No podemos llamar a la policía, y yo no voy a quedarme de brazos cruzados sin ayudar a Navarro. —Hizo una pausa y miró a los tres a los ojos, uno por uno—. Estoy seguro de que él haría lo mismo por mí.

Artemio Corona se volvió hacia él.

—En la finca de la familia Corrientes hay varios trabajadores. No se trata sólo de cuatro hombres. Seguro que son algunos más.

—¿Has podido ver cuántos? —le preguntó Bishop al agente Whitaker, en español.

—En la entrada hay un guarda. Lleva escopeta. No he podido acercarme más sin arriesgarme a que me viera. Pero estoy de acuerdo con Artemio. Debe de haber algunos hombres más en la finca. Parece un sitio grande.

—Dejadme salir del coche —dijo Gregorio—. Entraré yo solo si no queréis acompañarme.

—No seas loco, chaval —le detuvo Bishop—. Si entras ahora, lo único que vas a conseguir es que te maten. Yo no tengo ningún inconveniente si es lo que deseas, pero es que también vas a estropear la operación, y eso no puedo consentirlo.

Gregorio León resopló, incómodo y contrariado. Ellos eran tres y no podría salir del coche si no querían. Además, el americano tenía razón. Entrar ahí solo y a pecho descubierto era un suicidio, sobre todo porque seguro que el tipo que estuvo a punto de matarlo en el tren no se había olvidado de su cara.

—Pues entonces piensa en una alternativa, y hazlo rápido —replicó, sin embargo, pero también sin ningún ánimo de disimular su enfado. Por nada del mundo iba a decirle a Bishop que tenía razón.

—¿Cuánto tiempo llevan ahí dentro? —le preguntó Bishop a Whitaker.

—Poco más de tres horas.

—¿Y en todo ese tiempo no ha venido nadie?

—Nadie, jefe —contestó el otro, señalando un lugar al otro lado de la carretera—. No me he movido de ese árbol ni para mear.

—¿La finca tiene otra entrada? —le preguntó a Artemio.

—No, que yo sepa. Pero tampoco me preocuparía por eso. Dudo que haya otra forma de salir de la finca que no sea campo a través, saltándose el cercado. Pero no tiene sentido darse una caminata pisando terrones, entre olivos y toros bravos, pudiendo hacerlo por la puerta, digo yo.

—A no ser que sepan que estamos aquí...

—En ese caso, sería imposible adivinar por dónde podrían salir. La finca tiene quinientas hectáreas. Si quisieran, incluso podrían escapar montados a caballo y lo más probable sería que cuando nos diéramos cuenta ya estuvieran muy lejos.

Robert Bishop resopló, pensativo.

—Entonces será mejor que nos quedemos por aquí. Contamos con la ventaja de que no saben que los estamos buscando. Y si no lo saben no hay ningún motivo para que salgan por otro sitio.

—¿Y qué haremos? ¿Esperar hasta que se haga de noche para entrar? —preguntó Gregorio, mirando su reloj.

El agente Whitaker se dio la vuelta en dirección hacia la carretera.

—Parece que sale un coche —dijo, agachándose.

Todos aguantaron la respiración un momento, como si así pudieran evitar que los viesen.

—No creo que puedan vernos, a no ser que estén buscándonos —comentó, para tranquilizarlos—. Pero dudo que sepan que estamos aquí.

El morro oscuro de un lujoso Rolls Royce con los neumáticos blancos y negros asomó en la entrada del camino, giró a la derecha, despacio, y enfiló la carretera en dirección a Sevilla. Ni el conductor ni la mujer que iba sentada en la parte de atrás repararon en el coche que estaba oculto detrás de la chumbera.

—Supongo que ésa era Mercedes Corrientes —le dijo Bishop a Artemio Corona.

—Creo que sí.

—Su chófer debe de llevarla a alguna parte. —Volvió la cara hacia el Rolls que se perdía detrás de una cuesta.

—Podemos seguirla si quieres —sugirió Artemio.

Bishop sopesó la propuesta unos segundos, en silencio.

—Sólo tendríamos que dividirnos —añadió el sevillano—. Nos quedamos dos aquí, y otros dos siguen al coche de Mercedes.

—No creo que importe demasiado adónde vaya Mercedes Corrientes. Puede que incluso haya decidido regresar a Madrid. Lo que nos preocupa está ahí dentro. —Señaló con el dedo el camino—. Nos quedaremos aquí.

Luego se bajaron del coche los tres. Gregorio León fue el último en salir.

—¿Qué hacemos? —preguntó, de nuevo.

Bishop se quedó mirándolo. El periodista no tenía en la cabeza otra idea que no fuese ir en busca de su camarada, y él lo único que quería hacer era dejar pasar el tiempo, esperar hasta que los nazis a los que estaba siguiendo salieran de su escondite y se pusieran nerviosos y cometieran algún fallo que le permitiese encontrar una prueba irrefutable contra ellos. La motivación de Gregorio León era mucho más urgente, primaria, visceral. Y a medida que pasaba el tiempo tenía más claro que iba a ser muy difícil ponerse de acuerdo. Que no se enfrentaran incluso.

—No podemos hacer nada salvo esperar a que salgan también de la finca, y entonces seguirlos a donde vayan.

—¿Y si no salen? ¿Y si se quedan ahí dentro varios días? Navarro puede estar muerto. Si yo he venido hasta aquí ha sido para ayudarle.

—Si entras ahí lo único que vas a conseguir es que te maten. Además de estropear la operación. Ya te lo he dicho...

Gregorio León sonrió, despectivo.

—No hace falta que finjas que te preocupas por mí. A ti te da lo mismo que me maten a mí o que maten a Navarro. Lo único que te importa es encontrar una forma de encerrar a esos nazis.

—No digas tonterías. Las cosas no son tan simples como crees.

—Sí que lo son. Yo quiero ayudar a mi amigo, y a ti te da igual.

Gregorio León dijo la frase y le dio la espalda. Se encaminó hacia la carretera, decidido, con la chaqueta sucia y el pantalón arrugado, como un mendigo. Pero apenas había avanzado un par de pasos cuando dos zarpas lo sujetaron por los hombros y lo empujaron contra el coche. Gregorio se revolvió, sin éxito. Le dolía todo el cuerpo y resultaba evidente que no era la primera vez que el agente Whitaker tenía que reducir a alguien.

—Relájate, Gregorio —le advirtió Bishop—. Si cada uno hace lo que quiere, al final no conseguiremos nada. Ni salvar a tu amigo ni detener a Becker y a Mundt.

—¡Aquí parados tampoco vamos a resolver nada! —respondió Gregorio, con la mejilla aplastada contra la ventanilla del coche—. Quedaos aquí si queréis, o marchaos, pero yo no me voy a ir sin entrar en el cortijo. Y seguro que tú también sabes que quedándonos cruzados de brazos no vamos a solucionar nada.

—Al menos no espantaremos la presa.

—¡Dejadme entrar! ¡Maldita sea! —replicó Gregorio, revolviéndose otra vez, de nuevo sin éxito—. A mí ya me han visto en el tren. Seguro que no les va a sorprender verme otra vez. Si me descubren no me relacionarán contigo ni con tus intenciones. Ellos no tienen por qué sospechar.

Robert Bishop suspiró, y luego le puso una mano en el hombro. A pesar de aquella muestra de confianza, Whitaker seguía sujetándolo con firmeza.

—Escúchame, Gregorio. ¿Te han torturado alguna vez? Seguro que no. Si no te matan de un tiro antes, no dudo que te interrogarán para que les digas cuanto quieran saber. Y, créeme. Al final lo conseguirán. Ningún hombre es capaz de aguantar la tortura. Por muchas mentiras que te hayan contado, te aseguro que no se trata más que de baladronadas.

—Si entro, a lo mejor todo acaba antes de lo que esperas. Como el hurón en la madriguera de los conejos. A lo mejor consigo que salgan de ahí para que puedas cazarlos. Tú mismo me lo dijiste.

Bishop negó con la cabeza, y Gregorio León se quedó en silencio, resignado. El otro no lo soltaba, y no había nada que pudiera hacer salvo esperar a que el jefe tomara una decisión.

Pero no fue Bishop quien habló, sino Artemio Corona.

—Se me acaba de ocurrir una idea —dijo, y luego se quedó callado, como si se hubiera arrepentido de intervenir antes incluso de terminar la frase o esperase que Bishop lo animase a continuar.

Pero el americano lo miraba, también en silencio.

—Yo podría entrar en la finca —continuó Artemio—. O al menos intentarlo. Puedo presentarme y decir que he venido a hacer una visita a Mercedes. Tiene sentido, porque soy un viejo amigo de la familia. Si me dejáis el coche, tal vez él pueda esconderse en el maletero. Lo que haga una vez que esté dentro será su problema.

Robert Bishop negó con la cabeza.

—Demasiado arriesgado —dijo.

—Pero quizá tenga razón el chaval —contestó Artemio—. Quedándonos aquí de brazos cruzados no vamos a resolver nada. A no ser que tengas otros planes...

Bishop miró alternativamente, en silencio, al agente Whitaker, que aún seguía sujetando a Gregorio, al periodista, y a Artemio Corona.

—Entraré con la excusa de hacer una visita a Mercedes —explicó Artemio—. Luego, si ella no vuelve, me marcharé. Y Gregorio podrá quedarse o volver a meterse en el maletero del coche. Si quiere o si puede, claro está.

El americano seguía callado, como si estuviera sopesando la posibilidad de hacer caso a Artemio Corona. Bien mirado, no tenía mucho que perder si los dejaba entrar en el cortijo. Al menos así se libraría de la molestia de Gregorio León, que estaba tan obcecado por encontrar al capitán Navarro que no era imposible que al final tuviera que darle un tiro para que no terminase metiendo la pata. Y tampoco le faltaba razón al periodista cuando le dijo que si lo descubrían no tendrían por qué relacionarlo con él. A no ser que lo torturasen y lo hicieran hablar... Bishop dudaba que Gregorio consiguiera salirse con la suya sin que lo atraparan, pero tampoco le faltaba razón: lo mismo dejándolo entrar en la finca conseguiría acelerar el final, que Becker y Mundt salieran de su escondite antes de lo previsto. Efectivamente: como los conejos que huyen después de que el cazador libere al hurón en la entrada de la madriguera.

—De acuerdo —dijo—. Iréis los dos. Artemio, dejo a tu criterio el tiempo que tengas que estar en el cortijo. Si Mercedes Corrientes no regresa, supongo que tendrás una excusa estupenda para marcharte. Y si ella vuelve antes de que tú te hayas ido, tal vez puedas enterarte de algo interesante. —Luego se volvió hacia Gregorio, que seguía inmobilizado por el agente Whitaker—. Una vez que estés dentro no podremos ayudarte. Espero que sepas lo que estás haciendo.

El otro lo liberó después de que Bishop se lo indicara con un gesto al terminar la frase, y Gregorio León se frotó los brazos, aliviándose de la sensación molesta de estar sujeto contra su voluntad.

—No he venido hasta aquí para quedarme quieto como un espantapájaros. No te preocupes, que si me cogen os mantendré al margen a ti y a tus asuntos. —Se ajustó la chaqueta, como si se preparase para salir de fiesta—. Nuestros intereses ya no son los mismos. Era algo que tenía que pasar antes o después.

—Ten mucho cuidado —le dijo Bishop, luego de pensárselo un instante, y después se dirigió al agente Whitaker—. Dale una pistola.

Gregorio asintió.

—Me quedaré más tranquilo si vas armado —añadió Bishop.

—Ten en cuenta que puedo dispararle a alguno de tus objetivos —le advirtió Gregorio.

—Preferiría atraparlos vivos y con las manos en la masa —replicó el americano, tan serio que no dejaba margen de duda respecto a lo que pensaba—. Lo que vas a hacer es un suicidio. Lo sabes, ¿verdad?

Gregorio se guardó la pistola entre los riñones y el cinturón y se encogió de hombros.

—Ya te he dicho que no he venido hasta aquí para quedarme de brazos cruzados. No sé cómo, pero intentaré sacar de ahí a Navarro.

—¿Y si no puedes hacerlo?

—Si no puedo, que el Diablo nos lleve a todos.

Robert Bishop se volvió hacia Artemio Corona, buscando un poco de cordura. Estaba dispuesto a sacrificar a Gregorio León si no le quedaba más remedio, pero aunque con los años había aprendido a ser tan pragmático en

su trabajo que muchas veces sentía náuseas de sí mismo, se obligaba a mantener un mínimo resquicio de dignidad, una dosis de humanidad, aunque fuera muy pequeña, que lo reconciliase consigo mismo.

—Artemio —le preguntó—. ¿Tú también estás seguro de querer hacer esto?

El sevillano levantó las manos, como si pretendiera excusarse.

—Ya que estoy aquí sería muy descortés por mi parte no pasarme a visitar a una amiga...

Cinco minutos después, las palabras de Robert Bishop seguían martilleándole en la cabeza. Mientras conducía el Dodge del americano por el camino hacia la entrada de la finca de Mercedes Corrientes, Artemio Corona no dejaba de preguntarse cuál era la razón por la que se había involucrado en aquella guerra que no era la suya, por qué se buscaba problemas sin necesidad, con un desconocido escondido en el maletero de un coche prestado. Ese año cumpliría los sesenta, y seguía colaborando con los servicios secretos británico y norteamericano, pero sabía que no lo hacía sólo por dinero o para asegurarse una jubilación digna. Había algo más. Siempre hay algo más. Algo que superaba, incluso, la emoción del peligro, y era un sentimiento que lo sorprendía, invariablemente, cuando se presentaba. Alguien lo había llamado desde Madrid para decirle que un agente subordinado de Robert Bishop probablemente llegaría en tren a Sevilla y necesitaría su ayuda, y de repente se acabó el tedio. Adiós al aburrimiento. Estaría ocupado durante unas horas o unos cuantos días, le pagarían generosamente por acompañar a ese agente a donde tuviera que ir o por proporcionarle la información que precisara, y luego vuelta a lo de siempre, a desayunar tranquilamente en una terraza del barrio del Arenal mientras leía el *ABC* y hacer de intermediario en la compraventa de terrenos. Luego le dijeron que Bishop también iba camino de Sevilla y se alegró ante la expectativa de volver a encontrarse con un viejo amigo. Los acompañó hasta la finca de la familia Corrientes, y no tenía por qué hacer nada más ni arriesgarse, y ahora estaba metiéndose en la boca del lobo

porque, además de sentir el placer de la adrenalina, aunque le costase aceptarlo, lo perdía el idealismo, las causas perdidas. No lo podía evitar. Quizá porque le resultaba tan ajeno o porque nunca había conseguido sentirse cercano a ninguna causa que no fuera su propio interés o beneficio personal, en cuanto Artemio Corona se topaba con alguien capaz de jugarse el pellejo por aquello en lo que creía, esa persona se ganaba su admiración y su respeto. Dejarse matar por una causa perdida podía ser una estupidez o un sinsentido, pero quien era capaz de hacer algo así había nacido con un valor del que él carecía pero admiraba, y no podía dejar de ponerse de su parte. Era la misma razón por la que ayudó a Gordon Pinner, siete años atrás, cuando sacó la pistola junto al puente de Triana y disparó a la cabeza del único que se lo merecía, aquel falangista sin escrúpulos que lo estaba chantajeando. Y en los ojos de Gregorio León, Artemio había visto la misma decisión inquebrantable de aquel inglés pelirrojo criado en Sevilla, y estaba seguro de que haría cualquier cosa para conseguir meterse en la finca de la familia Corrientes y ayudar a su amigo.

En la entrada del cortijo había un hombre con una gorra calada hasta las cejas, una escopeta al hombro y un mastín malhumorado sujeto por una correa. El guarda levantó la barbilla y lo miró por debajo de la visera. Artemio Corona detuvo el coche al llegar a su altura y bajó la ventanilla.

—Buenos días —dijo—. Vengo a ver a Mercedes Corrientes.

—La señora no está.

—¿Ah, no? ¿Y cómo es eso posible? Había quedado en venir esta mañana para hacerle una visita.

—Pues ha salido hace un rato.

—Vaya —contestó Artemio, chasqueando la lengua para enfatizar la contrariedad impostada—. ¿Y tardará mucho en volver?

El guarda se encogió de hombros. Tal vez no sabía la respuesta, o es que no quería dar detalles al primer desconocido que se presentaba.

—Me llamo Artemio Corona Sáez de Artázcoz —se presentó, engolando la voz—. Soy amigo de Mercedes Corrientes. Es más, era muy

amigo de su padre e incluso la he tenido en mis brazos cuando era una cría. ¿Le importaría que pasara y la espere hasta que vuelva? Teníamos una cita, y estoy seguro de que ella no se ha olvidado. Es muy formal.

El hombre se levantó un poco la gorra y dejó al descubierto el ceño fruncido.

—Entiendo —añadió Artemio—. Usted es nuevo, no debe de llevar mucho tiempo trabajando aquí y no me conoce. Aunque también es verdad que hace bastante que no vengo de visita. No sabe si debe dejarme entrar, pero tampoco está seguro de que la señora de la casa no se vaya a enfadar si me hace esperar aquí, en la entrada. —Artemio le dedicó la mejor de sus sonrisas bajo el bigote plateado—. No se preocupe por mí, que yo no me voy a molestar. Esperaré aquí fuera si es lo que a usted le parece oportuno...

El guarda lo seguía mirando, indeciso. La arruga entre las dos cejas cada vez era más pronunciada. La escopeta de cartuchos que le colgaba del hombro no parecía más que un adorno inofensivo.

—¿Cómo había dicho que se llamaba?

—Artemio Corona Sáez de Artázcoz —repitió—. Mire, ¿por qué no le pregunta a cualquiera de los empleados de Mercedes que lleve más tiempo que usted trabajando aquí? Verá como alguno me conoce y le dirá que soy amigo de la dueña de la casa.

El otro asintió, sin estar muy seguro de hacer lo correcto.

—Espere un momento, por favor. Iré a buscar a un compañero.

—Pierda usted cuidado, que no me moveré de aquí hasta que vuelva.

El otro se ajustó la escopeta al hombro y sin soltar al perro se encaminó hacia la casa. Artemio no dejó de mirarlo mientras avanzaba por el paseo. Al fondo, junto a la vivienda, se veían dos coches aparcados. No podía estar seguro, pero creía que eran los mismos en los que las personas a las que seguía Robert Bishop se habían subido en la estación al amanecer.

Hacía unos cuantos años que no visitaba la finca de la familia Corrientes, pero todo parecía igual a como lo recordaba: las palmeras, los olivos, la cerca de los caballos, al lado de las cuadras, y seguro que aún seguía allí el vallado de los toros, campo adentro. Aparte del guarda,

Artemio todavía no había visto a nadie más, pero seguro que no andaban lejos. En el cortijo trabajaban de forma permanente cinco o seis personas, además de los empleados que acudían cada día para trabajar la tierra, dar de comer a las reses bravas o mantener las cuadras. Seguro que más de uno lo recordaría, aunque hubiera pasado mucho tiempo, porque la primera de las incontables veces que cruzó esa puerta fue hace casi cuatro décadas, cuando él no era más que un veinteañero que buscaba tierras para comprar por cuenta de don Nicolás Corrientes y Mercedes aún llevaba pañales. Artemio sonrió al recordar cuántos años habían pasado. Ay, Merceditas, se dijo. Hay que ver la de vueltas que da la vida. Quién nos ha visto y quién nos ve. Hace cuarenta años ni siquiera existían los nazis, y ahora, después de haber sido los amos de Europa, tienen que esconderse como ratas en tu casa. Si tu padre viviera, chiquilla, seguro que desaprobaría lo que estás haciendo. ¿A qué viene esto de meterte en asuntos que no tienen nada que ver contigo? ¿Qué necesidad había de complicarte?

Las cosas rara vez salen según lo previsto, y nunca hay que dar nada por sentado. Artemio tampoco había adivinado que lo dejarían solo unos minutos en la entrada de la finca. El plan era, si conseguía colarse, que Gregorio León esperase el momento oportuno para salir del automóvil, cuando no lo viera nadie, y buscar un lugar donde esconderse. Pero ahora que se había quedado solo, se bajó del coche, sacó la pitillera y encendió un cigarrillo mientras perdía la vista en el mar infinito de olivos que orillaba al otro lado del camino de palmeras. Seguro que a esa hora de la mañana había braceros trabajando en el campo, pero la finca era tan grande que se podría caminar entre los olivos durante horas sin encontrarse con nadie. Volvió la cara hacia la casa y aún no había rastro del guarda, y como ahora le pareció el mejor momento, abrió el maletero.

—Aprovecha, que ahora no puede verte nadie —le dijo a Gregorio, que lo miraba encogido desde dentro, con la mano cubriéndole los ojos como una visera.

Artemio le señaló el olivar.

—Escóndete ahí, en los árboles. Lo más seguro es que yo me quede un rato en la casa.

Gregorio León no se lo pensó dos veces. Sin perder el tiempo ni quedarse dentro del maletero un poco más por si Artemio tenía algo que decirle, echó a correr hacia los olivos.

Suerte, murmuró Artemio, con el cigarrillo en los labios. Mucha suerte, chaval.

Menos de un minuto después se acercaron dos hombres por el camino. Uno era el guarda con el que había estado hablando. El otro no podía saber quién era. Todavía estaba demasiado lejos. Sin embargo, cuando lo vio de cerca, Artemio pensó, o quiso pensar, que quizá la cara le resultaba vagamente familiar. Era mayor que el tipo con el que había hablado. Seguro que llevaba mucho más tiempo que su compañero trabajando allí.

—¡Don Artemio! —le dijo, quitándose la gorra. Estaba claro que se acordaba de él—. ¡Cuánto tiempo hace que no viene usted por aquí! Este analfabeto no ha sabido decirme su nombre correctamente. —Luego se calló un instante y dedicó una mirada despectiva al otro antes de continuar—. Lo mismo se le ha olvidado por el camino y yo no he podido saber que era usted hasta que he venido. Siento que haya tenido que esperar aquí. La señora ha salido. No sabemos lo que tardará en volver, pero seguro que estará encantada de verlo. No se quede en la puerta, por favor. Lleve el coche hasta la casa y apárquelo en la entrada, por favor. Lo haría yo mismo, pero no sé conducir...

—No se preocupe —respondió Artemio, procurando restarle importancia a que lo hubieran hecho esperar—. Es lógico que su compañero no me conozca. Hace mucho tiempo que no vengo por aquí.

Lo dijo y se metió en el automóvil y condujo hasta la vivienda, muy despacio. Por el espejo retrovisor vio que el guarda volvía a colocarse en su puesto, y respiró con alivio al imaginar que no había visto a Gregorio, que ni siquiera el perro había olisqueado la presencia de un intruso. El otro empleado de Mercedes Corrientes, el que se acordaba de él, se había vuelto a colocar la gorra y caminaba a paso ligero. Artemio aparcó cerca de la puerta principal, junto a los dos coches en los que habían venido las personas a las que Bishop estaba siguiendo, y esperó a que el hombre llegase.

—Disculpe el malentendido —le dijo el empleado, después de recuperar el aliento que había perdido en la carrera—. Pero doña Mercedes no nos había avisado de que usted vendría.

Artemio sonrió exageradamente.

—No pasa nada —contestó—. Hay confianza.

—Lo mismo se le ha olvidado. Como tiene otra visita...

—¿Ah, sí? Espero no molestar.

—Su presencia nunca es una molestia, don Artemio. A la señora le dará mucha alegría verlo. Su padre lo apreciaba mucho a usted. Pero pase, por favor. Le diré a la doncella que le prepare un café.

Artemio arrancó una calada al pitillo, y expulsó despacio el humo, en silencio, sin dejar de mirar al hombre amable que se desvivía por atenderlo. No parecía que los empleados de Mercedes Corrientes supieran quiénes eran los otros invitados que habían llegado a la finca por la mañana. Y aquélla era una buena noticia.

Luego se quitó el sombrero, apuntó hacia al sol agradable del invierno con la barbilla y entornó los ojos.

—Prefiero quedarme aquí un momento —dijo—. Hace un día espléndido.

—¿De verdad que no le apetece a usted un café? —insistió el hombre—. Puedo ordenar que se lo traigan afuera, si quiere.

—De verdad que no. No se preocupe. Estaré bien aquí. Además, si hay otra visita en la casa, preferiría no molestar.

—Ande, ande. Qué molestia va a ser usted, don Artemio. Los amigos de la señora siempre son bienvenidos a su casa.

—Bueno, quizá me decida a entrar más tarde. Y, dígame. ¿Quiénes son esos amigos de Mercedes? ¿Los conozco?

—No sabría decirle, don Artemio. Yo no los había visto antes. Para mí que son extranjeros. Lo mismo usted los conoce.

Artemio Corona se encogió de hombros, indiferente.

—No creo.

El hombre señaló unos rosales del jardín.

—Bueno, yo he de volver al tajo. Estaba arrancando unas malas hierbas cuando el guarda ha venido a decirme que usted había llegado. Estaré aquí al lado, por si necesita cualquier cosa.

—Muchas gracias. Seguro que estaré bien.

Malas hierbas, murmuró Artemio cuando lo vio inclinarse junto a un parterre, azada en mano. Aquélla no era una mala definición, desde luego. Ojalá que nadie pudiera relacionar su visita con la gente que había llegado al cortijo al amanecer. Tampoco tenía intención de quedarse mucho tiempo. Durante un rato disimularía que estaba esperando a Mercedes, y luego le diría al jardinero que tenía que marcharse porque se le había hecho tarde. Lo mejor sería que ella no apareciese, pero si venía tenía pensado decirle que había ido hasta su casa, aparte de para saludarla, porque hacía mucho tiempo que no se veían, para ofrecerle un terreno colindante con su finca a muy buen precio. Mercedes Corrientes no tenía un pelo de tonta, y lo más seguro sería que se diera cuenta de que algo no cuadraba, que sospechase, aunque no se lo dijera o procurase disimularlo. Artemio no tardaría en marcharse con la excusa de que no quería molestar teniendo ella otra visita. Y luego, cuando él ya no estuviera en la finca, que Gregorio León hiciera lo que creyese oportuno, o que el Diablo se los llevara a todos, como le había dicho a Bishop. Ése había sido el trato. Cualquier cosa que hiciese Gregorio, Artemio ya tendría que haberse marchado de casa de Mercedes, y por supuesto, a ella no debía sucederle nada, bajo ningún concepto. El otro había aceptado sus condiciones antes de meterse en el maletero del Dodge. Incluso se había mostrado ofendido porque Artemio insinuara que podría hacerle daño a Mercedes. Yo sólo quiero ayudar a un amigo, protestó. Sacarlo de ahí antes de que sea demasiado tarde. Si es que no es demasiado tarde ya. Y, también, Artemio sabía que la razón estaba de parte del espía norteamericano. Si esa gente descubría a Gregorio, tendría muy pocas posibilidades de salir con vida. Pero había una cuestión, seguro que muy importante, que se le escapaba. Y mientras apuraba el pitillo frente a la casa, no podía dejar de darle vueltas. A pesar de la certeza del peligro, a sabiendas de que muy difícilmente Gregorio no podría sino estropear la

operación, Robert Bishop le había permitido seguir adelante. Incluso había puesto en sus manos una pistola.

Pensaba en eso Artemio, sin llegar a resolverlo pero también sin dejar de tener claro que el americano escondía una razón muy poderosa, y después de arrancar la última calada al cigarrillo lo estaba aplastando en el albero con la punta del zapato cuando oyó una voz a su espalda.

—Buenos días —le había dicho alguien—. ¿Puedo ayudarle en algo?

Quien le hablaba era un hombre, y antes de volverse, Artemio Corona resolvió que a pesar de que su dominio del castellano era más que notable, resultaba inevitable no adivinar el origen alemán en su acento.

Antes de darse la vuelta, se colocó en la cara, otra vez, en tan poco rato, una sonrisa exageradamente amable.

—Buenos días —respondió—. Tal vez sea yo el que pueda ayudarle a usted.

El desconocido arrugó el entrecejo al escuchar la frase. No había captado o no le apetecía captar la ironía. Tampoco era el momento de jugar, desde luego, pero Artemio contaba con ventaja porque no lo esperaban.

—¿Disculpe? —le preguntó el alemán, como si de verdad no hubiera entendido lo que había dicho o quisiera pararle los pies.

—Excúseme usted —contestó Artemio, acercándose y tendiéndole la mano—. No me gustaría que pensara que soy un maleducado. No he podido contener mi lengua. Mercedes y yo somos amigos desde hace muchos años. Al recibirme usted en lugar de ella, y al deducir también que no es usted uno de sus empleados, he supuesto que también estaba de visita y se me ha ocurrido decirle que tal vez sea yo el que pueda ayudarle. —Su mano aún estaba suspendida en el aire, y el otro no se decidía a estrechársela—. De nuevo le ruego que me disculpe. Me llamo Artemio Corona Sáez de Artázcoz —se presentó, separándose un poco el sombrero del cráneo con la mano que no esperaba el saludo del otro—, y he venido para hacer una visita a Mercedes.

El alemán parpadeó un instante, como si necesitase procesar las palabras de Artemio y resolver que no estaba mintiendo antes de estrechar

su mano. Al final lo hizo, pero fue menos un gesto educado que un acto reflejo. Y no le dijo su nombre.

—Mercedes no está.

Artemio chasqueó la lengua, contrariado.

—Vaya —dijo—. Qué lástima. ¿Y sabe si tardará mucho en volver?

—No sabría decirle. Salió hace un rato. Tenía cosas que hacer.

—¡Qué mala suerte! ¿Y adónde habrá ido esa buena mujer tan temprano?

El otro no contestó. Tenía los ojos clavados en él, radiografiándolo.

—Mercedes no me ha dicho que esperase ninguna visita.

—No la había avisado. Entre los amigos no es necesario el protocolo. Ya sabe.

El alemán volvió a quedarse callado. Artemio les había dicho hacía un momento a los empleados de Mercedes que tenía una cita con ella, y ahora a ese tipo le acababa de decir justo lo contrario. Pero no creía que aquel asunto fuera a ser comentado entre ellos. Y si lo hacían, probablemente, él ya se habría marchado, lo achacarían a un malentendido y ya no tendría importancia.

—Pues no está. —El alemán trató de componer un gesto amable, pero por mucho que lo intentase no podía disimular lo tenso que estaba—. Yo también soy amigo de Mercedes —añadió. No le quedaba más remedio que pegar un poco la hebra si no quería parecer sospechoso de pretender ocultarle algo. Y, al fin y al cabo, no sabía quién era Artemio—. Puede usted pasar y esperarla dentro si lo desea.

Artemio había jugado muchas veces a las cartas como para no verle el farol. Lo miró a los ojos, y luego miró la puerta, detrás de los arcos enjalbegados de medio punto. Si entraba, no sabía lo que se iba a encontrar. Aquel tipo y sus acompañantes eran gente peligrosa y probablemente estaban desesperados. Y la gente peligrosa y desesperada no tarda en perder la cabeza y tirar por la calle de en medio cuando se siente acorralada. Si aceptaba la invitación para entrar en la casa, ahora sería él quien iría de farol. Y no era el momento de subir la apuesta para verle las cartas.

—Mejor me quedaré aquí —contestó—. Me gustan mucho los días de invierno que hace sol. Esperaré un poco, por si vuelve Mercedes, y si tarda mucho, entonces me pasaré en otro momento para saludarla.

El alemán seguía mirándolo como si no se resignara a no descubrirle un as escondido en la manga.

—Como usted prefiera —le dijo. Parecía que tampoco se atrevía a subir la apuesta para terminar la mano—. Estaré dentro, por si cambia de idea. ¿Cómo me había dicho que se llamaba?

—Artemio Corona Sáez de Artázcoz —repitió el sevillano—. Para servirle...

El otro asintió, grabándose el nombre en la memoria, antes de irse, sin decirle todavía el suyo.

Artemio tampoco se lo preguntó.

Cuando se quedó solo encendió otro pitillo y caminó un poco, unos cuantos pasos distraídos alrededor del coche, lo que haría cualquiera para matar el tiempo mientras fumaba y esperaba. La casa de Mercedes era muy grande: el salón amplio, con la testa de toro, omnipresente, sobre la chimenea; la cocina donde trabajarían al menos dos criadas; el largo pasillo y varias habitaciones, no era capaz de recordar cuántas. Y desde alguna de las ventanas seguro que habría más de una persona atenta a sus movimientos. Lo mejor era actuar con naturalidad, como si nada, terminarse el cigarrillo y marcharse por donde había venido antes de que el hombre con el que había estado hablando, o cualquiera de sus amigos, volviese a invitarlo a entrar apuntándole al pecho con una pistola.

Unos ciento cincuenta metros más allá estaba la entrada de la finca, y en algún punto del mar de olivos que se extendía al otro lado de las palmeras debía de esconderse Gregorio León. A lo mejor lo estaba viendo ahora, leyéndole el pensamiento, esperando a que se fuera para dar el siguiente paso. Quién sabe, se preguntó Artemio. Lo mismo ya estoy aquí de sobra. Y no podía hacer nada más para ayudar al joven idealista que se había empeñado en buscar a su amigo. Dio la última calada al pitillo antes de

tirlo al albero y aplastarlo junto al otro. Después se acercó al hombre que estaba agachado frente al rosal.

—Se me ha hecho tarde —le dijo—. Creo que voy a tener que marcharme. Dígale a Mercedes que he venido a visitarla. Que volveré en otro momento.

El empleado se levantó y se limpió las manos en el pantalón.

—Muy bien, don Artemio. Descuide, que se lo diré. Ha sido una lástima que no hayan coincidido ustedes.

—Pues sí. Qué le vamos a hacer. Otra vez será. Espero que no pase demasiado tiempo hasta la próxima vez que volvamos a vernos.

Luego se dirigió al coche, sin prisas. Lo arrancó y condujo despacio entre las palmeras, conteniendo la respiración, sin poder evitar desviar la mirada de cuando en cuando a los olivos, por si veía, aunque fuera fugazmente, a Gregorio León, y tal vez desearle suerte con un leve parpadeo. Tampoco perdía de vista la casa por el espejo retrovisor. Temía que alguno de los tipos a los que Robert Bishop buscaba decidiera salir en el último momento; o que el guarda de la entrada ya no llevase la escopeta al hombro y al llegar a su altura apuntase al parabrisas y lo obligase a detenerse y a lo mejor le disparase porque al final todos supieran —el guarda, los alemanes amigos de Mercedes, incluso el jardinero amable que estaba arreglando los rosales— que todo había sido una treta para colarse en la finca y meter la nariz donde no le importaba. No respiró tranquilo Artemio hasta que enfiló el camino en dirección a la carretera.

Capítulo 20

El Séptimo de Caballería

A Navarro le gustaría estar dormido de verdad. Poder descansar y que todo acabase de una vez. Volver a París y encerrarse en su piso para traducir a escritores rusos, aislado del mundo, donde nadie pudiera molestarlo.

Sentado en la silla, tenía los ojos cerrados mientras Erika le acariciaba el pómulo hinchado con una esponja empapada en agua. Todavía estaba aturdido por los golpes, las inmersiones en el barreño y las descargas eléctricas. Cuando abrió los ojos ella no era más que una mancha borrosa, y tardó un poco en encajar su voz y su rostro, pero Erika volvió a exprimirle la esponja sobre la frente y el agua fría que le cayó sobre los ojos terminó de espabilarlo.

Era una situación extraña, desde luego, quedarse todos en la misma habitación sin la presencia de la dueña de la casa, como si el profesor se tuviera que ausentar de la clase dejando solos a los alumnos que tendrían que dar muestras de su buen comportamiento y de su madurez.

Muy poco tiempo antes Becker y Mundt se habían marchado y los dos sicarios se quedaron custodiando a Erika y a Navarro.

—Nosotros vamos a salir de la habitación también —les había anunciado Erika a los esbirros.

Uno se puso delante de la puerta, pero ella no estaba dispuesta a dejarse intimidar.

—Podéis acompañarnos si queréis. No creo que podamos salir de la finca, pero mi amigo tiene que lavarse y curarse.

El esbirro que aún seguía en mangas de camisa, preparado para seguir torturando a Navarro en cuanto se lo ordenasen, negó con la cabeza y señaló el barreño antes de salir él también del cuarto.

—Ahí tenéis agua de sobra.

—No sé cómo te las arreglas —le dijo Erika—, pero al final siempre me toca curarte las heridas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Navarro—. ¿De qué va todo esto?

Ella volvió a mojar la esponja en el cubo y se la pasó otra vez con cuidado por la cara.

—Lo que has oído. Mundt y Becker buscan un oro que Emil tenía escondido. Piensan que yo sé dónde está. Lamento mucho todo lo que te han hecho, amor mío. —Le besó la frente mientras le hablaba—. Pero te juro que les ajustaremos cuentas algún día.

Luego se separó un poco, para poder verle mejor la cara, pero Navarro bajó los ojos, como si no quisiera enfrentar los suyos o le diera miedo descubrir que no le estaba diciendo la verdad.

—Sé que ahora mismo te cuesta confiar en mí, pero te juro que no sé nada del oro de Emil. ¿Crees que habría sido tan ingenua como para ir a Madrid si lo hubiera sabido y arriesgar mi vida por nada?

Navarro no pudo contener un espasmo. Tiritaba, como si tuviera fiebre. Erika cogió una toalla y le secó la frente.

—Estás empapado. Te has puesto la ropa sin secarte primero —le dijo, y le desabrochó la camisa—. Déjame que te seque. Hace frío y podrías coger una pulmonía. Y yo quiero que estés bien para que veas cómo estos malnacidos pagan por lo que te han hecho.

Él la ayudó a que le quitara la camisa.

—No creo que ellos opinen lo mismo —le respondió—. Tal vez acaben con nosotros antes de que podamos verlos pagar sus culpas. Si es que llegan a pagar por ello...

—Mercedes no va a permitir que te vuelvan a hacer daño —le dijo Erika, procurando aparentar una convicción de la que carecía.

Navarro cerró los ojos, recto en la silla, mientras ella le secaba con la toalla el pecho y los hombros.

—Tu amiga Mercedes ya los ha dejado que me torturen. Podría permitírsele otra vez.

Erika le cogió la cara. Lo obligó a mirarla a los ojos.

—Mercedes me ha prometido que no te pasará nada —mintió, para convencerlo, para convencerse ella también—. Nadie ha vuelto a tocarte, ni volverá a hacerlo. Te lo juro. Mercedes ha salido y les ha dado órdenes de que no nos molesten hasta que vuelva.

Navarro volvió a colocarse la camisa con la ayuda de Erika. Muy despacio. Le dolía todo el cuerpo.

—¿Adónde ha ido Mercedes?

—No lo sé. Ordenó que me llevaran a la capilla y estuvo un rato hablando conmigo. Me preguntó por el oro de Emil. Quería saber si le estaba diciendo la verdad. Luego estuvo charlando un rato con Mundt, a solas. Después vinimos los tres a esta habitación.

Navarro ya había terminado de vestirse. Tenía media cara amoratada y los ojos enrojecidos, pero al menos se parecía menos a un cadáver.

—¿Aún sigues confiando en ella? Estamos en su casa, pero somos prisioneros...

—Estoy segura de que hay muchas cosas que se me escapan, que Mercedes calla más de lo que sabe, pero tampoco me cabe duda de que no permitiré que me hagan daño. Y a ti tampoco —añadió, acariciándole la mejilla, después de quedarse en silencio un instante—. Porque sabe que lo que te hagan a ti es como si me lo hicieran a mí.

—Yo ya no confío en nadie —contestó Navarro, y ahora fue Erika quien bajó los ojos. No sabía si su intención era herirla, pero ella quiso esquivarlo—. Y lo peor es que no podemos hacer otra cosa que resignarnos. Por no poder, ni siquiera podemos esperar que la policía venga a salvarnos. Eso sólo empeoraría las cosas.

—Lo siento mucho, Martín —le dijo Erika, abrazándose a él—. Todo lo que te ha pasado ha sido por mi culpa. Han estado a punto de matarte por ir a buscarme.

Él le pasó la palma de la mano por el pelo, para consolarla. Aunque las dudas no lo abandonasen.

—Estaban esperándome igualmente. Me habían tendido una trampa.

Erika movió la cabeza, recostada en su pecho.

—Pero no te habrían cogido si no hubieras ido a Madrid.

—Ellos habrían ido a buscarme a París antes o después. Hubiera sido lo mismo. Para el Partido ya estaba sentenciado. Tal vez haber venido a España haya precipitado las cosas. Sólo eso. Y, también, de algún modo, pueda servir para aclararlo todo.

Ella se puso de pie y empezó a dar paseos por la habitación.

—Ojalá que Mercedes venga pronto —dijo—. Ojalá que todo esto acabe de una vez.

Navarro intentó relajarse en la silla. Ponerse nervioso no lo iba a ayudar. Ahora sólo le valía mantener la calma y ser paciente. Al otro lado de la puerta había cuatro hombres armados. Salir de allí era impensable, por mucho que lo deseara. Esperar el regreso de Mercedes Corrientes era la opción menos mala. Dadas las circunstancias, las cosas no podrían empeorar mucho. Cerró los ojos, para controlar el dolor en la cara y en las costillas, donde el esbirro de Becker y Mundt le había golpeado con calculada profesionalidad, los temblores que no terminaban de marcharse después de que Erika le hubiera secado el torso con la toalla. El frío no había desaparecido y sentía calambres por todo el cuerpo, como si aún estuviera enganchado a la corriente eléctrica. Se movió un poco en la silla, y, pudoroso, aprovechando que ella estaba de espaldas, mirando la puerta del cuarto y golpeando nerviosamente las baldosas con la suela del zapato, se pasó una mano por la entrepierna, que le quemaba como si aún no le hubieran quitado los electrodos. Sobre todo era por eso por lo que tenía ganas de salir de aquella habitación. Una criada de Mercedes Corrientes había entrado para limpiar sus vómitos y sus excrementos, arrodillada en el suelo con un cubo de agua y un trapo, en silencio, como si Navarro y Erika no estuvieran allí, pero la habitación aún seguía apestando a bilis, a mierda. Y lo que más le costaba mantener a raya a Navarro eran las ganas de marcharse para estar lejos de ese olor a miedo que le recordaba tantas cosas

que prefería olvidar. Le gustaría quedarse dormido, o al menos descansar, pero también sabía que no iba a ser posible. Antes o después se abriría la puerta y alguna de las personas que estaban al otro lado, quizá la misma Mercedes Corrientes, dictaría sentencia. Si al final lo matarían o podría seguir viviendo. Respiró hondo, procurando olvidarse de todo, como hacía en algunos momentos de calma en el frente. Apretaba los párpados para concentrarse mejor, y a veces podía engañarse durante unos minutos, y en lugar de estar en una trinchera con nieve hasta las rodillas y agujas de dolor en las puntas de los dedos por culpa del frío, estaba sentado en una butaca, delante de una chimenea enorme, con un libro en una mano y una copa de vino en la otra. Pensándolo bien, las noches de invierno en el frente oriental eran mucho peores que estar en esa habitación. Paciencia, se dijo. Sólo bastará tener un poco más de paciencia y todo habrá terminado, de una manera o de otra, pero todo habrá acabado.

Con los ojos medio cerrados, Navarro pensó que debía de estar dormido, porque, sin duda, estaba soñando. Le había parecido ver algo, pero no podía ser. Más aún: era imposible. Apretó los párpados y se esforzó en pensar que no estaba encerrado en esa habitación, sino tumbado en una playa del Mediterráneo, solos Erika y él, y que el único ruido posible era el de las olas al romper en la orilla. Tenía que concentrarse en esa imagen para no volverse loco. La cara de Gregorio León al otro lado de los barrotes de la única ventana del cuarto no podía ser más que una alucinación, un espejismo, como quienes viajan por el desierto y el brillo de la luz en la arena se les antoja un oasis y se dejan las últimas reservas de energía y la vida en buscar el agua que no existe más que en su imaginación. Tal vez en Madrid, cuando estaban a punto de subir al tren, también había sido un espejismo y no había visto a Gregorio, atento a lo que pasaba, sino a uno que se le parecía mucho. O es que deseaba que alguien viniera a echarle una mano y su joven amigo era el único en quien podría confiar. Pero entonces aún no le habían pegado ni quemado la piel de los testículos con descargas eléctricas. Y en la estación ya se le habían pasado los efectos de la droga que le dieron en aquel club de Madrid al que no debió entrar nunca. No puede ser, se dijo. Es imposible, insistió. Intenta descansar un poco. No

sabes lo que va a pasar en las próximas horas. Pero no podía concentrarse, o peor, no podía relajarse. Cuando quiso darse cuenta ya había abierto los ojos otra vez, contrariado, y miraba la ventana donde un momento antes había creído ver a Gregorio León. Ahora estaba vacía, y lo único que había al otro lado de los barrotes eran las ramas de un olivo. Estuvo a punto de preguntarle a Erika si había visto a alguien asomado a la ventana, pero ella seguía frente a la puerta, impaciente, la suela del zapato chocando rítmicamente contra las baldosas. Navarro volvió a cerrar los ojos, sin dejar de estar enfadado consigo mismo. Volverse loco era lo peor que podía pasarle.

Gregorio León llegó hasta el muro de la vivienda y se dio cuenta de que tenía otra vez los zapatos manchados de fango hasta los tobillos, como cuando llegó a la cima del cerro por el que había rodado al saltar del tren en Despeñaperros. Durante los últimos días debía de haber llovido bastante porque, hasta donde le alcanzaba la vista, el campo era un barrizal oscuro en el que, si se descuidaba, podría acabar empantanado hasta las rodillas.

Media hora era lo que Artemio Corona debía de haber tardado en salir de la finca. Puede que un poco menos. Ése era todo el movimiento que había podido ver escondido detrás de un olivo. Desde allí había perdido de vista el Dodge de Bishop, y la única persona que había pasado por delante de sus narices fue el guarda del cortijo, que se alejaba un poco de cuando en cuando, escopeta al hombro, para estirar las piernas. La pistola que le había prestado el americano, sujeta en el cinturón, lo reconfortaba un poco, pero si había de ser honesto consigo mismo, tenía que reconocer que el ligero temblor que le sacudía las manos era más culpa del miedo que del barro helado que le había traspasado los calcetines. Ahora sí que estaba solo, y, ciertamente, había cometido una locura, pero también estaba convencido de que era lo que tenía que hacer. Y tampoco podía quedarse ahí todo el día. Antes o después tendría que salir al sendero de palmeras y cruzar el arco encalado del cortijo para llegar hasta la casa o rodear el edificio y buscar una ventana por la que colarse. Al final se decidió por eso. Era la mejor

opción, y lo menos arriesgado. Se acercó hasta la tapia de la casa todo lo que pudo. No se escuchaba nada. Tan sólo, de cuando en cuando, el bufido solitario de algún caballo en la cerca. Por suerte, la finca de Mercedes Corrientes debía de ser tan grande como les había avanzado Artemio Corona, y quizá no llegaría a encontrarse con nadie en su paseo clandestino.

Hasta ahora el edificio le había parecido un cortijo fantasma en el que no habitase nadie más que el guarda o el tipo que había ido a saludar a Artemio Corona a la cancela. Ojalá fuera así, pensó. Que no hubiera nadie y pudiera marcharse de allí como si nada. Pero eso no iba a poder ser. Oyó hablar en una de las ventanas que daban a la parte de atrás, casi en susurros, pero era suficiente para reconocer la voz de su amigo Martín Navarro en el silencio del campo. La ventana estaba demasiado alta para ver lo que había dentro. Y no iba a ponerse a trepar por la pared o dar saltos para averiguarlo. Gregorio siguió rodeando la casa, agachado, hasta que dio una vuelta completa al edificio. Al otro lado de uno de los arcos inmensos, el mismo hombre que había ido hasta la cancela para recibir a Artemio estaba en cuclillas, concentrado en la tarea de arreglar unas flores. Un poco más allá se levantaba lo que parecía una capilla. Los demás podrían estar allí dentro, y no rezando precisamente. Para llegar a la iglesia y asegurarse tenía que cruzar el patio entero, y era demasiado arriesgado sin estar seguro de que nadie lo veía. Pero no todo eran dificultades. Junto a la tapia había unos cuantos cajones de madera que seguro se utilizarían para recoger aceitunas o sacar el forraje del campo o transportar herramientas. El jardinero estaba tan ensimismado en su trabajo que Gregorio pudo llevarse dos cajones sin que se diera cuenta, y un momento después se encontraba debajo de la ventana donde había oído voces. Ahora estaba en silencio, y aunque a lo mejor las voces no existían más que en su imaginación, no se iba a marchar sin averiguarlo, sin comprobar con sus propios ojos si Navarro estaba allí. Colocó un cajón encima del otro, y utilizó las tablas como si fueran peldaños de una escalera para subir. Una vez que estuvo encima del segundo cajón, al ponerse de pie se dio cuenta de que el equilibrio era bastante precario, pero al menos ahora los barrotes de la ventana apenas estaban a una cabeza por encima de la suya. Se agarró a la parte inferior de

los hierros y, apoyando los pies en la pared, consiguió elevarse lo suficiente para asomarse. Y allí abajo estaba Navarro, sentado en una silla, con los ojos cerrados, derrotado como si hubiera pasado una mala noche. Si había alguien más con él no podía verlo. La habitación parecía bastante grande y tal vez estuviese también la mujer o alguno de los hombres que subieron con él al tren en Madrid. Lo mejor sería no decirle nada, para no alertar de su presencia a quien pudiera acompañarlo. Al menos ya lo había encontrado. Y en el lugar que menos habría imaginado. No en Madrid, sino en el cortijo andaluz de la heredera de la fortuna del banco Corrientes. Ahora tendría que encontrar una manera de sacarlo de allí. Sin dejar de apoyar los pies con cuidado en la pared, Gregorio se apartó de la ventana. Cuando se sintió lo bastante firme sobre el cajón, se dio la vuelta, muy despacio para no resbalar, pero a punto estuvo de caerse cuando vio que, desde el suelo, el mismo tipo del que había conseguido escapar en el tren le apuntaba con una pistola. Pero lo que más miedo le daba era que el fulano no parecía enfadado. Al contrario, lo que más destacaba en su cara era una sonrisa enorme de satisfacción por haberse encontrado con él otra vez o porque disfrutaba al pensar que ahora, por fin, iba a darle su merecido.

Instintivamente, Gregorio León levantó las manos, rindiéndose. Tenía la pistola que le había dado Bishop entre el cinturón y los riñones, pero el peso del arma, que hasta hace un momento lo tranquilizaba, ahora se le antojaba un lastre, la prueba inexcusable de que no se había colado en el cortijo de Mercedes Corrientes con la intención de hacer una visita de cortesía. El otro se apartó un poco de los cajones, quizá para que no le pudiera saltar encima, pero aunque Gregorio contaba con la ventaja de estar en un lugar más elevado, sabía que no había nada que pudiera hacer. Ni sacar la pistola rápidamente, como en las películas del Oeste, ni tirarse encima de ese tipo y liarse a puñetazos. El cañón le apuntaba al pecho. Tenía el dedo en el gatillo. No hacía falta no haber disparado un tiro en su vida para saber que ningún hombre podía ser más rápido que una bala.

Herbert Mundt había visto entrar a Alois Becker en el salón, pero no apartó la vista de las brasas que se consumían en el hogar. Estaba sentado frente a la chimenea, con el ceño fruncido, como si se le resistiera encontrar la respuesta a un enigma. Becker tampoco habló enseguida. Fue hasta la ventana y apartó un poco el visillo.

—Parece que ya se marcha.

—¿Quién era? —le preguntó Mundt, sin apartar los ojos de las llamas.

—Un amigo de Mercedes, me ha dicho.

Mundt asintió levemente, y como su socio no decía nada más, le preguntó otra vez.

—¿Y crees que decía la verdad?

—No estoy seguro —respondió, después de rumiar la respuesta un instante—. Puede que sí, pero también puede que no. No es extraño que un amigo de Mercedes venga a su casa para hacerle una visita, pero a lo mejor tampoco es casualidad que lo haya hecho cuando nosotros estamos aquí. Todavía no ha subido al coche. Puedo hacer que lo detengan, si quieres. Obligarlo a que conteste a unas cuantas preguntas.

—Mejor que no. Si nos equivocamos, lo único que conseguiremos será enfadar más a Mercedes.

—Mercedes, Mercedes... Tal vez nos estemos andando con demasiados miramientos con esa mujer...

Mundt sonrió, desganado.

—Sabes tan bien como yo que a Mercedes le basta con chasquear los dedos para poner toda nuestra existencia patas arriba. ¿Acaso piensas que a mí me gusta seguirle el juego o sentarme a rezar en la capilla y escuchar sus dogmas divinos? Te guste o no, con Mercedes estamos en condiciones de inferioridad, y sólo nos queda bailar al son que ella quiera y sonreírle si no queremos perder su favor.

—Yo discrepo. Mercedes es muy rica y muy poderosa. De acuerdo. Pero aún hay mucha gente dispuesta a ayudarnos.

—Cada vez menos, Alois... Cada vez menos. El mundo está cambiando, y los intereses de quienes podrían prestarnos ayuda también están cambiando con el mundo. Y aunque haya gente dispuesta a echarnos una mano, no tardarán en cambiar de idea si contrariamos a Mercedes. Te equivocas si piensas que no me gustaría acabar para siempre con ese español rojo y la puta que estuvo casada con Emil. Pero Mercedes no nos lo perdonaría. Tiene sus propias ideas respecto de lo que está bien y lo que está mal, y no dejará pasar por alto algo tan grave. Así están las cosas. Y no nos queda más remedio que aceptarlo y esperar a que el tiempo juegue a nuestro favor.

Alois Becker no había dejado de mirar por la ventana.

—Acaba de arrancar el coche, conduce despacio hacia la salida. Aún podríamos detenerlo —dijo, como si hablara para sí mismo.

—No te has enterado de nada, ¿verdad? Déjalo que se vaya. ¿Qué quieres? ¿Acabar secuestrado por alguno de esos cazadores de nazis? ¿Estar el resto de tu vida escondiéndote? Porque puedo asegurarte que es así como terminaremos si no me haces caso.

Becker cerró el visillo de un manotazo, sin querer disimular su contrariedad.

—Más te valdrá llevar razón —respondió, volviéndose hacia Mundt y señalando la ventana—. Porque si ese tipo que acaba de marcharse me ha mentado y lo que quería era husmear en la finca, ya ha averiguado lo que quería. A lo mejor ya estamos dentro de la ratonera y no lo sabemos. ¿Y Mercedes? ¿Adónde ha ido? ¿Cuánto va a tardar?

Mundt se frotó el puente de la nariz, procurando mantener la calma.

—Tranquilízate. Mercedes me ha pedido que nos quedemos aquí hasta que vuelva y tome una decisión.

—Pero ¿qué decisión? ¿Dictar sentencia sobre nuestro futuro?

Mundt suspiró.

—Todo saldrá bien.

—Escúchame, Herbert —le dijo Becker, inclinándose sobre él—. No sabemos cuánto tardará Mercedes en volver, pero quizá tengamos tiempo de acabar lo que hemos empezado.

—¿Qué quieres decir?

—Arrancarle la información a esa zorra. Cuando nos diga dónde está el oro de Emil nos marcharemos de aquí. Puede que para entonces Mercedes todavía no haya regresado y seamos nosotros quienes ya no estemos.

—No digas tonterías. Estás perdiendo el juicio. No sabemos si el oro está en España. —Volvió la vista otra vez a las llamas y se quedó pensativo, como si de pronto hubiera vuelto a quedarse solo—. Ni siquiera sabemos si ese oro todavía existe. Quién sabe si es verdad lo que nos ha dicho Erika y Emil se llevó el secreto al fondo del mar.

—Sólo necesito diez minutos para averiguarlo.

Mundt negó con la cabeza, sin mirarlo. Su socio se acercó otra vez a la ventana y volvió a apartar el visillo, como si fuera posible que Artemio Corona aún no hubiera llegado al final del camino.

—Si esto es una ratonera, yo no pienso quedarme —dijo.

Luego, Alois Becker se sentó en otra butaca y, también en silencio, se puso a mirar las llamas. Mundt esperaba que, aunque le costase aceptarlo, estuviera recapacitando sobre lo que le había dicho. Lo mejor era esperar a que Mercedes volviese, y luego decidir qué hacer. Becker, igual que él, estaba deseando enterarse del escondite del oro, pero quién podría decirles si dentro de poco sus intereses cambiarían y en lugar de encontrar el oro que Emil les había escamoteado lo más importante para ellos fuera salvar la vida. Esperar, eso era lo único que podían hacer. Esperar, resolver sobre la marcha y adaptarse a las circunstancias.

Al cabo de un rato, Herbert Mundt se levantó y fue hasta la cocina para pedirle a la criada que les preparase café. Al salir del pasillo, volvió la cara hacia la habitación donde estaban encerrados Erika y el español. En la puerta, su hombre de confianza, el que se había ocupado de intentar hacer hablar al amante de Erika, se había vuelto a poner la chaqueta y hacía guardia, impassible. Eran tiempos complicados y no resultaba sencillo encontrar subordinados tan diligentes. El mundo que conocían, aquello por lo que habían luchado tanto, se había derrumbado. Nadie sabía lo que podía

pasar en el futuro, pero a Mundt le reconfortaba ver a tipos como ése a su servicio, gente capaz de dar su vida por una causa en la que creía. Y él ahora no podía permitirse tener dudas, flaquear ni ponerse nervioso. No era bueno que los vieran discutir a Becker y a él, aunque a su socio no le faltase razón. No podían quedarse ahí eternamente. En cuanto Mercedes regresara habrían de resolver la situación como fuera.

Después de encargarse del café volvió al salón y ocupó su asiento, frente a su socio. Les gustase o no, viajaban en el mismo barco, y aunque tuvieran opiniones diferentes respecto a la forma de llevarlo, a los dos les interesaba que llegase a buen puerto. La criada trajo la bandeja y sirvió los cafés, y los dos bebieron en silencio. El viejo reloj del salón marcaba las doce. Mercedes ya llevaba fuera casi dos horas.

Uno de los sicarios llamó a la puerta del salón y esperó, obediente, a que le diesen permiso para abrirla.

—Perdonen que les interrumpa —dijo—. Pero hay algo que tienen que ver.

Se levantaron los dos. No les habrían molestado de no tratarse de algo importante. Lo primero que Herbert Mundt pensó era que al español le habría pasado algo. Que se le había parado el corazón por culpa de las descargas. En realidad, no le preocupaba lo que hubiera podido sucederle a Martín Navarro, pero no iba a resultar sencillo explicárselo a Mercedes. Tendría que convencerla de que no le habían hecho nada, que a lo mejor antes se les había ido la mano, cuando ella aún no se había marchado, y que si el amante español de Erika estaba muerto era por mala suerte. Sin preguntarle, sin esperar siquiera a que le dijera lo que estaba pasando, Mundt se dirigió hacia el cuarto donde estaban los prisioneros, asumiendo que algo había salido mal. Pero al fondo del pasillo no había nadie. La puerta estaba cerrada y le irritó darse cuenta de que quien tenía que estar de guardia había abandonado su puesto. Herbert Mundt se paró antes de seguir. Alois Becker, que caminaba dos pasos por detrás de él, también se había detenido y vuelto la cabeza hacia la entrada de la casa. En el vano de la puerta, su hombre de confianza, el mismo al que estaba a punto de soltar una reprimenda por habersele ido la mano con la corriente y abandonar su

puesto de guardia, sujetaba a un tipo al que Mundt no había visto nunca. Su manaza le agarraba el brazo de mala manera, y el desconocido, aunque se esforzaba en aguantar el dolor, no podía esconder la tensión en el rostro, como si ahogase a duras penas un grito. Tenía media cara amoratada, y la chaqueta y los pantalones llenos de barro.

—¿Quién es éste? —preguntó Becker.

—Es el que estaba en el tren —le aclaró el sicario que había ido a buscarlos al salón—. Creía que se había roto la cabeza en Despeñaperros, pero parece que tiene más vidas que los gatos.

—¿Qué está haciendo aquí? —ahora fue Mundt el que habló.

—Me lo he encontrado merodeando por la casa. —Sacó una pistola del bolsillo y se la entregó a Mundt—. Llevaba esto escondido.

Herbert Mundt sostuvo la pistola un momento, como si quisiera calibrar su peso, adivinar si estaba cargada o calcular cuántas balas tenía.

—¿Quién eres? —le preguntó—. ¿Cómo has entrado?

—Lo he registrado —le explicó el esbirro que le había entregado la pistola—. Pero aparte del arma, no he encontrado nada. Ni siquiera lleva documentación.

—Vaya, vaya... —dijo Becker—. Un don nadie. Seguro que si acabamos con él no habrá quien lo eche de menos... Mi socio te ha hecho unas preguntas. ¿Vas a respondernos por las buenas o prefieres hacerlo por las malas?

El que lo sujetaba no necesitó ninguna señal de sus jefes para retorcerle el brazo y aplastarle la cara contra la pared.

—Me llamo Gregorio León —dijo, procurando esquivar el dolor—, y estoy aquí buscando a un amigo.

—¿Y quién es ese amigo? —le preguntó Herbert Mundt—. Debes de tenerle mucho aprecio. Y, según me han contado, también viajabas en el tren, aunque te bajaste antes de tiempo. —Le acercó la cara y le habló en voz baja, como si le contase un secreto—. Escúchame, muchacho. Vamos a tener una conversación. Y será mucho mejor para ti si eres sincero.

Cuando terminó la frase hizo un gesto y el que lo sujetaba lo liberó de la tenaza.

—¿Quién está contigo?

Gregorio se frotó el brazo que habían estado a punto de romperle.

—He venido solo.

—No te creo. ¿Cómo has entrado aquí?

—La finca es muy grande. Me colé por la valla que está junto a la carretera. No me he encontrado con nadie hasta llegar a la casa.

—¿Y quién es ese amigo al que buscas? ¿Martín Navarro?

—Así es.

—¿Cómo sabes que está aquí?

—Llevaba varios días siguiéndolo en Madrid. Y cuando subió a un tren en Madrid decidí llegar hasta el final.

—Ya... ¿Y por qué seguías a Navarro?

Gregorio pensó que la mejor opción era decir la verdad. Sólo así podría conseguir aplazar, aunque fuera por un rato, que lo matasen o lo torturasen.

—Me han encargado matarlo.

—Tantas molestias que te has tomado para matar a ese rojo y no sabías que nosotros te podríamos haber ahorrado el trabajo —le dijo Becker, después de soltar una carcajada. Herbert Mundt tampoco evitó sonreír—. ¿Y quién te ha encargado matarlo, si puede saberse?

Gregorio León se la jugó. Podría ser sincero con ellos, pero sin que adivinaran sus intenciones. La conversación que había mantenido con Bishop le confería alguna ventaja.

—Lo hizo alguien a quien creo que ustedes conocen bien. —Hizo una pausa, para mantener su interés—... Rogelio Bejarano.

Ni Mundt ni Becker dijeron nada. Se limitaron a mirarlo y a esperar a que continuase con su explicación.

—¿No les ha dicho nada Bejarano? —Gregorio se encogió de hombros—. No me parece raro. Y estoy seguro de que tampoco les parece raro a ustedes. Rogelio Bejarano maneja intereses diferentes, incluso contradictorios. Ya saben a qué me refiero...

Los alemanes seguían sin decir nada, así que no le quedó más remedio que continuar con la farsa. Sentía que, si se quedaba callado, los otros enseguida se darían cuenta de que estaba mintiendo. Y, si los dados rodaban

en su favor, Rogelio Bejarano podía darse por muerto. La gente del Partido no toleraría su doble juego. Pero si los dados rodaban en su contra, Gregorio León quería asegurarle un interrogatorio con sus socios nazis, o, como mínimo, sembrar una duda razonable sobre su lealtad.

—Vaya —añadió—. Parece que Rogelio Bejarano se mueve en aguas turbulentas. No me sorprende. No es la primera vez que trabajo para él. Lo conozco bien. No ha sido sincero ni con nosotros ni con ustedes.

—¿Quiénes somos *nosotros*? —le preguntó Mundt—. ¿Y quiénes son *ustedes*?

—Puede que seamos enemigos, o al menos que tengamos convicciones muy distintas. Pero la vida da muchas vueltas, y nuestros intereses han llegado a coincidir. Tanto ustedes como nosotros queríamos encontrar a Navarro.

En la cara de Herbert Mundt se marcó la misma mueca de compromiso o desprecio que si Gregorio le hubiera contado un chiste sin gracia.

—Tú no has matado a nadie en tu vida. Mírate. No hay más que verte.

Gregorio encajó el insulto sin rechistar, como si no se hubiera enterado.

—Hay que reconocer que tienes agallas y eres lo bastante cabezota o inconsciente para habernos seguido hasta aquí —añadió el alemán, en un tono neutro. Gregorio se preguntó si había algún resquicio de admiración en sus palabras—. Pero has llegado al final del trayecto, muchacho. Se acabó. No sé qué estás buscando realmente, si al español o a nosotros, pero tus pesquisas han terminado. —Con un gesto le ordenó al tipo que estaba detrás de él que lo volviera a sujetar, y el esbirro no dudó ni un instante en retorcerle el brazo otra vez—. Enciérralo —le dijo—. Ya decidiremos qué hacer con él.

—Se están ustedes equivocando —protestó Gregorio, aguantando el dolor—. Yo sólo he venido hasta aquí porque me han encargado matar a Martín Navarro.

Pero en el gesto del alemán seguía instalada la misma mueca de desprecio de quien acaba de escuchar un chiste sin gracia.

Navarro seguía sentado en la silla, con los ojos cerrados, tratando de reponer fuerzas, cuando se abrió la puerta de la habitación. Al aparecer Gregorio León volvió a pensar que estaba soñando o seguía sufriendo alucinaciones. Pero ya iban tres veces en poco más de veinticuatro horas, así que tenía que ser verdad. El mismo tipo que antes lo había golpeado y aplicado la corriente eléctrica empujó al periodista dentro de la habitación y cerró la puerta. Erika no dijo nada: lo único que hizo fue arrugar el entrecejo y mirar a Navarro para buscar una respuesta. ¿Qué significa esto?, parecía que le preguntaba con los ojos.

Navarro se levantó de la silla, todavía sin tener la certeza de no estar soñando. Su viejo amigo no presentaba un aspecto mucho mejor del que debía presentar él mismo: tenía un ojo amoratado e hinchado, y un sinfín de arañazos le adornaban la cara, alguno con restos de lo que parecían hilillos de sangre seca; los zapatos llenos de barro, como si no hubiera podido llegar hasta allí más que pisando charcos; y el traje y la camisa pidiendo a gritos una visita a la tintorería. Lo normal, al verse, hubiera sido un apretón de manos o un abrazo, pero nada de lo que estaba sucediendo era normal.

—Gregorio, ¿qué estás haciendo aquí?

—Llevo cuatro días buscándote. Desde que llegaste a Madrid.

Navarro asintió. Le puso una mano en el hombro, afectuoso.

—Me había parecido verte en la estación. Incluso te avisé con un gesto para que no intentaras nada. Pero está claro que no me hiciste caso... —Se calló un segundo, y luego miró a Erika—. Ella es Erika Walter, una vieja amiga.

—Sí, ya sé quién es —contestó Gregorio, inclinando la cabeza un poco para saludarla—. Escucha, Martín, no sé cuánto tiempo tendremos antes de que esa puerta vuelva a abrirse. Así que será mejor que vayamos al grano. Creo que te tendieron una trampa en Madrid.

—No te quepa duda de eso. ¿Cómo has podido llegar hasta aquí? No sé si eres consciente del peligro que corres.

—¿Estás seguro de que puedes confiar en él?

A Erika no le había importado que Gregorio León estuviese presente para mostrar abiertamente sus dudas. Pero el periodista no la culpaba. A él le pasaba lo mismo con ella, y no estaba seguro de decírselo a Navarro. Resultaba imposible saber hasta qué punto podía fiarse de la mujer que estaba con su amigo. Tenía que arriesgarse a mentirles un poco o contarles una media verdad. Los alemanes que los tenían retenidos podrían no haberles contado lo que pasó en Despeñaperros.

—Tú lo has dicho. Al final no te hice caso y subí al tren. Luego os seguí hasta aquí.

Pero Erika aún seguía esperando la respuesta a su pregunta.

—Échale un vistazo —terció Navarro—. Está claro que no le ha resultado sencillo encontrarnos. Gregorio es un viejo camarada. Y un amigo.

—No olvides que tus camaradas te la jugaron en Madrid —respondió Erika, y luego miró a Gregorio—. No es nada personal, pero a estas alturas, lo mejor es no confiar en nadie.

—Que la amante del capitán Navarro sea la viuda de un agente de la Abwehr no contribuye precisamente a crear un ambiente de confianza. —Lo mejor era ser directo y no andarse por las ramas—. Si queremos solucionar esto, será mejor que seamos sinceros. Todos.

—Me parece bien —contestó Erika, que había encajado el golpe sin inmutarse—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Acabo de contárselo a Navarro. Estaba en la estación, en Madrid, y también subí al tren.

Pero la mujer no se iba a dejar convencer así, por las buenas.

—No pensarás que nos vamos a creer que has venido andando desde Sevilla. ¿Quién te ha traído? ¿Había alguien esperándote en la estación? ¿Quién más está metido en este asunto?

Gregorio León se calló. Si no contestaba la verdad o era capaz de inventarse algo coherente, lo único que iba a conseguir era que esa mujer, y también Navarro, desconfiaran de él. Que incluso empezaran a ver fantasmas donde no los había.

Su amigo, que había permanecido en silencio mientras hablaba con ella, le dijo:

—Erika tiene razón. Será mejor que nos digas la verdad.

Y Gregorio sabía que estaba en lo cierto. Tenía que ser sincero, al menos todo lo sincero que pudiera. Les diría la verdad, pero se ahorraría algunos detalles.

—Un americano está siguiendo a los alemanes que están con vosotros. Me descubrieron en el tren. Tuve que saltar en Despeñaperros. Sé que lo que os cuento os puede parecer inverosímil, pero ¿por qué si no tendría un ojo morado y la ropa hecha un asco? El americano me recogió y me ha traído hasta aquí.

Erika lo miró como si no hubiera reparado hasta entonces en las mataduras de su cara y en las arrugas del traje o el barro de los zapatos.

—¿Y dónde está el americano ese? —le preguntó Navarro.

—Fuera, en la carretera. No ha querido acompañarme. Los que a él le interesan son los alemanes.

No había mencionado a Artemio Corona. No quería entrar en detalles o implicar a más gente si no era necesario.

—¿Cómo has podido entrar en la finca? —Ahora era Navarro el que llevaba la voz cantante. Aquello se parecía bastante a un interrogatorio.

—Me colé en una valla. Llegué hasta la casa sin que me vieran, pero al final me han cogido. Como ves, estoy de tu parte. Y me gustaría que me contaras lo que está pasando. Y no me refiero aquí dentro. Ya veo que a ti no te han tratado mejor que a mí. Quiero decir a lo que está pasando contigo. Los del Partido me ordenaron que te buscara en Madrid en cuanto se enteraron de que te habías presentado sin avisar. Luego me insinuaron que tendría que matarte si no me quedaba otro remedio.

Después de escuchar la última frase Navarro lo miró como si nunca hubieran sido amigos.

—¿Y pensabas hacerlo? —le preguntó, después de tensar el silencio.

Gregorio movió la cabeza.

—Sabes bien que no. Pero sí es cierto que quería encontrarte para hablar contigo. Desde que dejaste escapar a Miranda nadie confía en ti.

—Miranda... —murmuró Navarro, como si al pronunciar ese nombre lo asaltara la nostalgia.

—Pero luego he sabido que Miranda no era un traidor. Le habían tendido una trampa, igual que a ti. Y, buscándote, he llegado hasta aquí. Eso es todo.

—¿Y cómo puedes estar ahora tan seguro de eso? —le preguntó Navarro.

—Porque el traidor es Rogelio Bejarano. Lleva muchos años engañándonos. Por lo visto, también trabaja para los nazis. Probablemente él fue quien te tendió la trampa en Madrid, aunque enseguida me encargó buscarte para no levantar sospechas. Pero Bejarano sabía que los alemanes no dejarían escapar la oportunidad de capturarte también y los puso al corriente de que estabas en España y los del Partido ya te habían detenido.

—Vale, pues ya está todo claro —dijo Erika, que no había dejado de dar vueltas por la habitación mientras hablaba Gregorio, como si ni siquiera estuviese prestando atención—. Y ahora que ya nos hemos encontrado, ¿tienes algún plan para sacarnos de aquí? ¿Entrará en la finca tu amigo el americano al frente del Séptimo de Caballería?

En esa pregunta, pensó Gregorio, estaba la clave de todo. Había conseguido llegar al fondo del asunto y encontrado al capitán Navarro, pero los nazis lo habían sorprendido primero y ahora era también su prisionero. ¿Qué si tenía algún plan? Ojalá que sí, pero no tenía ninguno. La idea del Séptimo de Caballería acudiendo a su rescate era muy sugerente, no lo iba a negar, y por un momento se le vino a la cabeza una escena de *Murieron con las botas puestas*, el general Custer al frente de sus soldados de casacas azules, los caballos azuzados por las cornetas, galopando en la pradera. Pero el americano que lo había recogido en Despeñaperros distaba mucho de parecerse a Errol Flynn. Robert Bishop le había permitido entrar en el cortijo si era lo que quería, aunque no tuviera ninguna posibilidad de tener éxito en su empresa. Lo había dejado que se equivocara si ésa era su voluntad, y lo que sucediese a partir de ahí no sería problema suyo.

No, la verdad era que el Séptimo de Caballería no iba a acudir a rescatarlos de los indios.

—No irás a decirme también que la presencia en la finca de este tipo que estaba en el tren es una casualidad.

Alois Becker miraba a Herbert Mundt, que había vuelto a sentarse frente a la chimenea del salón, pero su socio parecía no querer contestarle o no saber qué responderle.

—¿O es que te has creído esa burda mentira que nos ha contado? — insistió Becker.

—Tiene sentido que Rogelio Bejarano le haya encargado matar a Martín Navarro. Recuerda que a nosotros se nos escapó en Madrid.

—De Bejarano ya nos ocuparemos cuando corresponda. Primero hemos de preocuparnos por nosotros. Ese tal Gregorio León nos ha seguido desde Madrid y ha sido capaz de llegar hasta aquí. No me creo que lo haya conseguido él solo. Para mí está claro que quien vino antes buscando a Mercedes lo ha ayudado a entrar. ¿Quién nos dice que no hay más gente pisándonos los talones? ¿Quién puede asegurarnos que ahora mismo no hay un grupo de esos locos cazadores de nazis en la puerta?

—Alois, éste no es el mejor momento para perder la calma.

—Tampoco es el mejor momento para quedarse esperando y no hacer nada. Escúchame. En pocos minutos podríamos conseguir que ese mequetrefe que acaba de presentarse nos diga lo que queremos saber. Y tengo el convencimiento de que hasta que no lo hagamos hablar no nos enteraremos de cuánta gente nos está siguiendo.

—Le he dado mi palabra a Mercedes de que no haríamos nada hasta que ella estuviese de vuelta.

—No sabemos cuándo va a volver Mercedes. No sabemos si va a volver siquiera.

—Volverá. Yo confío en ella. Y tú también deberías hacerlo.

—Mira, hagamos una cosa. Le has prometido a Mercedes que no le haríamos daño al amante de Erika. De acuerdo. Pero este recién llegado no entraba en el trato. Obligándolo a hablar no habremos faltado a tu palabra. Si nos damos prisa y no perdemos más el tiempo en discutir, tal vez lo

hayamos conseguido antes de que ella regrese. Si le pasa algo a este tipo, le diremos a Mercedes que entró a escondidas en la finca e intentó matarnos. Bien mirado, no será una mentira, porque nadie lo ha invitado a venir, y además lleva una pistola.

A Becker le hubiera gustado que su socio fuera un poco más vehemente, que no rumiase tanto antes de tomar una decisión. Pero lo conocía lo bastante para saber que no iba a cambiar. Incluso ahora, que tenía bastantes motivos para estar nervioso, Herbert Mundt apuntaba la misma calma que si paseara una mañana de domingo por el parque del Retiro. Cuando se levantó y le dijo que de acuerdo, aún tenía la vista clavada en las llamas, y Becker no estuvo seguro de haber escuchado bien su respuesta.

—De acuerdo —repitió, mirándolo—. Hagamos que nos cuente lo que sabe.

Y aunque sus modales parsimoniosos eran idénticos a cuando estaba sentado y meditaba frente a la chimenea, ahora Mundt se dirigía a la habitación con la determinación de quien ha tomado una decisión irrevocable.

Uno de los sicarios le abrió la puerta.

—Lleaos a Erika y a su amante al salón —dijo, y luego miró a Gregorio y añadió—: El otro, que se quede aquí. Seguro que tiene muchas cosas que explicarnos.

El matón de la cabeza afeitada sacó una pistola apenas Mundt hubo terminado la frase, y con el cañón les indicó a Erika y a Navarro el camino hacia la salida.

—Salid de aquí —dijo Becker, al advertir los puños crispados de Navarro—. Le hemos prometido a Mercedes que no os haríamos daño. No nos hagáis faltar a nuestra palabra.

Gregorio trató de disimular el temblor en las piernas. Si la suerte se le podía poner de espaldas, acababa de hacerlo. Antes de salir de la habitación, su viejo amigo, el capitán Navarro, le puso una mano en el hombro, para darle ánimos, y le dijo que todo saldría bien.

—Mercedes no aprobaría esto —le dijo Erika a Mundt, pero éste no le hizo el menor caso. Seguía mirando a Gregorio, como un halcón que ha

descubierto a una paloma ingenua y está a punto de lanzarse en picado para cazarla.

El sicario que había sacado la pistola salió de la habitación con Erika y con Navarro. Y el otro, el mismo que lo había descubierto en el tren y cuando estaba asomado a esa ventana que ahora, desde dentro, se le antojaba mucho más alta, cerró la puerta y se colocó un paso por detrás de los que, según le había contado Robert Bishop, debían de ser los socios de Emil Liebermann.

—Hemos pensado que deberíamos tener una conversación —le dijo uno de ellos—. Hay más de un detalle que nos gustaría que nos aclarases.

Mientras hablaba, el esbirro se había quitado la chaqueta y se arremangaba la camisa, muy despacio y con mucho cuidado, igual que un médico antes de una operación. Gregorio se esforzó en apartar la vista de él. Por mucho esmero que pusiera en colocarse bien las mangas, seguro que el fulano tenía de médico lo mismo que él. Si acaso, pensó Gregorio, será de esos médicos sádicos que disfrutaban operando a sus pacientes sin anestesia.

—Ya les he contado todo lo que sé —respondió, sin embargo, procurando aparentar una calma que le faltaba—. Pero estaré encantado de informarles de todo lo que ustedes quieran.

—Habías venido con la intención de matar al capitán Navarro —le dijo Becker.

Gregorio León consideró que lo mejor era subir un poco el nivel de sinceridad.

—Eso era lo que me había ordenado Rogelio Bejarano, o más bien, sugerido. Pero ya les he dicho que no me fío mucho de él. Antes de hacer nada, prefiero sacar mis propias conclusiones.

—Ya está bien de tomarnos por imbéciles —dijo Mundt—. Dinos qué estás haciendo aquí. ¿Cómo nos has encontrado?

Gregorio improvisó antes de que le hicieran la misma pregunta que unos minutos antes le había formulado Erika.

—Un amigo me recogió en Despeñaperros. Llegamos a Sevilla antes de que lo hiciera el tren. Desde la estación los seguimos hasta aquí.

—¿Dónde está ese amigo suyo?

—Le dije que se volviera a Sevilla. Lo que yo tenía que hacer era sólo asunto mío. Nadie ha de arriesgarse por mi culpa si puedo evitarlo.

—Te lo voy a preguntar por última vez. Y te advierto que, si no me gusta tu respuesta, la siguiente pregunta te la hará él —le dijo Mundt, apartándose un poco, para que Gregorio pudiera ver bien al sicario de la camisa arremangada—. ¿Por qué nos has seguido? ¿Para quién trabajas?

—Soy un periodista que colabora en la clandestinidad con el Partido Comunista. Pueden ustedes llamar a Rogelio Bejarano y preguntárselo si no me creen.

—Marxista y periodista no es una buena combinación —dijo Becker—. Los periodistas son como los detectives. Siempre acaban metiendo la nariz en asuntos que no les incumben.

—Lo mío es el fútbol. Mi nombre aparece cada semana en el periódico. También pueden ustedes comprobarlo. Juro que nada de lo que he dicho es mentira. Les voy a proponer una cosa. ¿Por qué no dejan que me vaya? A mí y a Martín Navarro. Yo quería encontrarlo, y ahora que por fin lo he conseguido creo que hay muchas cosas que debería explicarme.

Herbert Mundt no dijo nada, pero Alois Becker no pudo o no quiso evitar una risa que empezó en silencio, discreta, desde el estómago, y que luego, a medida que brotaba de su cuerpo se convirtió en un estruendo cuyo eco resonó en la habitación, igual que en un desfiladero. Aún seguía riéndose, como un crío o un demente, cuando el sicario avanzó entre Mundt y él y estrelló el puño enorme, como un martillo, en la cara de Gregorio.

Quando se despierta le duele la cara y la cabeza y la espalda, y está tirado en el suelo de mala manera. Piensa que a lo mejor han venido más puñetazos después del primero. Está tan mareado y le duele tanto que no cree que haya podido suceder de otra manera. No ha terminado de abrir los ojos cuando las zarpas del matón lo sujetan por la solapa, rompiéndole las maltrechas costuras de la chaqueta o de la camisa, y lo levanta del suelo. Gregorio mueve los pies en el aire, como un muñeco de trapo, y al estrellarse su espalda contra la pared no puede evitar golpearse también la

cabeza, pero esta vez no pierde el conocimiento. Los puños del gorila le aplastan las costillas, ahogándolo, y escucha la voz de uno de los dos hombres pero no sabe de quién se trata, una voz que le llega como de muy lejos y le pregunta quién es, qué es lo que ha venido a buscar, quién lo ha enviado. Me llamo Gregorio León, murmura, aturdido, conteniendo la respiración y procurando esquivar el dolor. Gregorio León Armero. Soy periodista y vivo en Madrid. He llegado hasta aquí buscando al capitán Navarro. Aprieta los dientes y cierra los ojos cuando el puño del sicario se coloca otra vez delante de su cara, antes de que un relámpago estalle y todo se vuelva oscuro de nuevo, como si dentro de aquel cuarto el día y la noche se sucedieran de una manera caprichosa.

Al despertar es otra vez igual: él tirado en el suelo. El mismo dolor en la espalda, en la cabeza, en las costillas. Y ahora una patada: la punta del zapato del sádico que disfruta pegándole, clavándosele en el estómago, y él revolviéndose en el suelo y gritando su nombre y su profesión sin que se lo pregunten. Pero no por eso va a poder evitar otra patada, y otra, hasta que se hace otra vez de noche mientras un hilo de sangre tibia se le derrama de la boca.

Ahora le han metido la cabeza en un barreño de agua helada, y no sabe si lo han hecho para ahogarlo o para espabilarlo. Lo segundo, ya lo han conseguido —el agua lo ha despertado enseguida—, pero por más que trata de mover la cabeza la manaza del asesino lo tiene agarrado por el pelo y lo empuja hasta el fondo. El líquido turbio, una mezcla de agua sucia y de su propia sangre, se le cuele por la nariz y por la boca. No puede evitar toser, pero al hacerlo lo único que consigue es tragar más agua. Intenta revolverse, pero es inútil. El otro es mucho más fuerte, tanto que a su lado Gregorio parece un niño, y cuando los pulmones están a punto de reventarle, siente cómo tiran de su cabeza hacia arriba, y luego lo empujan al suelo, pero apenas puede rodar entre espasmos de tos incontrolables que anticipan el vómito. Espera que ahora lo vuelvan a patear, y quizá, es lo que piensa Gregorio, eso sea lo mejor que pueda pasarle: que lo golpeen hasta

perder el conocimiento y ya no se entere de nada y entonces le hagan lo que quieran. Pero nadie lo toca, y entre accesos de tos escucha a alguien acercarse lentamente, y al abrir los ojos ve unos zapatos negros, lustrosos, unos zapatos elegantes que parecen no haber pisado nunca el barro ni el polvo de la calle, y aprieta los párpados porque está seguro de que va a recibir un puntapié en la cara. Pero nada. Han pasado unos segundos y de momento no le han vuelto a hacer daño. A lo mejor es que todo ha terminado y aún no lo sabe. Cuando abre los ojos otra vez, uno de los dos tipos que había asistido en silencio a la paliza está agachado junto a él y lo mira con la cabeza ladeada, como si lo examinara o le extrañase que aún siga con vida. A una indicación suya, el sicario lo lleva a rastras hasta una silla, y el hombre que estaba agachado junto a él coge otra y la coloca enfrente.

A Gregorio León todo le daba vueltas. El cuarto era una estampa borrosa, parecía una mañana con mucha niebla, y la ventana y la puerta giraban alrededor de su cabeza, sin acabar de encontrar su sitio. Pero aunque apenas podía mantener la cabeza erguida, consiguió estar sentado en la silla sin caerse. El alemán estaba frente a él, había encendido un pitillo y le ofrecía otro. Gregorio dudó un momento antes de cogerlo, pero resolvió que aquel cigarrillo podría ser el último. Y era lo que más le apetecía, qué extraño, un cigarrillo, y darle una larga calada, disfrutándola. Lo cogió, con una mano temblorosa, y se lo llevó a los labios hinchados por la paliza sin saber si se le caería al suelo. El otro le acercó el mechero para que pudiera encenderlo. Mientras aspiraba la primera calada, Gregorio giró la cabeza: el matón se había colocado al otro extremo de la habitación, con la camisa todavía arremangada, dispuesto a rematar la faena, y el otro tipo estaba apoyado en la pared, con las manos metidas en los bolsillos, sin dejar de mirarlos a su socio y a él.

—Escúchame, hijo —le dijo el que le había ofrecido tabaco; dejó de hablar mientras se llevaba el pitillo a la boca, y después de chuparlo lentamente movió un poco la cabeza, muy educado, para no echarle el

humo en la cara—. Quiero que sepas que, lo que está pasando, a nosotros nos gusta tan poco como a ti. Pero tienes mi palabra de que todo acabará en cuanto contestes a nuestras preguntas.

Gregorio también giró la cabeza antes de expulsar el humo, un gesto tal vez innecesario con el hombre que había ordenado que lo torturasen, pero no había podido evitar imitarlo.

—Ya les he contado todo lo que querían saber.

El otro negó con la cabeza, chasqueando la lengua, contrariado.

—Puede que te lames como nos has dicho, y que de verdad seas periodista. Pero no acabamos de creernos que hayas venido hasta aquí y te hayas tomado tantas molestias, incluso jugarte la vida, sólo por encontrar a tu camarada.

—¿Y qué otra razón puede haber?

—Verás —le dijo, poniéndose recto en la silla—. Doy por sentado que sabes quiénes somos. Y no vamos a perder el tiempo en discutir si llevo razón o no. Lo que quiero que me digas es quién te ha enviado. Lo más seguro es que alguien te haya pagado una buena cantidad de dinero por meter la nariz en nuestros asuntos. Mírate. No te ha salido gratis, y te va a costar mucho más caro si no colaboras.

—Fue Rogelio Bejarano el que me puso tras la pista de Martín Navarro. Siguiéndolo a él he llegado hasta ustedes. Es tan simple como eso.

—Rogelio Bejarano es un don nadie que va a conseguir cavar su propia tumba por culpa de su ambición y su torpeza. Un desgraciado sin futuro que ahoga las penas emborrachándose cada noche. Y tú no confías en él, así que no puedo creerte si me dices que te estás jugando la vida por un traidor.

—No es por Bejarano por quien me he jugado el pellejo, sino por Navarro. Somos viejos amigos, y quería demostrar a los del Partido que estaban equivocados con él.

—Una actitud muy noble la tuya, sin duda. Pero lo siento. No me sirve. Llega un momento en la vida en el que el honor y la filantropía no son más que conceptos infantiles que no tienen ninguna aplicación práctica.

—Tal vez es que aún soy demasiado joven para darme cuenta.

—Probablemente. Pero no podemos esperar a que cumplas años y maduras para que lo averigües por ti mismo. No tenemos tiempo. —Se inclinó en la silla y acercó su cara a la suya. Gregorio se dio cuenta de que el alemán olía a tabaco rubio y a colonia. Él debía de apestar a sudor y a miedo. Le dio vergüenza que el otro lo notase—. Dinos quién te ha enviado y qué es lo que quiere y acabemos con esto de una vez. Si no, sintiéndolo mucho tendremos que continuar con lo que estábamos haciendo. —Hizo una pausa, para ver la reacción de Gregorio, pero éste no dijo nada. Se limitó a asentir y a dar una calada al pitillo—. Y te advierto que cada vez será más desagradable. Créeme. Al final terminarás contándonos todo lo que queramos saber, pero te habrás cagado y meado encima. ¿Qué necesidad tienes de ello?

Gregorio permaneció en silencio y volvió a fumar, sin dejar de mirar a los ojos del hombre que le estaba diciendo lo que iba a pasar si no colaboraba. Podría contarles que ahí fuera, junto a la carretera, había un agente norteamericano que quería ponerlos delante de un tribunal. Que los seguía con la esperanza de que dieran un paso en falso o cometieran un error. Pero había llegado al convencimiento de que decirles lo que querían saber tampoco serviría de nada. Era como si los golpes, en lugar de soltarle la lengua, sólo hubieran conseguido aclararle las ideas, proporcionarle una lucidez que hasta ahora le había faltado. Él no era más que una mota de polvo, un ser insignificante. Alguien tan prescindible como el cigarrillo que se estaba fumando. Lo único que le quedaba era pedir clemencia, suplicarle a ese tipo o a su socio que le perdonasen la vida. Pero sabía que no le saldrían las palabras, que hacerlo sería incluso más desagradable que tragar veneno. Y no es que quisiera dárse las de héroe, porque Gregorio León estaba convencido de no ser un héroe. Se trataba de algo más sencillo: un hombre tenía que saber cuándo había llegado el final y despedirse sin hacer ruido, con la dignidad del que no le han regalado ni ha pedido nada.

Apuró el pitillo, aplastó la colilla con la suela del zapato en el suelo húmedo, y cuando volvió a mirar a los ojos del hombre que estaba frente a él, tuvo la certeza de que le había leído el pensamiento y que, aunque no se lo diría y dentro de un instante ordenaría que lo mataran, se había ganado su

respeto. Luego negó con la cabeza, muy despacio, como si estuviera tan exhausto que no le salían las palabras, y el otro asintió, antes de levantarse de la silla, como si de verdad lamentara la orden que estaba a punto de dar.

Gregorio no le oyó decir nada. Ni siquiera reparó en su gesto, pero antes de que pudiera darse cuenta, el matón de la camisa arremangada se había colocado junto a él y le había dicho que se desnudara. Y podía haber sido obediente, haberse quitado la chaqueta y la camisa como si estuviera en la consulta del médico, pero le dijo al sicario que no, que él no tenía por costumbre desnudarse delante de un hombre, y esta vez no consiguió ver nada, ni el puño que volaba hacia su cara ni la manaza enorme que lo agarraba por la solapa como un guiñapo. Ni siquiera sintió dolor cuando volvió a hacerse de noche en la habitación.

Si antes lo había espabilado el agua helada del barreño, ahora era una sacudida en la entrepierna la que le tensaba el cuerpo y lo obligaba a estirar los músculos, como si se desperezara exageradamente. Lo iban a matar. A Gregorio ya no le cabía ninguna duda, pero prefería que hubieran acabado con él metiéndole una bala entre las cejas o clavándole un puñal y no friéndole los huevos. Otra vez pensó que, en ese momento, lo que más le preocupaba, casi lo único que le importaba, era mantener un mínimo de dignidad. Pero no iba a ser posible. No quería chillar, pero quién podría aguantar sin dar un grito mientras le hacían algo así. Ahora no le hacían preguntas. Quizá esperaban que el dolor lo obligaría a hablar, incluso a inventarse cosas que no sabía. Los cables estaban conectados a una palanca que asomaba del maletín. El sicario apenas la había movido y ya le había hecho mucho daño. La vez siguiente sería peor, y quizá no podría aguantar sin gritar o pedir clemencia. Maldito seas, Robert Bishop, murmuró, para sí. Me has dejado llegar hasta aquí a sabiendas de que me pasaría esto. Gregorio se quejaba de la pasividad del americano, pero también esperaba oír las trompetas del Séptimo de Caballería, los disparos de los fusiles que espantarían a los indios y le salvarían la vida en el último momento. Aunque le hubiera asegurado que si entraba en la finca y las cosas se ponían

feas no podría hacer nada por él, Gregorio quería pensar que, si sabía que se estaba jugando la vida, al final acudiría en su ayuda. Después de todo, le había dicho que tenían intereses comunes.

A duras penas ahogó un grito en la segunda descarga. Tenía el cuerpo ardiendo, pero también estaba tiritando. La bombilla solitaria del techo había estado a punto de apagarse ahora, como la llama de una vela al abrirse una ventana. Los dos jefes estaban junto a la puerta, lo bastante lejos como para que el verdugo trabajase con comodidad, esperando que Gregorio les dijese algo y a lo mejor entonces detener la tortura. No había llegado a saber quién era Mundt y quién Becker. Pronto llegaría otra sacudida, y estaba seguro de que esta vez no podría resistirse a gritar. Bishop, hijo de la gran puta, dijo, en voz baja, para darse coraje, porque se le ocurrió que tal vez para aguantar el dolor lo mejor era odiar mucho a alguien. Si ahora tuviera al americano delante lo estrangularía con sus propias manos, por haberlo dejado entrar, por no haber ido a rescatarlo aunque estuviera seguro de que fracasaría y que los hombres a los que seguía no se andarían con miramientos a la hora de sacarle información. Seguro que a Bishop, que era muy astuto, en el fondo no le importaba que Mundt y Becker supieran que los estaban siguiendo. Él no era más que un peón prescindible, una pieza sacrificable con tal de ganar la partida. Y podía no ser la única. El dolor le estaba procurando tanto sufrimiento como lucidez. Cuanto más daño le hacían, más seguro estaba de que el americano escondía mucho más de lo que le había contado. Debería haberse quedado en Madrid, con Marina, para protegerla, para que nadie pudiera hacerle daño. Pero no. Ahora no podía permitirse el lujo de pensar en Marina. No era el momento. Si pensaba en Marina acabaría derrumbándose. No. Marina no existe. No conozco a ninguna Marina. Tampoco estoy en la habitación de un cortijo andaluz, y un sádico no me está torturando. Son los indios los que me han hecho prisionero, y seguro que antes de que me arranquen la cabellera oíré las trompetas que anuncian la carga de los soldados del Séptimo de

Caballería que vienen a rescatarme. Robert Bishop es un hijo de puta, pero no tanto como para dejarme morir a manos de estos pieles rojas.

No.

No.

No.

¡Nooooooooo!

Le dolía tanto que ya no pudo aguantar un alarido. Y de nuevo se hizo de noche, y en la oscuridad Gregorio creyó oír las trompetas de los soldados de casacas azules que acudían en su ayuda, y cuando abrió los ojos, aunque ya era de día otra vez, todavía creía estar soñando. O a lo mejor es que estaba muerto. Ya habían callado las trompetas y el general Custer no comandaba un ejército de soldados de los Estados Unidos, ni montaba a caballo, ni empuñaba un sable, ni tenía los rasgos de Errol Flynn en *Murieron con las botas puestas*. Quien cabalgaba al frente del Séptimo de Caballería era una mujer menuda, vestida de negro y con el pelo gris recogido en un moño, y al verla los indios habían salido corriendo.

CUARTA PARTE

Capítulo 21

El hurón y los conejos

Al salir del Palacio de la Prensa, Gregorio León miró el cielo despejado de la tarde de noviembre, contento porque aún fuera de día. Se ajustó el sombrero, encendió un pitillo en la acera de la Gran Vía y se dispuso a dar un paseo para recoger a Marina. Desde que estuvieron a punto de matarlo en Sevilla se había dado cuenta de que cualquier instante podría ser un regalo. Sólo habían pasado nueve meses, pero ahora aquellos días se le antojaban tan lejos como si fuese otra vida, tan extraños como si hubiera sido otro Gregorio León el que estuvo a punto de ser asesinado en el cortijo de una de las mujeres más acaudaladas de España. Lo que vino después, con el tiempo, fue un esfuerzo casi nunca sencillo por olvidarlo y volver a la vida de siempre, a las costumbres aburridas y al anonimato feliz de la gente corriente capaz de vivir sin levantar la voz ni meterse nunca en líos. Hombres jóvenes que salen de su casa para ir a trabajar cada día, suben a un tranvía o al metro o caminan hasta una oficina o un taller y por la tarde van a recoger a sus novias para tomar un aperitivo si hace buen tiempo o no están ahorrando hasta el último céntimo para casarse.

Y al final, después de tantos sobresaltos y dudas, a Gregorio no dejaba de sorprenderle haberse adaptado a su nueva rutina, tan gris, tan aburrida y feliz como la de cualquiera.

Que Marina estuviera enfadada cuando volvió de Sevilla encajaba en lo previsible.

—No te pediré que me cuentes lo que te ha pasado —le dijo, mirándole los labios y los párpados hinchados y la piel tumefacta de los pómulos—, pero yo no quiero más mentiras. Nunca más. ¿Me oyes? Puedo callarme y ser discreta, pero eso no significa que sea tonta, y no pienso pasarme las noches del resto de mi vida desvelada por si te ha pasado algo malo o no vas a volver entero a casa. A mí no me interesa la política, Gregorio. Lo que yo quiero es vivir tranquila al lado de un hombre que me cuide y no tener que rezar por él cada vez que desaparezca.

Gregorio la miraba, en silencio, sentado en un taburete. Cansado, sin haberse recuperado todavía ni dormir, el primer sitio al que se le había ocurrido ir al salir de la estación, antes de ir a su casa, sin haberse mirado al espejo siquiera, cómo no, fue a Le Cygne Noir. Suerte que el portero lo conocía y lo dejó entrar a pesar de que tenía el mismo aspecto de haber sido atropellado por un tranvía.

—¿Acaso te crees que me gusta trabajar en este sitio? —le preguntó Marina, y luego, sin duda para herirlo o en venganza por haber desaparecido dos días sin avisarla, añadió—: No todos los hombres que vienen por aquí son tan amables y educados como tú.

Gregorio apretó la mandíbula, incómodo.

—Marina...

—No, no digas nada. Cállate, por favor. Debemos aclarar esto cuanto antes para saber a qué atenerme. Déjame que te lo explique. Llevo dos años en Madrid. Llegué a la ciudad unos meses antes de que nos conociéramos. Dejé mi pueblo para buscarme la vida en la capital como costurera. Y ya me ves. Con lo que ganaba en el taller apenas me daba para mantenerme y mandar algún dinero a casa. Al principio me decía que trabajar en un sitio como éste no sería tan malo si otras chicas también lo hacían. Total, Madrid es muy grande y está muy lejos del pueblo. Quién se iba a enterar. Peor que trabajar de puta sería robar. Y, además, me engañaba a mí misma con que

sería algo temporal, una corta etapa de mi vida que enterraría en el olvido, como un mal sueño. Pero mírame. Llevo año y medio en este antro mientras mis padres creen que el dinero que les mando cada mes sale de mi trabajo en una sastrería de postín.

Le temblaban los labios al hablar, pero Gregorio sabía que no lloraría, al menos no en la barra de Le Cygne Noir. Marina era demasiado fuerte y se había desengañado de la vida muy joven para sucumbir a las lágrimas o al sentimentalismo a las primeras de cambio. Sólo movió un poco la cabeza. Lo justo para apartar la mirada y que Gregorio no le viera los ojos.

—No puedo más —dijo—. No puedo más. A final de mes voy a dejar la pensión.

—Ya te dije que podías quedarte en mi casa el tiempo que quisieras.

Ella volvió a sacudir la cabeza, con convicción, y luego se quedó mirándolo. Eres tonto, parecía decirle.

—No entiendes nada —contestó Marina, resoplando—. Me vuelvo al pueblo. No estoy dispuesta a seguir viviendo así.

—Pero...

Marina le puso el índice en los labios y lo dejó ahí un instante. Gregorio no estuvo seguro de si, además de hacerlo callar, quería que le besara el dedo.

—No digas nada —le pidió otra vez—. No me lo pongas más difícil. Hace dos días que no sé nada de ti y te presentas aquí como un boxeador, con la cara reventada a golpes. No sé cómo te ha dejado entrar el portero. Esto es lo que me faltaba. No soportaría que te pasara nada.

Así que se trataba de eso. Gregorio León no estaba acostumbrado a que nadie se preocupase por él, y mucho menos una mujer. Ella lo miraba entre caladas nerviosas al cigarrillo. No soportaría que te pasara nada. Después de decirlo Marina se había callado, pero el eco de sus palabras le martilleaba en la cabeza una y otra vez, como la estrofa de una canción en un disco rayado que se repite hasta el infinito. A lo mejor era lo que quería escuchar Gregorio. Lo que necesitaba. Marina no quería que le pasara nada malo y él se dejaría matar antes de que nadie pudiera hacerle daño a ella. No había que darle más vueltas.

Cuando llegó a la plaza de San Andrés y se sentó en una terraza para hacer tiempo mientras Marina salía del trabajo, no pudo dejar de mirar de reojo la iglesia con la aprensión inevitable de quien tiene la batalla perdida, porque después de conocer a sus padres lo siguiente sería proponerle pasar por el altar. Su relación con Marina durante los últimos nueve meses podía resumirse en pequeños pactos, capitulaciones parciales en las que, a regañadientes, Gregorio se había ido resignando a ceder terreno, poco a poco pero sin remedio. Ella había dejado definitivamente la pensión y se había instalado en su casa, cambiando los muebles de sitio, arreglando la cocina y perfumando cada día el cuarto de aseo. Una semana antes ya le había advertido —no preguntado o rogado, y aquí el matiz era importante— que en Navidades irían los dos unos días al pueblo para que su familia pudiera conocerlo.

Dentro de un rato Marina saldría del taller. Sus jefes estaban muy contentos con ella porque tenía muy buena mano para la costura, pero lo mejor era que no había vuelto a entrar en Le Cygne Noir. Él tampoco. Ése había sido el trato. No más barra americana para ninguno de los dos. El trabajo de Marina había sido por necesidad, pero lo suyo tenía mucho que ver con el vicio. Que ella no hubiera vuelto a pisar un club de alterne, además de en lo deseable, entraba dentro de lo previsible, pero lo raro para Gregorio era que ni siquiera le apeteciera visitar ningún local de ésos ni frecuentar otras mujeres. Cómo podía uno cambiar tanto, incluso convertirse en otra persona. Se lo preguntaba cada día.

No lo vio hasta después de aflojarse la corbata y beber el primer trago de la cerveza que le había traído el camarero. Durante un instante fue como una mancha que desentonara en el paisaje habitual de la plaza. Con los ojos había recorrido distraídamente la fachada de ladrillos oscuros de la iglesia de San Andrés, la plaza de los Carros, un poco más allá, por donde tendría que aparecer Marina dentro de un rato. Luego miró al otro lado y aunque

primero lo pasó por alto, enseguida volvió la cabeza para comprobar si no se trataba de una alucinación inoportuna. Pero no era el producto de su imaginación, por desgracia, sino una presencia tan real como las palomas que picoteaban rítmicamente en los adoquines o las campanas de la iglesia que pronto empezarían a repicar para llamar a los fieles a misa. Al verlo fue como si el tiempo retrocediera y los momentos que tanto se había esforzado en olvidar desfilasen otra vez delante de sus ojos. De pronto era como tener otra vez el cuerpo molido a golpes, los ojos hinchados, el labio partido, las manos y los pies atados a una silla, los pulmones a punto de reventar de tanto tragar agua turbia y helada de un barreño o un cable pegado a los testículos. A Gregorio León se le aceleró el pulso: los dedos crispados sobre el vaso, el cristal que seguro estallaría si no aflojaba la presión, cada vez menos capaz de contener el impulso de levantarse y partirle la cara al hombre que lo miraba desde la esquina de la calle del Almendro, sin intención de ocultarse. Incluso apuntaba un amago de sonrisa, como si lo más natural fuese cancelar la distancia que los separaba para darle un abrazo.

Con las mataduras de la cara no se pudo hacer nada más que esperar unos días hasta que las mejillas y los ojos hinchados recuperasen la uniformidad de siempre, pero al menos Mercedes Corrientes los había provisto al capitán Navarro y a él de ropa limpia. Y aunque a ninguno le quedaba bien —la chaqueta de Navarro era demasiado pequeña y las mangas de la camisa le asomaban medio palmo a la altura de las muñecas; la suya, al contrario, puesto que era al menos una talla mayor de la que le hubiese correspondido—, era mejor que ir vestido con los andrajos en los que se había convertido su traje o la camisa sudada y ensangrentada después de que lo hubieran torturado.

Ninguno de los tres había abierto la boca durante el trayecto hasta la estación: ni Navarro, ni Erika, ni Gregorio. Tampoco el chófer de Mercedes Corrientes, que había permanecido sumido en el silencio, como si fuera mudo o le hubieran ordenado no hablar. Pero no eran necesarias las

palabras. Ellos ya habían tenido tiempo de conversar durante la noche. Cuando Herbert Mundt y Alois Becker se marcharon con sus sicarios, Mercedes los reunió a los tres en el salón y les expuso la situación. Una de las muchas sorpresas había sido que los socios de Emil no volverían a molestar a Navarro y a Erika. Ése había sido el trato, pero sería conveniente que se marchasen de Madrid cuanto antes. La misma Mercedes haría una llamada por la mañana para tramitarle un pasaporte a Navarro. Puedo conseguir que gente importante os ayude sin hacer muchas preguntas, les explicó, pero mi capacidad de influir en los demás no es infinita. No me des las gracias, se adelantó a Navarro cuando le adivinó la intención. No es por ti por quien lo hago, sino por Erika.

—En cuanto a ti —le dijo a Gregorio—, lo único que puedo hacer es denunciarte a la policía por rojo. Quién sabe. Eres muy joven y a lo mejor recapacitas y con el tiempo te conviertes en un hombre decente. Rezaré para que así sea —añadió, y luego miró a Erika y a Navarro—. Rezaré por todos.

No era el momento de replicar, así que Gregorio no le contestó que no tenía intención de cambiar de bando, y que, a ser posible, prefería que nadie rezase por él. Pero, para bien o para mal, esa mujer le había salvado la vida —se la había salvado a los dos: la cara de Navarro no presentaba un aspecto mejor que la suya—. Y no era el momento ni el lugar de llevarle la contraria. Gregorio humilló los ojos y asintió, desganado.

—Y aunque mis amigos alemanes me han prometido que no os volverán a molestar, yo que tú me andaría con ojo. Están muy nerviosos. Lo más normal es que no les haga mucha gracia que un periodista husmee en sus asuntos y se entere de cosas de su pasado que puedan comprometerlos.

—Seré una tumba —dijo Gregorio.

Mercedes negó con la cabeza, sonriendo.

—Me cuesta creerlo. Eres demasiado joven y demasiado valiente para rendirte. Y no te voy a negar que eso sea una virtud, pero también puede resultar peligroso. Ándate con cuidado.

Cuando terminó la frase suspiró y se hizo la señal de la cruz en el pecho.

—¡Virgen santa! Nunca habría imaginado que le diría algo así a un comunista...

—Ellos tampoco son mejores que nosotros —terció Navarro.

Mercedes lo fulminó con la mirada. De pronto los labios se le habían puesto tensos, y se le marcó una arruga profunda entre las cejas.

—No me quieras contar cómo sois vosotros, porque lo sé de sobra. — Señaló el retrato de su padre, y los ojos de los tres se desviaron a la pared, como si el dedo de Mercedes Corrientes fuese un imán—. Mi padre era un hombre bueno, y mi madre también, y la gente que como vosotros creía en los dogmas revolucionarios los asesinó en la calle. —El tono de la voz se le había vuelto más grave y más profundo, como si una bola de lágrimas en la garganta le impidiese hablar correctamente—. Todavía estarían vivos si no hubiera sido por los comunistas. La República no hizo ningún bien a este país. No trajo nada salvo incertidumbre, disturbios, asesinatos de gente decente y curas honrados. Y al final la guerra. No vengas a mi casa a contarme quiénes son los buenos.

Martín Navarro se tragó sus argumentos. No tenía sentido intentar convencer a Mercedes Corrientes de algo que repudiaba. Hacía muchos años él también era un joven idealista, y después de acabar con la vida de seis traidores por cuenta del Partido también había visto cómo se iban desmoronando sus convicciones poco a poco. A lo mejor es que resultaba inevitable acabar no creyendo en nada después de haber luchado tanto. Tal vez el desengaño fuese la única meta posible, aunque uno no acabase por darse cuenta hasta que era demasiado tarde. Navarro no se lo iba a decir, pero cuando veía a Gregorio León, tan joven y tan convencido de lo que estaba haciendo, de los ideales que le habían inculcado, con la ilusión intacta de quien cree que aún puede cambiar las cosas o conseguir lo que desea si lucha por ello hasta el final, pensaba lo mismo que ella. Era como si la mujer pudiera leerle la mente y las palabras sobrasen. Aunque desde extremos opuestos, los dos se comprendían y quizá se aceptaban de una forma mucho más cercana o intensa de lo que estarían dispuestos a admitir. Algún día Gregorio, y puede que no tardase mucho o ya estuviera en el proceso, también se daría cuenta de que la vida, por desgracia, no era como

se la había imaginado o como quería que fuese. Que los ideales en los que se sustentaba su mundo no eran más que un castillo de naipes, tan frágil que bastaba un soplo de viento para derribarlo.

Erika intentó mediar antes de que el tono de la conversación se volviese ingobernable.

—Mercedes, sabes que te agradecemos lo que has hecho por nosotros. Y yo, sobre todo, te agradezco en el alma que hayas puesto fin a esta locura.

La voz de su amiga pareció suavizar a Mercedes Corrientes. Al mirar a Erika era como si la expresión de su rostro se hubiera relajado.

—Era mi obligación, querida —le dijo, cogiéndole las manos—. No podía permitir que en mi casa acabasen matando a nadie. Mañana por la mañana os llevarán a la estación. Subid a un tren y olvidemos esto para siempre. Creedme —los miró a los tres, uno por uno, sin soltar las manos de Erika—, será lo mejor para todos que sigamos con nuestra vida y hagamos como si esto no hubiera pasado.

Luego se levantó y besó la mejilla de su amiga.

—Ahora intentad dormir un poco. Yo también lo haré. Todos necesitamos descansar. Buenas noches.

Aún no había salido del salón cuando Gregorio no pudo evitar hacerle una pregunta. Era lo que más le intrigaba, y aunque tal vez no fuese el momento más oportuno, era incapaz de quedarse callado.

—Señora —le dijo—. ¿Cómo los ha podido convencer? Han estado a punto de matar a Navarro, y también han estado a punto de matarme a mí. ¿Qué les ha dicho para que hayan prometido que no volverán a molestarnos?

Mercedes Corrientes se quedó clavada a mitad de camino hacia la puerta. Volvió la cara a medias, el perfil del moño recortado contra la luz de la chimenea.

—Muchacho —respondió—. Hay cosas que sólo Dios puede entender. El destino no está en manos de los hombres, sino en las del Altísimo. Hágase su voluntad.

Sería la voluntad de Dios o la de Mercedes Corrientes, pero la cuestión era que, por más que lo intentaba, no podía entender lo que estaba pasando. Había muchas cosas que no sabía, y a medida que pasaba el tiempo se daba cuenta de que nadie se las iba a explicar. Gregorio no podía dejar de darle vueltas a eso. Navarro y él tenían que estar muertos, pero estaban vivos. Y, aunque el razonamiento se le antojase macabro, había una pieza que no encajaba en el rompecabezas.

El chófer de Mercedes Corrientes se había encargado de llevarlos a la estación en el Rolls Royce y de comprarles los billetes. Un vagón de primera clase otra vez. Un compartimento sólo para ellos. Mercedes también lo había arreglado para que en cuanto llegasen a Madrid alguien los estuviese esperando para acomodar en su casa a Erika y a Navarro mientras estaban listos los papeles.

Gregorio se acomodó junto a la ventanilla, frente a ellos. Cualquiera que los viese podría pensar que la mujer austríaca era la enfermera de dos tipos recién salidos del hospital. O la hermana de dos púgiles que habían librado un combate, porque a Navarro y a él sólo les faltaba tener la nariz rota para representar convincentemente el papel de boxeadores.

Cuando subieron todos los viajeros, el silbato del revisor anunció que el tren estaba a punto de salir. Gregorio había conseguido descansar varias horas en la finca de Mercedes, pero en cuanto se quedaba un rato sentado y en silencio se apoderaba de él un sueño tan intenso como si llevase semanas sin dormir. El tren acababa de arrancar y por culpa del movimiento abrió los ojos. Durante un instante de aturdimiento se preguntó si ya estarían en Madrid y él había estado durmiendo durante todo el viaje sin que las sacudidas del tren ni las paradas interminables en las estaciones o las visitas del revisor hubieran conseguido espabilarlo, pero enseguida se dio cuenta de que aún estaban en Sevilla, que ni siquiera habían salido de la estación y el vagón apenas se había movido unos metros. Con los ojos medio cerrados todavía, creyó ver en el andén a Artemio Corona, pero Gregorio aún no era capaz de discernir si estaba despierto o dormido, si era Artemio Corona de

verdad el que estaba de pie en el andén mirando resignado cómo se marchaba el tren o la visión extraña de un duermevela. Intentó abrir los ojos completamente, pero fue incapaz. Los párpados se le caían como una cortina espesa, y aunque hizo un esfuerzo enorme para mantenerlos abiertos, a medida que el tren avanzaba lentamente, la imagen del sevillano se fue volviendo cada vez más pequeña, más borrosa y más difuminada, hasta desaparecer por completo.

Lo despertó el frío, y por la altura del sol pensó que ya debían de haber pasado varias horas. Tenía los labios agrietados y un sabor desagradable en la boca. Durante unos segundos estuvo mirando el cristal empañado de la ventanilla, y antes de buscar con los ojos a Navarro y a Erika lo limpió con la mano para ver el campo y se desperezó discretamente. Martín parecía tan aturdido como él. Parpadeaba cansado, como si también acabara de despertarse de un largo e inevitable sueño después de las horas tan angustiosas que habían pasado. A su lado, Erika los miraba a los dos.

—No sé si era éste el viaje que tenías planeado, Martín —dijo Gregorio—. De París a Madrid, de Madrid a Sevilla, y vuelta a Madrid sin haber resuelto nada. Yo tampoco me lo habría creído si hace cuarenta y ocho horas alguien me hubiera dicho que subiría a un tren en el último momento y que iban a estar a punto de matarme dos veces.

Navarro asintió.

—Te has arriesgado demasiado, Gregorio. Cualquiera de las dos veces que han estado a punto de matarte pudieron conseguirlo. Has tenido suerte, pero créeme, la suerte termina acabándose antes o después. A mí también han estado a punto de matarme varias veces durante los últimos días, y quizá lo mejor será no tentar demasiado a la fortuna. ¿No has pensado largarte de Madrid una temporada? Tal vez no sería mala idea que te quitases de en medio hasta que sepamos de qué va todo este asunto.

—No te diré que no llevas razón, pero no puedo irme ahora. No debo. Todavía tengo muchos asuntos que resolver en Madrid. Y además está mi

trabajo. Me haría un flaco favor si me marchase sin avisar ni dar explicaciones.

—Como mejor te parezca. Pero si cambias de idea, quiero que sepas que puedes venir a mi casa el tiempo que haga falta.

—Te lo agradezco, Martín. Esperemos que no sea necesario.

Navarro asintió, pensativo.

—Tampoco puedo estar seguro de que irnos fuera de España signifique que nos vayan a dejar en paz.

—Por lo que al Partido respecta —comentó Gregorio—, puedes estar tranquilo. Hablaré con quien tenga que hablar para contarles la verdad. Te prometo que no pararé hasta aclararlo y limpiar tu nombre.

—No —le cortó Navarro—. Será mejor que dejes las cosas como están, al menos por un tiempo. Rogelio Bejarano es perro viejo y lleva muchos años moviéndose entre dos aguas. Si sospecha que lo has descubierto hará cuanto esté en su mano para darle la vuelta a tus argumentos y, aunque ahora te parezca imposible, al final podría salirte el tiro por la culata.

—Bejarano es un traidor. No podemos consentir que se salga con la suya.

—De momento, mi consejo es que no hagas nada. Con el tiempo, todo caerá por su propio peso. No te preocupes por mí. Sabré cuidarme, y también sabré qué contarles a los del Partido si vienen a buscarme. Pero cuanto más lejos esté de Madrid, más difícil será que puedan hacerme daño. Eres tú el que deberías andarte con ojo a partir de ahora. Ya has visto cómo las gastan los tipos a los que has conocido. No me extrañaría que quisieran hablar contigo si todavía piensan que hay cabos sueltos.

—Mercedes nos ha dicho que ni Becker ni Mundt volverán a molestarnos —intervino Erika.

—¿Y hasta qué punto confías en la palabra de tu amiga? —le preguntó Navarro.

—Podría haber mirado para otro lado pero nos ha ayudado —replicó Erika, ofendida—. Creo que eso debería ser bastante para que confiemos en ella.

—No se trata de confiar en Mercedes o no hacerlo, sino saber hasta qué punto Becker y Mundt respetarán el acuerdo al que hayan llegado con ella —apuntó Navarro.

—Yo añadiría otra cosa —dijo Gregorio—. Creo que lo más importante es saber por qué Mundt y Becker se marcharon sin más y nos dejaron en paz cuando estaba claro que no les hubiera importado matarnos. No acabo de entenderlo.

—Eso es cierto —comentó Navarro—. Hay muchas cosas que no encajan.

—Lo que menos encaja de todo es que aún sigamos vivos —contestó Gregorio.

—Tampoco parece muy normal que el americano que te trajo a Sevilla te dejase en la estacada cuando habías entrado en el cortijo —replicó Erika, que parecía estar buscando siempre argumentos para poner a Gregorio en un aprieto.

Pero el joven periodista no podía sino darle la razón.

—Eso no te lo voy a negar —respondió—. Cuando llegue a Madrid me gustaría hablar con él y pedirle explicaciones.

—Pues háznoslo saber cuando suceda —le pidió Navarro—. Es muy probable que el americano pueda arrojar un poco de luz sobre todo esto. Pero es verdad lo que ha dicho Gregorio —añadió, dirigiéndose a Erika—. ¿Por qué los socios de Emil se marcharon y nos dejaron vivir? ¿Qué les dijo Mercedes para convencerlos?

—Mercedes nos ha contado lo que le ha parecido oportuno —contestó Erika—. La verdad completa puede que no la lleguemos a saber nunca.

Navarro apoyó la cabeza en el respaldo, como si ya estuviera cansado de la conversación. Sospechaba que preguntándole a Erika no iba a conseguir más que evasivas. Y no le apetecía.

—Una millonaria beata, dos nazis nostálgicos de tiempos mejores y un agente norteamericano que se larga cuando las cosas se ponen feas —concluyó—. Puede que sean buenos elementos para una novela, pero en el mundo real resulta bastante raro mezclarlos.

—Y más, si añadimos a un español exiliado, un periodista comunista y a la viuda de un agente alemán —apostilló Gregorio, acomodándose también en el respaldo—. Extraña mezcla de ingredientes para una misma comida. Y no parece que haya cuajado.

Le había faltado incluir al sevillano con modales de aristócrata, lo que sumaba un elemento aún más pintoresco a la situación. Pero no dijo nada, porque Gregorio estaba convencido de que Artemio Corona había entrado en acción en el último momento para ayudar a Bishop, y que su relación con lo que había pasado no era más que circunstancial. Antes de cerrar los ojos otra vez, vio que al otro lado de la ventanilla el sol empezaba a esconderse detrás de los olivos. La nieve y la niebla reflejaban los rayos, como si una naranja de proporciones gigantescas hubiera estallado en pedazos. No debía de faltar mucho para llegar a Despeñaperros, donde menos de cuarenta y ocho horas antes había salvado la vida de milagro. Le gustaría estar despierto para recordar el lugar exacto donde había saltado del tren cuando el sicario de los nazis lo encañonaba, pero era incapaz de dominar los párpados. Pensó que le gustaría soñar con Robert Bishop y averiguar en el sueño lo que había pasado, por qué lo había abandonado a su suerte en Sevilla, si acaso la partida había terminado sin que a él lo hubieran avisado.

Tuvieron que ser muchos sueños, porque cuando volvió a abrir los ojos ya era noche cerrada. Navarro y Erika estaban dormidos. Su amigo tenía la cabeza apoyada en la ventana, y Erika descansaba la suya en su hombro. Al mirarlos, Gregorio recordó de súbito lo que había soñado. No había sido con Robert Bishop ni con lo que había pasado, y tampoco había conseguido descifrar en el sueño el misterio en el que estaba metido. Al abrir los ojos tenía las mismas dudas que antes de quedarse dormido, si no más, pero al ver a Erika y a Navarro, la cabeza de ella refugiada en el hombro de él, la mano apoyada en su muslo como si lo poseyese o lo protegiera, el recuerdo de Marina le asaltó, como una punzada. Había soñado que el tren llegaba a Madrid, de noche, y que desde la ventanilla veía que ella lo estaba esperando en el andén. Parecía enfadada, pero que estuviese en la estación significaba muchas cosas, y todas ellas eran muy buenas, sobre todo que lo

había perdonado. Recordaba Gregorio que en el sueño él salía del tren y se quedaba mirándola desde el estribo, y entonces era como si toda la gente que había en la estación se esfumara y sólo estuviesen ellos dos. La cara de Marina seguía igual de seria que cuando la había visto desde la ventanilla, pero Gregorio estaba convencido de que no era más que una pose, que en cuanto la abrazara y la besara se ablandaría. Caminó hacia ella, muy despacio, pero cuando estaba a punto de tocarla el sueño se desvaneció, y aún tardó un poco en darse cuenta de que seguía en el tren. Todavía no habían llegado a Madrid, pero no debía de faltar mucho. Y aunque le diera un poco de vergüenza reconocerlo, lo que más deseaba era que el sueño no hubiera sido otra cosa que la anticipación de lo que sucedería al llegar, el principio de una etapa de su vida que ya no podía ni quería demorar más. El frío del cristal le había aliviado un poco el dolor en la mejilla, pero tendría que buscarse una excusa para no aparecer durante varios días por el periódico. No podía hacerlo con la cara llena de magulladuras sin dar explicaciones. Ya se le ocurriría algo. Con tres o cuatro días de reposo esperaba que sus mejillas volviesen a recobrar el color saludable de siempre. Con Marina sería diferente. A ella tendría que contarle la verdad. Tan preocupada como estaba y él se había marchado sin decirle nada. A lo mejor cuando lo viera regresar ni siquiera querría escuchar sus explicaciones. En Sevilla, antes de subir al tren, estuvo a punto de llamarla desde una cabina, pero pensó que no era imposible que Marina le colgase el teléfono sin dejarlo explicarse. No la culpaba. Aunque le costase reconocerlo, esta vez no le faltaría razón si había resuelto apartarlo de su lado.

—Ya queda poco para Madrid —les anunció a Navarro y a Erika cuando se despertaron.

—Debemos de habernos pasado casi todo el viaje durmiendo —dijo Erika—. Estábamos los tres agotados.

Ella había cogido la mano de Navarro y le dio un beso en la mejilla, con cuidado, para no lastimarlo al rozarle alguna herida. Gregorio apartó la vista instintivamente. No quería inmiscuirse en aquel gesto íntimo y, aunque quiso, no consiguió desterrar a Marina de su cabeza.

En el andén de la estación no había tanta gente como cuando Gregorio subió al tren sin calcular los riesgos. Erika, Navarro y él miraron por la ventanilla, pero ninguno dijo nada. Mercedes Corrientes les había prometido que cuando llegasen a Madrid habría alguien esperándolos, pero aunque confiaran en su palabra, no era imposible que la policía española estuviera pisándoles los talones —Rogelio Bejarano era capaz de haberlos delatado, y de mucho más, con tal de salvar el pellejo— o que a Becker y a Mundt les hubiese vencido el miedo y al final hubieran decidido actuar por su cuenta contra los deseos de Mercedes. Pero si alguien que obedecía las órdenes de la rica heredera estaba allí, ellos no podrían saberlo. Tendrían que actuar con la misma naturalidad que cualquier viajero que llega a la capital y esperar a que quien fuera se presentase. Gregorio era incapaz de no buscar, aunque resultase imposible encontrarla, a Marina entre la gente que esperaba en el andén la llegada del expreso de Andalucía, pero cuando vio un rostro que le resultaba desagradablemente familiar, hubiera preferido estar dormido otra vez y que ella estuviese esperándolo en el sueño, dispuesta a abrazarlo y besarlo en cuanto bajase del tren. La presencia de Robert Bishop en la estación no podía ser una casualidad, desde luego, y al verlo el periodista sintió que se le aceleraba el pulso y le ardía la cara, y no precisamente por culpa de las heridas.

Bishop también los había visto a ellos, y ya se había colocado frente al vagón cuando salieron. Gregorio tuvo que esforzarse mucho para no partirle la boca delante de todo el mundo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Buenas noches —respondió el americano, pasando por alto el tono agrio del saludo de Gregorio—. He venido a verte. —Miró por encima de su hombro a Erika y a Navarro—. A veros.

—Lárgate —contestó el periodista—. Éste no es un buen momento.

Pero Bishop no se movió.

—Estamos esperando a una persona —mintió Gregorio, para convencerlo—. Y si te ve con nosotros es posible que no se acerque.

—¿Quién es usted? —le preguntó Navarro.

—Es el agente norteamericano que se marchó ayer sin despedirse... —le explicó Gregorio, sin dejar de mirar a los ojos de Bishop, igual que una fiera a una presa antes de saltar sobre ella.

—Me gustaría hablar contigo —dijo—. Con vosotros.

—Te he dicho que ahora no es un buen momento.

El americano bajó los ojos y asintió.

—De acuerdo. Resolved lo que tengáis que resolver. Pero tenemos que hablar. —Señaló con la barbilla la salida de la estación antes de dar media vuelta y marcharse—. Estaré en la puerta.

Gregorio no dejó de mirarlo mientras se perdía de vista entre la gente. No se le habían quitado las ganas de darle un puñetazo. Más bien al contrario: cada vez le costaba más contenerse para no hacerlo. Nadie le había obligado a entrar en la finca de Mercedes Corrientes a buscar al capitán Navarro y él sabía a lo que se arriesgaba, pero a duras penas era capaz de contener un impulso irracional de partirle la cara, incluso estrangularlo.

Respiró hondo antes de darse la vuelta para hablar con su amigo.

—Supongo que será mejor que hable con él. Quizá debáis venir también. Quién sabe. Lo mismo puede contaros algo que os interese.

—A estas alturas no creo que nada pueda sorprendernos. Ve tú primero si quieres. Nosotros nos quedaremos aquí hasta que venga a buscarnos alguien de parte de Mercedes Corrientes. Nos reuniremos con vosotros en la puerta.

Gregorio enfiló el camino de salida sin mucho entusiasmo.

Robert Bishop lo esperaba apoyado en la pared, fumando un pitillo, y aunque parecía no estar fijándose en nadie, a Gregorio no le pasaba por alto el fingimiento de su gesto. El americano no dejaba ningún detalle al azar. No era sólo que estuviera pendiente de cada una de las personas que entraban y salían de la estación, sino que, Gregorio estaba seguro, tendría a dos o tres agentes colocados en los alrededores de forma oportuna para que

podieran seguirlo si al final decidía largarse de allí sin pararse a hablar con él.

Al acercarse, el periodista sintió que se apoderaban de él otra vez las ganas irremediables de darle un puñetazo.

—Eres un hijo de puta —le dijo—. Me dejaste tirado en Sevilla.

—Te recuerdo que fuiste tú el que quiso entrar en la finca. Era muy peligroso. Ya te lo advertí. Y, además, tú también lo sabías. Ya estuvieron a punto de matarte en el tren.

—Pero al menos pudiste haber esperado hasta saber lo que me había pasado.

—No podía perder de vista a Becker y a Mundt. Ésa era mi máxima prioridad. Lo sabes de sobra.

Gregorio miró alrededor, exageradamente.

—Pues ahora no me parece que los estés buscando.

—Volvieron a Madrid. Cada uno está en su casa. Tengo hombres siguiéndolos las veinticuatro horas.

—No pierdes la esperanza de encontrar el tesoro...

—No pierdo la esperanza de pillarlos con las manos en la masa. Me disgusta admitirlo, pero todavía no he conseguido nada.

—Después de lo que he visto, no sé qué decirte. Puede que al final no te salgas con la tuya. A estos tipos los protege gente muy importante. La propia Mercedes Corrientes, que terminó ayudándonos. Estoy seguro de que tiene el mismo poder para mantener a sus amigos a salvo de ti y de tu gente.

—Quiero que me cuentes lo que ha pasado.

—¿Qué por qué estoy vivo cuando debería estar sepultado bajo los terrones de la finca de Mercedes Corrientes? —Gregorio sacudió la cabeza, despectivo—. Averígualo tú mismo. Es tu trabajo, ¿no?

—Escúchame. Artemio Corona fue esta mañana a casa de Mercedes para buscarte. He hablado con él por teléfono y me ha contado que os vio salir de allí. Incluso fue a la estación, pero el tren ya salía y no pudo hablar contigo. Por él he sabido que volvíais a Madrid. Créeme, mi amigo estaba muy preocupado por ti.

—Artemio es un hombre decente.

Navarro y Erika llegaron acompañados de la persona que Mercedes Corrientes había enviado a recogerlos, pero en lugar de acercarse prefirieron mantenerse a una distancia prudente, para no inmiscuirse en la conversación.

—Me gustaría invitaros a algo —les dijo Bishop, esperando que el capitán Navarro y su amante austríaca se mostrasen más receptivos o más amables que Gregorio—. Tenemos que hablar de algunas cosas, y estoy seguro de que será bueno para todos.

Navarro miró a Gregorio y luego a Bishop. El periodista parecía demasiado enfadado para aceptar la oferta.

—El americano también está muy interesado en saber dónde se esconde el oro de Emil Liebermann —les dijo, sin dejar de mirar a Bishop, y luego se esforzó en recordar durante un instante las palabras exactas que le había dicho en el coche, cuando iban camino de Sevilla—. Ya veis, el oro no entiende de ideologías. Deslumbra igual a los nazis rancios que a los traidores al Partido o a los espías norteamericanos.

Pero Robert Bishop seguía sin inmutarse. Tal vez estaba tan acostumbrado a esos ataques que ya no le afectaban.

—Será mejor que hablemos un rato en privado —insistió—. Podríamos ir a un bar y sentarnos en un rincón discreto.

—De acuerdo. Pero quiero que él venga también —dijo Navarro, señalando a Gregorio.

—Por supuesto —contestó Bishop—. En ningún momento había pensado que él no tuviera que estar presente.

El empleado de Mercedes Corrientes se quedó esperándolos a la salida, junto al coche. Cuando se sentaron a la mesa del rincón de un pequeño bar que estaba a un tiro de piedra de la estación, Navarro fue el primero en hablar.

—Tal vez usted pueda explicarnos lo que está pasando —le dijo a Bishop antes de que los atendiese el camarero—. De todo lo que pueda contarnos, eso es lo que más nos interesa. Quizá lo único que nos interesa.

—Puedo explicarles lo que ha pasado hasta ayer. Lo que sucedió desde que ustedes llegaron a la finca de Mercedes Corrientes, y la razón por la que

Becker y Mundt se marcharon de allí con las manos vacías todavía es un misterio para mí.

—Lo que pasó en el cortijo es que nos torturaron —le explicó Navarro, sin más dilación—. A mí, porque querían que Erika les dijera dónde había escondido su marido un tesoro que, según ellos, les pertenece. A Gregorio, porque querían averiguar quién los estaba siguiendo.

La conversación se quedó en suspenso mientras pidieron algo de comer y de beber al camarero.

Cuando se quedaron solos, Robert Bishop miró a Gregorio León.

—¿Les llegaste a hablar de mí?

Gregorio tragó saliva y apretó los dientes para no darle un empujón y tirarlo de la silla. Tuvo que respirar hondo un par de veces antes de responderle en lugar de pegarle.

—No hizo falta. Mercedes Corrientes llegó antes de que tuviera que hacerlo. Pero ahora mismo no estoy tan seguro de haber hecho lo correcto. Qué quieres que te diga. Si les hubiera dicho que andas tras sus pasos a lo mejor se habrían decidido a darte el susto que te mereces.

—Quiero detener a esos hombres —les dijo Bishop a los tres—. A ellos, y a muchos más que son como ellos. Pero necesito tiempo y necesito pruebas. Y el tesoro de Emil Liebermann sería una evidencia lo bastante seria para que al gobierno español no le quedase otro remedio que extraditarlos para ser juzgados en Alemania.

Erika respiró con fuerza, por la nariz, dejando claro su escepticismo o su hastío.

—Ni siquiera podemos saber si el tesoro de Emil existe o es otra de las muchas mentiras en las que se sustentaba su vida. Créame. Fui su esposa durante muchos años. Yo que usted no estaría tan seguro de la existencia de ese tesoro.

—El tesoro existe, sin duda. Y creo que usted sabe que existe aunque quiera fingir lo contrario.

—¿Me está acusando de algo?

A Erika no le importó que el camarero estuviera colocando la comida en la mesa para seguir hablando.

Bishop negó con la cabeza. Prefería no hablar delante de testigos.

—No, no la estoy acusando de nada —dijo, cuando se quedaron solos otra vez—. Lo único que estoy diciendo es que usted está tan convencida como yo de que la historia de los lingotes de oro no es un delirio de los socios de su difunto marido, no que sepa dónde está.

—Entonces —preguntó Navarro—, ¿a qué se debe su interés en hablar con nosotros?

—Usted habló con Miranda poco antes de que lo mataran, y además creemos que le perdonó la vida. Miranda sabía demasiadas cosas y tenía mucha información sobre el oro que entre Emil Liebermann, Rogelio Bejarano y estos dos alemanes que han estado a punto de matarlo habían robado durante la guerra.

Navarro asintió, arrancándole un largo sorbo al vaso de cerveza.

—Miranda no me dijo nada. Y yo tampoco he sabido nada sobre ese supuesto tesoro hasta que Becker y Mundt me hablaron de él hace dos días. Y, sinceramente, ni me interesó entonces ni me interesa ahora.

—Puede que Becker y Mundt no, pero Rogelio Bejarano sí sospechaba o temía que Miranda se hubiera ido de la lengua con usted. Que lo hubiera dejado vivir apuntaba en esa dirección.

—Eso es asunto mío —le cortó Navarro.

—¿De verdad que no le dijo nada?

—Ya le he dicho que no es asunto suyo. Pero si quiere quedarse tranquilo, para que no vuelva a preguntármelo le diré otra vez que no. Miranda no me habló de ningún tesoro.

—Según tengo entendido, su relación con el Partido ya no es tan buena como antes. —Bishop prefirió cambiar de tercio.

Pero Navarro no estaba dispuesto a ceder ni un milímetro.

—Eso tampoco es asunto suyo.

Bishop, luchador experto, volvió a encajar el golpe sin bajar los brazos.

—De acuerdo. Pero permítame que le pregunte si piensa que podrá vivir tranquilamente en su apartamento de París sin que vuelvan a molestarlo. —Hizo una pausa, aunque sabía de sobra que Navarro ya tenía asumida su advertencia—. Estoy seguro de que a estas alturas se habrá dado cuenta de

que los ideales no significan lo mismo para todo el mundo, que a veces uno se deja la piel y se juega la vida y termina preguntándose si no habrá sido en vano.

Navarro no le contestó. Y era lo que Bishop esperaba que hiciese. Lo miró a los ojos, como si pudiera leerle el pensamiento.

—Nos pasa a todos —añadió el americano, casi sonriendo—. A mí también. Pero no nos queda más remedio que seguir adelante y esperar que algún día las cosas sucedan como nosotros queremos, o cambiar de bando. Sé que usted está desengañado con la gente de su Partido, que los rusos han terminado decepcionándolo, igual que a mucha gente. Pero a pesar de todo prefiere creer que las cosas cambiarán algún día, que en el futuro quizá ya no volverán a desaparecer personas leales que se han atrevido a levantar la voz contra los dictados de Moscú. Es lo que le sucedió a su camarada Yuri Sokolov, ¿no?

Martín Navarro sujetaba el vaso sin beber. Lo apretaba tan fuerte que parecía que lo iba a romper para luego clavarle al americano un trozo de cristal en la yugular. Pero Bishop seguía su monólogo, como si no le preocupase.

—Yo también sigo adelante, sin ponderar los inconvenientes, porque me gustaría poner entre rejas a gente como Herbert Mundt y Alois Becker.

Navarro se terminó la cerveza y dejó el vaso en la mesa, lentamente.

—Me parecen muy bien sus intenciones —le cortó—. Pero nosotros tenemos que irnos.

Hizo ademán de levantarse, pero, aunque Gregorio y Erika lo imitaron, Robert Bishop siguió hablando, como si no quisiera dar por terminada la conversación.

—Tal vez nuestros caminos vuelvan a cruzarse en el futuro —le dijo—. Puede que no sea ésta la última vez que nos veamos.

—Lo dudo —respondió Navarro, levantándose—. Y ahora, si nos disculpa, ha llegado el momento de marcharnos.

Parecía que el americano se iba a quedar solo en el bar, pero Bishop también se levantó, pagó la cuenta, los alcanzó por el camino y los

acompañó hasta el coche, un par de pasos detrás de ellos, como si fuera un apestado y lo hubieran apartado del grupo.

El chófer les abrió la puerta. Martín Navarro y Gregorio León se dieron un abrazo. Dos amigos satisfechos de haberse visto que esperan encontrarse en el futuro. La despedida entre el periodista y Erika fue un poco más fría —era natural, apenas se conocían—, pero también fue amable. Navarro y ella se quedaron un instante mirando a Bishop, como si no estuvieran seguros de subir al coche sin despedirse de él, pero el único gesto que le dedicó el veterano capitán republicano fue un leve asentimiento de cabeza. Ella ni siquiera le dijo adiós.

El americano se quedó en la acera, unos pasos por detrás de Gregorio. Puede que por razones diferentes, pero ninguno parecía tener intención de irse hasta que el coche abandonase la estación. Si las cosas no se torcían, Navarro y Erika iban a marcharse de España de una pieza, lo que, después de todo por lo que habían pasado, podía entenderse como un gran éxito.

Gregorio León no dejaba de mirar el coche cuando se marchaban, sobre todo para dejar pasar el tiempo y que cuando se diera la vuelta Robert Bishop ya no estuviera allí. Durante los últimos días, cada vez que giraba la cabeza se encontraba con el americano o con su sombra. Lo había seguido durante las noches en las que estuvo buscando al capitán Navarro por las pensiones de Madrid. Estaba en aquel apeadero de Despeñaperros, qué oportuno, cuando saltó del tren, y, como no podía ser de otra manera, los estaba esperando en la estación cuando llegaron de Sevilla. El espía siempre iba un paso por delante de él, seguramente varios pasos por delante, y aunque podía habérselas arreglado para retenerlos cuando llegaron a Madrid —aunque sólo hubieran sido unos días o unas horas, porque Gregorio León sospechaba que ni todo el cuerpo diplomático estadounidense sería capaz de ir contra la voluntad de Mercedes Corrientes—, Robert Bishop había dejado que se marcharan, sin estorbar, porque ya no le servían para nada, o, mejor aún, porque si se quedaban en España tal vez le estropearían sus planes de coger con las manos en la masa a Becker y a Mundt. El americano era un cazador astuto. El hurón y los conejos. Gregorio se acordó del ejemplo que el mismo Bishop había usado. Para conseguir que los conejos salgan de la

madriguera lo mejor es no hacer ruido, dejar que el trabajo sucio lo haga el hurón. Él también se lo había recordado al americano para que lo dejase entrar en la finca de Mercedes Corrientes. Lo que antes era una sospecha, de repente, como una iluminación, se convirtió en una certeza. Maldito hijo de la gran puta, murmuró Gregorio, antes de darse la vuelta, sin ninguna gana de esconder la rabia. Ahora no quería que Bishop se hubiera largado, y, de no verlo allí, a menos de dos metros de distancia, habría salido corriendo hasta encontrarlo. Eres un hijo de la gran puta, le dijo o lo pensó, pero eso era lo de menos. En dos zancadas estaba junto a él, y el americano lo miraba como si no entendiera esa cara de pocos amigos, los ojos que le echaban chispas o las manos de Gregorio que lo agarraban por las solapas del abrigo de mala manera.

—Eres un hijo de la gran puta. —Ahora sí se lo dijo bien alto, para que no tuviese dudas de lo que pensaba.

Robert Bishop soltó el aire por la nariz, con pesadez, amenazadoramente.

—Suéltame.

—¡Y una mierda! No sólo te daba igual que me mataran a mí. Tampoco te importaban Navarro ni Erika porque lo habías arreglado todo para que ellos, sin saberlo, participaran de tu plan desde el principio.

—Suéltame, Gregorio —insistió—. No te conviene montar un escándalo. Yo soy un extranjero que trabaja para el gobierno de los Estados Unidos. Tú eres un periodista español de izquierdas que colabora con los comunistas. No deberías olvidarlo...

Gregorio lo empujó contra una pared.

—Las amenazas no te van a servir conmigo.

—No te estoy amenazando —respondió Bishop, mirándolo muy serio—. Simplemente, te estoy diciendo que me sueltes.

—Sólo te mereces que te parta la cara.

—No digas tonterías.

—¿Cómo puedes ser tan hijo de puta? Lo sabías desde el principio, ¿verdad? Has utilizado a Navarro y a Erika para que Becker y Mundt se pusieran nerviosos y cometieran un error.

—No sé de qué me estás hablando...

—Sí que lo sabes. Ya lo creo que lo sabes. Llevas mucho tiempo siguiéndole la pista a Emil Liebermann, tú mismo me lo has contado. Y no intentes convencerme de que no estabais vigilando también los movimientos de su viuda. Mientras tanto, Miranda toma la decisión de poner en conocimiento del Partido los negocios que Rogelio Bejarano mantenía con los nazis, y el amante de la viuda de Emil Liebermann, a quien han enviado a Barcelona para matarlo, en el último momento decide perdonarle la vida. No te dio tiempo de hablar con Miranda y que te contara lo que sabía porque lo asesinaron en la pensión donde se escondía pocos días después, pero daba lo mismo. Tú tenías otro plan, por si acaso.

Robert Bishop lo escuchaba sin inmutarse. El mentón levantado, el gesto serio. Navarro y Erika acababan de marcharse, pero era como si hubiera pasado mucho tiempo. Ahora apenas había nadie en la puerta de la estación. No importaba demasiado que Gregorio León levantase un poco la voz.

—Erika me ha contado que la maleta de Emil llevaba más de tres años escondida en el jardín de su casa de Salzburgo. No me digas que eso tampoco lo sabías o lo sospechabas. Estoy seguro de que le ofrecisteis a su marido un billete para Estados Unidos a cambio de información. Emil Liebermann había traicionado a sus socios. Ir a un país sudamericano para instalarse en una colonia de nazis fugados no era lo más sensato. Y que se hubiera distanciado de sus amigos no significaba que fuera a pedir asilo en Moscú. ¿Qué quedaba entonces? ¿Un país árabe? —Gregorio chasqueó la lengua—. Tampoco. Una vida cómoda en Estados Unidos a cambio de contar los secretos que sabía no era un mal trato. Seguro que se lo ofrecisteis o estuvisteis a punto de ofrecérselo, pero Emil Liebermann era demasiado escurridizo, y, además, se había vuelto muy desconfiado. Pero, qué mala suerte, también lo mataron antes de que pudiera contaros lo que sabía.

—Tienes mucha imaginación, Gregorio —le dijo Bishop, poniendo una mano amistosa sobre su hombro.

El periodista se zafó del americano como si se sacudiera una mancha inoportuna.

—Sabes bien que estoy en lo cierto. Puede que me equivoque en los detalles o en el orden de los acontecimientos. No soy adivino. Pero, a grandes rasgos, todo ha sucedido más o menos así.

Bishop se guardó las manos en los bolsillos del abrigo y se encogió de hombros.

—Piensa lo que quieras. Yo no voy a gastar saliva tratando de convencerte.

—Aún queda lo mejor —continuó Gregorio, como si no le importase el desdén con el que Bishop le había respondido—. Si vosotros sabíais que los documentos de Emil estaban escondidos en casa de Erika, ¿por qué no fuisteis a por ellos? No os habría costado ningún trabajo.

—¿De verdad crees que si hubiéramos sabido que los papeles de Emil estaban allí no habríamos ido a buscarlos?

Gregorio amagó una mueca amarga que aspiraba a convertirse en sonrisa.

—El hurón y los conejos otra vez, Robert. El maldito hurón y los conejos. Tú querías que Becker y Mundt fueran a buscar los documentos, las pruebas que a lo mejor los señalaban o el mapa del tesoro, porque sabías que el siguiente paso que dieran cuando los tuvieran en su poder sería la clave para detenerlos con las manos en la masa. Si vosotros encontrabais primero los documentos, no sería lo mismo. No sé cómo, y tampoco tengo dudas de que hacer algo así para ti no resulta complicado, pero te las arreglaste para que los socios de Emil se enterasen de que los papeles podrían estar escondidos en casa de Erika, y ellos enviaron a uno de sus matones a buscarlos. Pero las cosas no salieron bien, y Erika terminó presentándose en Madrid con los secretos de su marido. Sin saberlo, la viuda de Emil Liebermann te estaba haciendo el trabajo sucio. Luego Navarro llegó también a Madrid. Rogelio Bejarano no podía saber si Miranda le había contado lo que sabía en Barcelona. Convenció a Becker y a Mundt para que fueran a por él. Tenerlo secuestrado no era una mala idea para convencer a Erika de que les diera lo que querían. Pero los del Partido

lo encontraron primero. Luego Navarro consiguió escapar, y entonces Bejarano me encargó a mí que lo buscara. Y aunque todo lo que no fueran los papeles o el tesoro de Emil Liebermann para ti no era más que una cortina de humo, tampoco ibas a desperdiciar la oportunidad de poder hablar con Navarro y que te contara lo que pasó con Miranda. Sin quererlo, todas las piezas se habían juntado en la parte del tablero que te interesaba, y no te hubiera importado sacrificarlas a todas, sacrificarnos a todos, con tal de conseguir un jaque mate. Pero, ya ves. No hay mapa del tesoro, y una rica beata ha movido los hilos mejor que tú y has perdido la oportunidad de echarle el guante a Mundt y a Becker. ¿Sabes? Casi me alegro, sólo por ver la cara de idiota que se te ha quedado después de que te haya salido el tiro por la culata. Y me revolcaría de la risa si no fuera porque también me hierva la sangre cuando pienso que esos nazis se van a quedar sin el castigo que merecen.

Robert Bishop encendió un cigarrillo, haciendo hueco con las manos para proteger la lumbre del viento. Antes le ofreció uno a Gregorio, pero el periodista lo rechazó.

—No iba desencaminado contigo, Gregorio —le dijo—. Tú también eres un idealista.

—No te equivoques conmigo, Bishop. En esa frase sobra él también. Si alguna vez creíste en algo, hace ya tanto tiempo de eso que ni siquiera lo puedes recordar.

—¿Sabes? Quizá algún día me decida a contratarte.

—No cuentes con ello. No quiero convertirme en alguien como tú.

Bishop soltó una nube de humo, por la nariz. Ya no había nada más que hablar, y a Gregorio no se le habían quitado las ganas de darle un puñetazo, aunque sospechase que el americano no se iba a dejar pegar sin darle algo a cambio también. Era mucho más alto y corpulento que él, y lo más probable era que ya hubieran intentado partirle la cara antes.

—Se me hace tarde. Tengo que irme. Supongo que nos veremos por ahí —dijo Bishop. Parecía que le hablaba al vacío, y luego empezó a andar.

—Dime al menos una cosa —le preguntó Gregorio, sin moverse de donde estaba—. Dime si tengo razón, si es verdad lo que te he dicho.

El americano se volvió a medias, mirándolo de soslayo. Parecía que estaba a punto de decirle algo, pero siguió andando. Y entonces Gregorio supo que nunca le daría una respuesta, que si lo que había deducido era cierto, le correspondería a él arreglárselas para averiguarlo. Aún seguía quieto, los pies clavados en la acera, cuando la figura del espía iba haciéndose más pequeña a medida que se alejaba, volviéndose invisible, y le irritaba darse cuenta, pero de repente habían empezado a remitir esas ganas de partirle la cara. La partida había terminado, y aunque a Gregorio León le faltaba la información necesaria para comprender del todo lo que había pasado, estaba más que claro que el americano no había ganado. Aún se quedó un poco más en la acera. En ese momento, lo único que le importaba era no convertirse en alguien como él. Lo imaginó caminando en la oscuridad, obsesionado con un objetivo que se le había escapado, puede que dirigiéndose a la habitación de un hotel donde rumiar la derrota, con la única compañía de alguien a quien pudiese pagar por fingir durante un rato que lo quería. Se imaginó la soledad de Bishop y de pronto fue como si empezase a hacer mucho frío. Gregorio no había dejado de ser nunca ese crío que perdió a sus padres durante la guerra, y aunque quisiera pensar lo contrario, le aterraba la idea de terminar solo y amargado, como el americano.

Al alejarse de la estación lo recibió el aire helado de la noche madrileña, como una bendición. Respiró hondo, miró alrededor, buscando en vano a Robert Bishop.

Nunca me pareceré a alguien como tú, murmuró.

Nunca.

Y ahora, al verlo acercarse, las ganas de partirle la cara de un puñetazo o de levantarse, coger la silla y abrirle la cabeza son las mismas de entonces. Pero está claro que Robert Bishop sigue siendo el mismo tipo frío al que no le importa lo que piensen o quieran los demás, porque ya ha dejado de apoyar el hombro en la esquina de la calle del Almendro y se acerca a su mesa, como si nada de lo que hubiese pasado entonces importara y lo más natural del mundo fuese darle un abrazo.

Capítulo 22

De nuevo en Madrid

Enseguida se acercaría a saludarlo, pero aún se quedó un momento en la esquina. Nunca se le había pasado por la cabeza dedicarse al extraño oficio de contar historias, pero, si así hubiera sido, a Robert Bishop se le ocurrió que él habría sido de esos escritores que disfrutan guardándose lo más importante para el final, como un prestidigitador de cuya chistera brota una paloma aleteando suavemente cuando el público ya no espera nada. Así que, antes de abandonar su precario refugio para hablar con Gregorio León, aún se obligó a esperar un momento y acordarse de Artemio Corona. Seguro que, al verlo ahora, por fin habría sonreído satisfecho, porque aquella tarde de enero el sevillano primero había estado muy nervioso y luego no se esforzó en disimular su enfado.

Un par de horas después de que el Rolls Royce regresara a la finca apareció otro coche en el camino. Caía la tarde, pero aún se podía distinguir a los ocupantes a través de las ventanillas. Agachado detrás de unos matorrales, Bishop no quiso disimular una mueca de satisfacción al ver las caras de Herbert Mundt y Alois Becker en el asiento trasero.

—A lo mejor se repite la misma comitiva de por la mañana —dijo el agente Whitaker.

El automóvil giró a la derecha, en dirección a Sevilla. Dos minutos después no había salido ningún otro vehículo del camino.

—Deberías entrar en el cortijo, Robert —le sugirió Artemio Corona, que había estado muy callado desde que volvió—. Si lo hago yo, Mercedes no tardará en atar cabos. Si es que no lo ha hecho ya. Gregorio y los otros todavía deben de estar dentro.

Bishop seguía mirando la carretera, sin responderle.

—Robert... —insistió Artemio, al cabo de un momento.

Él no dejaba de mirar el punto de la carretera donde había perdido de vista el coche donde viajaban Mundt y Becker.

—Puede que Gregorio esté todavía escondido y no haya podido hacer nada —contestó finalmente, volviéndose hacia Artemio.

—Entonces quizá no tardará mucho en volver.

—Pero no podemos esperarlo.

—Robert, verás...

—Si no lo han descubierto, seguro que estará bien y sabrá arreglárselas sin nuestra ayuda. Y si lo han descubierto, ya es tarde para que podamos hacer algo por él. Lo siento, Artemio, pero así es como funcionan las cosas. Ya lo sabes.

—¿Y el español y la mujer austríaca? ¿Tampoco quieres saber qué ha pasado con ellos?

—No te diré que no —contestó Bishop, abriendo la puerta del automóvil—. Pero ahora es más importante averiguar adónde van estos dos. Debemos ir tras ellos. Luego podremos volver aquí si es lo que quieres, pero sólo tenemos este coche y ahora no tenemos tiempo que perder.

Artemio señaló al agente Whitaker con la barbilla.

—Al menos él podría quedarse aquí. Por si vuelve Gregorio.

—Imposible. No sabemos adónde se dirigen Becker y Mundt. No es el momento de dividirnos.

El sevillano suspiró con pesadez y, a regañadientes, subió al coche. Bishop arrancó el motor y encendió las luces porque estaba oscureciendo. Al dar la vuelta en la carretera, los faros iluminaron el camino que conducía a la finca de Mercedes Corrientes, y estuvo tentado de pedirle que enfilase

el morro del Dodge en esa dirección, pero su obligación era hacer caso a Robert Bishop, aunque no compartiese su opinión. El americano le había dicho que quizá Gregorio León estaría bien, pero Artemio sabía que eso no era posible. No había más que ver esa determinación insobornable en su cara. Y Bishop también lo sabía, pero nada podía apartarlo de su objetivo. Artemio no recordaba haberlo visto nunca tan obsesionado. En ese momento, era como si en el mundo sólo existieran los dos alemanes que acababan de abandonar el cortijo. Por suerte, el conductor de Mercedes no iba muy deprisa, y unos pocos minutos después el coche en el que iban Herbert Mundt y Alois Becker estaba a un tiro de piedra. Durante un cuarto de hora Bishop mantuvo el Dodge a una distancia prudente, preparándose para torcer disimuladamente en cualquier cruce donde se desviara. A un lado de la carretera había quedado la mole oscura, inconfundible y discreta, del monasterio de San Lorenzo, y luego atravesaron el puente sobre el río Guadiamar y Bishop aminoró la marcha antes de llegar a la cuesta empinada de las Doblas, por si el otro coche desaceleraba y no tenía más remedio que adelantarle. Sin detenerse, atravesaron Sanlúcar la Mayor, donde Artemio Corona recordaba haber estado muchos años atrás en una cena en la finca de Patricio Gustav Draeger, jefe del servicio secreto alemán en el suroeste de España durante la guerra. Unos minutos después, cuando llegaron a la altura de Espartinas, ya era noche cerrada.

—Parece que van a Sevilla —comentó Artemio, por decir algo—. Es posible que se vuelvan a Madrid —añadió, porque ni Bishop, a su lado, ni Whitaker, acomodado en la parte de atrás, parecían tener ganas de darle conversación.

Pero Artemio Corona había acertado. Menos de media hora después estaba delante de la misma estación donde la madrugada anterior había recogido a Whitaker y había regresado por la mañana para encontrarse con Bishop y Gregorio León.

—Ya hemos llegado —dijo, mirando al norteamericano que estaba al mando, después de que aparcase y parase el motor—. ¿Qué hacemos ahora?

Robert Bishop suspiró, con pesadez. Parecía cansado o enfadado. Las dos cosas tal vez.

—Llevas razón. Se vuelven a Madrid —respondió, como si se hubiera suspendido el tiempo desde el comentario que había hecho Artemio un rato antes—. Whitaker —le dijo a su subordinado, sin mirarlo—. Tendrás que subirte al tren otra vez y pegarte a ellos. Supongo que irán a Madrid, pero no podemos estar seguros de que no vayan a bajarse en alguna de las paradas del camino. Yo llamaré a la oficina para informarles de la situación y viajaré en mi coche. Haremos lo mismo que en el viaje de ida.

Abrió la puerta y salió del automóvil, sin esperar respuesta. En la otra acera, los alemanes ya entraban en la estación.

—Robert —le dijo Artemio—, deberías descansar un poco. ¿Cuánto tiempo llevas sin dormir?

—No tengo sueño. Y, aunque lo tuviera, no puedo dejar esto ahora.

Artemio lo agarró por el brazo.

—Escúchame. Esos tipos van a Madrid. ¿Qué te crees? ¿Qué se van a bajar en un pueblo perdido de La Mancha? Deja que tu hombre viaje en el tren con ellos y quédate a dormir esta noche en Sevilla. Mañana por la mañana iremos los dos a ver a Mercedes si quieres. Tal vez allí podrás aclarar muchas cosas.

Robert Bishop negó con la cabeza, sin dejar de mirar la estación al otro lado de la calle.

—No puedo, Artemio. Lo siento mucho. —Lo miró a los ojos, como si necesitara decirle algo—. Lamento haber dejado a Gregorio en la estacada, pero no quedaba otro remedio.

—Seguro que Gregorio estará bien —mintió el sevillano. De repente, Robert Bishop se le había antojado tan vulnerable que creyó de muy mal gusto hacerlo sentir culpable por no haber entrado en la finca para buscar al periodista, o al menos esperar un poco más en la carretera por si volvía—. Mañana por la mañana yo iré otra vez a ver a Mercedes y procuraré enterarme de lo que ha pasado. Te mantendré informado.

Pero Bishop ya no lo escuchaba. Como si Artemio no estuviese allí, volvió a meterse en el coche. Los ojos fijos en la entrada de la estación, aunque ya no pudiera ver a los alemanes. La mano en la llave de contacto. Tenso como un piloto a punto de empezar una carrera.

Cada vez que se metía en un lío, antes incluso de que pudiera darse cuenta, Artemio Corona se encontraba rodeado por tipos en los que descubría, aunque ya lo hubiera sospechado o adivinado, que no les importaba otra cosa más que seguir adelante para cumplir su objetivo, costara lo que costase o cayera quien cayese. Aparecían por todas partes, cuando menos se lo esperaba, y entonces le recordaban, como una bofetada, lo aburrida que era su vida desde que se estaba haciendo viejo. Incluso se ponía triste cuando no andaba enfangado hasta las rodillas en algún asunto complicado, aunque no tuviese nada que ver con él. No esperaba siquiera un gesto cariñoso de Robert Bishop al marcharse. Para qué. Al americano ahora lo único que le importaba era el destino de los dos alemanes que estaban a punto de subir al tren. Ningún abrazo. Ni tan siquiera le estrechó la mano su viejo amigo. Después de inclinar un poco el ala del sombrero —sabía que, dadas las circunstancias, no podía esperar mayor amabilidad en la despedida— Artemio lo vio arrancar el coche y marcharse al mismo tiempo que el tren salía de la estación, como si, perdido en aquella obsesión incurable por hacer bien su trabajo, no hubiera nada más en el mundo que esos dos hombres a los que quería echar el guante. Incapaz de ser feliz más que cumpliendo con su deber. El sevillano sacudió la cabeza, mirando al suelo como si buscase algo, y a pesar de la preocupación que sentía le salió una sonrisa. No podría adivinar cuándo, pero antes o después volvería a ver a Robert Bishop, a él o a cualquiera que fuera como el americano, y quizá por unos días volvería a sentirse vivo.

Pero sugerir que Gregorio León estaría bien no fue la única mentira que Artemio Corona le dijo al americano. Del segundo embuste, ni siquiera el propio Artemio Corona fue consciente hasta después de que Bishop se hubiera marchado. El sevillano tampoco había dormido mucho, y aunque tenía intención de irse a su casa, sabía que si se metía en la cama no sería capaz de conciliar el sueño. Paseó durante mucho tiempo, tratando de ahuyentar en vano los fantasmas que lo atormentaban. No tenía ganas de hablar con nadie. Incluso pensar en detenerse un momento por compromiso

para saludar a algún conocido lo irritaba. No era lo más habitual en él, pero necesitaba estar solo, aunque en el fondo supiera que lo único que estaba haciendo era retrasar el momento inevitable. Para Artemio Corona no había más opción que ésa. Por mucho que quisiera convencerse en vano de que no lo haría.

Era muy tarde, pero cuando quiso darse cuenta había subido a su coche y conducía otra vez de vuelta a la finca de Mercedes Corrientes, y media hora después, antes de girar el volante, aún se hizo un poco el remolón, buscando una excusa que lo convenciese de dar la vuelta.

Se quedó unos minutos en la cuneta, con el motor y los faros apagados, atento a la oscuridad, deseando que apareciera el joven periodista, como quien espera ver aparecer vivo a un ser querido que acaba de morir porque no quiere creer que ya nunca más podrá hablar con él. Si al final aparecía, tal vez le correspondería a Artemio recibir una reprimenda, pero la daría por bien empleada con tal de que no le hubiera pasado nada a Gregorio. Pero no apareció nadie. Salió del coche y cruzó la carretera para adentrarse en el camino andando. Era mejor que el guarda no viese los faros ni oyera el motor. La cancela de la finca estaba cerrada. Desde allí se veía un farol encendido, al otro lado del paseo de palmeras, en el muro de la casa. El vigilante no debía de estar lejos, aunque tal vez dormido. Podía intentar saltar la verja. No sería demasiado difícil porque no era muy alta. Colarse en la finca como un ladrón y averiguar qué le había pasado a Gregorio. Pero no lo iba a hacer. Sólo de imaginarse encaramado a los barrotes le afectaba una sensación incómoda de ridículo. Ya no tenía edad para esas cosas, y tampoco había sido nunca un hombre de acción cuando era más joven. Y a lo mejor Robert Bishop estaba en lo cierto y no había nada que se pudiera hacer ya por Gregorio León.

Un perro ladró al otro lado de la cancela, a lo lejos. Un ladrido solitario que recordaba al aullido de un lobo. Era muy tarde, y ni aunque conociese a Mercedes Corrientes desde que nació era un buen momento para llamar a la puerta de su casa. Antes de que el guarda se asomase, Artemio Corona ya estaba desandando el camino en dirección al coche.

Había resuelto volver por la mañana, o quizá, más que una decisión, había sido la asunción de lo inevitable, la voluntad que sabía que lo dominaría desde muy temprano. La certeza de que no sería capaz de hacer otra cosa hasta regresar otra vez a la finca. Pero ni siquiera ese convencimiento había sido capaz de proporcionarle unas horas de descanso: Artemio Corona pasó el resto de la noche en vela, dando vueltas en la cama, la preocupación desordenándole las mantas y las sábanas y los ojos insomnes abiertos en la oscuridad.

Muy temprano, sin desayunar siquiera, puso rumbo hacia Huelva. Mercedes Corrientes siempre se levantaba con las primeras luces del alba, conque no era mala hora para hacerle una visita. Al llegar a la altura de la finca no pudo evitar pararse un momento a mirar otra vez las chumberas de la cuneta, por si aún estaba Gregorio esperándolos. Luego giró a la izquierda y entró en el camino. La cancela ya estaba abierta, y el mismo guarda, escopeta al hombro y correa del mastín en mano, le dedicaba una mirada atravesada, como si en lugar de un amigo de la dueña del cortijo fuera un vendedor pesado que iba otra vez a molestar.

—Buenos días —dijo Artemio, bajando la ventanilla—. No sé si se acuerda de mí. Estuve aquí ayer. Vengo a ver a Mercedes.

El guarda asintió y, con cara de pocos amigos, le dijo que pasara.

Ya no había vuelta atrás. Seguro que recorrer el sendero arbolado que llevaba hasta la vivienda no era ni mucho menos tan peligroso como la última vez, pero Artemio estaba seguro de que había llegado el momento de la verdad. Ahora no había nazis en casa de Mercedes, ni él había colado en la finca a un intruso escondido en el maletero del coche, pero iba a enfrentarse a la realidad.

No había bajado del coche todavía cuando una criada se asomó a la puerta.

—Buenos días —repitió Artemio lo mismo que le acababa de decir al guarda—. Vengo a ver a doña Mercedes.

—¿De parte de quién le digo?

—Dígale que soy Artemio Corona Sáez de Artázcoz.

La mujer asintió y se metió en la casa. Mientras esperaba, Artemio aprovechó para encender un cigarrillo. El Rolls Royce estaba aparcado un poco más allá, y también los otros dos coches en los que los empleados de Mercedes fueron a la estación a recoger a la comitiva que llegaba de Madrid. A no ser que se hubieran marchado de madrugada, parecía que al menos la pareja formada por la mujer austríaca y el español exiliado aún seguía en la finca. Mientras fumaba el pitillo, Artemio se entretuvo en echar un vistazo a la capilla, y también a los olivos, al campo que olía a tierra húmeda y a invierno. Era imposible que Gregorio León estuviese allí todavía, pero él no podía dejar de querer pensar en ello con la misma convicción de cuando era un crío y se empeñó en seguir creyendo en la existencia de los Reyes Magos a pesar de que su hermano le revelase un día el secreto después de haber tenido una pelea. Recordó, nostálgico, a su hermano mayor, muerto hacía muchos años, antes de la guerra; las tierras que su familia había tenido durante generaciones y que él no había sido capaz de mantener o no quiso. La vida tan azarosa que había llevado, y ese impulso ingobernable, cuando se ponían las cosas feas, de ayudar a los más débiles, aunque fuera contra sus propios intereses. Si estaba otra vez en la finca era porque sabía que jamás se perdonaría no haber hecho un último intento por salvar a Gregorio, y aunque era más que posible que ya no hubiera nada que pudiera hacer por el periodista, Artemio Corona no sería capaz de dejar pasar más tiempo sin al menos averiguarlo.

Unos cuantos pasos después estaba delante de la capilla, y como la puerta estaba abierta no se resistió a asomarse. Muchas veces había asistido a misa ahí dentro, algún domingo por la mañana que había amanecido en la finca después de haberse quedado hasta muy tarde charlando con don Nicolás Corrientes y unos cuantos amigos más, de negocios, de política, de mujeres, porque siempre eran hombres, nunca había mujeres en esas tertulias. Y a menudo había escuchado misa al amanecer, antes de salir de cacería. El padre de Mercedes había tejido unos lazos muy estrechos con los curas del monasterio de San Lorenzo, apenas a diez kilómetros de allí, y el mismo abad, un benedictino septuagenario, siempre estaba dispuesto a

atender una llamada de don Nicolás Corrientes. El propio chófer de confianza del padre de Mercedes iba a recogerlo y lo devolvía a sus tareas después de los oficios y haber dado cuenta del desayuno de un príncipe, y rara era la vez que no regresaba al monasterio con el resultado en metálico de la aportación generosa de uno de los banqueros más ricos de España, lo que no conseguiría el cepillo de la iglesia durante años ni aun contando con un nutrido grupo de feligreses generosos.

El dinero lo podía todo, pensaba Artemio Corona, y además tenía el convencimiento de que cualquiera que hubiera vivido lo suficiente estaría de acuerdo. El dinero compraba voluntades, provocaba sonrisas y admiración, convertía en personas más bellas o más atractivas o más interesantes a quienes lo poseían, y tenía la facultad de volver más tolerantes con sus defectos a quienes los rodeaban. Cuando se era tan rico no hacía falta pedir favores: los demás se desvivían por quedar bien con el millonario. No parecía extraño entonces que alguna boda o algún bautizo se hubiera celebrado en aquella capilla. ¿Quién le iba negar el permiso al banquero Corrientes? La misma comunión de Mercedes fue en esa pequeña iglesia, oficiada por el propio abad del monasterio de San Lorenzo. Artemio Corona había asistido, treinta y tantos años atrás, sentado en uno de los seis bancos, y al recordarlo ahora le dio por pensar que ya entonces la vida de Merceditas Corrientes se adivinaba triste, como si en su destino no pudiera escribirse más que la palabra soledad: hija única, primera comunión en exclusiva para ella, sin sus amiguitas. Tal vez ya, siendo tan niña, estuviera escrito que unos rojos fanáticos asesinarían a sus padres en la puerta de su casa de Madrid dieciocho años después, y que aunque siempre hubiera mucha gente alrededor no podría dejar de sentirse sola, que ni siquiera se casaría y su mayor felicidad consistiría en hacer obras de caridad.

La Virgen en el altar. Tres filas dobles de bancos. Todo seguía igual. Artemio Corona no era un hombre religioso, y si acudía a misa en alguna celebración lo hacía antes por costumbre o por compromiso, sin darle más importancia que la que tendría sentarse en una terraza para disfrutar de un café y una tostada mientras leía el periódico. Pero ahora había algo dentro de él que lo empujaba a quedarse un momento, a no marcharse todavía de

allí, como si dentro de los muros de la capilla, aunque hiciera tanto frío, fuera posible parar el tiempo y nada malo pudiera sucederle, ni a él ni a nadie. Que por muchas hierbas malas que crecieran en el campo, siempre habrían de detenerse en la puerta de una iglesia. Qué curioso que un hombre que no creía en Dios sintiera esa paz tan extraña al entrar en un sitio como aquél.

Al salir de la capilla la vio en la entrada de la casa, y antes de sonreír y saludarla, se preguntó cuánto tiempo llevaría Mercedes observándolo, si habría sido capaz incluso, mientras él no se daba cuenta de que lo miraba, de leerle el pensamiento. Los dos tardaron en sonreír un segundo más de lo que tardarían en hacerlo dos viejos amigos que hace mucho que no se han visto, como si a pesar de la confianza se tanteasen con recelo. Luego se dieron un abrazo, y al separarse un poco, todavía sin soltarse, Artemio dijo:

—Cuánto tiempo, Merceditas. Qué guapa. Estuve aquí ayer para saludarte. Supongo que te lo habrán dicho.

—Sí, querido. Es que ayer fue un día muy complicado. Tuve que salir, y cuando volví ya era muy tarde. ¡Y no ibas a estar esperándome aquí todo el día!

—Lo habría hecho, no te creas. Tu casa es un sitio muy agradable en el que pasar el rato. Me marché porque tenía cosas que hacer. Pero hoy también estaba por aquí cerca y me he dicho, voy a pasarme otra vez a ver a Merceditas, porque si no, pasa el tiempo y parece que no se acuerda uno de los viejos amigos.

—Llevas razón. Y ya ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. ¿Sabes cuánto?

—Uy, demasiado. A mi edad, lo mejor es no contar los años. Pasan demasiado rápido...

Mercedes Corrientes se echó a reír.

—Anda ya, Artemio. Si estás hecho un pincel.

—Calla, calla. Que la procesión y las goteras van por dentro.

—Pero qué exagerado eres.

—Oye, Merceditas. —Artemio procuró cambiar de tercio. Tenía que hacerlo antes o después—. Espero no molestarte. Creo que tienes visita.

Mercedes Corrientes se quedó mirándolo. Su expresión seguía siendo la misma de quien se alegra de ver a un viejo amigo, pero Artemio la vio entornar los ojos un poco, como si al hacerlo pudiera averiguar lo que había dentro de su cabeza.

—Ayer, cuando viene a saludarte —añadió—, estuve un rato aquí mismo, y un invitado tuyo se asomó y charlamos un poco.

Los ojos de la mujer no dejaban de buscar la intención de Artemio, pero su cara era la misma de alguien que se ha visto sorprendido por una revelación inesperada.

—¿Ah, sí? Pues no me han dicho nada.

—Sólo fue un momento. El tiempo de fumarme un cigarrillo, nada más. Ya te digo. Me marché enseguida. Ni siquiera entré en la casa.

Ahora era Artemio el que la radiografiaba a ella con los ojos.

—Pues muy mal hecho. Mis empleados te habrían atendido como te mereces.

—Eso seguro. Pero no me pareció bien entrar si tú no estabas.

—Artemio, por favor. Que hay confianza, hombre. Anda, pasa. Porque ahora no te vas a ir de mi casa sin tomarte al menos un café. Tenemos que ponernos al día de muchas cosas.

—Mujer, no quiero molestar. Mira, por eso, porque tenemos confianza te puedo decir que si todavía tienes visita puedo venir en otro momento.

Mercedes lo había agarrado del brazo y lo acompañaba para entrar en la casa.

—Aún tengo visita, pero están a punto de marcharse —le dijo. Él ahora no podía verle la cara, y quizá fuese mejor así—. Qué alegría me da verte, Artemio.

Lo condujo hasta el salón sin que pudiera oponerse. Como un niño obediente, al cabo de un momento Artemio Corona estaba sentado en una butaca frente al retrato al óleo de don Nicolás Corrientes.

—Voy a pedir que nos traigan café —le dijo Mercedes—. ¿Tienes hambre?

Artemio movió la cabeza.

—Con un café bastará. Ya sabes que yo nunca he sido una persona de mucho comer.

Mercedes sonrió.

—Yo tampoco. Es verdad. Los dos hemos sido siempre muy frugales. A lo mejor por eso parece que no pasan los años por nosotros. Ahora mismo vuelvo.

Al salir del salón, Mercedes cerró las dos puertas abatibles. A través de las vidrieras emplomadas apenas se distinguían las sombras del pasillo. Lo que más le hubiera gustado a Artemio habría sido levantarse y dar una vuelta por la casa. Los dos alemanes a los que seguían Bishop y sus guardaespaldas ya debían de estar en Madrid, y si Mercedes aún seguía teniendo invitados en su casa, estaba claro que se trataba del español y de la mujer austríaca. ¿Qué le habría pasado a Gregorio León? Le gustaría preguntárselo a ella, pero si lo hacía descubriría sus cartas. Fue su vieja amiga la que abrió las puertas del salón con una bandeja en la mano y, después de dejarla con cuidado sobre una mesa, las volvió a cerrar, como si quisiera aislar la estancia del resto de la casa. Todo un honor, y algo bastante insólito también, que la misma Mercedes Corrientes ejerciese de camarera en su casa en lugar de una criada.

—Bueno, querido Artemio —le dijo, cogiéndole la mano, después de remover el azucarillo en el café—. ¿Qué ha sido de tu vida todos estos años? Creo que la última vez que nos vimos fue cuando acababas de volver de Inglaterra, ¿no?

Artemio asintió.

—Más o menos, sí. Pues nada. Lo mismo de siempre. Alguna venta por aquí, una compra por allá, y yo trato siempre de estar en medio. El dinero se mueve, y procuro que al menos una parte se quede conmigo. Como un banquero, pero a una escala mucho menor, claro.

Mercedes sonrió, soplando el borde de la taza para enfriar el café.

—Nunca te ha ido mal haciendo de intermediario en la compraventa de terrenos.

—Bueno, es algo que tiene sus rachas, como cualquier negocio. Pero no me puedo quejar en los tiempos que corren.

Desde la calle oyeron cerrarse la puerta de un automóvil. Artemio no pudo evitar desviar la mirada hacia la ventana.

—El conductor debe de estar preparando el coche —le aclaró Mercedes—. Mis invitados ya se marchan.

Artemio puso la taza sobre el platillo y se revolvió en la butaca.

—Mercedes, me hago cargo de que he venido en un mal momento. Deberías atender a tus invitados. Yo puedo volver luego, si quieres. U otro día.

—Anda, hombre. No me hables como si me acabases de conocer. Sólo tengo que despedirme de ellos y enseguida estaré otra vez contigo.

—Ya, pero lo último que querría es molestar.

—No digas tonterías. Pero ¿qué molestia va a ser? —le dijo, pero cuando la sombra de varias personas pasó por detrás de la vidriera de la puerta del salón, ella no pudo evitar volver la cara—. Discúlpame un instante. Sería una descortesía por mi parte no decir adiós a mis invitados. Enseguida vuelvo.

Otra vez interpuso la cristalera emplomada de la puerta entre Artemio y el pasillo al salir, pero él no iba a quedarse sin saber quiénes eran los que se marchaban. Fue hasta la ventana y apartó un poco la cortina. Desde allí podía ver a Mercedes, de espaldas, junto a uno de los coches. Detrás se encontraba la mujer austríaca. Estaban hablando, pero Artemio no podía escuchar nada. Poco después se dieron un abrazo de despedida, y el chófer abrió la puerta del coche para que la mujer entrase. Por la otra puerta subió un hombre, el mismo que había llegado con ella a la estación, y entonces, aunque Artemio ya casi había perdido la esperanza de volverlo a ver, Gregorio León también subió al automóvil. Le hubiera gustado salir al patio para hablar con él, hacerse el encontradizo, pero no sabía cómo reaccionaría Gregorio, y tampoco estaba seguro de poder disimular convincentemente que no lo conocía. Mercedes acabaría por darse cuenta, y tal vez las cosas se complicarían mucho más cuando a lo mejor se estaban solucionando aunque él no supiese cómo.

El coche arrancó y Artemio se volvió a sentar en la butaca y aparentó seguir disfrutando del café, como si no hubiera visto nada. Cuando oyó el motor perderse por el camino Mercedes ya estaba de vuelta.

—Perdóname, Artemio —se disculpó, sentándose frente a él, antes de coger la taza que había dejado a medias y tomando un sorbo de café—, pero mis invitados tenían que irse a la estación.

—No te preocupes, mujer. ¿Adónde van, a Madrid? —no pudo evitar preguntárselo.

—Sí —respondió Mercedes, como si la curiosidad de su amigo no tuviera importancia—. Si no salían ya, a lo mejor no les daba tiempo de coger el tren.

Artemio miró el reloj.

—Bueno, yo creo que llegarán de sobra. Me alegro de ver que tus amigos te siguen queriendo tanto como siempre, que en realidad no es ni más ni menos como te mereces, Merceditas. Van a visitarte allí donde estés.

—Los amigos son la mayor riqueza que uno puede tener, al menos eso es lo que dicen.

—Pues sí. En realidad, no te hacía por aquí. Pensé que estarías en Madrid. Que yo recuerde, antes no solías venir mucho en esta época del año.

Mercedes Corrientes bebió un poco de café y se encogió de hombros.

—Cada vez me gusta menos Madrid, pero no puedo venirme aquí para siempre. Ya quisiera yo, pero tengo muchos asuntos que atender en la capital. Demasiados negocios y demasiada responsabilidad para una mujer sola. Pero qué le vamos a hacer. Es el camino que Dios ha elegido para mí.

Artemio asintió mientras ella se hacía la señal de la cruz al pronunciar el nombre de Dios. Desde que Mercedes había vuelto y le había dicho que sus invitados regresaban a Madrid, el único pensamiento que tenía en la cabeza era encontrar una excusa convincente para marcharse y conducir hasta la estación. Pero no podía ser demasiado brusco. No quería que se diera cuenta de su intención.

—Tu padre estaría muy orgulloso de ti —le dijo, cogiéndole la mano.

Mercedes Corrientes sonrió.

—Me gustaría pensar que sí.

—Escúchame, Merceditas. ¿Piensas quedarte mucho tiempo en Sevilla?

—Seguramente unos cuantos días más. He de supervisar algunos asuntos de las reses bravas. No sé si sabes que este año mis toros estarán un día en la feria.

—¿Ah, sí? —Artemio enarcó las cejas, complacido—. Ésta es una gran noticia. Ya era hora de que a los toros de la ganadería Corrientes los pusieran donde les corresponde.

—Bueno, ya veremos qué pasa...

—Te preguntaba cuánto te vas a quedar porque me gustaría volver otro día con más tiempo. Ahora iba camino de Huelva, a una reunión, y no quiero llegar tarde. Pero, si te parece, puedo pasarme otro día y charlamos largo y tendido. Seguro que tenemos muchas cosas que contarnos.

La mujer bajó los ojos, dándole la razón, y Artemio se levantó, cogiéndole las manos.

—Querida, no sabes cuánto me alegra verte.

—Lo mismo digo —respondió ella, mirándolo a los ojos—. A mí también me alegra mucho verte, Artemio.

Lo acompañó hasta la puerta, igual que había entrado antes, cogida de su brazo, y aunque durante unos minutos estuvieron hablando del campo y de recuerdos comunes, durante todo ese tiempo para Artemio era como si se hubiera desdoblado: una parte de él caminaba sujetando la mano de su amiga, conversando sobre los viejos tiempos, y la otra no podía dejar de calcular los minutos que habían pasado desde que el coche con los invitados de Mercedes había salido de la finca, si él podría llegar a Sevilla antes de que el tren hubiera salido. La escuchaba sin entender sus palabras. La miraba sin verla, y cuando le dio un abrazo para despedirse, Artemio se preguntó si no habría sido demasiado transparente, si Mercedes Corrientes no se habría dado cuenta de su impaciencia, de las ganas que tenía de marcharse de su casa. Si esa mujer a la que hacía tanto tiempo que no veía estaba al tanto desde el principio de sus intenciones y lo había dejado hacer porque en realidad, aunque él no supiese por qué, no le importaba.

—Conduce con cuidado —le dijo Mercedes cuando ya se había subido al coche.

Artemio sonrió, y se esforzó en pisar suavemente el acelerador hasta la salida, como si no tuviera prisa, como si el tiempo le diera lo mismo. Pero cuando atravesó la cancela apretó el pedal. Le había dicho a Mercedes que tenía una cita en Huelva, pero sin dudarlo enfiló la carretera en dirección a Sevilla, mirando el reloj. Con un poco de suerte podría llegar a la estación antes de que partiese el tren de Madrid. Definitivamente, en momentos como ése su vida no era en absoluto aburrida. A pesar de que se estaba haciendo viejo le seguía gustando la cercanía del peligro, de lo prohibido, y cuando no estaba metido en algún lío echaba de menos la incertidumbre, la adrenalina que lo mantenía alerta. Llevaba catorce años, desde el 36, trapicheando con información, comprando armas para el gobierno de la República o husmeando en asuntos ajenos por cuenta de los alemanes y los ingleses durante la guerra. Y cuando el servicio secreto británico lo obligó a exiliarse en Londres en el 43, durante los dos años largos que estuvo fuera de España creyó que todo había terminado para él. Sin embargo, en aquella etapa londinense conoció a tipos como Robert Bishop, a los que tendría ocasión de prestar servicios en el futuro. Después de la guerra también había secretos que vender y que comprar, información valiosa que encontrar, y Artemio Corona, el último vástago de la saga de los Corona Sáez de Artázcoz, sabía desenvolverse como un pez en el agua en aquellas aguas complicadas.

Artemio Corona le había contado lo que pasó el día después de que se despidieran en Sevilla, y aunque Robert Bishop esperaba que averiguar la verdad sólo fuera cuestión de tiempo, la única realidad era que nueve meses más tarde, justo antes de volver a España, no había avanzado nada. El invierno de 1950 dejó paso a una primavera en la que no había conseguido desenredar la madeja. Todo apuntaba a que aún no se había resuelto lo del tesoro de Emil Liebermann. Nadie había sido capaz de encontrarlo, si de verdad existía, si acaso había existido alguna vez. Y, aunque parecía que

Erika Walter tampoco sabía nada del oro que había robado su marido, Bishop tenía un hombre en París y otro en Salzburgo atentos a los movimientos del capitán Navarro y su amante, cuando estaban juntos y cuando no lo estaban. Entre el final del invierno y la primavera, Erika Walter había hecho las maletas para mudarse al apartamento del español en París. Nada resultaba extraño en su relación, que no sólo había retomado la rutina de antes de los días que pasaron en España, sino que incluso parecía haberse consolidado. Navarro había vuelto a su oficio aburrido de traductor de autores rusos, y ella no había tenido problemas para dar clases particulares de piano a los niños ricos del barrio de Montparnasse. Herbert Mundt y Alois Becker habían vuelto a ocuparse de sus negocios, pero, salvo algunas apariciones esporádicas en actos benéficos que organizaba la alta sociedad madrileña, apenas salían ni se dejaban ver. Bishop también los tenía vigilados a los dos, cómo no, aunque cada vez con menos esperanzas de cogerlos con las manos en la masa y ponerlos delante de un tribunal.

Desde que volvió de Sevilla, el americano había ido dos veces al piso de Mercedes Corrientes en el barrio de Salamanca, pero la amiga de Erika Walter se negó a recibirlo. Tampoco esperaba Bishop que la heredera de la banca Corrientes fuese a contarle nada que lo ayudase a encontrar la salida del laberinto, pero a veces los silencios o los quiebros de quien es interrogado —aunque la conversación que mantuviera con Mercedes Corrientes no podría considerarse ni mucho menos un interrogatorio— resultaban mucho más reveladores que sus palabras. Después de la segunda vez, Bishop prefirió no intentarlo más. A la gente tan poderosa conviene no molestarla más de la cuenta. Ya tendría ocasión de coincidir con ella en el futuro, o al menos eso esperaba, y tal vez entonces buscar la manera de encontrar alguna explicación a lo que había pasado en su finca, sobre todo enterarse de lo que había hecho o dónde había estado durante esas horas en las que dejó al capitán Navarro, a Erika Walter y a Gregorio León solos con los nazis.

A principios del verano se tomó unos días de vacaciones —ni siquiera se acordaba de cuándo había sido la última vez— y voló a Estados Unidos. Cuando era muy joven gastaba algún tiempo en imaginar que cada vez que

volviera para ver a los suyos sería como el regreso triunfal de un héroe victorioso en el combate. Sin embargo, con los años se había dado cuenta de que visitar la casa familiar, en el condado de Genesee, al norte del estado de Nueva York, no muy lejos de la frontera canadiense, significaba una mezcla de alegría, vergüenza y melancolía. Alegría por abrazar a sus padres, vergüenza porque en los encuentros con los suyos siempre le asaltaba una tristeza repentina. Había aprendido a mantener a raya esos pensamientos cuando estaba trabajando, pero, por alguna razón, al regresar junto a su familia y encontrarse con las esposas de sus hermanos era cuando más consciente se volvía de la soledad en la que se había instalado con los años. Y melancolía, porque no podía dejar de preguntarse en qué momento de su vida había tomado una decisión que lo había embocado al aislamiento.

Nunca aguantaba en la casa familiar más de una semana, y esta vez no fue diferente. Una de esas tardes de verano, poco antes de marcharse, sentado en el porche frente al bosque donde apenas un siglo antes habitaban los indios iroqueses, Bishop se enteró de que en Brasil se estaba celebrando el campeonato mundial de fútbol. Eran sólo unas pocas líneas en la sección de deportes de *The New York Times*. Los periódicos norteamericanos dedicaban una información muy escasa al fútbol, a veces ninguna, pero aquel día recibió con agrado la noticia de que la selección española había vencido en el estadio de Maracanã a la de Inglaterra e, inevitablemente, se acordó de Gregorio León. Era muy posible que el periodista estuviera en Brasil cubriendo la información del Mundial para el periódico. Puede que incluso hubiera llevado a esa chica con él. Bishop ni siquiera sabía cómo se llamaba. O, quién sabía. Lo mismo ella lo estaba esperando en Madrid, contando los días para que el campeonato acabase y su novio estuviese de vuelta en España. Yo nunca seré como tú, recordó Bishop, tragando saliva, incómodo, las palabras de Gregorio. Tenía razón el periodista español. Terminar como él era, aunque jamás estuviera dispuesto a reconocerlo ante nadie, un fracaso imperdonable. Puede que Gregorio León aún no fuese consciente —todavía era demasiado joven— de lo afortunado que era por tener una mujer esperándolo. Igual que el capitán Navarro, que había

viajado a Madrid sin dudarle para encontrarse con Erika Walter a sabiendas de que se jugaba la vida. Era lo malo de las vacaciones. Por eso no le gustaban: tenía demasiado tiempo para pensar. Siempre le ocurría lo mismo. Se sentaba al atardecer, cansado de conversaciones familiares, y en cuanto se descuidaba un poco los recuerdos le asaltaban, apoderándose de él, incapaz de espantarlos. Y en sus recuerdos abundaban las mujeres que esperaban a hombres que lo arriesgaban todo por ellas. Como Anna Cavour, que había anhelado durante cinco años el regreso de su prometido desde el infierno del campo de exterminio de Mauthausen; o el ingeniero y violinista diletante Franz Müller, que había sido capaz de sacrificarse por ellos dos. Las vidas de los demás pasaban por delante de sus narices, y en todas ellas encontraba lo que le faltaba a la suya: la pasión que empujaba a la gente a seguir adelante a pesar de las adversidades. De tanto ver desfilar las emociones de otros por delante de sus ojos sin que le afectaran, Robert Bishop había llegado a la conclusión de que se había convertido en una máquina, un robot que algún día se estropearía y tal vez nadie podría reparar.

Se había hecho de noche, y el bosque al otro lado del jardín era una mancha oscura que agitaba la brisa del verano. Dobló el periódico sobre el pecho y cerró los ojos, meciendo la butaca, incapaz de conciliar un sueño tranquilo por mucho que lo intentase.

Aunque enseguida se incorporó al trabajo, tres días antes de lo que le correspondía, no regresó a Europa hasta primeros de otoño. En Washington se había enterado, no sin cierta alegría, de que España había jugado con gran dignidad la fase final del campeonato brasileño, quedando entre los cuatro mejores equipos del mundo, junto a Brasil, Uruguay y Suecia. Otra vez se acordó del periodista español, seguro que emocionado en una esquina del estadio, o sentado en la grada, mientras escribía las crónicas para el diario, pensando quizá en la chica que había dejado de alternar con los clientes en la barra de Le Cygne Noir para irse a vivir con él. El americano se alegraba por Gregorio, como el hermano mayor que observa

al pequeño desde una distancia oportuna para no entrometerse en su vida. Le caía bien el chaval, y aquella ingenuidad casi infantil y el idealismo quijotesco que se gastaba le recordaban al muchacho que él había sido una vez, antes de la guerra, cuando estaba convencido de que, si se esforzaba lo suficiente, sería capaz de cambiar el mundo. No le había faltado razón a Gregorio cuando le había recriminado su falta de escrúpulos en la estación. Era verdad. Más pronto o más tarde, Herbert Mundt y Alois Becker habrían cometido un error, pero cuanto antes los pusiera tras la pista del oro de Emil Liebermann, más rápidamente se resolvería todo.

Ahora el tiempo corría en su contra, y Bishop tenía prisa. Según la información de la que disponía, en los próximos meses el presidente Truman anunciaría públicamente su apoyo al régimen de Franco, y España terminaría siendo admitida en las Naciones Unidas a pesar de las protestas y los indudables votos en contra de México e Israel, y la más que esperable abstención de Francia y Gran Bretaña. La inminente aceptación de España como un miembro más de la ONU era un arma de doble filo para los intereses de Bishop: lo mismo podía significar que muchos de los nazis que se refugiaban en España terminasen siendo extraditados ante la presión internacional, que justo lo contrario. También podrían sentirse legitimados quienes los amparaban ante la muestra de confianza de la comunidad internacional. Lo único que le quedaba a Bishop era esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Tenía un plan alternativo, pero sólo pensaba usarlo si no le quedaba otro remedio que traicionar sus principios, porque salirse de las normas estrictas le resultaba tan incómodo como calzarse unos zapatos que no fueran de su número.

A primeros de noviembre, cuando se anunció la inevitable aceptación de España como un miembro más de las Naciones Unidas, estaba en Berlín. Pero, por una rara mezcla de amor propio y sentido de la justicia y de la responsabilidad, aún no había sido capaz de digerir que Alois Becker y Herbert Mundt se le hubieran escapado. No consiguió que ningún superior le explicase de una forma lógica la razón por la que los socios de Emil Liebermann y unos cuantos nazis más seguían disfrutando de una vida cómoda en Madrid, y todo indicaba que podrían seguir haciéndolo ahora

que en la España de Franco se empezaban a ver algunos signos de apertura. Robert Bishop era un hombre por el que las emociones y los placeres de la vida —casi todos menos el alcohol y el tabaco— podrían pasar sin que le removiesen nada por dentro, pero se tomaba muy en serio su trabajo, y era tan obsesivo que los flecos sueltos le irritaban como una úlcera inoportuna en el estómago. Iba a tener que quedarse en Berlín una temporada. Desde el bloqueo de la ciudad las relaciones con los rusos se habían tensado tanto que estaría demasiado entretenido durante mucho tiempo, y entonces sería muy complicado perseguir o al menos incordiar a los nazis que vivían en Madrid, pero sabía que sería imposible no pensar en ellos. No lo podía evitar. Y antes de que no pudiera salir de Berlín durante meses o que sus superiores lo destinasen a otro sitio, se las arregló para viajar a España. El otoño había comenzado tres semanas antes, y él no volvía desde el final de la primavera. No tenía una idea concreta de lo que quería hacer, salvo que deseaba estar en Madrid otra vez, aunque sólo fuese por unos días. Quizá pasearse por el barrio exclusivo donde vivían Herbert Mundt y Alois Becker, incomodarlos con su presencia, mirarlos a los ojos sin decirles nada pero que ellos entendieran que nunca podrían estar tranquilos porque siempre habría alguien al acecho. Esperar, aunque fuera en vano, que cometiesen un error para engrilletarlos y ponerlos delante de un tribunal.

Cualquiera de esas excusas hubiera sido suficiente para volver a España, pero a Bishop le bastó enterarse de que una semana antes Erika Walter había dejado el apartamento de París que compartía con el capitán Navarro para viajar a Madrid. Un coche de Mercedes Corrientes había ido a recogerla al aeropuerto y la había llevado a casa de su amiga. Desde que supo que se marchó de París, Bishop no había dejado de pensar en la mujer austríaca. De todas las personas que jugaban la partida, siempre le había parecido la más imprevisible, aquella cuyo siguiente movimiento era más difícil de adivinar, por muy experto jugador que fuese. Que hubiera ido a España para hacer una visita de cortesía a su amiga Mercedes Corrientes era una posibilidad, pero a Bishop le parecía un motivo demasiado endeble para regresar después de todo lo que había pasado. Desde que llegó a Madrid no había vuelto a tener noticias de ella. A pesar de que sus hombres habían

mantenido la vigilancia frente al edificio donde vivía Mercedes Corrientes, durante estos cuatro días a la única que habían visto entrar y salir había sido a la rica heredera. A Erika Walter parecía habérsela tragado la tierra. Y aunque todas sus sospechas apuntaban en la misma dirección, Robert Bishop no estaba dispuesto a quedarse en Berlín con los brazos cruzados mientras alguien se decidía a contarle qué estaba pasando.

La primera noche dejó su equipaje en el hotel y estuvo caminando por la ciudad. Fue hasta el Retiro, pasó por delante del Jardín Botánico, a la altura de donde había tenido el primer encuentro con Gregorio León. También pensaba hacerle una visita. Esperaba que, casi diez meses después de haberle soltado una reprimenda en la estación, su ánimo estuviera un poco más calmado. A lo mejor incluso se alegraría de verlo. Después de un largo paseo volvió al hotel, y por la mañana se levantó temprano y cruzó la Gran Vía para desayunar una taza de café con porras. Luego tenía pensado ir a las oficinas de la CIA en la calle Alcalá Galiano, pero después de desayunar se había sentado en la silla de un limpiabotas, justo enfrente del edificio de La Telefónica. Le gustaba seguir la misma rutina cuando iba a Madrid, y ahora, que podría ser la última vez que lo hiciera en mucho tiempo—incluso con la guerra que había comenzado el verano en Corea tampoco sería capaz de apostar a que su futuro no estaría en Asia—, no iba a cambiar sus costumbres.

Después de colocar el pie en el taco de madera, mientras el limpiabotas le frotaba el primer zapato, abrió el periódico por la última página, como hacía siempre cuando leía el *ABC*. Acostumbraba a hojearlo tranquilamente, sin detenerse en ninguna noticia que no llamase su atención hasta un segundo repaso. Como siempre, no esperaba encontrar nada especial, sólo entretener el tiempo mientras le lustraban los zapatos. Más que en los titulares del diario, su mente estaba en el recorrido que pensaba hacer por el barrio de Salamanca, por si tenía suerte y podía hablar con Mercedes Corrientes, o merodear por los alrededores de los edificios donde vivían Herbert Mundt y Alois Becker, aunque sólo fuera para estropearles el día.

Vio aquel nombre y pasó dos o tres páginas maquinalmente. Pero enseguida sus dedos, empujados por la revelación, habían recorrido el camino inverso arrugando las páginas aunque él aún no estuviera seguro de haberlo leído, como si no hubiera caído en la cuenta o sus manos se movieran más rápido de lo que su cerebro pudiera procesar. Se revolvió en el asiento, como si no acabase de encontrar la postura, y el limpiabotas lo miró, extrañado: sin duda pensaba que le ocurría algo. Aquello sí que no lo esperaba, y no porque no deseara que sucediese, sino porque se había resignado a que las cosas permaneciesen como estaban. Dobló el periódico, para que su entusiasmo no despertase la curiosidad del lustrador, y esperó, paciente, a que acabase su trabajo. Cuando se levantó y le pagó las tres pesetas de la tarifa más otras siete de propina, ya sabía que el paseo iba a ser un poco más largo, aunque también caminase en la misma dirección, hasta la plaza de Cibeles y luego Castellana arriba. Tal vez se acercaría por las oficinas de la agencia después. Y lo de incordiar a los socios de Emil Liebermann también lo dejaría para más tarde.

Como no lo encontró en el estadio de Chamartín, Bishop llamó al periódico para intentar hablar con él, pero le dijeron que había salido. Tampoco sabían dónde estaba. Llega por la mañana, y no tarda en marcharse al estadio del Real Madrid o al del Atleti, según. No tiene un horario fijo. A veces ni siquiera viene a la redacción y se va a la calle directamente. Suele pasar por la cafetería del Palacio de la Prensa. Bishop agradeció la amabilidad de la telefonista, pero colgó antes de darle oportunidad de preguntarle su nombre. Si se quedaba por el vecindario, no tenía más que esperar en la puerta del bloque donde vivían Becker y Mundt hasta que alguno de ellos entrase o saliese, pero el periódico le quemaba en las manos. Lo sujetaba con la misma firmeza y cuidado que si se tratase de documentos importantes. Meses atrás, seguir los pasos del periodista había sido un juego de niños, pero ahora se le antojaba tan escurridizo que, mientras caminaba por las calles de Madrid, le afectaba la sensación de que no podría encontrarlo ni hablar con él los pocos días que tenía previsto

pasar en España. Lo mismo había decidido no volver a dirigirle nunca la palabra. El mundo era una rueda que no dejaba de girar —el periódico que llevaba bajo el brazo era una prueba de ello— y no tenía por qué hacerlo siempre a su conveniencia.

Robert Bishop estuvo en varios sitios esa mañana: después de al del Real Madrid, también se acercó al estadio del Atleti; y luego se encontró delante de la puerta de Le Cygne Noir, que a esas horas todavía estaba cerrado. Había llegado hasta allí caminando sin una intención clara, sin saber si quería acercarse hasta el local donde había trabajado la novia del periodista o si tenía algún sentido acercarse al club siquiera. Luego estuvo haciendo guardia un rato en Callao, al otro lado de la Gran Vía, frente al edificio de la Prensa. Se quedó allí hasta que lo vio salir y, en lugar de hacerse el encontradizo, prefirió seguir en la sombra todavía. Sin hacerse visible caminó detrás de él durante diez minutos, hasta llegar a la Puerta del Sol. A primeros de noviembre la temperatura todavía se parecía más a la del verano que a la del otoño, y resultaba agradable pasear por la ciudad a la hora en la que los madrileños empezaban a salir del trabajo. Y enseguida los dos, el que seguía y el que era seguido pero no lo sabía, se adentraron en el barrio de la Latina. El americano lo vio sentarse en una terraza casi vacía, muy cerca de la iglesia de San Andrés, cambiar unas palabras con el camarero, que parecía conocerlo, y encender un pitillo tranquilamente mientras le servía la consumición. Estaba claro que disfrutaba de esa hora para relajarse, para estar consigo mismo después del trabajo. Ya tenía una cerveza en la mano y le había arrancado un par de sorbos, despacio, saboreándola, con la vista perdida en las palomas que picoteaban las migas de pan en el suelo, cerca de la iglesia. Quizá fuera ése un momento del día en el que un hombre no debe ser nunca molestado, pero Bishop tenía que hablar con él, y ya no quería esperar más tiempo.

Capítulo 23

Las lápidas de Montparnasse

El capitán Navarro no había bajado la guardia. Era la vida que conocía, quizá la única manera para él de estar en el mundo. En cualquier momento podría aparecer un enemigo que fuera a pedirle cuentas, el ruido de las cadenas de un fantasma empeñado en encontrarlo para vengarse. Y, aunque le hubieran asegurado que todo había terminado, él no dejaría nunca de estar alerta. No le sorprendió, ni le incomodó siquiera, reconocer en sus adentros algún resquicio de placer inconfesable al encontrarse a Fignon. Echaba de menos la acción, y durante los últimos días habría sido capaz de acuchillar a su propia sombra. Desde que volvió de España no había tenido noticias de sus camaradas. Pero que lo hubieran dejado en paz no significaba nada. Aunque hubiera pasado mucho tiempo, Navarro sabía que la venganza, o lo que muchos de quienes fueron sus amigos entendían por justicia, podía agazaparse durante meses, incluso años, como una alimaña rencorosa, y aguardar pacientemente el momento oportuno para dar el último zarpazo. Pero nada podía deducirse de la expresión neutra de Fignon en la otra acera de la calle donde estaba su apartamento. Lo mismo podría pasar de largo que darle un abrazo o anunciarle que estaba sentenciado.

Durante mucho tiempo había pensado que, si alguna vez llegaba el momento en que sus camaradas acudieran a pedirle cuentas, no era imposible que la única sensación que le afectase fuera un hastío profundo,

incluso alivio por ya no tener que estar más tiempo en tensión. Pero no había sido así. Lo vio cruzar la calle y enseguida se le fueron los ojos a las manos de Fignon, preguntándose si las llevaba guardadas en los bolsillos de la gabardina porque tenía frío o estaba a punto de apretar el gatillo de una pistola con silenciador. Navarro aflojó el ritmo de sus pasos, buscando la forma de volverse disimuladamente antes de llegar a su altura. Sabía que a Fignon le faltaban agallas para ir a matarlo él solo, y si sus intenciones no eran buenas enseguida se le acercaría por la espalda otro camarada cuyo rostro a lo mejor le resultaría familiar. Puede que dos. Pero Fignon a lo mejor le había leído el pensamiento, o es que Navarro tampoco tenía secretos para él, y había sacado las manos de la gabardina como si quisiera darle un abrazo o mostrarle que iba desarmado y en son de paz. Tranquilo, parecían explicarle sus ojos. Tranquilo, que sólo he venido para charlar contigo. Incluso sonreía cuando llegó a su altura.

—Navarro —le dijo, sin dejar de mostrar las manos con torpe disimulo—, hace mucho que no sabemos nada de ti.

Martín Navarro le sostuvo la mirada. No sonreía ni tenía intención de hacerlo. Mintiéndole no era la mejor manera de empezar. Durante esos meses fueron muchas las veces que tuvo el convencimiento de que lo seguían. Nada extraño, desde luego. Pero ahora Fignon había vuelto a presentarse en su vida y, mientras dudaba si estrechar la mano que el otro por fin le ofrecía, cada vez tenía más claro cuál era el motivo de ir a buscarlo en ese momento y no en otro. Por supuesto, no era una casualidad. Dos guerras y demasiadas canas en el bigote dejaban muy poco espacio para el azar.

—¿Qué quieres?

Fignon miró a un lado y a otro. Ya había soltado la mano que Navarro finalmente se había decidido a estrecharle.

—¿Podemos hablar?

Navarro también dedicó un instante a mirar a ambos lados de la calle antes de contestar.

—He venido solo —le explicó Fignon—. No pienses mal.

—No tengo por qué pensar mal. Pero tampoco me faltan razones para desconfiar.

—Hace más de nueve meses que volviste de Madrid. En todo este tiempo no te hemos molestado. No tienes motivos para desconfiar de nosotros. Vayamos a un sitio tranquilo donde podamos charlar.

Navarro lo miró, despacio. El sombrero, la corbata, la gabardina impoluta y los zapatos relucientes. De pronto el olor de la colonia que usaba Fignon se hizo más evidente, insoportable casi. Le estaba diciendo la verdad. Sin duda. Estaba solo. Y Fignon sabía que si lo habían sentenciado él no iba a dejarse llevar al matadero sin enseñar los dientes.

—Paseemos un poco —respondió, por fin, y empezó a andar en dirección hacia el cementerio de Montparnasse, seguro de que Fignon lo acompañaría.

Igual que dos amigos que por tener tanta confianza pueden pasear juntos durante horas sin estar obligados a mantener una conversación intrascendente, Fignon y Navarro caminaron durante un buen trecho en silencio. Cruzaron el bulevar Raspail y enseguida llegaron al inmenso camposanto. A mucha gente no le gustaba pasear por un cementerio, pero a Navarro lo tranquilizaba. A veces le bastaba mirar las tumbas desde la ventana de su apartamento para relajarse, la constatación de que, por mucho que quisiera o pelease por una causa, al final sólo había un final posible para todos.

El cielo estaba nublado, pero todavía hacía mucho frío. Aún siguieron caminando unos minutos en silencio entre lápidas suntuosas, sobre el suelo alfombrado de hojas pardas y húmedas del otoño, hasta que finalmente acabaron sentados en un banco. Parecían dos jubilados ociosos haciendo tiempo hasta que llegase la hora de comer. Y a lo mejor, pensó Navarro, aunque todavía fueran muy jóvenes para eso, su tiempo ya se había terminado. Últimamente no dejaba de preguntárselo.

—Te debemos una disculpa —dijo Fignon, sin mirarlo, después de estar fumando un rato tranquilamente.

Navarro asintió, pero lo hizo tan despacio que el otro tendría que haber estado mirándolo para darse cuenta. Que Fignon o a quienes Fignon se referían como «nosotros» se disculparan era una sorpresa. Lo que menos había esperado.

—Han cambiado algunas cosas desde que volviste de Madrid —añadió Fignon.

—¿Ah, sí? ¿De repente toleráis que se cuestionen vuestras decisiones? Eso sí que sería una novedad. Un motivo de celebración.

Ninguno de los dos se había dado cuenta del momento exacto en que sucedió, pero al hablar ahora se miraban a la cara, como si ya no les diese apuro encontrarse los ojos y adivinarse las mentiras.

—Nunca cambiarás, Navarro.

—Ya soy demasiado mayor para cambiar.

—No hay un solo camarada en el Partido que no hable bien de ti, pero tú sigues empeñándote en ver enemigos por todas partes.

—Que hablen bien de mí no significa que no puedan cambiar de idea y un día ordenen matarme.

—Te equivocas. En el Partido nunca han dado orden de matarte.

—¿Acaso vas a contarme a estas alturas cómo funcionan las cosas? No creo que haga falta recordarte cuántas veces he tenido que encargarme de alguien en quien habíais dejado de confiar.

—Te comen los remordimientos. Y como sigas así, acabarán contigo. Puedes estar seguro de que nunca has tenido que encargarte de nadie que no lo mereciera.

—¿Miranda tampoco?

—Miranda estaba confundido —respondió Fignon, incómodo—. Había llegado a un punto en que no sabía a quién debía lealtad. Además, no deberías preocuparte por Miranda. Tú no lo mataste.

Navarro movió la cabeza.

—¿Porque no apreté el gatillo? Y eso qué más da. Pude haberlo salvado y no lo ayudé.

—Miranda estaba muerto de todos modos.

—Era un hombre honrado.

—Eso tampoco podremos saberlo nunca.

—Se marchó de Madrid porque quería contaros algo muy importante que había descubierto.

—Lo sé. Por eso he venido a verte.

—Sabes bien que yo no quería que vinieras.

—He venido para contarte algo. Para hacerte un regalo.

—No me interesa nada de lo que puedas contarme. Tampoco quiero un regalo.

—Me gustaría hablarte de Rogelio Bejarano.

—Deberías hablar con él en lugar de conmigo.

—Estoy aquí para proponerte algo mejor.

—El qué.

—Que vayas tú a Madrid para hablar con él.

Navarro volvió a sacudir la cabeza, sin dejar de mirar la hilera de tumbas que tenía enfrente. Hubiera sonreído si no le diera tanto asco lo que acababa de escuchar.

—No esperaba que te hubieras tomado la molestia de venir a París para contarme un chiste.

—No es ninguna broma. —Fignon hablaba mirando un poco hacia otro lado, como si no le importase o ahora no quisiera ver la cara de Navarro—. Ya sabemos todo lo que necesitamos saber de Bejarano.

—Si no hubierais mandado matar a Miranda os habríais enterado mucho antes. Quién sabe. A lo mejor hasta sabríais más cosas.

Fignon pasó por alto aquella nueva alusión a Miranda.

—Hemos pensado que tú podrías encargarte de Bejarano. Tómatelo como un detalle de buena voluntad por nuestra parte. O de agradecimiento por los servicios prestados.

—Ya no me dedico a eso.

Fignon apoyó las manos en las rodillas. Suspiró.

—Pues es una lástima. Siempre has sido un hombre muy importante para nosotros. Bejarano merece ser castigado. Y va a ser castigado. No se me ocurre nadie mejor que tú para darle su merecido.

—Ya no me dedico a eso —repitió Navarro, con la vista al frente, pero en lugar de lápidas de mármol ahora sólo veía manchas borrosas.

Ya no me dedico a eso, murmuró de nuevo, para sus adentros, y el recuerdo de la última vez que vio la cara de Rogelio Bejarano protegido por la oscuridad de un portal, de repente era tan claro como si estuviese sucediendo otra vez.

Era de madrugada, y la casualidad había querido que el traidor se hubiera recogido aquella noche muy tarde. Navarro había llegado hasta allí guiado por un viejo impulso, un hábito del que no estaba seguro de poder desprenderse nunca. Pero esperar escondido en un portal al lado del edificio donde vivía Rogelio Bejarano no era lo único que había pasado aquella noche de finales de enero después de que el empleado de Mercedes Corrientes que había ido a buscarlos a la estación los llevara a la casa de su jefa. Le gustara o no ser el huésped de una de las mujeres más ricas de España, no le quedaba más remedio que reconocer que aquella era la decisión más sensata. La propia Mercedes había telefoneado a Erika cuando llegaron a su casa para decirle que sus papeles tardarían al menos un par de días. Una vez que los tuviera, todo estaría en regla y podrían volver a París. Mientras tanto, lo mejor era quedarse en su casa, sin salir a la calle siquiera, para no llamar la atención. Se le hacía muy raro a Navarro estar en ese piso tan grande y tan lujoso, con esos óleos de pintores famosos, cornucopias de oro, la inevitable capilla y criada uniformada para atenderlos en todo lo que necesitaran. Pero lo más extraño, más raro aún que hundir su cuerpo dolorido en una bañera enorme de agua caliente salpicada de sales perfumadas, era que, después de todo lo que había pasado, Erika y él aún siguieran juntos, como si no hubiera pasado nada, como si la sospecha o la desconfianza pudieran enterrarse sin perder algo por el camino. Sus músculos se habían relajado, pero ni siquiera aguantando la respiración para meter la cabeza en el agua caliente durante unos segundos era capaz de olvidarse de todo lo que había pasado y ahuyentar las dudas.

Tenía que pensar tranquilamente. Eran muchas cosas: había estado a punto de perder la vida varias veces, no sólo él, sino también Gregorio, y al final siempre había salido airoso. Desde que se encontraron en Madrid Erika había estado a su lado, pero no podía olvidar que sólo unos pocos días antes se había jugado el pellejo porque las dudas sobre sus verdaderas intenciones lo atormentaban. Al principio, cuando la guerra acababa de terminar y se hicieron amantes, tampoco confiaba en ella. Que fuera sincera con él y le contara que su marido había sido un agente de la Abwehr no significaba que no pudiera dudar de Erika. Pero había cosas que entonces no importaban tanto, quizá porque después de la guerra los dos pensaron que lo mejor era disfrutar cuanto pudiesen porque todo podría acabarse en cualquier momento o la vida ponerse patas arriba otra vez y separarlos para siempre. No había pasado tanto tiempo, pero cinco años atrás el mundo era muy diferente, y ellos también. Antes daba igual la vida de cada uno antes de conocerse, pero ahora para Navarro el pasado de Erika había cobrado una importancia insospechada. ¿Y si después de todo a Fignon no le faltaba razón cuando le insinuó que no debía confiar en ella? ¿Tendrían las revelaciones de Herbert Mundt y Alois Becker sobre Erika más fundamento del que él estaba dispuesto a aceptar? Lo peor no sería que ella lo hubiera traicionado, sino haberse engañado él mismo durante cinco años. Qué raro haberse dado cuenta ahora, como si al quedarse tranquilo después de tanta tensión y relajarse en una bañera de agua caliente las preguntas que siempre estuvieron ahí de repente se convirtieran en un enigma. Navarro estaba seguro de que durante esos cinco años Erika también había tenido dudas sobre él: su vida clandestina, cuando desaparecía durante semanas, al principio de conocerse, para viajar a España con papeles falsos. Navarro no se sentía orgulloso de haber sido un matarife por cuenta del Partido. Erika lo sabía. Ella había estado casada con un agente del servicio secreto alemán. Cada uno había dado por sentado que el otro tenía una vida anterior, y no siempre había resultado fácil salir adelante. Pero después de lo de Miranda, Navarro había decidido romper con todo, y en el jardín de la casa de Erika había aparecido una maleta donde debía de estar el mapa de un tesoro.

Ahora que estaban a salvo, o eso parecía, había llegado el momento de hablar.

Navarro salió de la bañera y se secó con cuidado, procurando no rozar las magulladuras de la cara y las heridas que pronto no serían más que un mal recuerdo de los últimos días. Erika estaba en otro baño, al final del pasillo, quizá todavía medio dormida, disfrutando del agua caliente, procurando también olvidar los malos recuerdos o a lo mejor retrasando deliberadamente el momento de hablar con él y contarle cosas que siempre había querido guardar para sí misma. En una balda del cuarto de baño había ropa escrupulosamente doblada. En casa de Mercedes Corrientes no faltaba ni un detalle. Ninguna cosa que pudiera comprarse con dinero. Navarro se vistió y fue a su habitación. Era imposible saber si por indicación expresa de Mercedes, pero la criada les había asignado un dormitorio a cada uno. Puede que la dueña de la casa no consintiera que los dos durmieran en la misma cama, o que a la criada le hubiera dado vergüenza preguntarles si preferían pasar la noche juntos. Se había puesto sólo el pantalón y la camisa, lo necesario para llegar a la habitación y tumbarse en la cama sin tener que andar por el piso con una toalla anudada a la cintura.

Dos días, pensó Navarro. Como mucho era eso lo que les quedaba por estar en Madrid. Luego se marcharían, o mejor, podrían marcharse, porque la incertidumbre sobre si al final se irían juntos era cada vez mayor. También podrían irse cada uno por su lado y no volver a verse nunca más. Tenían que hablar, pero Navarro tampoco estaba seguro de querer hacerlo todavía, porque si ella le contaba algo que él hubiera preferido no saber, si descubría que lo había engañado desde el principio, quizá ya no podrían seguir juntos.

Cerró los ojos y lamentó que no lo hubieran drogado ahora, no poder evitar quedarse dormido hasta que fuera de día y quizá entonces ver las cosas de otra manera. Pero a su pesar estaba tan alerta que no podía dejar de escuchar cualquier ruido, por insignificante que fuese: el motor de algún coche, a lo lejos; el tictac del suntuoso reloj de pared del salón; lo que parecía un serial radiofónico que la criada escuchaba en la cocina. Pero no se había dado cuenta de lo más importante, y al abrir los ojos y ver a Erika

en el hueco de la puerta lo primero que pensó fue que a lo mejor ella habría llegado hasta su cuarto levitando, como un fantasma, o caminando de puntillas, dispuesta a darle una sorpresa o asustarlo. Se había puesto una bata. Todavía tenía el pelo mojado.

—Martín —le dijo—. ¿Acaso pensabas dejarme sola?

Navarro la miró, como si no entendiera.

—Cada uno en una habitación... —se apresuró a aclararle ella.

—No creo que tu amiga Mercedes esté dispuesta a permitir otra cosa.

Erika ya se había sentado en la cama, a su lado.

—Mercedes está muy lejos.

—Pero su criada está aquí.

—La criada no se meterá en nuestros asuntos. Además este piso es muy grande.

Él iba a decirle algo, pero Erika le puso el índice en los labios y lo dejó ahí un momento y luego le acercó los suyos. Navarro le sujetó la nuca mientras la besaba. Ella se separó un poco y le cogió la cara, en silencio, y él pensó que de repente era como si no lo conociera o tal vez su desconfianza fuera demasiado evidente. Pero Erika no quiso preguntarle o era que se daba cuenta o no le importaba. Enseguida volvió a besarle los labios, las partes de su cara donde era inevitable recordar los días tan malos que habían pasado.

Estamos salvados, le dijo. Ya nadie puede hacernos daño, mi vida. Erika se había puesto de pie, y al mismo tiempo que hablaba había dejado caer la bata despacio: primero quedaron al descubierto los hombros, y la prenda permaneció ahí unos segundos, como si a pesar de todo no pudiera evitar hacer sufrir perversamente a Navarro, aunque sólo fuera un poco, jugar con él para excitarlo y él no pudiera sino desearla, agarrarle las caderas y acercar su cuerpo al suyo. Navarro extendió las manos para tocar su carne firme, todavía tibia y húmeda después del baño. Le besó despacio el vientre, justo encima del nacimiento de la mata oscura de vello que acariciaría dentro de un momento, porque ya estaba seguro de que no había vuelta atrás. Recorrió su cuerpo besándolo, ascendiendo lentamente: el ombligo, las costillas, entreteniéndose en los pechos que se volvían aún más firmes

con el roce de sus labios. Aún no había llegado al cuello y ya sabía que las dudas no lo importunarían. No lo iba a consentir. Erika llevaba razón. Se habían salvado. Aunque habría que matizar que al menos de momento. Y la vida era demasiado frágil, la muerte acechaba a cualquiera por mucho que se empeñase en pensar ingenuamente que era inmortal. Puede que ya no tuvieran otra oportunidad de estar juntos. Erika podría volver a marcharse sin decirle nada, a lo mejor desaparecer para siempre, o él apartarse de su lado porque había demasiadas cosas de ella que no sabía, un enigma más grande a medida que pasaba el tiempo. O a lo mejor alguien iba a buscarlos esa misma noche y antes de que amaneciera ya estarían muertos y Mercedes Corrientes no podría hacer nada por ellos. Los nazis podrían haber cambiado de idea o por culpa del miedo habrían faltado a la palabra que le habían dado a la rica heredera. O la policía, que por fin había conseguido capturarlo después de tantos años entrando y saliendo de España a escondidas. Pero nada de eso importaba, porque ahora era Navarro quien besaba los labios de Erika y la había cogido en brazos y la tumbaba con delicadeza en la cama. Qué importaban en ese momento la incertidumbre del futuro o las dudas sobre las verdaderas intenciones de Erika si él ya se había desnudado y se arrodillaba en la cama al lado de ella, tan excitado como si fuera la primera vez, tan ansioso y tan triste como si fuera la última vez.

Para Navarro había dos clases de personas: las que eran capaces de seguir adelante y olvidarse de todo y las que preferían no dejar cabos sueltos por el camino. Él pertenecía al segundo grupo y, aunque intentara olvidarse de todo, no resultaba tan sencillo. Sabía que había demasiadas preguntas sin responder y necesitaría mucho tiempo para resolverlas. Pensaba en ello mientras fumaba un pitillo velando el sueño de Erika. Quizá no fuera del todo consciente de ello y el siguiente paso no fue cobrando forma hasta que pasaron las horas, un poco después de medianoche, pero cuando se vistió en silencio, procurando no despertar a Erika, se preguntó si no lo había sabido desde el principio, y todo el tiempo que había pasado,

incluso el rato delicioso que acababa de compartir con ella, no hubiera sido más que una tregua mientras se acercaba lo inevitable. La criada de Mercedes Corrientes todavía estaba despierta a esa hora y refunfuñó cuando le dijo que iba a salir. Necesito tomar el aire, añadió. Despejarme un rato. No tardaré mucho en volver. La mujer respondió, resignada, que lo esperaría despierta. No podía dejarle una llave y alguien tendría que abrirle la puerta.

En la calle hacía frío. Navarro tuvo que caminar un rato hasta encontrar un taxi. Cualquiera que lo viera andando sin rumbo a esa hora muy bien podría tomarlo por uno de esos tipos excéntricos que se empeñan en hacer cosas raras. Y a él también le habría gustado serlo. No fue hasta subir al taxi y escucharse decir la dirección al conductor cuando tomó plena conciencia de lo que iba a suceder, y la suma de pequeñas acciones insignificantes — vestirse, bajar a la calle, caminar un rato en la noche fría de Madrid— desembocaron en lo que ya no tenía vuelta atrás. Se trataba de un impulso adquirido durante años, un viejo reflejo del que no podría despojarse fácilmente. Tal vez lo acompañaría siempre. Escondido en un portal frente al edificio donde vivía Rogelio Bejarano, Navarro ya se había resignado: al cabo, era lo mismo que con todos los hombres que había matado; lo mismo que con Miranda, aunque al final le perdonara la vida. Seguirlos hasta su casa o hasta el lugar donde estuvieran escondidos y esperar pacientemente el momento para salir de las sombras y sorprenderlos. No era la primera vez que estaba en la puerta del edificio donde vivía Rogelio Bejarano. Habían sido muchos años viniendo a Madrid a escondidas. Navarro lo conocía lo bastante bien para olvidar sus costumbres. Era muy raro que Rogelio Bejarano llegase a su casa antes de la medianoche. Casi siempre lo hacía bastante después y con unas cuantas copas de más. Su mujer se había resignado o acaso no le preocupaba ya dónde estuviera su marido a esas horas. Pero igual esta noche Navarro no había tenido suerte porque el frío o el miedo por saberse sentenciado habían dejado en casa al traidor. Tal vez las dos cosas. Y aunque le pesara, en el fondo una parte de él se alegraba de no encontrárselo y a lo mejor poder marcharse convencido de que ya nunca más tendría que buscarlo. La última noche que se escondería para ajustar las

cuentas a un desgraciado, se decía. Por mucho que lo mereciese. Un mes antes había viajado a España para encargarse de Miranda y, aunque Bejarano fuese un malnacido, a Navarro volvían a afectarle los mismos escrúpulos y los mismos remordimientos anticipados. La noche de hoy parecía calcada de aquella otra noche de diciembre, en Barcelona, recordando a los hombres que había matado durante la guerra, los que le importaban menos o incluso no contaban porque él también podría haber terminado con la cara enterrada en el fango después de ser atravesado por una bayoneta. Pero también sin poder quitarse de la cabeza a los seis tipos que había matado después de la guerra por cuenta del Partido, y mientras acechaba en el portal no podía evitar recordar las caras de cada uno de ellos.

Ni siquiera llevaba pistola, pero eso no le iba a impedir matarlo. Podría estrangularlo con sus propias manos. Con un empujón bastaría para partirle el cuello o la cabeza. Todas las pruebas apuntaban a Rogelio Bejarano, y convencerlo a él de venir a Madrid para buscar a Erika no había sido más que una maniobra para salvarse. Navarro sabía que si no iba esa noche a hacer una visita a Bejarano se lamentaría de por vida. No tenía intención de volver a España en mucho tiempo, si es que alguna vez volvía, y entonces Rogelio Bejarano podría haberse marchado para siempre. Entrar en el edificio y subir a su casa estaba descartado. Era demasiado arriesgado, y por muchas ganas que tuviera de estrangular a Bejarano, lo que más deseaba era volver a París dentro de un par de días, en cuanto estuviesen preparados los papeles. Sólo le quedaba hundir las manos en los bolsillos del abrigo para que no se le congelaran, sin fumar siquiera, porque la brasa del cigarrillo podría delatarlo, y esperar que aquella fuera su noche de suerte.

No supo cuánto exactamente, pero llevaba mucho tiempo esperando cuando la figura encorvada de Rogelio Bejarano apareció de pronto bajo la luz de una farola, como por arte de magia. Se tambaleaba un poco, la cabeza oscilando ligeramente para equilibrar los vaivenes del corpachón de boxeador retirado, con la barriga delatora de su afición al buen comer y al buen beber. No daba la impresión de temer por su vida, o no le importaba lo que pudiera pasarle. A lo mejor se sentía tan seguro que pensaba que era

intocable, incluso inmortal. Puede que sus amigos nazis todavía no le hubieran contado lo que había pasado. A Navarro se le ocurrió que a lo mejor no tenían intención de contárselo nunca y habrían decidido abandonarlo a su suerte, hasta que él mismo descubriese que se había quedado solo. Fuera lo que fuese, Rogelio Bejarano rebuscaba torpe y tranquilamente las llaves en el bolsillo del abrigo, los ojos extraviados en la puerta, tal vez esperando que se abriera sola, sin necesidad de usar la llave. Debía de llevar muchas cosas en el bolsillo o estaba demasiado borracho, porque las manos estuvieron hurgando sin resultado durante unos segundos hasta que finalmente encontraron las llaves. Navarro se preguntó si habría conseguido meter a la primera la que correspondía en la cerradura o habría tenido que intentarlo varias veces. Pero no debía de estar tan borracho como aparentaba, porque notó cómo se le tensaron las costuras del abrigo al ponerse recto, en guardia, cuando lo intuyó a su espalda. Se dio la vuelta despacio, y al enfrentar su cara Navarro reparó en que apenas había pasado un año desde la última vez que estuvo con Bejarano, pero era como si hubiera transcurrido una década: las bolsas enormes de los ojos, de cansancio y de maldormir, sin duda, evidenciaban que su vida no pasaba por el mejor momento.

—Por fin has venido —le dijo, y su voz no parecía la de un tipo que ha pasado la noche bebiendo.

Navarro lo miraba, en silencio. Lo bastante cerca para poder darle un puñetazo o una patada, o tirarlo a la acera y romperle la cabeza.

—Sabía que lo harías —continuó Bejarano—. Sabía que antes o después vendrías a buscarme.

—Mandaste matarme.

Rogelio Bejarano movió la cabeza.

—Yo sólo cumplo órdenes. Igual que todos. Tú también.

—No te quieras comparar conmigo.

Bejarano sonrió, con desprecio.

—Tú y tus estúpidos ideales. Te crees mejor que todos. Más honrado.

Navarro suspiró.

—A lo mejor lo que soy es más ingenuo. Pero no soy un traidor.

—Yo tampoco. Pero si has venido hasta aquí para ajustarme las cuentas, márame de una vez. Estoy cansado. Y hace frío.

Navarro asintió, para sí mismo. No esperaba aquella mansa resignación en Rogelio Bejarano. Pensaba que se revolvería para defenderse o al menos se pondría a gritar para llamar la atención y que acudiera la policía. Pero uno se cansa de todo. De matar a traidores. También de esperar la muerte.

—Ya estás muerto, Bejarano —le dijo, y hasta escuchar sus propias palabras no fue verdaderamente consciente de que no había ido hasta allí para matarlo. No hacía falta. Bejarano estaba sentenciado.

Se lo dijo otra vez.

—Ya estás muerto. Y tú lo sabes. Los del Partido no te perdonarán tu amistad con los nazis. Sería demasiado escandaloso.

Bejarano torció la boca. Parecía estar a punto de escupir de asco.

—Yo me cago en el Partido y en todas sus consignas. Quienes mandan son unos ineptos que sólo piensan en ellos mismos.

—Como tú.

—Todos tenemos que mirar por nuestro futuro. Tú también deberías hacerlo, Navarro. Pero ya te he dicho que estoy cansado y hace frío. Es muy tarde para discutir o para dar sermones. Márame o lárgate de una vez.

Y, después de todo, matarlo era lo más fácil. Demasiado fácil quizá. Matarlo, volver a casa de Mercedes Corrientes y meterse otra vez en la cama con Erika, como si no hubiera pasado nada. No había testigos incómodos en la calle a esa hora. Por culpa del hombre que lo miraba sin miedo mientras dictaba sentencia habían matado a Miranda, y a punto habían estado de matarlos a Gregorio León y a él mismo. Pero partiéndole el cuello no iba a remediarlo. Martín Navarro resopló, incómodo. Otra vez se acordó de aquella otra noche en Barcelona. De repente se dio cuenta de que ahora no era igual que entonces: por Miranda había terminado sintiendo compasión, y en perdonar la vida a Bejarano había una morbosa jactancia íntima. Bejarano estaba sentenciado y, de alguna manera, dejarlo vivo era un castigo mayor que matarlo. Por mucho aplomo que ahora mostrase al aceptar que le había llegado la hora, Navarro había tenido que ocuparse de demasiados traidores como para no tener la certeza de que antes o después

el valor se terminaba. De tanto imaginar cómo sería la cara del hombre que vendría un día para liquidarte uno acababa volviéndose loco. Ni siquiera marchándose de España podría Rogelio Bejarano vivir tranquilo. Su traición había sido demasiado llamativa para que cualquiera de los bandos con los que había trapicheado no lo considerase un elemento incómodo. Casi sin darse cuenta, Navarro se había ido alejando del portal, lentamente, sin perder de vista a Bejarano, que tampoco dejaba de mirarlo, preguntándose cuánto duraría aquella tregua, los ojos enrojecidos no tanto por las copas de coñac que se había tragado antes de volver a casa como por no haber dormido bien los últimos días.

Ya no me dedico a eso. Navarro se descubrió en el presente murmurando otra vez las mismas palabras, para sí mismo, como si Fignon nunca hubiera estado allí o ya se hubiera ido.

Pero Fignon seguía a su lado. Y no iba a marcharse sin llegar hasta el final.

—No podíamos confiar en ti. Tienes que entenderlo. No sólo cuando te fuiste a España sin decirnos nada después de perdonarle la vida a Miranda. También cuando volvisteis a París. Habíais estado dos días retenidos por una panda de nazis sin que os sucediera nada irreparable. Cada día nos costaba más entender de parte de quién estabas.

—No sé si enfadarme o reírme porque pienses que podía estar de parte de los nazis.

—Ninguna de las dos cosas, Martín. Sabes bien que no podíamos descartar ninguna posibilidad. Todo lo que estaba pasando se nos hacía muy raro.

Navarro cruzó las piernas para acomodarse en el banco mientras buscaba tranquilamente el tabaco en la chaqueta. Un rato antes, cuando se sentaron, Fignon le había ofrecido un pitillo y él lo había rechazado. Que ahora encendiera uno de sus propios cigarrillos no era sino otra muestra de la distancia, insalvable ya, que los separaba. Del desprecio que sentía por sus antiguos camaradas.

—Sabes bien que jamás podría estar de parte de los nazis.

—Tampoco pareces estar de nuestra parte.

Navarro chupó el cigarrillo y asintió levemente.

—Quizá ésa sea la clave, Fignon. Que después de tantos años de lucha llegué a la conclusión de que sólo podía estar de parte de mí mismo.

—Martín, somos conscientes de nuestros errores. Estamos viviendo un momento muy complicado.

—¿Errores? —respondió Navarro, enarcando las cejas, mirándolo ahora—. ¿Te refieres a la desaparición de Yuri Sokolov y de muchos camaradas leales que se atrevieron a protestar? ¿A los héroes que se murieron de frío y de hambre en Siberia después de haber derramado su sangre por su país o por el Partido? ¿A Miranda o a los que me mandasteis matar porque dudabais de ellos? ¿Sabes una cosa? A veces pienso que si me hubiera vuelto loco y hubiera cambiado de bando, si de pronto hubiera preferido lucir un brazalete con la esvástica en lugar de uno con la hoz y el martillo, al final no habría notado ninguna diferencia. En el fondo sois todos iguales, Fignon. Unos cuantos tipos borrachos de poder que manejan las vidas de millones de desgraciados tan ingenuos como para dejarse matar por sus ideales. Mafiosos, gente con pocos escrúpulos capaz de engañar a otra mucha gente desesperada que tiene la mala suerte de confiar en ellos.

—No somos iguales, Martín. Me lo dices porque quieres insultarme. Nosotros no somos como ellos. Nosotros hemos hecho una revolución. Nosotros hemos luchado por el pueblo.

—Hitler también hizo su revolución. Millones de alemanes creyeron que los nazis luchaban por el pueblo, que serían la salvación. Pero llevas razón, sí. Quizá haya una diferencia entre los nacionalsocialistas y los comunistas...

Fignon esperaba que Navarro terminase la frase y estaba convencido de que no le iba a gustar escucharlo.

—Ellos perdieron la guerra. Ésa es la principal diferencia, si no la única.

—No puedo creer que me estés diciendo esto. Estoy seguro de que no piensas así.

—Qué sabes tú lo que pienso.

Fignon suspiró. No podía o no quería ocultar la frustración, pero tampoco iba a bajar los brazos todavía. Había ido hasta allí para convencer a Navarro.

—Sólo quiero que tengas claro que nosotros seguimos confiando en ti.

—Yo no puedo decir lo mismo de vosotros.

—Tienes que entender nuestras dudas. Empezaste a comportarte de una forma muy extraña. No respondías a nuestros mensajes ni te presentabas cuando te llamábamos. En Barcelona dejaste escapar a Miranda y luego te marchaste sin dar explicaciones. Y también estaba lo de esa mujer...

Navarro apretó la mandíbula y tragó saliva, muy despacio. Probablemente, nada de lo que le había dicho antes Fignon importaba tanto como eso. Ni las disculpas del Partido que le había querido transmitir. Ni la sentencia inevitable de Bejarano. A lo mejor Fignon, igual que la última vez, sólo había ido a verlo para hablarle de Erika y todo lo demás no eran sino excusas. Como siempre, Fignon sabía mucho más de lo que aparentaba. Y Navarro ya tenía ganas de perderlo de vista.

—Pero no —continuó Fignon—. No hace falta que te pongas tan serio. En realidad, ya no tenemos motivos para desconfiar de ella. Aunque tampoco te voy a negar, porque además estoy seguro de que lo sabes, que hemos seguido manteniendo la vigilancia sobre vosotros durante un tiempo. Poco después de que estuvieseis en España, Erika Walter dejó Salzburgo y se vino a vivir contigo a París. Quizá haya sido la mejor manera de romper con su vida anterior. Y, aunque no te lo creas, nos alegramos mucho por ti. Nos gusta verte feliz. Nos gusta verte al lado de una mujer después de haberte pasado toda la vida solo. Por cierto, ¿dónde está ella hoy? Cuando venía a buscarte pensé que la encontraría contigo. ¿Sabes? Me gustaría conocerla.

No porque estuviera seguro de que antes o después Fignon le preguntaría por Erika fue menos doloroso. Igual que un mazazo. Como un puñal en el pecho. Si acaso, la única razón por la que Fignon había ido a verlo otra vez era ésa. O la más importante. Erika se había marchado. No le dio explicaciones. Navarro tampoco se las pidió. Cinco días antes ella hizo una pequeña maleta y le dijo que tenía que ir a Madrid. No será mucho

tiempo, le explicó. A Navarro no le sorprendió. Tenía el convencimiento de que antes o después sucedería. Los cabos sueltos al final terminan por dar la cara. Nunca tuvieron esa conversación pendiente. Y desde que regresaron de España no hubo un solo día que Martín Navarro no se preguntase cuándo volvería el pasado a sacudir sus vidas. Sólo te pido que confíes en mí, le dijo Erika antes de marcharse. Que confíes en mí una vez más. Se lo dijo como si fuera posible. Se lo dijo como si fuera imposible. Lo besó en los labios. Parecía la última vez. Parecía la primera.

No quiso contestarle a Fignon. Para qué. Navarro embutió las manos en los bolsillos del abrigo y mantuvo la mirada en las tumbas, ausente. Lo privaría de la satisfacción de contarle sus dudas sobre Erika. Además, Fignon y él ni siquiera eran amigos. Ya no.

—Se hace tarde —le dijo—. Tengo que marcharme ya.

Antes de irse lo miró por última vez. El otro intentaba ver dentro de él, pero Navarro se había empeñado en no mostrar ninguna emoción. Fignon le tendía la mano. Como despedida o como prueba de su buena voluntad.

Navarro se la estrechó.

—Piénsatelo.

—Pensarme el qué.

—Seguir trabajando para nosotros. Volver a ser un hombre importante en el Partido.

Navarro cerró los ojos y asintió, por compromiso. Pero ambos sabían que eso no sucedería. Tal vez aquélla fuera la última vez que iban a verse. Ya le había dado la espalda y se alejaba, hundiendo los zapatos en el manto de hojas que alfombraban el cementerio. Estaba seguro de que Fignon no se había movido y no dejaba de mirarlo, quizá preguntándose si se había guardado tantas cosas dentro que a lo mejor no le iba a quedar más remedio que seguir vigilándolo en el futuro, el tiempo que hiciera falta hasta averiguar la verdad, lo que había pasado y los del Partido no terminaban de comprender por más vueltas que le daban: por qué los nazis no los habían matado en España, por qué Erika se había marchado otra vez y, sobre todo, por qué el capitán Martín Navarro, que había vuelto a quedarse solo, prefería callarse con la indiferencia del que está ya muy cansado de pelear

sin llevarse al menos la satisfacción de una pequeña victoria. Pero el capitán Martín Navarro no le iba a contar a Fignon ni a nadie que desde que Erika se fue pasaba las horas mirando por la ventana de su apartamento el reflejo de los últimos rayos del sol sobre las lápidas de Montparnasse, esperando su regreso.

Capítulo 24

La mano del ángel

No es que la capacidad de perdonar fuese una de sus virtudes, aunque tampoco era rencoroso, pero qué curioso: a medida que Robert Bishop se acercaba, la única sensación que le provocaba era la indiferencia. Gregorio León se preguntó si aún debería sentir las mismas ganas de romperle la cara que cuando regresó a Madrid después de haber visto la muerte tan cerca en Sevilla.

Miró la mano que le tendía, de pie, y aún tardó un segundo en estrechársela.

—Cuánto tiempo —le dijo, estirando el brazo para corresponder a su saludo.

—Me alegro de verte —contestó Bishop—. ¿Te importa si me siento un momento contigo?

Gregorio se encogió de hombros.

—Me da lo mismo, sinceramente.

—Llevo unos cuantos meses fuera —le aclaró el americano—. He vuelto a España y quería hablar contigo.

—Supongo que debería sentirme halagado...

Cuando llegó el camarero, Bishop le pidió lo mismo que estaba tomando Gregorio.

—Llevaba unos cuantos meses fuera, te decía, pero ha sido al leer el periódico esta mañana cuando se me ha ocurrido que por fin había llegado el momento de vernos.

—Ya...

Robert Bishop pasó las páginas del *ABC* buscando la que quería enseñarle. Cuando la encontró, dejó el diario abierto sobre la mesa.

—Hace dos días encontraron muerto a Rogelio Bejarano en su casa —le dijo, señalando el titular de la noticia, a media página, en la sección de sucesos.

—Vaya —contestó Gregorio, después de beber un trago de cerveza—. No me había enterado.

—Parece que lo han matado. Un disparo en la cabeza y otro en el pecho, con silenciador. Ningún vecino oyó nada ni vio a nadie. El trabajo de un profesional, sin duda.

—Cualquiera sabe...

—Era de esperar, ¿no? Bejarano era un traidor. Los de tu Partido se la tenían jurada y, después de lo que pasó con el capitán Navarro y contigo, estaba sentenciado. No resulta muy apropiado que un comunista haga negocios con los nazis.

—Hace mucho que no tengo relación con la gente del Partido. Si han encontrado muerto a Rogelio Bejarano, qué quieres que te diga. No es asunto mío.

Bishop asintió, escéptico, y volvió la cara hacia la pequeña iglesia, al otro lado de la plaza. Dos monjas enlutadas pasaban por la puerta, y un grupo de feligreses cruzaba el arco de la entrada para asistir a misa de ocho.

—Así que ya no eres rojo... —le dijo al periodista, cuando volvió a enfrentar sus ojos.

—Apenas tengo relación con el Partido —repitió Gregorio—. Eso es todo. Si soy rojo, blanco o azul, no es asunto tuyo. Y, si quieres saber qué me parece que se hayan cargado a Rogelio Bejarano, no te voy a negar que no me disgusta su muerte. Pero si piensas que yo he tenido algo que ver, estás equivocado.

—Tranquilo, que no te estoy acusando de nada. Respecto a la muerte de Rogelio Bejarano, estamos de acuerdo. Yo también pienso que el mundo ahora es un poco más respirable. Y lo raro es que tus camaradas no se hayan encargado de él antes.

—¿Qué estás haciendo en Madrid?

Robert Bishop vació casi medio vaso de cerveza de una vez, como si necesitase aclararse la garganta a conciencia antes de contestar a su pregunta.

—Verás, Gregorio. Llevo muchos meses dándole vueltas a lo que pasó en enero. No puedo dejar de pensar en ello. Me obsesiona hasta el punto de quitarme el sueño, y siempre llego a la misma conclusión. Tal vez me equivoqué en algo entonces, pero eso no es lo peor. En el rompecabezas siempre falta una pieza, y hasta que no la encuentre, estoy seguro de que no podré resolverlo.

—No sé en qué puedo ayudarte. Ya te conté en su momento lo que sucedió. ¿Hablaste con Mercedes Corrientes?

—Fui a su casa dos veces antes de marcharme de Madrid, pero no quiso recibirme.

—Me cuesta creer que un espía americano no pueda arreglárselas para hablar con ella. Me extraña mucho, la verdad.

—No somos tan poderosos como imaginas. Y aunque Mercedes Corrientes me podría aclarar bastantes cosas, cada vez estoy más convencido de que hablar con ella tampoco me va a posibilitar detener a Mundt y a Becker.

—Pero al menos así podrías saciar tu curiosidad.

Bishop asintió. Las campanas de la iglesia de San Andrés comenzaron a repicar, con alegría, como en una mañana de domingo o en una boda de postín. Esperó unos segundos, hasta que el ruido cesó, para seguir hablando.

—¿Y tú? —le preguntó—. ¿No sientes curiosidad?

—No te niego que un poco sí, pero estoy seguro de que mucha menos que tú. Lo que a mí me concierne se va resolviendo. —Señaló con los ojos la página del periódico que contaba la muerte de Rogelio Bejarano—. Según me han contado, Navarro está bien, y los del Partido no han vuelto a

molestarlo. Su nombre ahora está limpio. Se ha hecho justicia. Yo sigo con mi vida, y las cosas me van razonablemente bien. Desde luego, no me gusta que haya unos cuantos nazis sueltos, y mucho menos que estén en Madrid, pero ésa no es mi guerra. Me disgusta todavía más que tu gobierno haya apoyado la entrada de España en las Naciones Unidas. Eso legitima a Franco. Y medio país lleva más de diez años agachando la cabeza mientras miles de españoles se pudren de tristeza en el exilio. Pienso en ello y, sinceramente, preocuparme de que haya unos cuantos nazis viviendo cómodamente en España incluso llega a resultar ridículo.

—Quién sabe. A lo mejor, que España empiece a ser aceptada en los organismos internacionales, a la larga puede resultar positivo para vosotros.

Gregorio León negó con la cabeza, rotundo.

—No digas tonterías. Además, no intentes convencerme de que te preocupas por nosotros.

Tuvo que levantar la voz para terminar la frase porque las campanas volvieron a sonar, más fuerte esta vez. Las palomas que picoteaban en el suelo de la plaza echaron a volar espantadas.

—Si quieres detener a Mundt y a Becker —le dijo, en voz alta, sin ocultar su malestar por el repique de campanas—, habla con Mercedes Corrientes.

—Ya te he dicho que lo he intentado —respondió el americano, aprovechando otra pausa en el campaneo—. Incluso le pedí a Artemio Corona que hablase con ella, pero me contó que no pudo averiguar nada.

—Por lo poco que la conocí, Mercedes Corrientes me pareció cualquier cosa menos una mujer torpe o estúpida. Y, aunque me cueste reconocerlo, de no ser por ella, seguramente ahora mismo no podrías estar hablando conmigo.

Gregorio León se calló, disgustado. El tañer de campanas apenas lo dejaba hablar.

—Si lo llego a saber, hubiera ido a otro bar —protestó, volviéndose hacia la iglesia, con evidente desagrado, y luego miró a Bishop—. Dices que no has podido hablar con ella. No me extraña. Mercedes Corrientes no me parece la clase de persona a la que se pueda obligar a hacer lo que no le

apetezca. —Gregorio no disimuló una sonrisa—. La gente rica y poderosa acostumbra a hacer lo que le da la gana. Pero si ni siquiera Artemio Corona, que parecía conocerla bien, ha conseguido sacarle nada, lamento decirte que no creo que tú vayas a conseguirlo.

Robert Bishop se quedó mirándolo. Gregorio León no supo si le estaba dando la razón o no. Pero enseguida se dio cuenta de su intención. El americano siempre iba más allá. Cayese quien cayese.

—No, Bishop —le dijo—. No cuentes conmigo. Yo ya hice lo que tenía que hacer. Incluso mucho más de lo que me correspondía. No me pidas que hable con Mercedes. Ya te lo he dicho antes. No es mi guerra.

El agente norteamericano estaba a punto de replicar, pero apenas había abierto la boca cuando las campanas de la iglesia empezaron a tocar otra vez. Resopló, contrariado, y esperó a que el ruido cesara.

—Tienes razón —le dijo, por fin—. Deberías haber buscado otra terraza para sentarte.

Gregorio sonrió, con resignación.

—En este país hay iglesias por todas partes. Es muy difícil estar sentado en un bar y no ver pasar enseguida un cura, una monja o un grupo de beatas rezando el rosario o camino de misa. O que de pronto empiecen a repicar las campanas de una iglesia y ya no puedas hablar. Es lo que hace diferente a esta dictadura. Y no te digo nada que tú no sepas. En España los curas mandan, y mucho. Y a dondequiera que vayas no puedes evitar oír campanas.

El americano asintió. A Gregorio no le faltaba razón. Y él había pasado en Madrid el tiempo suficiente como para haber llegado a la misma conclusión que el periodista.

—He estado todo el día buscándote, pero no he podido localizarte hasta ahora —le dijo, por decirle algo.

—No te habrás esforzado lo bastante. Mis rutinas no han cambiado. Sigo haciendo las mismas cosas de siempre.

Bishop volvió a mirar la iglesia. Las campanas se habían callado y las palomas habían vuelto a la acera. Cada vez le costaba más concentrarse en

la conversación con el periodista. Su mente estaba lejos de allí, y no podía dominarla. Pensaba en otra cosa antes incluso de ser consciente de ello.

—A mí no me parece que seas el mismo de antes, Gregorio —le dijo, sin embargo.

—Supongo que uno aprende a medida que se desengaña —contestó el periodista, terminándose la cerveza—. Se me hace tarde, conque, si no te importa, voy a tener que marcharme.

Bishop asintió.

—Te espera esa chica, ¿verdad?

Gregorio suspiró, incómodo. Que el americano lo tuviera vigilado entraba dentro de lo previsible. No podría evitarlo aunque quisiera. Pero eso podía incluso llegar a entenderlo. Y recriminándose no conseguiría nada. Aunque, a estas alturas, no iba a privarse de clavarle un dardo o buscarle las cosquillas.

—Llega un momento en el que uno ha de escoger un motivo por el que luchar. Y una mujer no es una mala causa. Si merece la pena, es mucho mejor pelear y jugarse la vida por ella que por unas ideas que al final no son más que papel mojado. El capitán Navarro tomó esa decisión hace mucho tiempo, y no me cabe duda de que acertó. Quizá tú también deberías plantearte si no harías mejor buscando una buena mujer en lugar de malgastar tu vida persiguiendo fantasmas.

Robert Bishop prefirió no contarle que hacía más de una semana que Erika Walter había hecho las maletas y abandonado el apartamento de Martín Navarro en París. Tampoco se ofendió por las últimas palabras de Gregorio, entre otras cosas porque, aunque había procurado escuchar atentamente lo que le había dicho, su mente seguía en otro sitio. Y no iba a dejar de decírselo. Estaba empezando a obsesionarse.

—¿Adónde crees que pudo ir Mercedes Corrientes aquella mañana que os salvó la vida? —le preguntó, alzando la voz por encima de las campanas que habían vuelto a adueñarse de la plaza.

Gregorio León levantó una ceja, un signo de interrogación ante el quiebro del americano.

—No tengo ni la más remota idea —respondió, levantándose. Le tendió una mano, pero para Bishop era como si ya se hubiera quedado solo—. Tengo que marcharme.

—Yo creo que sí sé dónde estuvo —le oyó decir, cuando le estrechó la mano, sin mucho entusiasmo, casi por compromiso, sin levantarse siquiera de la silla. Gregorio vio que le brillaban los ojos al decírselo—. Cada vez estoy más convencido.

Pero no se iba a quedar para preguntárselo. Lo que se le hubiera ocurrido al americano ya no era de su incumbencia. No quería que fuera de su incumbencia. Pensó que, cuanto más lejos estuviera de Robert Bishop, sería mucho mejor para él. Antes de doblar la esquina se volvió para mirarlo por última vez, sentado junto a dos vasos vacíos, el ceño fruncido, la mirada perdida, concentrado en encontrar una explicación a algo que quizá no pudiera explicarse. Él no quería terminar así, solo y obsesionado por encontrar fantasmas. Encendió un pitillo y apretó el paso. Pronto oscurecería, y tenía muchas ganas de ver a Marina.

A Robert Bishop la noche lo sorprendió plantado delante del edificio del barrio de Salamanca donde vivía Mercedes Corrientes. El portero no le había dejado pasar de la entrada, después de decirle que doña Mercedes había salido por la tarde y todavía no había regresado. Tampoco sabía si lo haría. Al menos estaba en Madrid y, si no volvía esa noche, Bishop ya había decidido coger un coche o subir a un tren para intentar verla en su finca sevillana. Pero esa noche estaba de suerte, o es que a lo mejor el dicho ese estaba en lo cierto y a la tercera iba la vencida. Buena fortuna o casualidad, la cuestión es que, diez minutos antes de las diez, el Rolls Royce aparcó delante del edificio y, sin apagar el motor, el chófer bajó para abrirle la puerta a la heredera de la banca Corrientes.

Bishop cruzó la calle, lo bastante rápido como para llegar a la entrada del edificio antes que Mercedes, pero no tanto como para que el chófer, que aún no había vuelto a subir al coche, pensara que no se acercaba con buenas intenciones y se interpusiera en su camino.

Los dos lo miraron: Mercedes Corrientes, con la misma indiferencia que dedicaría a un mendigo; su empleado, como un perro guardián que levanta

las orejas antes de gruñir y enseñar los dientes.

—Me gustaría hablar con usted —dijo, obviando la presencia y la cercanía del chófer pero sin perderlo de vista—. Mi nombre es Robert Bishop.

Mercedes Corrientes seguía mirándolo, en silencio. Pero no parecía dispuesta a quedarse en la acera a escuchar lo que tuviera que decirle.

—Trabajo para el gobierno de Estados Unidos —añadió—. Es la tercera vez que vengo a su casa, pero no he podido hablar con usted. Nunca ha querido recibirme...

—¿Y qué le hace pensar que ahora sí querré hacerlo?

Bishop vio con el rabillo del ojo que el chófer había dado un paso hacia él, y entonces se le antojó enorme, un gigante que no dudaría en sujetarlo por los brazos o darle un empujón si su jefa se lo ordenaba. Con un gesto le bastaría para ejercer de guardaespaldas.

—Tenemos algunos amigos comunes —respondió—. Me gustaría hablar de ellos con usted.

—¿Y qué amigos son éstos?

—Erika Walter, la viuda de Emil Liebermann. Estuve con ella en Madrid, en enero. Sé que ahora ha vuelto a España.

Mercedes Corrientes sopesó durante unos segundos la información que le había dado Bishop.

—Erika nunca me ha hablado de usted.

—Es importante que tengamos una conversación —replicó el americano inmediatamente, antes de que ella tuviese tiempo de volverle la espalda.

Pero Mercedes Corrientes no tenía interés en continuar con la conversación, o al menos no quería mostrar si lo tenía.

—Lo siento, pero no tenemos nada de que hablar.

Lo dijo y se dio la vuelta, como si Bishop nunca hubiera estado allí o al darle la espalda pudiera olvidarse de él para siempre.

Él no se lo pensó antes de dar un paso, y esperaba alcanzarla antes de que cruzase la puerta cuando una zarpa lo detuvo. Bishop primero miró la mano, y luego miró al chófer, despacio. La manaza era tan grande que le tapaba medio pecho, y la cara no dejaba el menor resquicio de duda en

cuanto a la firmeza de su intención. Con un movimiento rápido podría agarrarle la muñeca y girar el cuerpo para obligarlo a ponerse de rodillas o romperle algún hueso si se resistía. No era la primera vez que tenía que hacerlo, y con la habilidad y decisión adecuadas, no importaba lo grande que fuese el adversario para humillarlo y conseguir que llorase de dolor, como un niño pidiendo clemencia.

Pero no era el momento. Si le hacía daño a ese tipo perdería la oportunidad de hablar con Mercedes Corrientes. No sólo esa noche, sino para siempre. Aún tenía un naipe escondido en la manga, y aunque ni siquiera él mismo podría estar seguro de que no se trataba de un farol, era lo único que tenía. Y esperaba que, cuando pusiera las cartas sobre la mesa, Mercedes le permitiera hablar con ella.

—En realidad —le dijo, antes de que el chófer lo empujase—, que Erika Walter esté en Madrid o no es lo de menos. Lo importante es que yo también sé dónde está Emil Liebermann.

Mercedes Corrientes se detuvo. Aún no había entrado en el edificio, pero Bishop no le podía ver la cara.

—Emil Liebermann no murió ahogado en el puerto de Génova —añadió, por si acaso ella no lo había oído bien—. No hace falta que finja conmigo. Nunca hallaron su cuerpo. Está vivo. Ambos sabemos que lo que le estoy diciendo es verdad.

La mujer aún seguía de espaldas, y Bishop no era capaz de adivinar si finalmente seguiría su camino y ya nunca más podría hablar con ella, o si daría media vuelta y lo abofetearía. Esa mujer menuda que siempre vestía con ropas enlutadas era demasiado poderosa y demasiado inteligente como para asustarse, para preocuparse siquiera, por los desvaríos de un agente norteamericano. Pero cuando giró la cabeza, sin mover el cuerpo, y le dijo que subiera, como si le hablase al vacío, Bishop pensó aliviado que al menos había conseguido despertar su curiosidad.

El chófer no apartó la mano de su pecho hasta que su jefa cruzó la entrada y subió al ascensor. Sólo entonces se separó un poco de él y lo dejó

entrar.

—Puede subir ahora —le dijo, y en su voz había el mismo entusiasmo que si fuera a partirle la cara.

Robert Bishop entró en el bloque, sin entretenerse en protocolos. Conocía el camino. Ya había estado antes allí, y aunque no había sido capaz de pasar de la portería, sabía que Mercedes Corrientes vivía en la última planta.

Dos minutos y nueve pisos después, una criada uniformada lo esperaba en la puerta.

—Venga conmigo —le indicó, y Bishop la siguió hasta un salón que le recordó la sala de espera de la consulta de un médico. Estaba claro que Mercedes acostumbraba a recibir muchas visitas, y lo más seguro era que algunas tuvieran que esperar en ese salón mientras les llegaba el turno de la audiencia. El americano se preguntó cuánta gente habría estado sentada en el mismo sillón en el que él se había acomodado, aguardando el momento de ser escuchada, cuántos favores le habrían pedido a Mercedes Corrientes, y cuántos habría concedido ella, como un juez capaz de decidir sobre el futuro de los demás.

Le dijo a la criada que no le apetecía tomar nada, y unos pocos minutos después, la misma empleada le pidió que lo acompañase a otro salón más acogedor. Por la decoración y por los muebles se notaba que la dueña de la casa pasaba muchas horas allí: un lujoso piano de cola sobre una tarima de mármol, un sofá y dos sillones tapizados en piel, cornucopias de oro con velones intactos y un cuadro de la Virgen María que, hasta donde los conocimientos de Bishop alcanzaban, le pareció que había sido pintado por alguno de los espléndidos artistas españoles del Barroco: Valdés Leal, Zurbarán; Murillo tal vez. Mercedes Corrientes estaba sentada en uno de los sillones. A su lado, de un mueble sobresalía un aparato de radio fabricado en madera contrachapada, con botones dorados. A Bishop no le costó imaginarla sentada en ese mismo salón cada tarde, escuchando la radionovela.

—Le escucho —le dijo.

El americano todavía no se había sentado, y Mercedes le pidió que lo hiciera en el sillón frente al que ella ocupaba.

—Supongo que Erika Walter ya se ha marchado...

Mercedes Corrientes lo miró con suficiencia.

—¿Qué le hace pensar que Erika ha estado aquí?

—Hace diez días cogió un avión en París para venir a Madrid. Ustedes son muy amigas. Lo más lógico es pensar que se haya alojado en su casa. O al menos que le haya hecho una visita. —Bishop prefirió pasar por alto la vigilancia que sus hombres mantenían en la puerta del edificio. Aunque muy probablemente Mercedes lo sabía, lo mejor era no mencionarlo—. Pero quizá haya regresado ya a París.

—Ya hace varios días que Erika se marchó, sí. Pero será mejor que no se ande con rodeos. Usted no ha venido a mi casa para hablarme de Erika. O, mejor dicho, Erika no es lo que más le importa.

—Él también estuvo aquí, ¿verdad? —le preguntó Bishop. Mercedes Corrientes llevaba razón. Lo mejor era ir al grano. La mujer que había accedido a recibirlo podría cambiar de idea en cuanto se le antojase y echarlo de su casa.

—¿Quién estuvo aquí?

—Emil Liebermann. Mucha gente viene a su casa para pedirle favores. Usted es una mujer muy rica y con muchos contactos. A Emil Liebermann lo perseguían la justicia y sus socios. Yo en su lugar también habría venido a verla.

Mercedes Corrientes lo escuchaba, sin parpadear siquiera. La espalda recta en el sillón, igual que si estuviera sentada en el banco incómodo de una iglesia.

—Tiene usted mucha imaginación —le dijo.

Bishop negó con la cabeza.

—Sé que Erika estuvo aquí en enero para pedirle ayuda. Pero no podía saber, y estoy seguro de que usted tampoco se lo dijo, que su marido también había venido a su casa porque estaba desesperado. Claro que, cómo iba Erika a imaginarlo. Supongo que ella pensaba que estaba muerto, como lo pensábamos todos.

—¿Me está usted acusando de algo?

Bishop humilló los ojos. No tenía claro lo que debía responder. La Inmaculada colgada en la pared lo miraba, como esos retratos que, te pongas donde te pongas, parece que nunca te pierden de vista. De pronto le entraron ganas de tomar un café, y se arrepintió de no haber aceptado el ofrecimiento de la criada unos minutos antes. Pero ahora ya no era el momento de pedir nada.

—¿De qué serviría? —le preguntó—. Ya se lo he dicho. Tiene usted muchísimo dinero y le sobran contactos. No hay nada de lo que yo pueda acusarla. Y tampoco tengo pruebas. Usted es intocable.

Mercedes apoyó la espalda en el sillón, sólo un poco. Lo justo para poder mirarlo desde otro ángulo.

—Además de tener una gran imaginación, es muy exagerado.

—Qué va. Todo lo que le estoy diciendo tiene mucho sentido. Si Emil Liebermann estaba muerto, todos dejaríamos de buscarlo. Nosotros, Herbert Mundt y Alois Becker. Desaparecer fue una jugada inteligente. Pero usted también es amiga de Becker y de Mundt. ¿Por qué lo ayudó?

Mercedes Corrientes recuperó la posición vertical en el asiento. La espalda recta, como si estuviera en misa.

—Tengo muchos amigos. Erika también es mi amiga.

—Por eso resulta todo tan extraño. Es difícil saber de parte de quién está usted.

—¿Por qué está tan seguro de que Emil sigue vivo? ¿Y por qué piensa que yo le he prestado ayuda?

—Porque cada vez que intento resolver este rompecabezas, usted es la única pieza que nunca logro encajar. Y cuando la relaciono con Emil Liebermann, todo empieza a tener sentido. Está detrás de todos los implicados en la trama, y ninguna de las otras piezas del rompecabezas se sostiene sin usted.

Mercedes Corrientes cruzó las manos, entrelazando los dedos. Apuntó un gesto que podría interpretarse como una sonrisa.

—Vaya —dijo—. Tal vez debería tomarme sus palabras como un cumplido.

—Yo creo que no. Los tipos como Herbert Mundt y Alois Becker deberían responder de sus actos ante un tribunal.

—No creo que haya venido usted a mi casa con la intención de darme lecciones de moralidad.

El tono neutro de la voz de Mercedes no le restaba contundencia a su argumento. No tenía por qué hablar con Bishop si no le apetecía. Y a él le convenía andarse con mucho tacto si no quería que la criada lo acompañase a la salida. Optó por repetir la pregunta que ella había dejado antes sin responder.

—Me gustaría saber de parte de quién está usted.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Los dos sabemos que los intereses de Erika Walter, Emil Liebermann y sus socios alemanes de Madrid no eran los mismos. Y ni Alois Becker ni Herbert Mundt habrían tenido reparos en acabar con la vida del marido de Erika, o con la de ella o la de cualquiera capaz de estropear sus planes. Sin embargo, parece que todos han recibido su bendición y, de alguna manera, las tres partes han salido beneficiadas de su amistad. Lo que, para haber estado a punto de matarse entre ellos, no está nada mal. Quizá debería usted ir pensando en dedicarse a la diplomacia en lugar de a las finanzas.

Mercedes asintió, y esta vez sonrió abiertamente.

—Me sobreestima usted —le dijo—. Pero, aunque se empeñe en negarlo, también me da la sensación de que está tratando de halagarme.

—Dígame. ¿De parte de quién está?

Pero Mercedes también prefirió repetir una pregunta que ya le había hecho antes.

—¿Por qué está tan seguro de que Emil Liebermann no está muerto?

Bishop se inclinó en el sillón y la miró a los ojos. Otra vez se acordó del café que tenía que haber aceptado. Pero le seguía pareciendo inoportuno pedirlo. Ahora le sonreía, pero Mercedes Corrientes podría terminar con aquel juego dialéctico en cuanto le diera la gana.

—Porque si no estuviera vivo, usted no podría haber hablado con él para convencer a sus socios de que dejaran a Erika Walter en paz. Becker y Mundt se jugaban mucho, y estoy seguro de que son de los que no se rinden

hasta haber disparado el último cartucho. Usted tenía que haberles dado a cambio algo que quisieran de verdad. Y no creo que ahora mismo haya en el mundo nada que les interese más que el tesoro de Emil Liebermann. Pero sobre todo, porque Erika Walter ha vuelto a España. No puedo saber cuándo se enteró ella de que su marido estaba vivo. Si siempre estuvo al corriente de que su muerte no fue más que una farsa bien urdida o se enteró hace nueve meses. Pero me inclino a creer que lo ha sabido hace muy poco y por eso ha venido.

—¿Le apetece tomar algo? —le preguntó Mercedes. Parecía gustarle cambiar de tema o hacer pausas en la conversación a su antojo. Pero Robert Bishop había llegado a un punto en el que sería capaz de matar por un café.

Cuando le dijo que sí, ella aprovechó para salir del salón y darle instrucciones a la doncella. El americano tuvo la certeza de que Mercedes también quería aprovechar ese momento para pensar a solas sobre lo que le había dicho. Regresó pocos minutos después, acompañada de la criada y una bandeja.

—Yo soy incapaz de tomar café a esta hora —le dijo, al mismo tiempo que cogía un vaso de leche y una galleta de una cajita metálica—. Me cuesta conciliar el sueño. Admiro a la gente que es capaz de tomar un café a cualquier hora y luego dormir a pierna suelta.

Bishop dio un sorbo a la taza de líquido oscuro. Estaba rico. Él tampoco dormía bien, pero no iba a contárselo. En lugar de eso, la miró, dispuesto a reanudar la conversación que habían dejado inconclusa. Esperaba que a Mercedes también le apeteciera seguir hablando.

—Yo también estuve en su finca aquel día. Me quedé en la carretera esperando mientras Gregorio León entraba para intentar ayudar a su amigo, el amante de Erika.

—No tengo duda de que usted calla más de lo que dice. Si no, no habría venido a mi casa para hacerme partícipe de sus sospechas.

—Sus amigos alemanes estuvieron a punto de matar al periodista, y también al capitán Navarro. Incluso habrían matado a Erika si hubiera sido necesario, aunque usted no quiera reconocerlo. Ese día salió de la finca y volvió al cabo de varias horas. Luego, Mundt, Becker y sus sicarios se

marcharon, como si no hubiera pasado nada. Pero lo más interesante es que no volvieron a molestar ni a Erika, ni a Navarro ni a Gregorio León. Y no han vuelto a molestarlos. Al menos que yo sepa.

—Quizá mis amigos alemanes no sean tan malos como usted piensa.

—No. No es eso. Y no creo que deba intentar convencerla de quiénes son sus amigos. Usted misma lo ha dicho antes. Yo no he venido a su casa para darle ninguna lección de moralidad. Y también sé que no me va a contar nada que usted no quiera. No tiene por qué hacerlo, y yo no puedo obligarla. Pero estoy convencido de que en esas horas que estuvo fuera de la finca está la clave de todo.

Mercedes Corrientes volvió a acomodar la espalda en el sillón. Cruzó las manos sobre el regazo. Bishop pensó que sería la misma postura en la que escuchaba el serial radiofónico cada tarde.

—¿Y qué supone usted que hice?

—Eso es lo que me gustaría que me contara. Para eso he venido a verla. Mercedes se inclinó hacia él, mirándolo también a los ojos.

—Pues a mí me apetece justo lo contrario. Que me lo cuente usted.

A Robert Bishop no le apeteecía jugar. Pero no le iba a quedar más remedio que aceptar las condiciones de su anfitriona si no quería arriesgarse a que terminara el juego. Bailar al son que ella tocara.

—Dígame dónde cree que estuve —insistió Mercedes—. Le aseguro que me interesará mucho escucharlo.

—No muy lejos de su finca hay una iglesia.

—No sólo una. Hay unas cuantas.

—Me refiero a un monasterio.

Mercedes seguía inclinada en la misma postura. Su interés por escuchar a Bishop no parecía sino hacerse más grande a cada momento que pasaba.

—Ya... —dijo.

—El monasterio de San Lorenzo. Se puede ver desde la carretera.

—Sé cuál es.

—Estoy seguro de que usted estuvo allí aquel día. Conoce al abad. Su familia tiene una relación muy estrecha con los monjes desde hace muchos años.

A Bishop le hubiera gustado que ella le confirmase sus sospechas, pero Mercedes seguía mirándolo, dispuesta a escuchar su versión de lo que pasó.

—Fueron cuatro horas las que estuvo fuera de la finca. Cuatro horas mientras en su casa había unos nazis que estarían encantados de arrancarles las uñas o electrocutar a sus invitados. Usted no se habría marchado de allí si no hubiera sido por un motivo muy importante. Y Mundt y Becker tampoco se habrían ido esa misma tarde si no les hubiera dado una razón de peso. La respuesta es tan sencilla que, cuando pienso en ello, me queda la sensación de haber sido un estúpido por no haberme dado cuenta entonces. La iglesia tiene un poder inmenso en este país. —Señaló con la mano el cuadro de la Virgen y el cofrecito de plata abierto junto a la bandeja, donde se podía ver un rosario—. No quiero ser irrespetuoso. No me malinterprete. Pero ésa es la realidad. Emil Liebermann estaba vivo y se escondía en el monasterio de San Lorenzo. No sé cuánto tiempo llevaba allí, y tampoco sé si seguirá allí todavía, aunque lo dudo. Pero sí estoy convencido de que aquel día usted fue a verlo. No debió de resultar sencillo convencerlo, porque, si no, no habría tardado tantas horas en volver, y el resultado de aquella entrevista fue que Becker y Mundt se marcharon de su casa.

Cuando Bishop terminó de hablar, Mercedes ya había vuelto a apoyar la espalda en el sillón.

—Tiene usted una imaginación desbordante. Digna de un novelista. Quizá yo debería dejar las finanzas para ejercer la carrera diplomática... Pero usted tendría un gran futuro escribiendo seriales para la radio. —Lo dijo sonriendo, pero enseguida se puso tan seria que Bishop temió que ya hubiera dado por terminada la conversación—. ¿Qué se supone? ¿Qué unos monjes benedictinos han estado protegiendo a un fugitivo?

—Yo no he dicho eso.

—Pues es lo que me ha parecido entender.

—Los curas no tenían por qué saber quién era el hombre al que habían acogido en el monasterio. Ellos estarían dispuestos a hacer casi cualquier cosa que usted les pidiese. No creo que le hicieran demasiadas preguntas a una benefactora tan generosa.

—Según me contaron, Emil tenía escondido un tesoro fabuloso. Si eso es verdad, él mismo podría haber comprado muchas voluntades sin tener que recurrir a mí, y mucho menos a los monjes de San Lorenzo. Me dice usted que no me está acusando, pero yo creo que sí lo está haciendo, o que lo está intentando al menos. Pero lo peor, y eso ya no me gusta nada, y le advierto que no lo voy a consentir, es que también se atreva a lanzar una sombra de sospecha sobre los monjes.

Robert Bishop levantó las manos, conciliador.

—Espere, espere. No se trata de acusar a nadie. Yo ya he perdido la esperanza de atrapar a Emil Liebermann. Y, créame, no es un plato de buen gusto después de haber estado trabajando durante tanto tiempo en este asunto. Pero me gustaría tener al menos la satisfacción de enterarme de lo que ha pasado. Le digo que, muy probablemente, los monjes de San Lorenzo no supieran quién era Emil, y que, al acogerlo, tan sólo le estaban haciendo un favor a una persona a la que conocen de toda la vida. Y también estoy seguro de dos cosas. La primera, que Emil Liebermann nunca les habló a los monjes del oro que tenía escondido, y que usted tampoco supo nada del tesoro hasta que alguno de sus amigos alemanes vino a contárselo cuando Erika se presentó en Madrid. Pero mi segunda certeza, y, por favor, no se ofenda si se lo digo, es que ahora mismo usted sí sabe dónde están escondidos los lingotes de oro. No me extrañaría que convenciera a Emil aquel día para que se lo revelase, y es la única razón por la que se me ocurre que sus socios aceptarían marcharse de su casa con las manos vacías.

Mercedes Corrientes soltó una carcajada mecánica, alambicada.

—¿Está usted insinuando que entre todos nos hemos repartido el tesoro? De verdad le digo que cada vez me asombra más su inventiva.

—Ni mucho menos. Y no porque a usted quinientos lingotes de oro no consigan deslumbrarla, sino porque es una mujer honesta y estoy seguro de que sería incapaz de tocar un dinero que no es suyo o ha sido robado a víctimas inocentes. Como comprenderá, tenemos bajo vigilancia a Becker y a Mundt. No me importa decírselo porque estoy seguro de que ellos también lo saben. Tal vez no podamos atraparlos nunca, pero no estoy

dispuesto a dejarlos disfrutar de esa fortuna sin que nos enteremos, y le prometo que ésa será su perdición.

—O a lo mejor dentro de muchos años alguien encuentra un tesoro escondido, como en las películas, y se pregunta a quién perteneció. Como ve, a mí tampoco me falta imaginación.

Bishop movió la cabeza. No estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

—No creo que eso suceda. Antes me inclino a pensar que Emil Liebermann y usted acordaron aquel día que una parte del dinero, y probablemente una parte muy sustanciosa, llegase de alguna manera a los curas de San Lorenzo para obras de caridad. Usted es la propietaria de un banco. Seguro que conoce muchas formas de distribuir una fortuna como ésa por los cauces más adecuados y discretos. Pero, descuide, no se lo voy a preguntar, principalmente porque sé que no me lo va a contar. Igual que tampoco va a decirme dónde está Emil Liebermann. Es posible que Erika Walter haya venido a España porque a su marido le ha llegado el momento de marcharse. Y usted no querría guardarse un secreto como ése para siempre. Al menos Erika tendría que saber la verdad. Decidir ella misma si querría verlo por última vez o incluso marcharse con él al extranjero.

Robert Bishop se quedó callado, mirándola. Mercedes también lo miraba, en silencio, la cabeza apoyada en el sillón, los ojos un poco entornados, como si ya fuera muy tarde y estuviera a punto de rendirla el sueño.

—Y eso es todo —concluyó el americano—. Ojalá me dijera usted si llevo razón o no.

Mercedes Corrientes apuró la leche, despacio, sin dejar de mirar a Bishop.

—¿Ha leído usted la Biblia? —le preguntó, al dejar el vaso sobre la mesa.

El americano asintió.

—San Mateo. Capítulo seis, versículos uno al cuatro.

—Me temo que no la he leído tantas veces...

—No se preocupe. Yo sí la leo, continuamente. Y me sé de memoria muchas partes. «Cuidad de no practicar vuestra justicia al lado de los

hombres con el objeto de ser mirados por ellos. De otra manera, no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial. Cuando, pues, haces limosna, no toques la bocina delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser glorificados por los hombres; en verdad os digo, ya tienen su paga. Tú, al contrario, cuando haces limosna, que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha, para que tu limosna quede oculta, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará». —Mercedes Corrientes hizo la señal de la cruz al terminar—. Seguro que lo ha escuchado alguna vez.

—Por supuesto que sí.

—Me ha preguntado de parte de quién estoy.

—Así es.

—En ese párrafo de la Biblia está la respuesta.

Bishop frunció el ceño. Como cualquier libro, la Biblia podría interpretarse de muchas maneras.

—Esa frase puede significar tantas cosas... —le contestó.

—Lo que quiero decirle es que yo estoy de parte de todos. Estoy con Erika, pero también con mis amigos alemanes. Y, si me esfuerzo, también puedo ponerme del lado de Martín Navarro o del joven periodista amigo suyo. Incluso puedo llegar a entenderlo a usted. Me gustaría explicarle que no me cuesta demasiado ponerme en el lugar de los demás para comprender los motivos que los empujan a comportarse de una manera determinada.

—Que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha —repitió Bishop, como si le hablase al vacío.

—Tengo mucho dinero. Usted lo sabe, y yo pecaría de falsa modestia si quisiera darle a entender lo contrario. Pero también creo firmemente en Dios. —Mercedes se persignó otra vez, despacio, por haber pronunciado el nombre de Dios en vano o anticipándose a lo siguiente que iba a decir—. Mis padres murieron hace muchos años, no tengo familia y no parece que vaya a tenerla nunca. No me quejo. El Señor nos ha asignado a cada uno un papel en la vida, y a mí me ha tocado ayudar a los demás, procurando hacer el bien a todo el que necesite algo de mí. Puede que Herbert Mundt y Alois Becker no se hayan portado todo lo bien que deberían, pero son buenas personas, además de muy amigos míos. Siempre que pueda echarles una

mano estaré a su lado si ayudándolos no perjudico a nadie. Y lo mismo me pasa con Erika. Incluso con su amante comunista, ya se lo he dicho. Cuando alguien acude a mí, si creo que de verdad necesita ayuda y puedo hacerle un favor, procuro no mirar sus ideas políticas. Y, también, si lo que quiere es saber si habría ayudado a Emil si él me lo hubiera pedido, le diré que sí. Por supuesto que sí.

—A mí no me ha querido ayudar...

—Sí que lo he hecho —le contestó, antes incluso de que hubiera terminado la frase—. Sí que lo he hecho. Podría no haberlo dejado entrar en mi casa y, sin embargo, aquí me tiene, hablando con usted. Con usted —recalcó, señalándolo—, que su intención es poner a mis amigos delante de un tribunal.

Robert Bishop podría decirle otra vez que Mundt y Becker eran dos nazis que merecían purgar por su pasado, pero estaba convencido de que Mercedes Corrientes enseguida replicaría que el capitán Navarro también había matado a gente, durante la guerra, o después, por cuenta del Partido. ¿Acaso los hombres como Martín Navarro merecen ser perdonados y mis amigos alemanes no tienen ese derecho? Mercedes le diría eso, y Bishop no tenía ganas de discutir con ella. No serviría de nada. Y quizá, aunque fuese de una manera retorcida, a ella no le faltase algo de razón.

El americano se levantó. Estaba claro que Mercedes Corrientes ya no le diría nada más. Le dio las gracias por su amabilidad, y después de bajar en el ascensor pensó que el portero del edificio lo miraba con cara de pocos amigos. Al chófer no lo vio, pero estaba seguro de que no andaría muy lejos, por si su jefa necesitaba que subiera a su casa para terminar de convencerlo de que se marchara. Cruzó la calle, y antes de seguir su camino no pudo evitar levantar la cabeza y mirar la ventana del salón donde acababa de estar. Aún había una luz encendida, y no era imposible que Mercedes estuviera observando sus movimientos tras los visillos. Que tu mano izquierda no se entere de lo que hace la derecha, murmuró. Así que era eso. Parecía claro que, aunque a su manera, Mercedes Corrientes también lo había ayudado a él. No había querido revelar nada, pero tampoco había desmentido con rotundidad sus sospechas. Y, al cabo, la

mujer madura y profundamente religiosa se le antojaba una especie de ángel oscuro, un subalterno de Dios con la habilidad necesaria para mover los hilos desde la sombra, ayudando a unos y a otros según considerase, como si el salón de su casa donde recibía a las visitas fuese una sucursal del cielo y su mano derecha se preocupase de tocar a Dios mientras la izquierda se esforzaba en mantener a raya al Diablo. Robert Bishop pensó que, visto desde la última planta de ese edificio tan lujoso, para Mercedes Corrientes el mundo podía ser como una especie de escenario en el que disponer a su antojo unas figuras de barro. Y el último de los avatares era él. Estaba seguro de que Mercedes sabía cuál sería el siguiente paso que daría porque acababa de señalarle el camino, mas no le preocupaba. Alguien que está convencido de colocar las piezas en un tablero siguiendo los dictados de un ser superior no ha de molestarse por esos detalles sin importancia.

Al día siguiente, muy temprano, todavía no había amanecido, Bishop enfiló la carretera de Andalucía. La cuestión era saber dónde estaba Erika Walter. Resultaba obvio que no se encontraba en Madrid. Al menos no en el piso de Mercedes Corrientes. Aunque aquélla era una posibilidad, ni siquiera se iba a molestar en contemplarla. No tenía sentido que la amante del capitán Navarro hubiera volado a España para encerrarse en Madrid durante cuatro días. Estaba claro que había abandonado el edificio sin que sus hombres se dieran cuenta. Mercedes Corrientes tenía toda una flota de coches a su disposición, y Erika Walter podía haber salido directamente desde el garaje, a lo mejor escondida dentro un maletero amplio mientras un empleado de su amiga la llevaba a donde hiciera falta. Y era el destino de Erika lo que desembocaba en la cuestión más importante: ¿por qué había dejado de pronto el apartamento del capitán Navarro en París para ir a Madrid otra vez? ¿Qué sentido tenía ponerse en peligro? Por mucho poder que tuviese Mercedes Corrientes siempre había un riesgo al viajar a España. Becker y Mundt podrían ponerse nerviosos y a lo mejor querrían volver a interrogarla sobre el oro que les había robado Emil. Incluso los camaradas de Martín Navarro podrían utilizarla para tenderle una trampa a él. Por más

vueltas que le daba, a Robert Bishop sólo se le ocurría un motivo por el que Erika Walter se hubiera arriesgado a volver a España, y ése no era otro que haberse enterado de que su marido estaba vivo. El americano estaba seguro de que Erika no lo había sabido hasta entonces, y también estaba convencido de que a él se le había escapado Emil Liebermann por sólo unos días. A pesar de estar seguro de no encontrarlo, no había podido resistir el impulso de emprender camino hacia el sur. Probablemente Erika Walter había hecho lo mismo que él muy pocos días antes, tal vez acomodada en el amplio asiento trasero de uno de los lujosos coches de Mercedes Corrientes o sentada en un vagón de primera clase del expreso de Andalucía. La razón era lo de menos: que hubiera olvidado para siempre al capitán Navarro porque al enterarse de repente de que su marido estaba vivo, se hubiera dado cuenta de que aún seguía enamorada de él y había decidido acompañarlo a dondequiera que fuese; o a lo mejor sólo quería verlo por última vez, para despedirse o para decirle cara a cara cuánto había sufrido por su culpa. Era imposible saber con certeza las motivaciones de nadie. Y, en realidad, a Bishop le daba lo mismo, pero al volver a España Erika le había dado la última prueba que necesitaba sobre el paradero de Emil.

Diez horas más tarde aparcó el coche en la entrada del monasterio de San Lorenzo, después de conducir durante un kilómetro por un camino polvoriento que terminaba en la carretera que unía Huelva con Sevilla. Tenía la sensación de que el tiempo se había plegado sobre sí mismo, como si ahora fuera antes otra vez. El mismo viaje en coche, sin descanso. El mismo escozor familiar del insomnio en los párpados. La única diferencia era que en esta ocasión había viajado solo durante todo el camino, y no le había hablado a nadie sobre su destino, ni siquiera a los agentes destacados en Madrid. Tampoco había avisado a Artemio Corona. Ese viaje era una cuestión personal. Más el resultado del amor propio que la consecuencia del sentido del deber. Dentro de poco habría de volver a Berlín, y antes de que tuviera que pasarse muchos meses sin poder viajar a España quería ir al sur, aunque sólo fuese para ver otra vez los mismos lugares donde había estado en enero y quizá tratar de identificar en qué momento había sido tan despistado para no darse cuenta de lo que tenía tan cerca.

Había dos coches en la puerta. Turistas, sin duda. Al edificio principal no se podía acceder, pero la iglesia y el claustro se podían visitar. Bishop entró en la capilla, y al hacerlo se santiguó, siguiendo una vieja costumbre. Dos filas de veinte bancos de madera cada una, no pudo evitar contarlos; cinco personas arrodilladas en el primer y el segundo banco de una de las filas detrás del altar, la imagen policromada de un Cristo crucificado y los tubos dorados de un órgano en una de las naves laterales. La puerta de la sacristía estaba cerrada, y en los pocos minutos que llevaba allí aún no había aparecido ningún monje. Siempre le llamaban la atención esas iglesias que a veces se encontraba en España, en mitad del campo, como si hubieran brotado de la tierra. Él, o cualquiera de los visitantes, podría ser un ladrón y llevarse cuanto quisiera sin que ningún monje se diera cuenta hasta horas después, cuando ya estuviera muy lejos de allí. Pero, por la misma razón, un monasterio en el campo también era el lugar perfecto para esconderse. Al salir al claustro, Robert Bishop volvió a fijarse, bajo los arcos de medio punto, en el edificio principal, en las ventanas pequeñas de las que a lo mejor serían las celdas de los monjes. Había llegado tarde, pero todavía quiso pensar que Emil Liebermann lo miraba desde uno de esos ventanucos, preocupado al ver a un extraño que fingía ser un turista que admiraba la belleza gótica del monasterio, igual que a lo mejor lo sobresaltó la presencia de su vieja amiga Mercedes Corrientes aquella mañana nueve meses atrás o la de su esposa dos o tres días antes.

Un monje que estaba paseando por el claustro se le acercó y le preguntó amablemente si podía ayudarlo en algo. Bishop se hizo el despistado y le dijo que era un turista norteamericano. Le habían hablado de ese monasterio y no había podido resistirse a desviarse de su ruta para visitarlo. Mire cuanto quiera, le contestó el monje, apartándose y siguiendo su camino, con las manos guardadas en los bolsillos del hábito áspero y oscuro, quizá entrelazadas mientras continuaba su oración. Y aunque le había mentido, era verdad que muy bien podría haber sido un viajero incapaz de dejar de admirar el conjunto arquitectónico de más cinco siglos, que se le antojaba tan bien cuidado como la basílica de San Pedro, en el Vaticano. Y aquél no parecía un lugar adonde acudiesen muchos fieles para dejar limosna en el

cepillo, conque las generosas aportaciones de Mercedes Corrientes debían de ser muy estimables. ¿Y qué podía hacer él? ¿Preguntar por el abad y confesarle que era un funcionario norteamericano que venía a hacerle unas preguntas sobre un tal Emil Liebermann? No iba a conseguir nada con eso, además de perder el tiempo. Puede que incluso el abad ni siquiera hubiera llegado a conocer el nombre verdadero del hombre al que había dado cobijo en su congregación y, si al final llegaba a decirle algo, terminaría esgrimiendo los mismos argumentos inflexibles de Mercedes Corrientes: que su misión en la vida era prestar ayuda a todo el que lo necesitaba, sin hacer preguntas ni escarbar en su pasado.

Aún se sentó un rato en un banco a la sombra de una palmera antes de marcharse, incapaz de resignarse a no encontrar una respuesta. La Iglesia había jugado un papel ambiguo durante la guerra. En aquellos años era tan complicado mantener un equilibrio saludable, que a Bishop no le costaba entender que en muchos países ocupados por los nazis hubiera curas que arriesgaban la vida ocultando o ayudando a judíos perseguidos mientras que otros pudieran ser capaces de mirar vergonzosamente para otro lado. Y ahora, cinco años después de la rendición de Alemania, también había sacerdotes a los que, por las razones que fuera, no les importaba prestar ayuda a los nazis que escapaban de la justicia o a tipos de moral ambigua como Emil Liebermann. La Iglesia llevaba dos mil años sobreviviendo a reyes, a imperios y a guerras. Cuando pasaran otros mil años, la última contienda que había sufrido Europa y los nazis no serían más que una simple anécdota, un mal recuerdo que se difuminaría entre las sombras de la Historia, y quizá en el futuro no habría nadie capaz de recordar o interpretar lo que sucedió.

¿Dónde estaría ahora el escurridizo alemán? Era imposible saberlo. Si Emil Liebermann aún se ocultara en el monasterio de San Lorenzo, Mercedes Corrientes no le habría dejado entrever que llevaba razón al sospecharlo. En ese mismo momento podría estar escondido en cualquier otro monasterio, o en la casa de alguno de los muchos amigos que debían un favor a Mercedes, o, mejor, que esperaban una oportunidad para que ella les debiera un favor. Encontrarlo iba a ser una tarea imposible. Sobre todo

porque Bishop sospechaba que había estado preparándose para empezar de nuevo, muy lejos de allí, después de que la heredera de la banca Corrientes hubiera ido a visitarlo aquella mañana de enero. La lógica le decía que ella le había permitido que se quedase con una pequeña cantidad del oro que tenía escondido, lo suficiente para empezar una nueva vida. Puede que Mercedes Corrientes, según su sentido particular de lo que estaba bien y lo que estaba mal, hubiera hecho llegar otra parte del dinero a Herbert Mundt y Alois Becker, pero la mayor parte del tesoro la iban a administrar lo curas de San Lorenzo, o ella misma, y durante los próximos años las obras de caridad por parte de los monjes o la propia Mercedes iban a destacar por su generosidad extrema. Oro de judíos asesinados para aliviar las penurias de los pobres. Al menos le quedaba el consuelo de que, estando Mercedes Corrientes por medio, buena parte de ese dinero iría a parar a manos de los que más lo necesitaban. España era un país atrasado, con grandes carencias, y once años después del final de la guerra civil bastaba conducir por una carretera para darse cuenta de la miseria que aún se resistía a abandonar muchos pueblos. Lugares perdidos en los que habitaba el hambre y la miseria. Casas con paredes desconchadas y el techo de cañizo que se empaparía con la lluvia. Mujeres enlutadas barriendo las aceras. Hombres con la cara surcada de profundas arrugas que trabajaban la tierra de sol a sol para sacar apenas un jornal. Niños condenados a ser analfabetos el resto de su vida, a padecer enfermedades que les dejarían terribles secuelas porque sus padres no tenían recursos para pagar a un médico. Tal vez hubiera una especie de justicia retorcida en el reparto del tesoro de Emil Liebermann.

Y él ya había hecho cuanto había podido, aunque hubiera sido tan torpe como para no darse cuenta de que había estado tan cerca de Emil y no encontrarlo. Si el fugitivo se había marchado de España, lo más lógico era que hubiera subido a un barco. No era difícil adivinar sus pasos desde ese monasterio hasta Cádiz, tal vez paseando por el puerto, nervioso, como antes en Génova, desorientado y muerto de miedo cuando sus antiguos socios le estaban pisando los talones. Temeroso de salir a tomar el aire y perderse en una calle que no conocía, batallando para tratar de leer los rótulos de los comercios en un idioma que quizá no había llegado a dominar

a pesar de que se parecía bastante al castellano que manejó con soltura el tiempo que estuvo destinado en la embajada de Alemania en Madrid. Génova hacía año y medio. El puerto de Cádiz, seguramente, porque era el más cercano, hacía dos o tres días. Tal vez en ese mismo momento, mientras él visitaba el monasterio de San Lorenzo con retraso.

Sacudió la cabeza Bishop. Frunció el ceño, incómodo, esforzándose en no pensar más en Emil Liebermann. En Emil Liebermann siempre huyendo de sí mismo. Pensaba en el marido de Erika Walter y le incomodaba no ver sino un reflejo suyo menos deformado de lo que le gustaría.

Antes de cruzar el arco para salir del claustro dedicó un último vistazo al edificio, que seguía antojándosele majestuoso, como un castillo medieval en lo alto de una colina.

El sol empezaba a ocultarse tras los muros de la iglesia, y una polvareda que se levantaba a lo lejos, cerca de la carretera, anunciaba la llegada de un coche. Bishop encendió un pitillo y se apoyó en el capó de su automóvil. Ahora no tenía prisa. Dentro de unos días tenía que volver a Berlín, y aunque ya había tomado la decisión cuando salió de la casa de Mercedes Corrientes, hasta ese momento no fue consciente de estar dispuesto a seguir adelante. A veces no queda más remedio que traicionar los principios por una buena causa, y su mano izquierda tampoco tenía por qué enterarse de lo que hacía la derecha. Toda su vida se había regido por la rectitud, había acatado siempre las normas con disciplina militar, y durante los últimos cinco años se había dejado la piel y la salud intentando que gente como Alois Becker y Herbert Mundt tuvieran que responder ante un tribunal. Pero ahora ya no había nada que pudiera hacer, era una batalla perdida, y sabía que los remordimientos no lo dejarían dormir si permitía que se salieran con la suya. En Berlín conocía a unos tipos que estarían encantados de recibir un informe sobre las actividades de los socios de Emil Liebermann y unos cuantos nazis que vivían tranquilamente en España. Gente acostumbrada a perseguir a criminales de guerra según sus propias normas, tipos con menos escrúpulos que él a la hora de hacerles pagar sus culpas. O, al menos, para que no pudieran dormir el resto de sus días más que con un ojo abierto y otro cerrado. Lo que sucediera cuando entregase los informes y una copia

de los papeles que Emil Liebermann había guardado en casa de Erika, si podía conseguirlos, ya no sería problema suyo.

Cuando el disco rojo del sol terminó de hundirse detrás de los muros de la iglesia sintió un breve escalofrío. Apuró el pitillo y, antes de entrar en el coche, dio las buenas tardes a la familia que acababa de llegar. Un matrimonio joven, con dos niños pequeños. Iban bien vestidos. Parecían de buena posición. Irían a visitar el monasterio. Tal vez conocían al abad, o, simplemente, querían rezar unos minutos en la iglesia. Bishop apartó la vista, entró en el automóvil y arrancó el motor. Le disgustaba la evidencia de su propia soledad, la sospecha de que ahora, igual que Mercedes Corrientes, también había terminado convirtiéndose en un ángel oscuro capaz de sacudir las vidas de los demás a su antojo y que fuera ése su único destino posible.

* * *

Después de tantas idas y venidas era como si otra vez volviese a empezar, y las dudas, que habían estado al principio, volvieran a aparecer al final. Martín Navarro siempre intuyó que antes o después el pasado estallaría en el presente y Erika tendría que tomar una decisión, o al menos aclarar sus sentimientos. La carta que le había enviado Mercedes Corrientes no había sido más que una piedra de toque, la semilla que había germinado en un nuevo adiós. Desde que llegó el sobre ella no había vuelto a ser la misma. Apenas le hablaba. Discutían por cualquier cosa hasta que una mañana sucedió lo inevitable. Tienes que confiar en mí, le había dicho. Volveré en unos días. Pero a él sus palabras le habían sonado a una despedida sin vuelta atrás.

Nueve meses antes habían estado a punto de matarlo, pero todo cambió cuando volvió Mercedes Corrientes a la finca después de ausentarse unas horas. Navarro había reflexionado mucho sobre ello. Resultaba imposible adivinar los detalles de lo que había pasado, pero, como siempre, lo más importante era el porqué. Había optado por no preguntar a Erika. Además de intuir la respuesta, prefería no agobiarla y, después de todo, ella no tenía la culpa. Forzando las cosas no iba a conseguir nada. Prefirió callarse cuando le dijo que tenía que viajar a España. No quería obligarla a que le

mintiera. Tal vez su cometido en la vida ya no fuera otro que aguardar su regreso, porque a pesar de todo Navarro esperaba que ella volviese. Que resolviera los asuntos que tuviera en España y en cuanto terminase volviese a coger un vuelo a París para estar junto a él. Uno vive y pelea para salir adelante, incluso derrama su sangre y se juega la vida en las batallas que le tocan, pero por mucho horror que haya tragado o muchas penalidades que haya soportado, llega un momento en que es inevitable que el nombre de una mujer esté presente en cada uno de sus silencios. A él le pasaba, no sólo una, sino muchas veces cada día. Se descubría escuchándose murmurar el nombre de Erika, sus labios formando las tres sílabas sin que pudiera darse cuenta. Estaba atrapado. No podía engañarse a sí mismo. Antes o después habrá de acostumbrarse a pensar en ella cuando se quede solo. Por eso se había jugado la vida nueve meses antes, cuando fue a Madrid a buscarla. Por eso ahora esperaba, con insólita paciencia de enamorado. Con la resignación de los derrotados. El capitán Martín Navarro, el héroe condecorado en dos guerras, aquella tarde también se puso a mirar en silencio los últimos rayos de sol sobre las lápidas de Montparnasse. Lo había hecho sin darse cuenta. Era igual que sorprenderse, fruncir el ceño incluso, como si algo hubiera cambiado o una enfermedad se hubiera apoderado de él. Un vacío extraño, incontrolable, en la boca del estómago. Fruncir el ceño mientras estaba trabajando o caminaba por la calle, hablando con alguien o asomado a la ventana y darse cuenta de que el nombre de Erika colmaba cada uno de sus silencios. Por mucho que se empeñase en aparentar lo contrario, reconforta tener un nombre que pronunciar cuando te sientes desamparado, igual que un niño huérfano aunque ya seas un adulto. Como cada día, hasta que lo rindiera el sueño seguiría esperando el regreso de Erika. Ella le había prometido volver, y Navarro no tenía por qué desconfiar. No quería, aunque sus palabras se le hubieran antojado una despedida. Pero también tenía muy claro que, si no volvía, esta vez no iría a buscarla. Le daría todo el tiempo que necesitase para resolver sus problemas, sus dudas. Y mientras tanto seguiría esperándola, cada tarde se asomaría a la ventana buscando su cara entre las

caras de cualquier mujer que caminase por la calle, invocando su nombre en silencio.

Verano de 2012



ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ. Nací en Sevilla, el mismo día que Neil Armstrong ponía el pie en la Luna. Hace bastantes años lo dejé todo para dedicarme a inventar historias. Muchos pensaron que estaba loco, otros que era un valiente, pero tal vez es que no tenía otro sitio a donde ir. Todavía no me he arrepentido. Desde entonces he ganado algunos premios y he publicado varios libros: las novelas *La clave Pinner* (2004, finalista del Memorial Silverio Cañada en la Semana Negra de Gijón), *El síndrome de Mowgli* (2008, Premio Luis Berenguer), *El factor Einstein* (2008) y *El violinista de Mauthausen* (2009, Premio Ateneo de Sevilla y finalista del Premio Espartaco de Novela Histórica en la Semana Negra de Gijón); las novelas cortas *Los mejores años* (2002, Premio José Luis Castillo-Puche), *Duarte* (2002, Premio Tierras de León) y *Los perros siempre ladran al anochecer* (2010, Premio Iberoamericano La Espiga Dorada); las colecciones de cuentos *Estado provisional* (2001, Premio Ciudad de Coria) y *El centro de la Tierra* (2009, finalista del Premio Setenil); y el relato *Ojos Tristes* (2001, Premio Internacional de Cuentos Max Aub). Si alguien quiere ponerse en contacto conmigo, aquí le dejo las coordenadas:

facebook.com/perezdominguezandres1

facebook.com/groups/andresperezdominguez

twitter.com/aperezdominguez

laseparata.blogspot.com